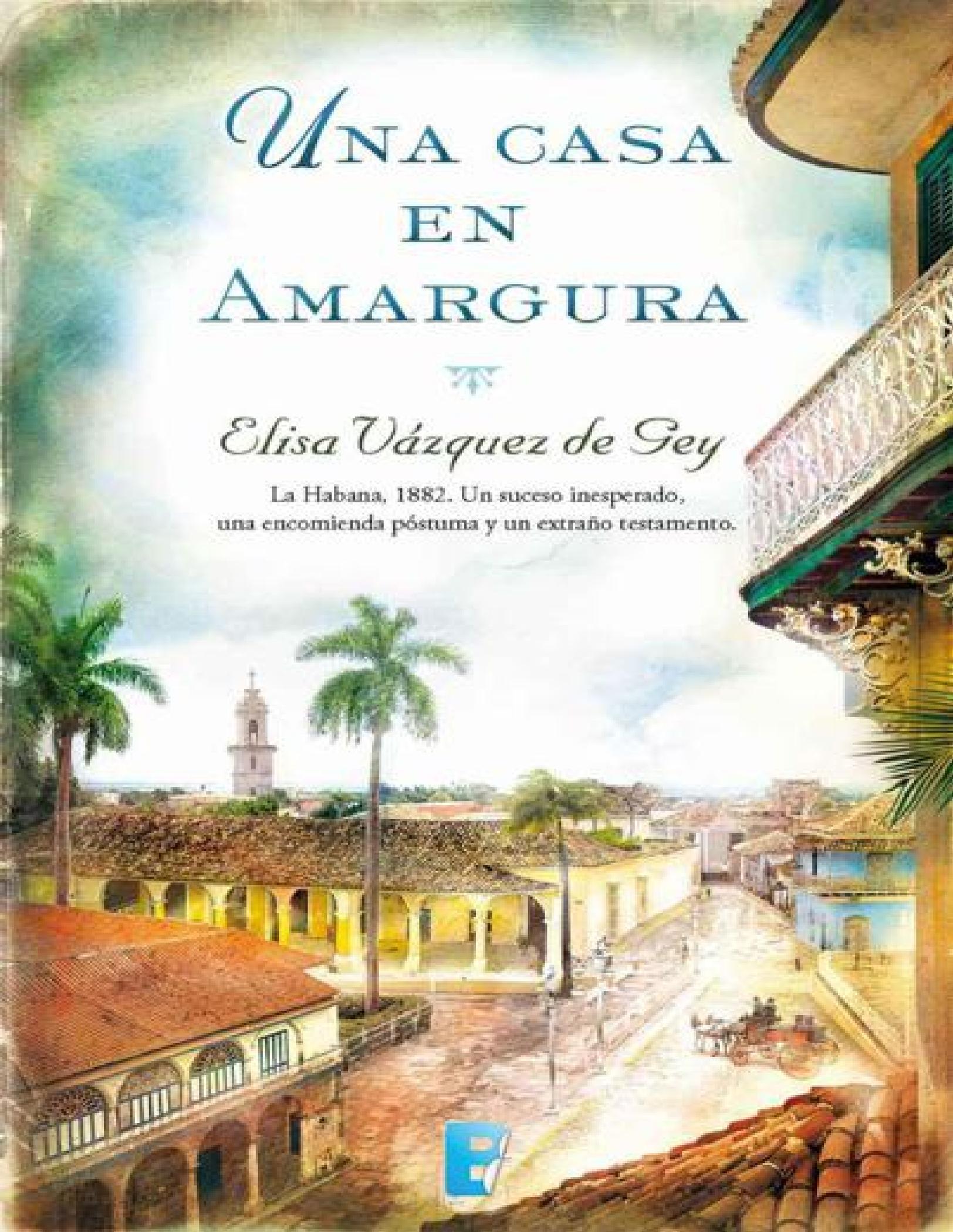


UNA CASA EN AMARGURA



Elisa Vázquez de Gey

La Habana, 1882. Un suceso inesperado,
una encomienda póstuma y un extraño testamento.



UNA CASA EN AMARGURA

Elisa Vázquez de Gey



1.ª edición: junio, 2015

© Elisa Vázquez de Gey, 2015

Por acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

DL B 12323-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-118-2

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Sucedió en la Rue du Chambrier](#)

[LA HABANA, 1882](#)

- [1. Esperando en el puerto de San Cristóbal](#)
- [2. Lo que Misterio vino a solicitar al caballero Síndico](#)
- [3. Ulises Horacio, mi muleque](#)
- [4. Y la negra se murió](#)
- [5. Encomienda para tres](#)
- [6. Lecturas con Gavilán](#)
- [7. Mijita francesa](#)
- [8. Vaya usted y pregunte por mí](#)
- [9. Don Ramón Castro, que me nombró Clara](#)
- [10. El caso del malhombre que me plagió](#)
- [11. Conversación en la veranda](#)
- [12. El alumbrador de farolas de la Compañía de Gas](#)
- [13. Bachiller manda recado](#)
- [14. Con doña Petronila en la Obra Pía](#)
- [15. Una industria de aplanchado](#)
- [16. Tardes de alegre palique](#)
- [17. Orishas protegen buena gente](#)
- [18. Pánfilo popó, esclavo de nación](#)
- [19. Redactando un aviso](#)
- [20. Linda Habana acogedora](#)
- [21. Sol Naciente, en Rayo esquina Cuchillo](#)
- [22. Faena en un tren de lavado](#)
- [23. Carteos de toma y daca](#)
- [24. Mademoiselle Félicité Payet](#)
- [25. Casa grande y casa chica](#)

- [26. Chino solo bien se arregla](#)
- [27. Blancos contra blancos](#)
- [28. Hotel Telégrafo](#)
- [29. Maricuela y compañía](#)
- [30. Misterio dejó dicho](#)
- [31. De La Habana ha llegado un barco](#)
- [Lo que a aquello siguió](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Las mujeres negras y mulatas, libres y esclavas, constituían un universo de vendedoras, artesanas, parteras, sirvientas y cuidanderas difícil de controlar que se movía constantemente. [...] Llegaron a convertir las calles en su territorio y esta movilidad fue una de sus estrategias de supervivencia. [...] No solo buscaron formas alternativas para educarse (bajo la tutela de sus patronos, de otras esclavas o apelando a la caridad cristiana de las parroquias), también aprendieron a usar y manipular la ley en beneficio propio. [...] Utilizaron los servicios del síndico procurador para gestionar quejas de abusos por parte de sus amos. [...] Hicieron amplio uso de la ley para reclamar, comprar o vender, exigir pagos de deudas o arreglar una herencia. [...] Las mujeres negras y mulatas «negociaron» su lugar en la sociedad habanera.

LUZ M. MENA,

«Raza, género y espacio: Las mujeres negras y mulatas negocian su lugar en La Habana durante la década de 1830».
Revista de Estudios Sociales, n.º 26, abril de 2007,
Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia

Me interesó especialmente un vasco, Julián Zulueta, el último gran negrero de Cuba (si se me permite el adjetivo) y, por tanto, de las Américas [...] un nombre maldito en la mente y en los diarios de a bordo de las patrullas navales británicas que intentaban impedir la trata, pues Zulueta poseía en Cuba sus propias plantaciones de caña de azúcar, a las que llevaba, en rápidos clípers, a menudo construidos en Baltimore, cuatrocientos o quinientos esclavos directamente desde Cabinda, en la orilla septentrional del río Congo.

Como era hombre moderno, Zulueta hacía vacunar a sus esclavos antes de que emprendieran el viaje a través del Atlántico, y en la década de 1850 empezó a emplear vapores que podían transportar hasta mil cautivos. Como era católico, hacía bautizar a sus esclavos antes de que abandonaran África.

Yo me preguntaba qué clase de hombre podía ser el que se dedicaba a la trata en una colonia cristiana cuatro siglos después de que un papa, Pío II, hubiese condenado la costumbre de esclavizar a africanos bautizados. [...] ¿Por qué el Gobierno español le hizo marqués?

HUGH THOMAS,
La trata de esclavos, Planeta, Barcelona, 1998

*Esta novela, cómo no, está dedicada a Anna Soler-Pont.
Y a su princesa amhara.*

Sucedió en la Rue du Chambrier

Los vecinos no daban crédito. Monsieur Virot, el circunspecto propietario del único establecimiento que aportaba algo de lustre a la vieja Rue du Chambrier, una de las calles más humildes y populares de Besançon, finalmente lo había hecho.

La cosa se veía venir, su librería, en realidad modesta *maison d'éditions* de obras pías y lecturas religiosas, pésimamente ubicada en la parte más alta de la cuesta que conducía a la Citadelle, hacía tiempo que dejaba más a deber que a ganar. La Maison Virot agonizaba y, en un vecindario que malvivía a golpe de dificultades, la ruina del establecimiento más «elegante» de la calle no despertaba otra cosa que melancolía.

Y es que, aunque el desplome del negocio pareciese inevitable, costaba hacerse a la idea. En la Rue du Chambrier apreciaban de veras a Monsieur Virot, un caballero educado, tímido y sin tacha, siempre dispuesto a colaborar con la comunidad, y las familias se habían acostumbrado a detenerse, no sin cierta dificultad a causa del desnivel del pavimento, ante el ventanuco donde el editor exponía los ejemplares recién terminados. Elogiar ante los niños sus bellísimas estampaciones, maravilla de meticulosidad y buen hacer, formaba ya parte de la modesta salida dominical.

Por ello, cuando alguien propuso arrimar el hombro para dilatar en lo posible el cierre de la editorial, la solidaridad se desencadenó. Por supuesto. Faltaría más.

De la noche a la mañana, y sin venir mucho a cuento —era preciso actuar con disimulo, no fuese a ser que Monsieur se sintiese avergonzado u ofendido—, los vecinos empezaron a dejarse caer por la librería para comprar a plazos o al contado. En lo que tarda en contagiarse un catarro, la insignificante decoración de casi todas las viviendas se engalanó con una repisita surtida de breviarios, misales, hagiografías, devocionarios y catecismos de la más que reconocible factura de la Maison Virot. Eso sin

mencionar que, como por arte de magia, sobre las consolas de los hogares con más posibles, ya fuesen calvinistas, luteranos o católicos, por esas mismas fechas apareció de sopetón un bello ejemplar de la Biblia especialmente personalizado por el editor con las iniciales de la familia en letras góticas. Qué menos.

Por desgracia, tan encomiable esfuerzo colectivo solo alcanzó a posponer la llegada del desastre. Pese a la generosidad de un vecindario que, vista la cantidad de libros adquiridos, parecía haberse entregado sin remisión a la lectura de obras pías, las circunstancias mandaban: una de dos, o a la empresa le llovía del cielo un socio capitalista o tendría que echar el candado.

De ahí que a Monsieur Virot no le hubiese quedado otra que dar un golpe de timón. Aunque nadie imaginaba que el giro fuese a ser tan drástico.

Dos años antes, en tiempos que todavía sugerían cierta bonanza, el editor había contratado una dependienta. La mujer, persona serena de exquisita educación, era amante de la lectura y relativamente instruida; nacida en el ultramar francés, acababa de perder a sus ancianos padres y vivía sola, por lo que, amén de un exiguo salario, precisaba ocupación para su mucho tiempo libre. Patrón y empleada encajaron desde el primer día como mano en guante de cabritilla y formaron un equipo excelente. Trabajaban en absoluta armonía, sin interrupciones ni pláticas perturbadoras y compaginaban sus tareas a la perfección: él rotulaba, estampaba, iluminaba y encuadernaba en silencio; ella leía, analizaba escrupulosamente los textos, editaba, atendía al público y se encargaba de renovar las flores en el búcaro del mostrador. Se trataban de usted con atenta cordialidad, estaban al tanto el uno del otro y se saludaban y despedían con sincero afecto. Eso sí, nunca comían juntos, cosa de mantener la obligada distancia entre un jefe varón y una trabajadora a sueldo.

Pero cuando ya el negocio empezaba a zozobrar, Monsieur Virot se quedó de un palmo de narices la mañana en que su silenciosa empleada, con insólita resolución, le solicitó un permiso sin salario por tiempo indefinido. Según sus propias palabras, tenía intención de desplazarse a Nantes para tomar un barco y desde allí viajar, completamente sola, ni más ni menos que a la isla de Cuba.

Perplejo ante tan inesperada demanda e incapaz de reaccionar, él consintió y ella emprendió camino prometiendo escribir pero sin agregar la mínima información complementaria.

Como al bueno de Monsieur Virot le resultaba incomprensible que a aquella mujer, modelo de persona contenida y mesurada, le hubiese atacado semejante ventolera, a fuerza de elucubrar sobre el particular sin encontrarle sentido, se le desataron los nervios. Sumido en el más completo desasosiego, con la mente ofuscada y la cabeza en otro sitio, su reglamentadísimo día a día trastabilló, los hábitos se le desordenaron y la rigurosa cotidianeidad de la tienda volteó patas arriba. El caso fue que durante el tiempo que se demoró la ausencia de la dama, el ansia de Monsieur Virot se redujo a un solo afán: acechar la llegada del correo.

Quién lo iba a decir. Hasta al más experto escribano puede caerle un borrón.

Contra todo pronóstico, Mademoiselle Payet, que así se llamaba la inopinada viajera, regresó. Venía con la tez bronceada, la mirada encendida y alergia al sombrero, algo inadmisibles a finales del siglo XIX y en pleno Franco Condado, la patria de Victor Hugo; pero a ella, antes comedida y timorata, ahora todo parecía darle igual. De su periplo había vuelto con dos baúles y un buen puñado de modas de lo más estrafalario: paseaba con un chal de colores estridentes y enorme fleco de seda, sonreía a diestro y siniestro, se adornaba el cabello con flores recién cortadas, tomaba cacao puro y fumaba. Sí, fumaba gruesos cigarros del mejor tabaco cubano. Un verdadero descoque.

Como en la Rue du Chambrier no eran de uso las extravagancias pronto hubo quien la apodó *la Petite Cubaine*. Lenguas caritativas hicieron circular fantasías e infundios sobre su estancia en Cuba: que si la habían reclamado con urgencia para testificar en un asunto deshonesto; que si había tenido que ir a hacerse cargo de una herencia manchada de pecado e ilegitimidades; que si Dios sabía qué habría pasado en La Habana para que una mujer tan recatada tornase de la España tropical rebosando descaro y más rica que una marquesa... ¡Incluso llegaron a decir que solo estaba en Besançon por mostrarse y presumir, pues tenía intención de marcharse para siempre!

Nada más lejos de la realidad. Mademoiselle había vuelto para quedarse. Y a los dos días de llegar planteó a Monsieur Virot la posibilidad de asociarse a su negocio, cosa que el editor aceptó de inmediato sin reserva ni condiciones. La creación de una sociedad limitada suministró el capital

necesario para salvar la Maison, alcanzando también para la compra de la casita que la albergaba. Y dado que a ambos les encantaban los libros, acordaron seguir en ello, pero cambiando la línea editorial: publicarían relatos de ultramar, memorias, biografías y *carnets de voyage* .

Lo más urgente era adecentar el minúsculo establecimiento: para que los viandantes ya no tuviesen que hacer equilibrios al aproximarse al escaparate, empezaron por reparar el empedrado de la calle en la zona de la fachada, pero luego pintaron el local en colores claros, mandaron restaurar la vieja salamandra de cerámica, adquirieron estantes, muebles, un reluciente mostrador de caoba y dos confortables butacas que se adueñaron de la zona más luminosa, idónea para la lectura.

En un tris, el lúgubre ventanuco se volvió sugerente escaparate y la vieja puerta de entrada, ahora bellamente acristalada, atrajo de nuevo las miradas de clientes y paseantes. ¡La rancia librería de obras religiosas había mudado en acogedora editorial de lecturas coloniales!

La mañana de la reapertura el herrero colgó en la fachada un hermoso letrero de forja con un cielo, sol, mar, tres gaviotas, un barco y una leyenda: «Les Livres des Îles.»

Hubo aplausos, abrazos y parabienes. Monsieur Virot tomó la mano de Mademoiselle Payet y entraron en su local recién inaugurado. La tienda se abarrotó en un santiamén y una nube de curiosos tuvo que quedarse en la acera, atisbando a través de los cristales. Por eso cuando, desde el interior, alguien exclamó: «¡Lo está haciendo! ¡Finalmente lo está haciendo!», la calle entera prorrumpió en aplausos.

Junto al mostrador, rodilla en tierra, un arrebolado Monsieur Virot pedía matrimonio a su antigua empleada.

Y entre el gentío, una voz proclamó risueña: «¡Pues que viva Cuba!»

Madame Virot, nacida Payet, acababa de sentir un escalofrío que la había decidido a abandonar su butaca para ir a reavivar el fuego en la salamandra. Eso hacía, y mientras atravesaba la estancia contempló su entorno como el que se deleita al admirar un cuadro.

Era obvio que cuanto la rodeaba no podría haber hallado mejor cobijo que en aquel lugar, la pequeña librería-editorial que ella misma regentaba en

la cuesta que conducía a la Citadelle de Besançon. Y es que allí, en la parte más alta de la Rue du Chambrier, estaba su paraíso: un espacio acogedor y recoleto con las paredes cubiertas de anaqueles desbordantes de carpetas, media docena de alegres estampas de ultramar en los lugares más visibles y libros, muchos libros, montones de libros campando en aparente desorden sobre los muebles, apilándose en el mostrador y atiborrando repisas, asientos y mesitas. Solo a la derecha, junto a la diminuta ventana que hacía de escaparate, las dos butacas y el velador que sostenía un quinqué propiciaban algo de serenidad.

En aquel apacible y anárquico lugar, las jornadas de Monsieur y Madame Virot discurrían de lo más atareadas pero en el mayor de los sosiegos. Entre aromas de tabaco y chocolate los esposos disfrutaban el privilegio de trabajar juntos, de amarse mucho y de publicar obras bellísimas. Buenas lecturas, textos venidos de lejos y una gran pasión: el amor por los libros bien hechos. ¿Qué otra cosa podrían precisar?

Pero ese viernes algo perturbó la tranquilidad de la editora. Mientras ojeaba emocionada un manuscrito que acababa de recibir de Cuba, un mal presagio, un súbito e inexplicable presentimiento, le había paralizado el corazón dejándola sin aliento. Sintió primero que los dedos le flojeaban y acto seguido sus brazos se le antojaron tan pesados que, sin voluntad ni iniciativa, se desplomaron inermes sobre el asiento. Las manos, que segundos antes sostenían excitadas el envío recién llegado, permanecían ahora desmayadas cual cangrejo que afloja las pinzas y abandona su presa temiendo un fatal desenlace.

Con la intensidad del sobresalto ni se percató de que el original, casi trescientas cuartillas cuidadosamente enhebradas con hilo de empalomar, se deslizaba solitario regazo abajo y navegaba sin rumbo sobre el paño de su falda para ir a despeñarse, maltrecho y bocabajo, contra el entarimado. Todavía se apreciaba entre las páginas cierto aroma de verbena y violeta.

Le costó su buen momento recomponerse. En un intento de recuperar el aliento, respiró hondo y tragó saliva, pero la consternación ya había cedido paso a la incertidumbre y esta a la incredulidad. Se repetía a sí misma que no, que no era posible, que lo que se estaba temiendo no podía haber sucedido.

No. No y no. El Dios de los cielos no podía ser tan injusto. De ninguna manera.

El derrotado manuscrito yacía en el suelo. Ni una hora había transcurrido desde su llegada y en tan poco tiempo había mudado de emocionante presente a funesto presagio. Madame Virot se inclinó para recogerlo y al hacerlo notó un raro destempe, mezcla de frío y estremecimiento, por eso había pensado en reavivar el fuego y en aquel momento atravesaba la librería como alma que deambula desde la propia introspección.

A pocos pasos de la estufa cambió el rumbo y se asomó a la puerta. Fuera seguía nevando y había caído la noche, gélida noche del Franco Condado, negra noche francesa tan distinta a las del trópico. Madame Virot, los ojos inundados en llanto, se arrebujo en su chal. Por un instante la tibieza de aquel paño, mezcla de seda y lana, la transportó lejos. Suspiró, y murmuró en voz baja: «Mi *manta de burato*, adorno descarado de mulatas sandungueras», pues así y no de otro modo le decían en La Habana a aquella prenda que, desde que regresó de Cuba, la acompañaba siempre.

En el silencio de la calle, el letrero de la editorial rechinaba *abaneado* por el viento. El compás de sus chirridos, en una ciudad tan precisa como Besançon, donde la mayoría de los asalariados trabajaba fabricando relojes, parecía empeñado en marcar un tiempo ajeno. La mujer contempló el anuncio como si lo estuviera viendo por primera vez, con su cielo, su sol, el barco, tres gaviotas y una leyenda:

—Les Livres des Îles —dijo, y enjugó una lágrima en el borde del chal —. Les Livres des Îles —repitió. Y la boca se le llenó de sol y todos sus pensamientos bogaron ligeros hacia un jolgorio de azúcar, danzones y colibríes.

Entonces respiró hondo. Alimentó *despaciosamente* el fuego en la salamandra y se sirvió una taza de chocolate con su pizca de pimienta y un *chiringuito* de ron.

De nuevo en la butaca, prendió un cigarro y retomó el manuscrito.

Entre sorbos de cacao y bocanadas de tabaco, Madame Virot, nacida Payet, empezó a leer.

La Habana, 1882

1

Esperando en el puerto de San Cristóbal

—¡No me digas que el barco trae retraso!

—Y... sí. Resulta que va a llegar con demora.

—Pero ¿cuánta?

—Andan advirtiéndolo que por ahí tres o cuatro horas, pero *naide* sabe.

—¡Tres o cuatro horas!

—...

—¿Y el coche? ¿Podrá estar tanto tiempo acá?

—Cómo no. Ya yo pedí permiso de media jornada.

—...

—Niña...¹

—¿Sí?

—Que dice el calesero si no será mejor llevarte de vuelta a la casa.

—¿Irme yo? ¡De ninguna manera!

—Es que avisan fuerte sol para las horas del mediodía. Y en la tarde.

—Igual me dan los avisos, Ulises. Ya estamos acá y acá nos quedamos.

—Como tú mandes.

—...

—...

—¿No se te habrá olvidado el cartapacio?

—¡Cómo y nooo! En el pescante lo puse.

—...

—...

—¿Crees que traerá mucho equipaje?

—Bueeeeno... Siendo mujer, nunca se sabe...

—Ya. La verdad es que si yo viajase desde tan lejos acarrearía mis buenos baúles.

—...

—Mejor prevenir. Por si acaso, dentro de nada te acercas donde los cocheros y alquilas una carreta.

—En la de San Francisco las ofrecen baratas. Cuando tú ordenes voy, dispongo y me regreso en un suspiro.

—Antes alcánzame mis cosas. Ya de tener que esperar, por lo menos aprovechar el tiempo...Voy a ver si me acomodo en el pesebrón y me pongo a tomar notas.

—Seguuuro. Acá yo traje todo lo que *presisa* la Niña: su mesita de caoba, cuadernos, cartón secante... y las plumas con una frasca de tinta.

—Ajá. Bien. Capaz que cuando ella desembarque habré adelantado mis buenas cincuenta cuartillas... ¡Pero tú espabila, resuelve ligero esa carreta!

—¡A la orden!

Comienzo a anotar estas páginas en el mes de febrero del año del Señor de 1882. Y lo hago a sabiendas de que quienes me observen se estarán preguntando qué cosa puede estar haciendo tal día como hoy una dama joven de buena familia española aquí, en el puro centro del Muelle de Caballería, con el fortísimo calor que estamos sufriendo y aparentemente sola, pues no dispongo de más compañía que la del calesero, una sirvienta que me hace de mandadera y Ulises Horacio, mi doméstico de confianza, al que acabo de ordenar que consiga, en alquiler económico, una carreta mediana similar a las que emplean los cantineros para trasladar viandas.

Ya yo sé que estoy llamando la atención. Las damas de La Habana no acostumbran personarse en el puerto para recibir a nadie, lo habitual es que sean los siervos quienes se ocupen de acoger y trasladar a los recién llegados mientras una aguarda en la casa disponiendo la bienvenida, pero mis circunstancias, al igual que las de la persona que está a punto de desembarcar, son tan excepcionales que bien merece la pena saltarse las convenciones y dar que hablar a las comadres.

Supongo igualmente que viéndome acá escribiendo, instalada en el pesebrón del carruaje al amparo de mi sombrilla de blonda, con el cabello recogido y vestida de domingo, debo de aparentar nomás una manchita rosada en medio de la multitud que hoy abarrota el muelle. Y es que cualquiera pensaría que la ciudad entera fuese a mudarse de país, tal es la

aglomeración de operarios, militares, esclavos, porteadores, viajeros y criados de medio mundo que atestan dependencias, saturan dársenas y embarcaderos o deambulan sin pausa entre un tumulto de carruajes y carretas que no van a sitio alguno, pero se entrecruzan sin cesar, chocando ruedas y oponiendo animales a golpe de chasquidos de látigo y voces de caleseros. Por no hablar del apestoso olor que despide tanta bestia de carga como las que acá hacen cola para luego transportar las mercancías que vendrán en los navíos...

Visto que el arribo del barco que esperamos parece retrasarse más de la cuenta, decido aprovechar el tiempo para ordenar con sosiego mis pensamientos en estas pocas cuartillas que, si bien en un futuro tal vez formen parte de mi biografía, hoy solo representan el relato atropellado de lo que nos ha sucedido en estos últimos y sorprendentes meses.

Para empezar, explicaré que mi presencia acá, engalanada y muerta de impaciencia, responde a lo que espero sea el gozoso desenlace de una historia extraordinaria, un asunto inesperado que nos llegó de sopetón y, entre unas cosas y otras, se demoró un tiempo que para mí fue eterno. No sabemos casi nada de la mujer que está a punto de llegar solo que viene de Europa, que se llama Félicité, que la hemos localizado tras fatigosas diligencias, meses de averiguaciones y un gasto de varios cientos de pesos, y que, aunque ella todavía lo ignora, es la hija que le arrebató a una muy querida amiga fallecida pronto hará tres años. En resumen y para abreviar: acá estoy yo, nerviosa y hecha un brazo de mar, esperando a una desconocida. Que vengan y me digan si la cosa no es para estar más que ansiosa.

Aunque, ahora que lo pienso, tengo la sensación de que no me estoy explicando todo lo bien que quisiera y que me he quedado corta calificando a la madre de la viajera como «una muy querida amiga», pues, en realidad, tanto para mí como para mi señor padre, Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy, nombre por el que respondía la mañana que se plantó en la cochera de nuestra casa reclamando justicia y por el que atendió siempre, hasta el día mismo en que la muerte nos la arrebató, significó mucho, muchísimo más que una simple amistad.

Todavía hoy, años después de su muerte, me asalta la sensación de percibir la presencia de Misterio atareada en la cocina o entornando la

ventana de mi alcoba a la hora de la siesta. A veces creo verla en el patio, bordando paños de iniciales, apoyada en el brocal del aljibe o balanceándose en la *comadrita* de mi mamá. Y me la figuro como siempre: el rostro atento y sonriente, cubierto su cabello con un alegre pañuelo, la saya y el delantal impecablemente planchados, supervisando con disimulo mis idas y venidas.

Lo cierto es que, si echo la vista atrás, desde que tengo uso de razón y aun antes, recuerdo a Misterio trajinando de cuarto en cuarto; ella decidía absolutamente todo lo que concernía al funcionamiento de nuestro hogar y se responsabilizaba de los menores detalles: concretaba la faena de la negrada, organizaba intendencias de patio y mercaderías de cocina, repasaba ropas, muebles, alcobas... La casa entera funcionaba al son de sus normas, y ¡ay del que tuviese la ocurrencia de cuestionar cualquiera de sus disposiciones, incluida una servidora!

Las reglas de Misterio, que ella misma elevaba a la categoría de leyes domésticas, regían para la totalidad de mis actividades, ya fuese cepillarme bien los dientes, utilizar los cubiertos en la mesa sin levantar los codos, restregar minuciosamente las uñas de mis pies en la jofaina o presentarme a su revista antes de salir. Por más que lo intento, no consigo recordar uno solo de mis aprendizajes que no haya estado amenizado con el sonido de su voz:

—Sí *señó*. Ajá. Así y no de otro modo *é* como mastican las damitas. Nueve vueltas cada bocado, ni una *má*, ni una menos. ¡Y con esa boquita bien *serraaada*!

Huelga decir que yo acataba sus preceptos como palabra de cura: ni un solo alimento llegaba a mi estómago sin sus nueve mascadas y en tanto obedecía buscaba con la mirada la aprobación de mi cuidandera a sabiendas de que, tras la correcta ejecución de la orden, llegaría mi recompensa.

—¡*Pelfesto*! ¡Bien hecho, mi *amol*! ¡Ven acá, Niña, da un *abrasito* a Misterio!

El *abrasito* resultaba un tremendo achuchón descontrolado en el que yo me empotraba en su regazo, hundiendo la nariz contra su blusa. Cómo me deleitaba su cercanía. Aspirar el aroma de Misterio, dejarme mecer y besar, sentir el contacto de su ropa recién planchada, era para mí lo más parecido a lo que, imaginaba, tenía que haber sido el abrazo de mi mamá.

Fueron muchos los años que viví a su cargo, exclusivamente cuidada por ella y el runrún de sus peroratas jalonadas de *pelfestos*, mi *amol* y sí *señó* acompañó gozosamente mi infancia. Sus consejos, siempre amables y

oportunos, me enseñaron a distinguir con claridad lo bueno, lo malo y las líneas que jamás deben cruzarse. Misterio moldeó con su inmenso cariño todas mis urbanidades de niña y el carácter independiente de la personalidad pausada que hoy define mi forma de ser. Y cuando, llegada la adolescencia, surgieron en mí rebeldías y pataletas, solo su abrazo fue capaz de aplacar la furia de mi endiablado genio para hacerme desistir de los caprichos. Únicamente ella lograba, tras la tormenta, reinstalar la mansedumbre en mi corazón y tranquilizar mi espíritu.

Pero también debo mencionar que mi vida no siempre fue así. Los primeros años de mi niñez habían transitado por derroteros bien distintos y el hecho de que Misterio entrase a formar parte de la familia no fue más que el resultado de un encuentro casual entre mi señor padre, el caballero Síndico Segundo Procurador General,² y una su clienta que, tal día como un jueves, se personó inamovible en el estudio donde él negociaba acuerdos entre amos y siervos, despachaba litigios y escuchaba quejas de esclavos.

El caballero Síndico se anunciaba en la página de avisos de *La Gaceta de La Habana* y era de dominio público que tenía señaladas las horas de cinco a siete de la mañana para audiencias de esclavos y los correspondientes parlamentos con sus dueños. Su estudio ocupaba dos cuartos contiguos en la planta baja de casa, uno de los cuales tenía salida al exterior a través del patio. Ese y no otro era el motivo de que cada mañana se formasen largas colas de suplicantes de toda raza y condición ante nuestra casona de Amargura, calle que recibió tan dramático nombre a causa de las catorce estaciones del vía crucis que en ella se reviven cada viernes de Pasión camino de la catedral.

Como viudo reciente, no tenía mi señor padre la mente ocupada en otra cosa que el abatimiento y la autocompasión más absoluta, y yo, su única hija, sufría las consecuencias. Durante los años de luto que siguieron a la desaparición de mi mamá las contraventanas de casa permanecieron entornadas en riguroso duelo, no fuera a ser que la simple alegría de un rayito de sol viniese a colarse por las rendijas e iluminara un ápice la tristeza infinita de nuestra aflicción. Semejaba que el caballero se negase a vivir en este mundo, pues, en cuanto que se cerraban las puertas del estudio, vegetaba apático, sumido en la más melancólica de las desolaciones, regodeándose en un dolor que le hacía rechazar mi presencia, ya que, según él, el simple tacto

de mi suave piel o el aroma de mi cabello le recordaban la pérdida irreparable de su amadísima esposa, mi mamá.

En cuanto a mí, huérfana desde la edad de veinte meses, fui pasando de bebita a nena chica administrada por esclavos que me consentían más que mucho, tanto que el día en que me solté a caminar solita, la negrada entera empezó a sospechar que la Niña se les había vuelto de lo más independiente.

Así las cosas yo, Dulce Elena Prieto y Lamas, la hija del caballero Síndico, me acostumbé a deambular solitaria de alcoba en alcoba, a contemplar ensimismada los ires y venires de la servidumbre o a quedarme sentada sin más, balanceando las piernas entre los postes de la balconada. Silenciosa e indolente, para espantar mi aburrimiento disponía tan solo del único ser en edad infantil que poblaba la casa, mi *muleque*, un esclavito de mi propiedad al que mi mamá, gran amante de la literatura clásica, había bautizado con el sonoro nombre de Ulises Horacio.

El *muleque* sentía compasión de mi soledad de huérfana y, cuando el caballero se ausentaba y a él no le ordenaban otra cosa, hacía lo imposible para alegrarme la existencia: pintaba rayuelas sobre las losas del patio para jugar al *pon*, brincábamos a la patacoja por las escaleras, me trepaba a la repisa de la azotea para contemplar los barcos en la bahía, jugábamos a las *cuquitas*, al *burrito monta encima* o al escondite en las dependencias de los esclavos..., pero la mayor parte del tiempo lo empleaba Ulises en la más prohibida de todas las actividades: enseñarme a cantar y bailar al son de *El sancudito*:

*Sancudito me picó,
salamanqueja me mordió.
Ay, malhaya sea ese sancudo,
malhaya sea que me picó.*

*En la punta'el corasón,
sancudito me picó.
Malhaya sea que me picó,
que me picó, que me picó.*

Todavía hoy puedo entonar sin error la letra de la canción y los pasos de aquel baile descarado, pero también recuerdo que, por más que él insistía en

enseñarme la coreografía, yo prefería hacer el payaso y en vez de bailar pateaba a diestro y siniestro presa de una chifladura histérica, como si talmente me estuviesen devorando viva las picadas de todos los mosquitos de la Isla.

Fueron malos tiempos..., porque, aunque los dos hacíamos lo imposible para disfrutar en secreto de rumbas y correteos, los momentos de alegría eran tan escasos que no alcanzaban ni a paliar el triste ambiente que presidía nuestro día a día.

Tan ociosa me encontraba y tan melancólica se había vuelto la vida en la casona que yo, que siempre había sido dormilona y perezosa, di en despertarme con las primeras luces del alba y, nada más abrir los ojos, con el cabello enredado y la camisa de dormir, me acostumbré a esconderme sin permiso en el estudio de mi señor padre. Me colaba con sigilo bajo su escritorio y allí me quedaba, agazapada sin que nadie me viese, durante el tiempo que duraban las audiencias. Y cuando terminaban, todavía permanecía escondida un buen rato para tener la seguridad de que todos se habían ido y ya habían cerrado las puertas del zaguán; solo entonces me escabullía, cual fantasma diminuto, en dirección a la cocina, donde me presentaba toda remolona, reclamando el desayuno y haciendo creer a los criados que recién acababa de despertarme.

De semejante modo me comporté varios meses. Oculta, pertrechada en mi guarida y protegida por los paños de la mesa, atisbaba desde muy temprano las minuciosas disposiciones que mi señor padre, totalmente ajeno a mi presencia, realizaba cada mañana: ordenaba los protocolos forrados de pergamino en los estantes, archivaba inicios de procesos y actas en carpetas rotuladas, rellenaba de tinta los frascos de su escribanía, limpiaba las plumas, reponía la arena de los tarros de polvo secante y disponía, milimétricamente ordenados sobre su escritorio, suficientes pliegos de papel de oficio y alguna que otra cuartilla de las de tomar notas a vuelapluma. Ejecutadas las rutinas mañaneras, que finalizaban minutos antes de la hora de atención a la clientela, pedía su chocolate.

El mayordomo solicitaba permiso y entraba con la chocolatera. Servía al caballero un cacao que él degustaba con parsimonia, siempre en un tazón de

fina porcelana con dibujos de damiselas que se columpiaban en un jardín, única pieza del género que existía en la casa y que mi señor padre utilizó todas las mañanas de su vida porque había pertenecido a mi mamá.

Cacao del bueno desayunaba mi padre, el mejor de Cuba «cortesía para el caballero Síndico y familia» que los propios cultivadores traían directamente en sacas desde los cacaotales de Baracoa y que él confiaba a las sabias manos de los reposteros de La Dominica, sobresaliente confitería en O'Reilly y Mercaderes, de las más reputadas de La Habana, que trataba nuestro cacao como quien manipula oro puro: con la mejor parte hacían polvo de chocolate; con otra, aceite para rellenar quinqués de alcoba; con el menos bueno, manteca de freír y, cómo no, aprovechaban la raspadura para enviarla a la farmacia, donde el boticario, sobre una sencilla base de sebo, nos elaboraba barras de manteca de cacao sanadoras de labios cuarteados y pastillas de jabón para pieles irritadas.

Hasta mi guarida llegaba el aroma de aquel chocolate, con una pizca de pimienta y su *chiringuito* de ron viejo. Tengo que decir que, sin haber llegado nunca a probarlo, el recuerdo de aquellos desayunos arraigó de tal modo en mis sentidos que todavía hoy, solo apreciar de lejos el aroma rotundo de una taza de cacao, la memoria se me impregna con la evocación del íntimo deleite que yo sentía cuando creía estar compartiendo las mañanas con mi papá.

Pero, volviendo al cuento: nada más terminar su chocolate, se abrían los portones y comenzaba la recepción de esclavos. El tiempo que duraban las quejas y reclamaciones yo permanecía bajo la mesa, quieta y acurrucada en mi madriguera cual cachorrillo abandonado. A través de las rendijas escrutaba cuanto sucedía sin poner excesiva atención a las letanías de preguntas y respuestas de quienes demandaban justicia, pero me sentía muy acompañada con el runrún de aquellas conversaciones poco adecuadas para mi edad y que afortunadamente me resultaban incomprensibles.

Claro que desde allí apenas alcanzaba a ver los pies de los clientes, la mayoría negros, unos cuantos orientales y algún que otro pardo. Los más iban descalzos, aunque algunos arrastraban chancletas de esas que dejan al aire el calcañar, y otros, los menos, sencillos zapatos de cañamazo de los de las *esquifaciones* que así llamamos acá al calzado que los amos, obligados por la letra de la ley, entregan a sus esclavos dos veces al año.

La mañana que Misterio se personó en el estudio yo estaba, como siempre, en mi escondrijo y sin más ocupación que jugar con las cintas del camisón. Tuvo que haber madrugado muchísimo para entrar entre los primeros. Los criados comentaron que cuando acudieron a abrir los portones ya ella ocupaba el tercer puesto de una fila que poco después desbordaría el corredor y atravesaría el patio para invadir la calle. Exactamente igual todos los días; hombres y mujeres aguardaban, apoyados contra el muro o sentados en el suelo, hasta consumir un horario de dos horas que, aunque siempre se extendía a dos y media y a veces a tres, nunca alcanzaba para atender a tan numerosa clientela.

Aquel día, primero entró un chino que tenía problemas de fecha en su contrata; luego hubo la queja de un esclavo viejo, vendedor ambulante de frituras, y a continuación llegó el turno del tercer suplicante. Cuando mi padre dijo: «Adelante, pase», una prieta avanzó hacia el escritorio bajo el cual me ocultaba y saludó con toda urbanidad:

—*Buendía* tenga su *mersé*, el caballero Síndico, que Dios *gualde*.

Él correspondió a la ceremonia levantando ambas cejas y con un movimiento de cabeza, como el que dice: «Sí, buenos días también», y se puso a rellenar la minuta iniciando de modo mecánico una corredera de preguntas: nombre, raza, condición, edad, oficio, dirección del amo al que sirve..., a las que la mujer, respetuosamente parada ante él, respondía con voz templada.

Oculto en mi escondite, la primera impresión que recibí de la persona que hablaba con mi padre fue acústica. Escuché su acento extranjero, que luego supe era francés, y me sonó *reliiindo*. Me llamó tanto la atención su voz, pronunciaba el español con una entonación tan agradable, que despertó en mí el irreprimible impulso de abandonar lo que me traía entre manos, pegar el cuerpo al suelo, arrastrarme con sigilo bajo el escritorio, girar el cuello e intentar atisbar el rostro que correspondía a semejantes hablars.

En el exacto momento en que la mujer afirmaba no sé qué con bastante contundencia, mi cabeza surgió a ras de suelo, reptando silenciosamente por debajo de la mesa tal que un lagarto con pelos enmarañados.

Y me topé con sus pies. Unos pies grandes, enfundados en immaculados zapatos de vaqueta clara, de los de corte rebajado con tiras de amarrar, sin duda regalados por alguna dama que se habría aburrido de llevarlos.

Proseguí. A la altura del tobillo tenía una cicatriz en forma de estrella,

similar a las marcas que tienen los negros de nación.³ Punto. Fue cuanto alcancé a ver porque todo un lío de faldones, enaguas y delantal me impidió vislumbrar su cara.

Ella en cambio sí reparó, de repente y con gran susto, en mi inesperada presencia. Como cuando a uno se le cruza de pronto una jutía brava en la vereda, la mujer dejó de hablar, pegó un respingo, retrocedió de un salto y abrió mucho los ojos. Imagino que, del pasmo, hasta se le pararon los pelos de la cabeza. Qué sé yo qué pensaría al verme aparecer culebreando por el piso. Su sobresalto y un «¡Saaanta Maaadre de Diooos!» bastaron para atraer la atención de los presentes hacia mi abrigadero.

Mi padre asomó la cabeza entre los paños de la mesa y se topó con la inesperada escena del trasero de su hijita intentando escabullirse con pretensión de desaparecer. Declaro que quise morirme allí mismo.

Sin pedir permiso para hablar, la mujer exclamó en tono reprobatorio:

—¡El caballero Síndico debería *tené má cuidao!* ¡No *etá* bien que una damita chica ande *arrastrá* por el piso, husmeando pies de esclavos! —Y añadió con lapidaria rotundidad—: No *señó*. ¡No *etá naaa* bien!

Ni que decir tiene que el interpelado llamó de inmediato a los sirvientes, bastante más extrañados que él de encontrarse a la Niña en semejante situación, y que fui evacuada del lugar sin contemplaciones, vergonzosamente transportada en volandas pese a mis protestas y pataleos.

En fin, cosas de niños. Pero ahora que recuerdo mi diablura infantil, caigo en cavilar cómo pudo ser que no llegasen a notar mi presencia en el estudio. Tal vez fue debido al trasiego de gente que desde temprano había en la casa o a la gran vigilancia que mi señor padre exigía a la servidumbre para que nadie fuera a entrar donde no debiese, pero, por más vueltas que le doy, no acabo de explicarme cómo nunca nadie llegó a percatarse de mi chiquillada o a caer en la cuenta de que la cama de la Niña estaba vacía desde antes de amanecer, ya que, entre unas cosas y otras, pienso que estuve ocultándome bajo la mesa del estudio alrededor de cuatro meses.

Todavía hoy ignoro el motivo verdadero de aquellas escondederas matutinas, aunque tengo la convicción de que mi comportamiento no respondía a más cosa que a la necesidad de sentirme querida y escapar de la

soledad: una se torna respetuosamente invisible para no importunar a los mayores y así cree que se siente acompañada.

Tampoco supe qué ocurrió tras mi aparatosa salida del estudio. Supongo que a mi padre le gustó la reacción de la mujer y le ofreció faena. E imagino que a ella no debió de parecerle mal la idea de meter en vereda a una niña rebelde que vivía sin orden ni normas, aparentemente salvaje y falta de cariño. Al final llegaron a un arreglo de conveniencia para ambos: él contrataba una persona cabal para encaminar recto a su hijita y aquella morena de dulce acento francés encontraba *acomodo* con familia respetable.

El caso fue que mi vida cambió por completo el día que Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy se personó en nuestra casa de Amargura.

1. Niña: apelativo respetuoso. Los siervos denominaban «Niña» a las hijas solteras del amo, independientemente de la edad que tuviesen.

2. Caballero Síndico Procurador General: autoridad mercantil que representaba al esclavo en la Cuba colonial. Dado que los siervos no eran personas físicas, sino una posesión, no tenían derecho a iniciar demandas ni a comparecer en juicios. Los Síndicos desempeñaban el papel de «oidor de esclavos», atendían quejas, arbitraban desacuerdos, instruían demandas de cambio de dueño y reclamaciones. En la época que nos ocupa la ciudad de La Habana tenía dos sindicaturas.

3. Negro de nación: cualquier esclavo africano. El concepto de nación podía ser geográfico, «negro guinea» o tribal, «negra carabalí». La nación se escribía en minúscula y era el apellido del esclavo (Rita conga, Pedro angola), en tanto que el amo no le anotase el suyo propio o el de la hacienda a la que pertenecía.

Lo que Misterio vino a solicitar al caballero Síndico

Volviendo al memorable día de los hechos, no voy a ser tan desconsiderada como para que quien esto lea se quede con la curiosidad de conocer el asunto que se traía entre manos la mujer o, lo que es lo mismo, el motivo por el cual había madrugado tanto aquel día jueves, logrando situarse entre los primeros suplicantes de la cola.

Poco antes de mi accidentada salida del despacho, en la segunda de las entrevistas, mi señor padre había cumplimentado el formulario de queja de un yoruba viejo. El hombre, un esclavo liberto, denunciaba un alquiler abusivo, no de un cuarto o un caballo, sino de una simple tabla con correas que su antiguo amo le arrendaba cada noche por horas, desde las cuatro de la mañana hasta las nueve, y él usaba como si fuese una bandeja colgada del cuello a modo de mostrador para exponer dignamente las frituras que su esposa cocinaba antes del amanecer. La venta de dichas frituras era el único sustento de la pareja, pero su ganancia diaria apenas cubría el desmedido alquiler de la tabla. Solicitaba la intermediación de mi señor padre para ver de rebajar tan injusto y carísimo arrendamiento. El caballero tomó nota, prometió indagar y despidió al hombre.

Llegó el turno del siguiente, que aguardaba haciendo antesala.

—Adelante, pase —indicó mi padre.

Una mujer alta de aspecto limpio y cuidado se aproximó, saludó con respeto y puso cara de circunstancias. Era la persona que minutos después descubriría mi presencia bajo la mesa. El caballero respondió a su saludo y le informó:

—Antes de comenzar preciso algunos datos.

—Sí *señó*. Principie el caballero Síndico a *averiguá* cuando quiera su *mersé*.

A partir de ahí se desencadenó entre ambos un toma y daca de preguntas

a las que ella contestaba con rotunda seriedad. Manifestó responder por Misterio del Cobre Montserrat, de apellido Barthélemy, pero de inmediato aclaró que ese era el nombre que le había puesto recientemente su última ama y que no creía ella que nadie fuese a encontrar rastro alguno de dicho llamamiento, ni de otro que correspondiese a su persona, porque desde su llegada a La Habana le habían cambiado el nombre no pocas veces «al gusto del patrón».

Preguntada por la queja que venía a interponer, respondió tranquila que acudía para pedir justicia de pobres: su muy querida ama, que acababa de fallecer y la apreciaba de verdad por los esmerados cuidados que ella le había prodigado, había testado a su favor dejándole un dinero, pero los notarios le negaban su cobro por no poder demostrar su identidad, ya que le exigían una documentación que no tenía. Esa y no otra era su queja.

—Veremos qué se puede hacer —dijo mi padre.

Nada más escuchar su respuesta, la mujer estalló en lamentos:

—¡Ay, su *mersé*! ¡Que una no *alcansa* a *comprendé* de qué manera va una a *podé* *resibí* la *herensia* de mi ama buena sin *disponé* de papel!

—Bueno, bueno. Menos angustias. Con estos datos y mis pesquisas averiguaremos si hay recibos donde conste alguno de tus nombres. Miraré en el Consulado,⁴ o en los Capitanes Generales. Pero sigamos: ¿casada?

—No, su *mersé*.

—¿Oficio?

—*Aplanchadora*, pero fui doméstica hasta el próximo pasado mes de abril, *señó*, en casa de la viuda doña Petronila Miranda, de la calle de la Obra Pía. ¡Que mi ama se murió! —lamentó sonoramente—. ¡Que la Virgen del Cobre me la tenga a su vera!

Y al modo de la jerga esclavista, comenzó a recitar sus cualidades afirmando ser «limpia y ordenada, buena cocinera, sana, sin tacha, *apropósito* para servicio de mano y sobresaliente cuidandera de ancianos y niños».

Advirtiendo que mi padre se apuraba en anotar, decidió hacer una considerada pausa. Guardó silencio, contempló como él empapaba cada dos por tres la pluma en la frasca de tinta y suspiró. Justo cuando vio que el caballero iba a levantar la vista del pliego, añadió silabeando, como quien deletrea un dictado a un escolar:

—*Y tam-bié sé ha-blá fran-sé.*

La cosa tenía su guasa, y a mi padre le costó reprimir una sonrisa. Pero en particular este último dato le sorprendió gratamente y caviló para sus adentros que alguien así era lo que él andaba buscando: una perfecta cuidandera para su niña que, además, hablaba francés.

A decir verdad, el aspecto de aquella prieta le había llamado la atención desde el primer momento; ni su vestimenta impoluta y replanchada, ni sus modales relativamente cultivados eran los habituales de las domésticas habaneras. Y cuando hablaba tenía tan dulce modo de pronunciar que resultaba encantador. Se notaba de lejos que, pese a lucir marcas tribales, guardaba maneras y ademanes europeos. Hasta podría apostarse, sin miedo a perder, que había recibido cierta educación, desde luego nada que ver con la ínfima instrucción que los españoles brindan acá a las esclavas. Para qué negarlo, a mi papá la mujer le había entrado ya por el ojito bueno.

Carraspeó el Síndico y regresó a su formulario cuando, sin querer, incurrió en un despiste:

—Negra de nación... ¿bozal⁵ o ladina?

Había preguntado lo que no había que preguntar.

—¿*Bosal, dise su mersé?* —reaccionó ella—. ¡*Caballeero!* ¿Cómo voy a sé *bosal*? —objetó entre aspavientos—. Misterio no é *bosal*. No señó. ¡Misterio habla *español*!

En ese preciso instante fue cuando se me ocurrió culebrear a ras de piso y asomar la cabeza. Mi aparición interrumpió la acalorada discusión y el asunto derivó cambiando de protagonista, pues todas las miradas convergieron bajo la mesa. La escena finalizó con la deshonrosa evacuación que ya he relatado.

Ante la circunstancia de toparse con una chiquilla despeinada y en camisión oculta bajo su escritorio, niña que para colmo era su propia hija, y tener que dar orden, pese a mis estrepitosas protestas, de que me sacasen a la fuerza del lugar, mi padre se sintió obligado a pedir dobles disculpas: en primer lugar por mi insólita actuación y en segundo porque, desde el momento en que se le había escapado leer en voz alta tamaña bobería como la que acababa de preguntar, él mismo había advertido su indelicadeza; resultaba más que evidente que aquella mujer hablaba español y por tanto no podía ser bozal, sino ladina. Semejante metedura de pata era impropia de un caballero de cuna española. ¡Como si él no tuviese el buen tino de pasar

siempre de puntillas por estos temas! ¡Habría bastado con leer la pregunta para sí, marcar una cruz en la casilla correspondiente y amén así sea!

Cavilaba el caballero que tales errores venían de las muchas horas que pasaba cada día preguntando idénticas cuestiones, pues no había más que ver las montañas de expedientes de quejas de esclavos que custodiaba el estudio, cuando volvió a la realidad y cayó en la cuenta de que ya no iba a ser preciso disculparse, pues la mujer había enhebrado, ella sola, el hilo de la historia y refería su caso, sin prisa ni pausa, a quien quisiese escuchar.

Se explayaba narrando con todo lujo de minucias innecesarias su llegada a La Habana; parecía ser que semejante hecho histórico había tenido lugar en el año 1852, a bordo de un buque llamado *Granadilla*, nave negrera donde la habían encerrado tras ser capturada «en una isla al otro lado de *Madagascá*, que cuando esta mujer estuvo allá se llamaba isla Bourbon y ahora no. Ahora la llaman de otro modo». ¿Que cómo había ido ella a parar a tal lugar? «Allí llegué después de dar vueltas y vueltas, que primero me robaron y me llevaron a pie hasta el mar y luego en barco a una isla que llaman Gorée y luego a otra isla para después *bajá y bajá* hasta Mozambique y al final me vendieron en el mercado de esclavos de Bourbon.» Afirmó ser de nación peul y oriunda de un poblado situado no lejos del puerto de Canjaja, a la orilla de un río llamado Cacheu, donde una tarde «vinieron unos hombres, me apresaron y sanseacabó. Me hicieron esclava».

Mi padre se paró para localizar los lugares que citaba la mujer entre un mar de diminutos puntos marcados con alfileres sobre el África del enorme mapamundi que guindaba en la pared, destinado a resolver averiguaciones como la presente. Localizó el río Cacheu y dedujo que el tal poblado podría encontrarse en la llamada Costa de los Esclavos, por la parte central de la Guinea. Enlazando los puntos que Misterio había citado intentaba trazar una ruta con intención de anotar el recorrido, pero ya ella había cogido carrerilla y seguía a lo suyo.

Contó que en su poblado había sido feliz hasta que, siendo niña, fue capturada y trasladada en un barco de cabotaje a la isla Bourbon —lugar que el caballero intentó, asimismo, localizar y que encontró en la parte baja del mundo, a la derecha de Madagascar—, donde había permanecido varios años. Allí la habían vendido y pasó a ser propiedad de un clérigo, «*M'sieur le curé*, que me *aprendió* la fe de Jesús, me *bautizó* y me puso Marie Neige, un nombre cristiano que es el nombre de la madre de Dios más la palabra

“nieve”, que yo no sabía lo que era hasta que el amo me explicó que la nieve es una cosa blanca que cae del cielo cuando hace frío y, si se pisa, se pone carmelita», pero que pasado un tiempo su amo había tenido que ausentarse a la fuerza de la isla «por ser amigo de negros», dejándola en usufructo y bajo promesa de concesión de libertad, en la hacienda de una piadosa dama francesa, Madame Payet, «un ama buena pero *demasio* malquerida por su esposo. Ella fue quien me encaminó, *apoco apoco*, en las minucias del *aplanchado*. Aprender a planchar fue mi fortuna. Sí *señó*. Lo más bueno que me pasó en la vida. Lo mejó de *tó*».

A continuación dejó bien clarito que Bourbon era «tierra muy bien gobernada, primero por su majestad Luis Felipe, el rey de los *franseses*, y luego por otro Luis que no era el mismo Luis pues era Luis Napoleón» y que, pese a su condición de esclava en usufructo, por aquellos pagos la vida no le había ido mal. «Allá no había *tumbadero*,⁶ que los *franseses* no dan *boca-abajo*⁷ a esclavos, como *hasen* los amos acá.» En resumen, todo era bueno a no ser por la presencia de un viento huracanado que los lugareños llamaban *siclón* y que dos o tres veces al año asolaba la isla, «pero ya sabe su *mersé* que los *siclones* los manda Dios y una solo puede ponerse a buen cobijo e implorar que acaben pronto». Parece que el tal ciclón lanzaba las olas con tanta fuerza desde el mar contra la tierra que el agua alcanzaba la parte alta de la montaña, arrastrando consigo cuanto se encontraba. «Mismo las pesadas lápidas del camposanto *aparesían* en los poblados del monte sin saber cómo.»

Llegada a este punto decidió dar por finalizada la primera parte de su relato y afirmó llena de razón, que «en el año mil y ochocientos y cuarenta y ocho resultó que su majestad el rey de los *franseses* quiso irse para siempre y se fue a vivir a Inglaterra. Entonces vino la République y dijeron que los hombres son libres todos, mismo los negros, que ya la *esclavitú* terminó». Ahí sí que mi padre no pudo reprimir la risa. Resultaba de una ingenuidad conmovedora que alguien pudiese llegar a resumir la deposición de un monarca, el advenimiento de un nuevo régimen y la abolición de la esclavitud de forma tan natural y expeditiva, pero Misterio remató el asunto con una frase más que lapidaria: «Y como *tóo* cambió, pues dijeron que no *taría* mal

cambiar también el nombre de la isla.»

En efecto, si el caballero daba crédito a las explicaciones de su interlocutora, en marzo de 1848 habían tenido lugar dos hechos de enorme trascendencia en los territorios franceses de ultramar: el primero fue que el Gobierno la había declarado, a ella, oficialmente *affranchie*, o sea liberta, y el segundo que la isla Bourbon pasó a llamarse isla de la Reunión.

Añadió que, con tanto cambio, los habitantes de la recién nombrada Reunión, libres y libertos, tuvieron que presentarse en la capital para actualizar en plazo y forma sus documentos. Exactamente eso hizo la ciudadana libre de color Marie Neige Monnet, «que ese fue mi primer apellido, el que me puso *M'sieur le curé*»; se echó al camino una noche para estar en Saint Denis al amanecer, pero a menos de cuatro leguas de la capital le salieron al paso unos franceses que la interceptaron; al principio no desconfió, aquellos hombres parecían caballeros, iban bien vestidos y la habían abordado con sonrisas, saludos de sombrero y palabras de cortesía, pero enseguida se dio cuenta de que eran ladrones de hombres. Había caído prisionera y, por más que se esforzó en gritar que ella era liberta, en menos de un líbranos del mal amén las tornas se volvieron en su contra. A empujones la obligaron a caminar hasta un paraje oculto donde, aterrorizada, la encadenaron a una hilera de negros, igualmente apresados, a los que unos blancos furibundos vigilaban. Por fuerza la operación debía de exigir rapidez y discreción, pues antes del mediodía el grupo entero ya había cambiado de dueño. Los salteadores habían vendido la mercancía a un tratante portugués que en un tris les pagó la captura. El hombre, un pirata desalmado que hablaba a gritos y la llamaba «cafre», la hizo arrastrarse a cuatro patas por la cubierta de un barcucho viejo y sucio que olía a pescado podrido y bandeaba peligrosamente a merced de las olas. A empellones la obligó a bajar a la bodega y su cuerpo rodó chocando contra fardos malolientes. Solo cuando sus ojos se acostumbraron a un hilillo de luz que se colaba por las ranuras comprendió que lo que la rodeaba no eran envoltorios sino cautivos, y vio los rostros de quienes con ella viajaban: quince africanos aterrorizados que se miraban unos a otros con expresión idiotizada. Misterio pasó el día vomitando y la noche paralizada de miedo. Comprendió que el barco se dirigía al oeste y que iba soltando carga de puerto en puerto. La desembarcaron cerca de Lourenço Marques, en un asiento de esclavos de la costa de Mozambique. La encerraron en un galpón con mujeres que no

hablaban su lengua y allí la mantuvieron a oscuras, sin comida ni agua. «Yo no podía *hasé* sino *llorá y llorá*. Advierta su *mersé* el *padesimiento* que me supuso saberme presa y de nuevo esclava.»

Una mañana la empujaron al vientre de otra grandísima nave, esta vez un bergantín español nuevo que iniciaba travesía para transportar africanos comprados por hacendados cubanos. Eran ciento cincuenta «piezas de ébano», así los llamaban los tratantes para no pronunciar la palabra «esclavo», y, con buen viento, llegarían a La Habana en un tiempo corto para ellos, pero interminable para los desgraciados encadenados en la bodega. Sufrieron espantosas semanas de sed, calor y hambre. Muchos enfermaron, murieron y sus cuerpos fueron lanzados al mar. Para colmo, cuando ya pensaban que el viaje estaba a punto de terminar, la nave fue «visitada» por otros blancos que resultaron ingleses. Y ahí sí que se armó tremendo jaleo porque, comprobada la carga, descubrieron a los esclavos. Los británicos arrestaron a la tripulación y declararon la nave buena presa.⁸ Uno de ellos, que tenía el pelo amarillo, se puso al mando y encaminó el barco hacia el punto más cercano al lugar del apresamiento, que no era otro que el puerto de San Cristóbal de La Habana.

El *Granadilla* echó ancla en el fondeadero de Regla un mediodía de 1852. Militares españoles esperaban a la tripulación, inmediatamente encarcelada, y desembarcaron a veintiséis africanos, los únicos que se salvaron de los ciento cincuenta embarcados al zarpar: la viruela, los castigos y la sed habían hecho el resto.

En respuesta a las pocas preguntas con que mi señor padre logró meter baza a lo largo del relato, la mujer refirió que, recién llegada a Cuba, había tenido que quedarse en «el Barracón», un depósito en la zona de Regla, hasta que se le pasaron unas fiebres que le habían contagiado en la travesía, y que cuando mejoró la trasladaron al Consulado, un depósito de esclavos que había extramuros. Allí le aconsejaron que mostrase diligencia en aprender la lengua, pues el Gobierno iba a darle papeles y consignarla en casas, para trabajar de doméstica durante el tiempo que mandaba la ley: «En el Consulado un hombre que hablaba *fransé* me pidió que dijese a los que comprendían mi lengua de África que nadie podía comprarnos ni vendernos por ser nosotros gente que llegamos cuando ya traer esclavos acá no estaba permitido. Y que el Gobierno se ocuparía de nosotros. Después nos regalaron

papeles con nuestros nuevos nombres. Dijeron que eran “cartas de emancipados” y que no las había que perder.»

Llegada a este punto guardó silencio, clavó los ojos en el piso y suspiró sonoramente. Pero el suspiro, más que una exhalación, pareció una de esas resopladeras que se le escapan a uno cuando se desfonda.

—Sí *señó*. Así fue como pasó —concluyó.

Y el caballero Síndico comprendió entonces que aquella mujer era una emancipada⁹ sin papeles.

4. Consulado: edificio que albergó el Depósito judicial de esclavos, emancipados y negros cimarrones. En él ingresaban los siervos involucrados en disputas o pleitos y los capturados. Permanecían en *depósito*, mientras se resolvía su situación, y durante dicho tiempo la institución los alquilaba (por tardes, días o semanas) a particulares que precisaban mano de obra barata.

5. El esclavo era «bozal» mientras no hablaba español y «ladino» cuando ya conocía la lengua. Los hijos de ladinos nacidos en la Isla se denominaban «criollos de color».

6. Tumbadero: donde llevaban a los esclavos para recibir, tumbados y atados, castigo de azotes.

7. Boca-abajo: posición en la que se colocaba el castigado para la flagelación. Por extensión, castigo.

8. El rey Fernando VII firmó, en el año 1817, un tratado con Inglaterra por el que España se comprometía a abolir la trata en un plazo de tres años. La Real Cédula del 19 de diciembre de 1817 prohibía a los súbditos españoles «ocuparse en el tráfico en las costas de África» e indicaba que, cuando cupiese la sospecha de transporte ilícito, los buques de guerra de las partes contratantes estaban autorizados a «visitar» y registrar los mercantes de ambos países. Si se demostraba el comercio de esclavos, el buque sería declarado «buena presa» y vendido con sus pertrechos; los africanos que transportase serían confiados al Gobierno para recibir un certificado de emancipación.

9. A los africanos que llegaban en naves negreras interceptadas por potencias extranjeras se les declaraba «emancipados, pero dependientes de gobierno» porque no sabían hablar español, no tenían oficio y no habían recibido instrucción religiosa. No eran esclavos, pero tampoco eran libres. Para las autoridades coloniales los emancipados eran «esclavos del Gobierno» y los alquilaban a precios muy baratos primero como «aprendices» (cinco años los hombres y siete las mujeres) y luego como «colonos» varios años más. En teoría, cumplidos los períodos de «aprendizaje» y «colonato», los emancipados deberían obtener la condición de «libres de color», pero muy pocos llegaron a recibir su carta de libertad.

Ulises Horacio, mi *muleque*

Voy a demorarme un momento antes de continuar, para que el lector conozca al apuesto joven que me acompaña. Al inicio de estas páginas me he referido a él como mi «doméstico de confianza», aunque en realidad él desempeña un papel mucho más importante, tanto en mi vida como en mi casa, además de ser la única persona en este mundo con la que mantengo estrecha y diaria familiaridad. Su nombre es Ulises Horacio, lleva el apellido de mi familia y yo siempre le digo «mi *muleque*».

Para ello tengo que aclarar que en La Habana, cuando la que ahora les habla era niña chica, es decir, a finales de los años cincuenta, apenas acababa de nacer un niño blanco y ya sus padres le regalaban un negrito. Por eso casi todos los chicos de buena familia disponemos de un *muleque* para nuestro servicio personal y es habitual contemplar la estampa callejera de bellos negritos con guantes y librea de terciopelo colocando la banqueta a los pies de sus amitos para ayudarles a subir al coche, o de *mulequitas* endomingadas que, cuando la familia va a la iglesia, caminan orgullosas dos pasos por delante de su amita llevando en las manos la silla y la alfombra de la Niña. El mío me lo regalaron cuando nací y atiende por Ulises Horacio, nombre que quiso ponerle mi mamá, la cual, como ya he mencionado anteriormente, adoraba la lectura.

Ulises fue el único hijo que trajo al mundo nuestra cocinera, una carabalí de dientes limados y puntiagudos a la que llamamos Alegría, mujer de carácter dulce como cañamiel. La mamá de Ulises me dejaba totalmente maravillada viéndola ceñirse las coloristas telas que usaba para cubrirse el cabello y que solo ella sabía amarrar de mil maneras. A Alegría decidió cruzarla mi abuela, que tenía muy buen ojo para emparejar machos con hembras y estaba más que orgullosa de los excelentes ejemplares que conseguía y de cómo había ido mejorando la calidad de su negrada. La joya

que mi abuela tenía reservada para nuestra cocinera no era otro que Napoleón, el calesero de la casa, un imponente mandinga de rostro tatuado, gesto altivo y arrogante presencia al que le sentaba como un guante la pomposa elegancia del traje de cochero que nos habían diseñado para dejar bien claro nuestro apellido en la ciudad.

¡Había que verlo en la puerta del patio, montando orgulloso el caballo que tiraba de nuestro quitrín!¹⁰ Napoleón resplandecía vestido de paseo, luciendo la impecable chaqueta andaluza de bocamangas con las iniciales de la familia bordadas en la espalda y adornada de charreteras y entorchados, el chaleco sobre su camisa de hilo con botones y cintas doradas en cuello y puños, el pantalón blanco, la corbata carmelita, las botas altas de campana, las espuelas siempre relucientes, los zapatos de becerro negro con hebillas de plata y, a modo de complemento para tan soberbio conjunto, sombrero de copa con galones y suaves guantes de cabritilla. Toda una composición en el más puro costumbrismo habanero de alto nivel, porque vestir bien al calesero era importante, tanto que mi propia abuela, queriendo sentar sus reales como Dios manda en la villa, se desplazó personalmente con Napoleón y un puñado de figurines de moda, primero al sastre y luego al talabartero, para comandar el flamante uniforme a la medida del mandinga con todos sus complementos, porque el atuendo de Napoleón armonizaba convenientemente con los arreos del carruaje que lucían nuestras iniciales incrustadas en marfil y plata, a juego con la fusta y los demás ornamentos del coche. Hay que decir que todo esto se llevaba en el más absoluto secreto, no fuera a aparecer otro cochero con vestimenta pareja a la del nuestro. Y es que, como se decía entonces, «para saber si alguien es alguien en La Habana solo hay que mirar cómo viste al calesero».

Lo que era a mí, la estampa que ofrecía el papá de Ulises me impresionaba tanto que hasta fantaseaba con ella. Es que no lo había más pintiparado. Me encantaba escuchar cómo chiflaba para avisar la llegada o la salida del quitrín, observarlo en las caballerizas mientras ultimaba los preparativos para sacar el caballo y asistir desde el traspatio al meticuloso cuidado que ponía en bruñir los adornos de arreos y abrazaderas. Pero la ceremonia que más me deleitaba y que siempre conservaré en mi memoria tenía lugar cuando ya el coche estaba dispuesto y las bestias a punto; entonces el papá de Ulises, en el cuartucho de los pertrechos, ceñía al cinto

con toda parsimonia el machete de empuñadura antigua, contemplaba su facha en un pedazo de espejo que guindaba en el muro del fondo, se colocaba en la oreja izquierda su argolla de oro, «que no la *lusco* por haber girado la vuelta al mundo, como los bucaneros, sino por ser prenda de mi amada», y hecho un pincel, se calaba el sombrero con toda maestría.

¡Como para pararse y aplaudir, siquiera fuese por la belleza del ritual!

Por fortuna, Napoleón y Alegría se gustaron mucho desde el primer encuentro y decidieron atreverse a solicitar la aprobación de los amos para formar familia. Concedido el permiso, no se separaron nunca porque se adoraban con sentimiento sincero y se querían de veras.

A ambos los habían traído de África de niños por lo que habían sido criados en la casa; con esto quiero decir que los dos habían crecido a las órdenes de la familia y nos pertenecían. Cuando, en el año treinta y tres, faltaron mis abuelos, que murieron con muy poco tiempo de diferencia en la epidemia del cólera morbo, tanto Alegría como Napoleón pasaron a ser propiedad de mi madre, a la que sirvieron siempre, en especial con excelente dedicación cuando enfermó. El nacimiento de su único hijo, que tardó sus buenos años en llegar, les colmó de felicidad; vinieron a presentarlo ante mis padres y, según me contaron, cuando lo vio mi mamá, que por aquel entonces estaba deseando tener un hijo propio, le pareció tan hermoso que quiso elegirle nombre y hasta decidió apadrinarlo.

Ahora que hablo de mi madre debería mencionar que si algo la mortificó de verdad durante sus últimos momentos no fue el hecho de morir joven ni de hacer enviudar a su esposo; lo que más la atormentaba era pensar que yo iba a quedar huérfana solo veinte meses después de haber nacido. Estaba tan afligida por tener que irse y dejarme en este mundo que, cuando sintió que se acercaba el final, no hallándose en condiciones de resolver de mejor manera, logró arrancar un juramento a la única persona que en aquel momento asomó por la puerta de la alcoba. Y la fortuna permitió que Ulises Horacio, seis años mayor que yo, no solo no se asustase y saliera corriendo, sino que pudiese comprender el alcance de lo que se le pedía.

Por desgracia yo no guardo recuerdo alguno de su persona y por eso me encantaba que Ulises compartiese conmigo los suyos. Cuando esto sucedía eran momentos íntimos de secreta confianza en los que el *muleque*, en voz baja y tono exageradamente misterioso, lograba hechizarme. A solas en mi cuarto, yo le reclamaba el cuento y él, aunque inicialmente acostumbraba

poner cara de fastidio o hacerse el ocupado, acababa cumpliendo mi voluntad. Y a fuerza de repetir la escena, fue incluyendo en la narración pormenores y variantes relativos a su actuación personal el día de autos, que en vez de temerosa y sobrecogida como en realidad debió haber sido, se tornó pura demostración de arrojo y valentía, desvirtuando a su favor la terrible circunstancia en la que se vio involucrado con apenas ocho años de edad.

—Ulises, cuéntame de cuando tú le juraste a mi mamá.

—¡Ay, Niña *Duuulse*, que ya yo eso lo relaté más de tres mil veces! —se quejaba remolón.

—Si me lo cuentas le digo a Alegría que cocine frituras de carita.

—El *muleque* no tiene gran paladar de fritura esta mañana —disimulaba, haciéndose de rogar—. Más bien tiene la boca de tasajo brujo.

—¡Pues eso mismo le voy a pedir, que nos prepare carne de puerco adobada, un tasajito! *Aaanda...* y mientras tú hablas yo abro la cajita de música. ¡Verás qué lindo!

—Si la Niña monta tanta rumba, el *muleque* va a *tené* que *relatá...* *Tá* bueno. ¡Pero nada de *interruptions*, que si el negrito pierde el hilo *Duuulse* se queda sin cuento!

Mil años que viviese y no me cansaría de escuchar aquel relato.

Como en un rito tantas veces repetido, me acomodaba sobre el piso con mi caja de música, deslizaba su tapa y un repetitivo soniquete de piano aportaba la melodía de fondo al relato que tanto me apasionaba. Ulises escenificaba con puro dramatismo y yo bebía sus palabras fascinada, sorbiendo cada cadencia de voz, cada matiz en sus gestos y todos sus movimientos:

—Pues hoy voy a *referí* que aquella tarde el negrito pasó ante la puerta del cuarto de la mamá de la Niña, que ya estaba *muuu* malita, y desde el corredor miró *padentro* y preguntó bajito a las mucamas cómo era que seguía el ama. La enferma se despertó y, con voz de quebranto, llamó a Ulises. «Ven acá», ordenó. Y el *muleque* *obedesió*, como siempre que llama el ama, y ahí que ella lo amarró fuerte por un brazo y exclamó: «Ulises Horacio, escucha bien esto que yo te digo. Júrame, acá, ahora, que no te vas separar de Dulce. Nunca. Tú vas a velar siempre por la Niña. Permanecerás en esta casa, irás

donde ella vaya y la protegerás. ¡Mira que te la estoy confiando!» Y este negrito, todo bravo, respondió: «Sí mi ama. Yo lo juro.» Pero ella no se conformó y quiso *indagá*: «¿Qué tú juras, Ulises? ¡Repíte, que yo te oiga! ¿Qué tú juras?» Y el *muleque* dijo suave: «Mi ama, yo estoy jurando ahora por el Dios del *sielo* que Ulises Horacio siempre va a *acompañá* a la Niña. Descuide el ama, que *Dulse* Elena no va a *está nuuunca* sola.» Luego ella miró a la Caridad del Cobre, que la tenía allí mismo, en la mesa, junto al agüita, el rosario y *toodos* los curativos. Miró a la Virgen, así, como yo estoy mirando ahora a la Niña, y *plaf*, se nos *desvanesió*.

Esa misma noche se murió mi mamá y un apenadísimo Ulises Horacio vestido de librea llevó mi banco y mi alfombra con digna seriedad año tras año a cuantas misas se celebraron en memoria de la difunta. Y en cada aniversario el *muleque* renovó su juramento:

—*Pielta cuidao* el ama buena, que ya Ulises se la está *galdando*.

Lo hacía mirando al cielo, en voz bajita y parado junto a la puerta de la iglesia, mientras esperaba que terminasen los oficios y la familia saliese del templo.

Y mentiría quien dijese que incumplió su palabra, pues no acierto a recordar un solo suceso importante de mi vida en el que él no haya estado a mi lado. Con solo nueve años se presentaba a sí mismo con un «Acá llega Ulises Horacio, el *muleque* de Niña *Duuulse*», siempre alargando mucho la u. Él y no otro me acompañó cuando mis primeros pasos, soportó mis caprichos, consoló mis pataletas, recibió no pocos chancletazos y castigos por mi culpa, sufrió con mis caídas y lloró conmigo. Cuando me ponía enferma no se alejaba de mi lecho para nada y pasaba las noches a los pies de mi cama, tumbado en el piso, «que así el negrito puede *escuchá* el *respirá* de la Niña».

Guardo el recuerdo amable de mi *muleque* intentando, tarde tras tarde, amenizar una siesta que yo me negaba tajantemente a realizar. Para no perturbar el descanso de mi padre en las horas de más calor Ulises me entretenía canturreando panalivios¹¹ quejumbrosos que aprendía de las negras en la cocina, mientras yo, espatarrada en la hamaca que él mecía de a poquitos, coreaba bajito el estribillo de aquellos cantos de esclavos:

Caporaaal,
mira que é tarde yaaa.

Ya tocóoo.

*¡A coméee!
¡Vamos yaaa,
caporaaal!*

*¡Vamos ya,
vamos yaaa!
¡Caporaaal!*

Pero lo que más me divertía era cuando cantaba y bailoteaba un son muy pegadizo cuyos movimientos se suponía que yo debía imitar:

*Te digo que, mueve tu caderita.
Te digo que, párate atrás.*

*Se me van lo pié,
miiira, Niiiña,
se me van lo'pié.*

*Menéalo paquí,
menéalo pallá.*

*Saca la mano, saca lo pié,
saca la cadera si tú quieres aprendé.*

*Que se me van lo pié,
miiira, Niiiña,
que se me van lo pié.*

Como había que tener cuidado de no hacer ruido, Ulises danzaba susurrándome al oído la letra del canto y mi baile se reducía a copiar sus movimientos desde la hamaca en una especie de tabla de gimnasia que siempre acababa fatal porque yo me mondaba de risa. Por darme gusto, repetía los pasos del baile docenas de veces y acababa tirado por el piso de puro agotamiento. Al final entre los brincos, el bochorno de la hora y el runrún de la acunadera de mi hamaca, el que se quedaba profundamente

dormido era él.

Lo que acabo de relatar no era nada comparado con nuestro divertimento favorito, que tenía lugar cuando mi *muleque* jugaba a imaginar que ya éramos grandes y por tanto él detentaba el puesto de calesero de la casa. Todo ufano, plantaba el banco a mis pies y me ayudaba a subir al quitrín con ceremonia y formalidad. Se pegaba la fatiga de colocarme bien sentadita en el pesebrón del coche, perfectamente instalada entre dos cojines azules con las iniciales de la familia bordadas en plata, mis pies descansando cómodamente sobre una banqueta que, a modo de escabel, disponía él mismo. Muy orgulloso, fingía conducir montando «al paso» nuestro caballo. Y chiflaba, como su padre, simulando con la boca el ruido del trote y el traqueteo del coche. Como si no hubiese hecho otra cosa en su vida, sostenía con elegancia los arreos plagados de adornos mientras me explicaba las reglas de un juego que yo debía respetar: el *muleque* aconsejaba a su dueña sujetarse bien a las argollas de marfil de las puertas, pues las calles de La Habana estaban hechas una desgracia, abarrotaditas de baches, agujeros y desniveles, eso por no hablar de los muchos carruajes mal guiados. Sí, mal guiados, había que decirlo, por caleseros de poca monta, no como el de la casa de la Niña, sino de otros que, por no saber, cruzan las bestias en los pasajes sin atender chiflidos ni compartir los educados gestos de los cocheros de familias principales.

—No te sientas intranquila, que ya Ulises guía suave. No se me vaya a inquietar la Niña con los vaivenes.

Siempre respetando la debida distancia de un doméstico con su amita, proseguía el fingido paseo y se explayaba en explicaciones sobre los lugares que transitábamos. Unas veces insinuaba que no mirase acá o allá, pues la persona que íbamos a cruzar no era digna de mi atención, otras pronunciaba, de forma discreta y con la antelación suficiente para que yo preparase el saludo, «Gurriarán», «Fernandina», «Santovenia», «Montesdeoca», que se suponía eran los apellidos de los que paseaban por la calle, indicándome a quien debía corresponder con una mayor o menor inclinación de cabeza y, lo más importante, si la presencia de algún conocido iba a exigir de mi persona una ligera sonrisa, un insignificante movimiento de abanico o una cortesía afectuosa.

Así y no de otro modo transcurrían nuestras tardes. Mi *muleque*, obligada presencia en mi infancia, era el compañero fiel siempre a mi vera y

el indispensable acompañamiento para salir a la calle. Porque mientras los *muleques* de otros niños se limitaban a ser «negros chicos» que seguían a sus traviosos amitos y, al cumplir los diez años, se convertían en pajes, escoltas o simplemente criados mandaderos, mi relación con Ulises Horacio adoptó desde el principio un cariz bien diferente; mi *muleque* fue primero un reverente y protector camarada de juegos, luego mi inseparable compañero de aprendizajes y más adelante un sobresaliente mozo de confianza, guardaespaldas riguroso y responsable de asistirme personalmente. Y es que Ulises ha sido, es y será mi confidente y mi mejor amigo.

Tengo que reconocer que, con la aparición de Misterio, las cosas para él cambiaron un poquito. Al principio creyó que lo estábamos dejando de lado y se puso muy celoso, pero luego se le pasó la calentura y terminó siendo cariñoso colaborador de mi cuidandera. Desde el primer día, ella en persona, y nadie más, se ocupó de despertarme y de preparar mi indumentaria, que, misteriosamente, amanecía guindada en la silla de la alcoba, limpia, perfumada, por supuesto impecablemente planchada y dispuesta para vestir. Además se encargaba de levantarme, darme el baño, hacerme desayunar, vigilar minuciosamente mi apariencia y acompañarme a la escuela donde, por obra de magia y sin el mínimo esfuerzo por mi parte, pasé de ocupar el primer puesto de niña despeinada, con ropas arrugadas y requeterrepetidas, a destacar como la del cabello mejor cepillado y la más emperifollada.

En la escuelita me despedía y se regresaba a la casa dejando al *muleque* apostado en la puerta con orden de permanecer en el lugar hasta que terminasen mis clases, llevarme después a casa de doña Herminia Franco para mis lecciones de piano y al finalizar, sin atender ruegos, caprichos, ni permitir rodeo alguno, traerme de vuelta a Amargura.

Misterio dedicaba la mañana a la mayordomía: establecía las tareas de los esclavos y la intendencia toda; enviaba criadas al mercado, dirigía la cocina y la limpieza, mandaba matar gallinas, sancochar viandas y carne de puerco, disponer aguamiel, cocer pan y preparar dulces. Convocaba a carboneros, leñeros, hieleros y aguadores, encargaba café, cacao y tabaco, comisionaba artículos de primera necesidad en los almacenes, mandaba traer pescado fresco a vendedores de confianza que compraban directamente a los pescadores, hacía pedidos de droguería, bodega, botica y mercería, daba faena a lavanderas, costureras, modistas, bordadoras... Total, que las horas le volaban en pura corredera, pero cuando Ulises y yo regresábamos a

Amargura todo estaba dispuesto y ella podía despedirse con la seguridad de que la casa quedaba lista, la faena de la servidumbre ordenada y las necesidades de la familia previstas hasta el día siguiente.

A poco de yo cumplir los nueve años mi padre, que desde siempre fue socio del Liceo Artístico y Literario de La Habana y había sido excelente amigo de uno de sus fundadores, el periodista catalán Ramón Pintó, se empeñó en anotarme como hija de asociado para que asistiese a las actividades. El Liceo tenía como finalidad el fomento de la cultura, las letras y las bellas artes, y en sus cátedras colaboraban intelectuales, políticos influyentes y filántropos de la talla de José Morales Lemus, Rafael María Mendive, José de Imaz o Antonio Bachiller y Morales. Ofrecía cursos impartidos por los excelentes profesores como el pintor Federico Mialhe, que era director de la Academia de Bellas Artes, o el patólogo Julio Jacinto Le Riverand y organizaba entretenimientos culturales, conciertos, recitales de poesía, muestras de pintura, bailes..., además, concedía becas para estudios gratuitos a más de doscientos alumnos de familias blancas de buenas costumbres pero con escasos recursos.

El Liceo tenía arrendada, en la calle Mercaderes, la parte noble de su palacio al marqués de Arcos y los cuartos altos a los señores Meert. Durante años asistí puntualmente a sus aulas y como Mercaderes dista poco de Amargura, Ulises y yo teníamos permiso para ir a pie acompañados por Napoleón, pero la vuelta la hacíamos solos, gran aliciente para no faltar ni un día ya que caminar por la ciudad nos hacía sentir más que mayores.

Cuando yo ingresé, el director del Liceo era José Ramón Betancourt, escritor muy conocido; desde el primer día me encantaron sus clases y pronto me hice asidua en todas las actividades literarias, por eso me elegían para entregar ramos en coronaciones de poetas, juegos florales y obritas de teatro. Además, en cuanto los profesores supieron que me gustaba componer poemas elegíacos, propusieron mis versos para *El Liceo de La Habana*, publicación mezcla de gaceta y revistilla que admitía trabajos literarios de alumnos y asociados.

Respecto a las clases, aconsejada por mi señor padre, entre las docenas de materias que ofertaba la institución optamos por las que él consideró más

adecuadas para una señorita de mis condiciones, es decir, historia de la literatura, que me apasionaba, latín y canto, porque él me lo exigió, y dibujo paisajístico y declamación por capricho mío.

Al contrario de otros *muleques* que desaprovechaban las horas jugando o dormitando a la sombra, Ulises me acompañaba y permanecía en el exterior, a pie de muro, por lo que se entretenía escuchando el discurso de los profesores a través de las ventanas que, por el fuerte calor, solían estar de par en par.

Siempre hacíamos parejo, yo entraba y él me esperaba fuera, pegado a la reja. Hasta una mañana que cayó en la cuenta de que si se colocaba en un lugar exacto, estratégicamente en ángulo con la puerta del aula de dibujo artístico, alcanzaba a ver y escuchar al mismo tiempo, es decir, prácticamente podía seguir la lección desde el patio, sentado en el suelo. Y eso fue lo que estuvo haciendo; sin que nadie se percatase y sin yo tener conocimiento, durante meses asistió desde el exterior a los cursos de dibujo de los mayores.

Pero Dios sabe que todo llega a saberse en este mundo y la tarde que me preguntó, como de pasada, dónde podría agenciarse «unos buenos crayones de color y algo de papel económico» descubrí su secreto. Y cuando yo inquirí para qué precisaba él tales artículos, respondió todo intimidado:

—É un *queré desí*, Niña, que no me vendrían mal para vé de *dibujá* algún cuadro.

—¿Un cuadro? Pero ¿tú sabes pintar?

—Algo *empiesa* a saber el *muleque...*, poquito, nomás.

Le pedí que me mostrase sus dibujos y al poco rato se presentó en la saleta con los brazos llenos. Traía un montón de bocetos hechos con carbón de cocina sobre los pedazos de cartuchos de bodega que Alegría le iba guardando. Me asombró tanto la calidad de sus dibujos que corrí a decírselo a mi padre: ¡Ulises dibujaba de maravilla! Sus apuntes eran magníficos, de verdad, excelentes. Sería una pena no favorecerle para que pudiese desarrollar tan admirable capacidad. Mi emocionada insistencia debió resultar convincente, porque el caballero prometió resolver. Y resolvió, logrando que los profesores hiciesen la vista gorda ante la presencia de Ulises.

Así fue como mi *muleque* pudo asistir, de oyente, a las clases de dibujo

y pintura en el Liceo Artístico y Literario de La Habana, desde el patio por supuesto, pues el acceso estaba vetado a los de color. Por desgracia solo pudo aprovechar un curso, el último que funcionaron las aulas, porque en octubre del sesenta y ocho Carlos Manuel de Céspedes liberó la negrada de su ingenio en La Demajagua y, al grito de: «¡Unidad, libertad, justicia e igualdad: blancos y negros, libres y esclavos!», proclamó nuestra independencia y se alzó en armas contra España.

Había estallado la Guerra Grande, la primera guerra de Independencia de Cuba, que se iba a prolongar diez largos años. Aunque en La Habana, gracias a Dios, no se sentía directamente la contienda porque la causa se peleaba en Oriente, criollos y españoles vivíamos en estado de perpetua confrontación. Las autoridades coloniales se pusieron bravas, prohibieron todo tipo de reuniones culturales en la Isla y cerraron las puertas de nuestro querido Liceo, a la fuerza y para siempre.

Según me contó mi padre, tras la clausura, el único de los de la plana mayor del Liceo que se arriesgó a concertar encuentros políticos de alto nivel en un bufete que él mismo regentaba fue Nicolás Azcárate. Y, además, tuvo el valor de seguir organizando, en su propio domicilio, tertulias privadas a espaldas del Gobierno colonial. Solamente Azcárate siguió en la brecha, lo cual tenía su lógica pues la situación se volvió peligrosa y limitaba cruelmente la capacidad de maniobra de los intelectuales que se mantenían fieles al espíritu fundacional del Liceo. Baste mencionar que la mayoría de los que en él colaboraban o bien se habían significado a favor de la autonomía de Cuba, o eran masones clandestinos (los españoles consideraban la masonería delito de Estado) o demostraban públicamente su admiración hacia patriotas como Salvador Cisneros Betancourt, el marqués de Santa Lucía, uno de los hombres más ricos de la Isla y aristócrata de los viejos que, al estallar la guerra, había otorgado la libertad a su enorme dotación de esclavos y puesto todos sus bienes al servicio de la independencia de Cuba.

El caso fue que, con clases o sin ellas, Ulises tenía ya el veneno del arte en el alma. Para mi sorpresa, lo que al principio parecía un divertimento se convirtió en pasión verdadera. Viendo que la cosa iba en serio le regalé lápices, papel del bueno, pinceles, algún que otro lienzo y pastillas de acuarela, pero poco a poco él aprendió a elaborar sus propios colores a base de tierras, pigmentos, arenas y aceites. Muchas noches, después de cenar, nos acomodábamos en la biblioteca para hablar de pintura y yo le mostraba

reproducciones de obras de grandes artistas. Y cuando empezó a pintar al óleo, Napoleón reunió maderas de desecho y construyó para él un magnífico caballete con bastidor adaptable. El mandinga estaba más que orgulloso de su hijo y dedicaba su tiempo de asueto a enmarcar viejas telas de hilaza y tejidos de yute o de algodón usado que luego Ulises empastaba con maestría.

Si la luz era buena, pedía permiso y colocaba los trastos en el patio; mientras charlábamos él dibujaba y yo me pasmaba, totalmente embelesada ante la belleza de los paisajes y las figuras que brotaban de su pincel como por arte de magia. Me convertí en la más devota admiradora de sus retratos, llenos de expresión y color, que me parecían extraordinarios. Él, en cambio, no les daba mayor importancia, es más, solía buscarles montañas de defectos, tanto que cuando sus cuadros comenzaron a tener demanda, tuve que ponerme seria y convencerle de que era necesario que firmase las obras, cosa que se negaba a hacer por timidez.

Lo mejor es que al final el tiempo me ha dado la razón. La exquisitez de su pintura ha corrido de boca en boca y la gente no cesa de solicitarle. No exagero cuando afirmo que hay épocas del año en las que al afamado pintor criollo conocido como Ulises Horacio Prieto le llueven los pedidos, a veces tiene tantos encargos que, aunque él insiste en sacar el quitrín para llevarme personalmente a todas partes por cualquier nadería, yo ya ando pensando en adiestrar un segundo calesero, pues no quisiera distraerle y que nuestro artista carezca de tiempo.

Sé bien que a muchos les sorprende la singular relación que entretengo con mi *muleque* y por eso, cuando alguien me lo hace notar, suelo aclarar las cosas diciendo: «póngase usted en mi lugar, hágase cargo de mis circunstancias: mi madre murió demasiado pronto y puesto que mi señor padre tampoco llegó a verme festejar los quince, no he tenido otra persona más constantemente a mi vera que él».

Ulises aprendió a leer ayudándome en mis tareas escolares y a escribir le enseñé yo misma con toda mi paciencia; descubrió el placer de la música clásica en mis clases de piano y educó su paladar probando los platillos franceses de una academia de cocina a cuyas clases asistí. Ya de mocitos grandes, durante la guerra, Misterio nos enseñó francés a los dos y a él excelentes maneras de caballero. Con el tiempo se ha convertido en el joven de sobresaliente presencia que hoy es, bello, esbelto y con un impresionante halo de artista. Porque si el buen gusto por las ropas, la estampa impecable y

la elegancia en el vestir la heredó de su padre, él solito, acompañándome a tiendas y fijándose en los figurines de moda, fue perfeccionando su estilo hasta lograr una estampa bohemia que destila el más armonioso refinamiento. Por mucho que uno busque entre los de su clase, no hay porte más distinguido en toda La Habana.

No obstante, debo mencionar que, por lucir tan buena planta, de un tiempo a esta parte las cosas del corazón se le empiezan a complicar; mulatas y morenas enloquecen por su compañía y no paran de regalarle prendas, cocinarle buñuelos o enviarle presentes. Hay una parda en el Vedado que le escribe notitas de amor y se las hace llegar en pañuelos de batista fina con aroma de violeta. Y una mucama de cierta casa grande bebe tanto los vientos por él que mandó grabar su nombre en un brazalete de oro y se lo regaló, pero Ulises rechazó tan caro obsequio porque le compromete. Él a todas las colma de halagos y se muestra con ellas como el caballero que es, simpático y zalamero pero distante, por eso ninguna logra engatusarlo más de una noche.

Hay que ver el tiempo que llevamos juntos. Y que yo siga llamándole «mi *muleque*» y a él, lejos de parecerle mal, le cause complacencia y me sonría como si le estuviese chiqueando con la mayor de las ternezas... La verdad es que viéndolo hoy, con más de treinta años, pintor de renombre y recordando yo nuestros juegos de niños, caigo en la cuenta de que, en definitiva, mientras nuestras vidas transcurrían paralelas, él jugaba a imitar el oficio que su papá desempeñaba para el mío y pasó la niñez entera jugando a aprender lo que tendría que hacer de mayor.

Cuando falleció Napoleón, Ulises ocupó el puesto de calesero y cuando murió el mío yo me aficioné a los informes y legajos que habían quedado archivados en el estudio. Ahí supe que quería ser escritora y dar voz a quien no la tiene porque, leyendo y leyendo comprendí qué cosa horrible es la esclavitud y qué atroz injusticia cometemos los blancos sometiendo a las personas de otras razas en beneficio propio. Baste decir que solamente en la isla de Cuba, con una población de algo menos de un millón cuatrocientas mil personas, alma arriba o alma abajo, tenemos más de setecientos sesenta y cuatro mil cautivos. Datos abrumadores que interpelan a las personas de bien y a quien tenga buen juicio, pero sobre todo a las élites blanca y criolla de mi país...

A esas alturas yo estaba bastante al día de las políticas emancipadoras porque recibía revistas y libros firmados por intelectuales progresistas de Europa que informaban sobre las corrientes antiesclavistas. Además, había simpatizado con los pensadores criollos de la Sociedad Abolicionista Española que se reunían dos veces al mes en la calle Obispo: acudía con asiduidad a sus casas, asistía a sus tertulias, leía sus textos y estudié la filosofía que los inspiraba.

Acá decimos que cuando uno tira del hilo llega a la canilla, y eso fue lo que me sucedió: tomé conciencia de la situación, extraje mis conclusiones, resolví que debía comprometerme y quise poner una pizca de pimienta en tan descomunal plato de *congrí*.

En mi casa, donde en teoría yo moraba sola, había treinta y ocho siervos que mi madre había recibido de sus padres y que a su muerte, como bien heredado en testamento, pasaron a ser de mi propiedad. Para mí eran domésticos, pero, en realidad, tenían condición de esclavos y aquello era una incongruencia, una paradoja que estaba obligada a resolver si de verdad quería vivir y actuar de acuerdo con mi conciencia.

Una mañana me dirigí al número 40 de la calle Aguiar, sede del Banco Español de La Habana, para cerciorarme sobre mi estado financiero pues, aunque nunca me había molestado en comprobarlo, tenía conocimiento notarial de que al margen de la herencia de mi madre, que me correspondió por entero, mi padre había dispuesto acciones, depósitos y cuentas bancarias a mi nombre. Con el sosiego de confirmar que mi situación era solvente y con la seguridad de que seguiría siéndolo ante cualquier adversidad, visité un notario y autoricé la redacción de treinta y ocho cartas de libertad.

El día 8 de septiembre, festividad de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, la santa patrona de Cuba, anuncié que deseaba recibir a mi gente en parlamento y convoqué a la negrada. Acudieron todos con gesto de inquietud, pero enseguida los tranquilicé y les comuniqué que solamente los había llamado para informarles de que, a partir del día de la fecha, todos ellos debían considerarse libertos, pues era gracia que yo les regalaba. Aclaré que los que deseasen abandonar la casa podían hacerlo con toda tranquilidad, pero que yo contrataba como empleados domésticos, con derecho a salario, comida y vivienda, a cuantos decidiesen quedarse. Acto seguido fui nombrándolos uno a uno y entregué a cada cual su carta de libertad.

Ni por asomo se esperaban algo semejante y se quedaron bastante

confundidos, Ulises Horacio el que más, pensando que tal vez yo hubiese decidido marcharme de Cuba y cerrar la casa, o que quizá deseaba echarlos a todos y dejarlos en abandono por algo malo que ignoraban haber hecho. Supe que aquella noche, la del día de la manumisión, hubo un cónclave en las dependencias y mis esclavos liberados platicaron y discutieron largamente.

Aún no había amanecido cuando el *muleque* se me plantó en la puerta de la alcoba y me obligó a salir de la cama. Entró diciendo que él, libre o no, no iba a parte alguna. Que eso se lo había jurado a mi mamá en su lecho de muerte y que de acá no lo iban a mover ni arrastrado por un carretón de bueyes. Me conmovió tanto que le pregunté si le gustaría llevar mi apellido, pues si él aceptaba yo estaba dispuesta a anotárselo. Se lo quería dar en pago a la buena compañía, los mimos y los cuidados que me había dispensado siempre. Mis palabras le hicieron estallar en sollozos y empezó a lloriquear cual niño chico. Solo al cabo de un momento, entre lagrimones y profundos suspiros, logró decir:

—¡Cóoomo nooo! ¿Cómo Ulises no va a *queré* el apellido de la Niña? ¡Dios te bendiga, que *é* grande honor el que tú me entregas! ¡Ay, Dios, si tu mamá pudiese verte, qué orgullosa que iba a *está* ella de su bebida linda!

—De los dos, Ulises —puntalicé—. Seguro que estaría tan orgullosa de ti como de mí.

Como ya era tarde para volver a la cama, reclamé mi desayuno. Apenas me había terminado el *panqué* del café y ya tenía a toda la negrada ante la puerta del comedor; los hombres con camisas limpias, la cabeza descubierta y los sombreros en la mano, las mujeres arregladas como si fuesen a salir de paseo. Dejé a un lado el desayuno, me paré junto a la mesa y coloqué bien el vuelo de mi falda para recibirles debidamente. Pidieron permiso para entrar y lo concedí. Guardaron un ceremonioso silencio y Alegría, que por edad y por ser viuda era la más respetada, se adelantó. Posó cuidadosamente un envoltorio sobre la mesa, se volvió hacia mí y tomó la palabra:

—*Venimo a desite*, Niña, que *gualdes* tú esos papeles. —Señaló con el dedo el envoltorio—. Que *mejó* no van a *está* en parte ninguna que de tu *maaano* —aclaró con gesto de determinación.

Desenvolví el paquete y me sobrecogí. Eran las cartas de libertad que les había entregado el día anterior. Todas. ¡Me las confiaban para que yo las custodiase! Aquello era la más grande prueba de confianza que un siervo puede ofrecer a un amo.

—Y que *tá* bueno lo de ser domésticos. Sí *señó*. Y lo del salario *tambié tá bueeno*. —Ahí a varios se les escaparon risotadas nerviosas—. Pero *marchá* de casa Prieto no *queremo*. —Sonrió, mostrando sus dientes limados—. Nooo, Niiiña, ¡*naide* se va!

Mientras ella hablaba los demás asentían con la cabeza y repetían «*Tá bueno*», «*No queremo, no*», «*Naide se va*», «*Sí señó*»... Sus voces sonaban a rezo de iglesia. Emocionada, me abalancé hacia Alegría y, ante las sonrisas de los demás, nos abrazamos y besamos con todo sentimiento.

—¡Si alguien opina que no tengo los mejores y más fieles empleados de La Habana, que venga acá y me lo diga! —exclamé orgullosa.

Un coro de carcajadas invadió la estancia. Su regocijo era la rúbrica de nuestro afectuoso pacto. A partir de ahí ya nomás recibí un dulcísimo rosario de «*Agradesido, liiinda*», «*Tá bueno, mi amol*», «*Dios te bendiga, Niiiña*»..., aderezado con arrumacos, palmaditas y guiñadas, que se prolongó durante el tiempo que tardé en abrazarlos uno a uno.

Esa misma mañana, hacia el mediodía, Misterio se acercó a la saleta y me confidenció que en las dependencias la gente estaba haciendo fiesta. Añadió que se sentía «más que orgullosa» de mí; lo dijo con tanta sinceridad que me emocionó. Y poco antes de la siesta Ulises vino de nuevo, todo misterioso. Traía un envoltorio que me entregó con timidez. Cuando lo abrí casi se me para el corazón. Era un dibujo del despacho de mi padre, él atendiendo quejas de esclavos ¡y yo oculta bajo su escritorio! En la parte inferior había anotado: «El caballero Síndico en el estudio y Niña Dulce en su guarida, por Ulises Horacio Prieto, pintor criollo.»

Dos magníficos presentes para un día refeliz.

10. Quitrín: vehículo particular ricamente tapizado, adornado con lujosos estribos y el escudo de la familia que reflejaba la posición social de su propietario. Eran carruajes abiertos, con dos enormes ruedas, una fila de asientos y cubierta de fuelle, conducidos por caleseros negros uniformados y tirados por uno, dos y hasta tres caballos.

11. Panalivio o penalivio: composición musical de origen africano cuya letra describe las tristes condiciones de vida de los esclavos que trabajan en el campo. La interpretación de panalivios y el uso de tambores, que los africanos utilizaban para comunicarse a distancia, llegó a estar prohibida en Cuba por la Iglesia.

Y la negra se murió

Supongo que, con lo que he venido relatando, unido a lo que añadiré en las páginas que siguen, va a quedar bien clara la especial naturaleza del trato que mi padre y yo manteníamos con Misterio. Añadiré tan solo que dicha relación, sólida y afectuosa, no hizo otra cosa que fortalecerse desde el día en que nos conocimos hasta la fecha misma en que la muerte nos la arrebató, que una noche se quedó dormida y no despertó más nunca.

Los domésticos se extrañaron de que las porteras permaneciesen cerradas cuando ya eran más de las cinco y a la cocinera le llamó la atención que, pasadas las seis, Misterio no anduviese revisando la despensa, así que envió a Ulises a su cuarto, cosa de averiguar si había novedad. El *muleque* fue y sonó en la puerta repetidas veces. No recibiendo respuesta, giró el pestillo.

Hubiera preferido no tener que ver lo que allí se encontró porque salió del lugar como alma que lleva el diablo, subió atropelladamente y se presentó en mi alcoba temblando, sofocado, los ojos como platos, sin poder contener los lagrimones que le rodaban por los carrillos.

No hacía más que clamar:

—¡Ay, Niña, gran disgusto! ¡Una *desgrasia*! ¡Que yo no sé, pero parece que Misterio se fue!

De ahí no lo sacábamos. Ni *palante* ni *patrás*. Por más que yo le reclamé tranquilidad y pregunté adónde él decía que había ido Misterio, no hubo forma de que aclarase cosa alguna. No paraba de llorar y hacer señas de que le acompañase.

Viendo que la situación no nos llevaba a ningún lugar, decidí seguirle. Fuimos hasta el cuarto de Misterio y allí que me la encontré, en su cama.

Parecía dormida pero no daba señales de vida. Grité y acudieron todos. Pusimos un espejito ante su boca para comprobar si respiraba, pero nada. Estaba rígida, paralizada, mirando al techo con los ojos abiertos. No me quiero ni acordar.

Mandamos llamar de urgencia al doctor Valecillos, una eminencia en medicina del corazón que vivía a tres cuadras de nuestra casa y al que yo conocía desde siempre. Baudilio José Valecillos había estudiado medicina en la Real Universidad Literaria de La Habana y, tras una estancia en Europa para especializarse en males de pecho, pulmón y corazón, acababa de regresar con la sobresaliente experiencia de haber trabajado junto a los mejores expertos en enfermedades cardíacas.

El doctor no tardó lo que dura un suspiro en presentarse en nuestra cochera, desde donde Ulises lo introdujo hasta el cuarto. Entró muy decidido, acompañado de un médico joven que le portaba los bártulos. Al llegar entregó sombrero, bastón y guantes para, acto seguido, acudir a saludarme, pero inmediatamente comprendió que no estaba yo para inclinaciones ni ceremonias, por lo que cambió de táctica y procedió a darme un muy sentido pésame. Le escuché desconcertada, pues no acababa de entender que Misterio ya no estaba entre nosotros, y notaba mi mente vacía de pensamientos, como si se hubiese desconectado de la realidad o yo misma me encontrase ausente.

A partir de ahí asistimos aturridos a una extraña ceremonia en la que el médico iba indicando a su pupilo lo que era preciso tener en cuenta para certificar el óbito:

—Procedamos. Vamos a describir con detalle el estado del cuerpo para diagnosticar la causa del fallecimiento. Tome nota de todos los pormenores y levante acta, si tiene la bondad.

—Cómo no, doctor. Cuando desee.

—Hembra de color, de origen africano, entre los cuarenta y los cincuenta años.

—Cuarenta y cinco —intervine—. Iba a cumplir cuarenta y cinco.

—Anote usted la edad que indica la señorita. Prosigamos; complexión normal, con marcas tribales en comisuras de boca, ojos, centro de la frente y próximas a las orejas. Otra más, grande, con forma de estrella, a la altura del tobillo derecho.

»Paso a describir la situación: hallada en el lecho con síntomas de falta de vida. Aspecto de la cara: la piel está arrugada; los ojos, hundidos; la nariz

puntiaguda, rodeada de un halo negruzco; sienes desprendidas y cóncavas; orejas retiradas hacia arriba; labios péndulos; mejillas planas y piel aplomada; rostro afilado y desconocido. ¿Voy demasiado rápido?

—Algo, doctor. Pero no le eche cuenta, que ya yo logré anotar cuanto se ha dicho.

—Bien, prosigamos con el resto del cuerpo. Escriba usted que, efectuadas las pruebas galvánicas del sistema muscular, se manifiesta falta de contractilidad general; circulación y respiración detenida; la rigidez cadavérica revela que el óbito sobrevino en la noche próxima pasada, no después de las tres de la mañana.

A mí se me antojaba que aquella escena no era real. Yo, en batín mañanero, desmayada en un balance; los criados sollozando y escuchando con espanto lo que decía el doctor; Ulises muerto de aflicción, desmoronado sobre el puro piso en un rincón del cuarto, y aquel ayudante tomando apuntes apresurados como si estuviese en una clase de la universidad.

El caso fue que, mientras ellos proseguían con su análisis, noté que me sucedía una cosa extraña: se me dio por observar la situación desde arriba como si estuviese mirando desde lo alto del techo, con la sensación de que sobrevolaba un suceso del que no formaba parte.

Ignoro qué extrañas conexiones surgen en nuestra mente cuando sufrimos experiencias dolorosas, pero de verdad que no se me ocurre ninguna explicación para justificar que en semejante momento trágico a servidora le diese por ponerse a considerar que el caballero Baudilio José Valecillos Rosales resultaba bastante atractivo. Y es que era un mulato blanconazo de los de sacar de paseo, como decimos acá, alto, flaco, con esa seriedad de los doctores y una mirada simpática pero huidiza parapetada tras sus antiparras de plata. Calibré que andaría por los cuarenta y que no se conservaba del todo mal.

Tampoco sé a santo de qué me vino a la memoria cómo era él antes. Sin motivo alguno me puse a recordarlo romántico empedernido, cuando componía poemas de amor que luego un su *compay*, músico profesional, adaptaba como letras para contradanzas. Ni a causa de qué diantre reviví el momento en que nuestro sentimental y tierno amigo había llegado, no solo a enamorarse con pasión, sino a confesarle un amor loco a la señorita María de la O, una jovencita toda tules y muselinas, que vivía en el 38 de Aguiar, frente a San Felipe, séptima hija de un gallego apellidado Pazos que se decía

financiero y no era sino prestamista pues, o bien anticipaba dinero que luego recuperaba exigiendo intereses de usura, o bien se enriquecía revendiendo a esclavos y libres de color fracciones de participaciones de los billetes de lotería que sorteaba la parroquia de San Nicolás a beneficio de los menesterosos. La muchacha desdeñó con malos modos el amor y la persona de nuestro Baudilio José, cacareando a quien quiso escucharla que él a ella no le interesaba «por criollo y pardo», o sea por ser nacido acá y de piel mezclada, ¡la muy tontorróna tenía miedo de *atrasar!*¹² En cambio ni lo dudó a la hora de dar el sí a un petimetre español, blanco como leche de vaca. Contrajeron nupcias, pero él se le murió yendo hacia Oriente, a poco de comenzar la guerra, no por ejercer de bravo soldado en la contienda sino a causa de unas fluxiones mal curadas. Al final la niña tuvo que afrontar una triste vida de viuda y la pasó tan mal que acabó regresando a Galicia con su padre; ¡de bien poco le valió la bobería del distinguo a la galleguita!

También me dio por fijarme en la ropa de Baudilio José: levita en paño caro, pantalón a juego, chaleco de piqué y corbata de lazo color carmelita, aunque lo que más me llamó la atención fue su camisa; lucía el doctor una bastante amplia, de lienzo, que más que blusa semejava una perfecta obra de arte salida de las manos del más prestigioso sastre de La Habana Vieja; la prenda estaba tan bien cortada que le asentaba a la perfección en el cuello, ocultando la huella de una enorme cicatriz, según murmuraban, feo recuerdo de un duelo a navaja por un amor imposible, pero que, en realidad, tenía un origen mucho menos sentimental: el costurón no era otra cosa que la huella de una intervención quirúrgica que le realizaron en España, drástico intento de frenar un mal mortal que, como supimos más tarde, tenía a nuestro Baudilio José amenazado de muerte.

Los doctores concluyeron, no pudiendo hacer más cosa que certificar el fallecimiento y redactar fe de óbito. Se nos había ido, dijo el más joven, sin avisar y de repente porque el corazón se le detuvo y ni quiso ni pudo seguir bombeando fuerza al pecho que lo albergaba. Una muerte natural que ellos refrendaron con sus firmas para que pudiésemos empezar a organizar la despedida.

Antes de irse, consciente de mi especial circunstancia de mujer joven,

soltera y huérfana, sin más apoyo cercano que el de mis domésticos, el doctor Valecillos puso gentilmente a mi disposición su persona para acompañarme en todos y cada uno de los luctuosos actos que tendrían lugar, ofrecimiento que acepté y agradecí.

Se marcharon y yo me retiré para que las sirvientas, que apreciaban de veras a Misterio, se ocupasen de lavar y vestir su cuerpo. Para no dejarme llevar por la angustia, quise ocuparme en algo. Resolví que en cuanto llegase el sacerdote, los de casa rezaríamos por ella un responso y cinco rosarios. Ya luego la expondríamos, amortajada y rodeada de flores, para que pudiesen visitarla cuantos desearan verla por última vez. Dispuse que limpiasen bien el patio, que preparasen comida y bebida suficiente, que avisasen a los curas para organizar las exequias, que alguien se acercase donde las monjas a fin de procurarnos paños de luto, cirios y cruces, que mandasen traer una caja de madera sencilla a los empleados del tren funerario del señor Guillot, el de la calle San Lázaro, y que de paso contratasen allí mismo los necesarios servicios, incluido el traslado del féretro primero en andas y luego en carreta, que colgasen crespones en fachadas y ventanas y dejaran abiertas las puertas del zaguán para recibir libremente duelos y pésames, que todos vistiesen sus mejores y más discretos vestidos y que atendiesen con solicitud y cortesía a cuantos acudieran a la casa. Finalmente dejé en manos de Ulises Horacio la triste encomienda de hacer correr la noticia por la ciudad.

Y falta a la verdad quien afirme que por ser morena o por haber sido emancipada no se ocupó de dejar bien indicadas sus últimas voluntades. Sin buscar mucho dimos con una taleguilla de paño oscuro que contenía un rollo de papeles, unos cuantos objetos menudos y un aviso que ella misma había mandado redactar: en él disponía que, tras su muerte, nadie en la casa vistiese luto y que su funeral fuese alegre, que era su voluntad ser amortajada «en lienso blanco a imitación del de Cristo Nuestro Señor y que en el día de mi *fallamiento* se me diga una misa de cuerpo presente y al siguiente vigilia de tres lecciones»; solicitaba salir de la casa llevada «en las andas de la Perpetua Misericordia», que acompañasen su cuerpo el cura y un sacristán de la parroquia con cruz baja y pocos monaguillos; que, camino del cementerio, se le hiciesen tres pasos con música de timbales y que la sepultasen en tierra cristiana de su propiedad. El escrito indicaba, incluso, las palabras que deseaba figurasen sobre su lápida:

Acá descansa desde el día...
Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy.
Libre de color.

Yo lo tuve más que claro: todo se haría según su voluntad. Enseguida empezaron a llegar ofrecimientos. Para lo que pudiese necesitar, los vecinos me prestaban, cada familia, media docena de esclavos hasta el día del entierro. Las costureras de baratillo, que tantas y tantas jornadas había pasado Misterio planchando para ayudarlas, colaborarían con tortillas, frituras, refrescos y dulces. Los del cabildo africano proponían llevarla a su local y dispensarme las molestias del velorio; yo agradecí sinceramente la oferta pero la rechacé de plano: Misterio sería velada en casa y saldría del que fue su hogar a hombros, llevada por seis negros descalzos con levitas de colores, guantes y sombrero. Atravesaría por última vez la villa en un perfecto entierro, no de tres, sino de siete pasos, y habría africanas que clamarían su nombre y sus bonanzas en cada esquina que doblase el cortejo. Tendría su carreta fúnebre, su compás de tambores y sus canciones lastimeras. Que nadie me lo discutiese: Misterio gozaría muerta los honores que no pudo disfrutar en vida.

Cuando todo estuvo organizado di orden de que no me molestasen. En mi cuarto, a solas con mi congoja, vacié con tiento lo que quedaba en aquel saquito de tela: su cédula de vecindad, su carta de emancipada y la de exención de Gobierno, el documento de propiedad de un nicho en la sección de libres de color del cementerio nuevo y una vieja papeleta fechada el día 12 de octubre del año 1857 que decía:

En el día de la fecha RECIBO la cantidad de veinticinco pesos, entregada en dos partes, como pago por la compra de la libertad del feto que la morena Coleta pepel acarrea desde el próximo pasado mes de mayo. Emplazando por esta a la madre para que, tras el alumbramiento, se presente ante mí con la criatura a efectos de redactar la carta de liberta.

Reconocí, al final del escrito, la firma del que fuera caballero Síndico segundo, don Antonio Bachiller y Morales, buen amigo de mi padre. Cosida con hilo a la papeleta había otro documento. Lo leí. Era una copia de un

registro de nacimiento a nombre de «María del Consuelo, de apellido Somoza, libre de color, nacida el día 10 de enero del año 1858 en la Real Casa de Beneficencia de La Habana, hija de la morena emancipada Coleta pepel y de padre desconocido». El documento era copia fidedigna de lo anotado en el libro de registro de nacidos pardos y morenos de la iglesia del Espíritu Santo. Qué raro, pensé. ¿Por qué Misterio guardaba aquello entre sus cosas? Miré y remiré los papeles. Volví a los nombres: Coleta pepel, María del Consuelo Somoza, ¿quiénes eran?

Decidí que ya luego preguntaría en las dependencias. Qué sabe una de asuntos de domésticos.

Aparté los documentos y seguí vaciando la taleguilla: un hilillo de abalorios negros, rojos y amarillos, los aretes que yo le había regalado, su alianza de plata, un camafeo barato con el retrato de una dama y una medallita de la Caridad del Cobre. Eso era todo.

Contemplé desolada aquel grupo de minucias que resumía la totalidad de las pertenencias de Misterio y un aluvión de lágrimas me nubló la vista. Me desmoroné, presa de un llanto inconsolable.

No imaginaba el tiempo que iba a necesitar mi espíritu para habituarme a su no estar.

12. Atrasar: se dice en Cuba cuando se unen personas de dos razas y su descendencia oscurece el color de la piel, por el contrario dirán «adelantar» cuando el color de la siguiente generación resulte más claro.

Encomienda para tres

Me figuro que hasta los trabajadores del puerto se estarán preguntando cómo es que todavía sigo acá, en el Muelle de Caballería, y por qué rayos se retrasa ese vapor que ya parece no ir a llegar más nunca. Además, no sé si con semejante lío de recuerdos y menciones habré dejado bien claro quién es la persona que estamos esperando ni por qué dispusimos personarnos en el puerto con tanta antelación. Pienso que va a ser mejor entrar en antecedentes y ver de relatar el asunto desde el principio.

La verdad es que estamos acá desde temprano porque en casa era imposible aguantarnos los nervios. Y es que, ante la emoción de una circunstancia como la que hoy vamos a vivir, nadie imagina lo peliagudo que resulta sobrellevar la impaciencia.

El asunto viene de que una tarde, días después de haber dado tierra a Misterio, vivimos una situación de lo más inesperada. Un caballero llamativamente vestido aporreó nuestra puerta y, haciendo caso omiso de mis domésticos, se adentró en el patio como Perico por su casa. Ulises, más que inquieto y sin separarse un centímetro del sujeto, chifló dos veces, lo que entre nosotros es aviso de urgencia, por lo que yo salí del estudio a toda prisa y me personé en el corredor con cara de pocos amigos. Nada más verme, el hombre, que se abanicaba con un sombrero de yarey demasiado trenzado, hizo un amago de saludo y se dio a conocer como el licenciado don Pedro Verdura, responsable de albaceas y legados testamentarios en la notaría de don Manuel de la Torre. Sin cesar de aventarse aclaró que estaba en posesión de tres cartas dictadas por la libre de color Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy, fallecida recientemente. Muy sorprendida, le invité a pasar al interior, cosa que hizo con bastante petulancia y deteniéndose a leer, muy de cerca y sin recato, las firmas de los cuadros del salón.

Le ofrecí asiento y un refresco. Aceptó ambas cosas, pero el tipo no

entendía de rapideces y se tomó un tiempo eterno hasta llegar al sillón. Cuando por fin decidió sentarse, probó un sorbo de refresco con la mayor parsimonia del mundo y lo paladeó como quien cata un helado.

Ulises y yo, muertos de desasosiego, le observábamos sin saber qué hacer, aguardando educadamente que el tal Verdura tuviese a bien comenzar a hablar, cosa que hizo con exasperante lentitud y paseando detenidamente la mirada por los adornos del mobiliario, como si los estuviese tasando para subasta.

—Las misivas que mi notaría protege y garantiza —dijo con un tono de lo más afectado— no pueden ser leídas, por expresa voluntad de la finada, más que en presencia de las tres personas que a continuación citaré: la señorita Dulce Elena Prieto y Lamas —me ojeó de arriba abajo y sonrió—, el moreno liberto Ulises Horacio Prieto, doméstico de la casa Prieto —a él ni siquiera se dignó echarle un vistazo—, y Venancio Xing, oriental, vecino de Rayo y Cuchillo, propietario del tren de lavado Sol Naciente —acá el muy petimetre miró en derredor, chiscó la lengua y concluyó, poniendo cara de pájaro de Guanabacoa—, que no se encuentra.

De los tres estábamos dos. Faltaba el señor Xing, así que allá envié al bueno de Ulises, que se pegó la corredera de atravesar media ciudad en volanta de alquiler para personarse donde él y notificarle el apremio.

—Hay un hombre en la casa con *notisias* preocupantes. *Dise tené* cartas de Misterio para nosotros. Pero é un tipo raro, *señó* Xing, los caballeros *desentes* no visten como ese blanco.

En menos de lo que dura un credo y hecho un manojito de nervios, el *muleque* cumplió el encargo de ir, recoger al chino y, aprovechando la volanta, regresarse con él a Amargura. Tan rápido fue el *idayvuelta* que a Verdura ni tiempo le dio a terminarse el *cafesito* que le ofrecimos para entretener la espera.

Presentes los que teníamos que estar, el licenciado entregó las cartas. Eran tres, una para mí, que me desgarró el alma de amor y melancolía, otra para el señor Xing, tan cariñosa y emotiva que poco le faltó al hombre para perder su compostura oriental, y la tercera, dirigida a Ulises Horacio, que, pese a ser varón hecho y derecho, no logró contener el llanto y se nos descompuso en un mar de gimoteos y sorbederas de mocos. Las tres venían a decir más o menos lo mismo; que nos amaba con todo su corazón, que estaba orgullosa de haber disfrutado de nuestra amistad, gozado nuestro cariño y

haber tenido el honor de ser, respectivamente, nuestra cuidandera, colaboradora y amiga. Anunciaba también que finalmente había logrado otorgar testamento y que de verdad sentiría que moría en paz si no fuese por un asunto que había dejado pendiente, pues estaba claro que Dios Nuestro Señor no había querido mantenerla en este mundo el tiempo suficiente para poder resolverlo. Por ello nos encomendaba, a nosotros tres, un postrer *favorsito* para el que había dictado lo necesario a don Antonio Gavilán, escribiente de La Habana Vieja.

Nos miramos unos a otros sin tener la seguridad de haber comprendido. El *muleque* estaba boquiabierto, yo perpleja y Xing movía la cabeza de arriba abajo como si alguna vez hubiese imaginado algo parecido y no acabase de creer que ahora estaba sucediendo. Un deseo póstumo, dijimos, Misterio nos hacía una encomienda, pues lo que fuese, faltaría más, no tenía más que pedir, pero ¿qué era exactamente lo que nos encargaba?

El licenciado retomó la palabra con desgana e indicó que su notaría custodiaba un testamento, cuya lectura estaba vinculada al cumplimiento de lo solicitado por la fallecida y a la presencia física de cinco personas.

—¿Cinco? —interrumpí—. Mire el señor licenciado que no vaya a estar errado y el número correcto sea el de tres, es decir los aquí presentes. Que yo sepa, éramos los únicos próximos de la finada. No hay noticia de otras amistades de Misterio.

—Cinco, repito y afirmo. Cin-co —silabeó, enarbolando los dedos de una mano—, para la apertura de ese testamento tendrán que estar presentes cinco almas. Ni una más, ni una menos.

—¿Y a usted le supondría mucha molestia pronunciar los nombres de las dos personas que no están acá y cuya presencia se exige? —inquirí medio exasperada.

No hubo respuesta. El tipo se limitó a pararse, alisar el faldón de la levita y posar sobre el aparador, entre los dos guardabrisas y la figurita de *biscuit*, un cartapacio bastante grueso. Nos miró de soslayo, suspiró sonoramente y mencionó como de pasada que tal vez en su interior encontraríamos respuestas.

A continuación se atusó el mostacho y añadió que era su deber informarnos, a los tres, de que la testante había dispuesto una provisión de fondos que cubriría los gastos derivados de su encargo y que dicha cantidad estaba disponible, a nombre del señor Venancio Xing, en la Caja de Ahorros,

Descuentos y Depósitos de La Habana. Sin más que agregar, Pedro Verdura se despidió con un taconeo unido a una artificiosa inclinación de cabeza y, tras calarse el ridículo sombrero de yarey, salió de la casa tal como había llegado, rebosando vanidad.

Menuda escena dejó. Los tres sumidos en un mutismo de esos que solo florecen cuando nadie comprende absolutamente nada de lo que está pasando, ni se sabe qué hacer ni qué decir. Silencio que dio en quebrarse cuando al *muleque* se le ocurrió arrimarse al mueble y leer lo que figuraba en la tapa del cartapacio:

MISTERIO del COBRE MONTSERRAT BARTHÉLEMY
Libre de color, de oficio aplanchadora
referido de propia voz

Oído y anotado, a ruego de la suplicante,
por Antonio Gavilán, escribiente de La Habana.
Año del Señor de 1875

—¡*Duuulse*, señor Xing! ¡Se me figura que acá mismo *podemo encontrá* una *explicación*!

A partir de ahí no sabría expresarles qué nos atacó, pero arrancamos a opinar todos a la vez, Xing incluido. Nuestras mentes no hacían sino hervir como marmitas de ajíaco, elucubrando precipitadas conjeturas en un runrún de suposiciones atolondradas y carentes de reflexión. Al cabo de unos momentos de aquella especie de enajenación en la que nadie escuchaba lo que decía el vecino, Xing reclamó tranquilidad y una taza de té; su temple de hombre sabio y la cordura de sus muchos años alcanzaron a imponer el necesario sosiego en un escenario que se nos había ido de las manos.

—Lo primero es saber qué contiene esta carpeta —dijo, señalando el cartapacio—. Hay que descubrir qué fue lo que Misterio no alcanzó a resolver y qué nos pide. Ya luego decidiremos el mejor modo de cumplir sus deseos. Y dado que el sol se ha puesto hace rato, lo más prudente es terminar el té y retirarnos. Seguro que con la luz del día se aclararán nuestras dudas —

aseveró.

Estuvimos de acuerdo. Ordené a Ulises que le acompañase, insistiendo en que no regresara sin verificar que Xing había entrado en su casa, pues no estaba La Habana para andar un chino solo en plena noche, más que nada por los muchos desocupados que deambulaban por las calles buscando pelea, hembras y ron.

Poco duró la calma. Ni siquiera habían dado las cinco y ya teníamos en el portón un chinito con aviso de apremio para que yo acudiese donde su amo «por asunto de *importansia*», cosa que hice en cuanto Ulises tuvo dispuesto el quitrín.

Encontré al siempre reposado señor Xing con los nervios desenfrenados, divisando inquieto la llegada de mi carruaje desde la calle y paseando el portalón de lado a lado. Por su mirada vidriosa advertí que no había pegado ojo en toda la noche. Dejando a un lado formalidades y maneras, algo que no era habitual en un hombre de sus modales, nada más bajar yo del coche me jaló de un brazo y entramos en su oficina a toda prisa.

—¡Ya yo sé! ¡Ya yo sé!

Sin ofrecirme asiento había ido directamente al asunto. Le miré con curiosidad porque no acababa de entender lo que intentaba decirme. El hombre no paraba de dar vueltas por el cuarto repitiendo la misma frase, «¡Ya yo sé!», y se llevaba las manos al mentón para acariciarse la perilla como si estuviese a punto de tomar graves decisiones. No sé por qué, al escucharle me dio por cavilar: hay qué ver lo bien que habla ya el español este hombre que hasta hace nada pronunciaba fatal; ahora conjuga los verbos, no se le olvida un artículo e incluso ha perdido la *ele* que pronuncian los chinos cuando lo que tienen que decir es *erre*. Como diría Misterio, se expresa casi *pelfesto*.

—¡La encomienda! —exclamó impaciente. Había notado que yo andaba a lo mío y aún no me había enterado de nada.

Lo vi tan alterado que dejé a un lado mis consideraciones lingüísticas y eché un vistazo a la mesa. Allí estaban, desperdigadas, el montonazo de cuartillas manuscritas. Le miré con gesto inquisitivo, reclamando información.

—¡Las personas que faltan! ¡Ya yo sé! —pretendió aclarar. Estaba

parado a escasos centímetros de mí, abría mucho sus ojillos y con el índice golpeaba sobre la tapa del cartapacio.

—¿Ha encontrado usted sus nombres? ¡Qué rebueno, señor Xing! ¿Y quiénes son?

Me miró grave y directamente, tomó aire y soltó la bomba:

—Resulta que Misterio llegó a parir dos hembritas.

A la primera no capté lo que había escuchado y me quedé en blanco, con cara de no entender nada de nada. Como yo tardaba en reaccionar, él aclaró:

—Hijas, Dulce. Dos. ¡Misterio tuvo DOS hijas!

Esta vez sí comprendí. Y la novedad me dejó paralizada. Atónita. Empecé a sentir que bailaban las letras chinas de los anuncios de la pared y que la respiración se me desordenaba en mil palpitaciones. Noté que me tambaleaba, eché un brazo hacia la izquierda, busqué apoyo y me fui dejando caer, deslizándome poquito a poco, sobre una silla de bambú.

Al cabo de no pocos vahídos, fuertes abaniqueos y algún que otro vértigo, respiré y solté medio a trompicones:

—¿Hi-jas? —Mi voz sonó reseca, como las palabras que proceden de una boca sin saliva—. Pero, señor Xing..., ¿cómo va Misterio a tener dos hijas?

Xing notó que respiraba con dificultad. Se hizo cargo de que tal vez la impresión había sido demasiado fuerte y mandó traer tisanas.

—¿Cómo puede ser eso? ¡No es posible!

Él asentía repetidamente con la cabeza. Guardó silencio unos momentos. Cuando observó que había pasado lo peor de mi sobresalto, enarcó mucho las cejas y reveló muy circunspecto:

—Parece que se las arrebataron de bebidas chicas. Fue antes de la libertad de vientres¹³ y más nunca las vio.

Volví a sentir sofocos. Como no podía pensar con claridad, insistí en pedir explicaciones:

—¡Por Dios! ¿Está usted seguro? Pero... ¿por qué ocultó su existencia?

Hizo aquel gesto tan suyo de levantar a un mismo tiempo cejas, hombros y manos, una especie de «qué sé yo» a la china.

—Según lo que mandó escribir, esperaba localizarlas, pero la muerte truncó su deseo. Por eso nos pide a nosotros que averigüemos, que demos con ellas y que las hagamos venir a La Habana para...

Ahí sí que me puse brava:

—¡Averiguar, dar con ellas, hacerlas venir...! ¡Ni más ni menos! ¡Sencillo! —chillé—. ¡Fácil encargo el que nos encomienda! ¡Más que simple!

Ya no pude contenerme más y me desahogué a fondo. Sin saber por qué, me agarró tremendo enojo. No me cabía en la cabeza que Misterio hubiese mantenido en secreto su maternidad. Me parecía una traición, un desacato a nuestra profunda amistad y al cariño que nos profesábamos. ¿Cómo podía ser que nunca hubiese mencionado...? Estaba indignada, muy enfadada con ella, pero sobre todo conmigo. Sí, conmigo, por no haberle dedicado el tiempo preciso para que llegase a revelarme su secreto. ¡Vergüenza a mí, la escritora escrupulosa y averiguadora, la abolicionista que no se había enterado de nada, la muchacha consentida y comodona que, adorando a Misterio como yo la adoraba, con locura y afecto sincero, me había molestado tan poquito en indagar!

Me eché a llorar. Sollocé cual niña chica un buen momento y llegaron las tisanas. Bebimos en silencio. Xing meneaba la cabeza sin cesar, de arriba abajo. Intentaba tranquilizarme y me consolaba sosteniendo mis manos entre las suyas.

Entonces caí en la cuenta de algo que nunca me había detenido a pensar: en efecto, si bien Misterio desde el día en que nos conocimos estuvo al corriente de cuanto sucedía en mi vida, lo cierto era que la información no había fluido en ambas direcciones. Era evidente que ella, que primero había sido esclava, luego emancipada y finalmente libre de color, en su trato con los blancos seguía sintiéndose sierva. Y los siervos ahorran los problemas, no molestan con asuntos personales ni importunan al patrón con menudencias. La rabia contra mí misma aumentaba minuto a minuto, pero, paradójicamente, a medida que el enojo iba creciendo, mi mente, hasta entonces abotargada y vacía, empezaba a funcionar con agilidad y avidez, velozmente, relacionando pequeños detalles, intentando deducir, atando cabos...

—¿Qué más dicen esos papeles? ¿Dónde viven las niñas? ¿Qué edad tienen? ¿Cuáles son sus nombres? —Tenía la sensación de que la mente, que se me había vaciado minutos antes, volvía a llenarse de golpe. Ya no era capaz de detener la avalancha de preguntas que desbordaban mi cerebro.

Mientras respondía Xing daba tranquilizadores toquecitos con la palma

de su mano sobre mi hombro izquierdo.

—Hay información, buena y precisa, de una de ellas, la mayor. Pero muy poco de la otra: un nombre, fechas, casi nada. Capaz que no le dio tiempo...

Se había puesto en cuclillas para estar a mi altura. Nos miramos a los ojos. Nuestras pupilas permanecieron fundidas unos segundos. Dijo:

—Ella dejó esto para que sus hijas sepan, pero también para nosotros, Dulce. Tenemos que calmarnos y comprender lo que nuestra amiga pretendía cuando dictó un testamento condicionado al cumplimiento de una encomienda. Cuando leas esto, Dulce —se había parado junto a la mesa y apilaba las cuartillas con delicadeza—, comprenderás, como yo he comprendido. —Me entregó el cartapacio—. Que Ulises lo lea también, ya tú sabes, seis ojos ven mejor que cuatro. —Y añadió con parquedad—: Me pregunto si habrá dejado más informaciones... ¿Has mirado en su cuarto?

—No, qué va. Allí no hay más cosa que una taleguilla de puro paño con alguna que otra minucia y su documentación: la cédula, la escritura del nicho, su carta de libertad... Bueno, eso y otros papeles de personas que desconozco, supongo que se los guardaba a alguna amiga.

Me despedí y crucé el patio como una exhalación. Ulises esperaba en el pescante del coche dibujando un boceto para un paisaje de casas con jardines, subí al quitrín y atravesamos La Habana en silencio, él concentrado en guiar y yo estrujando contra el pecho una carpeta cuyo contenido devoré en los días que siguieron.

Y al terminar de leer supe que haría lo que fuese para cumplir la voluntad de mi amiga.

Desde que supimos que la encomienda de Misterio no era otra que averiguar el paradero de sus hijas, decidimos implicarnos al cien por cien. Recuerdo nuestro siguiente encuentro como un hervidero de proyectos y ocurrencias. Xing pondría a nuestra disposición una colosal red de amigos chinos que nos ayudaría a buscar huellas, confirmar indicios y localizar personas fuera de Cuba. Pero lo más importante era dar con el mejor modo de indagar. No figuraban en el manuscrito demasiadas respuestas, pero sí un puñado de datos fiables que nos allanaron el camino: había referencias claras

a un hombre, supuestamente el padre de la hija mayor, constaban sus apellidos y el nombre de una plantación. No parecía difícil localizarle; acudiríamos a la Iglesia, a las autoridades, hablaríamos con sacerdotes, jueces, alcaldes...

Y respecto a la menor también disponíamos de algunas anotaciones detalladas sobre individuos, fechas y lugares...

La cosa semejaba encarrilada y nosotros más que optimistas. Eso pensábamos.

Al final de la velada mostré a Xing los efectos que Misterio guardaba en su taleguilla. Examinó con cuidado cada objeto y leyó detenidamente los papeles.

—Esto es la anotación de un nacimiento —dijo—. Y está unido a un recibo de compra de libertad de un feto... ¿Tú sabes quién es Coleta pepel? ¿Y esta Consuelo Somoza? —preguntó intrigado.

—Ni idea. Ya indagué entre los domésticos, pero no me saben dar razón.

La seriedad de su rostro me hizo sospechar que tal vez aquel saquito albergaba alguna clave para nuestra búsqueda, pero ¿cómo descubrirla?

[13](#). Ley preparatoria para la abolición de la esclavitud del 4 de julio de 1870, popularmente conocida como de «Libertad de vientres». Su artículo primero declaraba: «Todos los hijos de madres esclavas que nazcan después de la publicación de esta ley son declarados libres», gran logro del abolicionismo pues, hasta esa fecha, los hijos de mujeres esclavas, desde el momento en que nacían, pasaban a ser propiedad del amo de sus madres.

Lecturas con Gavilán

¿Que quién nos acompañó en tamaña empresa? Pues la verdad, poca gente. Tres éramos y tres fuimos los que nos comprometimos con el encargo: el señor Xing, que no pegó ojo hasta dar con la mayor de las hijas y prosigue aún, sin desfallecer ni dormirse en los laureles, tras la pista de la pequeña; Ulises Horacio y su recalitrante curiosidad que le llevó a preguntar, puerta a puerta, a cuanto esclavo, negra de nación, bodeguero, libre de color o mayoral pudiera dar razón del pasado de nuestra amiga y, cómo no, mi colosal inclinación por los enigmas que me empujó a investigar causas de pobres, listados de esclavos, archivos de sindicatura y legajos de escribanías.

Las primeras averiguaciones se centraron en localizar a las personas que habían estado en contacto directo con Misterio mientras dictaba sus memorias. Básicamente eran dos: en primer lugar don Antonio Gavilán, un curioso personaje, más bien copista de pobres que escribiente, al que Misterio había contratado por horas para que escuchase el relato de su vida y lo anotara frase a frase, con la pretensión de transmitir lo que ella consideraba su legado; y en segundo lugar don Manuel de la Torre, dueño de la escribanía donde se las vieron y desearon para ordenar el tremendo revoltijo de nombres y papeles que sufría Misterio, un lío que mi señor padre, pese a ser Síndico de la capital y dedicarle su buen tiempo, no había logrado desentrañar más que a medias.

Y puesto que las mejores pistas figuraban, de momento, en el interior del cartapacio, decidimos comenzar por la persona que firmaba el manuscrito y entrevistarnos con el escribiente. Nos personaríamos sin cita en su casa de extramuros, calle Amistad, entre Dragones y Reina.

Mientras Ulises me conducía a destino, yo, con la carpeta en mi regazo, admiraba la hermosa caligrafía de la tapa y especulaba románticamente: sin duda iba a conocer a un caballero exquisito, espíritu iluminado, escritor

inspirado y minucioso, consagrado en cuerpo y alma a anotar fielmente, de puño y letra y con todo detalle, los cientos de recuerdos que nuestra amiga le había dictado semana tras semana. Idílica escena. Incluso di por hecho que, a fuerza de compartir no poco tiempo y tantas confidencias, entre escribiente y clienta habría brotado un apego más que cordial que, sin duda, nos aportaría valiosas informaciones.

Ilusa de mí, porque solo detenernos en el exterior del domicilio, ya en la propia acera se me desmoronó el argumento de la novela.

—Si las señas son correctas, en ese cuarto ha de sé... —dijo Ulises.

Desde la calle pudimos distinguir, a través de la reja, que un hombre mayor dormitaba desmadejado sobre un balance de caña muy cerca de una botella de ron más que vacía. Con el cabello enmarañado y sin recoger en coleta, el tipo nos brindaba una estampa desastrosa: su camisola, sucia y arrugada, asomaba dos buenos palmos bajo una especie de levita de franela raída que, sin duda, había conocido tiempos mejores; el lazo de la corbata, demasiado flojo, pendía sobre un hombro a modo de colgajo; lucía ambas manos calzadas con mitones de manga corta y en los pies unos viejos cordobanes, claramente adaptados a golpe de tijera por él mismo, que dejaban asomar el talón cual babuchas morunas.

Advirtiendo nuestra presencia, el bulto carraspeó y, sin moverse ni mirarnos, vociferó categórico que pedía disculpas pero ya él solo trabajaba a ratos, pues últimamente sufría de ojos débiles y huesos doloridos.

La información nos extrañó bastante, primero por el timbre de su voz, que chirriaba como maullido de gata en celo, y segundo porque, al tiempo que él nos invitaba con malos modos a largarnos y despejar la ventana, justo a la altura de nuestros ojos, en la reja de aquel escritorio que desde la propia acera apestaba a tabaco y humedad, guindaba un acogedor cartel sostenido por trencilla de cáñamo que avisaba:

Antonio Gavilán

Escribiente económico

Cartas • Complimentaciones • Tarjetas de visita • Lutos • Avisos en general

Escritos primorosos en caligrafía inglesa

No admito notas de desafío. Para duelos entenderse con la funeraria

Entren sin llamar

Y por lo tanto, entramos.

El hombre malvivía en un cuartucho sin cocina ni más espacio donde dormir que un jergón sobre tablado de madera. En aquel insólito «estudio de escribiente» no había casi muebles, si exceptuamos el antes dicho jergón, dos sillones de los de caña y pajilla que desbordaban piezas de ropa, un pupitre de escribanía atestado de papeles, el balance ocupado por el caballero y, contra la pared del fondo, cuatro estantes deslavazados que aguantaban como podían con su carga de libros, documentos, carpetas y polvo, muchísimo polvo.

Semejante decorado petrificó al *muleque*, que decidió no adentrarse en tal manglar y, cual oficial de Dragones en garita de guardia, permaneció inmóvil en el vano de la puerta a la espera de lo que servidora fuese a mandar.

Entretanto yo, que sí me había atrevido a penetrar hasta el centro de la guarida, intentaba sin éxito procurarme asiento.

Nuestra presencia en el interior del estudio pareció despabilar al viejo que, desde su puesto, entreabrió un ojo con desgana, se ajustó los espejuelos y comenzó a enderezarse. «Lo del mal de huesos va a ser cierto», pensé, viendo que se erguía como por capítulos. Cuando al fin el hombre logró verse parado y a escasa distancia de mi persona, me espetó con muy mal humor:

—Disimule, señora mía. No recuerdo tener acordado cita alguna esta mañana.

—Ni yo haberla pedido, caballero. Bien claro lo pone el cartel: entren sin llamar.

Pillado en su propia trampa, carraspeó y entonó algo parecido a un alegato de descargo:

—Ah, *bueeeno*. Mil disculpas pido a usted. —Mostraba el gesto extraviado de quien busca algo importante y no lo encuentra—. Ha hecho bien en pasar.

En un intento de jugar al despiste, me calibró de arriba abajo con su mirada medio cegata e inició una excusa a la vez que iba palpando, uno tras otro, los sacos de su levita.

—Va a tener que disculparme el desorden. ¿A qué debe este escribiente el honor de recibir dama tan...?

—Cansada —zanjé con rotundidad—. Tan cansada, caballero. Apreciaría que tuviese usted a bien ofrecerme asiento. Si es posible.

Mi respuesta a su impostada cortesía pareció surtir efecto. De un manotazo echó por tierra el cúmulo de ropajes que desbordaba uno de los sillones y me lo ofreció con ademanes teatrales.

—¡Qué despiste! ¡Se lo ruego! ¡Hágame el favor de acomodarse!

Tomé asiento, abrí el abanico y posé el cartapacio sobre mi falda. Lo reconoció de inmediato y se quedó atónito. Perplejo. Ignoro qué le sobrevino en aquel momento, pero advertí que de esta vuelta el que iba a precisar sentarse era él. Confuso y desorientado, se desplazó con pesadez, apuntalando los movimientos de su cuerpo en cuanto objeto tenía en proximidad, hasta que por fin alcanzó a instalarse al otro lado del escritorio. Desde allí me observó largamente, ofuscado y en silencio. En un momento dado se llevó ambas manos a las sienes y yo percibí que la mente de aquel hombre estaba funcionando con celeridad, solo Dios sabía lo que en tan pocos segundos habría llegado a deducir:

—Disculpe mi alteración, señora. Pero va a tener que hacerme el favor de presentarse. Dígame quién es usted, pues, si eso que trae en la mano —le temblaba la voz y sus ojos empezaron a desbordar lágrimas erráticas—, y que yo escribí hace ya un tiempo, está hoy en su poder, ¡no hay más son que el que se escucha! ¡Va a ser que la prieta Misterio se murió!

Emocionado y gimoteando, posó los espejuelos sobre la mesa y agarró un vaso. Lo volteó, lamentando que no contuviese ni gota de ron.

Ahí me ví en el brete de tener que confirmar, a un completo desconocido, algo que parecía afectarle de veras, así que tomé la palabra:

—No sabe usted, caballero, cuánto estoy lamentando ser yo la que venga a anunciarle tan triste noticia. Pues sí, señor Gavilán. Por desgracia sus temores son ciertos. Pero antes de nada me presentaré: Yo me llamo Dulce Elena Prieto y...

Me interrumpió sin contemplaciones:

—¡Dulce Elena Prieto! ¿Quién si no? —Ahora lloriqueaba y sonreía a la vez—. Sé perfectamente quién es usted. ¿Qué otra persona podría presentarse en mi casa —señalaba con el índice la carpeta— con eso en la mano?

Ahora sollozaba a moco tendido y su desolación era tan sincera que nos conmovió. Hizo un raro gesto que yo interpreté como intento nervioso de retirar, con el revés de la manga, un lagrimón que le resbalaba nariz abajo y

se puso a procurar algo en los cajones del escritorio.

—¡Lo que no comprendo es como nadie pasó a traerme aviso! — lamentó mientras seguía buscando. Localizó algo similar a un pañuelo arrugado, se sonó ruidosamente y a continuación enjugó con él la cara y los ojos.

—Misterio falleció hace un mes —continuó—, se le fatigó el corazón y se fue una noche sin avisar. Y a decir de los doctores, sin sufrimiento. Francamente, fue un estoy y no estoy. El motivo de que tardásemos en venir fue que no tuvimos constancia de su nombre de usted hasta bastante después del entierro cuando, de la escribanía de don Manuel de la Torre, se llegaron a la casa para entregarnos este cartapacio.

—En efecto. —Volvió a sonarse—. Ella andaba en tratos con esa escribanía. Quería dictar cartas y estaba empeñada en testar. —De pronto pareció caer en la cuenta de algo, se enderezó, atusó su cabello, amarró como pudo el lazo de la corbata y se giró inquisitivo hacia la puerta—. ¡Por tanto él no ha de ser otro que Ulises Horacio, el artista pintor! ¡Misterio no se cansaba de hablar de ustedes dos, siempre en términos elogiosos, por descontado, con todo su orgullo y muchísima admiración! Gran gusto conocerles..., a pesar de las circunstancias.

A esas alturas ya Ulises había dado varios pasos al frente y no perdía ripio.

Seguí hablando:

—La cosa fue que al leer su nombre en la cubierta de la carpeta, decidimos buscar sus señas y pasar a saludarle. No sé si estará usted al corriente de que Misterio nos dejó una encomienda bastante delicada que andamos intentando resolver...

—No digan más. Me la estoy imaginando. Supongo que tendrá que ver con sus hijas. Ahí, en esas páginas, encontrarán más de un dato.

—¡Y de tanto que nos han servido! Le aseguro que hemos leído con fervor, y varias veces, cada una de sus anotaciones. Pero, puesto que estamos acá, si no le importa, nos gustaría comentar algunas de ellas con usted.

—¡Cómo no! ¡Faltaría más! Estoy a la orden, a su más completa disposición... ¿Dónde habré puesto el tabaco? —Se había parado de nuevo y buscaba desesperadamente por los estantes. Localizó un cenicero que albergaba la rechupeteada colilla de un resto de habano y se concentró en darle candela—. Hable usted. La escucho, la estoy escuchando —añadió tras

obtener una mínima calada.

—Muchísimas gracias, señor Gavilán. Pues, si no le parece mal, vamos a ello. Lo primero que me despierta curiosidad es saber cómo fue que ustedes dos llegaron a conocerse.

—Vericuetos del destino no más, señora mía. Los enredos de la vida van tejiendo relaciones y conocimientos. Verán, Misterio vino por primera vez a mi escritorio hace tiempo, quería que le copiase las letras para la inscripción de una lápida. Me contó que había pagado un caro precio en oro por la compra de una sepultura en el cementerio y quería mantenerla decente y preparada. —Viendo que la colilla no daba para más, la espachurró con fastidio y volvió a sentarse—. Prosigo: le escribí aquellas letras y ella se fue. Pasó el tiempo y, como que un año más tarde, volvió a aparecerme en la puerta. De esta vuelta quería un aviso parejo al que yo tengo en mi reja. Me contó que había encontrado acomodo fijo en casa del caballero Síndico y que además tenía comprometidas unas horas en un tren de lavado, por lo que andaba con exceso de trabajo. En resumen, quería anunciar que no podía seguir aceptando trabajo en la ventana de su cuarto. Yo le escribí una lindura de cartel que informaba:

*No se admite más faena.
He dejado de planchar.*

—Conocemos bien ese aviso —intervine—. Estuvo semanas en la reja del callejón y luego lo pusimos dentro, en el dintel de la puerta del cuarto de la plancha. Pienso que aún sigue ahí, ¿verdad, Ulises?

—Verdá Niña. Y allí *va seguí* en tanto tú no mandes otra cosa.

—Pues ese mismo día, el del encargo, a ella le llamó la atención un trabajo que yo tenía sobre la mesa y quiso saber qué era aquello. Le expliqué que estaba pasando a limpio las memorias de un militar español. Entonces preguntó si yo «querría escuchar la vida de una, y copiar cuanto una dijese, no como hablamos los morenos sino bien puesto con palabras dibujadas. Y que cuánto tendría que pagar una a cambio de tal servicio». Eso exactamente fue lo que dijo.

Ulises y yo nos miramos el uno al otro y sonreímos. El remedo que Gavilán había hecho de la voz y de la forma de hablar de Misterio era asombroso, perfecto.

—El caso fue que llegamos a un acuerdo y a partir de aquella tarde la tuve acá —indicaba con el dedo el asiento que ocupaba yo—, en esa misma silla, una tarde por semana.

«Aquella era, finalmente, la causa de las misteriosas ausencias de Misterio», pensé, siempre en las tardes de los días miércoles, escapadas sigilosas que a mí me despertaban tremenda curiosidad. Ahora sabía que sus desapariciones no tenían más objeto que acudir, unas veces a casa del escribiente y otras a la notaría donde, tras superar todo tipo de impedimentos, había logrado otorgar testamento.

Gavilán alargó una mano, señaló el cartapacio y agitó los dedos pidiendo que yo le aproximase la carpeta, cosa que hice. Contempló su obra como quien admira un cuadro de firma.

—Bella, muy bella caligrafía, aunque me esté mal decirlo... —
Desamarró las cintas laterales y leyó:

Es bien sabido que las morenas no son listas ni ambiciosas. Se conforman con comer, trabajar, parir críos de negro o de blanco, que les cosan un sayo y les regalen de vez en cuando pañuelos de cabeza, medias usadas, mantas de burato o las hebillas plateadas de unos zapatos viejos para hacerse unos aretes.

Pero desde que servidora descubrió que si una habla y paga buenos dineros, otro, al que le dicen escribiente, puede ir dibujando lo que una dice con tinta sobre un papel y de semejante modo las palabras de una permanecen anotadas con bellas letras para que el que sepa leer las entienda, mi único afán fue juntar reales para conseguir tal cosa.

Y puedo decir que he llegado a lograrlo y que me siento feliz porque, en el día de hoy, ante el caballero escribiente don Antonio Gavilán, yo, Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy, libre de color, de oficio planchadora, comienzo a relatar mi vida para que él la anote. Lo hago con intención de que las dos hijas que me nacieron y que me fueron robadas, tengan noticia de su madre que tanto las extrañó y no dejó de buscarlas en todos los años que vivió. La memoria es necesaria y no deseo que ellas sufran hambre de recuerdos. Si una no conoce su pasado ¿cómo va a saber quién es, de dónde viene y qué cosas son importantes?

Quien no se alimenta con sueños envejece pronto. Y mi sueño no es

otro que este mismo: que mis hijas, si algún día tienen en sus manos esto que don Antonio Gavilán hoy empieza a escribir recibido de mi propia voz, comprendan que su madre nunca las abandonó, que las amó y recordó siempre. En este mundo, al final, uno responde por la palabra que ha dado y yo he jurado encontrarlas. El sentido de la vida de una es almacenar recuerdos. Los recuerdos es lo que queda para los que vienen después... Hoy los tiempos van mejor para los prietos y cuando mis hijas sean madres puede que ya los blancos hayan decidido que todas las personas son hijos de Dios e iguales.

Dicto también para que los que estimo de corazón conozcan las veredas que esta planchadora transitó antes de alcanzar el sosiego que hoy disfruta. Una vive agradecida por el amor de los amigos y la seguridad de saber que morirá acompañada.

La verdad está en manos de quien puede contarla, si sabe cómo hacer para dejarla escrita, porque la muerte no tiene por qué ser el final de todo. No señor.

—¡Si esto no es un trabajo sobresaliente que venga acá el Capitán General y me lo discuta!

—¡Qué bien lee usted! —exclamé conmovida—. ¡Y cómo la imita! ¡Ni que la estuviésemos escuchando en persona! A nosotros, desde la primera vez que la oímos hablar, nos hechizó su tono afrancesado, unido a aquella curiosa mezcla de expresiones domésticas plagadas de frases sentenciosas... Pero, señor Gavilán, acláreme, por favor, una curiosidad que tengo. De todo cuanto Misterio le llegó a confidenciar, ¿qué fue lo que más le llamó la atención?

—¿Lo que más, pregunta? No sabría decirle. Tantas cosas... Aunque, puesto que lo plantea, le diré que, más que un episodio en particular, desde nuestro primer encuentro me pareció muy interesante su forma de relatar, sus parlamentos, como usted acaba de decir. Me resultaba fascinante la naturalidad con la que exponía sus problemas de papeles, la vida cotidiana en las casas de los amos o las minucias de su oficio de planchadora.

—Pues ha sido un acierto que decidiese anotar lo que decía tal cual lo contaba, por supuesto corrigiendo los defectos de lengua y perfeccionando la expresión —puntualicé, intentando halagarle—, pero sin cambiar ni el tono ni la frescura de su discurso. El resultado es de lo más sugerente.

—Me agrada que lo haya notado. Y le agradezco el detalle de

mencionarlo. Puse el mayor empeño, y mi trabajo me costó, no voy a negarlo, en registrar fielmente sobre el papel cuanto me entraba por los oídos. Algunas frases de Misterio, como «la verdad está en manos de quien puede contarla, si sabe cómo hacer para dejarla escrita», me parecían inmejorables. La historia era única y pertenecía a la persona que hablaba, por eso yo nomás tuve que esforzarme en anotar. Son tan poco habituales los testimonios de africanos, y menos aún si la protagonista es una mujer, que por momentos tenía la sensación de haber encontrado una perla rara. Por eso quise reflejarlo tal cual.

—¡Claro! —intervino de nuevo mi faceta de escritora—. Raramente llegan a manejar la lengua como para que el relato mantenga la intensidad.

—Veo que los dos sabemos de lo que estamos hablando. Por eso no miento si afirmo que, en mi opinión, Misterio era una admirable narradora. Escuchen, escuchen y díganme si tengo o no tengo razón. Voy a leer... —Rebuscó hacia el centro del manuscrito—. Ajá, esto. Sí. Es el fragmento que describe su llegada, como esclava, a un lugar llamado Bourbon:

Tras vueltas y viradas el barco que nos llevaba costó y costó. Soportamos muchas lunas sobre el agua hasta que un día, los pocos a los que no tumbó el hambre, la fiebre o la podredumbre que nos daban para comer, pisamos tierra firme.

Enseguida comprendí que el sitio donde nos metieron me resultaba familiar, no era muy diferente a los otros, semejaba más organizado que la *factoría* de Cacheu, más espacioso que el *comptoir* de Gorée y un poco más luminoso que la *escravaría* de Ribeira Grande, pero estaba sucio y olía muy mal, como todos los depósitos, algo más comfortable sí era, pero nada más. Había guardianes y docenas de negros por el suelo, abatidos, con aspecto de llevar tiempo esperando. Comprendí, porque escuché varias veces la palabra a las personas que se referían a nosotros, que nos llamaban *esclaves*. Dos mujeres se acercaron a mí. Me acogieron con mil preguntas. Eran peul. No nos conocían, ni a mí ni a los que venían conmigo y no paraban de decir: «*Al hamdu lilahi!* —que en la lengua de allá es el “Alabado sea Dios” que dicen acá—. ¡Tu madre podrá descansar tranquila, Alá ha permitido que llegues aquí sana y salva!» Consideraban un milagro que, tras tantos días en el mar, yo pudiese encontrarme en buen estado. Entre lágrimas explicaron que también tenían hijas, hijos y hermanos secuestrados y llevados al agua.

No querían ni imaginar lo que habría podido sucederles. Lamentaron mi desgracia, que les hacía revivir la suya. Me llamaban hermana con tanto cariño que me puse a sollozar. Cuando se tranquilizaron empezaron a hacerme recomendaciones y darme buenos consejos. Preguntaron cuántas estaciones tenía y dije que diecisiete. Echaron cuentas con los dedos; diecisiete estaciones son doce años para los blancos, que cuentan distinta la vida. Ellas ya llevaban tiempo en el barracón, tenían que engordar para que pudiesen venderlas mejor, por eso comprendían algunas palabras y sabían cómo iban a ser las cosas: lo primero que los blancos harían era mirarme el cuerpo, si todo estaba bien me llevarían a un despacho y dibujarían mi nombre y una edad en papeles. Me aconsejaron tener cuidado con el mosquito, beber solo agua clara, no mirar nunca a los ojos de los machos y mantenerme limpia, muy lavada y peinada, que eso me ayudaría cuando me mostrasen en el mercado. Finalmente, y sobre todo, insistieron en que no debía decir nunca a nadie cuál era mi Dios: «Aquí solo Jesús. Blancos no Alá. Solo Jesús. Nunca Alá.»

Ese día nos sacaron a un patio y vinieron a reunirse con nosotros tres hombres que hablaban lenguas. Dijeron que el barco que nos trajo estaba retenido y el capitán bajo sospecha de trata ilegal. Tenían interés en conocer cómo había sido nuestro viaje, pues en Bourbon solo se permitía la venta de negros que «llegasen por buena entrada». Les sorprendía que no nos hubiesen marcado a fuego para demostrar que éramos legítima propiedad de los que nos transportaban. «Los colonos acá —explicaron— compran negros para trabajar, pero los quieren legales. La isla es grande y necesita brazos porque aquí la tierra hace nacer una planta que se llama vainilla y otras que se llaman café, azúcar, cacao, tabaco y muchas otras más. Pero los blancos no pueden trabajar las tierras si no tienen esclavos que lo hagan, porque el negro es fuerte y trabaja mucho y bien.»

Aquellos hombres se comportaban como blancos, nos dieron novedades y respondieron a nuestras preguntas. A los más jóvenes intentaron reconfortarnos con sonrisas y palabras sencillas. No parecían infelices, iban con los pies descalzos pero bien vestidos y parecían alimentados. Por ellos supimos que los que seguían en los barracones era porque necesitaban reponerse, estaban allí para recobrar la salud y

ganar peso antes de ser vendidos.

Dijeron que nuestro barco tenía papeles que explicaban nuestro viaje, pero que debíamos responder a algunas preguntas. Entonces fue cuando cada uno de nosotros pudo hablar. Todos nos esforzamos en contar el dolor de sabernos esclavos, el duro camino desde el poblado hasta el agua salada y la desgraciada travesía. Nos escucharon con atención y opinaron sabiamente. Comprendieron que los raptos estaban de acuerdo con nuestros reyes y con los jefes de nuestras tribus, los cuales seguramente habrían recibido, a cambio de nosotros, un buen botín en armas, telas, alcohol y joyas.

Yo no podía creerlo, ¿el gran Hammadi Songaré, nuestro jefe, nos había vendido? ¡Si era el único hombre que podía lucir un collar de dientes de saurio por haber luchado contra uno enorme en el río Gambia y haberlo vencido para gloria de su raza! Él, que en tiempos de la madre de mi madre había mandado establecer nuestras chozas en la fértil orilla del Cacheu. Nuestro Lamido, tan devoto y temeroso de Alá, ¿había permitido que nos secuestrasen? ¿Qué ganaba él perdiendo los pastores más valientes y las mujeres fértiles? Hammadi Songaré, el Lamido justo, ¿era el causante de mi desventura?

Los hombres nos hicieron pensar. Explicaron que los blancos del barco eran tratantes de hombres que poseían factorías. Pagaban tributos a reyes y jefes de tribus, negociaban con ellos el precio de los esclavos en cauries, que era su moneda de cambio. Los reyes permitían que los blancos se llevasen a su gente y luego, en la factoría, los blancos nos vendían a navegantes que poseían barcos y nos transportaban por el mar de mala manera y cuando la nave llegaba a un lugar seguro nos vendían.

Entonces comprendí lo que había sucedido: eran negros los que nos atraparon; y negros los que nos condujeron a pie, encordados y empalados, siete lunas sin comer ni dormir; negros los que nos llevaron hasta el mar a golpes siguiendo el Cacheu, y negros los que se burlaron de nosotros cuando, sin saber, bebimos agua salada antes de apresarnos en la primera factoría al cuidado de otros negros. Todos eran negros y vendían a sus hermanos. Gente a cambio de cosas. Nos habían cambiado por sombreros, tabaco, pólvora, pucheros de hierro, armas. Y el Lamido había aceptado.

Siguieron explicando: después de vendernos a unos portugueses,

nos embarcaron en un buque viejo con destino a otra isla, un lugar llamado Ribeira Grande. Algún problema les hizo desviar la ruta, quizás una avería, o que ciertos víveres se hubiesen podrido, o tal vez la presencia de ingleses que vigilaban para capturar navíos de esclavos. El caso fue que, con la disculpa de hacer agua potable, pidieron permiso de atraque en Gorée. Extraña decisión, decían, pues los papeles de la nave indicaban que el capitán tenía orden de partir una vez abastecido el barco, sin paradas y sin altos, tomando la ruta más directa para llegar cuanto antes a destino «con mínima pérdida de carga». La carga éramos nosotros. Afirmaban que, si la mar era buena y el viento favorable, se tarda de cuarenta a cuarenta y cinco días en atravesar el agua salada. «¿Cómo puede ser eso? —exclamó un mandinga—. ¡Pasaron más de noventa lunas desde que nos subieron al barco hasta ayer!»

La información sorprendió a los que hablaban lenguas. Explicaron que tal vez los retrasos se debieran a otros asuntos: Gorée era francesa desde hacía poco, cobraba cara el agua de sus fuentes y el abrigo de barcos que transportaban carga dudosa, por eso se demoraba en dar servicio, así obtenía más beneficio de la permanencia de esclavos, naves y tripulantes. Había papeles que demostraban nuestras dos semanas y media en Gorée y en nuestro barco habían encontrado recibos de pago por estancia en un depósito de negros al lado de la Maison de Victoria d'Albis.

Era cierto. Yo misma lo había vivido. Cuando llegamos a la isla, las mujeres y los niños fuimos conducidos, encordados y sedientos, por senderos de arena. Nos encerraron en un edificio húmedo con dependencias tan pequeñas que dormíamos sentados, la espalda contra la pared. En aquel sitio se oía todo el tiempo el ruido de las olas porque rompían contra los muros de la casa. Las ventanas, muy estrechas, daban al mar y tenían barras de hierro. Negros isleños castigaban a los que protestaban, ataban al rebelde a una columna, lo azotaban con cueros y lo encerraban, sin derecho a comida ni agua, en las olvidaderas, *oubliettes* decían ellos, horribles mazmorras diminutas excavadas en el hueco de un muro, donde un hombre solo podía mantenerse acurrucado en forma de bola, un espacio del que pocos salían con vida.

Al amanecer, nos sacaban de la *maison d'esclaves* para trabajar. Unos picaban piedra, otros la transportaban. Algunos cargaban toneles

de agua o fardos de las mercancías que se desembarcaban cada día en la isla. Las muchachas trajinábamos lentas a causa de las cadenas en nuestros tobillos, portando recipientes de semillas y cestos llenos de cosas. Había lugareños que nos indicaban la faena: encender fuego, pilar grano, cargar leña o ayudar en otras tareas. Al atardecer nos daban comida, casi siempre caldo del agua de cocer pescado seco en el que, a veces, flotaba una bola de mijo, o gachas hervidas en agua de mar con restos de pescado. Luego nos encerraban hasta el día siguiente. Allí estuvimos, oyendo por las noches gemidos de azotados y suspiros lastimeros. En Gorée murieron ocho hombres y una mujer. Arrojaron sus cuerpos al mar porque, decían los franceses, los tiburones sabrían ocuparse de ellos.

Soplaba fuerte viento el día que colocaron pasarelas en el ventanuco de la *captiverie* y un enorme barco portugués arrió contra el muro del almacén de esclavos. Anillaron a los mayores y encordaron a los jóvenes. Fieros guardias armados vigilaron nuestro embarque. Unos tras otros fuimos entrando en la nave, pero no subimos todos: quedaban los enfermos gritando desesperados que no les abandonasen, quedaban los castigados encerrados en rochos malolientes y también quedaban los muertos. El sol estaba alto en el cielo cuando nos alejamos de Gorée.

—¡Díganme que esta manera de relatar no es sobresaliente! —exclamó Gavilán.

Respiré hondo y solté suficiente aire como para recuperarme de la impresión. Bien sabe Dios que cuando uno lee apremiado por la necesidad de descubrir algo o por la emoción de instruirse, suele pasar por alto menudencias que, a la larga, aportan indicios de importancia al relato. Y aunque tres habíamos sido los que habíamos devorado las memorias de Misterio, tengo que decir que a los tres se nos habían despistado mil detalles y que yo misma, que me precio de meticulosa, tuve que encarar una segunda lectura e incluso una tercera, más sosegada y señaladora para empezar a comprender lo que en realidad había sido la vida de nuestra amiga. Pero ahora acababa de descubrir que a mis lecturas les había faltado la voz, el tono apasionado. Y la revelación final la habíamos tenido, tanto Ulises como yo, cuando escuchamos la impresionante lectura de aquel escribiente. Estábamos sobrecogidos.

—Por Dios..., ¡qué delicia escucharle...!

—Oro puro, *señó* Gavilán, yo le digo que oro puro pagaría este calesero por *sabé leé* como *usté* lo *hase*.

—No me halaguen tanto o acabaré por pavonearme, je, je. Pero si de verdad les ha gustado, yo no tengo inconveniente en continuar... ¡Lector tendría que haber sido este viejo y no escribiente! ¡No hay cosa que más me guste en este mundo que leer en voz alta! Bueno, eso y un buen traguito de ron —añadió, guiñándonos el ojo derecho.

—Tan bueno como las botellitas que le voy a mandar esta misma tarde —señalé—, Matusalem genuino, de los hermanos Camp, que Benjamín y Eduardo me lo envían a la casa desde Santiago cada Navidad.

El nombre del ron le hizo enderezarse en el asiento.

—¡Matusalem! ¡Esas son palabras mayores, señora mía!

—Y, si no le parece mal, añadiré a la partida una buena vejiga¹⁴ de tabaco recién traído de la vega. Ulises se la traerá, en pago de esta lectura que de veras nos está deleitando. Tremendo regalo el que nos ofrece usted.

—¡Pues no se hable más! Prosigo, prosigo:

Los papeles indicaban que, tras alejarse de Gorée, el barco tomó rumbo a unas islas que les dicen de Cabo Verde. Parece que tocamos tierra en Santiago y se pagó derecho de pernocta por semana y media en la *escravaria* de Cidade Velha, en Ribeira Grande. Luego el barco siguió y siguió. No se entendía el motivo de que la nave diese tanto rodeo para, al final, navegando de cabotaje y costeando hacia el sur, venir a vendernos en Bourbon.

Cuando me mostraron en el mercado yo estaba aterrorizada. Nos subieron a un tablado y la gente miraba mientras los negreros proclamaban nuestra nación, cuánto pesábamos y las cualidades que teníamos. Dos días después fue la venta. Me acordé de los consejos de las mujeres y me lavé, me limpié bien las uñas de las manos y de los pies, recogí mi cabello e intenté disimular las marcas de mi rostro con unos mechones. Tres hacendados pujaron por mí. Comprendí que me llamaban *jeune fille*. *Jeune fille* acá, *jeune fille* allá...

Ya pensaba que me iba a tener que ir con un viejo que llevaba un parche de paño en un ojo cuando, desde el fondo de la plaza, se oyó una voz que dijo algo importante porque inmediatamente me apartaron a un

lado y me lanzaron a la trasera de una carreta. Me acurruqué en una esquina toda angustiada y me puse a llorar porque no entendía qué había pasado. Entonces apareció una mujer fea como cabeza de avestruz y completamente vestida de negro. Se acercó a mí, me apartó las manos de la cara y dijo: *Quelle chance que tu as eue, jeune fille! Monsieur l'abbé Monnet t'a achetée et il t'affranchira!*¹⁵ No entendí nada, pero dejé de llorar. No sabía yo que, al final, aquel iba a ser uno de los días más afortunados de mi vida.

Decían en la misión que *M'sié l'abbé curé* Monnet,¹⁶ el hombre que pagó por mí, era amigo de comprar esclavos jóvenes para enseñarles a hablar, hacerles conocer al Dios verdadero y que aprendiesen a trabajar como blancos. Cuando ya eso estaba cumplido, el buen patrón les regalaba la libertad. Para los esclavos, el proceder de *M'sié l'abbé* era una gracia de Dios, pero a los colonos de la isla, que precisaban cautivos, no les parecía nada bien lo que hacía *M'sié*. No, señor, a ellos la generosidad cristiana de *M'sié* solo hacía que irritarles, por eso mi amo sufría complicaciones e incomodidades. No es del gusto del patrón ver que los clérigos liberan esclavos.

M'sié me puso un nombre y su apellido. Yo me llamaba Marie Neige Monnet y vivía acogida en una *habitation*, que así le decían allá a los poblados de esclavos, muy cerca de una capilla que aunque estaba en construcción ya funcionaba. Me enseñaron oficios de interior y me pasaba el día encantada, lavando y planchando. A cambio, como yo estaba muy reconocida con *M'sié*, colaboraba en la misión. No era la única, muchos negros libertos se sentían tan agradecidos que, a pesar de ser libres, se quedaban con él para darle servicio.

Por meses acudí a la de los Padres del Sagrado Corazón de María, en la Rivière-des-Pluies. Dos días sí y tres días no, iba hasta allá para ayudar a aquel hombre devoto y tan amable que no parecía blanco. Me echaba al camino de víspera, en plena noche, para llegar bien temprano y adelantar la faena. Al principio, dos días sí, tres días no, me presentaba, saludaba con urbanidad, entraba donde la plancha, que en *créole* se llamaba *careau* y en francés *fer à repasser* y empezaba a

escoger las prendas: a un lado las cosas de *M'sié* y al otro los lienzos de la capilla. Empezaba siempre por la ropa de *M'sié* para luego atacar la ropa de iglesia. Y lo hacía por nada; comida y jergón sí recibía, pero no dinero. Era por corresponder a *M'sié*, que me había comprado, puesto nombre cristiano, anotado su propio apellido, enseñado un oficio y, cuando tuviese edad, iba a regalarme mi carta de libertad.

En diciembre, con las lluvias, los caminos se inundaban y había riesgo de ciclón; algunos días se ponía peligroso regresar a *l'habitation*, así que me quedaba en el cuarto de la plancha. Como la lluvia trae humedad y esto no hace bien a los huesos de los blancos, también *M'sié* venía donde yo estaba, que era el lugar más caliente de la misión, y se quedaba un buen rato. Pedía un café con vainilla y buscaba acomodo al calor del fuego. Cuando eso sucedía yo, desde la mesa de planchar, sin dirigir la mirada a su persona, no fuese a importunarle mi curiosidad, observaba su rostro redondo de hombre casi santo y las arrugas que se le formaban en la frente mientras rezaba. A ratos parecía que hablaba solo pues los labios le temblaban; otras veces hacía movimientos con las manos que yo luego imitaba, cuando nadie me veía: dos dedos, de la frente al pecho, del pecho al hombro izquierdo, del hombro izquierdo al derecho, del hombro derecho a los labios y en los labios un beso a los dedos. Eso hacía *M'sié* mientras rezaba y luego decía amén.

La presencia de *M'sié* me ponía tan contenta que planchaba y planchaba sin hacer el menor ruido, atizando el fuego silenciosamente para no distraerle en sus rezos. A veces traía un libro y leía en voz alta palabras, lengua de iglesia. Sonaba de maravilla. Un día vino con dos enormes y los posó sobre la mesa. Viendo que yo los miraba con curiosidad dijo que, si yo quería, él podía leer alguna historia. ¿Cómo no iba yo a desear eso? Sonreí mirando fijamente hacia la mesa y, con todo respeto, asentí varias veces con la cabeza.

M'sié hablaba la lengua de los esclavos, el *créole*, y me explicó que uno de aquellos libros se llamaba Santa Biblia y en él se contaba que Dios creó este mundo y la vida en la Tierra. Hablaba de muchas tribus, poblados, reyes y así todo hasta hoy. Y que el otro libro era la vida de Jesús, el hijo de María y de su esposo José. Escuché de su boca la historia de esta familia desde el mismo momento en que los padres de ella, cuando era muy joven, la entregaron en matrimonio a un hombre

más que mayor de oficio carpintero.

Me gustaba mucho escuchar las cosas extraordinarias que les pasaban a esas personas y a la gente que los conoció. *M'sié* me las contaba despacio y yo comprendía. Cada noche me explicaba un pedazo del libro, así supe que la pareja pasó dificultades por culpa de las malas lenguas y que, en un viaje, la mujer parió un niño en una cuadra de animales; y que años después al hijo lo llevaron preso, lo maltrataron de mala manera y murió clavado en una cruz, parece que por pregonar asuntos que disgustaban a hombres poderosos.

Yo tenía ganas de pedirle algo a *M'sié*, pero era difícil, pues a menudo él se concentraba tanto que pareciera que una no estuviese mismo al lado, planchando en el cuarto. Tras mucho dudar, una tarde de fuerte lluvia me atreví a interrumpir: primero tosí, luego salpiqué ruidosamente agua de más sobre un cuello que estaba planchando, después simulé un movimiento nervioso de la plancha. Todo para atraer su atención, pero nada. Él seguía a lo suyo. Decidí dar un gemido y sacudir fuerte una mano, como cuando una se quema el dedo con el hierro. Tampoco. Nada. Finalmente, no tuve más remedio que utilizar la palabra: «¡Qué bueno comprender los dibujos de los rezos como hace *M'sié l'abbé!* —pronuncié—. Suenan bonito.»

Él me miró y dijo que, si tanto me gustaba, en pago al trabajo que yo hacía en la misión ¡me aprendería a rezar!

Sí señor. Allí mismo, en ese lugar y ese día, *M'sié* prometió enseñarme las palabras, en *créole*, de las oraciones que tantas veces le había escuchado. Y comenzó por la plegaria más bella, la del movimiento de los dedos. Hizo conmigo varias veces los gestos al tiempo que recitaba «*Au nom du Père et du Fils et du Saint-Esprit. Amén*», y yo la repetí hasta que me la supe entera.

¡Si sería *M'sié l'abbé* hombre de palabra que cuando se fueron las lluvias, ya yo recitaba sola los misterios del Santo Rosario, las oraciones todas de la Santa Misa y podía relatar la historia de un enorme diluvio que anegó los campos! Bueno esto, según parece, fue justicia de Dios a la desobediencia de los hombres. El Señor les castigó con *puuura* lluvia

que no cesaba ni de día ni de noche. Yo misma me sorprendí cuando supe que nomás una pareja de cada familia de animales, y otra de personas, habían logrado salvarse. Nunca me habían explicado que también a los animales los habían arrancado de su poblado y metido a la fuerza en un barco, como a mí. Pobres, no me quiero imaginar su travesía, sedientos, asustados, enfermos... Nadie me había dicho que a los animales también los mantuvieron cautivos en una nave y que, al final, los obligaron a desembarcar en un lugar desconocido, supongo que para trabajar duro las tierras de aquellos dos blancos que, después de tanto turbón de lluvia, ya no pecaban.

Al dueño de la nave le decían Noé y *M'sié* me explicó que Noé no era mala persona. ¿Qué culpa tenía él si Dios le había ordenado meter a los animales en un navío?

Él solo obedeció. No podía resolver de otro modo. Así son las cosas: estaba obligado.

- [14.](#) El tabaco se conservaba en vejigas de cochino para protegerlo de la humedad y los insectos.
- [15.](#) Lit.: «¡Qué suerte has tenido, jovencita! ¡Te ha comprado el abad Monnet y te liberará!»
- [16.](#) Padre Alexandre Hyppolitte Xavier Monnet (1812-1849), famoso abolicionista francés conocido como *L'abbé* Monnet cuya tumba se venera en la isla de la Reunión.

Mijita francesa

A pesar del desorden, la mugre y el desagradable olor de aquello que Gavilán calificaba como «mi humilde residencia», Ulises y yo disfrutamos de lo lindo las tardes que compartimos con el amigo de Misterio. Y hubiésemos dado lo que fuese por seguir asistiendo a tan placenteras veladas de lectura pero, desgraciadamente, la cosa se torció sin retorno.

Un martes, cuando llegamos al escritorio, nos sorprendimos al encontrar completamente echada la persiana de la reja. Faltaba el cartel y la puerta estaba cerrada a cal y canto. Ulises fue a averiguar en el vecindario y una yoruba que remendaba zapatillas en el fondo del corredor nos explicó, toda cariacontecida, que la noche anterior el escribiente «sin *sabé poqué*» se había caído de bruces contra el piso, «*parese* que le agarró un mal que le *paralisó*. Se quedó *tóo* tieso, sin *podé hablá*. Su esclavo chico lo quiso *socorré* pero nada. Ya *namás* le quedaba un alientico de vida».

Menudo desconcierto. Nadie nos proporcionaba más información que el consabido «el escribiente murió y *quiquiribú* mandinga», y a mí me resultaba imposible hacerme a la idea de que el encantador anciano que ayer mismo había compartido con nosotros mil anécdotas y chascarrillos hoy no solo ya no estaba en este mundo sino que se encontraba de cuerpo presente en algún depósito de La Habana. Lo que es la vida. Qué cosa.

Indagamos quién podría tener las llaves de su cuarto y nos dijeron que el juez, en tanto no se supiera de herederos. Esto me preocupó porque las memorias de Misterio estaban dentro y me intranquilizaba que alguien las fuese a arrumar o distraer, así que envié a Ulises en busca del esclavito aquel que, según los vecinos, viendo a su amo cadáver, había echado a correr muerto de miedo para refugiarse cabe su madrina, una congo vieja que recogía restos de pescado en la playa y los secaba para la reventa.

El chiquillo, al saber que preguntábamos por él, se presentó lloriqueando

como niño que era.

—El caballero Gavilán se *ñampió*.¹⁷ Y el negrito estaba *soolo* en la *caaasa*! Cuando el amo cayó al piso yo me harté de *gritá y gritá*. Los *vesinos* acudieron y vinieron los doctores, pero ¿de qué valió la prisa? No valió de *ná*.

Ulises le tranquilizó, le dijo que había sido un muchacho bien bravo pues no es fácil ver morir a un amo, y que no tenía que tener miedo. No era preciso ocultarse ni preocuparse por nada, que ya la ley vendría pronto para indicarle dónde él tenía que ir y con quién. En cuanto apreció que el esclavito empezaba a apaciguarse, entró en materia; ahora mismo él, que había sido bien valiente, nos tenía que hacer un *favorsito* con urgencia pues en el interior de la casa había quedado una carpeta propiedad de su ama, y su ama, es decir servidora, estaría dispuesta a corresponder generosamente si alguien, en total secreto, le hiciese el servicio de retornarle esos documentos.

El compungido esclavo pareció salir de golpe de su abatimiento y exclamó muy serio:

—Cómo no. Ya yo sé qué papeles son esos.

—Y sabrás que ahora el cuarto está *serrado* a llave —puntualizó Ulises—. No se *pué entrá*.

—É un *queré desí* que yo sí podría..., por un *gujero* que usé a veces *pa escapá* cuando el amo tomaba y me quería *castigá*. Oculto está como nido de roedores. *Naide* sabe *del*.

Milagros de La Habana. Esa misma noche un ratoncillo negro se coló a través del muro y nos agenció la carpeta. Vino a entregarla a Amargura, desayunó y se fue con tres monedas en el saco del calzón más una *jabita* repleta de viandas de bodega para su madrina.

Con el manuscrito de nuevo en mi poder, observé que en ciertas páginas habían colocado marcas. Supuse que Gavilán las tendría preparadas para nuestra siguiente visita. Emocionada, me puse a leer:

Mijita, la primera que tuve, nació en la isla Bourbon. Sí señor. La parí junto a la acequia que hay detrás de la última *maison d'esclaves*, casi llegando a la capilla de L'Étang Salé, propiedad de los Payet.

Isla Bourbon está en África, pero no en el África donde yo nací. Nada de eso. Está más lejos. Para ir allá hay que pasar largo trecho por mar y llegar a Mozambique, luego se atraviesa una tierra que llaman

Magadascá y aún uno tiene que seguir en barco hasta el puerto de Saint Denis, que es donde los blancos compran esclavos a los negreros. Bourbon es pequeño, más que Cuba a mi entender, aunque también hay piña, mango, coco, guayaba, café y ron, por lo que se le parece, pero allí la gente habla francés y al amo le dicen *patron*. No tiene nada de igual a Cuba.

¿Que cómo acabó servidora en semejante tierra?, se estará preguntando el escribiente. Pues yo ahora lo voy a explicar, caballero. Y va usted a tener constancia de las vueltas que puede dar la vida para quien hoy es libre de color pero antes fue esclava.

Mi muy querido amo *M'sié* Monnet tuvo que abandonar Bourbon a la fuerza. Los colonos se oponían a la educación religiosa que él ofrecía por nada a los esclavos, decían que no cabíamos todos en la iglesia, los blancos y los negros, que no había espacio para tanta gente, y fueron a quejarse al gobernador. No les gustaba que *M'sié l'abbé* explicase el catecismo en *créole* a los esclavos y les enseñase a leer para después liberarlos. No señor. El señor gobernador oyó las quejas de los colonos y vino junto a *M'sié* para decirle que mejor si no seguía bautizando esclavos, pero él respondió que Dios es patrón de todos los hombres y que no mira el color de la piel de sus criaturas. El gobernador se quedó muy confundido y no tomó decisión alguna. Entonces los colonos se enfadaron y pusieron precio a la cabeza de *l'abbé* Monnet; ofrecían mil quinientas piastras a quien lo capturase, como si *M'sié* fuese un puro malhechor. Sí señor, eso hicieron. Y una tarde se armó tremendo lío; colonos furiosos y armados vinieron a la misión y hubo graves sucesos: dirigieron malas palabras a *M'sié* y quisieron llevarlo preso, pero un grupo de esclavos salió en su defensa. Al final los negros salvaron la vida de *M'sié*.

El gobernador seguía indeciso pero, como no quería desorden, fue a buscar a *l'abbé* Monnet, le dio asilo en el Hospital Militar y le fijó un plazo de quince días para irse de la isla por las malas.

Cuando llegó la fecha, muchos esclavos fuimos al puerto para despedirle, pero una nube de militares nos impidió el paso diciendo que *M'sié* se había ido ya. Regresamos a nuestras casas muy extrañados y a los pocos días supimos la verdad: los que sabían leer dijeron que en *La Gazette* ponía que el día 28 de septiembre de 1847 Monnet había

zarpado de la isla con destino a Francia en un barco llamado *Pionnier*, al que le obligaran a subir «en plena noche, para evitar altercados». Esa y no otra fue la forma en la que tuvo que marcharse mi patrón. A la fuerza, sin adioses ni despedidas. Un dolor.

Meses después una noticia nos llenó de alegría: ¡a *M'sié l'abbé curé* lo habían nombrado obispo de Madagascar y pronto vendría a vernos! ¡Ya había embarcado en Francia y viajaba hacia su nuevo destino!

Pero verá usted que, aunque Dios es justo, la vida no perdona a nadie y también pega zarpazos a las almas buenas porque, cuando la nave de *M'sié* hizo un alto en Mayotte, le atacaron unas fiebres y a los pocos días falleció. Todos nosotros, que esperábamos su llegada con tanta ansiedad, ya no volvimos a verle. La gente enmudeció al conocer la muerte de *M'sié l'abbé*, pero luego hubo gritos y cabellos arrancados y desgarros de vestidos... viendo la aflicción de la gente de color, el obispo de Saint Denis exigió al ejército del mar que trajese el cuerpo de Monnet desde Mayotte hasta Bourbon para enterrarlo en la misión. Y la marina obedeció. Desde entonces nuestro querido clérigo descansa en su capilla de la Rivière-des-Pluies.

El caso era que, no residiendo mi amo en la isla, por ser yo demasiado joven, precisaba tutor que respondiese por mí. Por eso *M'sié*, antes de partir, se ocupó de encontrar a quien encomendarme y puso un anuncio en la página de los *Petites Affiches* de la *Gazette de l'Île Bourbon*.

USUFRUIT D'UNE NÉGRESSE

*Jeune domestique nommée Marie Neige, d'un caractère
doux et bon sujet, sachant laver, repasser et coudre,
est mise en usufruit pour cause départ.*

*S'adresser à M. Monnet.*¹⁸

Al anuncio de *M'sié* respondieron seis personas. Entre ellas escogió la que le pareció más piadosa y temerosa de Dios, Madame Payet, pensando que en su casa yo tendría buen asilo y estaría protegida. Me

dejaba en prenda trabajando para ella, con la promesa de que, en cuanto yo cumpliera la edad que fijaba la ley para responder por mí misma de mis actos, me entregaría mi carta de libertad.

Así fue como llegué a la Plantation Payet, propiedad de una familia francesa que tenía muchas casas y ningún heredero. La patrona, a la que llamábamos Madame, me tomó de su mano y desde los primeros días me explicó los secretos de ser gobernanta de ropa de hogar. Con ella aprendí a organizar armarios y estantes, cambiar alfombras, cortinas, visillos y prendas de cama según la estación, lavar y almacenar entre aromas la lencería de baño y conservar impecables manteles, tapetes, mandiles, servilletas, manguitos y paños de cocina. Más adelante me nombró planchadora y ahí sí que, gracias a mi patrona, ya aprendí fórmulas inmejorables y los mejores trucos.

Al patrón Payet, el esposo de Madame, le gustaba cabalgar, beber ron y juntarse con esclavas, así que prefiero no decir lo que por su culpa tuve que aprender.

Hacía ya un tiempito que me venía sintiendo rara, como que llevaba semanas mareada y sin gana de hacer otra cosa que recordar tristezas y agonías. Casi todas las noches lloraba, me acordaba de mi madre y cada vez que amarraba la plancha me ponía melancólica. Una mañana la negra Marie Fernande, que era jefa de domésticas y ama de llaves de Madame, me miró a la cara, palpó mi pecho, calibró mi figura y me hizo mil preguntas: Que con quién te andas encontrando tú, que desde cuándo, que si ha sido por las buenas o por las malas, que si es negro o blanco, que a ver si va a ser del patrón eso que acarreas, que ya se veía que te andaba rondando, que cuánto tiempo te lo ha estado haciendo, que menudo disgusto, que...

Respondí sin rubor ni vergüenza, con la pura verdad, pensando que lo que me sucedía era normal. Nada sabía yo de cuerpos de hombres y nadie me había dicho que me tenía que cuidar de escapar cuando un macho me cercase, ni lo que me podría suceder si aceptaba coyunda de

blanco o, peor aún, si la rechazaba. Ella echó sus cuentas y se preocupó porque yo era muy joven, lo que acá sería menos de catorce años. Al final Marie Fernande me hizo comprender que lo que me pasaba era que en pocos meses iba a parir y, lo más importante, que se lo tenía que decir a Madame.

Allá fui yo, cavilando con incredulidad en aquello de que iba a tener un hijo. Llegué a la casa grande y pregunté por el ama, que se acababa de levantar y la estaban empezando a vestir. Llamé a la puerta de su alcoba, pedí permiso, hice una reverencia y dije: «*Bonjour, Madame*. La negra Marie Fernande me manda venir para que Madame sepa que estoy grávida. Y que el parto será en veinte semanas, si Dios quiere.» Iba a añadir que el hijo era de su marido pero no hizo falta; antes de que yo abriese la boca ya ella había comprendido. Por eso dicen los caporales que a los amos no hay que ocultarles nada, ni intentar mentirles, que ellos siempre saben todo sin que el esclavo diga cosa.

Yo pensaba que a la patrona le alegraría la novedad, pues ella no podía engendrar a causa de unas fiebres que la habían dejado incapaz, pero Madame, en cuanto cayó en la cuenta de lo que yo acababa de decir, me miró con ojos desviados. Primero se desmayó dos veces, aunque le trajeron un agua de *nosequé*, la olisqueó y volvió en sí; después insultó a voces a las otras domésticas y, cuando todas creíamos que ya había encajado la noticia, nos montó la buena: entre aspavientos de rabia se puso a vocear que todas las africanas éramos parejas, cortadas por el mismo patrón, estaba claro que solo nos gobernaba el apetito lascivo. Puro sexo, solo eso nos movía, como a las bestias. Chilló que no era yo más que una perra en celo que iba despertando la animalidad en los hombres con mi forma de andar y de mirar, y aun de comportarme. Y dijo que se compadecía de mí, que de verdad se compadecía de mí, porque yo le daba muuucha lástima.

Así fue la cosa. Yo escuchaba atentamente sus gritos y le daba la razón, «*Oui Madame, oui Madame, bien sûr*», con todo mi afán puesto en esquivar los objetos que ella me iba arrojando desde las esquinas de la alcoba. Un cepillo del pelo, varios peines y su bandeja, un frasco de aromas pequeño, dos cajitas de polvos, un florero y tres libros, todo eso me lanzó, si no recuerdo mal. El ama se nos había puesto brava y estaba muy pero que muy enojada, tanto que anunció a puro grito que se

encontraba fatal y se volvió a meter en la cama.

Al cabo de un rato le amainó la furia y me mandó llamar de vuelta. Toda acalorada, dijo que yo tenía que hacer dos cosas: la primera desaparecer de su vista y la segunda penar mi grave falta. Ya ella se ocupó bien pronto de hacer lo necesario para lo primero, o sea para que yo desapareciese. Desde su lecho de dolor ordenó que me llevasen lejos de la casa suya. Y yo me tuve que conformar, aunque a lo largo del trayecto, que fue en carreta y se demoró aquella tarde entera y toda la noche que siguió, iba pensando para mis adentros que a aquella mujer no habría forma humana de calmarla en mucho tiempo.

Cuando al fin llegamos a un lugar que llamaban Le Tampon, me dejaron a cargo de dos esclavas malgaches, en una mansión inhabitada propiedad de los patrones. Era un lugar al que los amos manás iban de Pascuas en Ramos y a mí me gustó estar allí, en la tranquilidad de aquella montaña, tan verde y apaciguante, desaparecida de la vista de Madame. En tan bello ambiente me la pasé trapeando suelos a mano, hincada de rodillas, restregando las losas de la veranda, encerando las caobas de la escalinata interior y retirando los dos dedos y medio de polvo que se habían acumulado sobre cada mueble tras tantos meses de abandono.

Lo segundo que Madame había dicho era que yo estaba obligada a «penar mi falta», o sea que tenía que arrepentirme de que su esposo me hubiera hecho lo que me hizo y que yo no quería que me hiciese. No sabía ella que me lo hacía todas las noches en el cuarto de la plancha de la casa grande, a la fuerza, sujetándome a la mesa y tapándome la boca para que no oyesen mis quejidos. Y que aquello duró semanas, hasta que una noche, de repente, no se presentó a reclamarme. Capaz que se le rebajó el apremio, pensé yo toda contenta, o que perdió el apetito sin más, o que le cambió el gusto. El caso fue que dejó de procurarme y eso para mí fue una bendición de Dios.

Pero ahora yo tenía que penar haberle dado complacencia. Así que cuando mi barriga abultó tuve que irme de Le Tampon y ganar el perdón de mi pecado. Me enviaban a ocultarme junto a un clérigo cristiano que vivía en L'Étang Salé y precisaba ayuda de mano y para la sacristía. Llegué allí de parte de Madame diciendo que era la nueva doméstica. *Monsieur le curé* me miró la panza, se santiguó, dijo «pasa, hija, pasa» y

me encomendó prepararle la comida, la limpieza de su vivienda, mantener en orden la ropa, barrer la iglesia, tener siempre planchados los paños de misa y dispuestas flores en el altar. A cambio me ofreció una *maison d'esclaves* y no miento si digo que fue un acomodo muy bueno, porque *Monsieur le curé*, que era hombre de escasas palabras y mucha librería, resultó patrón tranquilo. Cada día preguntaba por mi salud, nunca me azotó y compartíamos la comida.

Una tarde le pregunté qué debía yo hacer para penar mi falta. *Monsieur le curé* respondió que seguramente ya estaba perdonada por el Buen Jesús, que es misericordioso con los pobres y en particular con las esclavas que sufren acoso y tienen que someterse, no por placer ni por fornicio, sino por obligación, a la violencia de sus patrones. Que ahora yo solo tenía que preocuparme de esperar tranquila el nacimiento de mi hijo. Pero era necesario que aprendiese una cosa: las buenas domésticas hacen lo posible para evitar vergüenzas a la familia del patrón.

Acá fui yo la que se alteró. No se me iba de la cabeza que si Antonio Gavilán estuviese con nosotros, al llegar a este párrafo seguramente detendría la lectura e intercalaría alguna apreciación sarcástica del tipo: «Eso aconsejaban los piadosos curas a las negritas bellas...», o uno de aquellos magníficos diálogos que tanto me gustaban y él solía presentar con un: «Llegados acá, yo pienso no estar mintiendo si afirmo que recuerdo haber dicho...»

—Se acabó el tiempo. Págueme lo acordado.

—Por el sol no habrá *alcansado* ni a medio real... —opinaría Misterio medio calculando.

—Uno. Un real entero. Y no se me ponga remolona. Que ya la hora pasó hace rato.

—Pues sí. Eso fue lo que yo allá aprendí —continuaría ella sin echar cuenta del viejo, como si no le hubiese escuchado—. Bueno, eso y a planchar, que Madame fue mi *mejó* maestra. Tan *minusiosa* que hasta supervisaba el planchado de los trapos de fregar el piso. «Hierro caliente desinfecta el paño», decía. Esa y no otra fue su doctrina. Para la plancha y para la vida.

Y sin más, proseguiría dictando:

Cuando noté que llegaba el parto me escabullí tras la choza y allí mismo, junto a la acequia, la eché al mundo. Nació la niña y lloró con fuerza. Yo estaba dolorida pero me las arreglé para llevármela adentro y la lavé con cuidado, mirando si venía con todo lo necesario. Era de piel clara, clara, como su padre, con ojos del color del cielo y un pelito bueno, bueno, no rizado como el mío, y amarillo como el centro de una *petite fleur*. «Vergüenza para mí, si mi madre llegase a verte», pensé, y sonreí al recordar que en el poblado afirmaban que los que nacían con cabello claro era porque habían sido concebidos a la luz del día. «Esto es lo que tú y yo conseguimos, *mijita* —dije mientras la secaba con detenimiento—, mi pequeña *adelantó* y es más clara que su mamá. Si Dios quiere, tendrás la felicidad de que los hijos de tus hijos vengan blancos, blancos. Sí señor. Tan pálidos como la piel del patrón que tanto se ocupó de reclamar a tu madre para que tú nacieras. Esto y no más conseguimos nosotras dos. Adelantar. Y adelantar *boniiiito*.» Dulce momento, ella y yo calentitas junto al fuego. Bello instante. Pero al poco me sobrevino un mal agüero que me paralizó el corazón: mi niña era hija del patrón Payet. Había alumbrado una mestiza de piel demasiado clara, seguro que vendrían a por ella y si me la arrebatában, cuando creciese no la reconocería... Tenía que marcarla. Allí mismo, con la espina de un pescado, le fijé una cruz con las cuatro patas iguales. Se la hice bien profunda, en el bracito derecho, por detrás, a la altura del hombro. Y era una niña tan sosegada que casi no lloró.

Doce días la tuve conmigo. No me la dejaron más. Vinieron a buscarla por orden de su padre y me la arrancaron del pecho. Ni tiempo tuve de enredarle al cuello un *guardiero* que me la resguardase. Parece que una familia de blancos la solicitaba. El mayoral me la quitó a la fuerza y se la llevó. Ya más nunca volví a besar la carne suave de mi pequeña, más nunca aspiré su aroma de criatura chiquita.

No saber de mi niña me quebrantó el corazón y caí enferma. La gente creyó que me había vuelto loca porque no dormía, no comía, no faenaba y no hacía más cosa que hablar sola y vagar por los caminos pretendiendo averiguar por ella. Lloraba sin cesar y no me separaba del hilillo de cuentas que una africana amiga había trenzado para protegerla de dolencias y maldecires. El día entero acariciaba yo aquel *guardiero* de abalorios menudos: azabache negro con su coralito rojo y algo de

ámbar amarillo. Aún lo conservo.

Con el tiempo supe la verdad: no la habían entregado a unos blancos que la reclamaban sino que el propio patrón la quiso para sí y se la llevó a la casa grande. Él regaló mi niña a Madame, la esposa suya que no podía tener hijos y que seguía sin querer saber nada de mí.

Tomé aire. Mil veces que leyese este episodio, otras tantas se me encogería el alma. Y de nuevo imaginé que, llegado a este párrafo, probablemente Gavilán hubiese detallado con cariñosas palabras que mientras él anotaba las últimas frases le había parecido que Misterio tragaba saliva y que los ojos se le habían anegado en lágrimas de tristeza verdadera. Que el silencio habría invadido el cuarto y su pluma había dejado de rasgar sobre el papel. Así de novelero y espléndido relator era el viejo. Y qué bien que refería las minucias más livianas. Seguro que acá mismo insertaría un *ten con ten* entre la morena y el escribiente que, conmovido por lo que acababa de escuchar, intentaría cambiar de tema:

—Hasta aquí hemos llegado —carraspearía—. No se hable más. Va a ser medio real.

—Pero yo resolví que me iba a *ocupá de velá* por ella.

—Medio real, digo —insistiría, con ánimo de zanjar una conversación que le intimidaba.

—Porque siempre vigilé si le iba bien y dónde andaba. Por eso supe que *mijita* fue *bautisada* con el bello nombre de Félicité y de apellido Payet, el de su padre. También supe el modo en que me la cuidaban, cómo *cresía* de bien, las cosas que aprendía y lo que le disgustaba.

—Se acabó. Apenas queda tinta —reclamaría él—. Ni papel. Voy a tener que acercarme hasta La Poesía, parece que recién les llegó género de Francia.

Y se pararía firme ante el escritorio, dando por finalizada la sesión.

Misterio rebusca monedas en la taleguilla que oculta bajo el delantal, disimulada en el interior de su falda, una bolsita de tela que ella misma ha cosido y lleva siempre a la cintura. Paga y da las gracias inclinando la cabeza con ceremoniosa seriedad. El escribiente toma las monedas, las guarda sin contarlas, acepta la reverencia meneando una mano a la altura de la sien,

como queriendo decir «Vale, vale. Terminemos ya», y encamina a su clienta hacia la puerta. Ella sale y él se demora un momento en la entrada. La contempla alejarse calle abajo, indiferente a la bulla de vendedores y paseantes, con paso despacioso. «Uno diría que carga sobre los hombros el peso de todas las coladas de La Habana», medita pensativo.

Entra y toma asiento en su balance, se sirve un trago de ron y chilla reclamando tabaco. Un esclavito entra al vuelo con la vejiga y candela en brasa de leña. Gavilán escoge un cigarro y lo enciende. Una calada, dos... y, como quien no quiere la cosa, desliza la mirada sobre el atiborrado escritorio. Se para y camina hasta la mesa. Contempla sus anotaciones estimando si habrá secado ya la tinta o tendrá que dar a cada página una buena pasada de papel secante. Posa el cigarro en el canto del mueble y, tras verificar que la escritura está fija, recolecta las cuartillas, las apila e incrementa con ellas el contenido de un cartapacio en cuyo exterior reza:

MISTERIO del COBRE MONTSERRAT BARTHÉLEMY

Libre de color, de oficio aplanchadora

referido de propia voz.

Oído y anotado, a ruego de la suplicante, por Antonio Gavilán, escribiente de
La Habana.

Año del Señor de 1875

El tañido de la campana llamando a novena le sorprende sopesando el mazo de hojas. «Como sigamos a este ritmo tendré que ver mejor lugar donde guardar esto», cavila, pero resuelve que, de momento, la carpeta seguirá donde siempre, bajo la tapa de su escritorio.

17. Se ñampió: vulgarismo = la *espichó*, se murió.

18. Lit.: «Usufructo de una negra. Por causa de marcha se deja en usufructo una doméstica joven, de nombre Marie Neige, carácter tranquilo y buena persona, sabe lavar, planchar y coser. Dirigirse al señor Monnet.»

Vaya usted y pregunte por mí

Desaparecido Gavilán, la investigación nos encaminó sin remedio a la escribanía de don Manuel de la Torre y tengo que confesar que, lo que es servidora, conociendo como conocía el carácter de Misterio, su terquedad y el empeño que ponía en lograr su voluntad cuando algo se le cruzaba entre ceja y ceja, no me quise ni imaginar el tono de las entrevistas que habrían tenido lugar entre ella y los empleados del estudio.

Según nos manifestó amablemente el caballero notario, la tarde en que Misterio se presentó por primera vez en el despacho, «dispuesta a *resolvé* lo que sea *presiso* para *otorgá* testamento como *mejó* resulte, sin *poseé* papel alguno que avale mi persona», planteó un desafío legal de tal magnitud que pasó a los anales de la escribanía. La escena se desarrolló, a decir de don Manuel de la Torre, más o menos como a continuación relato:

—Es asunto complicado —afirmó pensativo el caballero—. No alcanzo a ver de qué modo puede otorgar testamento alguien que ni trae papeles, ni tiene nombre reconocido por escrito, ni sabe cómo se escribe el que trajo de su nación.

—¡Ay, señó caballero Notario! Que este asunto ya se demoró por años en manos del caballero Síndico, que él me *resibió* en audiencia y levantó minuta de cuanto yo relaté. Pero después vino la guerra, los papeles se perdieron y la cosa quedó en vilo. Se *trapapeló*. Andará deambulando en espera de un alma buena que la quiera *solusioná*.

—Es que la ley señala que si uno no tiene papel, es como si no existiese. Y si no, explíqueme a mí cómo quien no puede escriturar propiedades a su nombre va a poder legar algo a nadie.

—¡Pero señó *Licenciaaado*! Esta que aquí habla le promete a su *mersé* que yo puedo *recordá* todos los nombres míos uno tras otro, y los de mis amos, y los lugares donde trabajé, y...

—Lo siento, pero no. Solo puede testar quien posee documentos. Hace falta papel.

Misterio fulminó al notario con la mirada. Contrariada y poco conforme con lo que estaba escuchando, tragó saliva y pidió permiso para hablar:

—¿Papel, dice su *mersé*? ¡*Caballeero...*! ¡Todos los tuve y todos están perdidos! Es por eso que vengo a *suplicá*, señor excelentísimo. Vaya, vaya usted. Camine por *tooda* La Habana y pregunte por mí. Verá como todos saben quién yo soy y me distinguen bien. Salga usted y pregunte, caballero, verá cómo le dicen que atiengo por Misterio del Cobre, de *ofisio aplanchadora*, y que tengo tres *ocupaciones* que me van dando sustento. Le dirán, si su *mersé* tiene a bien *preguntá*, que me empleo de gobernanta en casa del difunto caballero Síndico, donde dispongo de un cuarto, pues el patrón era viudo y *presisaba* ayuda. Él me dio acomodo y yo me encargo de su casa y de su hija.

»Le dirán también que trabajo por horas en otra industria, el tren de lavado Sol Naciente, propiedad de un chino de nación, el señor Venancio Xing, bien popular en Rayo esquina Cuchillo, donde reside con cédula de identidad de cabeza de familia. Que allá voy yo todas las tardes a partir de las seis y me la paso planchando hasta la medianoche. Vaya, vaya usted, que le dirán, además, que desde siempre completo mi economía planchando *paftera*. Pero sepa que lo de planchar no es industria ni negocio sino el fruto de mi no dormir, pues el caballero al que sirvo me cedió un estudio abandonado y medio en ruina que yo compuse como cuarto de *aplanchado*, que el lugar se aviene de maravilla porque tiene un ventanuco que da a la calleja y el propio antepecho me hace de repisa para el despacho de prendas. Allí trabajo con mis manos, estas que acá le muestro, y recibo trabajo de La Habana *tooda*; tanta plancha me llega que me tengo que *hasé ayudá* por dos chiquillas a las que yo misma aprendí el *ofisio* de aplanchar, ellas me aligeran faena y a cambio cobran con puntualidad.

—Está bien, ¡calma, calma, por caridad! —interrumpió el hombre, ofuscado ante la avalancha de datos e intentando sosegar el arrebató de la mujer—. Ya me voy haciendo idea de quién puede responder de su conducta y laboriosidad. Pero preciso que me relate, con detalle, todo cuanto sea de importancia para aclarar su situación.

Ella tomó aire con gesto de enojo y prosiguió:

—Cóoomo nooo. Cualquiera le referirá, caballero, que yo llegué a La

Habana como «pieza de India» en 1852. Me trajo un buque capturado por ingleses al que le decían *Granadilla*. Conmigo venían veinticinco negros más, ocho de ellos niños de pocas estaciones. Y yo *namás* sabía *hablá francés*. Pero resultó que, cuando apresaron el barco en el que yo venía, ya no había derecho a entrar esclavos en Cuba, así que nos desembarcaron y nos metieron en el Barracón, un triste depósito donde había de todo, pardos prófugos, negros apalencados, cimarrones, qué sé yo. Y allí estuve, sola y enferma de calenturas, hasta que me bajó el calor. En cuanto curé me llevaron ante dos oficiales de Dragones. Sorprendidos de que, llegando en nave de negros bozales, yo trajese puesto un nombre cristiano, aunque fuese *francés*, me ordenaron pronunciarlo. Marie Neige, dije, pero *naide* entendía y ellos: ¿Qué tú dices, muchacha? ¿Marinés? Yo repetía: Marie Neige, Marie Neige Monnet, y ellos: ¿María Inés? Y yo otra vuelta: Marie Neige Monnet...

»Total, que como no sabía *hablá español* no me pude *explicá*. Al final me anotaron con lo que ellos entendieron: “Bien, entonces te llamas María Inés Monés”, y me dieron papel a nombre de María Inés Monés. Vaya usted y pregunte si me anotaron o no de tal manera, que ese fue el primer nombre que me pusieron acá.

El notario levantó la mano reclamando silencio y ella obedeció. El hombre se tomó un tiempo para cavilar y a continuación enjuició con marcado tono habanero:

—Por ahí vamos mejor. Ya disponemos de antecedentes: un nombre, un apellido, una fecha y el nombre del barco en el que afirma haber llegado a La Habana. Algo es algo. Ajá. Ya está. Anotado: año 1852, barco *Granadilla*, nombre María Inés, apellido Monés. Lástima que la documentación del barracón de Regla se haya quemado en el incendio, pero indagaremos.

A Misterio, aún desconfiada pero más tranquila, todo le sonaba repetido. Había explicado docenas de veces su problema y nadie le daba solución. Pese a ello, decidió otorgar un voto de confianza a aquel caballero de voz cantarina y simuló que escuchaba con interés sus argumentaciones.

—Miraremos si conservan copia de las listas de emancipados en los Capitanes Generales. O en la Secretaría de Marina, allá suelen guardar los registros de buques declarados buena presa y los nombres de los que en ellos llegaron. Si la fortuna nos acompaña, tal vez acertemos a dar con algún inventario y, de ser el caso, solicitaríamos copia fidedigna. Prosigamos.

Ella disimuló su recelo con media sonrisa y asintió.

—Sí su *mersé*. Luego me trajeron a este lado de la bahía, a un lugar que los blancos le dicen «el Consulado», que es donde tienen a los emancipados mientras el Capitán General no *deside* distribuirnos por la ciudad. Total, que ya su señoría sabe, desde el Consulado, me arrendó el gobierno de Su Majestad, primero por tiempos cortos, planchando en casas que me solicitaban por horas o por tardes, y ya luego con un hombre al que llamaban «mi tenedor», que no era sino amo, mientras a servidora le decían «aprendiza» o sea pura sierva faenando a su servicio.

»El primero que me tuvo en inquilinato fue un *hasendado* español de muy mal carácter que respondía al nombre de don Francisco Carro. Él pagó por mí una consignación de trece onzas y media, quedando yo contratada en su casa para trabajar doce horas al día durante cinco años. A cambio me daba alojamiento en paraje seco, tres comidas al día de alimentos sanos en cantidad suficiente y dos *quitaciones* de ropa por año. La verdad es que con aquel amo y en su casa, que estaba extramuros, me la pasé afanándome por nada. Solo era trabajar y trabajar: que si atiende a la *señá* que no se maneja bien, que si ve a tender las camas, que si brilla esas caobas, que si dispón el baño a las niñas, que si mécame la hamaca que la tarde va caliente y estoy sudando... Pero me importaba mucho permanecer allá por cinco años, porque era el tiempo que la ley estimaba necesario para que una emancipada como yo aprendiese la doctrina de Dios, la lengua de España y un oficio. Además, si me quedaba con el mismo amo los cinco años completos tendría la buena fortuna de que el tiempo todo de mi aprendizaje discurriese en un solo inquilinato y así, en cuanto terminase la consignación, ya yo sería ladina y colona con derecho a recibir un salario. Pero claro, como su *mersé* puede ir imaginando, la cosa se reviró y de bien poco me sirvieron los deseos.

»Mi tenedor tuvo suerte conmigo; no necesitó explicarme la religión cristiana, que ya yo la conocía por haber servido en casa de clérigo, pero sí tuvo que instruirme su esposa, que se llamaba doña Denise, en el modo de *faená* y en lo de *hablá español*, que al final lo aprendí de *apoco apoco*. En aquel acomodo trabajé como doméstica haciendo de todo, pero mayormente ocupada en lavado de coladas blancas y plancha. Estaba a cargo de la ropa de cama, de la de mesa y en especial de los vestidos de las hijas de los amos, que eran tres damitas lindas como tres *prinsesas* de París. A la mujer del patrón, que se había prometido con su esposo sin haberlo visto más que en una imagen de cristal que le enviaron a Burdeos colocadita en un camafeo, la

tenía yo que llamar “Madame Denise”. Parece que el retrato no hacía justicia al hombre, pues mostraba un ser sonriente y angelical cuando él era fiero, malencarado y se ponía bravo por un “buenos días tenga usted” dicho demasiado bajo, pero igual se casaron los dos.

»Yo a ellos les convine por el habla. A Madame Denise le gustaba conversar en *fransé* conmigo y que yo hablase la lengua con sus hijas. Por eso, aunque mis papeles ponían otro nombre, en el interior de la casa me guardaron el Marie Neige, que era más de su agrado, pero en la calle yo tenía que tener *cuidao* de identificarme como “María Inés Monés, emancipada ‘en la casa Carro’”, porque en la calle *naide* entendía lo de Marie Neige y además el oficial de Dragones, cuando lo anotó, me lo desfiguró tanto que ya ve usted en lo que acabó mi lindo nombre *fransé*. Ni más ni menos que en María Inés.

»Mi tenedor, don Francisco Carro, estaba obligado a ir a firmar el papel de mi *boleta de capitación*, o sea el impuesto por tener doméstico alquilado, pero, como yo era un bien perteneciente al Gobierno, no había que pagarlo en la comisaría del barrio ante el capitán pedáneo, como hacían los dueños de los esclavos africanos, sino que había que ir al Depósito de Emancipados y mi amo tenía que presentarme a revista cada seis meses para que viesan que me mantenía sana y en buen estado. Cuando llegaba el día el patrón me ordenaba subir a la carreta de las provisiones y él se pasaba el trayecto entero renegando, molesto como un viejo rezongón y desconforme. Había que ver lo atorrante que se ponía cada vez que me llevaba allá, pues el *viajesito* no lo hacía por gusto sino “so pena de embargo de la fuerza de trabajo más una multa de diez pesos”, eso pasaría, según la ley, en caso de no presentarme.

Llegada a este punto, decidió que era momento de pasar a mayores y meterse en profundidades:

—Ya yo llevaba mi tiempo sirviendo en la casa Carro cuando los españoles de Madrid mandaron venir a Cuba un nuevo Capitán General, el señor Juan Manuel de la Pezuela, que así se llamaba. El hombre llegó y se puso a ordenar a su manera la cosa de los emancipados que andábamos consignados en casas de blancos. Dios le bendiga. A poquito de ponerse con el asunto no se hablaba de otra cosa: Pezuela había dicho «los negros conocidos con el nombre de emancipados son libres todos». ¿Todos? Sí

señor, todos los que tuviesen más de dieciséis años y llevasen cinco en poder de la autoridad. Esos pasarían a ser «jornaleros libres de color», es decir, libertos con derecho a salario, y el Gobierno los alquilaría a amos por períodos de un año, quedándose la Junta de Emancipados una parte de sus salarios para compensar los gastos de gestión de sus arriendos. Yo aún no cumplía el tiempo, pero también a mí me benefició el buen Capitán cuando avisó que los emancipados que estábamos en nuestra primera consignación, la de los cinco años, una vez cumplido el tiempo pasaríamos a ser jornaleros libres con contratos de un año, y las hembras recibiríamos un salario¹⁹ de cuatro pesos. Pero lo más importante era que, caso de tener tiempo libre, podríamos alquilarnos por horas para trabajar fuera de la casa de nuestro tenedor, cobrar los pesos y guardarlos *pa* nosotros. Qué alegría.

»Pezuela mandó que los que tuviesen emancipados sirviendo en sus casas depositasen en las Reales Cajas de la Junta Protectora de Emancipados el dinero de nuestro salario, que el mío era de cuatro pesos mensuales pero, según la ley, no podía cobrarlo hasta pasados los dichosos cinco años, y dijo que ese capital serviría para pagar los gastos de nuestra custodia. O sea que una, con el fruto de su trabajo, le pagaba al Gobierno de Su Majestad sus buenos pesos por ocuparse de arrendarme... Puede usted preguntar también por esto en la de los Capitanes Generales.

—En caso de que se hayan salvado de las degradaciones que sufrió la documentación de las escribanías de número a causa de las inundaciones, el ciclón y las humedades de los pasados años, pero me personaré, sin duda.

Misterio lanzó una mirada fulminante al notario. Ya ella suponía que aparecerían inconvenientes.

—Sí su *mersé*. En esas andábamos, cuando, de repente, Pezuela se tuvo que ir de La Habana. Decían que la reina Isabel lo llamó para acudir a España, pero lo que pasó fue que los amos de los ingenios no estaban de acuerdo con él y le metieron la *sancadilla* porque el buen gobernador había sido *demasio* generoso con los emancipados. No le quiero ni contar lo grandemente que nos disgustamos cuando supimos que el muy perverso de Concha, que se había marchado, iba a regresar para ser Capitán General de vuelta, pues se veía de lejos que obraría de forma bien distinta. Y así fue. Concha llegó, puso todo patas parriba y la situación se volteó a malísima: dijo que nos iban a seguir considerando *aprendises* y sanseacabó.

»Esto sucedió por las fechas de la muerte de Madame Denise, que falleció un mes de abril a causa del vómito negro. Y como las niñas ya estaban para casar, poco después de dar tierra a su esposa don Francisco Carro decidió irse a Francia. Allá se fueron los cuatro.

»En ausencia del amo, unos acreedores se personaron en la finca y confiscaron la negrada, dijeron que por impagos y que la iban a revender para cobrarse las deudas. Yo, que era la única emancipada de la casa, me asusté y aproveché un descuido para salir corriendo, no fueran a incluirme en el lote como pura esclava. Pero no había caminado sola el tiempo de un credo cuando me salió al paso el Orden Público y me llevó presa. En la prisión me interrogaron por dos días enteros y después me regresaron al Depósito.

»Ya sabe su *mersé* que, careciendo de patrón y siendo yo un bien embargado por falta de pago, ahora mi precio era más caro pues había que abonar los gastos de mi captura al Orden Público, más la prisión y el traslado... El total de los atrasos de mi alquiler más la deuda que ahora acarrea resultaba costoso y nadie iba a tener interés en pagar tan caro importe por arrendarme.

»Total, no quedaba otra que armarme de paciencia. En el Depósito me demoré por meses, pero Dios Nuestro Señor es generoso y protege a las morenas que creen en Él, porque sin aviso ni advertencia, un día el amo Carro regresó y fue infinito el gozo que yo sentí aquella mañana de noviembre cuando me avisaron de que un blanco con la carreta atravesada ante la puerta del Depósito preguntaba a gritos por la emancipada María Inés Monés.

19. Salario de siervos: en estos años oscilaba entre 20 y 25 pesos mensuales, pero los emancipados solamente podían cobrar 4 pesos las mujeres y 6 los hombres, por lo que resultaban una mano de obra muy barata y de poca categoría. Los propios esclavos consideraban inferiores a los emancipados y los insultaban llamándoles «ingleses» o «esclavos del Gobierno».

Don Ramón Castro, que me nombró Clara

[...] El tenedor de negros emancipados en alquiler no podrá subarrendarlos ni aun trasladarlos de la finca a que se destinen bajo la imposición de una multa de cien escudos de plata y la devolución del emancipado al Depósito a expensas del infractor.

El pago de las cuotas de inquilinato se hará a la Hacienda por cuatrimestres anticipados a razón de ocho pesos mensuales por los varones y seis por las hembras si pertenecen a los clasificados de campo, seis y cuatro respectivamente por los de servicio doméstico. [...] El que dejare de satisfacer un cuatrimestre por el término de un mes se entenderá que renuncia al alquiler del emancipado, el cual será concentrado en el Depósito a expensas del pagador moroso sin que por esto quede inhibido de la obligación de satisfacer los días que resulte adeudar en la liquidación que se le haga.²⁰

Misterio daba cuenta de sus circunstancias ante un auditorio cada vez más numeroso, pues la mayoría de los empleados de la escribanía, cautivados por la historia, había dejado a un lado sus obligaciones y atendía con curiosidad al relato de aquella prieta:

—No hay mal que cien años dure y, aunque don Francisco Carro tardó en regresar, le interesó hacerse cargo de mi embargo y mi captura para alquilarme de nuevo, porque precisaba doméstica de confianza para el tiempo que se demorase la venta de sus propiedades. Yo me fui con él muy contenta, parecía que los asuntos en Francia habían volteado a su gusto y el hombre ahora sonreía como si estuviese de buen humor. En el camino hasta la casa me anunció que había vuelto para enajenar su patrimonio, cosa que luego resolvió en un suspiro ya que tanto las tierras como la casona estaban a las afueras de La Habana y tuvieron sus buenos pretendientes.

»Como quien no quiere la cosa, en trece semanas la venta estaba firmada, los baúles del amo bien cerrados y yo pensando en regresarme al Depósito. Pero antes de abandonar definitivamente Cuba el amo me mandó llamar. Dijo que por haber sido yo callada, limpia, de honesto proceder, buena lavandera y planchadora, él tenía la preocupación de dejarme acomodada en casa de confianza como sirvienta a la mano o para la cocina, por lo que quería recomendarme a un amigo suyo que precisaba doméstica y me trataría convenientemente si yo iba de su parte. Y añadió: “Es gracia que tengo el gusto de regalarte en pago a la buena asistencia que dispensaste a mi muy querida esposa.” Y yo respondí: “Que en la gloria de Dios Nuestro Señor esté reposando por los siglos de los siglos, amén. Y bien *agradesida* que le queda servidora por el favor, don Francisco.”

»No fue tal. Porque si bien me vinieron a buscar y pagaron por mí, dijeron que era para servir en la ciudad pero me llevaron al campo. Y era un ingenio viejo, de aquellos que llamaban “de raspadura”, con una negrada de unos sesenta esclavos, por la zona de Limonar. Mi malestar al no encontrarme en servicio de doméstica de ciudad y verme, además, lejos de La Habana era grande. Es que no me podía conformar con aquel acomodo, porque desde el primer día temí que viviendo en semejante sitio no iba yo a tener modo de volver a la villa.

»Me preocupaba dejar de ser lo que ponían mis documentos que yo era; mi cédula tenía un número²¹ que remitía a un papel donde estaba escrito: “La portadora es María Inés Monés, emancipada con oficio de doméstica urbana consignada en inquilinato como aprendiz en casa de...”, y lo mismo decía la licencia de tránsito a mi nombre. Ponía “urbana”, que no “de campo”, y bien sabe su *mersé* que una emancipada tiene el deber de llevar siempre encima la cédula cuando sale y sobre todo cuando transita fuera del ingenio, siquiera sea para cumplir encomiendas del amo, porque una tiene la obligación de mostrar el papel al Orden Público cada vez que lo reclama. Por eso me daba recelo que mi cédula no dijese la purita verdad, que a una sierva sin cédula de seguridad verídica la apresan y luego tiene que quedarse en el Depósito hasta que el amo vaya a responder por ella, si va, y pague los gastos de su captura, si los paga... Y si el amo tarda en acudir una corre el riesgo de que se presente otro patrón que la pida y se la lleve o que el Depósito decida echarla a ganar y la arriende por días en faenas de poco interés y, cuando al final

llega el amo de una a reclamarla, ya una no está y pierde el inquilinato.

»El asunto era grave y yo estaba contrariada, porque cuando no se sabe indagar en las leyes una se siente comprometida. Los amos pagan sus buenas onzas por domésticas como yo y a una le da por pensar que a lo mejor cuando el amo vaya a renovar mi papel, al ver que el documento declara “urbana” y estando yo en el campo, de repente decida apuntarme “de campo”, y si por un acaso el amo hiciese tal cosa, Dios no lo permitiera, lo que quedaría escrito en mi papel iba a obligarme a trabajar *pa* los restos en cacaotales, vegas, potreros, algodinales o estancias campesinas, impidiéndome regresar más nunca a La Habana. Dígame su *mersé* si la cosa no era para preocuparse.

»Decidí que lo mejor sería pedir permiso al Capitán General para cambiar de acomodo. Lo mandé hacer por encargo a un criollo de oficio carretero de bodega que venía por la casa cada dos semanas ofreciendo vituallas de las de abastecer ingenios. El hombre me pidió nueve centavos por la molestia y dijo que él mismo dictaría a un escribiente la solicitud de cambio de amo en papel de pobres, poniendo mi nombre como suplicante. Dos meses después llegó la respuesta por la misma vía, es decir que la trajo el carretero. El criollo sabía de letras y me leyó: que yo disponía de pésima información sobre mi cédula,²² la cual no se regía por la diferencia entre “de campo” y “urbana” sino por ser cédula de servicio doméstico; que la persona para la que yo trabajaba no tenía que hacer cambio alguno en mis papeles, solamente estaba obligado a pagar la inscripción de su emancipada en el talonario de cédulas de seguridad de siervos para que todo el mundo supiese que servidora tiene acomodo de doméstica de casa; y que eso se hace siempre en los meses de enero y de julio en la Secretaría del Gobierno Superior Civil y el pago en las Cajas Reales del edificio de la Aduana y que el coste de la cédula era de medio peso a descontar de mi propio salario, caso de yo ser ladina, y que eludir dicho pago comportaba una multa de diez pesos para mi patrón. Y, y, y... total, que no me consentían cambio de amo. Me tenía que conformar sin moverme de acomodo.

»El caso era que, entre que una carta va y otra viene, ya yo llevaba mis buenos meses en el ingenio y las jornadas se me habían ido volviendo pasaderas. La verdad fue que lo que al principio parecía insufrible luego transcurrió bastante entretenido, el tiempo se me hizo corto y el trabajo liviano.

Tengo que decir que el mismo día que me conoció, ya el amo buscó solución para lo único que le disgustó de mi persona, que no era otra cosa que el nombre. Cómo no. Yo no sé qué les pasa a los blancos con los nombres nuestros, pero todos obran parejo y este en particular, con enorme rapidez. Nada más mirarme, lo primero que hizo fue cambiármelo: “¿María Inés Monés? ¿De dónde han sacado eso? ¡Ni que fueses cantante de opereta!” A lo mejor le disgustaba cómo me decían antes, es un suponer. Una no acaba de comprender el empeño que tienen los patrones por mudar el nombre a cuanto siervo entra en su propiedad. Al final me puso de primero Clara, digo yo que por el color de mi piel, y de segundo el raro nombre de Columba, una Virgen que era patrona de su pueblo. Clara Columba, sí señor, y de apellido el suyo propio, Castro. A partir de entonces empecé a tener que responder cuando me decían Clarita Columba, la del ingenio de Castro, en Limonar.

—Voy a anotar esto —interrumpió el notario—. Por lo que voy oyendo, no sería muy descabellado pensar que en la matriz de algún talonario correspondiente al cobro de las cédulas, podríamos localizar pagos realizados por los dos tenedores que ha nombrado: primero los de don Francisco Carro a nombre de la emancipada María Inés Monés, y después los de don José Castro a nombre de Clara Colum... supongo que eso de Columba se escribirá con b alta.

—No le sé decir. Pero yo atendía por Clara Columba Castro. Ese y no otro fue el nombre que me anotó don Ramón.

—Siempre y cuando se hayan conservado las matrices de los talonarios —siguió razonando—. Habrá que averiguar.

Misterio suspiró desanimada y pidió la palabra con un gesto de la mano:

—Permita su *mersé* que siga relatando lo que sucedió en Limonar. Mi segundo amo había venido a Cuba desde un pueblito gallego que se llama Cordeiro. Y es que ya no se me va a olvidar más nunca el nombre del sitio por las tantas y tantas veces que el hombre me lo mentó. Al gallego no se le iba de los labios y cuando, de Pascuas en Ramos, se encontraba parlanchín, no paraba de regodearse en su nostalgia, casi siempre relacionada con el recuerdo de los platicos de por allá.

»El son era siempre el mismito; un día: “Si tú supieras, Clarita, en Cordeiro, de donde yo soy, las uvas maduran al sol con tanta tranquilidad que producen un vino afrutado, refrescante... no lo hay mejor bien frío.” Al otro: “No te puedes imaginar, ni de lejos, el sabor de los pimientos de la huerta de

Cordeiro. Son de color verde y alcanzan un tamaño diminuuuto —explicaba, al tiempo que colocaba los dedos pulgar e índice a la altura de los ojos como si sostuviese algo del tamaño de la cabecita de un totí—, solo freírlos en aceite con una pizca de sal y resultan succulentos.” Y al día siguiente: “Yo te voy a explicar a ti que no lejos de Cordeiro, hay una zona entre mar y río donde vive un animal misterioso, medio pez medio serpiente, al que le dicen ‘lamprea’. Cocinado en su propia sangre, que es roja como si perteneciese a bicho terrestre y no de agua, es el mejor y más delicioso festín para el paladar.” En fin, que si en Cordeiro esto, que si en Cordeiro lo otro. La verdad era que al hombre no le pasaba día en la vida sin añorar su tierra, un lugar que yo, a fuerza de escucharle hablar de comida, imaginaba con hogares repletos de mesas de madera rebosantes de fuentes de pescados, viandas y postres como si alguien las hubiese dispuesto cada mañana para un perpetuo y descomunal almuerzo gallego. Qué sabe una de nostalgias de patronos.

»En este mi segundo acomodo me la pasé atendiendo la casa, haciendo las coladas y arreglando el corral. En tanto que mayordoma de interior era responsable de servir al patrón y tenía que ocuparme de prepararle el baño, estar pendiente de lavar y planchar su ropa, tener pronto y sin tardanza el desayuno y las comidas, conocer sus capricheras de postres, tabaco y traguitos, vigilar el aceite de las lámparas disponiendo velas de repuesto, conservar agua fresca en el jarrero, mantener bien engrasadas sus botas, tener higiénicamente aireada la casa, eliminar insectos, cuidar que el mosquitero de la cama no albergase animalillos y trapear suelos, paredes y muebles con toda minuciosidad.

»Como no había gran faena ni pirámides de ropa sucia, pues no era casa de sábanas bordadas, ni de trajes de niña blanca, me ocuparon, además, en la cocina. Trabajaban allí tres negras viejas bastante conversadoras que, pese a sus años, despachaban la labor que daba gloria: salían a buscar leña, pilaban el arroz y lo aventaban para descascararlo, mantenían buena brasa en los fogones, tostaban café, vigilaban el horno y asaban aves o pescados con más que sorprendente diligencia. Por sus paliqueos de comadre llegué a conocer la vida del amo: resultaba que, años atrás, se había casado más que maduro y por poderes con una muchacha joven, también gallega y también del famoso Cordeiro. Decían las lenguas torcidas que en España ella andaba enamorada de otro, un seductor demasiado parrandero del que su familia intentaba alejarla a toda costa y que su papá, por las malas, la obligó a casarse con don

Ramón Castro Ferro, mi amo, al cual no conocía ni había visto nunca antes de llegar a Cuba. La cosa fue que el amaño salió mal y duró poco: el marido cincuentón, repeinado y sonriente que esperaba en el muelle a una jovencísima Florentina Ábalo Couselo no resultó del agrado de la dama y la señora frunció el ceño. La cosa se viró desde el principio, y con el ceño fruncido permaneció doña Florentina, mujer de mal humor y de muy poca temperancia que detestaba la vida en el ingenio hasta que, sí o sí, se le solucionó el asunto.

»Al cabo de unos meses empezó a correr el cuento de que a la señora, “por su natural delicado”, no le acababa de ir bien el clima de acá y que se iba a tener que marchar, con gran disgusto para todos, pues no la obligaba otra cosa que su frágil estado de ánimo y la debilidad que sufría. Por muchas explicaciones que ofreciesen para disimular, aquello no era más que una fuga de “pies para qué os quiero”, motivada por la “quebrantadísima salud” de una mujer que se veía enérgica y vigorosa, pero muy malencarada y cada día más irritable. A pesar de que todos coincidían en que con la marcha de doña Florentina el que salía ganando era don Ramón, el bueno del amo se lo tomó como si la vida le hubiese propinado un bastonazo de al revés, y al verse solo en la casa se volvió taciturno y circunspecto, digo yo que por la propia amargura que experimenta a todas luces el que se siente *rechasado*.

»Cuando servidora llegó al ingenio ya el disgusto se le había pasado al amo, pues iba para seis años que vivía en soledad. El don Ramón Castro que yo conocí era fuerte, con frondoso bigote, cabello castaño clareado por la edad y ojos color café tostado. Muy trabajador y tranquilo, transmitía un natural bondadoso. Lucía figura de agradable aspecto, algo vencido de hombros, pero, cuando se retiraba el sombrero para saludar, mostraba una frente de amplias entradas que le daban aspecto afable, de hombre de bien, no como otros gallegos que llegaban a Cuba embrutecidos o acá se volvían necios y aguajirados.

»Decían que era persona de vida ordenada y yo lo confirmé desde el primer día. Despertaba en plena noche para trabajar en sus cuentas a la luz de una simple vela de esperma y a esta faena dedicaba un buen par de horas, cuando no tres, hasta que el sol empezaba a asomar en el horizonte. Yo me apresuraba entonces para tostar y colar un café que le servía calentito acompañado de dos bizcochuelos. Entraba en la alcoba y él me saludaba sin mirar con un simple movimiento de la cabeza, como quien está en otra cosa.

Aquel hombre a veces la ojeaba a una como si una molestase, pero luego susurraba un “*agradesido*”, haciendo señal con la mano de que todo estaba bien para que yo saliese de la pieza. No habían sonado las cinco y media y ya el amo se dejaba ver en la puerta, vestido y desayunado, preguntando al mayoral si el conteo de negros era bueno, si alguna esclava había parido esa noche o si se echaran a faltar bozales o chinos en los barracones. Antes del *Ave María*²³ don Ramón había revisado si las talanqueras del recinto estaban echadas y cada *guardiero* en su puesto. Y nada más escuchar el *dindirindón* de la campana en la torre del batey, los caballos del amo, del mayoral y del capataz encabezaban la marcha de una negrada que desfilaba al paso, custodiada por caporales y cuadrilleros.

»Se iban al campo y las únicas almas vivas que quedábamos en el ingenio éramos las domésticas de la casa grande, los esclavos viejos, las hembras recién paridas, los enfermos y los niños de pocos años. A partir de ahí uno tenía que hacerse la idea de que la torre del ingenio y el caballo del amo iban a un son: con “la del Mediodía” regresaban los negros al batey para el almuerzo y el amo a la casa. Don Ramón comía en silencio; siendo hombre de pocas palabras, nunca protestó por pucheros ni limpiezas. Terminado su almuerzo que casi siempre consistía en un ajiaco, algo de segundas, ya fuese tasajo, ave asada o pez de agua dulce, y un poco de fruta, el amo pedía brasa de carbón para el cigarro y se fumaba su tabaco al frescor de la sombra hamaqueándose con parsimonia. A eso de las dos y cuarto le servía su café y un vasote de agua de Loja preparada por mí misma con miel de la buena, clavo, canela y agüita de manantial, refresco que el amo saboreaba tranquilo hasta que se presentaba el capitán de cuadras y le arrimaba el jaco; el resto de la tarde se la pasaba a caballo en compañía del mayoral, decían que rancheando cimarrones, ¡quién sabía! El caso era que no regresaban hasta pasada “la de la Oración”. El amo descabalgaba y ordenaba preparar su baño. No miento cuando afirmo que no se había puesto el sol y ya don Ramón estaba cenado y paladeando un ron que a veces eran dos y en no pocas ocasiones fueron tres. Al terminar anunciaba que se iba a dormir y exigía silencio de capilla: “Nomás quiero oír la Medianoche.” Dicho y hecho, a partir de ahí ni una hoja de banano se meneaba a la ligera, no fuera a quebrársele el sueño al amo.

»De tal modo transcurrían las jornadas. Una vida tranquila y organizada

en la que cada cual se dedicaba a lo suyo. Por eso cuando vinieron las malas nos cogieron de sorpresa; uno nunca espera que le llegue la desdicha y *naide* sospechaba que la desgracia fuese a arremeter contra el ingenio y las tornas tuviesen que cambiar tan de repente.

»Lo que pasó aquel fin de año fue una desgracia, un triste golpe de fortuna que nos dejó a todos más que trastornados. Era el atardecer del treinta de diciembre, me acuerdo de la fecha porque el amo dijo que al día siguiente, el treinta y uno, celebraríamos la Santa Columba y me dejó encargo de recoger flores para engalanar el oratorio, pues él profesaba tan gran devoción a la santa de mi segundo nombre que hasta había mandado traer de Galicia una imagen igualita a la que reinaba en la iglesia de Cordeiro para que presidiese la capilla del Limonar.

»Estaba yo terminando de preparar la cena cuando escuché alboroto y quejidos y lamentos. Los esclavos, asustados, acudían con antorchas al batey. Ante tan raro tumulto de pasos y voces me asomé a la puerta por ver qué cosa producía semejante jaleo y vi llegar al mayoral con el capataz, seguidos de cuatro negros. Los hombres de confianza del patrón caminaban ligeros, con gesto alterado y gran premura, transportando un fardo que chorreaba dejando un reguero, rastro que luego supe era sangre. Cuando entraron en la casa comprendí que lo que acarreaban no era otra cosa que el cuerpo del amo. Sí señor. ¡Nos lo traían envuelto en una manta, tan malherido que semejaba muerto, desangrándose y sin color!

»“Un puerco jíbaro irrumpió en la vereda —empezó a explicar uno—. *Apareció* de golpe entre la *malesa* y el caballo del amo se puso bravo. El animal se levantó en las traseras y con la misma perdió pie. Allá que se fue barranco abajo, con su jinete a cuestras —completó—. Cuando llegamos donde él vimos que la caída era *maaala*. Pero mala de verdad, que ya no hablaba, ni atendía ni daba razón.”

»Relataron nerviosos y a trompicones lo duras que las habían pasado para llegar donde el patrón y recuperar su cuerpo porque el pobre había ido a dar con sus huesos al fondo de una quebrada entre arbustos y rocas de peligroso acceso.

»Con gran tiento posaron lo que quedaba del amo sobre la cama, alumbramos muchas velas para ver bien y poder limpiar las heridas a conciencia. Puse a las negras viejas a hervir agua y desgarrar lienzos para hacer tiras de tela con que vendar lo más aparatoso y yo, santiguándome cada

dos por tres, le limpié cuanto pude las feas tajaduras, que no eran pocas y sangraban sin cesar. Entre aullidos de dolor, dos mandingos sostuvieron con fuerza al patrón y otros dos le recompusieron los huesos quebrados antes de entablillarle una pierna y un hombro. Cuando se le pasó el apuro probé a darle un buchito de caldo de gallina, pero el amo rechazó los alimentos, no daba señales de vida y solo quejidos salían de su boca. Velamos al patrón la noche entera y yo lo encomendé a su santa Columba: “Santa del reino divino —rogué mirando al firmamento, con mi mano posada sobre el pecho del malherido—, yo te estoy implorando humildemente, pues ya tú sabes que don Ramón te es fiel devoto, fíjate que hasta me puso a mí tu sagrado nombre por el amor que te profesa. ¡Ay, santa bendita, yo te suplico le libres de tan gran dolor como el que ahora está sufriendo! Ayúdale, que es hombre justo y clemente. Yo te lo ruego en nombre de la Santísima Madre de Dios, la Purísima Concepción y el Poder de Cristo. Amén.” Así recé con fervor a nuestra santa. Y le prometí que si ella ayudaba a don Ramón en tan triste momento, yo la iba a tener siempre muy presente en mis plegarias.

»Al amanecer el hombre ardía en fiebre. Puse a una bambara joven para vigilar que tuviese la frente y los labios frescos, y la pobre pasó el día entero empapando un paño en agua fría y humedeciendo con él de a poquitos la cara del patrón, que ni respondía ni conocía a nadie. Contemplarle daba pena de llorar, era la pura estampa de la *desolación*.

»Mandaron recado a dos doctores de La Habana y se personó también uno de Trinidad y otro de Santa Clara. Gracias a nuestros cuidados y a los preparados que le recetaron los doctores, al cabo de dos días el herido recobró por momentos la conciencia. Pidió agua y un buchito de ron, parecía sobrevenirle mejoría, aunque por los gestos de los médicos comprendimos que el patrón no se quedaría mucho por acá. Tenía más huesos rotos que sanos, sufría horribles magulladuras y la mayor parte de las heridas se le emponzoñaron sin remedio.

»Y aunque a don Ramón el cuerpo le pedía tierra a gritos tardó trece días en despedirse de la vida. En tan poco tiempo y pese a su grave estado, aún llegó a resolver el moribundo lo necesario para ponerse a bien con Dios y con los hombres. En plena agonía solicitó un cura y confesó sus faltas, también mandó llamar a un notario y testó, legando su patrimonio por entero a su esposa. Ordenó dar cartas de libertad a trece esclavos fieles y dispuso su funeral y entierro. Hasta dejó dicho lo que había que tallar en la losa de la

sepultura. Y pagada la piedra.

»Cuando por fin el amo entregó el alma, las domésticas nos encargamos de prepararlo para su último recorrido. Vestido con sus ropas de domingo, el gallego abandonó la casa perfectamente acicalado, como si fuese a salir de paseo. No podía ser de otra forma, pues yo misma me ocupé de que no le faltase detalle. En su capilla y ante su santa tuvo rezos y flores y cantos cristianos. Y como ya la Iglesia había mandado decir que no se podía soterrar gente en las capillas, aunque fuesen privadas, le dimos sepultura bajo la ceiba más vieja de la propiedad, no lejos de la casa, porque don Ramón, a pesar de ser español, se había aplanado más que bien en esta tierra y era de ley que en ella encontrase su reposo.

»Esa misma tarde, las congo quisieron presentarle *randevú* y acudieron a su tumba para rendirle homenaje igualito que si el muerto fuese un hermano africano. Fueron hasta la ceiba caminando en línea recta con toda urbanidad, llevaban una cazuela sin estrenar con frijoles negros, un pedazo de tasajo, sin sal, que a los difuntos no les va bien la sal, dos plátanos fritos y cuatro huevos salcochados. Varias esclavitas chicas portaban ron y tabaco del que le gustaba a don Ramón. Al llegar se santiguaron y saludaron con respeto: “Buenas taaardes, santísima Madre Ceiba. Pedimos la *bendición*. Con su permiso vamos a atravesar su sombra. —Porque ya se sabe que la sombra de la ceiba es sagrada y no debe pisarse sin venia—. *Veniimos*, Madre Ceiba, a entregarle un regalo, cosa de pagarle su derecho para que se sirva dar cobijo al finado don Ramón Castro, nuestro amo.” Prendieron cuatro velas, dibujaron una cruz con manteca de cacao en dirección al naciente y sobre ella depositaron las ofrendas. Así solicitaban la presencia del difunto, y el muerto acudió y dijeron que parecía feliz allí, en las ramas de la Ceiba Santísima, con la Virgen María y todos los Orishas.

»Ya luego bailamos y cantamos a la salud de la muerte de don Ramón y no abandonamos el lugar hasta que el sol desapareció por completo en el cielo, que fue cuando regresamos a la casa dejando al patrón tranquilo en la mejor de las compañías. Sí *señó*. Nadie dirá que a nuestro gallego no se le enterró con todos los honores.

»Avisaron a doña Florentina, pero ella mandó recado advirtiéndole que su salud no le iba a permitir viajar a Limonar. A nadie le extrañó. La muy desagradecida ni se molestó en indagar por la muerte de su esposo, ni en tramitar el finiquito de la hacienda, ni se personó para nada. Eso sí, a menos

de doce semanas de enviudar ya había ordenado poner a la venta la herencia entera en pública subasta. Normal, decían, siempre estuvo interesada en cosas que no eran campo, ni caña, ni asuntos del azúcar.

»A los cuatro días del entierro se presentaron en el ingenio unos hombres que venían de Santa Clara. Preguntaron a los de casa y los llevamos al sitio. Traían una losa gris sobre la que, los que sabían, podían leer:

Aquí yace

RAMÓN CASTRO FERRO

«O da Congostra»

Un gallego de Cordeiro
que vino a morir en esta tierra.

ROGAD POR ÉL

»Y era una piedra muy linda con una cruz en el centro.

»Lo que después sucedió fue una tremenda complicación porque, hasta que no llegaron los hombres de leyes, en el ingenio se montó la de arroz con mango. Ni los unos sabían qué mandar, ni los otros a quién obedecer, ni nadie se responsabilizaba de tomar medida alguna. El trapiche se apagó, cerraron la casa grande, vendieron el ganado, subastaron los esclavos, licenciaron a los capataces... y esta servidora de vuelta *pal* Depósito.

»Pasado un tiempito corrió el rumor de que habían comprado la propiedad. Los nuevos patrones eran catalanes y llegaron con sus manías, cómo no, siendo españoles tenían que traer caprichos de blanco. Lo primero que hicieron fue cambiar el nombre del ingenio y luego les dio por renombrar cada cosa a su antojo. De esta vuelta la novedad fue tal que hasta la santa sufrió los cambios: no les debía agradar lo de Columba y le pusieron Coloma. Sí *señó*. “Capella de Santa Coloma.” Es lo que dicen que pone en la placa que clavaron sobre la puerta de la ermita. Eso contaba la gente y eso fue lo que pasó.

20. Estipulaciones 1 y 2 del Contrato de inquilinato que se celebraba entre el Gobierno de la isla de Cuba y el tenedor de negros emancipados.

21. Cédula de seguridad: ficha de latón que los esclavos, los emancipados y los libres de color llevaban en torno al cuello para ser identificados con rapidez. Entre 1855 y 1859 fueron emitidas en Cuba más de un millón ochocientas mil cédulas de seguridad. A partir de dicha fecha empezaron a imprimirse en papel.

22. Era habitual la ignorancia de los emancipados respecto de su situación legal. Muchos de ellos nunca llegaron a comprender sus circunstancias y se creían esclavos, cuando en realidad se trataba de individuos libres pero sometidos temporalmente a gobierno.

23. Ingenio: la vida en los ingenios azucareros estaba regulada por el tañido de la campana de la torre que anunciaba el principio y el fin de las faenas: Con «el Ave María», al amanecer, los esclavos se ordenaban y salían a trabajar; con «la del Mediodía» se reunían para almorzar, con «la Oración», a la puesta de sol, la negrada regresaba del campo y se repartían en dos grupos: unos iban al barracón para rezar y descansar mientras los otros hacían turno de fábrica. Finalmente, con el tañido de «la Medianoche», los esclavos del primer turno reemplazaban a los del segundo.

El caso del malhombre que me plagió

Todo el que recibiese un emancipado en alquiler se obliga a alojarlo en paraje seco y bien acondicionado, mantenerlo con alimentos sanos, nutritivos y en cantidad suficiente y vestirlo con decencia al estilo de los de su clase.

Será obligación del mismo prestar asistencia médica al emancipado enfermo avisando al Celador o Capitán pedáneo respectivo, lo cual verificará también en caso de fallecimiento para que dicho funcionario instruya las diligencias sumarias correspondientes para la identificación del cadáver [...].²⁴

Ante el pasmo general de un auditorio cada vez más numeroso, Misterio seguía refiriendo sus vicisitudes. Hablaba ahora del tercer patrón al que el Gobierno la había confiado cuando sus cinco años de aprendizaje ya estaban a punto de concluir y albergaba la esperanza de pasar a ser colona para cobrar un salario y, de una vez por todas, obtener los derechos que le concedía la ley.

Pero los presentes se quedaron bien compungidos al enterarse de que dicho amo «era un sevillano sucio, bebedor de guarapo, mal cristiano y violento que por un nada castigaba a los domésticos con látigo y grillete. Aquel tipo malvivía en una casucha destartalada, poco apropiada para un blanco y a mí me obligaba a dormir en la cuadra del caballo. En la vecindad decían que compraba nuestra ropa al enterrador de esclavos, y puede que fuese cierto pues las prendas que nos daba estaban usadas y sin lavar. Como no tenía más oficio que beber y alardear, explotaba a los siervos, nos echaba a ganar fuera de casa y nos realquilaba en faenas inmundas».

Refirió que, a poco de llegar a tan desastroso acomodo, el amo exigió que le entregase sus papeles diciendo que era para tenerlos a buen recaudo,

no se los fuesen a robar. Y ella se los había confiado, «que yo vi cómo los guardó a llave en el escaparate de su ropa, el que estaba junto al estante de los libros empastados, pero luego de yo dárselos mi preocupación fue mucha porque sospeché que podía apropiarse de ellos y más nunca regresármelos». Viendo que el tiempo pasaba y que su documentación seguía bajo llave decidió presentarse ante el patrón y rogar que le diese su cédula, pues bien sabía él que la necesitaba para transitar por la ciudad, no fuera a ser que el Orden Público le pusiese problemas por indocumentada. Pero aquel malhombre, sin siquiera terminar de oírla, se puso bravo y estampó contra el muro el vaso que estaba tomando. El muy roñoso empezó a vociferar que lo que ella tenía que hacer era olvidarse para siempre de su cédula, que ya no existía papel alguno a nombre suyo, que se habría quemado o desaparecido o lo habrían roído las ratas o qué carajo sabía él lo que habría podido pasarle a su jodido papel.

La respuesta fue tan chocante que al principio se quedó paralizada, pero al cabo de unos segundos la estupefacción cedió paso al desasosiego y empezó a notarse presa de fuerte agitación sintiendo descontroladas palpitations que le recorrían el cuerpo de arriba abajo. Aquello era pánico del bueno y los nervios le impedían contener la angustia. Así que, sin querer, empezó a deshacerse en súplicas.

—¡Ay, mi *su* amo, que yo *presiso* mi papel! Que el Orden Público me lo va a *pedí* y yo no lo voy a *tené* y hala, ¡la negra *pa* prisión!

Ahí fue cuando al grandísimo farsante le apeteció suavizar un poco su mentirosa historia y decidió enredarse en falsas justificaciones: que si ella no tenía por qué lamentarse tanto, que si él mismo, al buscar los papeles días atrás y no encontrarlos, había decidido darlos por perdidos y tomado la disposición de acudir con urgencia al párroco y al pedáneo para solicitarle documentos nuevos, eso sí, donde se indicase que ya no era emancipada sino ES-CLA-VA —al decirlo, el muy miserable había explotado en carcajadas—, y, por supuesto, esclava de su propiedad.

Ella, toda aturdida, no comprendía el motivo de tanta risa: ¿cómo podía hacerle gracia algo tan grave? ¿Esclava? ¡Si era emancipada!

Advirtiendo su confusión, el hombre espetó:

—Alégrate, que además te cambié el nombre. Y desde *antier* ya tú te llamas Coleta.

Solo escuchar «Coleta», comprendió la jugada. Sabía que por Coleta

atendía una esclavita preñada, recién traída de África, que el amo había ganado una noche jugando a los dados y que *sacababa* de morir de parto. Estaba más que claro que el amo había enterrado a Coleta diciendo que la muerta era Misterio. Aquel blanco irresponsable había decidido anotar a la viva con los datos de la muerta para convertir en esclava a quien solo era emancipada. Esto demostraba que, además de robador, cometía quebrantamiento de leyes coloniales, pues hasta los bozales sabían lo penado que está beneficiarse de la muerte de unos para cambiar las cédulas de otros.

No quería imaginar el tremendo embrollo de papeles en que se iba a ver, porque lo que su amo había hecho, mudar la condición de la gente a conveniencia del patrón, era delito de plagio.²⁵ La ofuscación le impedía hacer otra cosa que quejarse:

—¡Ay, mi *su* amo! ¡Que no *pué sé* que yo me llame Coleta! ¡Que ya Coleta se murió!

De esta vuelta al sevillano le disgustaron las protestas y se irritó de veras. Todo enojado se paró frente por frente a ella y, resoplando como un buey, bramó refuerte:

—¡Coleta te llamas, digo! ¡CO-LE-TA! ¡Y de apellido pepel, que es la nación de tu raza!

El muy malandrín se le encaró muy cerca, aullando que se callase de una vez y pensase en trabajar con diligencia, que, si así lo hacía y era obediente, y ahí que le cambió el acento porque mientras ella, por miedo, reculaba hacia el muro, él la fue cercando contra la rinconada hasta que la tuvo inmovilizada y, con toda la fuerza del brazo, le había metido la mano dentro de la camisa y se demoró manoseándola el tiempo que le dio la gana: «Así, negra. Chiiist. No te pongas brava que no respondo», sin que ella pudiese destrabarse ni escapar, solo protestar en voz baja, no fuese que los domésticos la oyesen y empezasen a tratarla de puta del patrón. «*Suaave* —insistía el muy guarro, mientras a ella le subían arcadas de repugnancia—, mira que ahora soy tu dueño y tú eres mía. Te puedo usar como yo quiera. Dar me gusto contigo», añadiendo que, si era complaciente, tal vez se pensase la posibilidad de coartarla por un precio tan económico que, con hacer la calle unas cuantas noches durante un par de años, ya ella podría juntar pesos para pagarle su libertad, «eso, siempre que me des satisfacción —dijo chupeteándole el cuello y babeando en su oreja—, ya tú sabes...».

La escribanía entera estaba pendiente del relato. Licenciados, notario, copistas, procuradores, escribientes papeleteros y hasta los firmones de oficio escuchaban con interés. Lo que a diario era bullicioso ir y venir de gente con causas, testamentos o escrituras, en aquel momento estaba en vilo intentando adivinar el final de la peripecia con la que, conjeturaban, iba a tener que lidiar aquella morena tan discutidora.

Consciente de la expectación, Misterio hizo una pausa, tomó aliento y aclaró con total naturalidad que «si se hacían bien las cuentas» el resultado daba que ya por aquel tiempo, ella llevaba más de cinco años de amo en amo «unos mejores y otros *piores*» y aunque ahora este patrón desalmado la estaba considerando esclava, «cosa que me causaba un grande agravio en todos los sentidos», ya ella tenía más que cumplido su tiempo de emancipada aprendiz «y la ley no podía permitir que un mal amo se saliese con la suya mudándome en purita esclava y, además, tuviese la *desvergüensa* de prometerme coartación a cambio de masedumbres».

Continuó explicando que, no sabiendo cómo actuar, pidió consejo a unas negras que tenían conocidos en el Cabildo.²⁶ Las mujeres consultaron su problema un día domingo y allí les dejaron claritas las cinco posibilidades: acudir al gobernador, a Capitanía General, a Intendencia, al alcalde o al caballero Síndico. Tras mucho discutir decidieron que lo mejor sería solicitar el favor del alcalde, pues decían que daba pronta respuesta a las consultas de la gente y, además, por ser ella emancipada, tendría el privilegio de ser atendida como pobre.

Así que aceptó la decisión y le envió una carta que un escribiente redactó en su nombre. Solicitaba licencia para cambiar de amo alegando que este patrón, aparte de plagiar su persona y de robarle los papeles, la maltrataba a diario, abusaba de su cuerpo sin medida, no cumplía con el pago de su boleta ni la presentaba a inspección, no le daba apenas ropa, la comida era poca y mala, la obligaba a dormir sobre paja en una caballeriza sin aire ni luz, y por la noche, después de haber cumplido sus doce horas de trabajo en la casa, la alquilaba a un almacén de hielo a las órdenes de libres de color que la trataban con dureza. El escrito finalizaba afirmando que «resultaba de gran perjuicio para ella estar alquilada por el Gobierno al servicio de amo tan poco *apropósito*».

Al cabo de un mes recibió respuesta de la alcaldía. Indicaban que para

resolver tal cuestión la suplicante tenía que dirigirse al Síndico Procurador General del Ayuntamiento pues, como oídor de esclavos y por la letra de ley, cuando un tenedor de negros desamparaba a un emancipado, él y nadie más era el encargado de atender la queja.

Allá fue y, tras varios madrugones, logró ser recibida en el 44 de la calle San Miguel, domicilio y estudio de don Antonio Bachiller y Morales, Síndico Procurador General de una de las dos sindicaturas que había en La Habana.

El caballero, persona de seriedad extrema y rectos principios, escuchó con respetuosa solicitud su parlamento y procedió a levantar acta verbal. Tomó nota de todas las quejas a fin de justificar los motivos de la petición de permuta de inquilinato y que se diese por nulo el contrato firmado entre el tenedor de emancipados y el Gobierno colonial.

Restaba el asunto de los papeles desaparecidos. Preguntada sobre sus anteriores amos, Misterio declaró que «eran hombres de bien. Con todos sus defectos, siempre fueron a pagar mi boleta y a presentarme al Depósito», y el Síndico dedujo que tal vez se conservasen las matrices de los recibos de dichos pagos y que, a partir de ellas, podría solicitarse una copia de los documentos robados.

En cambio, a Bachiller le escandalizó, y mucho, el episodio del plagio. Era el Síndico escrupuloso con la ley y muy desconfiado respecto a estas cuestiones, así que acordó al delito la importancia que tenía; concedió credibilidad al relato de la prieta y abrió expediente contra el patrón por apropiación indebida de un bien perteneciente al Gobierno con delito de falsificación de identidad de siervo.

Finalizada la audiencia, ya el caballero iba a conceder permiso a la suplicante para que saliese del estudio cuando se le fueron los ojos hacia el perfil de la mujer. Un breve vistazo bastó para preguntarle a bocajarro:

—¿Te hizo el amo eso que cargas en tu vientre?

—No *señó* —respondió, clavando los ojos en el piso—. *É queré desí* que podría ser pero no é.

Había enrojecido como tomate maduro.

—¿Entonces?

—Un gallego que trabaja en la Compañía de Gas. —Y completó toda arrebolada—: Él alumbra los faroles en la noche y los apaga en la mañana...

Enternecido ante la ingenuidad de la respuesta, el caballero sonrió y abundó.

—¿Entonces dices que es de un blanco?

Asintió con la cabeza.

La cosa era peliaguda y don Antonio Bachiller caviló a toda prisa: «Si esta mujer no tiene quien reconozca a su hijo, el niño, por ser fruto de emancipada, nacerá propiedad del Gobierno.» Decidió ir directamente al grano.

—¿Y tú sabes que cuando el padre no es siervo, y es blanco, si te reconoce el hijo, el niño nace libre?

Ella dio un respingo y le miró con los ojos muy abiertos.

—Si su *mersé* tuviese la *bondá* —se atrevió a decir, hecha un manajo de nervios—. ¡*Taría bueeeno* me indicase dónde *tié* una que *acudí pa resolvé* cosa tan excelente!

—Sí, claro. Pero primero vamos a arreglar lo más urgente —concluyó él.

Consciente de que la mujer no podía regresar donde el denunciado sin arriesgarse a ser duramente castigada, el caballero dispuso su inmediata admisión en la Real Casa de Beneficencia, puntualizando que, por indocumentada, debería permanecer asilada, en calidad de bien embargado, hasta la resolución del conflicto interpuesto entre el Gobierno y el tenedor denunciado. De tal modo, si el asunto se alargaba, tendría derecho a parir en lugar seguro y con la necesaria asistencia.

[24](#). Estipulaciones 3 y 4 del Contrato de inquilinato que se celebraba entre el Gobierno de la isla de Cuba y el tenedor de negros emancipados.

[25](#). Plagio: delito en el que se involucraban párrocos, amos y jueces certificando muertes de esclavos ficticias. Cuando fallecía un esclavo, al dar parte al cura y al capitán de partido, cambiaban los nombres para que figurase que el que había muerto era el emancipado, de este modo se apropiaban al emancipado, que seguía trabajando en la finca en el puesto del esclavo y con el nombre del muerto.

[26](#). Cabildos: sociedades de africanos. El Cabildo tenía finalidad de ayuda mutua, mejora de la calidad de vida, socorro y transmisión de la cultura. En la segunda mitad del siglo XIX había en La Habana más de ochenta cabildos de nación.

Conversación en la veranda

Parecerá una bobería, pero nada más escuchar que don Manuel de la Torre citaba la gravidez de Misterio tanto a Ulises como a mí nos dio un vuelco el corazón. Nerviosos, nos miramos el uno al otro y no nos pusimos a dar saltos de alegría por miedo a despertar sospechas, no fuésemos a llamar la atención.

Tirando del hilo con infinita paciencia habíamos logrado desenrollar poco a poco el ovillo de la memoria y, por boca del propio notario, acabábamos de descubrir algo que para nosotros era oro puro: si el que fuera caballero Síndico Procurador General, don Antonio Bachiller y Morales, había estado en contacto con nuestra Misterio en la época de una de sus maternidades, parecía más que probable que él, o tal vez los empleados de su sindicatura, recordasen algún detalle que pudiese ponernos sobre la pista del hijo que ella cargaba entre pecho y espalda cuando se presentó en la calle San Miguel solicitando cambio de amo.

Por aquel tiempo todo le iba de maravilla; hombre de firmes principios y abolicionista convencido, exponía libremente sus opiniones como profesor de Filosofía del Derecho en la universidad, defendía el libre comercio y la autonomía de Cuba desde su cátedra libre en la Sociedad Económica de Amigos del País y condenaba abiertamente la esclavitud.

Pero las buenas rachas no acostumbran ser duraderas y a él la fortuna se le empezó a malear cuando entramos en conflicto armado contra España. La tranquilidad de Antonio Bachiller y la de los que, como él, lucían corbata azul, prenda con la que se reconocían los patriotas cubanos y que, en tanto los españoles no descubrieron su significado, les permitía identificarse a simple vista, se truncó para siempre a los tres meses de comenzar la Guerra Grande.

Sucedió el día 22 de enero de 1869. En el teatro Villanueva se había organizado una función para recaudar fondos «a favor de los insolventes» — un juego de palabras para no decir «a favor de los insurgentes», o sea para financiar la guerra— y el cartel anunciaba la sátira *Perro huevero aunque le quemén el hocico*, interpretada por la compañía de Los Bufos Habaneros. Era una velada festiva que se prometía jubilosa. Mi padre, que también asistió, me contó que la sala era un mar de corbatas azules, que las mujeres llevaban estrellas en el cabello y los vestidos adornados con cintas blancas, azules y encarnadas y que, pese a la presencia de algún que otro español y unos cuantos cubanos recalcitrantes, el público disfrutaba a carcajada limpia con las bufonadas de los comediantes. Y que cuando, al final de la escena nueve, el actor principal proclamó: «No tiene vergüenza ni buena ni regular ni mala el que no diga conmigo: ¡Que viva la tierra que produce la caña!», el público se unió a él coreando una y otra vez: «¡Que viva la tierra que produce la caña! ¡Que viva la tierra que produce la caña!»

Como si el clamor de las voces hubiese desatado pasiones demasiado latentes, el ambiente se incendió y mientras unos gritaban «¡Muera España!», otros aplaudían la aparición de una bandera cubana que ondeaba libremente sobre los asistentes y el resto lanzaba vivas a Céspedes y a los héroes de Oriente. La sala retumbaba y el teatro todo, que era de madera, semejaba a punto de estallar.

Ignoraban que una nube de criollos con uniforme rojo rodeaba el lugar. Eran soldados del Cuerpo de Voluntarios, cubanos al servicio del Gobierno colonial que, informados por chivatos, se habían apostado sigilosamente fuera del recinto. Cuando advirtieron la algarabía, sin aviso ni advertencia, abrieron fuego desde el exterior del teatro y a continuación irrumpieron en la sala disparando a diestro y siniestro. Hubo muertos, decenas de heridos y numerosos detenidos, entre ellos Antonio Bachiller.

Ese y no otro fue el principio de su desgracia. De ser un ilustrado que exponía su pensamiento liberal y un respetadísimo filántropo defensor de la unidad moral de las razas, pasó a engrosar la lista de indignos sospechosos de desacato al Gobierno español.

Las circunstancias habían virado en su contra como ciclón de verano, tanto que un domingo, en presencia de su familia, fue insultado y agredido por unos cuantos Voluntarios en plena calle. Días después una chusma de desalmados asaltó su domicilio con gran violencia, hiriendo a siervos y

destrozando valiosas pertenencias. Amenazados de muerte, los Bachiller tuvieron que salir de la Isla a toda prisa. «Por si acaso no regreso, yo me llevo la bandera», contaron que indicó Bachiller a su señora poco antes de marcharse. Y la bandera de Cuba les acompañó.

En La Habana no se hablaba de otra cosa. Y mi padre no se cansaba de pregonar a los cuatro vientos la tremenda infamia que se estaba cometiendo con su amigo. ¡Que un hombre de bien se hallase en tan triste situación por haber tenido el valor de refrendar con su firma lo que pensaban la mayoría de los cubanos era una inmoralidad! , clamaba a quien quisiera escucharle.

Le irritaba la prensa que, día tras día, denostaba a los que habían tenido que irse de Cuba llamándoles conspiradores y afirmando que «huyen al amparo de la noche para solicitar asilo en los Estados Unidos». ¿Cómo se atrevían a tildar de traidor a un ilustre de la talla de Antonio Bachiller? ¡Si su única transgresión, por llamarla de algún modo, había sido defender que la autonomía de Cuba era la solución ideal para poner fin a una guerra que nos estaba llevando al más absoluto de los descabros! Según mi padre, lo que se estaba haciendo con él era una afrenta para todos los cubanos:

—¡Menuda barbarie! Los esbirros de López Robert entraron de vuelta en el domicilio de Bachiller para terminar de destrozar sus posesiones. ¡Adónde iremos a parar con actuaciones de tal calaña! No tuvieron suficiente con haberle obligado a abandonar su patria a escondidas, como si fuese un simple delincuente, y ayer asaltaron su estudio quemando archivos y manuscritos. Despedazaron documentos muy valiosos, incendiaron su biblioteca, que es única... Y mira lo que afirman en el diario esos descerebrados: «Los ciudadanos de bien aplauden acciones como la de la noche pasada, pues no hay razón para respetar los bienes de alguien que, primero en el teatro Villanueva y luego en el Café del Louvre, tuvo la osadía de defender la autonomía de Cuba y afirmar, en voz bien alta, que ya él no se consideraba español sino ciudadano de Ultramar.»

Mi padre sufría como propia la desdicha de su amigo. No me quiero ni acordar de qué modo se nos quebró el alma cuando supimos que el cuerpo de Antonio, el primogénito de los Bachiller, que se había unido a la causa independentista en los primeros días de la guerra, acababa de ser identificado en un hospital de sangre del Ejército Libertador. Lo habían asesinado a machetazos y el Gobierno, sin la menor deferencia hacia sus padres, se limitó a publicar la crónica de su muerte en el diario.

A partir de ahí y durante el tiempo que duró el conflicto, las noticias de los Bachiller escasearon. La información que nos llegaba venía carente de novedades personales, solo sabíamos que vivían en América del Norte, que don Antonio colaboraba con editoriales, publicaba obras, organizaba archivos, trabajaba por la defensa de causas justas y que continuaba negándose a ser español. Por allá se demoraron unos cuantos años, sin voluntad de regresar a Cuba, cosa que hicieron cuando terminó la guerra pero, eso sí, con documentación de ciudadanos americanos.

Pero ahora estábamos en 1881 y mi país se recuperaba lentamente de dos guerras, la Grande, que los españoles llamaron «de los diez años», y la Chiquita que comenzara con el grito de «¡Independencia o muerte!» para durar quince meses. Había pasado ya un tiempo desde el final de la segunda contienda y en los círculos patriotas de La Habana se decía con la boca pequeña que los Bachiller residían de vuelta en su casa, revelación que a mí me pareció una confidencia excelente.

Tenía que entrevistarme con él, fuera como fuese. Necesitaba indagar si por casualidad el antiguo Síndico conservaba en su privilegiada memoria algún detalle que pudiese allanarnos el camino para resolver el enigma del hijo de Misterio. Eché cuentas; a estas alturas el caballero andaría rondando ya la setentena... Era más que evidente que nuestra charla tendría que ser larga y sosegada.

El problema era que yo a Bachiller le había perdido la pista porque, aunque desde siempre había sido asiduo de mi padre y juntos se entregaron con devoción al cuidado de las actas capitulares que conservaba el Archivo Municipal, con el tiempo y el exilio nos habíamos distanciado. Además, personalmente albergaba serias dudas de que un intelectual tan ocupado quisiese disponer de su tiempo para extraviarse con una servidora en semejante cañaveral de remembranzas.

La cosa semejaba dificultosa, por no decir irrealizable, así que di carta blanca a Ulises Horacio para que se hiciese cargo del asunto. Nunca supe cómo lo resolvió el *muleque*, pero me consta que, mezclando Santa Clara con Guantánamo, logró acceder al domicilio de los Bachiller, que a decir de las gentes disponía de enormes medidas de seguridad, aunque él ni siquiera las

percibió, y una vez dentro platicó largo y tendido con el mayordomo. Imagino que, antes de hacer petición de *randevú* a mi nombre, deslizaría en medio de la cháchara unas cuantas veces la excelente amistad que antaño había unido a su patrón con mi padre. Ignoro en qué términos cerraron el trato, pero un par de horas después mayordomo y *muleque* se despidieron como *compays* de toda la vida y Ulises retornó a Amargura más contento que unas Pascuas.

A los dos días teníamos en el portón un negrito con recado escrito a mano por don Antonio en persona. Informaba que tendría grande gusto en recibirme, que me esperaba en su residencia el próximo sábado al inicio de la tarde y que agradecería respuesta de confirmación por idéntica vía.

Acepté a vuelta de *muleque* y acompañé mi mensaje con una cajita de bolas de Baracoa recién hechas. Las presenté con esmero en un envoltorio de regalo en torno al cual amarré una primorosa lazada de raso azul, rojo y blanco, los colores de nuestra querida bandera, a sabiendas de que semejante exquisitez, preparada por mis propias manos nomás mezclando harina de Castilla con manteca pura y el mejor cacao que nos traían del campo, avivaría en el paladar de don Antonio el recuerdo amable de las muchas meriendas compartidas antaño en nuestra casa.

Llegada la fecha, aún no había sonado la campanada de la una en la torre de la iglesia y ya Ulises me aguardaba vestido de paseo y con el quitrín dispuesto. El *muleque*, al tanto de mis muchas expectativas respecto a la entrevista que, todo hay que decirlo, me tenía inquieta y bastante nerviosilla, había decidido de antemano el itinerario: saliendo de casa, justo en la esquina de al doblar, dejaríamos Amargura para bajar por Aguacate un par de cuadras y tomar Muralla hasta el final, pasando ante lo que quedaba de las puertas de Monserrate, que antes eran dos, una de entrada hacia La Habana murada y otra de salida. Ya extramuros, y sin desviarnos, seguiríamos por Dragones y parte de Zanja hasta el cruce de Campanario, donde con solo torcer a la derecha y avanzar tres cuadras ya estaríamos en San Miguel, que era donde residían los Bachiller.

En realidad a mí me hubiera apetecido más ir directos desde casa a San Francisco y circular, respirando la brisa del mar, por la orilla de la bahía, para

entrar a San Miguel por Campanario, pero mi calesero no atendía a discusiones. Y buena razón que llevaba, como siempre, porque la ciudad estaba hecha un desastre y las calles bajaban atiborradas de gente, coches y carretas. Ulises, a sabiendas de lo que nos esperaba, prefirió atajar por el centro y asegurarse de que yo acudiese puntual a mi cita.

Por tanto, atravesamos a saltos media Habana entre una locura de relinchos de bestias, silbidos de caleseros y chasquidos de látigo. «El empedrado está cada día peor», cavilaba yo, notando en mis riñones los brincos motivados por baches, hoyos, gibas de tierra e incordios insalvables que ni las ruedas del quitrín, ni mi calesero con todo su buen hacer lograban burlar. Entre tanto zarandeo se me vino a la cabeza el recuerdo de mi padre y el mal humor que le atacaba cuando circulábamos por esta misma ruta. No podía soportar ver a los esclavos de las casas principales arrancando con sus propias manos las chinias pelonas que pavimentaban las calles. «¡Como sigan así van a convertir la ciudad en pocilga de cochinos! —vociferaba indignado—. Con la disculpa de que el estruendo de los carruajes perturba la siesta de sus amos, tienen orden de eliminar poco a poco el empedrado y lo peor es que cuando se les pregunta por qué lo arrancan ellos nomás saben responder: “*Demasiao runrún pal patrón, mejó sacar chinarro y rellenar hueco con cascajo de coco.*” No hay modo humano de hacerles ver, ni a ellos ni a sus patrones, que semejante faena no es trabajo de siervo, sino de ingenieros civiles, y que arrancando el pavimento de semejante manera el suelo queda tan mal que en cuanto caen cuatro gotas se arma la marimorena: el agua arrastra el cascajo y hoyo a la derecha, charco a la izquierda... ¡la calle convertida en lodazal y con brechas tan profundas que solo se salvan colocando listones de madera al nivel de las aceras!»

Mi pobre padre. Menos mal que no está para ver cómo han empeorado las cosas porque hoy La Habana toda semeja despanzurrada: de un lado sigue la demolición de la muralla, que la iniciaron cuando yo acababa de cumplir mis seis años, y aún están en ello; del otro realizan tremendo estropicio de perforaciones y boquetes para el acueducto de Albear, espléndida iniciativa que pretende erradicar la tisis trayendo a la ciudad el buen agua del Almendares, pero que precisa horadar cuadras enteras...

En esas meditaba cuando Ulises chifló suave, señal de que estábamos llegando, y yo me recompuse como bien pude, pues con tanto traqueteo hasta la flor del cabello se me había ladeado. Mi calesero silbó ante las porteras y

dos negros de librea dirigieron nuestro coche a la cochera, uno se ocupó del quitrín y el otro, más mayordomo que criado, centró sus atenciones en mi persona y me encaminó con mil amabilidades a través del patio hasta el lugar donde su amo, según él, esperaba mi llegada «con toda ansiedad y un deseo *enooorme* de saludar a la señorita».

—¡Pero, por Dios, qué hermosura! —exclamé ante el mágico espectáculo de un jardín con parterres reventando de rosales—. ¡Esto es un paraíso!

—¡Cómo nooo! —confirmó el sirviente—. Lo ha mandado plantar la señora, a la moda de *Fransia*. Igualitico que París.

Distinguí la flaquísima silueta de don Antonio. Me aguardaba en la veranda trasera, zona recóndita y privada, al abrigo de miradas. El mayordomo empezó a anunciarme desde lejos, pero el caballero no escuchó. Se estaba llevando a la oreja un veguero recién escogido de la vejiga que le ofrecía una *mulequita*, y se demoró oliendo y palpando el habano hasta que me vio llegar; entonces posó el cigarro sobre la mesa y se paró para hacerme cortesía como se paran los caballeros cubanos ante las damas, con todo respeto y maneras mesuradas.

—Vaya, vaya... ¡Cuánto honor! ¿Quién me lo iba a decir? ¡Tengo el enorme placer de recibir en mi veranda a Dulce Elena Prieto en persona! ¡Qué alegría!

—Dulce sin más, don Antonio —alargué mi brazo para el besamanos y de inmediato comprendí que el hombre sufría de la vista—. ¡Gusto de verle! ¡Qué bueno encontrarle tan bien! Muchas gracias por recibirme, no sabe la pena que me da venir a molestarle...

Inclinó su cabeza repetidas veces en señal de salutación, besó y acarició mi mano con afecto y me dirigió hacia un par de balances de caña junto a los que habían desplegado una maravilla de mesitas repletas de refrescos y sabrosuras.

—¡Pena ninguna, placer del bueno contemplar esta carita! ¡Un ángel del cielo! ¡Hay que ver...! ¡Y bien linda que nos ha crecido la Niña de la casa chica! ¡Tan asilvestrada como ella era y hoy más bella que una rosa de Bulgaria!

Me llamó la atención que se refiriese a mí como «la Niña de la casa chica». La casa chica. Ya no recordaba yo el tiempo que hacía que no me llamaban de ese modo.

La negrita, una sandunguera de mirada dulzona, aprovechó para retirarse. Sin darnos la espalda, agarró la vejiga del tabaco, hizo tremenda reverencia y se alejó con la consabida letanía de «que pasen los señores una tarde *delisioosa*» rematada por un despliegue de remeneos y sonrisas que nos hizo estallar en carcajadas.

Nos quedamos a solas y ahí que a mí la escena se me antojó un poco rara: por momentos tuve la sensación de que ni él acababa de reconocer en mí a la hija de su amigo ni yo tenía la certeza de que aquel anciano flaco, curvado de espalda y con aspecto desmoronado, fuese el jovial erudito de modestia infinita que tantas y tantas tardes había compartido charla y chocolate en Amargura.

En cambio, el caballero que yo recordaba de conocimiento enciclopédico, al que en la Biblioteca Pública de Nueva York denominaban «el patriarca de las letras de Cuba» por los cientos de publicaciones que tenía en su haber, se comportaba como si su larga ausencia de La Habana no hubiese influido para nada en nuestra relación, y a mí me sorprendía tal familiaridad, pues, a decir verdad, éramos dos personas que, aunque ahora estábamos conversando como si nos hubiéramos seguido viendo tarde sí y tarde también, sabíamos bien poco la una de la otra.

—Póngaseme cómoda, preciosura. Y refrésquese, que hoy la tarde está más que caliente.

—Ay, pero dígame tú, por favor, don Antonio... —supliqué, mientras intentaba liberar los dedos de la comprimidera de unos guantes excesivamente estrechos—. Que yo pienso que me lo voy mereciendo, siquiera sea por los años que nos conocemos.

Tomamos asiento y calculó con parsimonia:

—Y tanto que hace años. Cómo no. Figúrate que este servidor vino al mundo en el doce, y no me engaño si afirmo —sonrió seductor— que ya yo iba requetecuarentón cuando tú naciste... ¿En qué año fue?

—Justo el año que voló Matías Pérez.²⁷

El mayordomo se acercó y elegí refresco.

—Limón, por favor. ¿Y doña Carlota? ¿Cómo se encuentra?

—Ahí anda, tirando con sus achaques. Qué tú quieres, a perro flaco

tooodas son pulgas. Cuando uno va viejo, no bien acaba de salir de una y ya se está metiendo en otra. En la iglesia estará, o de compras, vaciando alguna tienda. Pero me dejó el encargo de saludarte con todo su cariño y de darte las gracias por los dulces. ¡Nos hemos rechupeteado los dedos con tu regalito! ¡Pura delicia! ¡Pero no tenías que haberte molestado...!

—Molestia ninguna. ¡Qué bueno que les hayan agradado!

—Y dime, Dulce, ¿sería un atrevimiento si este viejo te pidiese un *favorsito* antes de meternos en conversaciones y parloteos?

—¡Por Dios, don Antonio! No tiene más que mandar. Estoy a la orden.

—Nooo, si es poca cosa... —explicó zalamero—. Me preguntaba si tendrías la amabilidad de encenderme un cigarro. Uno sufre de visión disminuida y...

—¡Eso no es favor, que es gusto! —exclamé toda contenta—. ¡Pues anda que no me la pasé prendiendo los cigarros a mi papá! Él se quejaba de temblor de manos y pedía que fuese yo, y nadie más, quien le diese servicio.

Me concentré en la faena bajo su más estricto control. Tomé con la mano derecha el habano que él acababa de elegir. Lo palpé. Presioné suavemente su capa. Lo llevé al oído «para escuchar el son de la hoja». Don Antonio seguía mis movimientos con aplicación mitad infantil, mitad quisquillosa. Su vigilancia me hacía gracia pero no me intimidó. Hice girar el cigarro entre los dedos índice y pulgar, lo contemplé con teatral gravedad, puse mi voz más campanuda y bromeé:

—Excelente elección, caballero. Bien elaborado: elegante de factura, sin manchas, tacto prieto y firme pero no duro. —Me lo acerqué a la nariz—. Y huele de maravilla. ¡Me enloquece el aroma del tabaco fresco!

—Je, je... ¡Será porque habré fumado poco en mi vida que ahora que voy viejo acierto a la primera! Pero a ti te veo versada, mi amor.

—«¡Tripa, capillo y capa!» —canturreé con picardía, mirándolo de reojo.

—¡Sí señor! Las tres partes del habano. Esa cantinela se la enseñé yo a mis hijos cuando eran chicos. ¡Y ellos también se la saben de carrerilla!

Seguí tarareando cual alumno que recita su lección.

—«La tripa es el tabaco, el capillo su envoltura y la capa la fachada...»

—Ni yo mismo lo habría dicho mejor; tabaco puro es la tripa, su envoltura es el capote, o capillo como tú dices, y la capa la hoja exterior, la que presenta el cigarro a la vista, al olfato y al tacto.

—Bueno —dije solemnemente, agarrando un sacabocados—. Iniciemos la ceremonia. Un corte preciso, que deje adivinar nomás un pedacito de tripa, justo donde el gorro se une a la capa. Clac. *Et voilà*, como dicen en Francia. Ajá.

—Huyyy. Veo que lo haces perfecto, mi amor.

—En mi casa tengo yo unas tijeritas para esto que son un primor. Desarmar un veguero por culpa de un mal corte es fallo de principiante. No había cosa que disgustase más a mi padre.

—¿Fumaba tu padre vegueros?

—Cómo no... Aunque al principio esnifaba rapé y luego se aficionó a mascar tabaco, pero para cuando estalló la guerra ya él solo fumaba cigarros. Como marca prefería los Punch —le hice un guiño—, a lo mejor porque a mí me encantaba el payasito que traían en la caja.

—¡Y aún lo traen! ¡Ni dos guerras han cambiado la presentación de los Punch!

—Si no tenía Punch fumaba Cabañas. No me pregunte por qué, pero los Partagás siempre le gustaron menos... Eso sí, cuando le regalaban cigarros traídos de la vega, aquello eran palabras mayores. ¿Dónde tiene los cerillos? ¿O prende usted con carbón de madera?

—No, mujer, ya tú sabes: «La candela no tiene sabor.» —Ahora era él quien bromeaba entonando un son—. Ahí mismo los encontrarás, a tu derecha.

—Estupendo. Pues mientras procedemos, que el encendido requiere su buen momento, va usted a permitir que yo le vaya adelantando el motivo que me ha traído a molestarle en su propia casa, por supuesto aparte de saludarle y de tener la alegría de comprobar que se encuentran ustedes de maravilla.

—Te escucho, adelante.

—Pues bien, verá usted. La cosa viene de lejos y es una historia complicada que involucra a una amiga, ya fallecida; la pobre se nos fue dejando una colcha sin acabar de tejer y no pocos flecos por desenredar.

Comencé a exponer quién era Misterio y lo que significó para nosotros, cuando prendí un cerillo de vara larga, de los de corteza de cedro, y lo acerqué al puro manteniendo el cigarro en ángulo recto respecto a la llama,

pero sin tocar el tabaco. Continué detallando el asunto del testamento mientras giraba lentamente el habano cerca del fuego, con paciencia y habilidad, hasta que el borde del pie cogió candela y se quemó por igual, formando un anillo de ascua uniforme. Cuando la superficie entera estuvo en brasa y el cigarro perfectamente encendido, ya yo había abundado en mi estrecha colaboración con el señor Xing y andaba resumiendo nuestros descubrimientos en la escribanía de don Manuel de la Torre.

Quise comprobar el éxito de mi empeño y lancé dos sopladitas ligeras a la parte encendida. Las ascuas recubrían el cigarro de un círculo de ceniza perfecto y toda la superficie estaba pareja e incandescente. Con aire satisfecho, se lo entregué.

—Que lo disfrute el caballero. ¡Huele a gloria bendita!

Lo tomó con delicadeza. Aspiró solemne la primera calada, la más deliciosa. Soltó el humo lentamente. Sonrió. Y comprendí que, como por milagro, el tabaco había colocado a cada cual en su lugar.

Bien prendido el veguero, acomodado el fumador en su balance y aspiradas las primeras bocanadas, ambos supimos que nos habíamos reencontrado: él reconocía por fin en mí a la hija de su amigo, y servidora tuvo la certeza de que este don Antonio no solo era el mismo de siempre, sino que ahora sí se hallaba en condiciones de recordar lo que necesitábamos que le viniese a la memoria.

—Pues ya ve usted en qué ando entretenida. Yo digo que es como coser al revés, la menor puntada extraviada, por insignificante que sea, ayuda a deshacer el bordado, enhebrar de vuelta el hilo y permite resolver.

Proseguí con mis especulaciones. Él escuchaba atento, asintiendo con la cabeza. A medida que nos íbamos adentrando en la historia su curiosidad aumentaba y el rostro se le iba iluminando. En un momento dado se me antojó que el Bachiller de antaño resurgía de nuevo, y asomaba sin tapujos desde el fondo de una mirada casi ciega. Pese al tiempo transcurrido, el antiguo Síndico daba a entender con sus aquiescencias que lo que yo le contaba tenía sentido y que recordaba perfectamente la causa de la que yo estaba hablando, la cual, según afirmó, en ningún momento le había pasado desapercibida. Y no solamente eso, sino que parecía guardar una memoria diáfana de las entrevistas que él mismo había celebrado con aquella mujer, la prieta que logró doblegar con la letra de la ley a dos sujetos: un amo indigno y un gallego sin voluntad de reconocer la paternidad de un hijo.

—Sí señorita. Eso que me cuentas pasó en el cincuenta y siete, o en el cincuenta y ocho a más tardar... por lo tanto, tú tenías que ser nomás una bebita. Pero aquella mujer no se llamaba Misterio, como tú dices. No señor. Atendía por Coleta. Sí, Coleta pepel, aunque tampoco era su nombre verdadero y además no era esclava, que era emancipada.

—Vaya... ¡qué bueno que usted recuerde!

—¡Cómo no! Claro que no la he olvidado. Vino a la sindicatura para pedir cambio de amo, no tenía papeles y se quejaba de un blanco ladrón que la plagió. Advirtiéndome yo que estaba más que grávida, le pregunté quién era el padre y ella respondió que un gallego; entonces la informé de que siendo el padre blanco, solo con que le anotase a la criatura su apellido ya el niño nacería libre. La cosa tenía su complicación, piensa que por entonces no había libertad de vientres y, si el feto se alumbraba como hijo de emancipada y nacido por la izquierda, es decir, sin padre reconocido, ¡tenía que ser inscrito como propiedad del Gobierno!

»Días después la prieta regresó con el gallego. Él declaró haber llegado a Cuba en abril del cincuenta y cuatro, que estaba domiciliado en la zona de Casablanca desde el cincuenta y seis y mostró papeles. Un tipo retraído y desconfiado, de pocas palabras y escasa capacidad de respuesta. El hombre no era partidario de reconocer al hijo, aducía que por tener esposa en España. No hubo modo de convencerlo por las buenas, así que le planteé que, ya que se negaba a cumplir con su deber, por lo menos ayudase económicamente a la madre.

»No sé si tú estás al tanto de que el precio de la libertad de un hijo de esclava no nacido lo tenía fijado el Gobierno colonial en veinticinco pesos, cantidad a todas luces excesiva para una emancipada. ¡Ni de lejos reunía la morena semejante fortuna!, a menos, claro está, que se sacase un premio en la lotería, ya tú sabes, los esclavos se juntaban, compraban boletas entre varios y las encomendaban a los padrecitos de la Caridad del Cobre o a los de Jesús del Monte y si alguna vez ganaban, ¡libertad al canto! ¡Hasta donde alcanzase el premio!

»Pero volviendo al cuento. Sospechando que la cosa no iba a tener buen remedio, propuse que, entre el gallego y Coleta, pagasen la libertad del feto por partes iguales. No voy a negar que me costó lo mío meter en cintura al tipo, tuve que apelar a la decencia, al honor, a Dios, al diablo... al final, tras mucho discutir se avino, eso sí, a regañadientes. El gallego entregó sus doce

pesos y medio, y la pobre Coleta, que se tuvo que endeudar por años, logró reunir el resto.

—Lo que son las cosas...

—Como ves, yo la recuerdo bien. Es más, puedo decirte que dos fueron las causas, dos, en las que se vio mezclada aquella doméstica: una de ellas contra su amo, por intento de plagio y robo de documentos, porque él pretendió hacerla pasar por muerta para volverla esclava. Y otra causa, esta vez del Gobierno contra el mismo sujeto, por no respetar los términos del contrato de consignación de emancipados, e incumplir las obligaciones de custodia de negros alquilados por el Depósito a particulares. Y pienso que no me engaño si afirmo que ambos casos fueron *palante*, aunque se demoraron su tiempito, como todo en esta vida.

»Sí señor. Aquel tenedor del que intentaba escapar era un sujeto miserable; el tipo murió joven y te digo que su tránsito pasará a la historia como ejemplo de que la justicia divina existe y que, tarde o temprano, Dios pone a cada cual en su lugar, porque no te imaginas cómo acabó.

—¿Cómo fue?

—Pues fíjate que una noche, abriendo una botella de ron a lo macho, o sea, con los dientes, el corcho se le fue *padentro*, se le atoró en la garganta y se ahogó. Estaba solo y nadie le pudo valer. Lo encontraron sus esclavos por la mañana, tieso cual tasajo.

—¡Qué muerte absurda! ¡Atragantarse con un corcho!

—Ni que lo digas. —Soltó una bocanada y volvió al tema—. La verdad es que, volviendo a Coleta, desde la sindicatura le echamos buena mano a aquella prieta. El amo muerto había quemado sus documentos y, al plagiarla, le cambió los datos, así que hubo que indagar. Tras tremenda averiguadera encontramos recibos de pagos a su antiguo nombre y ahí que conseguimos reanotarla y expedirle otra cédula. Aunque, ahora que pienso, no consigo recordar el nombre que le anotamos en su nueva documentación... Pero sé quién lo sabe. *Seguuro*. Alguien que conozco bien. Mañana le haré llamar.

—Y yo le quedo muy agradecida. Nunca sabe una por dónde aparecerá el cabo de lana que ayude a desenvolver la madeja. Cualquier detalle sobre ella, sobre ese gallego, o sobre el hijo, será de gran ayuda.

—Hija —puntualizó—. Vas a tener que disculparme la corrección, muchacha, pero lo que Coleta parió fue una niña. Eso sí que yo lo sé con seguridad. En la Casa de Beneficencia aseguraban que Coleta tenía un vientre

divino, ¡de las pocas africanas que adelantaban con las criaturas!, y la cría le salió relinda, parda pero adelantadita, tanto que al verla creyeron que era blanca. La hija de Coleta nació con ojos claros, una preciosura. Y aquel gallego, si no recuerdo mal, aparte de jugador de naipes y apostador de pesos ajenos, tenía ocupación en la Compañía de Gas. Tengo idea de que andaba en las cuadrillas de alumbradores, pero lo que sí sé con seguridad era que paraba por junto a la cárcel en la bodega de un catalán, Soler le llamaban. Yo mismo tuve que mandarle llamar en varias ocasiones y siempre me lo encontraban allá. Nunca se sabe, a lo mejor si mandas preguntar allí te dan razón, caso de que todavía exista la bodega.

—¡Buena idea! Mañana sin falta enviaré a Ulises. Confiemos que la bodega no haya cerrado, con la guerra de por medio la gente anda medio desaparecida.

—¡Qué me vas a contar! Supongo que estás al tanto de lo que pasó con nuestras propiedades. No se salvó casi nada de la sindicatura, ni actas verbales, ni argumentaciones, todo lo despedazaron, lo quemaron o se arrumbó. Lo cierto es que no queda ni un papel, ni mío ni de nadie que pensase como yo. Fueron malos tiempos para la cultura. Pero malos, malos ¡y peores para la filantropía!

—...

—Ellos sabían que cuando uno siembra ignorancia recoge acatamiento. Y eso pasó. Lo hicieron con todas sus consecuencias. Y siguen haciéndolo con impunidad.

—...

—No me mires así. Yo, en lo personal, soy capaz de mantener amistad verdadera con un español, pero soy implacable y no tengo la menor compasión con los cubanos que se inclinan ante España. ¡Un patriota tiene que ser inflexible en según qué cosas!

—...

—¡Qué tú quieres...! ¡Nomás que te divisasen de lejos con corbata azul ya bastaba para encarcelarte! Y los del Liceo Artístico y Literario no fuimos los únicos, aunque con nosotros se ensañaron especialmente porque había masones y la persecución de masones en La Habana fue seria. Qué digo seria, *viruleeenta*. Ni te imaginas la locura que les dio a los españoles contra los masones; piensa si no en Carlos Manuel de Céspedes, ¿sabías que él fundó Independencia, una logia militar que se reunía entre combate y combate,

respetando los rituales como si estuviesen en el templo más esplendoroso? — afirmó con un movimiento de la cabeza—. Bueno, pues cuando los españoles descubrieron que Carlos Manuel había sido también Venerable Maestro en la logia Buena Fe, decidieron juzgarlo por delito de masonería sin siquiera estar presente. Te parecerá una broma, pero lo condenaron a once años de prisión mayor en el setenta y seis, cuando él llevaba muerto desde febrero del setenta y cuatro...

»Sí señor, un verdadero descalabro. A los que no juzgaron en falso, como a Amado Oscar, el hijo menor del propio Céspedes, los ajusticiaron sin más o tuvieron que exiliarse, como hicimos nosotros. Pero afortunadamente hubo muchos que, en respuesta a la altanería colonial, pusieron su fortuna personal al servicio de la independencia. Esos fueron los más bravos, se alzaron en armas, marcharon a la manigua y se unieron al Ejército Libertador. Eran los mejores y entregaron su vida por la libertad: Perucho Figueredo, Ignacio Agramonte y su primo Eduardo, que era médico, mi querido hijo Antonio... Tantos, tan jóvenes y todos muertos. ¡Fíjate que ninguno de ellos llegó vivo al setenta y cinco!

»Y los que no eran masones tampoco lo pasaron mejor; acuérdate de los Aldama, los acusaron de esconder armas de fuego en su palacio y les hicieron un registro por las malas, sin orden ni aviso. No encontraron más que un armario con viejos arcabuces españoles totalmente inservibles, pero igual los tildaron de conspiradores y los condenaron. A Domingo Aldama, como a nosotros, lo sacaron de la Isla, pero él tuvo la desgracia de morir poco después, cuando ya acá habían abierto proceso para confiscarle el palacio. Aquello sí que fue una tristeza de las buenas. Al terminar la guerra les quisieron reintegrar sus derechos, pero ellos rechazaron el fallo del jurado. ¡Nadie volvió a habitar el palacio de Aldama y los que lo han heredado se niegan a vivir en él!

—Ahora que habla usted del palacio de Aldama, he oído que el hijo mayor, Miguel, anda en tratos con los dueños de una fábrica de tabacos. Parece que se lo quieren comprar —apostillé.

No me escuchaba, seguía ensimismado en sus recuerdos.

—Ya tú ves con qué facilidad se puede destruir una familia... ¡y una patria! —lamentó.

Sin apenas darnos cuenta la tarde se nos había escapado entre tabaco y anécdotas. A eso de las seis inicié la ceremonia de despedida; que qué rápido ha pasado el tiempo y fíjese usted la hora que se nos ha hecho; que me gustaría quedarme un rato más pero seguro que en casa se están preguntando cómo me demoro tanto; que ya yo me voy a tener que marchar con toda la pena del mundo; que de esta sí que me ausento, no me queda más remedio que abandonar su compañía y la agradable conversación... y que me voy y me voy y no me acabo de ir. Despedida a la cubana.

Don Antonio se paró para acompañarme, pero antes posó con delicadeza en el borde de una maceta lo que le quedaba del cigarro.

—Vamos a dejarlo acá —sentenció—, para que muera dignamente.

Logré pronunciar el adiós definitivo y mi anfitrión, que había venido hasta la misma cochera insistiendo en que me quedase un rato más, besó mi mano, me ayudó a subir al quitrín y nos despidió como hacen los caballeros, con golpes de sombrero al aire, grandes sonrisas y prometiendo noticias.

De nuevo atravesamos la ciudad a salto limpio; Ulises concentrado en las riendas y yo intentando recopilar febrilmente los muchos y valiosos datos que la lúcida memoria de Bachiller me había proporcionado. Llegados al portón de casa, mientras abrían las puertas, el *muleque* se volteó y me alargó un envoltorio.

—No vaya a sé que a la Niña se le pase la fecha sin su recuerdito... —apuntó, con la vista clavada en la puntera de su zapato.

Tomé lo que me ofrecía y, al verlo, me quedé sin aliento:

—¡Ay, Ulises, qué belleza! ¡Es precioso!

Abrumado por mi reacción, ladeó un casi nada la cabeza y advirtió en voz baja:

—*Cuidao* y que no te vaya a *ensusiar* la mano. *Entoavía* no secó.

Había dedicado la tarde a reproducir, con plumilla, sobre un fondo de manchas a la acuarela, toda la hermosura que tenía ante sus ojos. Y el resultado era de una precisión sublime. En la parte inferior del dibujo, una anotación a vuelapluma titulaba: «Casa Bachiller, jardín de rosas.»

[27](#). Matías Pérez: sastre portugués, propietario de un taller en la calle Neptuno llamado «El rey de los toldos» y gran entusiasta de los aeronautas franceses que hacían demostraciones en La Habana. En el año 1856 Matías compró a Eugéne Godard su globo aerostático y efectuó dos vuelos, el segundo de los cuales tuvo lugar el 29 de junio, a las siete de la tarde desde la plaza de Marte. Con fuerte viento y en presencia de una gran multitud el globo se elevó, ganó altura, tomó rumbo norte y se perdió en el horizonte. Desde entonces en la memoria colectiva cubana se conservan las frases «voló como Matías Pérez» para hacer referencia a las personas que desaparecen sin aviso y «el año que voló Matías Pérez» para referirse a 1856.

El alumbrador de farolas de la Compañía de Gas

No me quise ir a dormir sin mirar otra vez los papeles que Misterio había dejado en su saquito. Y es que, aunque en presencia de mi anfitrión me abstuve de manifestarlo abiertamente, desde el momento en que Bachiller mencionó el nombre de la mujer que había acudido a su sindicatura reclamando justicia, a mí me había asaltado un presentimiento que no se me iba de la cabeza.

Sentada ante mi escritorio, abrí el cajón y agarré con cuidado la bolsita. Extraje uno a uno los papeles y los desplegué sobre la mesa. Cuando llegué al que buscaba leí por enésima vez: «RECIBO la cantidad de 25 pesos, entregada en dos veces, como pago por la compra de la libertad del feto que la morena Coleta pepel acarrea desde el próximo pasado mes de mayo.»

¡La morena Coleta pepel! Era exactamente el nombre que había dicho Bachiller y el recibo que tenía en mis manos estaba firmado por él mismo. ¿Cómo no habíamos caído antes en ello? Las manos empezaron a temblarme y una visión fugaz me hizo relacionar de golpe fechas, personas, lugares... Aquella Coleta que, en octubre de 1857, había pagado la mitad del precio de la libertad de un hijo nonato del que estaba encinta desde el mes de mayo, ¡no podía ser otra que nuestra Misterio!

Tomé el registro de nacimiento que seguía cosido al recibo y leí: «María del Consuelo Somoza, libre de color, nacida el día 10 de enero del año de 1858 en la Real Casa de Beneficencia de La Habana. Hija de la morena emancipada Coleta pepel, natural de África, de padre desconocido...»

Ahora sí descifré su significado; de mayo a enero iban nueve meses, por tanto la libertad que Coleta había pagado tenía que ser la de la niña del registro. Y recordé que don Antonio había dicho que él mismo arregló lo necesario para que acogiesen a Coleta en la Casa de Beneficencia con intención de alejarla del amo denunciado. Y si Coleta había parido en la Real

Casa, la recién nacida, María del Consuelo Somoza, no podía ser otra que la hija de Misterio... ¡Todo concordaba y todo había estado siempre ahí, al alcance de mis ojos!

A Xing le iba a dar un paro cardíaco cuando lo supiese... ¡Y a Ulises!

Temprano en la mañana, ordené al *muleque* que fuese a averiguar si en los alrededores de la cárcel existía todavía el negocio del *compay* del gallego, del cual solo sabíamos que era catalán, que le decían Soler y que en tiempos atendía una bodega.

Pasó fuera el día entero y regresó todo alterado. Anunció con júbilo que la bodega seguía en su sitio y que la llevaba un tipo al que llamaban Soler, pero este Soler —aclaró nervioso— no era el que andábamos buscando sino un descendiente suyo, criollo amulatado, que nada sabía ni quería llegar a saber de nuestras pesquisas. «Calesero, tú te estás dirigiendo a la persona equivocada —contó que le había dicho—. Yo llevo poco tiempo acá y no me complico la cabeza con historias viejas. Pero me da en esta —señaló, golpeándose la nariz con el índice— que el Soler que buscas va a ser mi difunto abuelo. O mi padre... ¡Él sí sabe tres mil chismes de barcos y de gallegos!» «¿Y vive *entoavía* su señor padre?», había preguntado el *muleque*. «¡Que si vive! ¡Y con más energía que un servidor! Es resistente, mi viejo, duro de pelar. Lo encontrarás en la farmacia de al doblar, fumando y remendando el mundo con el boticario. ¡Lo que esos dos pueden llegar a platicar no es para resumir!»

Ulises relataba con precisión y meticulosidad los pormenores del encuentro; contó que se presentó en la dicha botica y allí mismo corroboró que el personaje del que nos había hablado Bachiller no solo existía, sino que gozaba de excelente humor. Ambos caminaron a paso lento de la farmacia a la bodega, se instalaron en un retiro al fondo del local y allá que se les fue la mañana conversando a gritos, pues el catalán sufría sordera. El tal Soler, aunque solo se quejaba de piernas derrengadas y pregonaba con orgullo que acababa de superar los sesenta y dos, ofrecía un aspecto más que viejo. Era parlanchín, de lengua suelta y dicharachero en exceso, tanto que, tras conocer el objeto de nuestra búsqueda, se explayó proporcionando todo tipo de detalles que nada tenían que ver con lo que se le preguntaba. ¡Lo que tal

sabría aquel hombre, después de haber sido bodeguero de disparatada verborrea y crayón tras la oreja!

—Muchacho, yo no engaño cuando digo que es *bastaaante* difícil que a mí se me olvide un cuento. Fueron años los que estuve atendiendo la bodega, ¡qué digo años, casi medio siglo!, y tiempos malos, pero malos de verdad.

»Mis padres desembarcaron en La Habana conmigo bien chiquitito, poco más que en pañales podría decirse. Viajaron hasta Cuba desde los Pirineos, que así les dicen a las montañas que separan España de Francia, La Seo de Urgell se llama el lugar donde yo nací. Venían con idea de sacar adelante una bodega vieja que traían alquilada desde España, solo pretendían hacer un dinero y en cuanto su economía estuviese saneada, traspasar el negocio y regresar a su tierra. Pero de bien poco sirve hacer proyectos en esta vida. Eso sí que yo me lo tuve que aprender. No merece la pena, amigo. Nadie sabe lo que a uno le tiene reservado el destino.

»A mi mamá le costó aclimatarse, era de natural delicado y le sentaba mal casi todo, la comida de acá lo que más. Qué sé yo, no sabría explicar el mal que ella tenía. La cosa fue que enfermó, “de pronóstico reservado” decían los doctores. Gran tristeza, amigo, un dolor. De nada valieron los pesos que se gastó mi padre, ni que la tratase personalmente el doctor Rosaín, que era el médico titular de la Maternidad, una eminencia. Ella se murió y nosotros nos quedamos solitos. Una desolación. Como la enfermedad de mi mamá se había llevado nuestros ahorrillos, mi papá y yo tuvimos que dejar la casa y venirnos a vivir a la bodega. Sí señor, nos instalamos ahí mismo — señalaba con el índice el enlosado—, en la trastienda, durmiendo en jergones sobre el puro piso y cocinando en anafes. Había que aguantar y tirar *palante*, no quedaba otra. Mi padre me cuidaba como podía; nomás nos teníamos el uno al otro... y en su honor hay que decir que a mí nunca me faltó plato ni techo. Tiempos duros, calesero, ya lo creo...

»Pero Dios se apiada de sus criaturas y, poco a poco, fuimos asomando cabeza. Cierto que, aunque la bodega daba sus buenos pesos, exigía dedicación, mucha, tanta que no recuerdo yo que mi papá hubiese tenido nunca un día de asueto. ¡Qué digo un día! ¡Ni un mínimo descanso para sacarme de paseo! De tal modo se nos pasaba la vida. *Atareaaada*. En cuanto que cumplí mis nueve años me envió a los frailes para que me enseñasen a leer, a escribir y algo de cuentas.

»Al poco la fortuna empezó a sonreírnos y mi padre, con su espíritu

emprendedor que, dicen, es propio de la gente de Cataluña, decidió viajar a América del Norte para encontrarse con un proveedor que le ofrecía comercializar, en exclusiva para su bodega, productos europeos de primera. Más le hubiese valido desoír tal reclamo, porque la adversidad le aguardaba volviendo de Nueva York y en el viaje de regreso, plaf, nos embistió la desgracia.

»Era el veinticinco de febrero, que yo no voy a olvidar ya más la fecha, cuando lo trajeron a casa hecho un guiñapo, con los ojos hundidos, casi sin pulso, calambres en piernas y vientre, sufriendo una descompostura más que aguda, abriéndose a vómitos cada dos por tres, escapándosele la vida. Solo hacía que pedir agua, tal era la sed que le atormentaba sin clemencia. El licenciado Manuel José de Piedra y dos médicos más coincidieron en que le habían contagiado el cólera morbo asiático y ordenaron la incomunicación del enfermo, que el barco en el que había viajado permaneciese en cuarentena, vigilado por el ejército y que arrojasen al mar la totalidad de los comestibles que había en la bodega. Quisimos trasladarlo al hospital, pero los doctores aconsejaban no moverlo. Horas después ya no le funcionaba el riñón y la piel se le quedó seca como papel cartucho.

»Sí señor. Ni más ni menos que el cólera morbo. ¡Qué plaga monstruosa! La epidemia atacó La Habana como un ciclón. Llegó en febrero del treinta y tres y se nos demoró en la ciudad por varios meses. La gente enfermaba y plaf, ahí que se moría. Sanseacabó, compadre. No había tratamiento ni remedio, al tercer día de contraer el cólera dos de cada tres contagiados entregaban el alma. Ya lo creo... Dicho y hecho. Uno se asomaba a la ventana y solo veía a los esclavos del Ayuntamiento recogiendo cadáveres; los cargaban en carretones para arrojarlos en unas fosas que ellos mismos habían cavado. Y allá que los botaban sin más ansia que regarlos de cal viva, por pura higiene. En las plazas ardían candelas día y noche para quemar los enseres de los muertos. Y aunque el mal se cebó sobre todo en los negros, los blancos también se llevaron lo suyo... baste decir que a pocos días de que Ricafort, entonces Capitán General, decretase la epidemia, ¡hasta el mismo doctor Piedra se contagió! Ya lo creo. Al menos él tuvo la suerte de que la enfermedad decidiese no llevárselo porque, en su caso, los síntomas cedieron ante los medicamentos que se prescribió a sí mismo en el propio lecho. La ciudad se veía desierta, los mercados desabastecidos, las calles eran

pura exhibición de trapos colorados guindando de puerta en puerta,²⁸ casa que lucía trapo, tenía cólera. En fin... las familias encerradas, las retretas, paseos y entretenimientos interrumpidos. ¿Interrumpidos, digo? ¡Paralizados por completo! ¡Si en el año treinta y tres hasta la zafra se anuló!

»Y qué desconcierto, amigo. Llegó a suceder que, en un mismo día, de mañana mandaban pintar con cal y cloruro las fachadas de los edificios, diciendo que el cólera estaba en el ambiente, y en la tarde prohibían regar las calles por si la epidemia estuviese en el agua... Nadie sabía. La cosa se puso tan mal que llegaron a cavilar si no sería justicia del cielo. No, no me mires así que no estoy exagerando. ¡Hubo quien afirmó que el morbo fue castigo de Dios! Y uno casi llegaba a creérselo, porque solo en La Habana nos dejó más de once mil muertos.

—¿No fue de esa vuelta —intervino Ulises Horacio, que había oído contar la primera epidemia a sus padres y repetir la historia cada vez que surgía un nuevo brote— cuando los españoles intentaron *alejá* la *infesión* a *cañonasos*?

—Ni más ni menos. Veo que sabes de lo que estoy hablando. Exactamente. Sospechaban que la enfermedad podía estar entrando en la ciudad con la brisa marina y disparaban los cañones tres veces al día desde las fortalezas. ¡A cañonazo limpio pretendían enviar el mal hacia la mar profunda! Qué sé yo... El caso fue que a partir del treinta y tres, el cólera quedó latente en La Habana. Más nunca se fue.

»Mi pobre padre tuvo el triste honor de ser el primer blanco víctima de la epidemia. Cuando él falleció yo no había cumplido los trece. Tuve que ir a enterrarlo en la mañana y regresarme corriendo a la bodega para encaramarme al mostrador. Y si digo encaramarme lo digo tal cual, pues no tenía yo talla suficiente para que los clientes pudiesen verme mientras despachaba. Pero, eso también hay que decirlo, la gente se portó; los almacenes me fiaron, pude reponer comestibles y los proveedores del campo siguieron aportando sus viandas a la bodega. Y es que todos estimaban de veras a mi papá. Ya lo creo.

A estas alturas el *muleque* asistía a las divagaciones de Soler con desespero y distraía la escucha garabateando en su cuaderno. En realidad

albergaba la esperanza de que, en medio de tanto parlamento, surgiese algún detalle relacionado con el asunto que nos interesaba, pero la charlatanería del catalán no tenía parangón. Si se alargaría la perorata que Ulises llegó a bosquejar, con bastante acierto, una tenebrosa estampa nocturna de lo que él imaginaba habría sido la ciudad de La Habana asediada por el cólera, un bello carboncillo de la bodega vista desde el bancal donde estaban sentados, otro más de los muros de la cárcel a través del enrejado y un simpático retrato que mostraba a su interlocutor con semblante fantasioso, la cara reposada en la palma de la mano y una colilla medio apagada entre dos dedos.

Esta y no otra era la escena: un calesero silencioso pinta que pinta y un viejo parlanchín charla que charla. Como si le estuviesen apuntando el discurso desde la trasera de la nuca, aquel hombre suspiraba, sonreía, pegaba candela en un resto de tabaco y enlazaba argumentos con pasmosa agilidad. Que si qué aterrador lo del cólera y qué severos los primeros tiempos él solito en la bodega; que si qué bellos sus primeros amores con mulatas sabrosas, que si qué peliagudo abastecer el negocio cuando estalló la guerra..., pero lo que el *muleque* esperaba no aparecía ni por asomo.

Cuando oyó que daban las tres Ulises, que era paciente y buen escuchador, sospechó que toda aquella plática no le iba a llevar a parte alguna y, dispuesto a abandonar la trinchera, dio carpetazo a su cuaderno. Ya estaba a punto de empezar a despedirse cuando, sin saber cómo ni por qué, al bueno de Soler le dio por parlotear de clientelas.

Y resultó que el antiguo bodeguero conocía de viejo a los empleados de la Compañía de Gas, pues todos ellos tenían costumbre de parar en su negocio. Las cuadrillas estaban formadas básicamente por libres de color y dos o tres blancos de España que recibían salario del Ayuntamiento. Los alumbradores se le plantaban a Soler en la bodega bien entrada la mañana para tomarse el café, regresaban a la hora del almuerzo, entretenían las tardes jugándose a los naipes el buchito de guarapo o de ron y, antes de ponerse con la faena de iluminar la villa, se cenaban un ajiaco o un cartucho de pescado frito. La mayoría eran hombres sin familia que malvivían en tristes cuartos de alquiler barato, por lo que se consideraban clientes fijos y utilizaban el negocio de Soler como si fuese su propia casa; en la bodega recibían correo, en la bodega les buscaban o dejaban recados y entre las cuatro paredes de la bodega discurrían sus días. Por la emoción del viejo parecía desprenderse que de tan asiduo roce entre clientes y bodeguero habían surgido no pocas

amistades francas y duraderas.

Justo ahí, de improviso y sin venir mucho a cuento, fue cuando afloró la perla:

—Buena gente, los alumbradores de luz en la Compañía de Gas, sí señor. Excelentes tipos. Ya lo creo... Bueno, todos excepto los dos o tres que se esfumaron sin avisar. —Hizo con los dedos el gesto del dinero—. No voy a negar que alguno se me despistó y, de ayer para hoy, se largó de La Habana sin arrimar la panza al mostrador para cumplir con su deuda... Pero, en general, eran personas de honestidad sobresaliente. Como mi amigo Bonifacio, que, si no ando muy errado, ha de ser la persona por la que tú indagas para tu patrona.

¿Bonifacio? ¿El *muleque* había oído de veras Bonifacio? Fue escuchar la palabra y retenerla para siempre. El nombre le sonó a disparo de cañón. Bonifacio. *Plooommm*. Tremendo cañonazo. La Niña iba a desvanecerse de alegría cuando él le contase...

—¡Qué digo amigo! —Proseguía Soler, ya definitivamente embalado—. ¡Ese gallego es más que amigo! ¡Cómo *nooo*! ¡Yo afirmo que, sin ser hijos de la misma madre, Bonifacio y yo somos hermanos! ¡Puros hermanos de sangre! ¡Faltaría a la verdad si dijese otra cosa!

El *muleque* comprendió entonces que el catalán, desde el principio, conocía perfectamente a la persona por la que le había preguntado y que toda aquella interminable sesión de parloteo no había sido otra cosa que puro entretenimiento, sencilla maniobra de dilación. Pasatiempo del bueno desde primera hora de la mañana.

—¿Me estás diciendo que ese hombre conoce en persona al tal Bonifacio? —Intervine yo, que no acababa de creerme la novedad.

—Niña *Duuulse*, tú *tiene* que *acudí* allá. ¡Ese hombre lo sabe *tó*! ¡É un *poso* de sabiduría!

—Claro que iré. Mañana mismo, si no hay novedad. ¡Pero sigue, cuenta! ¿Qué más dijo?

El gallego, a decir de Soler, era hombre alto, flaco en extremo, de tez

pálida, cabello rubio y sonrisa huidiza, «con ojos color de oliva y ese hablar cantarín que embelesa a las prietas». Y semejante joya resultó varón casado en su tierra pero sin hijos.

No estaba al tanto el bodeguero de los primeros tiempos de Bonifacio en la Isla, pues se habían conocido cuando ya el gallego ocupaba el puesto de «capitán», o sea capataz, en una cuadrilla de alumbradores, pero lo que sí sabía, y con total certeza, era que cuando Bonifacio se encontró con una prieta a la que nombraban Coleta, hacía sus buenos dos años que el gallego residía en La Habana:

—Mi amigo Bonifacio pisó por vez primera la caoba del Muelle de Caballería en mil ochocientos cincuenta y cuatro. Eso sí que yo lo sé *seguuuro*. Él mismo me confidenció que un empresario lo había engañado en su pueblo y que vino a La Habana en el *Villa de Neda*, ya tú sabes, la fragata que usaron para hacer trasiego de gallegos esclavos —había revelado Soler a Ulises.

Lo que relataba el *muleque* a mí me estaba dejando de piedra. Gallegos esclavos llegados a La Habana en 1854. ¡Primera vez que escuchaba hablar de semejante cosa! Ni entre la ingente documentación esclavista que consulté, ni en las montañas de litigios y reclamaciones de siervos contra amos que tuve que ordenar tras la muerte de mi padre, ni en ningún texto histórico, había yo topado el menor indicio de que hubiese existido en Cuba tal tipo de esclavitud. Por supuesto, me negué a seguir adelante sin indagar a fondo el asunto.

Para ello envié a Ulises con aviso de petición de *randevú* al despacho de Pascasio Araoz, un criollo descendiente de vizcaínos de mi entera confianza, viudo de mi amiga Hortensia recientemente fallecida.

Nadie mejor para averiguar, Pascasio era funcionario, ocupaba un puesto de altísimo rango en la Real Aduana, tenía libre acceso a archivos reservados y se manejaba rebién no solo entre los vascos de la Camarilla de Capitanía, sino en el ambiente de los mandamases del Ministerio de Gracia y Justicia. Además era masón, pertenecía a la Gran Logia de la Isla de Cuba que, pese a estar perseguida y considerada ilícita, a mí me despertaba gran simpatía porque seguía liturgias socio-políticas y no simplemente filosófico-fraternales como otras muchas logias.

Dada la excelente amistad que nos unía, yo estaba segura de que no tendría el menor inconveniente en aclararme, de primera mano, tan singular

cuestión. Y, en efecto, en cuanto que le puse al día de mi indagación prometió hacerme el favor.

No había terminado la semana cuando se nos presentó en la antepuerta de Amargura un negrito que canturreaba orgulloso:

—Acá llega el *muleque Carlomaaagno*, de casa Araoz, con recado de parte del amo suyo para la señorita *Dulce* Elena Prieto. Me envían a *desí* que el *señó* espera siempre con gran gusto a la *señoriita*, pero que sería muy *apropósito* si ella se viniese a la casa de él este día sábado, en la *taarde*, a la caída de las dos y media.

Confirmada la visita, me reuní con mi amigo en su casa de Mercaderes con la Obra Pía donde, entre tazas de chocolate y copitas de licor de anís español, el jefe supremo de los inspectores de aduanas se pegó la fatiga de aclararme, con la impecable sencillez de quienes conocen bien aquello de lo que están hablando, los pormenores de uno de los episodios más descabellados de la historia de mi país:

—Pero qué extraño asunto, Pascasio, lo de la trata de gallegos. ¿Cómo puede ser que yo nunca haya tenido noticia?

—*Bueeno*, tal vez a tu señor padre no le pareció oportuno hablarte de ello, o no se le presentó la ocasión. Piensa, Dulce, que sucedió antes de que tú nacieses y, si lo miras bien, fue algo tan insensato que se resolvió con cierta precipitación... Pero no me extraña que te llame la atención, porque el suceso, por no decir el dislate, salpicó a la totalidad de las instituciones: al Gobierno de Madrid, al colonial, a la Junta de Fomento y ¡al mismísimo Capitán General!

—¿En serio? ¡Pero entonces la cosa tuvo que ser sonada!

—Ruido sí hubo. Y no poco. Yo te voy a contar cuanto sé de este episodio pero, para no confundirte, empezaré por el principio: parece que toda la trama se urdió para favorecer a un riquísimo comerciante que había sido militar, Urbano Feyjóo y Sotomayor se llamaba. Su familia política poseía ingenios, cafetales, haciendas y muchos otros intereses en la Isla. — Pascasio guardó silencio mientras la doncella rellenaba las tazas de chocolate —. Con esto quiero decir que no se trataba de un simple hacendado sino de un hombre poderoso, miembro de la Junta de Población Blanca y vocal en la

Junta de Auxilio de La Habana. Fíjate que, cuando las cosas le viraron mal, el tipo desapareció de Cuba y fue a sentar sus reales ni más ni menos que a Madrid, porque, para más infamia, Feyjóo era gallego de nación y en aquel momento diputado a las Cortes españolas por la provincia de Orense.

—¡Qué me dices! ¿Un gallego que esclaviza a sus paisanos? —exclamé sin dar crédito.

—En efecto, contrataba, a precio de esclavo de plantación, trabajadores muy pobres en Galicia, se los traía a Cuba y una vez acá traspasaba sus contratos a dueños de ingenios. Los vendía como si fuesen africanos.

—Me sorprende que mi padre nunca lo haya mencionado. Yo le había oído hablar, bueno, ya tú sabes, más que hablar despotricar, contra los experimentos de hacendados que pretendían sustituir esclavos africanos por indios, por yucatecos, qué sé yo. Incluso recuerdo que me contó otra intentona, la de aquel español, tengo el nombre en la punta de la lengua... ¡sí, hombre, el que se trajo tantos catalanes a Haití, en el cuarenta!

—Ya sé. Tú te refieres a Miguel Estorch. Otro que tal bailaba. Puso a trabajar en condiciones de esclavitud a noventa catalanes; los tenía con contrata en el ingenio La Colonia como si fuesen ladinos. Cuando su iniciativa fracasó, el tipo intentó defenderse argumentando que él solo había pretendido «contribuir al aumento de la población blanca en la colonia, pues la raza aclararía si se importaban trabajadores catalanes».

—¡Blanquear la raza con catalanes! ¡Lo que hay que oír! ¡Ni que viniesen acá nada más que a *padrear*!

—Pero Estorch no fue el único. Hubo otras tentativas de «blanquear» con españoles; estoy pensando, por ejemplo, en aquel Goicouría con su «fraternal proyecto» de trasladar canarios necesitados a Cuba para luego esclavizarlos en el azúcar, también sucedió en los años cuarenta.

—Y ahora que lo dices, hubo otro más. Sí, hombre, uno de los hermanos Diago, el que quiso sustituir los esclavos negros por colonos vascos. Este publicitaba en la prensa su «benéfica iniciativa de inmigración» como el mejor modo de aumentar la presencia española acá y, al mismo tiempo, luchar contra el oscurecimiento de la raza...

—A ese «filántropo» me lo conozco de maravilla. Más que bien, te lo aseguro. No sé si sabes que entre los trabajadores que se trajo Diago desde Vizcaya hasta La Habana, en el año cuarenta y ocho, venían mi padre y sus dos hermanos pequeños, mis tíos.

—¿Tu padre y tus tíos, dices? ¡No tenía ni idea!

—Pues sí, Dulce. Ya tú ves.

—¡Ay, cómo lamento hacerte recordar...!

—No, qué va. Para nada.

—... Y cuánto te agradezco la confianza de contármelo.

—No, no hay por qué. Fue algo que sucedió y, mal que bien, ya forma parte de nuestra historia familiar. Pero volvamos al tema que nos ocupa...

—Como quieras. Pues, la verdad es que yo tenía noticia del trasiego de canarios y también, aunque no como tú, del comercio de vizcaínos. Si una se pone a pensar, lo más fácil es concluir que tales experimentos no eran más que ensayos de comerciantes ambiciosos que veían peligrar su negocio ante el cese de la trata.

—No puedo estar más de acuerdo contigo. Todos estos tipos seguían las mismas pautas: contrataban, a precios ridículos y con promesas de excelente trabajo, a pobres ignorantes y luego acá «traspasaban sus contratos», es decir los revendían sin pudor alguno, atacando la dignidad y los derechos de quienes aceptaron venir a trabajar con ellos.

—Bueno, por suerte fracasaron.

—Fracasaron, sí. Al igual que fracasó, tras originar tremendos problemas y dramáticas situaciones de injusticia, la triste «colonización asiática» de Julián Zulueta, al que habrás conocido porque falleció hace poco.

—¿El Marqués de Álava?

—Marqués de Álava y Vizconde de Casa Blanca, sí señor. La Corona le concedió sus buenos títulos pero era negrero; su empresa se llamaba Zulueta y Cía. y era la propietaria del *Oquendo*, un bergantín que trajo a Cuba las primeras expediciones de culíes chinos. El señor Marqués, como tú le llamas, poseía cuatro ingenios azucareros y claro... el hombre precisaba esclavos.

—Sí. Algo sé... En el estudio de mi padre se custodian docenas de protocolos de quejas de esclavos chinos; eran feroces desacuerdos entre ellos y sus patrones por culpa de contratos cuya fecha de extinción se dilataba sin motivo y no vencía jamás. Pero del caso de los gallegos, ¡me estoy enterando ahora mismo!

—Pues te diré que «la empresa» de Fejjóo, cuando nace, tiene sus ambiciones; se trata de una Compañía Patriótica-Mercantil fundada, según él, con la finalidad de «salvación y progreso para España y Cuba». El proyecto dispondría de un fondo inicial de cien mil pesos en oro y, bajo la figura

jurídica del Privilegio Real, iba a importar a lo largo de quince años un total de cincuenta mil «braceros gallegos» a la provincia de Cuba.

»Pero la cosa se torció desde el principio; la Junta de Fomento se opuso, por dos veces, a otorgar el permiso para solicitar el Privilegio, porque suponía conceder el monopolio de la inmigración y la exclusividad de la introducción de trabajadores blancos en la Isla a un particular. Pero Feyjóo, muy contrariado, utilizó todas sus armas y acudió a instancias mayores; manipuló cuanto pudo y, a la tercera, gracias a la intervención personal del entonces Capitán General, que era Vicente Cañedo, consiguió el permiso. Cierto es que se lo otorgaron con dos condiciones: sus cien mil pesos tendrían que ser doscientos mil y, además, tenía obligación de presentar avales y capital de socios, pues la Junta consideraba “imprescindible para el otorgamiento del Privilegio, una entrada anual mínima de seis mil inmigrantes”, lo cual, en los quince años que él solicitaba, elevaba a noventa mil el número de gallegos, cifra que superaba en mucho las expectativas del promotor.

»Ahí estuvo el meollo de lo que al poco se convertiría en un puro despropósito. Solamente mencionaré un dato, para que comprendas el alcance de la tragedia: de los casi mil ochocientos gallegos que llegaron a Cuba, al cabo de cinco meses habían muerto cuatrocientos.

—¡No me lo puedo creer! —interrumpí—. Pero explícame clarito, para que yo entienda, cómo un solo hombre, por muy poderoso que sea, pudo conseguir autorización para tal locura.

—Dulce, tú sabes que en esos años Cuba necesitaba brazos; la vigilancia de los ingleses, que patrullaban el océano, impedía la llegada de las naves negreras y había que mantener el ritmo de producción en los ingenios, que por entonces no estaban mecanizados como ahora. La situación inquietaba a los señores del azúcar porque, con la abolición de la trata en los países de nuestro entorno, el precio de los esclavos se encareció, qué digo encareció, ¡se puso por las nubes!

»Por eso cuando Feyjóo presenta al Capitán General de la Isla y al Gobierno de Su Majestad su patriótico proyecto “de inmigración” que propone traer desde España una mano de obra económica para abastecer cuadrillas de ingenios, vegas, cafetales y obras públicas, la idea no se ve con malos ojos.

»¿Y dónde encontrar hombres dispuestos a venir acá por un salario

similar al que resultaba de mantener un esclavo? Pues muy fácil, en su propia tierra, Galicia, la región más arruinada y hambrienta de la madre patria. Feyjóo “compró” a sus pobres paisanos con un miserable anticipo: ochenta pesos por cabeza que la mayoría de ellos dejó en casa para que con ellos subsistiese la familia. —Pascasio se paró, caminó hacia un mueble sobre el que descansaban varios cartapacios y agarró un par de ellos—. Mira ahí dentro —me ofreció uno—, es prensa de la época. Verás que los habaneros estuvimos informados día a día del proyecto.

Mi amigo presumía lo preguntona que puede llegar a ser una servidora cuando platica estos asuntos y se había molestado en documentarse bien. La carpeta contenía un lote de páginas de diario amarillentas, casi todas pertenecientes a *La Gaceta de La Habana*. Una de ellas, de 1853, celebraba en términos elocuentes la iniciativa de crear una Compañía Patriótica-Mercantil que, en palabras del propio Feyjóo, tenía dos objetivos: «socorrer a los desgraciados gallegos» y «contribuir a la agricultura y al aumento de la población blanca en Cuba». En otra página se explicaba el plan: «Trasladar a la Isla gallegos en número indeterminado, con una empresa que funcionará en régimen de privilegio durante quince años.» Añadía el diario que la frecuencia de los envíos estaría supervisada y aprobada por el Gobierno de Su Majestad la reina Isabel II y que serían trabajadores «libremente contratados con escritura pública de una duración de cinco años». Una tercera noticia, esta con fecha de 15 de marzo de 1854, daba cuenta del jubiloso recibimiento dispensado por parte de las autoridades a la llegada de la fragata *Villa de Neda* especialmente fletada para trasladar a los primeros 315 gallegos. Leí en voz alta: «Jóvenes [...] de hermosa presencia y notable compostura uniformados con la mayor propiedad para los campos de trabajo [...] y organizados en pelotones de a 25 con su correspondiente capataz cada uno, formaban un cuadro sumamente agradable que realzaba la alegre y marcial música de su país.»

—Gaitas, uniformes, desfiles... ¡Menuda estampa idílica la que pintaba la prensa! —protesté, dejando a un lado el diario—. ¡Hasta pone que el «excelentísimo señor Capitán General los ha revisado detenidamente, manifestándose muy satisfecho del estado de salud de todos»!

—Y en otro artículo, ese que tienes ahí, repararás que el propio Fejjóo publicaba anuncios por su cuenta informando sobre las ventajas que brindaría a los hacendados disponer de «colonos gallegos» para las labores del campo o simplemente para sustituir a negros esclavos.

—Lo estoy viendo acá mismo, ofrece sus gallegos, dice que solo se pueden contratar en cuadrillas completas, con su capataz. Y avisa a los interesados de que pueden pasar por sus oficinas, en el número veintiocho y medio de la calle Cuba —corroboré.

—Mira. Acá te conseguí un ejemplar del pliego de condiciones de la Compañía Patriótica-Mercantil, consta de diecinueve puntos. Como no quiero aburrirte con palabrería, leeré lo más importante, veamos:

»“La Compañía²⁹ se constituye con un capital inicial de doscientos mil pesos a fecha 15 de julio de 1853; la Compañía paga en España ochenta pesos de anticipo, los gastos previos al embarque del trabajador y le entrega, al tiempo de embarcarse, un vestuario compuesto de tres camisas, pantalón, blusa de hilo, un par de zapatos y un sombrero de paja, además paga su pasaje...”

»Aquí. Esto sí es importante: “Al llegar a la Isla los trabajadores serán recibidos en locales preparados en el campo para su aclimatación. Tres meses serán tratados en estos depósitos con las precauciones y bajo el régimen que los facultativos prefijen, concluida la aclimatación la empresa dará al trabajador otro vestuario completo y trasladará su contrata al hacendado quien desde ese día le pagará el sueldo convenido. Si no hubiese colocación para el emigrado la empresa le abonará su mensualidad; el sueldo no podrá ser de menos de *cinco pesos por mes* ni el tiempo de contrata podrá exceder de cinco años.

»”Los trabajadores serán tratados con cuidado por los principales, se les suministrará buenos y abundantes alimentos, tendrán consagrados los domingos, las noches desde las ocho hasta las cuatro de la mañana y tres horas durante el rigor del día; serán cuidados de sus enfermedades por cuenta del contratista. La Empresa exigirá al hacendado que tome inmigrados la suma de *ciento diecinueve pesos* por cada uno y de una sola vez.” Estas, más o menos, eran las condiciones.

—Pues tengo que decir que si las cosas hubiesen sucedido en los exactos términos que acabas de leer, no me parece tan mal... Bueno, a excepción de lo

del salario, por supuesto, cinco pesos mensuales era poquísimo para un colono blanco, si no me equivoco, un esclavo alquilado de los más baratos cobraba por entonces entre diez y diecisiete.

—Lo del salario y el hecho de que los trabajadores no llegasen, en ningún momento, a recibir sus pagas porque la propia Compañía, prometiéndoles un interés anual del seis por ciento pagadero cada seis meses, «guardaba» directamente las mensualidades.

—¡Qué me dices! ¿Feyjóo se lo quedaba? Y supongo que con ese capital pagaría el viaje de las siguientes remesas de gallegos. ¡Qué perversidad!

—Bien dicho. Perversidad de la buena. Por ello la Empresa exigía, además, que los trabajadores firmasen un segundo contrato, este con letra muy pequeña —Pascasio se ajustó los espejuelos para descifrar la diminuta escritura— y cláusulas que, leídas hoy, no dejan lugar a dudas respecto a las intenciones del empresario. Fíjate que los gallegos se comprometían, mientras estuviesen en la Isla, «a no disponer de sus propios pasaportes sino de una cédula de identificación emitida por las autoridades de Cuba».

—¡Ahí sí advierto malicia! Retirar los pasaportes a ciudadanos españoles huele más que mal.

—... Y a estar sujetos a castigos correccionales «con arreglo a las ordenanzas».

—Por Dios... ¡Ignoraban lo que estaban firmando! No sabían que, de tener que someterse a ordenanzas, las vigentes en la Isla no eran otras que ¡ordenanzas de esclavos!

—Para terminar te mostraré el pirulí del pastel, es decir, lo que este segundo contrato contenía a modo de colofón. Leo literalmente: «Yo (nombre y apellidos) me conformo con el salario estipulado, aunque sé y me consta que es mucho mayor el que ganan los jornaleros libres en la Isla de Cuba; porque esta diferencia la juzgo compensada con otras ventajas que ha de proporcionarme mi patrono.»

—¡No puede ser! ¡Es el mismo párrafo que firmaban los culíes chinos en las contratas de Zulueta!

—Ya yo sabía que tú ibas a reconocer el textito. Los gallegos firmaron sin comprender que, si aceptaban que no los tratasen como «jornaleros libres de la Isla» estaban admitiendo que los tratasen...

—¡Como puros esclavos! —exclamé, llevándome las manos a la cabeza—. ¡Qué si no...! ¡Pobre gente!

—El caso fue que, pese al despliegue publicitario, los hacendados desconfiaron del proyecto y se mostraron reacios a comprar. Pero los barcos llenos de gallegos seguían llegando (cada tres semanas un arribo) y Feyjóo empezó a agobiarse al ver que el «producto» no se vendía. Como estaba obligado a mantener a los inmigrantes en los «centros de aclimatación» y esto le resultaba caro, primero logró desviar la mayor parte de los gallegos a ingenios de amigos, cafetales de familiares y fincas de particulares y, además, utilizó sus influencias para que el Gobierno ubicase a los sobrantes, unos cientos, en las obras del camino de hierro, como si fuesen convictos condenados a trabajo forzado.

—La verdad, Pascasio, es que parece de lo más irregular. ¿Cómo nadie criticó?

—¡Qué sé yo! La prensa se hacía eco a diario de la «patriótica empresa» y los habaneros pensaban que todo era correcto. No se supo que se estaban produciendo desmanes hasta que saltó la noticia de que los gallegos habían sido esclavizados y viendo que los trataban como a los africanos, se habían rebelado y estaban huyendo de las haciendas. A partir de ahí empezaron a aparecer por los caminos deambulando alucinados, heridos, medio desnudos, pidiendo limosna o robando comida.

—¡Madre de Dios! ¡Menudo escándalo! Es que no me lo explico...

—Está bien, te voy a contar de manera sencilla y con mis propias palabras, cómo yo creo que, más o menos, sucedieron en realidad las cosas: te diré que, tras la alegre recepción con músicas de gaitas y banderolas de bienvenida que tú misma has leído, los gallegos fueron conducidos a ingenios abandonados como El Retiro y a barracones de los que se usan para castigar a cimarrones, reductos en ruinas, sin higiene, que para nada eran los prometidos «centros de aclimatación» sino depósitos infectos en pobladitos aislados, donde se vieron reclusos bajo llave. Por supuesto, durante la estancia en el lugar, ni doctores, ni cuidados, ni alimentos saludables, nomás un pedazo de pan y un plato escaso, cocinado con batata y tasajo, que ni los propios africanos aceptaban. El objetivo era que, transcurrido un tiempo a base de este rancho, leo literalmente para que no pienses que estoy exagerando, «se encuentren los trabajadores acostumbrados a vivir a base de plátanos y raíces, o que al menos necesitarán poco más que los negros».

»Hasta allí se acercaban los pocos hacendados que venían a adquirir lo que la Compañía vendía, es decir mercadería humana. Pagaban el traspaso de

sus contratos con la promesa de que cada gallego haría “el mismo trabajo de dos negros”. En resumen, lo que Feyjóo denominaba “saludable período de aclimatación” no fue sino el tiempo que tardaron los hacendados en llegar, pagar, llevárselos e instalarlos entre la negrada de sus bohíos.

»Los gallegos, en su mayoría enfermos a causa del clima tropical, tuvieron que trabajar a golpe de látigo jornadas de quince horas y en condiciones vergonzosas, puro trabajo de esclavo impropio de ciudadanos blancos, católicos y súbditos del reino de España. Morían de cólera, del vómito, por hambre, por fatiga, apaleados, azotados... Los que desobedecían eran castigados en el cepo o encerrados en lugares inmundos amarrados con cadenas y grillos. A los dos meses empezaron los suicidios y las deserciones. Escapaban de sus amos hambrientos, descalzos y lastimados, para ir a entregarse al Orden Público. Preferían la cárcel al ingenio.

—¡Insultante! ¿Y cómo lo resolvieron?

—Pues como se resuelven siempre las cosas, Dulce, con el tiempo. Juan Manuel de la Pezuela, el nuevo Capitán General, no sabiendo cómo arreglar semejante entuerto, lanzó un bando inesperado: ordenaba al ejército «perseguir a los cimarrones gallegos» y exigía a los inmigrantes que se entregasen, porque muchos, los que no se conformaron y se rebelaron contra los amos, habían huido a la manigua para ocultarse con los jíbaros en los palenques. Algunos se entregaron a la primera, pero no pocos fueron capturados y acabaron en prisión, en depósitos de esclavos o en hospitales.

—Supongo que el Gobierno exigiría responsabilidad al empresario...

—¡Ay, mi amor, no me seas tan cándida! Feyjóo se esfumó con el dinero cobrado por la venta de sus paisanos. Echa cuentas: mil setecientos cuarenta y cuatro hombres a razón, como mínimo, de ciento diecinueve pesos por cabeza, más una subvención de ciento cuarenta mil duros que obtuvo de la Junta de Fomento para construir con sus gallegos un tramo del camino de hierro. Eso sin contar lo que había cobrado con anterioridad, tanto en Cuba como en la Península, en concepto de anticipo para tan «patriótica» causa. Con el saco bien repleto desapareció de la Isla y desde su casa de Coles, una aldea de Galicia no lejos de Orense, redactó poderes a nombre de dos amigos suyos, Gumersindo Iglesias y Eduardo Phelps, que fueron quienes afrontaron el gigantesco lío que él dejó acá, porque los gallegos que no habían huido seguían esclavos y a merced de hacendados que, como habían pagado por ellos, los consideraban de su propiedad. Mira —me señaló otro artículo de *La*

Gaceta—, esto era lo que opinaban sus propios patrones. —Agarré el diario y leí en voz alta:

—«Esclavos ojiazules —se quejan los criollos de los gallegos—, flojos y poco tenaces en el trabajo, que no acaban de aclimatarse a vivir acá y se postran por cualquier cosita que enferme a un blanco.» —Un poco más abajo, en la misma página, uno de los doctores de la empresa, apellidado Romay y también gallego, añadía su opinión—: «Los gallegos no tienen temperancia, gustan demasiado de la comida y no atienden a lo que uno les dice en cuanto a hacer dieta, por eso trabajan con lentitud y desgana.» —Sin articular palabra dejé caer el periódico.

Pascasio prosiguió:

—A pesar de que dos males nunca hacen un bien, parece que la fortuna quiso dar vuelco al asunto porque empezaron a llegar a Galicia docenas de cartas que los inmigrantes dictaban a escribientes y enviaban a sus familias. Pese a su ignorancia, entendían que aquellas condiciones de vida no eran las que Urbano Feyjóo se había comprometido a proporcionarles y se quejaban a próximos y amigos. Los familiares, en particular las esposas, las hermanas y las madres, se organizaron para evidenciar la situación: acudieron a la prensa, contrataron abogados y, clamando justicia, hicieron públicas centenas de epístolas afligidas y dolorosas en las que los gallegos relataban el trato que estaban recibiendo. En Madrid, aportando como testimonio dicha correspondencia, los letrados iniciaron un proceso que llegó hasta las Cortes promovido, entre otros, por el diputado gallego Ramón de la Sagra, que había vivido por años en Cuba.

—¿Me estás diciendo que en Madrid se creó una comisión para investigar la trata?

—La trata y los manejos de Feyjóo. Pero no te creas que fue dicho y hecho... El problema coleó su tiempito, puedes verlo acá —me alargó un documento—, en la copia del diario de sesiones de las Cortes del día veintisiete de junio de mil ochocientos cincuenta y cinco, es decir ocho meses después de la llegada de la primera expedición a La Habana. En ella figura la opinión que Urbano Feyjóo le merece a Tomás Acha, otro diputado que avaló las cartas de los gallegos: «... tratados peor que los esclavos, vendidos como ellos al que quiera comprar su trabajo, Feyjóo ha ultrajado a la humanidad y a la naturaleza reorganizando la esclavitud...». Acha y su grupo reclamaron la apertura de una causa criminal contra el empresario y exigieron que a los

gallegos se les ofreciese auxilio ante la justicia con derecho de pobres.

»Diez días después, tras interminables rifirrafes y no pocos debates irritantes, la comisión zanjó el enojoso asunto y aprobó esto que voy a leer: “Se declara rescindido el contrato celebrado entre el señor Feyjóo y los inmigrados, quedándose estos en libertad de apartarse de la empresa o de seguir en ella como jornaleros libres, sin sujeción a ninguna de las condiciones que menguan los derechos del hombre.”

—¿Eso fue todo?

—Ya tú ves. Con cuatro líneas en las Cortes resolvieron el problema.

—¿Así? ¿Por las buenas?

—Ni más ni menos.

—Lo que daba por hecho que los gallegos no podrían reclamar...

—Y que el negrero se libraba.

—¡Menudo elemento ese Feyjóo! ¿Se sabe qué fue de él?

—¿Que si se sabe? ¡Cómo no, mi amor! ¡Fíjate que, con la que estaba cayendo acá por su culpa, el elemento, como tú le llamas, tuvo la desfachatez de seguir ocupando en Madrid una silla de diputado!

—Se ve que era un tipo sin escrúpulos, aparte de sin vergüenza. ¿Vive todavía?

—Vive, sí. Supimos que, años después del fracaso de su empresa, seguramente pensando que sus tejemanejes ya estarían olvidados, volvió a ser elegido, esta vez por Verin, un pueblo de Galicia. Fue en el setenta y dos pero, por fortuna no disfrutó el cargo ni dos meses, porque a finales de junio se disolvieron las Cortes.

—Sí, fue cuando el rey Amadeo, poco antes de la República —cavilé.

—Exacto. Y no te lo vas a creer, pero parece que Feyjóo anda de vuelta por acá. Yo no lo he visto, pero ayer mismo me dijeron que se dio un paseo por el palacio de los Capitanes Generales, por aquello de mostrarse, y comentó que espera salir elegido de nuevo el año próximo;³⁰ lo proponen por Matanzas.

—¡Solo eso nos faltaba! ¡Por Dios y que nadie le vote! ¡Mejor a merced de caimán en la ciénaga que con Urbano Feyjóo!

Pascasio comenzaba a colocar la revolvedera de documentos que habíamos utilizado.

—Así fueron las cosas, Dulce. Y así continúan —concluyó.

Pensando que daba por finalizada nuestra conversación, ya yo estaba dispuesta a agradecerle los desvelos, desalojar mi comfortable sillón y tocar a retirada cuando me percaté de que él me sonreía mirándome de reojo, como hace uno que se está muriendo por revelar un secreto.

—Aparte de estos papelotes que me he procurado acá y allá, como los deseos de la señorita son órdenes para este servidor —completó—, no sé si mencionar que me topé con otra cosilla. Tiene que ver con ese Bonifacio...

La inesperada mención me hizo dar un bote.

—¡Acá quería yo que viniese a parar el caballero! ¡No me digas que tienes algo! ¡Ya creí que te habías olvidado de mirar por él!

—«*Suaave, pa que se te dé bien...*» —Se veía que disfrutaba con mi expectación—. Algo encontré. Algo había en los archivos, sí. No mucho, poca cosa. —El muy malicioso, disfrutaba retardando la noticia—. Aunque con tan raro nombre no fue difícil dar con él. Es el único Bonifacio que hay en los listados. Figura anotado como «Bonifacio gallego», sin otro apellido.

A estas alturas ya el corazón me latía a puro galope. Pascasio prosiguió:

—Me explico; lo que tengo claro como agua de manantial, porque es público y está anotado, es que ese Bonifacio que tú buscas con tanto desespero llegó a La Habana en la primera de las ocho expediciones que Fejjóo se trajo a Cuba, pero también me ha quedado claro, cristalino, que la vida no le fue de maravilla, tuvo que huir, como tantos otros, del ingenio donde lo habían esclavizado y acabó dando con sus huesos en la cárcel. Pero antes de esto ya su nombre era conocido en las pedanías por cuatro menciones que sobre el susodicho Bonifacio gallego figuran en otras tantas papeletas del Orden Público. —Sostuvo a la altura de mis ojos un puñado de matrices timbradas cuyo contenido leía y, una tras otra, iba dejando sobre la mesa—: Una por apalencarse y luego ser detenido; otra por deambular huyendo de la faena a la que estaba obligado por contrata; una más por mendigar comida de malos modos en los puestos del mercado, y otra, la última, porque un vecino le sorprendió durmiendo sin permiso en su cuadra, con el agravante, según explica la denuncia, de que «semejaba enfermo, pudiendo contagiar su mal a los animales». Es cuanto pude averiguar.

—¡Y que no es poco! ¡Qué bueno, Pascasio!

—Ay, pero déjame que ponga mi colofón personal al cuento y ya tú luego me dirás si es o no es de tu agrado. —Acomodado en el sofá, se sirvió otra copita de anís y me hizo un guiño cómplice—. Como supongo sabes,

cuando el Gobierno de Madrid destituyó a Pezuela y nombró Capitán General, de segundas, a Concha, este recibió orden de zanjar, de una vez por todas, la cuestión de los gallegos. Era preciso facilitar el retorno de los que desearan abandonar la Isla y reinsertar laboralmente a cuantos optasen por permanecer acá.

»¿Y cómo resolvió Concha?, te estarás preguntando. —Asentí con la cabeza, sin pestañear—. Pues urdiendo un plan de choque que se desarrolló en cuatro etapas: primero regresaron a Galicia, por propia voluntad, algo menos de trescientos hombres; a continuación el Capitán General suprimió el trabajo forzado de los convictos en las obras del ferrocarril y ofreció sus puestos a los que quisieron aceptarlos, así ocupó cuatrocientos gallegos más; en una tercera fase propuso el alistamiento en el ejército español a los que tenían experiencia militar, según mis datos se incorporaron a filas alrededor de doscientos cincuenta; y, finalmente, pensando en los que restaban, publicó en el *Diario de Avisos* una oferta de reclutamiento para personal de servicios municipales: en la limpieza, para repartos, en el puerto, en la recogida de basura...

—¡Calla, no digas más! —Vociferé cual perfecta chiflada—. ¡Y en las cuadrillas de alumbradores de la Compañía de Gas!

[28](#). Las epidemias eran habituales. Cuando en una casa se detectaba enfermedad contagiosa, colgaban paños en la fachada a modo de advertencia. El del cólera era rojo y si se trataba de viruela, el paño era de color amarillo.

[29](#). Pliego de condiciones bajo las cuales se organizará la Compañía Patriótica-Mercantil en «Isla de Cuba. *Inmigración de trabajadores españoles. Documentos y memoria escrita sobre esta materia por Don Urbano Feyjoo y Sotomayor, publicada en La Habana en 1853*». Reimpresa y adicionada en Madrid (1855). Imprenta de Julián Peña. Cava Alta, 44 (páginas 19-23).

[30](#). Urbano Feyjoo y Sotomayor resultó elegido por Matanzas el 21 de agosto de 1881 y ocupó su puesto de diputado a Cortes (circunscripción de Cuba) hasta marzo de 1884.

Bachiller manda recado

Los hallazgos de Pascasio me parecieron de lo más emocionante. Desde mi punto de vista, la contingencia de todos aquellos gallegos esclavizados que huían de los ingenios, las vegas y los cacaotales en pos de su perdida libertad suponía un episodio delirante que añadía una aureola de fatalidad romántica al ya de por sí misterioso y desconocido derrotero de nuestro Bonifacio, un hombre que, quise dar por hecho, había debido amar muchísimo a Misterio. Y mi fantasía se desbocó de tal manera que cualquier detalle que descubriáramos, la más nimia circunstancia o el más ordinario de los pormenores respecto al pasado del gallego, se me antojaba una proeza repleta de coraje y de intrépidos lances.

Aunque ahora que lo pienso, la imaginación se me encandiló algo mucho y creo que yo solita me inventé un prodigioso Bonifacio a quien servidora, no me avergüenza reconocerlo, idealizó bastante más de lo necesario. Hoy, con el tamiz del tiempo y la tranquilidad de que al final las cosas llegaron a buen puerto, no tengo inconveniente en aceptar que me pasé de novelera; a fin de cuentas, ahora sé que lo que entonces se me antojaba asombrosa peripecia vital rebosante de hazañas y aventuras, en realidad no fue más que el anodino devenir de un inmigrante como tantos, el día a día de un gallego de lo más corriente que, tras una experiencia tan cruel y nefasta como la que le tocó vivir, hizo lo que pudo para salir adelante.

Tengo que aclarar que Ulises y yo no llegamos a recomponer del todo el enloquecedor rompecabezas de la vida del alumbrador de farolas hasta que pudimos casar los antecedentes que había encontrado Pascasio con la siempre imprecisa información que, píldora a píldora, nos facilitaba el pesado de Soler. Por sus comentarios dedujimos que el tal Bonifacio debió de quedarle

bastante reconocido al bodeguero por los tantos y tantos favores de *compays* que le había hecho en sus años de amistad. Pero lo que más nos impresionó fue descubrir que, pese al tiempo y la distancia, la relación entre ambos se había mantenido.

—Mira ahí dentro, calesero, en el borde del espejo. Cartas de felicitación, retratos de tipos de Galicia, estampas de paisajes... *Toodo* eso me envía a mí Bonifacio. Desde hace años las tarjetas van llegando a la bodega y yo las coloco acá, bien a la vista de la clientela. Debería avergonzarme porque casi nunca respondí a sus cartas, dos o tres veces quizás, en los primeros tiempos, pero no más. Uno es de poca letra, pero él, erre que erre, sigue escribiendo. ¡No me quiere olvidar ese gallego!

Ulises caminó hasta el mostrador y contempló de cerca un rimero de tarjetas prendidas entre el marco y el cristal del enorme espejo que decoraba el local. Calculó que habría más de tres docenas, algunas de buques, vistas de puertos, escenas marineras y playas, otras de ciudades, baluartes, castillos y edificios acristalados, varias más de calles, iglesias y plazuelas. Caviló que algunas podían llevar sus buenos años en el lugar porque se veían amarillas y deslucidas. Rebuscó entre las que le parecieron menos viejas y se fijó en una que le llamó la atención: desde el cartón, tres mujeres vestidas con blusa y saya larga miraban con recato; paradas junto a una enorme fuente de piedra, sostenían en sus cabezas curiosos recipientes de madera y metal. Al pie de la estampa, que había sido franqueada en un lugar llamado Cruz de Incio, un texto sobreimpreso informaba: «Lugo (Galicia). Sirvientas con sellas para acarrear agua. Hauser y Menet.»

Sin saber por qué el *muleque* tomó la tarjeta y la volteó. Leyó: «A mi muy apreciado Soler de su amigo que no le olvida. 12 de octubre del año de 1872.» Y el que escribía firmaba «Bonifacio Somoza».

Ulises parpadeó varias veces. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Somoza. Allí ponía Bonifacio y después ponía Somoza. ¡Se había topado de bruces con el verdadero apellido de Bonifacio! Al final resultaba que el hombre no era Bonifacio gallego, como constaba en las listas de inmigrados de la Empresa de Urbano Feyjóo, sino Somoza. Bonifacio Somoza.

Era como para ponerse de rodillas y empezar a alabar a Dios. Lo que tanto había buscado estaba, desde el principio, ante sus propias narices. ¡Allí mismo, en el espejo de la bodega y a la vista de todos! Hubiese bastado con

acercarse y agarrarlo, no hacía falta más.

A la velocidad del rayo atravesó el *muleque* La Habana toda. Llegó a la casa cual perro sin aliento para contarme el hallazgo, pero conforme él relataba yo me iba sobresaltando. De vuelta noté que se me disparaban las palpitaciones y, presa de excitación, dejé mi asiento, fui hacia él y le zarandee de los hombros:

—¿Qué tú acabas de decir? ¡Repíte eso que has dicho, el apellido! ¡Repítemelo! ¿Estás seguro que no es Bonifacio gallego?

Le vapuleaba la cabeza como si temiese que su cerebro fuese a estar inventando lo que yo misma acababa de escuchar de su propia boca. Él no comprendía el motivo de la meneadera.

—No, Niña. *É Somosa...* ¡Pero ya tú no me *jale má!* ¡Está escrito en la tarjeta! Se apellida *Somosa*. Yo mismo lo confirmé, *Somosa*. Y le pregunté al catalán: «*Señó Solé*, este Bonifacio *Somosa* que escribe acá, ¿no é la persona de la que andamos platicando?» Y él respondió: «Ya lo creo, sí. Es mi amigo, el mismo que se fue para España de la noche a la mañana con una bebida de poco tiempo. ¿De poco tiempo, digo? ¡Ni tres semanas tenía! Casi no abría los ojos que, por cierto, eran parejos a los de su papá. Sí señor. Linda de veras. Blanca como nata de leche, con su carita china y ojitos claros. ¡Una preciosura, amigo! Me dijo que la anotó como María del Consuelo, parece que el nombre le correspondía por ser el de las hijas primeras en su familia, aunque para chiquearlas lo acortan en Maricuela. Suena bello, Maricuela, pienso yo que señorial. Con ella se regresó mi amigo Bonifacio, bueno, con ella y con una nodriza gorda a la que yo mismo procuré papeles para que pudiese salir de Cuba. ¡Cómo si no un hombre solo iba a poder alimentar a una niña durante la travesía!»

Le interrumpí, medio trastornada:

—Pero ¿tú no te das cuenta de que Somoza y no otro es exactamente el apellido que figura en los papeles de Misterio? —Ahora el que ponía cara de pasmo era él—. ¡Y María del Consuelo es el nombre que consta en el registro de nacimiento! ¡María del Consuelo Somoza!

»Si Soler afirma que ayudó a Bonifacio a salir de La Habana con una bebida chica, no hay más candela que la que se quema, Ulises: Bonifacio va a ser el que robó la hija de Coleta, lo cual quiere decir que la niña seguramente esté en España, con su papá... ¡Vamos! —Agarré a toda prisa mi parasol, un bolso y un par de guantes—. Venga ya, espabila. Llévame al tren de lavado.

Verás tú cuando Xing sepa...

Definitivamente, el *compay* del bodeguero era la persona que estábamos buscando. Sí señor, el padre de María del Consuelo Somoza, hija de la emancipada Coleta pepel y de un alumbrador de farolas.

Ahora solo restaba que Soler nos revelase el actual paradero del gallego, aunque los tres presentimos que iba a ser tarea bien peliaguda. Xing opinó que fuese yo y nadie más la que visitase a Soler para ver el modo de sonsacarle. Y así se hizo, aquella temporada me la pasé personándome en la bodega a eso de la media tarde. Llegaba, nos saludábamos alegremente, tomaba asiento a su lado y allí que me anochecía soportando un paliqueo descontrolado. No miento si digo que de semejante modo discurrieron más de veinte días y que, tarde a tarde, la cosa lejos de mejorar, empeoraba.

Ahora que lo estoy relatando ya no me cabe la mínima duda de que el Señor de los Cielos premia las conductas pertinaces y que el viejo Soler, con toda su labia y sus dotes de observación, no esperaba toparse con mi tenacidad infinita, porque una tarde, tras un aluvión de recuerdos dramáticos, la más excedida de sus chácharas y tres refrescos, el catalán me miró como pidiendo disculpas, suspiró hondo, garabateó en un pedazo de papel cartucho dos o tres palabras, volteó el mensaje y lo deslizó hacia mí, sin añadir cosa. Sucedió de manera inesperada, disimulando el hombre al punto lo que acababa de hacer, como si aquellas pocas letras hubiesen emanado de sus dedos por sí solas en una especie de despiste involuntario.

Acepté el papel, lo observé discretamente y de inmediato comprendí. Con los ojos anegados estrujé el escrito y lo aprisioné en el interior de mi puño. La emoción me rasgó el habla, pero alcancé a susurrar un «agradecida» tan entrecortado que sonó reteatrero. Tragué saliva. Él sonrió mirando hacia otro lado, como hacen los viejos cuando quieren decir sin palabras «¡Nooo, por nada!», palmeteó con cariño mi antebrazo y se fue a buscar candela al mostrador dando por finalizada la conversación.

En cuanto que Soler dejó la mesa yo abandoné la bodega como ciclón de verano, arrollando cuanto había por delante. Ya en la calle me lancé al quitrín de lo más acalorada.

Viéndome tan descompuesta, Ulises se puso tenso y a la orden en el alto

del pescante.

—¡Dale, Ulises, rápido! ¡A casa de Xing! —chillé hecha un manojo de nervios.

Mi voz sonaba a bramido de perico, pero él disimuló.

—Como tú mandes —respondió circunspecto.

Segundos antes de que mi agitación se convirtiese en llanto descontrolado logré exclamar:

—¡Me ha dado sus señas, Ulises! ¡Acá mismo las tengo!

Enarbolé mi puño, que apretujaba el papelucho del catalán cual moneda de oro, y el *muleque* soltó tal silbido que a punto estuvo de detener el tráfico.

Y ahí que me atacó una tosedera de las buenas. De esas que me sobrevienen cuando la ansiedad me hace perder la energía y el corazón se dispara. «Flojedad de pulmones, —afirma el doctor Valecillos—. El pecho no soporta la desazón y se desborda en tos profunda, cavernaria y ahogadora.»

Sin atreverme a aflojar la mano, llegué al despacho de Xing con las señas de Bonifacio hechas un gurrño y el corazón reventándome en el pecho. De esta vuelta los ojillos imperturbables del oriental se iluminaron, y mucho, casi en relación directamente proporcional al brinco de alegría que pegó todo su cuerpo al conocer la novedad.

Con la dirección de Bonifacio Somoza en nuestro poder —estaba afincado en una aldea llamada Herrería de Incio, en Lugo—, ya solo había que meditar con tiento el contenido de una carta que resultase muy persuasiva pero suficientemente misteriosa como para despertarle curiosidad.

Así lo hicimos. Tras presentarnos, explicar sin profundizar demasiado nuestro vínculo con Misterio, antaño Coleta, y mencionar la existencia de un legado unido a un testamento para la apertura del cual la voluntad de la difunta exigía la presencia en La Habana de María del Consuelo Somoza, nos despedimos cordialmente, poniéndonos a disposición del destinatario para lo que fuese oportuno.

Xing se ocupó de copiar la misiva e introducirla en un sobre seguro que luciese bien visible el cuño gomígrafo de «Sol Naciente» para que no cupiese duda de que quien remitía la carta era una firma comercial, no un particular, y que el sobre tuviese preferencia a la hora de la entrega. Juntos llevamos la

carta a la Casa de Correos, donde, gracias a unas monedas regaladas a un oficinista que tenía buena mano en las mensajerías marítimas, nuestro envío se coló en una saca de correspondencia urgente que transportaría el clíper que cubría la ruta La Habana-Gijón. Xing había comprobado de antemano que el puerto de Gijón no estaba muy lejos de Lugo, además según su razonamiento, que nadie discutió, el clíper era «el más veloz de los navíos que cruzan la mar oceána, pues realiza la travesía en dos semanas menos que otros buques».

Tras confiar la carta con la inquietud de quien encomienda un hijo a un desconocido, retornamos a nuestras ocupaciones muertos de impaciencia. No quedaba otra que resignarnos, acudir día tras día a la oficina postal y escrutar las listas de destinatarios de correo en espera de respuesta.

En esas estábamos cuando recibimos noticias de Antonio Bachiller. Por voz de su *muleque* nos hacía saber que en breve tendríamos visita: un español aplatanado, copista de oficio, antaño subempleado de escribiente papeletero en las escribanías de número que había trabajado para él.

Dichos escribientes eran los encargados de tomar nota de las quejas que se interponían, o lo que era lo mismo, se ocupaban de anotar en guarro el texto de las minutas y luego lo pasaban a limpio para unirlo a la demanda. Parece que, cuando el antiguo Síndico contactó con el copista y le refrescó la memoria, el hombre, que malvivía en una casucha al final de la Calzada de Jesús del Monte, no había dudado ni un segundo: aseguraba recordar con claridad a la morena Coleta pepel e incluso creía estar en posesión de algún que otro apunte relativo a las demandas por ella interpuestas. Prometió indagar en la *barbacoa*³¹ de su vivienda, entre la montaña de atados de borradores de causas y reclamaciones que, según él, se conservaban «perfectamente ordenadas por fecha, en mazos amarrados con sogas de cáñamo».

Nomás habían pasado tres días cuando Ulises se paralizó ante la presencia de un ser que, sin permiso ni *randevú*, atravesaba ufano la cochera blandiendo un manojo de papeles que rebosaban mugre. El sujeto proclamaba

a voz en grito que era portador de excelentes noticias para la señora de la casa.

Solo los buenos modales del servicio lograron que José Sánchez, nombre con el que se identificó el visitante, aguardase unos minutos, sentado y contento, en el bancal de la entrada. Venía sin afeitarse, sudoroso, con el cabello sucio y despeinado. Su desabrochada camisola, antes blanca pero actualmente tostada, y una levita, enriquecida con docenas de lamparones, daban fe de la extraordinaria cantidad de fritura de bodega que el personaje consumía a diario, pero lo más desagradable era el luto que lucía en cuello, puños y manos, el cual combinaba a la perfección con la roña de unas páginas que atesoraba gozosamente abrazadas contra el pecho.

Al cabo de un minuto pareció aburrirse tan feliz espera y tomó la iniciativa sin previo aviso:

—¡El que guarda siempre tiene! —exclamó. Y se adentró en el patio, ante el espanto del *muleque*—. ¡Nunca hay que tirar nada! ¡Yo jamás tiro un papel!

Sus voces eran tales que perturbaron mi lectura. Me asomé a la baranda dispuesta a bajar, pero ya Ulises se había adelantado para prevenirme:

—Niña, ese hombre entró sin permiso. Va a *sé mejó* que guardes *distansia*. —Y añadió en un susurro—: Hiede fuerte y *parese* que tomó.

—Envía a las doncellas al mercado, que compren ramos de menta y los coloquen en jarros para disimular el olor —musité mientras me recomponía las mangas de la blusa—. Y tú ofrécele asiento. Dispón balances, una mesa con mantel y servicio de agua fresca ahí mismo, en el patio. Anuncia que estoy bajando.

No hizo falta. Nada más adivinar mi presencia en el rellano del corredor, ya el hombre se había puesto firme y empezaba a deshacerse en saluciones por lo que, como gritaba tanto, no pude menos que personarme.

—¡Muy señora mía! Me permitirá que me dirija a usted como señora, aunque por la edad no lo merezca... ¡Cuestión de respeto! ¡No sabe qué gusto me da conocerla!

Visto desde la baranda aquel hombre semejaba la más pura estampa de la felicidad. Intenté atajar su verborrea bajando lo más rápido que pude y alargué hacia él mi mano en un amago de saludo.

—El gusto es mío, caballero. Don José Sánchez, supongo. Ya don Antonio Bachiller nos tenía prevenidos de que, en cuanto tuviese noticias, se

llegaría, sin cita ni aviso, para darnos cuenta de sus...

—¡Hallazgos, señora mía! ¡Y de primera categoría! —anunció gozoso, mostrando una total ausencia de dientes en su boca—. ¡Helos acá!

Enarbolaba unas cuantas páginas cuya simple contemplación propiciaba que uno desease mirar hacia otro lado, eran papeles sucios y arrugados, con los bordes devorados por roedores, sobre los que se adivinaba el rastro de una escritura emborronada y plagada de manchones.

—¡Esta misma mañana los encontré! —exclamó triunfante—. ¡En mis archivos estaban, ¿dónde si no?!

Temiendo que pretendiese entregarme aquella inmundicia intenté desviar el asunto.

—¿Está bien atendido? ¿Le han ofrecido ya un refresco, o agua?

—¡Cómo no! ¡En casa principal, sirvientes principales! Todo perfecto. Solo que, si me disculpa y tiene usted a bien tomar mis palabras con el mismo cariño que yo pongo cuando las expreso, le diré que este servidor no ha venido acá a beber, ni con intención de entretener la mañana. El tiempo es escaso y las ocupaciones muchas. Estoy acá a petición de don Antonio Bachiller, a quien admiro. Él me llamó y dijo: «José, mira a ver si resuelves algo y luego pásate por la casa que fue del caballero Síndico, que mucho me contraría ver a su hija con tanta preocupación.» Qué quiere usted, los deseos de Bachiller son órdenes para este viejo.

—Y tan agradecida que le quedo. Pero tiene usted razón, mejor dejémonos de cortesías y vayamos al asunto. No he de ser yo quien haga perder más tiempo del necesario a un hombre tan ocupado... Pero al menos tome asiento, por favor.

Aceptó mi sugerencia cual militar que acata una orden. Primero posó con amoroso cuidado los papeles sobre su regazo y a continuación rebuscó en el saco de la levita para extraer un par de espejuelos que se caló sin demora.

—Le diré que esto que acá le muestro son borradores de actas verbales. Dicho de otro modo, eran las notas que yo tomaba a vuelapluma y en las que luego me basaba para redactar demandas, suplicatorios o denuncias. No se deje llevar por su apariencia, están rasgados por los pliegues, carcomidos y resucios porque han permanecido por años a merced de la humedad, los insectos y algún que otro ratoncillo. —Sonrió de nuevo, pero esta vez como pidiendo disculpas—. Por fortuna esta mañana di con ellos y desde entonces no he hecho más cosa que pegarme la corredera de personarme acá, para

informar a usted.

—Le escucho con interés. Explíqueme, por favor, de qué tratan.

—Verá, señora mía; nuestro amigo Bachiller me preguntó si no conservaría yo alguna referencia sobre el caso de una emancipada que atendía por Coleta pepel, la cual permaneció depositada en la Casa de Beneficencia en tanto no se resolvía la causa de petición de cambio de un su amo, al que ella misma había denunciado por delito de plagio. Tengo que decir que nada recuerdo yo, en absoluto, del tal plagio. Nada conservo de ello ni en mi casa ni acá dentro. —Golpeteó su sien derecha con el índice—. Disculpe... — Señaló el agua.

—Cómo no. Refrésquese, por favor.

Agarró el vaso y sorbió un trago largo. Mientras él bebía me abaniqué pretendiendo no mirar la huella que los dedos y los labios de mi interlocutor imprimían en el cristal. Ulises irrumpió en el patio colocando vasos rebosantes de hoja de menta acá y allá. Con un gesto del abanico le indiqué que no se alejase.

—¡Fresca y deliciosa! ¡De tinajera, como tiene que ser! Volviendo al cuento: estaba este copista dándole vueltas y vueltas a lo del plagio, cuando caí en la cuenta de que lo que sí me sonaba, y mucho, era el nombre de la demandante. Coleta pepel, Coleta pepel... Estaba seguro de que conservaba algo referido a dicha mujer. Por eso me puse a procurar.

El amigo de Bachiller prosiguió:

—¡Y busca que te busca, di con esto! El borrador que sirvió para redactar un documento de acuerdo entre partes referido a un hijo que la tal prieta engendró con cierto Bonifacio Somoza.

Yo pegué un respingo y a Ulises se le derramó un florero. Pero José Sánchez, ajeno a nuestro sobresalto, siguió a lo suyo:

—Con permiso. Leo lo que todavía es legible: «SUPPLICANTE: La de color Coleta pepel, africana emancipada, consignada en el domicilio de...» Esto no se puede leer, está desteñido —aclaró medio excusándose—, pero supongo que son el nombre y las señas del amo que la tenía en alquiler... «de oficio planchadora... sin papeles por causa de robo, depositada temporalmente en la Real Casa de Beneficencia...». Acá por tres o cuatro líneas ya tampoco, no se lee más. Sigo: «EXPONE: Que hace meses anda coincidiendo a la amanecida con un blanco, gallego de nación, que se nombra Bonifacio, de apellido Somoza, natural de España. El cual se ocupa en la Compañía de Gas como

capataz de una cuadrilla de Alumbradores.»

Al *muleque* que, por mantenerse cerca, había instalado a pocos pasos su timbiriche y simulaba dibujar, se le había paralizado el crayón. En cuanto a mí, de repente dejaron de preocuparme los olores, la mugre de los papeles y la sucia apariencia del copista. Lo que aquel hombre estaba relatando me importaba de verdad y comprendí que Bachiller sabía muy bien lo que hacía cuando nos envió a semejante personaje afirmando «nadie mejor en La Habana para dar con papeles arrumbados».

Mientras él leía, nosotros, con el alma en vilo, intentábamos asimilar lo que escuchábamos:

—«Afirma la suplicante que ambos se encuentran en el cuarto del antesdicho cuando él va de retirada, terminada su faena, que es nocturna, y ella viene de donde su amo, que la realquila y la echa a ganar a partir de las cuatro de la mañana en un almacén de hielo donde tiene que ocuparse de limpiar a pura mano, sin guantes ni utensilios, la capa de aserrín que viene pegado a los bloques. Y manifiesta que tal ocupación le disgusta por ser industria de blancos llevada por libertos de color que la desprecian y en la que tiene que afanarse por nada, pues el salario que le corresponde lo recibe directamente el amo. Que de resultas de dicha coyunda, libre y consentida, está grávida.

»“SUPLICA: Al caballero Síndico Procurador...” No se lee más. Imposible. Ni la petición, ni la despedida, ni la fecha, ni el nombre del firmante, que supongo sería la misma Coleta, caso de saber. Punto final del suplicatorio. Se acabó.

La lectura me había dejado impresionada. Muda. Él aclaró:

—Pero lo que falta es fácil de deducir. Si me permite, voy a leer este otro. Acá está. Digamos que es continuación del primero. Son las notas de un careo para el acuerdo entre partes: «La Habana a día...» Ilegible todo salvo el año, pone mil ochocientos cincuenta y siete, cosa que tiene poca importancia porque los encabezados son siempre iguales. Leo:

»“Convocado Bonifacio Somoza, gallego de nación, a instancias del caballero Síndico Procurador General y a efectos de recordarle la obligación que tiene con el hijo que va a parir la emancipada Coleta pepel, el convocado

no se manifiesta con claridad: no diciendo ni sí ni no, ni acepta la paternidad ni la rechaza. En presencia del caballero Síndico y de este copista, afirma que siendo él hombre casado en su tierra, aunque sin hijos de su legítima esposa, no desea adquirir compromisos. Se le informa que este hijo, como descendencia de blanco libre, si es reconocido nacerá libre, pero de no ser reconocido y siendo fruto de emancipada, nacerá esclavo y propiedad del Gobierno colonial. El convocado pregunta qué solución ofrece la ley para casos parejos. Se le informa de que, mediante contrato de compra, puede adquirir la libertad del feto. Que el precio de dicha libertad está fijado por el Gobierno colonial en veinticinco pesos, no recuperables.”

El copista levantó la vista del papel con cara de circunstancias.

—Hay que ver. Así eran las cosas antes de la «libertad de vientres» — lamentó como quien piensa para sí mismo—. No se puede leer más. El resto se mojó.

Me abaniqué desordenadamente. El corazón me palpitaba a velocidad de vértigo, tanto que Ulises me ofreció agua y, siempre precavido, dio aviso de tener a mano el frasco de las sales, no fuese a sobrevenirme alguna alteración.

—Don José, esto que acá nos ha traído es oro puro, de venticuatro quilates. Yo no sé cómo voy a corresponder con usted...

—Nooo. Naaada. Siempre a sus órdenes. —Y añadió con risita infantil —: Je, je, je. Ya yo me lo imaginaba, por eso vine corriendo y sin aviso de visita. Pero permítame que prosiga con este último papel. Es la resolución del asunto. A este sí que le falta más de la mitad y el resto casi no se puede descifrar, pero lo más importante es lo que voy a leer. Veamos. Tal, tal, tal... hummm... Sí. Acá: «RESUELVE: Que el antesdicho Bonifacio Somoza, no queriendo reconocer su compromiso, por la presente, solicita la compra de la libertad del feto obligándose ambos a pagar la cantidad de veinticinco pesos en partes idénticas, a razón de doce pesos y medio...» No se lee más. Es todo.

—¡Ulises, sube y tráeme, ya tú sabes, la talegilla de Misterio! — exclamé. Y me dirigí emocionada al copista—. ¡Usted no me va a creer si le digo que yo tengo el recibo de ese pago!

—Si eso es verdad, le doy muchas felicidades por haberlo custodiado. Ya ve usted la importancia que pueden llegar a tener unos papelotes viejos. ¡Y resucios!

Estallamos en carcajadas. Cuando se nos pasó la risa, tomé la palabra.

—Ahora, si me permite, yo voy a relatar cómo nosotros imaginamos el

desenlace de este asunto. Veamos: en el año cincuenta y ocho, Coleta da a luz y lo que nace es una hembra que no semeja prieta. Bonifacio la visita y se queda prendado de la niña. El gallego acude al registro y soborna al encargado para que anote el nacimiento tal como a él le interesa. —Tendí a Sánchez los papeles que Ulises había traído—. Es decir, en el libro de pardos nacidos libres por compra de libertad y con el apellido del padre, pero, como puede usted ver, sin otra información. —El copista, maravillado, escrutaba el documento y asentía—. Por eso la niña figura como María del Consuelo Somoza, sin el nombre del padre ni un segundo apellido, hija de Coleta pepel y punto.

»Sospecho que Bonifacio pidió dos copias literales del documento y entregó una, la que usted tiene en la mano, a la madre de la niña, que la conservó siempre así, cosida al recibo del pago que ella hizo por valor de doce pesos y medio, la mitad del precio de la libertad de su hija.

»Sabemos que la hijita de Coleta fue robada. Y que en la misma época Bonifacio Somoza abandonó la Isla con un recién nacido de poco tiempo y una nodriza. Si uno más uno suman dos, lo más lógico es concluir que el padre se apropió a la niña, se la llevó de Cuba y nunca más regresó.

[31](#). Barbacoa: en Cuba atillo, desván. Espacio de poca altura bajo el techo donde se almacenan objetos en desuso.

Con doña Petronila en la Obra Pía

Un sufrimiento tan tremendo no me cabía en la cabeza... ¿Cómo habría vivido Misterio el robo de su hija? Quise llegar a comprenderlo y, con ayuda de los datos que ahora obraban en nuestro haber, releí una vez más lo que ella misma había dictado al hoy difunto Antonio Gavilán, su escribiente de extramuros:

La Casa de Beneficencia obsequiaba a las parturientas con algo de vino, chocolate y bizcochuelos, pero en el lote mío, como el parto había sido bien difícil, añadieron media gallina. El caso es que yo no llegué a probar nada de todo aquello porque, tras el lío que se armó con el robo de *mijita*, que solo seis días la tuve conmigo, mi comida desapareció y yo caí enferma.

Viví semanas de angustia, debilitada, sin fuerzas y me abatió la melancolía. Semejaba muerta en vida. Sufría desfallecimientos, me dolía fuertemente el pecho y no podía parar de llorar pues las lágrimas me brotaban sin medida ni contención. Y es que, sin yo tener culpa alguna, me sentía responsable de haber perdido a mi pequeña. Era la segunda vez, la segunda, que un blanco arrebatava el fruto de mi vientre con engaño y malas artes. Dos veces, señor escribiente, dos, que no es poco. Dígame si no era para gemir y lamentarse.

Vino a verme un doctor y dijo que yo sufría debilidad severa, que necesitaba descanso, aire libre y excelente alimentación. Cómo no. Y tranquilidad. Qué otra cosa va a recomendar un médico blanco a una negra emancipada, depositada en la Real Casa de Beneficencia que acaba de dar a luz y le han robado el fruto de su vientre..., como si el sosiego dependiese de una, a mí me lo iban a decir. Bien sabía él, como yo misma, que lo que se me había quebrantado era el fondo del corazón,

allá en el puro interior del alma mía.

A pesar de todo me subió la leche. Tardó en subir, pero subió. Desde la Casa de Beneficencia mandaron razón a toda prisa a la Casa Cuna anunciando que había una negra en condición de criar, y de allá llegó corriendo una hermanita que me quiso convencer. Dijo que yo tenía que comprender que, tras el infortunio de que mi hija ya no estuviese a mi lado, lo que Dios ahora me concedía, poder alimentar a un semejante, era una gracia inmensa y que solo pensar en desperdiciar tanta fertilidad era pecado mortal.

Aquella monja se la pasó platicando sobre lo injusta que es la vida para algunos y afirmando que una no tiene que hacerse preguntas, ni renegar de nada, ni dudar de la voluntad de Dios Nuestro Señor, pues, como todos sabemos, Él escribe derecho sobre líneas torcidas.

Yo no me conformaba con la explicación, y, además, aquello de escribir derecho en líneas torcidas no lo acababa de comprender, pero la monja seguía hablando sola. Que si no sabía yo lo afortunada que era, que teníamos que dar gracias juntas, orar con fervor y devoción porque aquello era una bendición del Altísimo ya que mi leche serviría para alimentar a los desgraciadísimos expósitos que la Inclusa cobijaba. «El Señor nunca abandona a sus hijos. Nos cuida de día y de noche como a los pajarillos del campo. Hermana, repite conmigo: ¡Gracias, Señor! ¡Aleluya! ¡Aleluya!» Menuda sambumbia montó. Voceaba elevando las manos al cielo y mirando al techo como si Jesucristo en persona fuese a asomar por entre las rendijas del tablado. Ante tanto arrebató no tuve más remedio que seguirle la rumba. «*Gracias, Señor. Aleluya*», repetí sin mucha gana. Y lo hice tres o cuatro veces moviendo fuerte la cabeza de arriba abajo como quien da la razón a un niño chico.

Total, que me solicitó para amamantar expósitos. Me dieron permiso y allá fui yo, alquilada de ama de cría en la Inclusa, con mi desconsuelo infinito y sin ansia de más cosa que no fuese lamentar la ausencia de mi niña, tan blanca y amada, verdaderamente un regalo del cielo.

En la Inclusa no le quiero contar la desolación que me atacaba cada vez que tomaba en brazos a uno de aquellos pequeñines para alimentarlo, ellos sí que no tenían más cosa en este mundo que su propia camisola y lo que una pudiese darles. ¡Cuánta piedad me despertaban los

pobrecillos!

Los días en la Casa Cuna pasaron suave, las hermanas se ocupaban de nuestra tranquilidad para que se nos demorase lo más posible la retirada de la leche; comida sabrosa, ropa limpia y vida serena disfrutábamos las crianderas, incluso nos pagaban la amamantadera, aunque teníamos que entregar, obligadas, la cuarta parte de lo que cobrábamos a la Casa.

Al final la leche se me mantuvo trece meses y *apoco apoco*, entre «arorró mi niño» y «arrurú mi sol», la salud se me fue recomponiendo, pero la tristeza no. Aquellos tiempos, aunque fueron buenos, yo los viví con lentitud de condena porque en ningún lugar, ni en la Casa Cuna ni entre las altas paredes de la enorme y fea Casa de Beneficencia, hallaba mi corazón motivo para seguir viviendo sin tener conmigo a *mijita*.

Todo cambió la mañana que el caballero Síndico me mandó a llamar. Don Antonio Bachiller tenía noticias: la ley había condenado con severidad al malhombre que me plagió y a mí se me permitía el cambio de amo. ¡Aquello sí que era para alabar a Dios y no lo de la monja!

Encima habían encontrado una anotación que hicieran de mi persona recién llegada a Cuba, por lo que tenía reconocida de vuelta mi condición de emancipada y documentos a nombre de Marinés Monés, que era el primer nombre que me habían puesto acá. Añadió el caballero que el Capitán General había suprimido las cédulas de metal de los esclavos y ya la obligación de acarrearlas en torno al cuello había pasado. Que ahora con llevar encima los papeles bastaría.

Faltaba nomás resolver el asunto de mi antigüedad como aprendiz, pero el Caballero señaló que eso se demoraría su tiempito. De momento yo podía regresar tranquila al Depósito de Emancipados, que desde allá me iban a dar en inquilinato.

Así fue como me consignaron de nuevo, esta vez en una casona señorial venida a poco que estaba en el puro centro de La Habana, magnífico lugar para domésticas y a cargo de una excelente patrona. No

sabía yo que, con la ayuda de Dios, aquel acomodo iba a solucionarme la vida.

Se llamaba doña Petronila Miranda y era una anciana señora, viuda de bastante tiempo atrás. Vivía sola desde la muerte de su apuesto esposo, al cual tenía siempre muy presente en un retrato de cuerpo entero cruzado por una cinta de luto que reinaba en el aparador del comedor. Era un militar asturiano que prestaba servicio en la Compañía de Transportes a Lomo. Tal como me contó ella misma, el estar y no estar de su marido había sido un dicho y hecho: trabajando en labores de ciénaga cerca de Las Villas el hombre se contagió, enfermó de tifus y pum, murió a los pocos días. Así sin más se despidió de este mundo dejando a su joven esposa en la más tremenda soledad, viuda de capitán del ejército español con derecho a paga y heredera de una casona con dos patios en plena calle de la Obra Pía.

Cuando llegué a la casa ya doña Petronila tenía sus demasiados años y no andaba muy sobrada de recursos, motivo por el que había acudido al fondo de consignación de emancipados, donde le hicieron buen precio alegando ser viuda de militar que precisaba doméstica de mano, económica y *apropósito* para persona de compañía. Me mandaron llamar, me vio y quiso ser mi tenedora; dijo que le gusté por limpia, educada y bien compuesta. Depositó siete onzas y me recogió por tres años con la obligación de pagarme la boleta, presentarme al Capitán General cada seis meses y las zarandangas de siempre: vestirme, alimentarme, darme techo, instruirme en religión y hacerme aprender un oficio que ya yo tenía más que aprendido. A cambio servidora, que seguía siendo aprendiz mientras no me reconociesen los años trabajados, recibiría cada mes un salario de cuatro pesos que doña Petronila entregaría directamente a la Junta Protectora de Emancipados.

Si todo iba bien y yo no planteaba problemas al ama, al cabo de un tiempo podrían declararme «colono libre de color», con derecho a percibir una paga de seis pesos, cuatro para mí y dos para la Junta.

Mi patrona, que aparte de añosa era pequeña y regorda, por lo que tenía sus dificultades para caminar, lo primero que hizo fue mostrarme la casa entera, cuarto a cuarto y dependencia a dependencia. Dijo que lo

hacía para que me fuese familiarizando y aprendiese desde ya el modo en que acá se hacían las cosas. Al tiempo que caminábamos el ama iba recitando las usanzas de la casa y mis deberes: «Esto siempre ahí y aquello acá, sobre la mesa. Nunca entornes esta puerta. Mira que el piano ha de lucir bien brillante. Los libros, al alcance de la mano. Que no se vaya a adivinar una mota de polvo en las caobas. Los adornos en su sitio...»

Desfilamos por la sala, el salón, las saletas, el comedor y el cuarto de estar, recorrimos las alcobas una a una y pasamos revista minuciosa a los aljibes, la cocina, las despensas, la leñera... hasta me mostró las letrinas del traspatio, llenas de basura y desperdicios, aclarando que ella sus necesidades las hacía, desde luego, en sus aposentos y usando para tal fin delicadas vasijas de cerámica, pero que era allí y no a otro lugar, donde yo tenía que venir a depositar el contenido de sus orinales pues el colector lo regaban con cal una vez por semana y así se mantenía perfectamente higiénico.

Al final de un pasillo estaba la lavandería; tres esclavas jóvenes con las sayas remetidas entre las piernas y amarradas a la cintura, se afanaban entre capachos, ropa sucia, tinajas rebosantes de líquidos jabonosos y baldes con agua clara. Juntas revolvían con energía una colada de prendas blancas que hervía en enormes peroles sobre un fuego de parsimonia, meneaban el revoltijo de ropa con unos palos largos, seguramente viejos remos de guadaños que ya no servían para cruzar la bahía. Nada más vernos entonaron a coro un «buen díiii tenga la señora y la compañíiii» y siguieron a lo suyo. Qué alivio cuando por fin salimos de aquel sofoco de vapor y brasas ardientes. Respirar de vuelta con normalidad me pareció un regalo porque, además, el ama se encaminó directa a la azotea que albergaba cuatro tendederas plagaditas de ropa guindando en la brisa y clareando al sol. El aire era tan fresco allí y el cielo tan azul que me emocioné; por primera vez desde hacía mucho tiempo sentí ganas de llenar bien hondo el pecho y gritar con alegría cualquier cosa para que me oyese La Habana toda. Pero no lo hice, me regocijé para mis adentros y pensé que, al final, la vida tal vez iba a empezar a sonreírme. Di gracias a Dios por haberme acomodado con tan buena ama, pues yo estaba convencida de que no la había mejor.

Cuando ya nuestro recorrido terminaba y bajábamos de nuevo hacia

el interior, a la patrona se le antojó ponerse preguntadora y quiso saber cuál era el oficio de mi gusto. Como yo empecé a soltar la retahíla de costumbre, que era lo que siempre esperaban oír los blancos en boca de los siervos: «que una es buena cuidandera de niños y ancianos, obediente y bien mandada para faenas de interior, excelente cocinera y sobresaliente en costura y bordado...». Ella me detuvo en seco:

—¡Muchaaacha, a mí no me vengas tú con cuentos de doméstica habanera, que esos líos me los conozco más que bien! ¡Lo que yo te estoy preguntando es qué faena tú prefieres, la que más te complace!

A lo que yo, medio desconfiada, respondí:

—Pues *señá* doña Petronila, *é un queré desí*, que el oficio *mejó pal* gusto de esta servidora *é el de aplanchadora...*

Dio un respinguito de asombro y soltó tremenda carcajada. Con tanta risa, las cintas y los tules del tocado se le meneaban de *alante atrás* como crin de caballería al trote. Cuando se hartó de reír exclamó con toda su picardía:

—¡Planchadora! ¿Así que el oficio bueno de la negrita es el de planchadora? ¡Pues ya tú vas a ver la sorpresa que te aguarda!

Nos detuvimos ante una puerta pequeña. Entre sonrisitas y mohínes me hizo gesto de que la adelantase. Traspasé el umbral y me quedé sin habla.

La claridad del mediodía se colaba a través del ventanal sin persiana ni reja y bañaba de luz una mesa grande, alta y espaciosa, cubierta con cabales lienzos de color crudo. Sobre ella, canastillas de diferentes tamaños forradas de paño y ribeteadas con entredoses primorosos, aguardaban para recibir las prendas recién planchadas. A la derecha de la mesa la ropa limpia desbordaba en enormes cestones. Telas, botes, aspersores, placas de madera de diferentes tamaños, pinzas, cuenquillos de almidón y otros tantos artefactos descansaban sobre anaqueles protegidos con cubreestantes de tela clara, cuyos bordes terminaban en puntillas adornadas con lazos y tiras bordadas.

¡Y las planchas! Más de una docena de hierros, relimpios y tan bruñidos que lanzaban destellos al contraluz, aguardaban alineados en una alzadera revestida de muletón. Era la primera vez que yo veía juntos tantos modelos, los había de calentar sobre placa, de rellenar con brasas al rojo vivo y hasta de vapor de agua. Más adelante supe que algunos

eran especiales, bien para perfeccionar puños de camisas de caballero, para asentar las puntillas de pecheras o para planchar sombreros. Me fijé en uno muy largo, en forma de tijereta, a propósito para plisar faldones o encañonar piernas de calzas y en otro más, de esos que solo se ven en las sacristías, pues los utilizan planchadoras profesionales para alisar bordados fruncidos o telas de gran valor... ¡Mismo había una plancha diminuta, tan pequeña que parecía juguete de niña blanca, con la que, al parecer, la mamá de la patrona alisaba los cuellitos de las camisolas de sus bebés!

En un recodo, la chimenea abrigaba fuego de brasa custodiado de cerca por una *mulequita* vestida de blanco, sobre las ascuas varios trespiés sostenían chapas al rojo vivo para calentar los hierros que, luego de usarse, descansarían sobre un hermoso reposaplanchas con forma de flor. La pequeña nos saludó aburrída y dijo llamarse «Verena, para lo que quieran mandar» y ser la responsable de «alimentar la lumbre con leña de palo *bueeno*, que lo traen del campo en carros hasta llenar la leñera».

Arrimada a la pared, una placa de corcho plagada de fijadores sostenía formas de tapetes, mantillas y encajes que, una vez tensados con ayuda de cientos de agujas, impecablemente alfileteados y humedecidos en almidón, secarían sobre su superficie manteniendo los motivos exactos de cada contorno.

A pie de ventana, dos sillitas bajas y un costurero de los de patas y cajoncillos parecían aguardar tranquilamente si acaso alguna prenda necesitase un zurcido, el repaso de un ojal o que le afirmasen un botón.

Yo me quedé boquiabierta, pasmada ante tanto tesoro de detalles. Este sí era un cuarto de *aplanchar* verdadero, diáfano, impecable, no una esquina de la cocina, ni un recodo en las dependencias de esclavos. Aquí olía a limpio, a agua de aroma y todo daba sensación de placidez. En ninguna casa, ni siquiera en la isla Bourbon, había visto yo algo tan hermoso. Alguien se había tomado la molestia de disponer un espacio con todo lo necesario, amplio y cómodo, para hacer felices a las planchadoras. Y un pequeño retrato en camafeo con la imagen de ese alguien, que no era otra que doña Petronila, reinaba en la pared presidiendo la estancia.

—¡Ay, mi su ama, qué lindo! ¡Beeello! ¡Yo le digo a *usté* que va a

sé divino *pasá* la mañana enterita acá, *aplanchando* en tan hermoso *lugá!* —exclamé en cuanto conseguí cerrar la boca y tragar saliva.

Se sentó en la sillita y bromeó:

—¡Cómo no! ¡Más que divino, soportar el calor de esta candela...!
¡El paraíso de las planchadoras!

Al cabo se puso a explicarme que una tenía que desconfiar siempre de las mujeres que no dispusiesen de un pulcro y arreglado cuarto de plancha en su casa.

—Muchacha, te lo estoy diciendo a ti tal como a mí me lo enseñaron de niña chica: el cuarto de planchado es la trastienda que guarda los secretos de todo hogar decente. Solo las planchas saben de las arrugas.

Y así, *apoco apoco*, nos fuimos entendiendo. Doña Petronila, aunque firme y muy estricta, me trataba con afecto y bastante miramiento. Nunca tuve queja de ella, si una se adaptaba a sus requerimientos y le consentía el capricho no había problemas ni desavenencias.

¡Ella sí era remilgada, detallista y minuciosa para sus cosas! No me quedó otra que aprender que el peinador de los afeites, al que la señora llamaba «mi mesa de *toilette*», debía respetar una línea imaginaria con el juego de lunas de espejo que había mandado colocar «geométricamente orientadas —explicaba— para poder contemplarme en detalle por delante y por detrás. Sobre todo al atardecer, que es cuando más preciso duplicar la poca claridad que entra por la balconada gracias al reflejo de la luz de esas dos lámparas de aceite con sus guardabrisas de cristal». Y que, desde luego, los cepillos de plata eran para utilizar comenzando siempre por uno que ocupaba el puesto más alejado a la derecha, porque estaba fabricado con cerdas recias para desenmarañar rizos díscolos, y terminando por otro, de crin de potro, que era el más próximo al frasco de esencia de pitiminí Houbigant, del París de Francia, cómo no. También me dejó clarito que después de cada cepillado era indispensable recogerle el cabello en lo alto de la cabeza y pasarle la mota impregnada en talco de rosas por la nuca, eliminando a

continuación el polvo sobrante con un cepillito de pelusa de avestruz. Todo esto antes de cardarle, una a una, cada mecha de cabello con los ojos bien abiertos por si acaso albergasen algún piojito y modelarlas luego con ayuda de tres peines, de hueso, de nácar y de carey, para finalizar el peinado en moño de bucles, en prendido vaporoso o en simple trenzado según el capricho que doña Petronila tuviese para la ocasión.

Si lo que acabo de contar semeja laborioso, mejor ya no relato las complicaciones cada vez que el ama quería tomar un baño en su tina de tronco, que más que lavadera parecía una descomunal fuente ovalada, o el modo en que nos teníamos que manejar para que la patrona recibiese cómodamente su refrescamiento de pies en jofainas rebosantes de cloruro comprado en botica, o cuando, en las tardes más calurosas, se nos deshacía en sudores y requería que le humedeciésemos brazos y torso con agua fresca traída del manantial servida en aguamaniles de loza.

Porque si preparar cada mañana a la patrona se me antojaba lo más parecido a la reconstrucción de un quinqué resquebrajado por un huracán, el esfuerzo que suponía arreglarla para salir los días de fiesta era para debilitar a un mandinga. Y es que todo cuanto tenía que ver con su vestimenta, lencería, trajes, calzado, sombreros y complementos también lo reclamaba el ama impecable. Desde los primeros días supe que el abrochabotines, después de usarlo, tenía que quedar guindado en el lateral del perchero de pie, junto a la descalzadera de palo santo, o que el ensanchaguantes debía estar siempre sobre la cómoda, en la parte de la derecha, con los de encaje negro continuamente dando de sí en su forma, no fueran a apretar en demasía los dedos de la viuda en plena iglesia y le impidiesen desgranar las cuentas del rosario o manejar el devocionario.

Respecto a la casa, era voluntad de doña Petronila que la sala de recibo luciese cada mañana en estado de revista, como si fuésemos a

acoger la inesperada visita del mismísimo Capitán General, con el piano resplandeciente y las ocho butacas de balance enfrentadas en dos filas sobre el cuadrado de alfombra, cada cual con su escabel y cada dos una escupidera, todo ello en línea con la consola de espejo y las tres mesitas de centro sobre las que colgaban otras tantas lámparas de aceite.

En el corredor, el ama insistía en que, para el caso de que alguien necesitase deambular al atardecer por la balconada, cosa que jamás sucedió, las mesas de mármol más pequeñas tenían que estar siempre junto a las puertas soportando los quinqués de ir y venir. Además, había que aplicarse en conservar impolutos los dos tinajeros con cajón de persiana fija, no en vano soportaban la enorme piedra porosa que filtraba, gota a gota, el agua de lluvia. El preciado líquido se conservaba fresco en el tinajón y, con ayuda de cacillos, fácil de servir en jícaras.

La limpieza de la saleta, donde la señora hacía la vida, era menos pesada; aparte de las cuatro comadritas, los veladores con sus quinqués, la mesa de juegos de naipes y la gran mecedora de limonero que el ama ordenó colocar junto a la ventana, para contemplar sin ser vista el ir y venir de la calle o para dormir con las piernas sobre el reposapiés, había que lustrar las incrustaciones del *bonheur-du-jour*, un escritorio privado de doña Petronila que era el mueble más importante de la casa, pues la patrona lo usaba a diario para escribir cartas, hacer cuentas o despachar recibos. No voy a decir que fuese fácil tener a punto de revista aquella especie de enorme *secrétaire* aparatoso siempre cerrado a llave, con estantes, departamentos y cajoncillos secretos que almacenaban documentos, escrituras y papeles muy valiosos para el ama pero, a decir verdad, a mí me resultaba mucho más complicado desempolvar el *juguetero*, una vitrina de palo santo y cristal encopetada con adornos de cerámica y metal repleta de figuritas de *biscuit*, retratos en camafeos, abanicos, miniaturas de porcelana, cajitas y recuerdos de Francia y de España. El *juguetero* era el orgullo de la señora porque, cuando recibía visitas, relataba la procedencia de cada monería y el valor que se atribuía a cada objeto para ser digno de ocupar un sitio en el siempre impoluto mueble de mis tormentos.

Tengo que decir que donde más llamaban la atención los rigores del ama era en el comedor. La retahíla de piezas de vajilla y accesorios a juego que aquella mujer ordenaba sacar a la mesa en cada comida y, por supuesto, volver a guardar en loceros, coperos, estantes, aparadores o cajones, era más interminable que el Juicio Final. Para deleite de su propietaria, en cada desayuno, almuerzo, merienda o cena a fin de presentar los alimentos «como es de uso en el comedor de una dama», la mesa se engalanaba con tres manteles y todo un desfile de objetos «totalmente necesarios»: varios tipos de botellas, escanciadores de bebidas y refrescos, licoreras, jarras para el agua, jícaras de leche y de café, compaginaban con otros mil detalles refinados: platillos queseros, bandejitas de aceitunas o alcaparras, fuentes rabaneras, mantequilleras y delicados botes de mermelada, vasijitas para miel, azucareros, salseras y salserillas, minúsculas frascas de aceite o vinagre, cuenquitos de sal y de pimienta, recipientes para el ají, paneras de cristal, reposacubiertos delicados, bandejas de varias alturas para presentar los dulces, copones de compota, fruteros inverosímiles y una sorprendente góndola italiana, con su cucharilla de plata en forma de remo, que albergaba las diarias dosis de bicarbonato.

Nunca hubo necesidad de organizar un festín en la casa porque, como afirmaba doña Petronila, «Acá el mantel ya no soporta más almidones», o lo que era lo mismo, que no disponía de dinero para lujos. Pese a ello y por si algún día llegaba la ocasión, tuvimos que aprender las reglas de cortesía que mandan en los convites y más o menos una vez al mes ensayábamos la cosa como si fuese un teatro; alumbrados los candelabros, la mesa decorada con flores y platería, vestidos nosotros, escrito a mano el menú, dispuesto el cristal, los cubiertos de aparato y la mejor vajilla, pero sin manjares ni comensales.

El ama se instalaba en su sillón de anfitriona y el resto de los asientos simulaban ocupados con la identificada ausencia de importantes personajes, miembros todos de las familias más principales de La Habana. Entonces comenzaba el llenado de copas a partir de botellas vacías, la oferta de aperitivos invisibles, el paseo de bandejas cuyo

contenido simulábamos servir, las respuestas a preguntas sobre la composición de platillos inexistentes, las recogidas de loza y cubiertos de entremeses, el reparto de servicios de mariscos, pescados, carne... hasta llegar a los postres más variados. Todo un circo de *ringos rangos* y cortesías que culminaba en el momento crucial, o sea cuando doña Petronila decidía preguntar a sus imaginarios invitados si les gustaría pasar, las señoras a la saleta y los caballeros al salón, para tomar un licor o disfrutar de un café y un tabaco en espléndida tertulia. En dicho instante finalizaba el ensayo y los objetos que se habían usado en el festín regresaban a su lugar, en espera del siguiente simulacro.

Tras cada representación nuestra patrona se abandonaba a sus recuerdos.

—De niña chica mi mamá me enseñó que un convite bien servido tiene que presentar cinco actos: el aperitivo, situación de cortesía que favorece el conocimiento de los asistentes al almuerzo; el primer servicio, que se consume con avidez y con la premura de saciar el apetito; el segundo servicio, que es el del deleite y ofrece manjares más sazonados; el tercer servicio, de los gustosos postres que propician amistades y tertulia, y finalmente la sobremesa, deleite y solaz de los más exigentes que, cuanto más se dilate en el tiempo, más confirmará el éxito de la velada.

»Si los cinco servicios se han regado con excelentes vinos, apaciguantes refrescos, suaves licores y escogidos digestivos, al final del quinto acto comprobaremos que quienes entraron en la casa no siendo sino comensales, por la magia del festín, se han transformado en felices invitados. Así nomás es la cosa; el anfitrión de un convite se impone el agradable compromiso de procurar a sus convidados toda la felicidad que pueda.

Yo escuchaba con fervor sus peroratas, y gracias a aquellas pláticas supe que si alguna vez nos encontrábamos en el apuro de tener que disponer un banquete en la casa, la organización de los comensales debería ser «a la española», es decir colocando al dueño en el centro exterior de la mesa y, caso de tener la dicha de ser casado, con su esposa sentada frente a él; a las derechas de ambos las personas de más consideración, a las izquierdas sus cónyuges y reservando las cabeceras para los íntimos o los familiares de más confianza.

Observando las maneras de doña Petronila aprendí no pocas cosas: que siempre es de buen tono dejar un bocado en el plato sin comer; que desdoblar completamente la servilleta sobre los muslos es de mal gusto, al igual que prenderla por una esquina en el borde del escote o amarrarla en torno al cuello como hacen algunos caballeros para evitar pringarse la camisa; que solo los puños deben posarse sobre la mesa, nunca el brazo ni los codos; que bajo ningún pretexto el cuchillo ha de llevarse a la boca y que el pan, si el servicio no lo presenta en la mesa en rebanadas, se ha de partir con ambas manos pero jamás con cuchillo pues este se usa solo para cortar lo que no se puede partir con tenedor.

Respecto a nosotros, el ama indicó que durante el tiempo que dura un banquete los siervos todos han de estar atentos a los comensales, circulando silenciosos en torno a la mesa, prestos a acarrear fuentes de manjares, rellenar vasos, cambiar vajilla y cubiertos o traer canastas de pan recién cocido. Las mujeres vestirán de blanco inmaculado y los hombres chaleco, de brocado a poder ser, luciendo ellas cofia, ellos corbatín y todos guantes blancos. El doméstico de más edad, y por consiguiente el más educado y elegante, será el responsable de vinos y licores mientras que los pajes ordenarán el servicio de refrescos y agua fresca, filtrada en la tinajera.

Toda mesa distinguida tendrá que disponer, como mínimo, de un trinchador vestido de etiqueta que diseccione, una a una, las porciones de aves, carnes y pescados, así como de la presencia, parado a poca distancia tras cada dos comensales, de un sirviente con los brazos cruzados pendiente de la mínima necesidad de cada invitado.

También nos ejercitamos para estar atentos y saber que, cuando alguien ha terminado o no desea tomar más de lo que se le ha servido, colocará los cubiertos unidos sobre el plato, nunca cruzados, que eso entre los ingleses significa que piden repetir de la misma porción. Igualmente, la camarera ha de tener los ojos bien abiertos y si un invitado, dama o caballero, coloca la cuchara del café, del chocolate o del té dentro de la taza, sabrá que ha terminado, mientras que si la deja sobre el platillo está demandando, sin decirlo, que le sirvan de vuelta.

Total que, como aseguraba el ama, «en la mesa y en el juego se descubre al caballero», es decir que si una observa con disimulo, puede ver la buena educación de la gente cuando está comiendo. Y bien sabe Dios que aprender todo esto me vino de perlas años después, cuando yo sola tuve que enseñar a la hija del caballero que me acomodó con la encomienda de educar a su niña y hacer de ella la damita que hoy es.

Las jornadas en la Obra Pía transcurrían, como digo, atareadas pero suaves. La patrona poseía una cocinera y seis esclavas viejas, pero dos murieron a poco de llegar yo. Todas tenían orden de ayudarme con la limpieza, las coladas y echar mano en la cocina, ya fuese carreteando agua de lluvia para sancochar viandas, preparando el ajiaco o el casabe, pelando y descuartizando aves, ahumando carne, trayendo leña o tostando café. Además, doña Petronila era condueña de cinco negros chicos, dos de ellos *muleques* que le daban servicio de paje, un tercero que le hacía los mandados de mercado para huevos, viandas, pescado y frutas; otro encargado de acercarse al almacén de víveres para procurar bacalao, tasajo frescal o arroz blanquito, y el quinto, el mayor de los cinco, que se ocupaba del hielo, los encargos de botica y los mandados de urgencia en la bodega de al doblar, un lugar donde freían pescado a diario y dispensaban leche ordeñada directamente de una burra que tenían en el traspatio. El bodeguero, hombre de confianza en cuanto al tamaño del cartucho y el peso de la balanza, atendía religiosamente los encargos de la viuda, mandaba aviso *apropósito* cuando llegaban remesas de encurtidos y apartaba para ella los mejores frijoles colorados, el condimento más fresco, los ajís de su gusto y generosos pedazos de manteca, tocino y chorizo. Además, anotaba en una tira de papel el monto de cada pedido y, sin pasarse ni en más ni en menos, presentaba cuentas en la casa una vez al mes.

Opinaba el ama que saber comprar era vital para el funcionamiento de una casa bien mandada y que toda buena sirvienta tenía que recitar de carrerilla «el poema de las compras». Por eso me lo enseñó con toda su paciencia y no descansó hasta tener la certeza de que fui capaz de decirlo de memoria. Me lo preguntaba de repente del derecho y del

revés, en orden y en desorden, y cada dos por tres pedía que se lo cantase. Acá que lo redigo hoy mismo, como prueba de que sí me lo aprendí:

*Compra vinos y aceites en enero,
potajes y escabeches en febrero,
por marzo los chorizos bien ahumados,
en abril toda especie de ganado.*

*Leña y carbón siempre en mayo,
en junio de conservas haz ensayo,
encurtidos en julio, que son buenos,
en agosto los garbanzos y el centeno.*

*Acopia en septiembre esteras,
en octubre comprarás velas seberas,
la manteca y el tocino por noviembre,
gallinas y capones en diciembre.*

*Frutas siempre, a discreción. Viandas en primavera.
Libros en toda ocasión. Ropa en los días de feria.
Armas en tiempo de paz y alhajas cuando haya guerra.*

Por las mañanas, después de vestir a la señora y antes del almuerzo, yo me afanaba planchando la ropa blanca y ella se entretenía mirándome hacer. Ella guardaba silencio y observaba con despiste los movimientos de mis manos al humedecer, pasar el hierro y plegar manteles, almohadones, enaguas o cofias. Alguna vez se enredó a hablarme de la familia y de su juventud. Un día que se encontraba parlanchina hasta me explicó dónde estaba el pueblo en el que nació y cómo era de lindo, allá en las montañas del norte de España, y de otra vuelta me relató un viaje que había hecho con sus padres a París. En ocasiones, pocas, preguntaba por la vida mía. Le sorprendió descubrir que hablaba francés y a partir de ahí cada día intentaba charlar conmigo en una lengua que ella hablaba de muchacha. Sonaba parecida al francés, por lo que comprendí que Francia no debía estar muy alejada del pueblo natal de mi patrona.

En fin, que si la señora pedía cháchara yo se la daba y si exigía silencio de capilla, me esforzaba en que la plancha no soltase ni un vapor.

Doña Petronila fue quien me regaló el nombre que ahora llevo y que morirá conmigo porque ya no me lo van a cambiar más nunca. Recuerdo bien la tarde que lo conversamos. Como si fuese ayer, sí señor. Es algo que yo no voy a olvidar y siempre agradeceré.

Estábamos en el cuarto de la plancha, ella abanicándose y yo almidonando con paciencia las tirillas de encaje de Bruselas que adornaban los volantes plisados del cuadrante de un juego de cama, cuando de repente quiso saber:

—Dime, Marinés, muchacha, cuando tú estabas en África, ¿cuál era tu nombre, el que te dieron tus padres?

—No era nombre cristiano, *señá* doña Petronila. —Probé a lanzar unas gotas de agua sobre la plancha, cosa de calibrar la temperatura, no fuese a estar demasiado caliente.

—Ya imagino. Qué barbaridad. Dios sabe cómo vivirías allá.

—...

—¿Y no llegaban a tu pueblo los misioneros?

—No llegaban, no *señá* —respondí humedeciendo un paño en agua de almidón.

—¡Virgen Santa! ¡Cuánto paganismo! ¿Y cómo dices tú que te llamaba tu madre?

—Fatoumata, doña Petronila.

—¡Madre de Dios! Hay que ver... ¿Fatú qué?

—Fatoumata, sí *señá*.

—Vaya nombre, hija. A mí hasta me suena mal...

—Pero ya luego me pusieron Marie Neige. —Agarré las pinzas de coger brasa y rellené la plancha de perfeccionar las esquinas de los bordados—. Me bautizó mi primer amo, que era clérigo.

—María de las Nieves en español. Lindo nombre, sí.

—Y ya yo guardé ese nombre hasta que me trajeron *pacá*, a La Habana.

—Entonces ¿de dónde salió lo de Marinés?

—Eso lo apuntó un caballero *namás* bajé del barco, doña Petronila. Un hombre del Consulado que no comprendió lo que servidora dijo

cuando lo dijo. *É un queré desí...* que como él no comprendió Marie Neige, entendió María Inés y el escritor anotó Marinés...

—Ya, ya... Entiendo. ¡Qué vas a saber tú de papeles, si ni siquiera tienes el nombre bien apuntado!

—Sí tengo, *señá*. Tengo muchos. Porque acá fui Marinés Monés y luego Clara Columba Castro y después Coleta pepel y ahora soy de vuelta Marinés...

—¿Tantos nombres has tenido? Pero ¿cuándo, muchacha?

—Desde que vine acá, doña Petronila, en el año *sin cuenta* y *dó*. ¿*Tié usté* sed? ¿Le traigo agua de lima? Mire no se vaya a *resecá*, que está yendo gran *caló*.

—Deja, deja. No tengo sed. Pero... eso quiere decir que ya llevas más de siete años acá... ¿Por cuántas casas has pasado tú, criatura?

—Pues yo le voy a *desí* que, hasta hoy, me dieron acomodo *cuaatro* amos. Que con mi primera ama, doña Denise, acá en La Habana, me consignaron por cinco años pero me quedé menos de dos porque la señora murió y su familia se regresó a Francia. Con el segundo amo, don Ramón, el que me puso Clara Columba, me demoré otros dos años en el campo, y no estuve más por un accidente que sufrió el patrón a caballo, que el hombre se *ñampió* y acabamos dándole tierra al pie de una *seiba*. Luego estuve de vuelta en el Depósito y a partir de ahí se me puso un chino atrás. *Vaaaya*, ya se enfrió de vuelta la tijera de los pliegues. A poco que una se despiste, se le refresca el hierro —me quejé, perdiendo el hilo—. ¿Qué yo le estaba relatando, doña Petronila?

—Que llevabas un chino atrás —bromeó ella.

—Ah, sí. En el Depósito. —Terminé de anudar los lazos del cuadrante—. Me tuve que quedar porque enfermé de viruelas. Ya yo pensaba que me iban a *llevá* a las Ursulinas y dejarme trapeando suelos *pa* siempre, cuando vino a interesarse por mí otro patrón. El tercer amo fue el peor; me robó los papeles y me plagió *pa* volverme esclava bozal. *Tambié* me cambió el nombre y me puso Coleta. *Cabe* a él quedé un tiempo corto, no alcanzó el medio año. Esa y no otra fue la mala fortuna que me sobrevino. Me tuve que escapar de la casa suya por sucio y abusador de hembras, con perdón de su oído, doña Petronila.

—¡*Muchaaacha!* ¡Dios sabe en las que te habrás tenido que ver tú con algunos!

—Pero yo fui donde el caballero Síndico y me pidió permiso de cambio de amo. —Satisfecha del resultado, toqueteé los bordes y posé con cuidado el cuadrante sobre una cestilla en la que ya reposaba su pareja recién planchada—. El caballero me metió en la Casa de Beneficencia hasta *resolvé*. Allí nació mi niña, que me la arrebataron y ya más nunca la vi. Ya luego estuve amamantando expósitos y... el Señor de los cielos con toda su misericordia me sonrió porque vino *usté* y me reclamó. Y acá que sigo, en la casa suya, y a su servicio ¡Bien contenta!

—¿Tanto tiempo llevas en Cuba tú?

—Tanto, sí.

—Pues, si lo que dices es cierto y las fechas no están erradas, puede que tengas más que cumplido tu tiempo de aprendiz. Y hasta parte del de colona...

—...

—¡A ver si al final va a resultar que eres libre y no lo sabes! Habrá que mirar eso.

—Hay que acordarnos de *mandá* un *muleque* por polvo de almidón, doña Petronila, que se acabó. Ya no hay *má*.

—Sí. Pero de momento te voy a cambiar el nombre. Que eso de Marinés suena a folletín del *Diario de Avisos*.

A los tres días dijo que ya lo había pensado bien y que tenía un nombre para mí «sonoro y rotundo», pues según ella, reflejaba mi manera de ser y encajaba de maravilla con mi carácter reservado, dulce y paciente: Me puso de primero Misterio por propio capricho, que decía que yo para ella era un enigma, de segundo Cobre, por la santa patrona de Cuba, y de tercero Montserrat, parece que por una Virgen chiquita que hay en su tierra, bastante más negra que yo. Para rematar la cosa, se empeñó también en darme un apellido, no Miranda, que era el de su difunto esposo y por el que todos la conocían a ella, no. Quiso regalarme el suyo propio que era bien resonador. Y me lo puso. Ni más ni menos que yo pasé a apellidarme Barthélemy, nombre de antepasados franceses heredado de su padre. Ni más ni menos.

Ahora disponía de un permiso de tránsito, me habían reconocido cinco años de aprendiz más uno de colona y tenía derecho a cobrar un salario. Además, estaba anotada como «Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy, emancipada ladina de condición colona, con oficio de doméstica planchadora, consignada en La Habana de Intramuros, calle de la Obra Pía, domicilio de doña Petronila Miranda». Un primor.

La Ordenanza de colonos me obligaba a trabajar por contratas de tres años y con tutela indefinida, pero Dios hizo que el Gobierno de Su Majestad la reina Isabel de España tuviese una buena idea y mandó que el Capitán General empezase a publicar de vez en cuando nombres de negros en *La Gaceta de La Habana*; eran listas de los emancipados que, cumplidas sus consignaciones, tenían derecho a ser libres. Eso lo decidí y mandó la reina porque sabía que éramos gente bautizada, devota de Dios, que hablábamos español y nos ganábamos nuestro pan con nuestro esfuerzo porque teníamos un oficio, o sea con derecho a quedar exentos de gobierno y recibir íntegro nuestro jornal.

Ahí sí que yo me esperancé. Primero rogué con fervor a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre que un día apareciese mi nombre escrito en *La Gaceta*, y luego supliqué a mi patrona me hiciese el favor de mirar en el diario. Doña Petronila no tuvo inconveniente y se acostumbró a buscar por mí en aquellas listas. Lo hacía en la saleta mientras se tomaba su refresco poco antes de la cena junto al juego de mesitas plegables sobre las que reposaban el servicio de chocolate y el del agua de limón. Al principio solamente leía en voz alta las noticias de las liberaciones:

—Escucha esto que leo, muchacha: «Con fecha del día de ayer el ilustrísimo señor Capitán General de la Isla de Cuba, gobernador don Joaquín del Manzano y Manzano, ha declarado exentos de gobierno a los emancipados procedentes de las once expediciones más antiguas, es decir, los llegados a La Habana entre 1824 y 1828.» Fíjate, Misterio, que acá dice que hoy en día solo sobreviven ciento setenta de aquellos negros y que todos ellos han recibido ya sus cartas de libertad.

—Pocos no son, doña Petronila. Piense la *señá* que esa gente ha *estao* por cuarenta años en servidumbre, consignados de amo en amo,

cuando tenían que ser libres.

—¡Pobres!

—Que les habían *prometío*, como a una servidora *tambié*, que *al cumplí* los *sinco* años de *aprendises*, o poco más así, serían libres.

—Tienes razón, hija. Pero en política y salud la reina y Dios mandan parejo.

A la señora le gustaba tanto leer que se aficionó a comentarme lo que decía el diario y así me enteré de lo que, desde hacía meses, estaba pasando en un sitio llamado Puerto Rico que, según explicó doña Petronila, es una isla tan española como Cuba. Parece que allí, un caballero llamado Betances había fundado una sociedad para promover el fin de la esclavitud y defendía «la redención en la pila del bautismo del esclavo recién nacido», o sea que si un niño esclavo estaba bautizado, solo por eso ya tenía derecho a ser libre, siempre y cuando tuviese quien pagase al Gobierno las tasas correspondientes, que estaban fijadas en veinticinco pesos.

Me extrañó que la patrona se mostrase tan emocionada ante semejante noticia como si fuera tremenda novedad y pensé: ¿por qué se sorprenderá tanto si ya en Cuba pasa lo mismo, incluso peor, pues acá ni siquiera esperan a que nazca el niño y se bautice, que ya cuando una lo carga entre pecho y espalda le dicen que pague su libertad?

Ahí comprendí yo que los blancos saben bien poco de agonías de esclavos. Y recordé lo que había pasado con mi hijita robada, que cuando yo todavía la cargaba en el vientre ya me indicaron que si alguien no compraba su libertad iba a nacer sometida a gobierno, como servidora.

Pero doña Petronila, erre que erre, afirmaba que aquel hombre era un ejemplo y, según relataba *La Gaceta*, había pagado con su propio dinero la liberación bautismal de muchos niños esclavos. Y no era el único en Puerto Rico. Sin ir más lejos, el diario hablaba de otro que había obrado parejo, y de otro más, uno que tenía un periódico y al que le decían Vizcarrondo, que también había liberado a sus esclavos.

Según el ama, el hecho de que hubiese tantas almas nobles en Puerto Rico era de lo más normal porque parecía ser que «de todos los países del mundo civilizado, solamente España y Brasil siguen con la conga de la esclavitud». Respondí moviendo la cabeza de arriba abajo y

le di la razón. A mí me lo iba a decir... si ya hacía buenos años que, estando yo en Bourbon, la había abolido Francia.

Otra tarde doña Petronila, que siempre quería tener a mano dos taburetes de maple atestados de revistas y diarios, leyó toda extrañada que las autoridades habían contado la gente toda de la Isla y resultaba que en Cuba había un esclavo por cada tres libres, fuesen blancos o de color. «¡Qué barbaridad, tantos en estado de servidumbre —exclamó mi patrona—, cualquier día van a darnos un disgusto!» Yo no dije nada, pero pensé: «Válgame Dios, hay que ver lo que estremecen los diarios, más les valdría estar callados. Con tanta advertencia no me extraña que los blancos anden temerosos y vigilen de lo más desconfiados cada cosa que hacen los siervos.»

Poquito a poco, entre parloteos y lecturas, yo notaba que doña Petronila me iba apreciando a más y más. Figúrense que hasta llegó a hacerme confidencias de mujer y me daba tratamiento sin pararse en mi color. Yo también a ella. Y de corazón.

Algunas veces la patrona leía cosas que nada tenían que ver con esclavos ni con negros ni con las listas de emancipados:

—Mira qué interesante... Escucha. Voy a leer una noticia que habla sobre la esperanza de vida de las personas. Empiezo: «En el *Essai de médecine pratique*, esto es en francés —aclaraba—, del conde Estanislao Kossakowski, digo yo que con este nombre debe de ser por lo menos ruso —puntualizaba de vuelta—, el autor recomienda cuatro recetas para alargar la vida, todas ellas comunicadas al conde por los mismos centenarios que las empleaban.

»“Primera: cocimiento de hojas de fresno tomado por las mañanas a modo de té. El centenario que tomaba este infuso había sido gotoso a los cincuenta años e indicó que el fresno no es solamente útil para el reumatismo crónico y la gota, sino que también mantiene el vientre libre. La dosis es de ocho gramos de hojas por un litro de agua.

»”Segunda: frotarse, por la mañana y al acostarse, la boca del

estómago y enseguida la planta de los pies, con un cepillo fuerte o un estropajo. El centenario que comunicó esta receta era militar.

»"Tercera: tomar cada mañana un cocimiento de raíz de angélica. El centenario que empleaba este cocimiento era jornalero.

»"Cuarta: tomar cada mañana una tacita de cocimiento de trébol de agua. El trébol o trifolio de tres en rama es uno de nuestros mejores amargos indígenas. La dosis es de cuatro a ocho gramos por medio litro de agua hirviendo que se deja en infusión hasta que enfría. La que lo usaba era una señora que pasaba de cien años.

»"La práctica de la segunda receta es compatible con el uso simultáneo de cualquiera de las otras tres. Si alguno de nuestros lectores nos preguntase si existe en España alguna tabla de cálculo de probabilidades de vida u otra basada en datos indígenas acá en Cuba, puesto que en España no se preocupan mucho de tales frioleras, diremos que solamente Duvillard, en 1786, redactó una tabla de esas en Francia y que en su vista las compañías de seguros de vida han formado para su uso especial otras varias más o menos exactas, y así vamos pasando." ¿Qué te parece, Misterio, lo que nos cuentan acá?

—Señá doña Petronila, esta servidora, *é un queré desí*, piensa que por mucho que las personas beban *cosimientos* y se froten los pies con duros *sepillos*, la vida la da Dios Nuestro Señor. Y Él mismo se la va a *llevá, sin avisá*, cuando sea su voluntad.

—Ja, ja, ja... ¡Qué ingeniosidad tienes, muchacha! Mira que eres espabilada. ¡Ni que te estuviesen dictando en la oreja lo que has de responder!

En fin, que lo que comenzó como un servicio de lectura para mis asuntos, se había convertido en cháchara cotidiana, pero los meses pasaban y las letras de mi nombre seguían sin aparecer en *La Gaceta*. Unos días escribían que habían dado libertad a los negros de la expedición del año tal, otros que a los del año cual... El caso era que a mí no acababa de llegarme el turno.

Con tal demora el afán se fue enfriando en la saleta de mi patrona; la lectura diaria pasó a ser de cada dos, luego semanal y al final doña Petronila dejó de leer.

Por ahí empecé a notar que la viuda estaba encerrándose en sí misma y se nos extraviaba en recuerdos de los que cada día era más difícil hacerla salir. Al principio decía no tener ansia de nada y se pasaba la tarde con la mirada ausente, hablando sola y cavilando en sus cosas, pero al poco empezó a no querer vestirse ni abandonar la cama y se le distrajo el apetito. Una vez despertó a gritos en plena noche y, cuando acudimos, se había encerrado a llave en la alcoba con la cantinela de que había ladrones en las cocheras. A partir de ahí ya la patrona no reconocía a sus siervos y se negaba a salir del cuarto diciendo que era peligroso asomarse al patio porque «estaba plagadito de incorregibles».

Vinieron doctores que la observaron con detenimiento y diagnosticaron demencia. Nos recomendaron consentirla, cuidar mucho de su higiene, intentar no llevarle la contraria, y se fueron dejando un lote de remedios en la repisa de la ventana.

Tres días después se nos descompuso. A chorro. Aquello si que fue un sufrir, porque el ama no contenía líquidos ni alimentos. De nuevo acudió a la casa un doctor. Nada más verla dijo que doña Petronila sufría extrema debilidad, suspendió los medicamentos y recetó que la enferma comiese carne cruda «preparada según la receta del doctor Trousseau, galeno francés experto en curaciones de problemas intestinales».

Allá se fue la cocinera, al matadero, para comprar filete de vaca recién muerta, siguiendo las instrucciones que había dejado el médico cortó la carne en pedacitos, machacó las hebras hasta reducirlas a una especie de pasta que luego pasó por un tamiz de hoja de lata con agujeros bien menudos, mucho más que los de hacer puré, apretando bien la chicha hasta que la parte roja y carnosa del filete atravesó al otro lado, entonces recogió con cuidado aquello, que semejaba un caldo espeso, y lo mezcló con cacao puro formando bolitas pequeñas. Se las presentamos a la patrona como si fuesen dulces y ella las tomó con desgana, pero sin resultado alguno pues tan laboriosísima receta, por muy sabio que fuese el francés que la inventó, no sirvió más que para dar faena a la cocinera.

Como el problema seguía, el doctor dispuso ponerle lavativas de almidón con unas gotas de vino añejo, pero tampoco dieron resultado. Entonces probó a darle dos gramos de tártaro emético disuelto en agua de lluvia que doña Petronila se bebió en tres tomas. Nada.

Una de las doncellas dijo que le habían contado que para este mal resultaban muy bien los bebedizos de ruibarbo en polvo mezclado con yema de huevo. Nada más oírla mandé un *muleque* corriendo a la botica. Allá le prepararon el compuesto y se lo dimos, de nuevo sin consecuencia alguna. En esas fue cuando el doctor acordó administrar a la enferma éter sulfúrico en un terrón de azúcar. La pobre se lo tragó acompañado de dos vasos de limonada y repitió la toma a lo largo de la tarde cada tres horas, pero ni con esas se le apaciguó la tripa.

Pasaban los días y ni cocimientos de melisa, ni agua con clara de huevo endulzada en jarabe de goma, ni infusiones de hoja de naranjo preparadas en té. No había manera.

Como no sabíamos qué hacer para detener aquello, me fui a pedir consejo a Carmen angola, una africana del cabildo que sabe de males y tratamientos. Ella me aconsejó llegarme al mercado bien temprano en la mañana y comprar malangas³² tiernas. Dijo que las había que preparar sin sal ni cosa alguna, en agua abundante con hervor de largo tiempo, largo tiempo, sí, que de ningún modo se me ocurriese sancocharlas sin más, ni tampoco cocinarlas en agua de lluvia recogida de la tinajera, porque esta receta tenía que hacerse en agua de manantial de la de a tres centavos la paila, o sea la cara, y que cuando las malangas estuviesen listas convenía dejar enfriar el líquido del cocimiento y reservarlo en una jícara de loza al fresco pues sería bueno que la enferma lo bebiese a buchitos durante la noche. Las malangas así hervidas yo las tenía que regar con un chorro de aceite español y servir las bien calientes a la patrona. La mujer aseguraba que semejante preparado, si la enferma lo tomaba suficientes días, le iba a sostener el intestino y conseguiría amarrarle el vientre.

Seguí su consejo palabra a palabra: al amanecer fui al mercado, resolví la compra, preparé la receta con todo mi cuidado y presenté el remedio al ama. Por cinco días dispuse idéntico menú mañana, tarde y noche. Doña Petronila, aunque ahora comía en la alcoba, seguía exigiendo protocolos y cuando yo le ponía delante las malangas en blanco, me reclamaba con la mirada la explicación de qué plato era aquello, así que la tuve que engañar inventándome recetas y lo que al desayuno era «sancocho de Trinidad», en el almuerzo se llamaba

«viandas al gusto de las monjitas de Santa Clara», en la cena resultaba un «burbujeado de la Sierra» y al día siguiente ya no me quedaba más remedio que presentarlo como lo que era: «malangas frescas, traídas de Viñales». La variedad de los nombres y el hecho de que doña Petronila ya había perdido por completo el paladar y casi la memoria, obraron el milagro de que no se nos negase a comer la misma cosa en las tres comidas. Pero ni con esas. Pese a la enorme cantidad de malanga que consumió, no se le advirtió ni una ligera mejoría y la situación se viró más mal que bien.

La tarde que el doctor nos anunció que la patrona había entrado en situación de extrema gravedad, próxima a la agonía, yo permanecí a su lado acompañándola y preocupándome por ella, que a mí no me daba fatiga cambiarla, bañarla ni limpiarle las vergüenzas, y siempre la tuve limpia, fresca como rosa de té, bien peinada y arregladita cual marquesa, preparada para lo que tuviese que venir. Tanto que se me murió en los brazos, deshidratadita por completo, de puro vieja.

Horas antes, en un momento de lucidez, tuvo el acuerdo de ordenarme sacar del escaparate un atuendo que tenía sin estrenar: «Estas ropas que te muestro acá es lo que tienes que ponerme para el viaje. Cuida que no vayan a vestirme de otro modo, o con prendas menos adecuadas», dijo. Y así lo hice, que bien saben todos que me pasé la noche del velorio llorando y planchando sus últimas galas, afanándome en alisar como Dios manda los encajes de su ropa interior y sus calzones bordados, preocupándome de almidonar bien firmes las lorzas de la sayuela y los pliegues de la pechera, de asentarle las puntillas de mangas y cuello, los tres lazos de la toca y que luciera impecable con su saya de basquiña. Yo misma la preparé para que saliese de la casona como ella pidió: bien tocada de mantilla española y con peineta, calzando escaquin de charol y medias nuevas de seda, las enaguas, blanquísimas, sin una sola arruga, todita de negro por fuera e inmaculada por dentro, con los guantes puestos, las manos en posición de orante y el rosario de nácar entre los dedos.

Colocamos a doña Petronila en el lujoso tren funerario del señor

Guillot y allá que se la llevó, de paseo por media Habana un martes por la mañana. Iba el coche fúnebre rodeado de negros descalzos con sombrero y levita que desfilaban al son de una fanfarria; lo acompañaban algunos militares, doce clérigos y otras tantas beatas circunspectas de riguroso luto que portaban cirios. A pocos pasos de la carroza y sabiendo que media humanidad de curiosos nos contemplaba desde rejas y balcones, marchábamos los domésticos de la casa, bien compungidos y pesarosos, haciendo ver nuestra sincera tristeza y el enorme dolor que sentíamos ante la pérdida. Una delicia de entierro, sí señor.

Con ella iban tres. Tres amos muertos: una francesa, un gallego y una patrona «casi cubana», como ella misma no se cansaba de pregonar. Tres. Con tres amos fallecidos a una le da por pensar. Que una ya se empieza a cansar de enterrar blancos.

Tras la muerte de doña Petronila, como ya no podía seguir viviendo en la casa de Obra Pía ni tampoco regresarme al Depósito, por ser colona, decidí alquilar un cuarto de renta económica en un condominio cercano a la Plaza Vieja.

Una mañana que estaba recogiendo trastos, cerrando cuartos y cubriendo muebles para clausurar la casona, se personó ante la reja de la sala un caballero sudoroso que no paraba de darse aire con el sombrero. Traía un cartapacio en la mano y hacía como que buscaba. Chiscó los dedos para llamar mi atención y yo me asomé con desconfianza. Cuando vio que me acercaba, se secó el sudor de la frente con el pañuelo y dijo:

—Me llamo José Miguel Izquierdo, notario acá, en La Habana Vieja. Ando averiguando si alguien puede darme razón de una prieta que atiende por Misterio del Cobre, colona doméstica de la fallecida dueña de esta casa, doña Petronila Barthélemy, viuda de Miranda.

Aquella era yo. El caballero preguntaba por mí. Capaz que me venía a buscar para acusarme de ladrona y para llevarme presa. O que mi patrona me había dejado en herencia a alguien y él tenía que resolver mi entrega. O mi venta en la plaza pública, Dios no lo permitiese.

El tipo seguía parloteando, pero yo ya era incapaz de escuchar. A

pesar del calor, me atacó de repente un tembleque que me puso a tiritar de los pies a la punta del pañuelo. Sin poder contener la angustia, exclamé con toda la inquietud que me cabía en el pecho:

—Caballero, ¡que *usté* a mí no me *tié* por qué *vení* a *buscá* ni a *echá*! Que yo estoy *serrando* la casa de la finada. Y que servidora no ha hecho *ná* malo, ni *irregulá*. Que ahora mismo tengo que *entregá* las llaves al *padresito* de la iglesia. Y que yo ya me voy a *marchá*.

Por mis aspavientos comprendió que había dado con la persona que buscaba, así que reclamó silencio y desapareció de la ventana para, a continuación, abrir el portalón, atravesar el zaguán y entrar en la propiedad. Caminó por el patio y se detuvo a la sombra, respirando con la dificultad que respiran los blancos hacia el mediodía. Temblando, le ofrecí agua y asiento pero él despreció ambas cosas.

La situación era de lo más particular; parado ante mí había un notario que se abanicaba a dos pasos de la mecedora preferida de la difunta. Y yo no sabía qué hacer ni qué decir. Sin más introito, el hombre manifestó: «Vamos a ver, vamos a ver...», abrió su cartapacio, agarró varios papeles, calzó unos espejuelos y se puso a leer muy despacio, en voz alta, para que yo comprendiese:

«Una y primera: Que doña Petronila había depositado por adelantado el total de los gastos correspondientes al tiempo que me restaba de consignación como colona por el tiempo máximo que exigía la ley. Un período de tres años por demás del que ya se iba a cumplir en julio.

»Dos y segunda: Que me legaba la cantidad de cuatro mil reales, o lo que era lo mismo quinientos pesos, para que yo resolviese la vida en caso de que mi nombre tardase tiempo en publicarse en *La Gaceta de La Habana* o que, Dios no lo quisiera, no llegase a aparecer en las listas de emancipados que pasaban a ser libres de color. Y que eso lo hacía en pago a los buenos cuidados que yo le había dispensado.

»Tercera y última: Que daba licencia y permiso para que, en presencia del caballero don José Miguel Izquierdo, notario de La Habana, yo tomase en propiedad vitalicia cuantos útiles quisiese de los

que había en el cuarto de planchado de la casa suya, los cuales deseaba me diesen buen servicio para trabajar por mi cuenta y poder vivir del oficio que yo desempeñaba de manera sobresaliente.»

Aunque puse toda mi intención en escuchar lo que decía aquel hombre, mi cabeza no paraba de pensar que lo que yo estaba oyendo era la última voluntad de doña Petronila. Y, sin poder remediarlo, el corazón se me encogió, sentí una enorme pena y me agarró la más desatada de las llanteras.

—¡Ay mi *señá*, mi bendita patrona! ¡Dios la bendiiiga! Que al final no mintió cuando afirmó que me *apresiaba*. ¡Dijo *verdá*! ¡Su *presencia* de *usté é* la pura prueba de su cariño!

Ante tan sentido alegato, el hombre levantó las cejas con gesto de aburrimiento e intentó intervenir, pero desistió porque lo que de mi boca, de mi nariz y de mis ojos salía en aquel momento era un clamor imparable de hipidos, mocos y sollozos dedicado a la memoria de mi ama buena, lágrimas sinceras por mi querida viejita blanca que hablaba mal el francés. Y allí mismo, entre lamentos de tristeza, sin poder frenar suspiros ni gemidos, rogué a Dios Padre Nuestro Señor y a la Virgen de la Caridad del Cobre que me la tuviesen colocadita en el cielo, a la vera de los santos más cercanos a la Santísima Trinidad, y prometí encomendarla en mis plegarias el tiempo todo que me quedase de vida. Así de profundo era el agradecimiento que en aquel instante yo sentía.

Apoyado en el brocal del aljibe, el notario se abanicaba perezosamente y presenciaba mis manifestaciones de dolor con cara de fastidio, hasta que se percató de que a la reja del salón de casa habían acudido más pardos y morenos de los deseables. Normal, los que pasaban por la Obra Pía, oyendo mi perorata de plañidos, se habían ido amontonando en la ventana y ya en la calle se estaba formando tremendo remolino de *quépasas* y *quésusedes*. Entonces se encaró conmigo muy serio y me hizo gesto de subir tras él. Obedecí.

Recorrimos las estancias revisando todo con diligencia. Muy nerviosa pero sin parar de santiguarme y de bendecir a mi patrona, entré en el cuarto de la plancha. Y qué iba a escoger sino aquello que me

valdría para seguir trabajando: cinco planchas grandes y dos chicas, tres cubreestantes, las alisadoras de perneras, una cesta de colada, la planchilla para prendas de bebé, bandejas de ropa blanca, la tijereta de hacer pliegues, paños, mantas, el muletón de la mesa, la pinza para las brasas, el bello reposaplanchas de hierro con forma de flor, dos aspersores... un frasco de agua de olor, polvillo de blanquear, el bote del almidón y el camafeo con el retratito de doña Petronila, que bien se lo merecía.

Mientras él apuntaba cada objeto, yo guardé aquellas riquezas en dos sacas de azúcar pensando, sin acabar de creérmelo, que ahora eran de mi propiedad. Al terminar preguntó: «¿Sabes firmar?» Como yo tardé en contestar, por educación, justo cuando ya él iba a anotar «no firma porque no sabe» solicité el crayón. Y puse una M, una C y una B muy juntas, que gracias al empeño de mi patrona ya yo sabía pintar las iniciales de mi nombre, y al lado dibujé una estrella. Luego se lo devolví. Sorprendido, agarró el papel, lo miró y se lo guardó. Me emplazó con desgana en su escribanía al cabo de un mes y medio y me alargó una papeleta. «Guarda bien este papel, no vayan a pensar que has robado todo eso», indicó, señalando las sacas.

Respondí que sí tres veces con la cabeza, sin mirarle a los ojos ni levantar la vista del suelo, por respeto. En presencia del caballero atranqué ventanas y puertas. Cuando por fin eché el cerrojo al portón de la casona sentí una tristeza muy grande. Miré los pies del hombre como haciéndole cortesía y me despedí:

—Con Dios vaya el caballero notario.

Él rezongó, supongo que queriendo decir lo mismo, se caló el sombrero y echó a caminar en dirección a O'Reilly.

Con ayuda de unos *muleques* que dormitaban en la plazuela arrastré mi inesperada herencia hasta el cuarto recién alquilado. Ese mismo día, por la tarde, acudí a la iglesia del Cristo del Buen Viaje y entregué las llaves de la casa al padre confesor de doña Petronila.

Antes de salir me hiqué de rodillas en un pasillo discreto y di mil gracias a Dios.

[32](#). Malanga: tubérculo cubano similar a la patata.

Una industria de *aplanchado*

Así fue como me encontré en La Habana con mi consignación de colona pagada por adelantado, una herencia en herramientas de oficio que yo juzgaba muy valiosa y la promesa de un dinero que, aunque todavía no había llegado a mis manos, me daba tranquilidad. Al final iba a poder trabajar por mi cuenta y disponer de lo que reuniese con el esfuerzo de mis planchados.

Pero cuando me vi en aquel cuarto diminuto rodeada de tantas pertenencias comprendí que tenía que procurarme alojamiento más *apropósito* y adecuado a la faena de planchar *pafuera*, que era lo que en adelante iba a proporcionarme sustento. Por eso decidí salir a buscar otro alquiler donde poder vivir y trabajar a la vez. La idea era dar con un lugar amplio y aireado que tuviese portón o ventana.

Tuve suerte y encontré lo que buscaba en Porvenir con Compostela. Una delicia de cuarto en la planta baja de una casa de vecindad al que se accedía por las antiguas cocheras, atravesando un galimatías de almacenes de pieles y puestos de talabarteros. La finca tenía aljibe para uso de los inquilinos y, en el patio, agua de lluvia recogida en jarreros. Mi nueva vivienda lucía una enorme ventana enrejada que daba a la calleja, estaba lejos de las letrinas, que eran comunes, y en uno de sus recodos un entrante oculto por un trapo ocultaba un hogar de pura piedra, lo que significaba que el inquilino tenía derecho a candela. Era *pelfesto*.

El solar y la casa figuraban como legítima propiedad de Celeste Borreguero, una mulata dentona y dicharachera, siempre con el cigarro en la boca, que se pavoneaba presumiendo de poseer un edificio aunque

la cuarta parte ya la había puesto a nombre de su amante. Celeste había sido mantenida de un anciano caballero español, el cual, días antes de morir, testó a su favor dejándole el condominio que ahora alquilaba. Pero en los cuartos chachareaban que tenía un amor demasiado joven, un prieto curro del que ella estaba locamente enamorada que le sacaba cuanto podía y encima la llevaba por la senda del martirio más absoluto, también que un par de semanas antes de llegar yo a la finca se le había muerto el fruto de sus amores, un varón recién nacido, del mal de los siete días. Decían las comadres que, desolada por la pena y bañada en lágrimas, Celeste había vestido a su niño de turquito, había anunciado el velatorio en el mondongo, que así nombran por acá al cabildo congo, y a continuación había mandado organizar un festejo de música y danza con cantos y tambores que se demoró por dos noches y un día, todo para que el muertito entrase en el cielo como el ángel que era, bien arropado por la alegría de la gente buena.

Celeste y yo simpatizamos pronto. En cuanto la puse al tanto de mi idea de trabajar planchando *pafuera*, entre bocanada y bocanada de tabaco me ayudó a indagar quién pudiese venderme a poco coste varios tablones de madera y cuatro palos de árbol recio con los que fabricarme una mesa para planchar con comodidad. Además, como en mi cuarto no había muebles, corrió la voz por la cuadra toda y me procuró, a precio más que económico, un viejo balance de caña que apareció en mi puerta arrastrado por dos mulequines, un mosquitero de rengue de los de amarrar a un fierro en el techo, un estante de tabla, los restos de un casaquero medio roto que yo compuse, tres sillas con asiento de paja, un guardabrisas para velas de esperma, varios peroles de cocina, fuentes, cucharas y un par de friteras.

Por mi parte, me agencí un buen jergón de hoja seca que durante el día colocaba liado contra la pared y a la hora de descansar, extendido bajo la mesa de la plancha y protegido por el mosquitero, se me antojaba el más seguro de los refugios.

Bien instalada y con idea de hacer clientela, fui circulando la novedad de mi oficio y preguntando casa a casa si había plancha. Ya tenía la cosa medio encaminada cuando me llegó recado de que don José Miguel Izquierdo me mandaba llamar.

Me personé en la notaría confiando en que la cita fuese para

resolver el cobro de mi herencia, pero al llegar me espetaron que de ningún modo iba yo a poder acceder a esos pesos sin antes, sencillamente, demostrar que la prieta que hoy figuraba anotada como Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy era la misma emancipada que el Gobierno había consignado en su día en casa de la viuda doña Petronila Miranda con el nombre de Marinés Monés, procedente de la casa de don... donde la habían anotado como... y anteriormente de la de don... donde atendía por el nombre de... y antes de la de... terminando con lo de siempre: que tenía que volver a demostrar que servidora era la misma africana que un día llegó a Cuba en nave presa por ingleses.

¡Otra vez con el baile de nombres, amos y cédulas! Dígame si la cosa no era para volverse loca. Y es que a esta servidora ni se le había pasado por la cabeza que, para poder cobrar un dinero que le correspondía por testamento de su patrona, iba a tener que verse de vuelta en la cola del estudio del Síndico..., pero resultaba que sí señor. Para resolver precisaba yo exhibir, una vez más, la totalidad de unos papeles que no poseía.

Tuve que conformarme y un día jueves, antes de que amaneciese, me planté en la calle de la Amargura con idea de hacer cola ante la casa de un Síndico Procurador General, cosa de suplicarle tuviese a bien remediar mi problema, que no era otro que lo mismo de siempre: asuntos de papel.

Aquel Síndico escuchó mis explicaciones, pareció hacerse cargo de la complicada peripecia de mis nombres, comprendió la necesidad que yo tenía de disponer de documentos, apuntó cuanto dije y concluyó que el asunto tendría remedio y que podría resolverse, pero no dijo cuándo. En un momento de la entrevista me miró de arriba abajo y preguntó por mi nación. Yo respondí, tranquila:

—Unos me *disen* pepel, otros popó y otros fuló, pero la mayoría me pone de mandinga. Aunque cuando servidora estaba en la isla Bourbon me anotaron, en francés, como *peul de nation*.

Al poco comprendí no solo el motivo de la pregunta, sino también de las detenidas ojeadas que me dirigía aquel Síndico; al caballero le agradaron mis maneras porque coincidía que era viudo y andaba queriendo procurarse persona de confianza para el *cuidao* de la casa y de una su hija medio asilvestrada a la que le decían *Dulse* Elena.

El caso fue que prometió agilizar mis complicaciones siempre y cuando yo aceptase ocuparme por las mañanas en organizar la casa suya, además de hacer cuanto pudiese por encaminar bien a su hijita, una huérfana que, desde el fallecimiento de su mamá, no atendía obediencias ni razones y campaba a sus anchas, sin orden ni disciplina. Figúrese, señor escribiente, que yo misma la descubrí espiando, agazapada entre los paños de un escritorio y viéndose descubierta, ¡la damita se escabulló culebreando por debajo la mesa!

Acepté el acomodo. Pero aunque la ocupación era buena y la familia excelente, mi vida cambió porque, para poder cumplir lo que había apalabrado con el caballero, me tenía que ausentar de mi cuarto y de mi plancha cada día más de media jornada. La mañana entera se me iba en ordenar la negrada de Amargura, organizar la limpieza y las compras, ocuparme en despertar, lavar, dar de comer, vestir y llevar a la escuela a la Niña, preparar la comida y dejar todo bien dispuesto hasta el día siguiente. Tanta ocupación me obligó a disminuir la recepción de ropa en mi cuarto, cosa que me disgustaba bastante ahora que mi industria había empezado a funcionar de maravilla, así que decidí pagar para que me aligerasen el trabajo.

Solucioné el asunto ofreciendo un cuarto de medio peso a dos muchachas, de apellido Valdés, para que cubriesen el servicio de recogida y la entrega de las prendas. Las chiquillas eran las hijas mayores de Casilda carabalí Fenoll, una negra caoba más que sandunguera, también inquilina de la mulata Celeste, pero ella sin derecho a cocina. Casilda, que era charlatana y transmisora de decires, alquilaba un cuarto interior en la planta alta de la finca y en él malvivía con sus cuatro niñas, a las que un ama española muy cristiana, en puro arranque de extravagancia, había rebautizado como *Prudensia*, *Justisia*, *Fortalesa* y *Templansa*, o sea las virtudes cardinales.

Mi vecina buscaba trabajo bajo las piedras y aceptaba lo que le ofreciesen porque estaba obligada a devolver un préstamo de buena fe que había tenido que pedir; la deuda venía de siete años atrás, cuando la santurrona de su ama la había coartado fijándole precio. Casilda,

temiendo que si no compraba ella misma su libertad, el ama la fuese a vender sola y separarla de sus hijas, se echó a la calle enloquecida suplicando a diestro y siniestro y dispuesta a hacer lo que fuese para reunir el precio que el ama pedía por ella. Tuvo suerte, una prestamista amiga de su madrina le adelantó los pesos bajo promesa de devolución en pequeñas cantidades quincenales y gracias a ello ahora eran libertas, pero pasaba muchas estrecheces para cumplir los plazos porque solo que se retrasase un día en el pago ya la prestataria enviaba un par de morenos de temeraria apariencia con los dedos de las manos cargaditos de anillos para reclamar la deuda.

Sí señor. Casilda carabalí Fenoll las pasaba remal, yo misma la vi, no pocas veces, peleando contra los perros rabiosos del matadero para conseguir las tripas que los matarifes arrojaban a los animales. A chinazos los espantaba, o a patadas, y se regresaba a la casa plagadita de mordidas pero sonriente, feliz de poder echar algo a la fretera y dar de comer a sus niñas.

Gran mujer. Además de combativa y luchadora, pero luchadora de las buenas, Casilda era de las pocas morenas que yo conocí capaz de menearse con agilidad entre los atajos de la ley para sacarle partido. Tal como ella misma me confidenció secretamente una noche, para que sus hijas, todas nacidas por la izquierda y sin padre reconocido, no fuesen propiedad de nadie y menos de la valenciana miserable a la que ella pertenecía, una beata roñosa conocida como Vicentina Fenoll que vivía de realquilar esclavos en una casucha de tabla y teja del barrio de Guadalupe, había decidido disimular sus gravideces ocultándolas a los ojos de su ama. ¿Que cómo logró semejante cosa y, además, por cuatro veces? Pues huyendo de la casa para ir a parir donde una amiga y exponiendo sus criaturas, poco después, en el torno de la Inclusa.

A mí me parecía increíble, pero Casilda hizo exactamente igual con cada una de sus hijas, la una tras la otra: nacía la niña y su madre la guardaba amorosamente con ella cuatro días, al quinto, con profundo dolor de corazón, le enredaba al pescuezo una cinta con su nombre raramente trenzado en vivos colores, le hacía una marquita en el muslo y la dejaba en el torno de la Inclusa. No era abandono, decía ella, sino ingrato sacrificio necesario.

La pobre, tras exponer a cada niña, regresaba a la casa de su ama

donde primero sufría castigo por haber desaparecido tantos días y luego tenía que abonar el equivalente en pesos del trabajo que había dejado de hacer durante su ausencia pero, transcurrido un tiempo de prudencia, que solía rondar los quince meses, se personaba de vuelta en la Inclusa y, entre grandes aspavientos, reclamaba a la niña chillando que era hija suya, que se la habían robado a poco de nacer y que, casualmente, acababa de reconocerla por la cicatriz que ella misma le había hecho en la pierna. Por supuesto, cuando le pedían evidencias, a sabiendas de que en la Inclusa siempre conservan los objetos que llevan consigo los expósitos, enarbolaba un pedazo de cinta igualitica a la que portaba el bebé en torno al cuello cuando fue abandonado. Ni que decir tiene que le entregaban de vuelta a su niña. Casilda carabalí Fenoll sabía muy bien lo que hacía; gracias a ella tener los arrestos necesarios para transitar con toda su astucia por tan peligrosas callejas, sus hijas se apellidaban Valdés, que es como la ley de Cuba manda llamar a los expósitos y, aunque las cuatro tenían la piel más prieta que el puro tizón, ¡estaban anotadas como blancas por derecho de inclusero!³³

Siendo tan alegre y colaboradora, no hizo falta mucho para que nos convirtiésemos en comadres del alma, hermanas, decía ella, y llegásemos al acuerdo de compartir el fuego de la casa mía. El reparto no era complicado, yo utilizaba la brasa para la plancha de la tarde y hasta bien entrada la noche, mientras ella se servía del fuego, de mi anafe y de los cacharros de cocina, a partir de las cinco de la mañana porque preparaba frituras que los *carterneros* venían a recoger calentitas, eran muchachos muy pobres que se ganaban la vida de madrugada llenando aquí y allá *cantinas* metálicas de varios compartimentos con desayunos sencillos que, por la mañana, repartían a domicilio.

En pago al uso de mi candela, cada mediodía yo encontraba dispuesto mi almuerzo. Y a cambio de los céntimos que entregaba a sus dos hijas mayores, *Prudensia* y *Justisia* desfilaban desde temprano por el vecindario preguntando si había plancha, recogían las sacas de ropa y las depositaban en mi cuarto. De tal modo yo llegaba, tomaba un bocado y sin más me ponía a planchar la tarde entera. A eso de las seis y media cenaba algo y redondeaba el día cumpliendo encomiendas que me traían

las costureras de baratillo, mulatas y negritas que cosían a destajo por pocas monedas, dejándose las manos y la vista en trabajos que precisaban un planchado primoroso antes de llegar a manos de las clientas.

En la mañana *Prudensia* y *Justisia* pasaban de vuelta por mi cuarto y hacían el mismo camino pero al contrario; repartían casa por casa la ropa ya planchada, bien plegada y con aroma. También se encargaban de cobrar, y yo les insistía en que mantuviesen los ojos bien abiertos con las monedas chicas, no fueran a engañarlas en los zaguanes y les diesen yuca por malanga.

Así y no de otro modo tenía yo organizada mi industria: un día recoger y al otro repartir y cobrar. Y es que aprender a planchar fue lo mejor que me pasó en la vida. Gracias a los hierros, la brasa y los paños yo poseía un oficio y, aunque no era lo mismo planchar en casa de ama que hacerlo a destajo y en beneficio propio, no había morena en La Habana que se sintiese más afortunada que servidora cuando, en la tranquilidad de la anochecida, para que todo estuviese dispuesto el día siguiente, me afanaba en ordenar mis cestas, bruñir las planchas, cepillar los lienzos, reponer el almidón o preparar agua de quitar las manchas imposibles.

¿Que qué agua es esa, me pregunta? Pues no es otra cosa que una fórmula que me enseñó una patrona blanca en la isla Bourbon. Era muy anciana y tenía cinco nietas que sudaban demasiado. Como la humedad dejaba cerquillos imborrables en las sisas de sus blusas y de sus bellos vestidos, para resolver, de vez en cuando me enviaba a *la pharmacie* y el boticario preparaba sesenta y dos gramos de trementina en esencia, ocho de alcohol y otros tantos de éter. Ya en la casa, mezclábamos todo y lo guardábamos en un frasquito bien cerrado. Cuando había necesidad de eliminar una mancha, la patrona ponía la prenda sobre un lienzo grueso, agitaba bien el líquido y a continuación, con una muñeca de trapo humedecida en la fórmula, restregaba sobre el género hasta que el cerquillo desaparecía. Ya luego yo la planchaba con cuidado, aplicando un casi nada de calor y protegiendo la tela con paño fino. De esta forma

comprendí el modo en que se tratan las manchas difíciles. Sí señor. Y así lo he hecho desde entonces, que lo que una aprende bien cuando es muchacha le sirve para toda la vida.

A lo mejor también le interesa que yo relate acá cómo fabrico mi almidón... Quién sabe, capaz que si un día mis hijas llegasen a leer esto podría ser de su agrado conocer las recetas que su madre ingeniaba para las dificultades que le sobrevenían en el oficio de planchar. El corazón me dice que, si Dios quiere, tal vez ellas tengan la buena suerte de dar con estas páginas que hoy estoy dictando. Pues bueno, voy a explicar despacito, para que pueda el escribiente apuntar sin prisa y con esmero, no vayan a quedar las cosas mal expuestas.

Toda buena planchadora sabe que el almidón se hace con salvado de harinas de trigo, de centeno o de cebada, aunque hay también quien lo consigue a partir de azúcar, patata, yuca y otras plantas. Tras muchas pruebas e intentos, esta que habla llegó a la conclusión de que la mejor manera de procurarse almidón bueno y económico es a base de salvado de cebada, pues dos de sus libras dan una y media de almidón. Servidora lo consigue poniendo la cebada a remojo en agua fría, poca, no demasiada, y a los quince días, cuando está descompuesta, la saco del agua, machaco los granos entre dos piedras y meneo bien la masa que resulta. Entonces traigo una palangana llena de agua clara, mejor de lluvia, y pongo en un cedazo pequeño una porción de esa masa. Voy cerniendo sin prisa: la pasta toca la superficie del agua y al instante pasa el almidón al agua y se va solito *pal* fondo. Ahí meto el cedazo de golpe en el agua y lo saco con rapidez para que, al escurrir, se lleve los restos de almidón. El manejo dura poquito, no más de cuatro o cinco minutos, y lo repito con cada porción de masa de cebada. Luego dejo reposar el líquido en la palangana un rato corto, como de rezar tres padrenuestros. En ese tiempo el almidón se va *pal* fondo y se apelmaza. Ese es el momento en que una arroja al piso el agua de encima, que hay que hacerlo sin miedo a que escape lo del fondo, y vierte sobre la pasta otra agua limpia, para que conmueva el almidón.

Yo cambio el agua seis veces y al final volteo la palangana sobre

un paño immaculado para que el almidón, ya masa endurecida, caiga. Luego ya solo hay que tener buena vista e ir retirando los restos de pedacillos de cebada porque, en la parte que toca el paño, suelen quedar sobras y hay que armarse de paciencia para separar el almidón puro del impuro con el filo de un cuchillo. Bien escogido, dejas al sol los pedacitos y, cuando están secos, los guardas.

El almidón se conserva mucho tiempo pero para planchar con él hay que deshacerlo. Sí señor, en agua caliente abundante, pues si es poca se vuelve engrudo y si el agua está fría no se deja mezclar. Esa es mi fórmula. Con semejante protocolo me agencio yo un polvillo que no afecta a los colores y puedo entregar, impecables, cuantos puños, pecheras, baberos, lencerías, encajes o bordados llegan a mi cuarto clamando por buena plancha.

Supongo que no hace falta decir que, con tantos ires y venires, mis jornadas discurrían más que atareadas. En cuanto que me daba cuenta, entre ordenar la casona, cuidar a Niña *Dulce*, sacar *palante* la plancha y ayudar a las costureras de baratillo, ya me había volado la semana.

Y es que por aquel tiempo, las prietas que trabajaban de colonas y cobraban su faena no la pasaban tan mal.

[33](#). Carlos IV, en su Real Decreto del 5 de enero de 1794, había equiparado a los expósitos con el Tercer Estado por lo que el simple paso de una criatura por la Inclusa le confería el calificativo de blanca y, en Cuba, el apellido Valdés, que era el del Obispo protector de dicha Institución en La Habana. Las madres esclavas hacían lo imposible para exponer a sus criaturas en la Inclusa y, transcurrido un tiempo, se presentaban a recogerlas. Con tales manejos los hijos «*adelantaban*» socialmente, pues eran anotados blancos y, además, obtenían un apellido. De actuaciones similares se entiende que, en la Cuba del XIX, el color legal y el color real de las personas no siempre coincidía.

Tardes de alegre palique

A las chiquillas de Casilda, cuando su mamá andaba por fuera, les gustaba quedarse a pie de mí. Entretenían la tarde en mi cuarto y la pasaban mirando cómo planchaba o haciendo que me ayudaban. Yo las ponía a vigilar que los hierros no se enfriasen, les encargaba el relleno de agua de olor o que me ligasen con paciencia el almidón. En su compañía, mis demasiadas horas de plancha discurrían llevaderas entre comadreos y guarachas. Pura broma de pollitas sin más.

Un día *Prudensia*, la mayor de las cuatro, preguntó de repente si yo era africana o negra criolla como su mamá. Parecía que desde que Casilda les había contado que ella naciera cautiva, alumbrada por madre esclava en una hacienda de Viñales, las hermanitas Valdés andaban dándole sus vueltas al asunto del origen. Respondí llena de orgullo que de eso nada, que yo era africana de las buenas, de nación, traída *pacá* a la fuerza, y que ni un solo día de mi vida olvidaba yo mi hermosa tierra, donde había vivido feliz en un poblado a orillas de un río bello, bello de verdad.

—*Tá* bueno, niñas. Si escuchan con *atención*, Misterio les va a *contá*. Pero primero tienen que *comprendé* que su mamá y yo somos bieeen diferentes. Ella *é* nacida acá y yo soy nacida allá. Ella *é* hija de carabalís esclavos, por eso lleva el apellido de su nación y luego el del amo. Yo no, a mí me trajeron con el nombre puesto. Y *bautisada*.

»Sepan que cuando se habla de estas cosas uno *tié* que *tené* cuenta de lo que dicen los viejos: “aunque el tronco del árbol permanezca tiempo y tiempo en el agua, no se volverá cocodrilo”, o lo que *é* lo mismo, por más años que una africana viva en este lado del mar, nunca será de acá. No *señó*. Nuuunca.

En medio de un silencio de misa de domingo, *Justisia* y *Prudensia* me ayudaban a sacar la ropa de los fardos y la colocaban bien estirada en el cabo de la mesa cuando *Fortalesa*, que intentaba mantener quieta la cabeza de *Templansa* para peinarle pasitas, soltó la bomba:

—Misterio, si a ti te trajeron de África, ¿cómo é que tú no *tié* nariz chata? ¿Y como é que tú eres más clara que nosotras?

Me atacó la risa:

—¡La muchacha tiene sus curiosidades! ¡Una é como é porque sale a los suyos! No hay *má*. Igual que ustedes cuatro han *salío* con el caoba de su mamá, bien lindas todas, yo me asemejo a la mía. Y como «cada pájaro canta las *alabansas* del lugar donde pasa la mejor estación», yo les voy a *relatá* cómo era allá de donde vengo:

»A los *peul*, que ese es el nombre de los de mi raza y de la raza de toda mi familia, no nos gustan los muros ni los cercados, preferimos el paisaje despejado que permite divisar el regreso de los rebaños y los pastores, por eso desde las chozas del poblado, que seguro no era grande pero yo lo recuerdo enorme, se veía el horizonte. Muy cerca estaba el Cacheu, río de buena orilla y agua tranquila, donde nos bañábamos y pescábamos, pero ojo, que no era río sumiso; más arriba tenía aguas salvajes, con altas cascadas y comprometidos rápidos en los que solo los hombres se aventuraban. Yo no sé si ustedes saben que en los ríos habita una diosa. Y que la diosa del agua es mujer y es pez. Ella nos devuelve los cuerpos blancuzcos de los que mueren en el mar. Cuando está disgustada vomita cadáveres a su orilla, por eso es conveniente hacer ofrendas y dejarle regalos, para que la diosa se regocije y proteja el poblado. En los ríos también viven hombres pez, que respiran por el pecho y tienen escamas y cola; son espíritus que no descansan, así que interesa tenerlos contentos. Hay tantos hombres en el mundo como espíritus en el río, y todas las aguas, tanto las mansas como las bravas, nos aportan riquezas y vida.

»No lejos estaba el bosque de baobabs, árboles inmortales, poderosos y agradecidos. Los africanos conocemos bien su historia: en el tronco hueco del baobab se esconde un espíritu que siempre está de mal humor; tuvo que huir de junto a la acacia porque ya no soportaba el apabullante olor de sus flores y la mudanza le incomodó, por eso si uno no desea tener malos encuentros, hay que guardarle su respeto al

baobab. Todo es bueno en él, sus hojas dan gusto a nuestras salsas, su fruto, que llamamos “pan de mono”, sana vientres enfermos y con la fibra de su corteza los pastores tejen cuerdas para atar el ganado. Créanme si yo les digo que el baobab es un verdadero tesoro.

Las muchachas escuchaban boquiabiertas y como noté que la melodía les interesaba, seguí con el son a mi modo, cosa de mantenerlas entretenidas:

—¿Que cómo era la vida allá?, preguntan. Pues imaginen... Mi familia trabajaba la tierra y cuidaba el ganado. En la estación de las lluvias el campo nos daba ñame, sorgo, mijo y fonio, que es muy importante para nosotros, con él hacemos las gachas de la comida y sin fonio seríamos pobres. Cada estación los hombres plantaban cultivos diferentes para que el suelo sintiese la variedad y no se fuese a aburrir de dar siempre lo mismo. La tierra se regaba con un agua que nosotras transportábamos en pesadas calabazas, llenar las calabazas es cosa de mujeres pero regar no, oigan bien esto, allá son los hombres quienes riegan, las mujeres pueden matar las plantas, sobre todo cuando sangran.

»Antes de la estación seca había que quemar el campo, de este modo los animales huían y la tierra quedaba preparada para el cultivo. Ojo, no vayan a pensar que también ardían los árboles. Los árboles no se queman. Ah, y otra cosa más; tengo que explicarles que en África yo no era cristiana, pero esto tiene que ser un secreto entre ustedes y yo, no me lo vayan a ir pregonando por el mercado.

Las cuatro negaron repetidas veces con la cabeza.

—Sí señor —continué—. Éramos musulmanes, y devotos de los buenos. Lo de ser cristiana vino luego, cuando me hicieron esclava. También tengo que decirles que el gobierno en África no se parece al de los Capitanes Generales de acá. Nada de eso, allá el Lamido,³⁴ que así se llama nuestro jefe, pertenece a la casta de los reyes y representa a Alá. El Lamido, jefe de los jefes de todos los poblados, dirige la *chefferie* y es el guardián del tesoro peul.

»Al final del ramadán, que es tiempo de ayuno y de hacerse perdonar, el Lamido mandaba organizar una fiesta para recordar que nuestros guerreros, en otros tiempos, vencieron y sometieron a los enemigos con ayuda de Alá, el poder de sus armas y la fuerza de sus

hombres. Él llegaba a caballo, cubierto el rostro y encabezando un vistoso cortejo. Le acompañaba su ejército de caballeros, que lucían armaduras y sillas antiguas y desfilaban a paso militar. Contemplar de cerca la persona del Lamido era el mayor de los honores. Yo lo vi una vez sentado en su trono, admiré su traje de placas de pura plata maciza y el modo en que la gente se hincaba ante él, con los ojos en la tierra porque nadie debe nunca dirigir directamente la mirada hacia el Lamido. Mientras duraba la fiesta todo era felicidad. En presencia de las mujeres, los jinetes hacían caracolear a sus caballos como señal de rendición ante la belleza. Muchos jóvenes maquillaban el cuerpo y el rostro porque el más hermoso sería premiado. Las mujeres, con la cara pintada de tierra blanca, danzaban al ritmo del *djembé* y del tam-tam. Los niños bailábamos y aplaudíamos... Lindo. Al atardecer los caballeros atravesaban el poblado al galope, blandiendo sus armas y gritando el nombre del Lamido y, llegada la noche, algunas niñas tenían el honor de repartir nueces de cola a los hombres. Yo lo hice una vez.

Estaba más que claro que mi relato agradaba al auditorio. Solo presentir que yo me detenía, fuese para tragar saliva, ya las cuatro a un tiempo se lanzaban al acoso con tremenda retahíla, «cómo era, por qué, dinos, qué más, sigue», no fuese yo a perder el hilo del cuento. Por lo tanto me alargué:

—Supongo que se estarán preguntando cómo era mi casa. Verán, las chozas del poblado se construían en torno a un patio y eran sencillas, fáciles de desmontar cuando había que marcharse. Los peul dependemos de nuestros rebaños y no siempre podemos quedarnos en un mismo lugar, por eso mi padre, cuando alguien le preguntaba dónde vivía, respondía «*o eggí*», que en lengua peul quiere decir pastoreando.

»Hacíamos la vida en el patio. Allí estaba la casa de la palabra con sus ocho pilares y ocho capas de *secco*, que es el nombre que damos a la paja en nuestra lengua. Los ancianos acudían a la casa para discutir lo justo o lo injusto, tomar decisiones, dar consejos o contar historias a los niños. Los ancianos poseen la sabiduría. Cuando no hay ancianos un pueblo se echa a perder.

»¡No saben la fortuna que tengo de recordar per-fec-ta-men-te nuestra choza! Era linda y muy fresca, como todas las del poblado. Mi padre la construyó orientada al oeste con firmes troncos de madera sobre

un suelo de arcilla bien pisada y con el techo en punta, hecho con paja larga que se detenía a tres palmos del suelo. A esta mano —señalé la ventana—, estaban el hogar, las cosas de cocinar y los recipientes de ordeño. Mi madre tenía muchas calabazas y cucharones de palo. Les cuento de nuestras calabazas: primero se lavaban y luego se apilaban de mayor a menor según el uso que se les daba; las había con tapa y sin tapa, para conservar alimentos, para servirlos, para hacer queso o manteca, para comer o beber, para batir la leche y para regar el campo. Cada una tenía su puesto y daba su servicio. La calabaza de la leche recién ordeñada se colocaba cara al norte, cerca de la cama y en lo más alto, para alejarla de las hormigas, del polvo y de las moscas. Mi madre era relimpia y había tejido un tapete de paja para proteger su contenido.

»Teníamos el agua de beber, de cocinar y para asearnos en un cántaro de arcilla porque “agua y leche, como harina y ceniza, no han de mezclarse”. Separado de la cocina por un murete de juncos estaba el sitio de mis padres, un lecho de cuatro columnas cubierto de bonitas esteras con dibujos. Seguro que desconocen lo importantes que son las esteras para nosotros; les diré que entre los peul, cuanto más amada es una mujer, más esteras tiene sobre su cama. Sí, niñas, no se me ríen. La madre de mi madre ya había tejido algunas preciosas para su hija, con los símbolos mágicos de la fecundidad en bellos colores, pero, además, como mi mamá era la única esposa de mi padre, porque él la quería de veras y siempre se negó a *doblarla*, o sea a tomar una segunda mujer, además de las esteras que le había hecho mi abuela ella había recibido otras tantas de su esposo, en señal de amor. Y no piensen las damitas que me estoy *dando cacao* cuando digo que el lecho de mi mamá era el que lucía más esteras de *toodo* el poblado porque estas cosas despiertan envidias.

»Como manda la tradición, mi padre había tomado por esposa a la hija del hermano mayor de su padre. Y a poco de desposarla ya él construyó un alzado de madera en lo alto del lecho de matrimonio. El hombre construye ese alzado, que se apoya en dos de las columnas de la cama, para los hijos que le van a nacer. No sé si están comprendiendo bien lo que les digo, imaginen una repisa de madera sobre la cama, así, a suficiente altura, semejante a las camitas donde duermen los blancos en los buques, pues era el lugar para los niños. De este modo los hijos

duermen a la vista de sus padres y protegidos de los animales.

»En mi aldea nos apellidábamos Bâ y casi todos los nombres de mujer terminaban en *mata*. El apellido Bâ tiene su significado, quiere decir que los que así se llaman, aunque ahora sean pastores, en otro tiempo fueron guerreros. Mi madre se llamaba Oulymata Bâ, pero yo nunca mencioné su nombre. No está bien pronunciar el nombre de las personas que amas, los hijos no nombran a los padres, ni la esposa debe nombrar al marido. Y si, llegado el momento, yo tenía que referirme a mi madre, por ejemplo para hablar con mis amigas, decía “la mujer de mi padre” o “la hija de mi abuela”, de este modo el nombre de mi madre permanecía intacto.

»No se pueden imaginar cómo era ella... bella, hermosa, dulce, con la cruz de su rostro perfectamente tatuada y la nariz perforada, porque ya no era virgen. Tenía piel brillante, bonitos pies, nariz recta, orejas preciosas y labios finos. Peinaba el cabello en moños, lucía collares de enormes ágatas blancas, bonitos pendientes de metal en número impar y adornaba la frente con hilos de cauries para infundir respeto, como hacen las mujeres que tienen marido.

»Estaba más que orgullosa de su marido, que era el *duro* más poderoso de la aldea porque conservaba absolutamente todas las cabezas de ganado heredadas de sus padres y de los padres de sus padres y de los de mi madre. Los peul somos pastores y la palabra *duro* significa “el que vigila que el ganado pascie”, así que fíjense si es importante ser pastor por allá. Los rebaños se reciben en herencia y deben permanecer en la familia, son sagrados, puesto que de ellos depende la vida de los pastores. No hay que vender reses ni presumir del número de bueyes o vacas que uno posee. Contar las cabezas de ganado es tabú, no es bueno que la gente esté al corriente de las posesiones de un *duro*, solo Dios lleva la cuenta de los animales que ha creado. Los peul no comen carne, no venden sus vacas y tampoco las sacrifican, pues traería mala suerte enriquecerse con la venta de algo heredado y sagrado.

»Cuando mi padre estaba *o eggi* se entregaba por entero a su vida de pastor, vigilaba el rebaño día y noche y dormía a ratos, sobre el puro suelo envuelto en una simple manta. Es complicada la vida del *duro* y muy solitaria, hacen falta veintiún años para aprender a ser pastor, veintiún años para practicar el pastoreo y veintiún años más para

enseñarlo. Menos mal que a partir de ahí ya los pastores no tienen que trabajar y pueden dedicarse a hacer visitas.

»De él aprendí que es necesario atar los animales unos a otros cuando hay niebla, porque a veces se pierden en el bosque y no encuentran el camino, pero si van juntos no se extravían. Que el pastor tiene que cuidar su ganado, mantenerlo sano y dedicar bastante tiempo a hacer cuerdas con fibra de corteza de baobab, las únicas que, a golpes suaves pero contundentes, logran desprender de la piel de las vacas esas odiosas garrapatas que les chupan la sangre. También que son los hombres, nunca las mujeres, quienes ordeñan las vacas dos veces al día, ordeñar es trabajo de hombre y solo cuando el *duro* finaliza el ordeño y deposita la calabaza con la leche sobre un círculo de piedra ante la casa familiar la mujer se hace cargo de ella.

Justisia me interrumpió con cara incrédula.

—¿Cómo é eso, Misterio, que tu papá tuviese tanto miramiento con la leche y con las vacas?

—Porque el ganado, para el peul, es la razón de vivir. El niño peul aprende a ser pastor porque va a heredar el ganado que cuidó su padre, si no, no sería pastor. Por eso las vacas son sagradas y la leche que el pastor obtiene de ellas y deposita ante la puerta de su casa es la riqueza de la familia.

»Tengo que decirles que mi padre conservaba un bello rebaño de vacas de pelo rojo, pero además poseía bueyes para acarrear objetos pesados, asnos que transportaban los cántaros con agua, cebúes, corderos y un hermoso caballo que hacía caracolear ante mi madre, para piroppearla. También tenía cabras, pero de ellas se ocupaba su mujer. Nuestro ganado estaba tan bien cuidado que había recibido amuletos protectores del *silatigui*, que así llamamos al hombre más sabio de la aldea, mitad adivino y mitad consejero.

»Al principio mi madre acompañaba a mi padre *o eggi*, pero cuando yo nací él decidió que le esperásemos en casa. No se me olvida la alegría de verle regresar con el rebaño y el modo en que su esposa le recibía con las cuatro ofrendas: una estera nueva porque durante el pastoreo no había descansado como es debido, jabón recién cortado con el que podría lavarse a fondo y eliminar el polvo del camino, una calabaza de leche fresca para apaciguar la sed, y un buen puñado de

nueces de cola que masticaría tranquilamente cuando visitase a los vecinos. Reposo nocturno, aseo en la madrugada, ordeño mañana y noche y visitas por la tarde, esas eran las obligaciones de los pastores cuando no estaban *o eggi*. En cambio, para nosotras la rumba sonaba bien distinta: cuando padre estaba en el poblado, la faena de mi madre era enorme. Y la mía también, que desde bien chica contaba conmigo, fíjense que a los seis años ¡ya yo sabía hacer queso!

—¡A los seis años! ¿Y el queso lo hacías solita? —preguntó *Fortalesa*, que no acababa de creerse lo que estaba oyendo.

—Queso y lo que hiciese falta. Cómo no. Verán, justo al amanecer, mi madre despertaba la primera y ofrecía a su esposo agua y jabón para que se lavase. Y un buen cuenco de gachas como desayuno. Luego recogía la casa, preparaba harina de ñame mezclada en agua y la dejaba secar al sol hasta que se volviese puré. Ñame con agua, queso y fruta era nuestro plato diario, aunque mi madre, para variar, también cocinaba *gosi*, gachas de mijo para rechupetarse los dedos, y a veces preparaba un sabroso *kodé*, mezclando lentamente harina de mijo con leche cuajada. El resto de la mañana la pasábamos pilando grano, buscando leña, acarreando agua, batiendo leche para hacer queso o mantequilla, trenzando fibras de palmera y fabricando nuestro jabón a base de hervir ceniza de carbón mezclada con grasa de manteca, esto lo hacíamos lejos de casa, para que el desagradable olor no corrompiera los comestibles.

»Ya en la tarde, nuestro lugar preferido era al pie del sicómoro. Sí, no me pongan esa cara, el sicómoro es un árbol de allá y me parece que no les vendría nada mal que les hablase un poco de él. Tienen que saber que en África los espíritus benéficos habitan tres árboles: el azufaifo, que nos da yuyuba para sanar el mal de pecho, el tamarindo, porque a su sombra Seiku Amadou enseñó el Corán y su fruto ayuda a mover el vientre de los enfermos, y el sicómoro, porque las hojas del sicómoro curan la mordida de serpiente. Los peul siempre emplazamos las aldeas cerca de un sicómoro; las mujeres charlan y pilan mijo al abrigo de su frescor, los niños juegan e intentan, con palos, hacer caer sus higos, los cabreros cortan las ramas más tiernas para que coman los animales, los bueyes devoran sus hojas. Yo les digo que vivir al lado de un sicómoro es una bendición.

Dieron las campanadas en el Cristo del Buen Viaje llamando al rosario y todavía las cuatro seguían hechizadas con mis recuerdos. Las mayores habían terminado de vaciar las sacas y yacían bien acomodadas junto a sus hermanas sobre el jergón. Como el interés no flaqueaba decidí continuar:

—Tampoco creerán lo que ahora voy a relatar, pero yo les aseguro que es la purita verdad. Me contaron que una tarde, en nuestro campo, apareció una calabaza gigante que nadie había sembrado. Qué raro, pensó mi madre, entonces preñada de mí, y pidió que se la trajesen. Cuando la tuvo la abrió y la vació, la dejó secar y luego la pintó con bonitos colores. Allí me lavarían el día de mi nacimiento y en ella dormiría yo. Sería mi primera cuna.

»La mañana que mi madre me alumbró había llovido, pero luego el sol brilló refuerte. En el intermedio, un bellissimo arcoíris sorprendió a la aldea. Todos sabemos que los dioses bajan a la tierra por el arcoíris, así que los ancianos se alegraron y dijeron que era excelente señal. Me cortaron el cordón del ombligo y lo enterraron ante la puerta de casa, bajo el círculo de piedras sobre el que mi padre posaba cada anochecer su calabaza con la leche recién ordeñada. Al cabo de tres días, el *silatigui* vino a verme y escribió palabras santas que luego encajó, con hierbas mágicas y un cauri blanco, dentro del amuleto que me protegería. Durante las noches del cuarto, quinto y sexto día, mi madre masajeó sin cesar mi cabeza para que no fuese ovalada y estiró bien mis brazos a fin de hacerme crecer. Al séptimo día me pusieron el nombre de la madre de mi padre, Fatoumata, que es palabra dulce. Y cuando sonreí por primera vez, afirmaron que era hermosa: cabeza redonda, piel clara, amplia sonrisa y pies perfectos, eso es belleza entre nosotros. Al octavo día me sacaron de la choza para mostrarme a las vecinas y entonces la cosa se medio enredó: una mujer dijo a mi madre que yo no iba a ser feliz porque miraba con ojos entornados. No sabía ella que entornar los ojos no es bueno ni es malo, solo depende de cómo una vea lo que tiene delante, y además los peul no miran derecho ni al sol, ni a Dios, ni a la persona con la que hablan, por respeto y cortesía porque “la impertinencia tiene ojo de cabra”, pero ya mi madre había escuchado que yo no iba a ser feliz y ahí que se le quebró el gozo.

»Como temía que las palabras de aquella mujer me fuesen a

ñequear, habló con mi padre y decidieron acudir al *silatigui*. Al amanecer salieron en su busca y lo encontraron junto a un baobab hueco. Mi padre consultó en voz baja, con la cara medio oculta bajo la túnica y el *silatigui*, muerto de risa, confirmó que aunque la vieja dijese que “ojos entornados tumban al coco en la mata” no me había echado mal de ojo y sus palabras no tenían ninguna importancia. En cambio sí era urgente, y mucho, protegerme de la calabaza que me servía de cuna: “Las cosas son para lo que son y no deben usarse para otro fin. El cuenco de calabaza se utiliza para trasvasar. Si la niña duerme en él, la diosa del agua puede enfurecerse. Hacedle una ofrenda. Dejad la calabaza con regalos en la orilla y derramad leche fresca río arriba.”

»Así lo hicieron. Muy nerviosos, llenaron la que había sido mi cuna con queso, piñas, bananas, mantequilla, caña de azúcar y picante. Al atardecer la depositaron en el lugar indicado y luego caminaron orilla arriba para ofrecer a la diosa la leche ordeñada ese día. Cuando desanduvieron el camino observaron de nuevo mi calabaza: ¡estaba vacía, pero rebosante de agua clara!

»Fueron corriendo donde el *silatigui*, que se alegró con la noticia. Tranquilizó a mis padres y explicó que lo que había pasado quería decir que la diosa del agua no estaba ofendida, que nos devolvía el regalo y que, con el tiempo, yo sería capaz de leer el futuro de las personas en el fondo de las calabazas que utilizasen para beber. Lo juró “por la leche y la manteca”, que es juramento sagrado para un peul. Al final no tenían que preocuparse por nada.

—¿É sierto eso, Misterio? ¿Que tú vé el futuro en el fondo de las calabazas? —preguntó *Justisia*, abriendo mucho los ojos.

—¡Que me quede sin plancha tres meses si digo mentira!

Ante mi rotundidad las cuatro guardaron un aprobatorio silencio que yo aproveché para seguir con lo mío:

—Más adelante explicaré *mejó*. No me hagan perder el hilo ahora. Seguro que también tienen curiosidad por saber de mis compañeros de niña. Pues les diré que tenía muchos, cómo no, y que mi amiga del alma era la hija pequeña de la segunda esposa del jefe. Se llamaba NénéGalé

y siempre estábamos juntas, nos bañábamos en el río, cantábamos, correteábamos en la entrada del bosque... Ella me enseñó a distinguir las hojas de los árboles y las dos aprendimos, de boca de los ancianos, las diez palabras que los peul utilizan para nombrar el color del ganado y las cuarenta maneras de describir el pelaje de las vacas.

»Pero una tarde NénéGalé se puso enferma; se desmayaba, sufría espasmos y ardía de fiebre. Le echaron la culpa a su madre, por descuidada, pues de los cinco hijos que había alumbrado ya se le habían muerto tres. Dijeron que tal vez podría salvarla una hechicera y la llevaron a la aldea de las magas, a un día de camino de nuestro poblado. Desde el patio vi a su padre, que se marchaba con ella en brazos, y me quedé llorando.

»Cuando la trajeron de vuelta NénéGalé estaba flaaaca como palo de pastor. Yo iba a visitarla y pasaba la tarde con ella. Llegaba ante su casa y, desde fuera, la saludaba: “¡*Foofoo*,³⁵ NénéGalé!” Solo con escuchar mi voz ya se ponía contenta. Una vez me contó lo que le habían hecho: en la aldea de las embrujadas, unas mujeres la fregaron con hojas mojadas y le dieron líquidos amargos para beber. Como no murió de diarrea, a los cinco días la enviaron a otro poblado, el de las que no están embrujadas. Allí pasó el tiempo solita, en una fea choza, comiendo muy poco, bebiendo bastante y tomando baños en un agua de hierbas que olía mal. Por las noches lloraba de miedo. Una mañana le dijeron que estaba curada y que podía regresar al poblado.

»En los días que siguieron NénéGalé pareció recobrar el ánimo, pero cada vez que enfermaba un niño en la aldea decían que era culpa suya; si moría una oveja, a alguien se le estropeaba la leche o sucedía una desgracia, también era culpable. Su madre empezó a avergonzarse y la mantenía encerrada. En el poblado corrió el rumor de que iban a venderla a unos negreros.

»En vez de sanar, se puso cada vez peor. Le dolía la cabeza y tiritaba, aunque su cuerpo ardía de calor. Oí hablar a las mujeres, decían que iban a llevarla de vuelta a la aldea de las magas. Mi padre ordeñó su mejor vaca y me dio una calabacita de leche para que se la llevase de regalo. Cuando atravesé el patio con la calabaza para mi amiga un gallo negro se me cruzó de izquierda a derecha, fue un mal presagio. Entré en

su choza y me senté a su lado, ella casi no podía hablar pero se bebió toda la leche por darme gusto. Me devolvió la calabaza y, cuando miré el fondo, tuve mi primera visión: supe que el sol no iluminaría más los ojos de mi amiga. NénéGalé me miró y se tapó la nariz con los dedos de la mano, intentaba decirme que pronto iba a dejar de respirar, y yo la comprendí porque ese era el gesto que hacían las mujeres mayores para comunicar sin palabras que alguien había muerto o que estaba a punto de morir. Por suerte para ella, no hizo falta llevarla otra vez a la hechicera porque aquella misma noche a NénéGalé le salió mucha espuma por la boca y se murió.

El final de mi relato las dejó impactadas. Al poco empezaron a reaccionar y la menor de las cuatro preguntó, todavía desconcertada:

—¿Se murió de *verdá* tu amiga, Misterio?

—Tal como lo estoy contando —respondí.

Como yo seguía planchando sin echarles mucha cuenta, *Justisia* volvió al asunto:

—¿Tú no nos estarás chiqueando con eso de que sabes *leé* el fondo de las *calabasas*?

Empotré de un golpe la plancha en la reposadera y me encaré con ellas:

—¿Chiqueando, *disen*? ¡Muchaaachas! ¡Si ustedes son ya mujeres hechas y derechas! ¿Cómo va una a tratarlas de niñas chicas? Fue un don que yo *resibí* y ya está.

La pequeña, que seguía bastante sobrecogida, preguntó:

—¿Y *despué* que tu amiga se murió tú te quedaste solita?

Me acerqué y le hice un arrumaco.

—Nooo. Qué va. Los amigos de verdad no mueren. Se quedan con nosotros. Yo a ella la llevo acá. —Me golpeé el pecho con la mano—. En el puro *corasón*. Pero como veo que les interesa el asunto de mis afectos —continué, para aligerar el ambiente—, les hablaré de un amigo que yo tuve. Verán que les va a gustar:

»Cuarenta días después de la muerte de NénéGalé, mi madre, viendo que la tristeza no me abandonaba y que cada día acudía a su

tumba, me confidenció que yo podía estar tranquila porque mi amiga no penaba más; NénéGalé ya no estaba bajo aquella tierra que yo visitaba, “su doble” ³⁶ había abandonado definitivamente este mundo y ahora volaba feliz. “La muerte es como la vida y la vida es como el mercado. Si te ha ido bien, los que has amado recibirán las ganancias”, dijo mi madre; en aquel momento no comprendí sus palabras, pero hoy sé bien lo que ella me quería decir.

»Ya luego desfilaron algunas estaciones y me hice grande. Ahora mi mejor amigo era Bureimán, un muchacho alegre que sabía pescar con las manos. Yo estaba destinada a desposarme con él, por ser la única hija del hermano de su padre. ¡Venga ya, no cuchicheen, que semejan cuatro comadres viejas! ¡No veo yo que la historia sea para tantas risas!

»Bureimán era el más valiente del poblado y me quería de verdad. Una mañana, paseando junto al río leí el fondo de su calabaza. Decía que nos alejaríamos para estar unidos. Como no entendí lo que significaba, no le di importancia y lo olvidé. Tiempo después Bureimán dijo que tenía que marcharse porque reclamaban a los muchachos para las ceremonias de iniciación. Tenía que estar fuera del poblado hasta que uno de los sabios susurrara en su oído el sagrado nombre del bovino y sus mentores decidiesen que poseía los conocimientos necesarios para aprender a ser un buen pastor. Me preguntó si iba a esperarle y respondí que sí. Para testimoniar nuestra promesa propuso que nos marcásemos. A mí no me pareció mal pero había que decidir el dibujo y el lugar; entre charlas y paseos acordamos que sería una estrella tatuada en el exterior del tobillo derecho.

»Fuimos una tarde al claro del bosque y yo me eché sobre un lecho de hojas. Con el pincho de un erizo él arañó despacio los bordes de una estrella; primero perfiló bien profunda la marca y luego embutió bajo mi piel una mezcla de manteca con ceniza de carbón para que el dibujo no desapareciese ni se borrara. Lloré y me desvanecí dos veces porque el dolor era penetrante y picaba mucho. Cuando llegó su turno se portó como un guerrero, aguantó todo el tiempo sin que se le escapase ni un ay. Al terminar le limpié el tobillo con el mismo paño que él había utilizado para enjugar mi herida y lo aclaré en el agua de su calabaza. Nuestras sangres se mezclaron. Enterramos la calabaza bajo una ceiba y

regresamos cojeando al poblado. Los dos sabíamos que sentir el mismo dolor nos había unido y que, de ahora en adelante, nuestros pies no serían capaces de caminar si no era en la misma dirección.

»Mi madre, cuando vio la herida en mi tobillo, se enfadó y me castigó. A las tres semanas, el dibujo de mi estrella ya empezaba a adivinarse bajo una hinchazón con pústulas enrojecidas. Bureimán robó entonces a su padre una piedrecilla de azufre y de nuevo nos fuimos al bosque; redujimos la piedra a polvo y, con ayuda del pincho de erizo, introdujimos el azufre bajo la costra de nuestras heridas. Gracias a ello las siluetas de las estrellas quedarían profundamente marcadas sin infectarse.

Una voz escandalosa me interrumpió sin venir a cuento. Completamente alterada, berreaba como una salvaje desde debajo de la mesa:

—¡Lo que Misterio está *disiendo* é la purita *verdá*!

Era *Fortalesa*. Se había echado a tierra y tenía mi tobillo a la altura de los ojos:

—¡Yo misma estoy viendo la estrella de la que habla! ¡Miren si no, acá, en su pierna!

En esas estábamos cuando regresó Casilda, que se topó a sus hijas por el piso, tratando de atisbar mi tobillo. Las niñas se arrojaron a sus brazos en tremenda algarabía de mimos y revelaciones, pretendiendo resumir lo que habían descubierto en nuestra tarde de palique:

—¿Sabías tú, mamita, que Misterio sabe *leé* el agua de las *calabasas*?

—... Y que ella é peul, y su papá tenía muchas vacas...

—...Y que su mamá le redondeó la *cabesa* a golpe de *carisias* cuando *nasió*...

—...Y se murió una niña muy amiga suya que estaba *embruja*...

—...Y un muchacho le marcó una estrella, en el tobillo, mira... ¡acá!

Ante semejante catarata de información la madre impuso silencio y dictaminó:

—¡Se acabó la contadera! ¿Ustedes vieron la hora? ¡Despídanse, y desfilando *pal* cuarto!

Obedecieron. Las cuatro empezaron a dar las buenas noches y a lanzarme besitos. Antes de que se marchasen quise plantar mi bolita de cacao en la cima del pastel, cosa de rematarles el cuento:

—¡Bellos sueños, niñas! Y recuerden: ¡no hay quimbombó³⁷ sin baba, ni relato sin mentira!

Buena la hice. No me quiero ni acordar del jolgorio que organizaron escaleras arriba.

Casilda y yo nos quedamos solas y entornamos la puerta. La carabalí se derrumbó sobre el jergón como saco de ropa vieja. Al igual que cada noche, primero se quejó un buen rato.

—¡Ay, yo te digo que vengo mueeerta, mi amor! ¡Qué *cansansio* de gente y qué poquitos reales pude reunir! ¡Mala fortuna no más, persigue a esta negra!

Luego relató las novedades.

—Había muestra de esclavos en la plaza. Todos incorregibles. Pobres, como penan prisión, los sacan a la palestra... Mañana los muestran de nuevo y ya el jueves los van a *vendé*.

Avivé el fuego canturreando bajito:

Quimbombó que resbala, pa la yuca seca.

¡Ay! ¡Qué sabroso el quimbombó!

—Bueno, hermaaana... —Se incorporó con pesadez—. Ya no doy más murga, que te veo con faena, me subo al cuarto. ¿Así que vacas y *calabasas*? —tanteó divertida.

Dejé escapar una risita y seguí planchando.

—Vacas y *calabasas* —dije—. Sí señor. Cuatro angelitos é lo que tú tienes.

—¡Ay, sí! ¡Te digo que son buenas de *verdá*! ¡Y lo que yo te *agradesco* a ti que me las tengas entretenidas! ¡Eso no lo sabe *naide*! —remató entre aspavientos. Se acercó para darme un achuchón—.

Taluego, comadre. ¡Buena plancha! —Salió.

Al cabo de un nada asomó de vuelta la cara por el hueco de la puerta.

—¡Casi me olvido! Tú no me *vá* a *creé*, pero uno de los que mostraban en el mercado *lusía* una marca pareja a esa que tú tienes. — Señaló mi tobillo—. ¡Igualitica me *paresió*!

[34](#). Los territorios peul se dividen en *chefferies*. A la cabeza de cada una de ellas hay un Lamido que, además de funciones políticas y religiosas, es responsable de transmitir y conservar los elementos tradicionales que testimonian la historia de su pueblo. El Lamidato es una organización política, administrativa y religiosa que surge en el África del siglo XVIII a partir de la expansión islámica.

[35](#). Los peul se saludan diciendo «*Foofoo*» que literalmente significa «Buena respiración» o «¡Que respire bien!». Es un acto comunicativo equivalente a «¡Buenos días!».

[36](#). En la tradición peul, a los cuarenta días de la muerte de una persona su «doble» (el alma) abandona la tumba y se aleja para siempre de los vivos.

[37](#). Planta que se cultiva en Cuba. Su fruto es parecido a un pimiento alargado, casi cilíndrico, muy rico en gelatina y mucílagos. Cuando está tierno se utiliza en recetas de guisos heredadas de la cultura africana.

Orishas protegen buena gente

No sabía yo que por jugar con el pasado la vida se me iba a complicar hasta tal punto. Y eso que de chica me explicaron el peligro que uno corre cuando menea los recuerdos: la presencia de los que ya no viven acude de golpe y no se va; sus rostros te apabullan y llegas a lamentar tanto lo que has hecho como lo que has dejado de hacer. Sí señor, cuando la memoria despierta es como un duende desbocado, la mente se atiborra, la angustia invade el alma y no hay manera de que a uno le descanse la cabeza.

Justamente eso me ocurrió a mí aquella tarde. Y nadie sabe el trabajo que aligeré porque, a falta de sueño y con los nervios *desataos*, adelanté la plancha de la semana toda.

Casilda retornó a las cuatro de la mañana para preparar sus frituras y no se podía creer lo que estaba viendo:

—¡Muchaaacha! ¿Que tú no te has movido del sitio en *toa la noche*? ¡Donde ayer te dejé hoy te estoy encontrando!

Tenía razón. Yo seguía junto a la mesa de la plancha, sin haber pegado ojo pero, eso sí, con el contenido de las sacas bien dispuesto para devolver casa por casa.

Mi vecina cruzó el cuarto arrastrando los pies. Antes de meterse en faena se desperezó, se restregó los ojos, bostezó varias veces y proclamó el poquísimo descanso que le habían permitido sus hijas.

—Casilda, ese negro que tú viste, ¿cómo era que él era? —me aventuré a preguntar.

Agarró la fritera y me miró de medio lado.

—¡Ay, mi hermana...! ¡Ya yo imaginaba que el cuento te iba a

revolvé la tripa! Qué sé yo... no era negro caoba, no. Era claro. Joven tampoco no era, que estaba vieeejo. Fuerte sí, pero *renqueao*. Y marcadito de látigo. —Me lanzó una mirada de preocupación y añadió —: Malo, maaalo, semeja el negro. A ese no lo sana ni médico chino...

Mientras ella hablaba a mí me atacó la flojera. Mis piernas se negaban a seguir sosteniendo un cuerpo que, sin voluntad ni aliento, se iba deslizando contra el muro, hasta tocar el suelo.

Hecha un ovillo en el piso, me llevé las manos a la cabeza:

—¡Ay, *Virgensita* del Cobre! ¡Ay, Santa Madre de Dios...!

Casilda dejó la candela y vino a toda prisa.

—Mi amiga, ¿tú no te *irá* a *poné* mala?

Sus brazos me rodearon y cuando quise darme cuenta me había trasladado en volandas y recostado en el jergón.

—¡Casilda, tú y yo *vamo* a *tené* que *asercarnos* hoy a esa muestra de esclavos!

—¡Cómo nooo! Juntitas las dos donde tú digas. Ya tú sabes: *pa* lo que *presises resolvé*, tú cuenta con la Casilda.

Nos abrazamos y ahí que me agarró una llantera de las buenas.

Cada vez que pienso en ese día me viene a la cabeza la sabiduría de mi madre. «El corazón no es una rodilla para que te la plieguen. Cuando nos duele el corazón se detiene la vida.» Y era verdad.

Sería incapaz de relatar qué cosa hice y qué no hice a lo largo de aquella jornada. Supongo que, como siempre, acudí a Amargura y me ocupé de toda la corredera de faena y de las cosas de la Niña. Pero si de mi palabra dependiese bajo juramento la vida o la muerte de una persona, tendría que declarar que nada sé de cuanto sucedió en el día de la fecha excepto que, por la tarde, Casilda y yo nos llegamos a la plaza, que allí estuve plantada, ansiosa, amarrada de su brazo, el tiempo todo que se demoró la salida de los incorregibles y que si ya yo estaba anhelante, la espera todavía me desbarató más pues conservaba la memoria de aquel otro día cuando, a poco de llegar a Bourbon, me habían sacado a la venta en una plaza pareja. Triste recuerdo, por eso siempre me negué a presenciar ejecuciones, subastas de esclavos o

castigos públicos, me incomoda el ambiente de juerga que se monta en dichos actos y no soporto ver a negros, libertos y siervos tomando parte en estos actos o intentando sacar tajada con sus mercaderías. Como decimos los peul, «dos camellos no bromean sobre sus jorobas», y lo que hoy le sucede al de enfrente mañana le puede pasar a uno.

Casilda y yo queríamos situarnos bien cerca de la palestra, pero solo conseguimos mezclarnos entre un montón de gente que formaba gran barullo. Cuando vino el Orden Público apartó a los primeros para hacer sitio y colocó delante a los compradores; después llegaron militares y formaron frontera entre el público y la mercancía, no fuese escapar algún negro o, lo que era peor, que a uno de los esclavos se le pasara por la cabeza suicidarse lanzándose contra el gentío para que alguien, en defensa propia, lo matase y acabar así con su desgracia. Eran cosas que sucedían a menudo y como los esclavos estaban encadenados entre sí, en el momento en que uno de ellos se lanzaba contra la gente los demás rodaban también sobre el público, por lo que la cosa, si no había muertos, se saldaba con tremendo escabeche de personas.

Alrededor de las cuatro iniciaron la muestra, sacaron a los esclavos engrilletados de cuello, brazos y pies. Eran seis, un lucumi viejo de aspecto fiero, dos gangá de poca talla y tres más. Desde donde estábamos resultaba difícil verlos porque el tablado no era alto y la gente nos cortaba la vista. Muerta de ansiedad escudriñé aquellos cuerpos indagando en rostros y torsos, pero a pesar de mi empeño nada me resultaba familiar.

—É de los más grandes —indicó Casilda—. Tú mírale *pal* pie.

Daba pena verlos: harapos, marcas de látigo y de cepo, mutilaciones, cicatrices... Los mercaderes chillaban recitando cualidades, ordenaban que se volteasen o que paseasen de acá *pallá*. Cada vez más estremecida, busqué marcas de tribu en brazos y piernas.

—¡Fíjate bien! —Casilda me alzaba amarrándome por la cintura—. É el que *renquea*.

Sí. Uno de ellos cojeaba, pero presentaba tan feo golpe en la cara que era imposible reparar en sus rasgos y además le faltaba una oreja.

Me concentré en él con el alma en vilo: semejaba viejo pero su esqueleto conservaba formas que podrían ser de peul: piel clara, pelo blanco, cabeza redonda, rostro con marcas parejas a las de los pastores, mirada desafiante, aquella manera de pararse sobre un solo pie... incluso se le adivinaba nariz recta, y eso que tenía buena parte del rostro deformado. Cuando llegó su turno, avanzó. Tres pasos lentos lo aproximaron al público. Me alcé con todas las fuerzas apoyándome en Casilda que, resoplando, me sostenía y aupaba como bien podía. De un vistazo distinguí que le faltaban tres dedos en el pie izquierdo. Miré a la derecha, el tobillo. No hizo falta más. Tomé tierra.

Una ojeada había bastado. Solamente una persona en este mundo podía llevar la estrella que yo misma había trazado con la espina de un erizo.

Aquel esclavo aturdido que plantaba cara a la multitud no podía ser otro que Bureimán Bâ.

El corazón se me desbocó en pura palpitación. Al poco, la plaza entera empezó a dar vueltas y se me nubló la vista. Sentí que flaqueaba y quise sujetarme a Casilda. Lo hice, y a la pobre no le quedó otra que lucir en el brazo, por semanas, el cardenal de mi amarradera.

La carabalí organizó el desplazamiento de mi desmayado cuerpo entre la gente con toda rapidez. Me apartaron del montón hacia un recodo y me dieron aire y agua. Cuando volví en mí, Casilda opinó que allí había demasiado jaleo. Lo mejor era regresar y eso hicimos.

Caminamos a la par, yo alelada, ausente, ella inmersa en una efusión de «ya yo dije, ya yo pensé, ya yo supe, ya yo me había fijado» que me impedía ordenar los pensamientos.

No empecé a razonar con claridad hasta que enfilamos nuestra calle pero, eso sí, nada más entrar me sobrevino de golpe tan ávida preguntadera que la parlanchina de Casilda se quedó de un palmo:

—¿Cómo era el nombre por el que atendía el negro?

—Pánfilo, dijeron. Pánfilo popó.

—¿Eso é nombre de *bautisao* en ingenio?

—Qué sabe una si é de campo o de ciudad... son nombres que

ponen los amos.

—¿Y cuándo lo van a *vendé*?

—El día jueves, temprano en la tarde.

—¿A qué estamos hoy?

—Andamos acabando el viernes.

—¿Cuánto falta *pal* jueves?

—Pienso yo que *sinco* días, sin contar el de la cruz.

—¿Y qué *presio* le piden?

—Sesenta pesos. *Regalao*. Una baratura.

—¿En papel o en oro?

—*Pa* mí que escuché que en papel...

—Casilda, ¡yo me lo compro!

—¿Qué tú dices, loca? ¿*Pa* qué tú *vá* *comprá* un esclavo viejo?

—...

—¡Muchaaacha, no disparates!

—A ese negro yo lo compro, Casilda.

—Y *ademá*, ¿de dónde tú *vá a juntá* tanto peso?

—Ya yo veré.

—¡Ay, mi hermana! ¡Mira que no des un paso en falso!

—¡Que me lo com-pro!

—¡*Dió*, *Jesú*, *Saaanta* María, *Virgen*, *Dió* Nuestro *Señó*, *Dió*...!

Aunque Casilda no cesaba de invocar el nombre de Dios en vano, yo lo tenía más que claro.

Aquella noche tampoco dormí. Toda mi vida, la verdadera, desfiló por mi cabeza. Bureimán y yo en el poblado, en el bosque, en el río. Nuestras familias, la pesca, las fiestas, la caza. Y el dolor de las estrellas tatuadas. Recordé mi visión en el fondo de su calabaza: nos alejaríamos para estar unidos. Comprendí y reviví el terrible momento de nuestra captura.

Las niñas no iniciadas éramos las encargadas de llevar comida y agua al brujo. Él solo podía ser servido por vírgenes y el resto de las mujeres no debía acercarse a su choza. El brujo vivía en soledad, nunca se lavaba y solo hablaba cuando era necesario. Le entregábamos los

alimentos y él se los ofrecía a su tortuga para que el sagrado animal comiese antes que el hombre. Si la tortuga comía, la comida era buena, pero cuando la tortuga no comía, había que tirar la comida. Aquella tarde la tortuga lloraba y no comía. La tristeza de la tortuga es muy mal agüero y enseguida presentimos que alguien tendría que marcharse para siempre. No sabíamos que íbamos a ser nosotros.

Bureimán estaba conmigo cuando surgieron entre la maleza. Regresábamos del bosque y de pronto cayó del cielo una red que nos envolvió. Quedamos atrapados, él intentó defenderse pero le golpearon. Eran ladrones de gente. Ataron la red, con nosotros dentro, a unos palos y nos arrastraron hasta un lugar donde había otros ladrones y mucha más gente aterrorizada. Desenredaron la red a golpes y nos encordaron de tres en tres. Íbamos con el cuello amarrado a un tronco y los brazos atados a la espalda, yo con mujeres y niños que lloraban, él en un grupo de hombres golpeados y humillados. Algunos nos conocían pero nadie habló.

Por la parte del poblado se oían chillidos, lamentos de mujeres y el ruido ensordecedor de palmadas contra calabazas vacías posadas boca abajo. Triste sonido de duelo que toda mi vida recordé con espanto.

Nos obligaron a seguir la orilla y avanzamos durante tres lunas, sin agua ni comida. Llegamos a la costa y allí había blancos. Era la primera vez que yo veía blancos y me asusté porque pensé que eran muertos recién sacados de las aguas del río. Custodiados por gente armada, permitieron que nos acercásemos a un charco. Nos abalanzamos hacia el agua para calmar nuestra sed, pero al primer trago tuvimos que vomitar. Los que nos habían capturado se burlaban. Estaba salada, era agua de mar y ninguno de nosotros lo sabía.

Comprendimos que los blancos hacían tratos con nuestros captores y Bureimán me dijo «nos van a vender, no te alejes de mí». Lo intenté, pero de nuevo separaron a las mujeres de los hombres. Nos empujaron a un almacén donde había heridos y enfermos, así que me mantuve apartada, por miedo. Repartieron agua, gachas y a los hombres algo de aguardiente, yo tenía hambre pero Bureimán, desde lejos, hizo gesto de que no probase nada, podía estar envenenado. No comí. Cuando cerraron las puertas y nos quedamos a oscuras alguien dijo que los que nos habían secuestrado trabajaban para «factores» que negociaban con

los jefes de los poblados para comprar gente. Los factores eran portugueses, tenían ejércitos de hombres que capturaban personas en las aldeas y las encerraban en almacenes como este. Mantenían su botín en la factoría hasta que llegaban grandes barcos de españoles, ellos pagaban por nosotros y nos llevaban lejos.

Al día siguiente nos pesaron. Los hombres tenían que pesar más de setenta y los niños como yo no menos de cuarenta, pues según decían, en el viaje se perdían quince. Yo no comprendía lo de perder quince, pero entendí que, para engordarnos, iban a empezar a darnos una cosa llamada «pienso». Imaginé que sería comida.

Aunque nos separaban, Bureimán estaba al tanto de mí y yo de lo que a él pudiera pasarle, por eso me desesperé tanto la mañana que lo busqué y no lo vi. Pregunté por él y nadie me dio razón. Me aterró, porque no sabía lo que podía haber pasado, me puse a temblar y a gemir como loca. Uno de los guardianes se apiadó de mí. «No pienses más en él —dijo—. Olvídalo. Un lugre vino en la noche y se fue.» Yo entonces no sabía que un lugre era un barco pequeño y me afligí todavía más porque imaginé que un animal salvaje lo había devorado, o que lo habían arrojado al agua salada y ahora estaba en manos del espíritu que coge los cuerpos blanquecinos de los ahogados y los devuelve a la orilla. Cuando por fin pude hablar pregunté con gran miedo en qué dirección se había marchado. El guardián agitó un brazo y respondió «allá», señalando el agua grande. Entonces me desquicié. Quise morirme, lloré sin cesar y dejé de comer. Tardé mucho en calmarme y mucho más en aceptar la idea de que Bureimán no volvería.

Hasta esta misma tarde en la Plaza Vieja. El destino nos había unido de nuevo y aquello para mí era una gracia especial de Dios Nuestro Señor. Milagro de los buenos. Cuando uno ve que la fortuna pasa ante su puerta no debe darle la espalda. Y yo no podía voltear la cabeza ante la gran suerte de haberle reencontrado ni permitir que nos separasen de nuevo. Por mi parte, la cosa estaba decidida: la única solución para permanecer juntos era que yo comprase a Bureimán.

Decidí acudir al caballero Síndico, dado que seguía teniendo

pendiente de cobro el dinero que la difunta doña Petronila me había legado, mi idea era solicitar un anticipo que él mismo podría cobrarse cuando yo recibiera mi herencia. Así se lo expliqué y aproveché para ello el momento previo a la comida, en las escaleras, mientras él subía al comedor terminando de ojear *La Gaceta*. Cuando se hizo cargo de lo que estaba oyendo, el patrón se quedó de un palmo.

—¿Estás diciendo, Misterio —apartó a un lado el diario más que sorprendido y yo lo recogí—, que tú quieres pujar por un esclavo en el mercado, uno en particular, y comprarlo al mejor precio posible?

—Sí su *mersé*.

El hombre parecía no acabar de creerse lo que había escuchado. Se rascó la barba. Pero seguía quieto en la escalera.

—Pero a ese esclavo, ¿tú lo conoces?

—Sí, su *mersé*. Desde su muuucho tiempo.

Le miré con ojos de súplica.

Me observó de arriba abajo con gesto reserio. Tosió y carraspeó.

—¿Qué precio le piden?

—Sesenta pesos en papel, su *mersé*.

—¿Y tú quieres que yo te dé esos pesos... —carraspeó de vuelta— a cuenta de lo de tu ama?

—É un *queré desí* que *taría* bueno, mi su amo. Si su *mersé*...

Me ordenó callar con un gesto de la mano. Entró en el comedor y yo le aparté la silla para que tomase asiento.

—La venta... ¿Cuándo es que va a ser?

—El día *jueve*, su *mersé*.

—Si es el jueves es venta de incorregibles. ¿Cómo se llama?

—Pánfilo popó, le *disen*.

—Pánfilo popó... ¿Ese será de fiar? —preguntó desconfiado.

Afirmé tres veces con la cabeza.

El caballero se tomó todo el almuerzo antes de darme respuesta. Imaginé que, mientras comía, estaría dándole vueltas, valorando los buenos y los malos. Cuando terminó el último buchito de café se aclaró la garganta y dijo:

—Escucha bien, Misterio. Las cosas van a hacerse como voy a decir: yo te avanzo esos pesos, pero no con cargo a tu herencia, sino a descontar del salario que tú recibes en esta casa.

—*Ta* bueno, su *mersé* —respondí toda contenta.

—Bien. Firmarás un papel por el adelanto de un año de trabajo. Así me garantizo que cuando te veas dueña de un esclavo —bromeó— no vas a desaparecer y dejarme solo con toda la faena.

—Lo que diga el caballero Síndico. ¿Desea ya el *señó* su tabaquito? —pregunté encantada.

—Y no se te vaya a ocurrir ir tú a la puja. No es seguro. Te pueden engañar. Yo me ocupo de quien compre en tu nombre, barato y con garantía.

—¡Nomás Dios sabe lo mucho de *agradesida* que a su *mersé* le queda esta servidora!

Me incliné para besarle la mano pero él hizo aquel gesto suyo de «anda, ve y déjame con mi cigarro».

Los días que faltaban hasta el jueves los ocupé lo mejor que pude: agencí un jergón nuevo y re Coloqué los trastos en mi cuarto para hacerle sitio, en el mercado de baratillo me hice con un delantal en buen uso y una manta de burato de fleco azul y alegres colores, visité a la zapatera que reparó el fondo de esparto de mis zapatillas de *empleíta* y encargué a las costureras de baratillo una blusa blanca con algo de bordado en el escote, más un conjunto de enagua, saya de percal y pañolón a juego.

El miércoles fui donde la negra Emerenciana, que está al tanto de peinados, para que me adecentase en caminitos la maraña de crines que había crecido salvaje, oculta bajo el pañuelo de cabeza, un desaguisado que nunca me preocupó pero ahora cavilé que tal vez me avejentaba... También llamé a Casilda y platicamos. Le hice comprender que, si la compra del esclavo salía bien, tendría que hacerse cargo de mi situación y buscar otra candela para sus frituras. Además, al vivir dos en mi cuarto, yo iba a tener que aceptar menos plancha y eso suponía que sus hijas dejarían de trabajar para mí, o trabajarían menos.

—¡Qué bobería! —Me abrazó con fuerza—. ¡Tú no te *tiés* que *preocupá* por nosotras! ¡A lo tuyo, hermana, pero con tiento! ¡Mucho *cuidao*!

Esas fueron sus palabras, aunque tanto ella como las niñas presenciaban pasmadas mi actividad sin acabar de comprender qué rayos de zancudo me habría picado para que, de la noche a la mañana, mi ordenadísima vida hubiese volteado de semejante forma.

El día jueves, fecha de la venta, desperté temprano hecha un manojo de nervios. Terminé pronto en Amargura y para que el tiempo me pasase ligero fui al mercado y busqué lo necesario para preparar un *calalú*, plato sabroso que por ser mitad guiso mitad sopa seguramente agradaría a Bureimán. Encontré restos de pescado aprovechables y fui reuniendo, al regateo, cebolla, ajo, azafrán, ají pintón, quimbombós, tomates maduros, ñames, ajonjolí y comino.

Ya en casa, mientras el pescado sudaba en un caldero a fuego intenso, corté cabeza y punta al quimbombó y lo puse en rebanadas; cuando el pescado estuvo listo, escurrí los pedazos y los limpié de piel y espinas. Puse a calentar una fritera con manteca y volteé en ella el quimbombó hasta que soltó tooda la baba. En otra manteca marchité ajos triturados, aros de cebolla, ají en tirillas y el tomate en pedacitos hasta tener un buen sofrito. Metí el pescado en un caldero y volqué sobre él el quimbombó y el sofrito. Después hice un majado sencillo de azafrán, comino y pimienta que añadí al guiso. Mi *calalú* se cocinó a poco fuego, haciendo *chus chus*, mientras yo me demoré en preparar bolitas de ñame y en moler y tostar el ajonjolí, que no se añade sino al final.

Casilda estaba inquieta y asomaba a cada rato su cabezota para preguntar cómo yo estaba y si precisaba algo, así que la invité a almorzar y nos la pasamos *bembeando*, como comadres que no se hubiesen visto en todo el mes. Dimos cuenta de dos buenos platos de *calalú* y preparamos café. Entre unas cosas y otras nos dieron las tres y media. Casilda se despidió deseándome suerte:

—¡Tú *palante*, hermana! Y no estés nerviosa, ¡que Dios está arriba y vela por todos!

Cuando se fue, recogí la mesa y ordené el cuarto, planché las ropas nuevas, me las vestí, calcé zapatos, contemplé mi pelo bien trenzado en

un espejito y ahí noté que ya la ansiedad empezaba a desbaratarme los nervios. Respiré hondo y decidí que lo mejor era acomodarme y esperar. Eso hice. Me senté en mi balance y no me moví para nada. Como si el tiempo se hubiese detenido, acudieron a mi cabeza las sentencias de mi querida doña Petronila, «solo la plancha sabe el ardor de su brasa», y pensé que, para un momento como el que estaba viviendo, era el mejor de los dichos.

Cerca de las cinco sentí ruido en la calle. Una carreta con dos blancos se detuvo ante el portón. Bajó uno preguntando por mí y le indicaron mi cuarto. Cuando escuché su taconeo en el corredor, salí a la puerta.

—¡Entrega de parte del caballero Síndico! —voceó de lejos—. ¡Es para Misterio del Cobre Barthélemy!

—Servidora.

—Papeles y un negro esclavo. Firma acá. —Me alargó un papel y crayón—. Si sabes.

—Cómo no —respondí.

Agarré el carboncillo y dibujé MCB y al lado una estrella. Había aceptado la entrega.

El blanco volvió a la carreta y al poco regresó jalando un hombre que cojeaba.

—¡Ahí queda! —gritó desde el medio del corredor, y pegó vuelta.

Cuando fui a abrir la boca para hacerle cortesía, ya no estaba.

Había dejado a Bureimán a unos pasos de mi puerta, con las manos atadas. Yo le veía pero él no podía distinguirme. Me estremeció verle encorvado, sudando, respirando con dificultad, los brazos caídos y la mirada clavada en sus mutilados pies. Mi primer impulso fue ir hacia él y darle un abrazo, pero temí que fuese a tener una mala reacción. Desde la distancia observé a aquel hombre que no se atrevía a levantar los ojos del piso. En la penumbra del atardecer semejaba aún más descalabrado.

—Permiiso... —dijo. Y avanzó un paso, aunque seguía en el corredor.

Qué rara sonaba su voz hablando en español.

—Aquí llega Pánfilo popó, esclavo de nación...

Horrorizada, me llevé las manos a la cara y me cubrí la boca.

—... *Sapresenta* ante su *amo* que lo compró, *pá* lo que guste ordená.

¡Bureimán ante mí como esclavo!

—Permiiso —solicitó. Y avanzó cojeando, uno, dos pasos.

Ya estaba dentro, en la casa, a poca distancia de mí. Entre él y yo, la mesa de la plancha.

Mi corazón latía fuerte. Emocionada, saludé en la lengua de los pastores:

—*Foofoo, goré! Foofoo, Bureimán Bâ! Foofoo, goré!*

Incapaz de dar crédito a lo que acababa de oír, vaciló desconcertado. Confuso, despegó los ojos del suelo en un intento de escudriñar el entorno sin alzar del todo la vista.

Mi voz entrecortada alcanzó a repetir el saludo peul.

—*Foofoo, goré! Foofoo, Bureimán Bâ! Foofoo, goré!*

Aturdido, dirigió una mirada recelosa hacia mí. Desconfiaba. «No me va a reconocer —pensé—. No va a darse cuenta de que soy yo.»

—¿*Fa tou ma ta?* —balbuceó con los ojos muy abiertos.

—Sí, Bureimán. Sí. Soy yo, soy Fatoumata —dije.

—¿Fatoumata?

Se tambaleó y tuvo que apoyarse en la mesa. Presencí cómo flaqueaba, cómo buscaba apoyo y cómo su cuerpo entero se desbarataba inerte hasta quedar sentado en el suelo, la espalda contra la pared. Acudí donde él y comencé a desatarle.

—Sí. Soy yo, Bureimán. Estás en mi casa, conmigo. Estamos juntos.

—¿Fatoumata? ¡Fatoumata...!

Conseguí desamarrarle a fuerza de nervios y estreché sus manos entre las mías.

—*Fatou! Al hamdu lilahi!* —invocó mirando al techo.

Yo no quería llorar pero de qué poco sirven los planes, mis lágrimas brotaban libres.

—*Al hamdu lilahi!* —alabó de nuevo a Alá.

Me acurruqué a su lado. Nos abrazamos. Estábamos temblando.

—Orishas protegen buena gente... —dijo cuando acaricié la estrella de su tobillo.

Y allí mismo, sobre el puro piso, engarzados el uno al otro, nos sentimos afortunados.

No había en el mundo felicidad más grande que la nuestra.

Pánfilo popó, esclavo de nación

Misterio irrumpió en el comedor con una enorme fuente de pastel de boniato. Vestía ropa nueva, traía la cabeza descubierta, el cabello peinado en *pasitas* y una gran sonrisa le iluminaba la cara. Parecía más joven. Cuando posó la bandeja sobre la mesa yo le hice un gesto a Ulises para que se acercase.

—¿Tú sabes por qué Misterio está hoy tan contenta? —pregunté.

—En la *cosina disen* que tu señor padre mandó a comprar un esclavo *pa* ella solita.

Con mis escasos nueve años y ningún sentido del comedimiento tuve el descaro de pedir, a gritos, las pertinentes aclaraciones.

—¡Misterio! ¿Es cierto lo que dice Ulises, que te has comprado un esclavo?

Le fulminó con la mirada y, a modo de amonestación, enarboló el dedo índice a la altura de su nariz.

—¡Última *ves* que *bembeas* lo que no te trae cuenta! No *hasen* eso los *muleques* de casas principales. ¡Nooo *señó!*

La reprimenda amedrentó a Ulises, que, avergonzado, pretendió negar la evidencia con todo un rosario de *yo no fui* y *yo no sé*.

—Caaaaro, ¡como siempre la culpa *é* del *totí!* —sentenció ella.

A esas alturas ya el *muleque* intentaba escabullirse hacia el corredor.

—¿Adónde tú vas? —le espetó viendo que pretendía zafarse—. Si tanto te interesa, queda acá y escucha. ¡Luego podrás ir cacareando el cuento por las *dependencias!*

—No Misterio. Yo te prometo a ti que el negrito va a *sé discreeto* —susurró él con absoluta mansedumbre—. Y te digo que de esta boca no va *salí ná* de *ná*.

Mientras yo me tomaba la sopa ellos zanjaron la riña. Misterio comenzó

entonces a relatar el acontecimiento y primero nos puso en antecedentes: cómo ella de niña chica tenía un muy buen amigo con el que estaba destinada a casarse, cómo era que se querían tanto que hasta llegaron a hacerse tatuajes con forma de estrella —marca que yo conocía perfectamente y siempre me había llamado la atención—, cómo unos negreros sin corazón los habían esclavizado y cómo finalmente se habían perdido de vista con enorme tristeza.

El relato me fascinaba tanto que devoré el pescado, el arroz, la yuca, los frijoles todos, me terminé la ensalada y reclamé postre sin los habituales «ya no más, estoy llenita» que acompañaban mi pésimo comer.

Siguió contando que, tras la separación, no había vuelto a tener noticias de su amigo. Y que hasta lo daba por muerto, pues con los traficantes nunca se sabe. Así que ya podíamos Ulises y yo imaginarnos su tremenda sorpresa cuando, pasados veintitrés años, veintitrés, que no eran pocos, una vecina se le plantó en el cuarto con la noticia de que habían puesto a la venta un negro que tenía una estrella igual a la suya. «No me digan que la casualidad de que alguien vaya a *caé* en la cuenta de que un negro esclavo que van a *vendé luse* en su pierna una estrella pareja a la que tiene una no semeja cosa de Orishas, o de la Santísima Virgen de la Caridad del Cobre.»

Mi plato estaba relamido y yo en vilo, cuando Misterio razonó que ella pensó y pensó, llegando a la conclusión de que tan feliz golpe de fortuna nomás acaece una vez en la vida y que tenía que ser una señal del Dios de los Cielos, que deseaba juntarlos de nuevo a los dos, cosa en la que estuve de acuerdo.

Pero ¿cómo resolver?, dijo ella y, exactamente, eso me estaba preguntando yo mientras me zampaba un *queque* y un mantecado. Pues de la única forma que se le vino a la cabeza: «Mirando de procurarme los pesos que por el esclavo pedían, pagando su precio y comprándolo *pa* mí.» Por eso había acudido con todo respeto a mi papá, para explicarle y que él tuviese la bondad de adelantarle el coste de la compra, además de hacerle el grandísimo favor de encargarse de un empleado tan complejo asunto, cosa que mi señor padre hizo en pago al buen servicio que a diario nos deparaba mi cuidandera.

—Pero, si ya tú lo compraste, ¿dónde lo tienes? —pregunté intrigada—. ¿Cómo se llama?

—En la casa mía está, ¿dónde si no? Yo no tengo otro *lugá*... Él é un hombre bondadoso, de nombre Pánfilo.

—¡Pán-fi-lo! —dije, maravillada por la sonoridad del nombre—. ¿Y yo cuándo lo voy a conocer?

—Prooonto, Niña. Cómo no. Ya yo le dije de mi *Duuulse*. Y del *muleque* de la Niña también le dije. Ya él sabe.

Oyendo que le nombraban, Ulises sonrió, por primera vez tras el varapalo del regaño, y se atrevió a intervenir en voz bajita:

—Misterio, y *tóos* esos *veintitré* años, ¿dónde fue que él los pasó?

Aquella era otra historia. Y de las buenas. Mientras vigilaba que me cepillase bien los dientes y me ayudaba a vestir ropa fresca para pasar las horas de calor en la hamaca, Misterio fue desgranando el relato.

Parece que los traficantes lo habían metido a la fuerza en un barco pequeño que lo descargó en la costa. Allí lo vendieron, como era niño chico de menos de quince años pagaron buen precio por él y luego lo marcaron con hierro quemador, para que llevase visible el signo de su amo y nadie dudase de a quién pertenecía.

Horrorizada, pregunté cómo era eso de marcar con hierro y si dolía mucho. Misterio dibujó sobre el piso la silueta del carimbo que había visto en el antebrazo de Pánfilo y dijo que sí, que mismo los más fieros guerreros confiesan que es dolor insoportable y que dura mucho, mucho tiempo, hasta que cicatriza la quemada.

Ulises contemplaba aterrado el dibujo. Algo debía haber oído él sobre negros marcados a hierro candente. Pero confieso que yo, en aquel momento, no eché mucha cuenta a la gravedad de lo que estaba escuchando, más bien me dejé llevar por la historia como si lo que me contaban fuese un relato de aventuras sin protagonistas de carne y hueso, parecido a los que nos leían en la escuela. Solo con el tiempo y los años comprendí que lo que aquel muchacho, y tantos otros, habían sufrido forma parte de la más terrible tragedia a la que la humanidad ha tenido que hacer frente.

Misterio siguió explicando que después a su amigo lo habían embarcado «en otra nave bergantín» y que fue en aquel durísimo viaje cuando comprendió que «nunca volvería a caminar entre su ganado ni a dormir en la

cabaña de su padre», porque su destino había cambiado para siempre. El caso fue que, aunque durante la travesía sufrió castigos de látigo, hambre, sed y enfermó de viruelas, no murió. Había tenido la fortuna de estar entre los pocos que desembarcaron en el puerto de San Cristóbal de La Habana.

Recordando mis lecciones de geografía y por aquello de puntualizar, pregunté con curiosidad desde dónde hasta dónde había sido el viaje de Pánfilo, pero Misterio zanjó el asunto sentenciando que «de las cosas del mar nunca se habla en la tierra» y me quedé como estaba.

Lo que sí aclaró fue que lo metieron a empujones en un vagón del camino de hierro y lo enviaron a la Central del Santa Rosa, en la Hacienda San Andrés, un ingenio de más de 46 caballerías³⁸ propiedad de Domingo de Aldama. En el paradero de La Unión, a siete leguas de Matanzas y menos de una del batey, lo mandaron bajar del tren y echarse al camino. Cuando llegó al ingenio ya lo estaban esperando para carimbarlo de vuelta con la marca del nuevo dueño, que de esta se la hicieron en lo alto de la espalda, y para bautizarlo de cristiano. A él le pusieron Pánfilo y de apellido popó, «que é el de la nación nuestra pero mal dicho, tenía que sé pepel, o peul».

Ahí comenzó su garrafal desdicha. Pánfilo tuvo que chapear caña de sol a sol y pasar noches enteras vigilando el destilado del jugo en las ollas hirvientes del trapiche porque el Santa Rosa tenía un tren de seis calderas que nunca se apagaban y los capataces no cesaban de advertir a los esclavos que el ingenio acostumbraba enviar anualmente a los Almacenes de Regla un mínimo de siete mil cajas de azúcar, cada una con sus dieciséis arrobas, más no menos de quinientos bocoyes de miel de purga y otras tantas pipas de aguardiente de caña. Y como de ahí no se podía bajar, forzaban a látigo limpio la faena de la negrada.

Allí Pánfilo malvivía en un barracón de tronco y guano, dormía encadenado y vigilado por *guardieros* que le obligaban a trabajar desde las cuatro de la mañana hasta las ocho de la noche sin apenas descanso y poca comida, «que *na* más un día se tropezó un resto de tasajo nadando en el caldo de su *rasión*».

Le obligaron a cabalgar esclavas porque los patrones querían camada de negros en el bohío, cosa que yo no comprendí pero me pareció un suplicio tan horrible como los demás. Parece que tuvo que hacerlo por meses hasta llenar el criadero, para que al amo le creciesen esclavitos en la finca y no tuviese

que arriesgar oro enviando barcos a África para comprar gente.

Siguió cabalgando hasta que una angola parió un niño sarnoso y, como Pánfilo tenía la cara marcada con granerío de viruela, le echaron la culpa de la roña. Él se defendió y la cosa se puso fea, pero vino el caporal, estampó al recién nacido contra un pozo ciego y sanseacabó. La justicia no indaga en los ingenios.

Vivía sus jornadas al compás de amenazas de capataces tan malvados que solo hacían que «*dá* componte a esclavos, *golpeá* con látigo, *cortá* orejas, *echá* vinagre a heridas, *hasé* tumbadero y *castigá* con cepo». Para Pánfilo aquella vida era tan cruel que un día decidió que no se conformaba más. Se encendió de veras, y ya se sabe que cuando los bozales se arrebatan no se les pasa la furia por las buenas, así que se escapó.

Había cogido el camino del monte y era cimarrón. Corrió y corrió sin descanso, cruzó cerros y fangales, se ocultó en cañaverales de lo más espeso, las pasó reduras, pero consiguió apalencarse en un refugio aislado al que *namás* se podía llegar a nado, atravesando un cenagal plagado de mosquitos. El lugar, en plena manigua, era tan pestífero que a dos bueyes raros, mezcla de vaca y cebú, que se desorientaron en el manglar y llegaron perdidos hasta allí, se les pudrieron las pezuñas, por lo ponzoñoso del suelo.

En aquel palenque se había ido juntando una buena caterva de fugados que, poco a poco, construyeron casuchas sobre pilotes de palo y, cerca de un vado que tenía una fuente de agua dulce, un almacén subterráneo. En el sitio mandaba el *coronel*, nombramiento que correspondía al cimarrón más viejo. Aparte de mandar, el coronel era guardián de la olla de *canchánchara*, un brebaje de aguardiente, jugo de limón y miel que infundía valor a los hombres en las noches tenebrosas, y vigilaba que nadie tomase más de la cuenta por pura seguridad. Unos y otros se turnaban para salir del palenque y hacerse con provisiones. También laboraban un conuco de tierra y obtenían cultivos menudos gracias a dos lucumis que aparecieron de la noche a la mañana; llegaron malheridas y hambrientas pero habían robado un puñado de semillas y las traían como oro en paño, disimuladas en los caminitos del peinado. En cuanto sanaron, se pusieron a sembrar amorosamente aquella riqueza con ayuda de cuchillos, palos, hachas... y Dios permitió que su afán fuese premiado con hermosas plantas y frutos deliciosos. Hasta lograron tabaco.

Pánfilo estuvo por años apalencado y viviendo de lo más tranquilo hasta

que, sin querer, se distrajo y se dejó ver. Unos rancheadores que andaban al acecho lo cazaron; amarraron su cuerpo a los caballos, lo arrastraron encadenado, restregándolo contra cuanta piedra había monte abajo, y lo entregaron de vuelta en la hacienda de Aldama.

Al patrón, que ya lo había dado por muerto y hasta había cobrado la póliza de su seguro, no le hizo gracia volver a ver a Pánfilo. Pagó de muy mala gana el rescate, porque aquellos tipos cobraban dos onzas de oro por pieza, rota o entera, viva o muerta, y las capturas de negros resultaban caras. Contaron que, después de pagar a los rancheadores, el amo ordenó al mayoral «¡Túmbenme a ese negro!» y se fue a dormir la siesta.

Cuatro esclavos vinieron y lo tumbaron. El mayoral le dio cuero hasta que se aburrió. Luego lo sacó a patadas del tumbadero, mandó que lo amarrasen guindando sobre una cuba de madera grande y metió dentro de la cuba tres perros rabiosos, para que le comiesen los pies. «Así se lo pensará dos veces antes de volver a echarse al monte», dijeron que concluyó el muy filisteo.

Allí lo abandonaron, a merced de aquellas bestias devoradoras. Cuando el capataz regresó para liberar a los animales, ya los perros se le habían comido tres dedos de un pie y uno de otro. Los esclavos que ayudaron a descolgar su cuerpo contaron que Pánfilo tenía las piernas colmadas de mordidas sangrantes, arañazos, desgarros y profundos tajos. Pura llaga abierta que se infectó y se llenó de gusanos.

—Desde esa, mejor que no le arrimes un perro a Pánfilo —señaló Misterio—. No los quiere ver ni a *distansia*, del *reselo* que le dan.

—¿Eso *hasen* los amos a los *simarrones*? —preguntó Ulises, estremecido por la crueldad del castigo.

Misterio afirmó con la severidad de su mirada. Y añadió que aunque Pánfilo no era capaz de mantenerse en pie y estaba enloquecido de dolor, esa misma noche le obligaron a vigilar que no se atascasen las canaletas de la caldera en el molino del azúcar. Y tuvo que hacerlo hasta el amanecer. A partir de ahí, por ser esclavo fugado, vivió encadenado día y noche, pernoctando sentado, sin permiso de echarse para dormir.

—¡Malvado *capatás* torturador! —exclamó el *muleque*.

—Que lo maten a uno é lo de menos, hay cosas *piores*: a una congo que yo *conosí* la pillaron intentando *adiviná* las letras de las sacas de cacao. El amo sospechó que aprendiera a leer en secreto y, con un hacha, le cortó un dedo de la mano por cada letra que declaró *conoser*.

—¡Qué corajudo que es Pánfilo! —solté, cambiando de tema sin querer.

Misterio me hizo una carantoña y dijo sí. Aunque indomable, también era templado y sensato, pero como pastor peul no podía aceptar la vida en cautividad, tanto que aguantó y disimuló hasta que le fueron aflojando la vigilancia. Mismo lo llegaron a desgrillear por buen comportamiento y, cuando notó que ya no desconfiaban de él, aprovechó un descuido, robó un machete, lo afiló bien y se escapó de vuelta.

Lo echaron a faltar en el conteo de la noche; soltaron ocho perros y tres negros orientales grandísimos que le siguieron la pista con machetes y antorchas, pero ya él había ganado su distancia. Anduvo a su aire, caminando durante la noche y oculto todo el día, con idea de venirse a La Habana. Por miedo a las fieras dormía en las copas de las ceibas y se defendía a machetazos tronzando en dos a cuanto bicho se le acercaba, ya fuese ave, jutía o lagarto. Casi había alcanzado la villa cuando el Orden Público lo apresó y lo metieron en el Depósito de cimarrones.

Tan resuelto era Pánfilo que hasta de allí se volvió a fugar. Un día que lo sacaron encadenado de pies para trabajar punzando roca en un camino, rompió su cadena con una piedra picuda y se lanzó al mar. Lo agarraron cerca de la orilla, mojado como un pato, echando agua por la nariz y vomitando, porque la verdad es que nadar, nadar, lo que se dice nadar... los pastores no saben.

De esta vuelta, Aldama no quiso responder por él y ni se presentó. Como Pánfilo era esclavo viejo y mutilado, mandó razón de que mejor se pudriese en la cárcel, que a él ya le indemnizaría el seguro de esclavos, o el Gobierno, caso que decidiesen sacarlo a pública venta.

Lo condenaron a trabajos forzados en el camino de hierro, construyendo vías. Trabajó meses a pleno sol, hasta que le cayó encima una traviesa. Recibió tan feo golpe que quedó tronchado de cintura, malo para trabajar, parece que a causa de unas costillas que se le quebrantaron malamente y le reventaron *nosequé*. Pensando que iba a morir lo abandonaron en un jergón para que agonizase. El caso fue que pasaban las semanas y el negro no acababa de despedirse; al cabo de diez, milagrosamente, logró ponerse en pie

y caminar varios pasos, pero lucía tan mala pinta que los militares decidieron firmarle papeles: le declararon esclavo incorregible, no hábil para faena y pendiente de venta pública. Habían decidido sacarlo a la palestra y subastarlo en la plaza.

Según parece, esa fue la enorme bendición que Dios Nuestro Señor tenía reservada para Misterio.

—*Entonces* sí que *é* verdad que tú tienes un esclavo —quiso puntualizar el *muleque*.

—*Namás* que a medias —respondió ella.

Contó que el día jueves, cuando su reencuentro, Pánfilo y ella habían platicado horas y horas. Que una vez que se pusieron al día, como si el tiempo no hubiese pasado, ni se sintieron desconocidos, ni extraños. Y que en la noche del día viernes, mientras ella planchaba las mangas bordadas de un camión de la viuda de Figueroa, él había susurrado, como cuando uno habla para la tira del cuello de su camisa:

—¡Quién nos iba a *desí* que acabaríamos juntos acá y siendo yo esclavo de tu *propiedá*!

A lo que Misterio, sin levantar la vista de la plancha, había respondido:

—Echa carbón a esa brasa, no se me vaya a *morí*.

Y que cuando él se acercó para avivar el fuego, ella le susurró:

—No eches cuenta a lo de esclavo, que ya yo tengo apartados dos cuartos de peso *pal padresito* de la iglesia del Espíritu Santo... —Y concluyó, toda remolona—: Y ya mañana en la mañana tú y yo vamos a *matrimoniá*.

La revelación me hizo dar un bote y saltar desde la hamaca al piso.

—¡Te casaste, Misterio! ¡Qué rebueeno! ¿Lo sabe mi papá?

—Cómo no, mi amor. Ya él dio su permiso.

—¡¡*Es pel-fes-to*!! —vociferé, meneando el culete.

—¡Niña! —Me ofreció un cachetito, muerta de risa—. ¡No se imita a los mayores!

Me había atacado una euforia parecida a la explosión de mil cañones. Completamente trastornada, enganché a Ulises por una manga y salimos como dos chiflados al corredor con intención de propagar la noticia a los cuatro vientos:

—¡Mis-te-rio es-tá ca-saaa-da! ¡Mis-te-rio se ca-só! ¡Mis-te-rio es-tá ca-saaa-da! ¡Mis-te-rio se ca-só! —guaracheábamos, brincando escaleras abajo.

De esclavo a esposo en tres días. A ver si la cosa no era para levantarse

y aplaudir.

[38](#). Caballería: medida de superficie (1 caballería = 33,2 acres, es decir, 134.000 metros cuadrados).

Redactando un aviso

Una mañana mi cuidandera llegó más temprano que de costumbre y golpeteó los nudillos contra el marco del ventanal de mi cuarto para que yo me fuese despertando.

—Buenos días, Niña. Despabila, mi amor. Despierta, *Dulce*, que hoy traigo una encomienda.

Salté de la cama y asomé la cabeza por la ventana cual un lagarto moreno.

—¿Para mí? ¿Tan temprano una encomienda? —pregunté.

Ella bajaba las escaleras.

—¡Primero los buenos días! —sermoneó desde el rellano.

—¡Buenos díias! —canturreé descarada.

—Tan temprano, sí. Agarra tus asuntitos y baja. Aligera que te estoy aguardando.

Ejecuté la orden muerta de curiosidad y aparecí en camión junto al brocal, con mi ropa bajo el brazo y los zapatos en la mano. Instalada al *solisombra* en la *comadrita* de mi mamá, Misterio se balanceaba con un par de cucuruchos en la mano. Vestía blusa clara a juego con la saya y un delantal blanquísimo que olía a *resién aplanchado*. Me abalancé a su regazo y nos saludamos como cada día, con besos y abracitos cariñosos. Encaramada en sus rodillas me dejé acariciar, medio adormilada, escuchando indolente su amorosa plática:

—¿Cómo está hoy la señorita? ¿Ha descansado muy bien? Ahora tú *vá a comé* algo rebueno, que Misterio se acordó de la Niña y, viniendo por la *Plasa Vieja*...

Levantó la esquina de un cucurucho y me lo arrimó a la nariz. Enseguida sentí el aroma a fritura de ñame, de calabaza y a buñuelos de carita.

—¡Qué ricas!

—¿Cómo ricas? ¡*Delisiosas!* ¡Las mejores frituras de La Habana! Se las compré a la Pascuala, que vende al pie de la tienda del reparador de espejuelos, porque sé que ella pasa la tarde toda procurando los mejores frutos. ¡Come, que *entoavía* están calientes! ¡*Tenemo* que llenar esa *pansota!*

Saboreé un buñuelo. Ella me acariciaba, retiraba hacia atrás mi cabello y me daba palmaditas en la espalda. Al poco se levantó y me acercó la jofaina rebotante de agua fresquísima. Estaba deliciosa y hubiese chapoteado un buen rato si la intriga no me apremiase para aligerar el aseo. Era la primera vez que mi cuidandera me pedía algo que no fuese un beso o un abrazo y la curiosidad podía conmigo, así que me refresqué ojos y cara en un plisplás y alargué el brazo solicitando toalla, pero Misterio me atrajo con un achuchón.

—Ven que yo te enjague, mi amor. Así. Bien sequita —me hacía cosquillas—, primero peinamos este pelote y ya luego nos vestimos.

—Dejo este buñuelo para Ulises y me tomo la fritura —anuncié con determinación.

—¡Cómo no! Pero tú come. ¿Mando que traigan refresco? —Me tenía sobre las rodillas y empezaba a desenredarme el cabello.

—Refresco no. Apenas tengo sed. ¡Pero di, cuéntame de la encomienda!

—¡Gran curiosidad siente la damita! ¡Y menuda pelambreira *luse* hoy! Más semeja cola de yegua vieja que *cocorota* de Niña, ¡pura maraña!

Mientras yo daba cuenta de las frituras, ella se concentró en el peinado. Hizo un par de trenzas que amarró con cintas verdes, luego me alzó sobre el brocal para abrocharme uno a uno los dieciséis botones del vestido, finalmente me calzó, me bajó al piso, me hizo voltear, atusó la lazada de mi cintura en el centro de la espalda y, cual costurera que echase el último vistazo a una prenda recién terminada, contempló su obra de arriba abajo y proclamó:

—¡A mí me *parese* que tú creciste! Mira que hoy te veo grande, grande. Pero ¿cuántos años tienes ya?

Solté una risotada.

—Once, cumpliditos en abril.

Me estampó un besote y susurró a mi oído:

—Pues como eres tan *mayó*, esta mañana tú a mí me *vá a dibujá* un aviso.

—¡Un aviso! —exclamé, levantando los hombros—. ¡Pero yo no sé qué es eso de un aviso!

—Chiiisst. ¿Cómo no sabes? ¿Tú *sabe escribí*?

Asentí con la cabeza.

—Pues no *hase falta má*. Que yo sé que tú lo *va a hasé pelfesto*.

Escapé corriendo y para colarme sin permiso en el escritorio de mi señor padre. Me agencí un crayón negro grueso y otro fino. Dudé un segundo y resolví añadir a mi captura tres trofeos más: uno verde, otro añil y un tercero carmesí, no fuese a quedarme soso el resultado. En lo que dura un avemaría regresé donde Misterio con el necesario instrumental en los sacos de mi faldón.

Ulises asomó en la balconada vestido de diario. Bajó corriendo y nos alcanzó en el zaguán. Viendo que le esperaba un buñuelo soltó una risotada de alegría, pero su regocijo desapareció cuando Misterio dio orden de que permaneciese en la casa dado que «hoy la vaina era cosa de dos». No le quedó otra que obedecer y allí lo dejamos, enfurruñado y zanganeando de lado a lado del portón.

Ya en la calle, caminamos despacio, cogidas de la mano y aprovechando la sombra, hasta el final de Amargura. En San Francisco doblamos hacia Oficios, cruzamos la Obra Pía, Obispo y llegamos a la plaza del Gobierno, abarrotada de gente a causa de las obras en el palacio de los Condes de Santo Venia, que no se hablaba de otra cosa, tanto que hasta mi señor padre, poco dado a chismes, había comentado en el almuerzo la novedad: no habían transcurrido ni cuatro meses desde que don José María Martínez de Campos, segundo conde de Santo Venia, pasara a mejor vida y ya doña Elena Martín, su viuda, andaba presumiendo de que iba a casarse... ¡Ni más ni menos que con Domingo Dulce! Las lenguas, donde no llegaban, habían mandado correos, tanto que la viudita y el Capitán General, sabiéndose pasto de comadreos, no veían el momento de irse de La Habana para vivir su romance en lugares más discretos. Ese y no otro era el motivo de las obras; la viuda acababa de alquilar el palacio a un americano y el inquilino lo andaba modernizando para trasladar a él un establecimiento de su propiedad situado en la calle Habana, el hotel Santa Isabel, que el huracán del pasado verano había destrozado sin remedio.

Entre obras, volantas, paseantes ociosos y una multitud de domésticos queriendo comprar y vender de todo, avanzábamos con dificultad. Tanto trasiego en la calle unas veces exigía arrimar contra los muros y otras hacernos a un lado para ceder el paso. Yo pensé que nos detendríamos junto

al Real Consulado, pero Misterio dijo que mejor un poco más allá, así que pasamos ante el palacio del Capitán General y cruzamos la plaza para sentarnos en los escalones de los soportales del Segundo Cabo.

Yo seguía más que intrigada e intenté sonsacarle.

—¿Y ese aviso que tú quieres que yo escriba, es largo?

—Qué va a sé largo. No, mi amor. Si *é* una línea chica. Solo *vá a dibujá* una *pisquita* tal que así —gesticuló, poniendo dos dedos sin que se tocasen el uno al otro para hacerme ver la ínfima distancia que había entre la yema de su pulgar y la de su índice.

Reí. Me encantaban los movimientos de sus manos y el modo en que acompañaba la cadencia de las palabras.

—Pero ¿qué tengo que escribir?

—Chisssttt. Lo que el aviso *tié* que *desí*, yo te lo voy a *explicá* bien clarito.

Me alargó un envoltorio que traía en el saco del faldón, un cartón grueso de un palmo de alto por palmo y medio de ancho en el que ella misma, para filetear los bordes, había dibujado una cenefa. La miré expectante:

—Bien derecho y sin nervios, pinta ahí el dibujo de esto que yo digo.

Me habló al oído. Escuché el dictado y anoté las palabras en el revés del cartón

—¿Ya? ¿Nada más?

—No, mi amor. —Sonrió y me acarició la cabeza.

Estábamos en los peldaños de los soportales, yo con la espalda apoyada contra una columna y ella a mi lado. Me eché panza abajo sobre el piso y afronté con responsabilidad mi faena.

—Vale. Voy a empezar... —dije—. Verás qué bien me manejo con los crayones: primero hago las letras, luego les doy color...

Por entretener la espera, ella se puso a entonar suavito el *Matar la culebra*. Sabía que me encantaba y que, con escuchar el primer son, ya iba a unirme a la fiesta:

Que la culebra se murió.

Calabasón, son, son...

*La culebra se murió.
Yo mismito la maté.*

*Mírale lo sojo,
paresen candela.*

*Mírale lo diente,
paresen filé.*

*Que la culebra se murió.
Calabasón, son, son...*

*Que la culebra se murió,
¡sángala, muleque!*³⁹

El tiempo que me concentré en pintar lo pasamos canturreando y dándonos réplica la una a la otra. Casi había terminado cuando, de repente, caí en el significado de lo que estaba escribiendo.

—¿Y esto dónde tú lo vas a hacer? —pregunté tímidamente.

—A *domisilio*, niña.

—¿No en tu casa?

—¿Como yo lo voy *a hasé* en la casa? Vivimos dos en el cuarto. No hay *lugá*.

—¿Y si, por culpa de este aviso, te llegan montañas de trabajo?

—En caso de tanto apuro, *é un queré desí*, tendría que *resolvé de faená* en la noche...

Mientras charlábamos mi cabeza funcionaba a toda velocidad. Mentalmente pasaba revista a los huecos disponibles en Amargura, visualizando espacios abandonados o dependencias que pudieran servir.

—¡O en el cuarto de abajo, Misterio, el viejo! ¡El que da a la calleja!

—¿Qué tú *dise*, Niña? ¡Eso es *propiedá* de tu señor padre, no se arrienda! Y aunque sí... iba a sé un inquilinato caaaro.

—¡Si es pequeño y está lleno de trastos! ¡Nadie lo usa!

—*Duuulse*, no tengo pesos. Descuida.

—¡Es *pel-fes-to*! —bromeé, haciendo el tonto.

—¡Muchaaacha! ¡Tú no me imites a mí!

—Y hay una estufa, Misterio, ¿se puede encender fuego!

Ella abría cada vez más los ojos.

—Se lo voy a decir a papá. ¡Seguro que te lo presta! Y así podrías dormir en la casa.

—«¡No arrugues, que no hay quien planche!» ¡Yo ya tengo cuarto! ¡Y espoooooso!

—¡Pues os venís los dos! ¡Hay sitio! ¡Qué contento se va a poner Ulises!

—¡Ni una palabra al *muleque*! «Cada cabra sigue su vereda y cada río su cañada.» No se vayan a *enterá* en la *cosina* antes de que tu señor padre tenga *notisia*.

—¿Lo dices porque le gusta el palique? —pregunté en tono de comadre.

—¡Niña, no se critica! ¡Que el que quiere amigos sin *defestos* vive solito!

—Vaaale. —Crucé los dos dedos sobre la boca simulando jurar—. Nada de *muleques*.

Con tanta cháchara tuve tiempo de retocar y sombrear dos veces cada letra del cartel. Cuando terminé, retiré los restos de lápiz con la mano y anuncié:

—¡Ya está! —Me puse el cartel a la altura del pecho y lo giré toda ufana—. ¿No *é presioso*?

Por haber vuelto a imitar su modo de hablar me propinó un coscorrón de broma. Miró mi obra y se quedó sin habla. Los ojos le brillaban como faroles y no era capaz de cerrar la boca.

—¡Dilo en voz alta, Niña, *pa* que yo escuche cómo suena tu dibujo!

Con la voz más campanuda que se me pasó por la cabeza pronuncié:

—«Doméstica plancha coladas. —Y rematé con triunfal solemnidad—: Da razón el bodeguero.»

—¡Qué bello aviso, Niña! ¡Y qué lindo que *luse*, mi amor!

A partir de ahí ya no pude más que sufrir su alegría, porque sobre mi persona cayó tremendo aluvión de besos y arrumacos amenizados por los consiguientes:

—¡Mi niña amaaada! ¡*Dulce* de *asúcar*! ¡Dios te bendiga!

De los que solo me pude librar jugando al despiste y poniéndome a brincar en los escalones:

A la una: mi mula.

A las dos: el reloj.
A las tres: un café.
A las cuatro: mi gato.
A las cinco: te hinco.
A las seis: manda de rey.
A las siete: machete.
A las ocho: te pongo el mocho.
A las nueve: te lo quito.
A las diez: ¡una, dos y tres!

No hizo falta que planchase a domicilio porque a las pocas semanas presenciamos la mudanza. Misterio y Pánfilo entraron por la trasera de Amargura empujando un carretón lleno de bártulos y yo me volví loquita de felicidad. ¡Por fin íbamos a vivir todos juntos!

Mi padre, a ruego mío, les había prestado no uno, sino dos, dos cuartos en el fondo de la planta baja, el más amplio para vivir y otro, menos espacioso pero abierto a la calleja, en el que Misterio podía encender candela y, a través del ventanuco, recoger y entregar plancha. Lo hizo de buen grado, aunque no por generosidad sino por interés; convenía mucho al caballero que Misterio y su esposo viviesen con nosotros porque tal arreglo le garantizaba, día y noche, la presencia de mi cuidandera en casa. Y a Pánfilo, que por sus circunstancias no tenía ocupación, le ofreció el puesto de *guardiero* para custodiar las largas colas que se formaban cada mañana ante la puerta, tarea a la que se consagró con la seriedad y circunspección del más orgulloso vigilante.

Yo estaba convencida de que, de ahí en adelante, nada malo podría pasarnos y que nuestra vida discurriría tranquila, sin sobresaltos ni problemas. Y de verdad que fueron buenos tiempos. Recuerdo con especial alegría la fecha en que Misterio cobró por fin la herencia de doña Petronila porque lo primero que hicimos fue plantarnos en el despacho de un notario para manumitir a Pánfilo y yo actué como testigo. Ante el caballero licenciado, con todo recogimiento, Misterio pagó las costas y a continuación trazó tres iniciales y una estrella en la carta de libertad de su esposo. ¡Pánfilo sería libre y ella ya no estaría casada con un esclavo de su propiedad! Enorme generosidad la suya ya que, aunque ella seguía siendo emancipada sometida a gobierno, al otorgar graciosamente la libertad a su esclavo y ahorrarle la

servidumbre, Pánfilo mudaba su condición de siervo por la de libre de color.

Otra fecha inolvidable fue la del primero de junio de 1870. Ese día recibimos la más esperada de todas las noticias: el Estado declaraba exentos de dependencia, y por lo tanto libres, a todos los negros llegados a Cuba en naves presas entre 1849 y 1853. ¡Seiscientos emancipados obtenían la libertad!

El decreto, firmado por Caballero de Rodas en Puerto Príncipe, informaba de que el Capitán General entregaría «cartas de exención de gobierno» a los negros de tres expediciones: los del *Santa Clara*, apresado en 1849 con 172 africanos a bordo, los del *Cárdenas*, capturado en 1851 transportando 402 bozales, y a los 26 del *Granadilla*, que era la nave en la que Misterio había llegado a La Habana.

Mi cuidandera dejaba de ser colona emancipada y accedía a la condición de libre de color. Festejamos la noticia por semanas. Ya no sería preciso seguir escrutando la prensa cada mañana en busca de un nombre que nunca aparecía.

El júbilo de mi padre fue tal que no descansó hasta dar con un ejemplar del decreto para regalárselo.⁴⁰

pertenezca y lo elevarán á este Superior Gobierno para la resolución oportuna.

Puerto-Príncipe 14 de Mayo de 1870.—Caballero de Rodas.

Decreto del Gobierno Superior Político declarando exentas de las dependencias del Gobierno las expediciones de negros apresados en los años de 1849 á 1853-

1870.—Junio 1º

GOBIERNO SUPERIOR POLÍTICO DE LA PROVINCIA DE CUBA.

Negociado de Emancipados.

En uso de las facultades que me competen en consonancia con lo mandado en el Real decreto de 27 de Octubre de 1865, he tenido por conveniente declarar exentas de la dependencia del Gobierno, las expediciones de negros apresadas en los años de 1849 á 1853 que se especifican á continuación:

<i>Nombres de las expediciones.</i>	<i>Años.</i>	<i>Núm. de negros.</i>
Santa Clara	1849	172
Cárdenas	1851	402
Granadillar ..	1852	26
Total.....		600

En su consecuencia, los patronos que tengan emancipados de las referidas expediciones los presentarán en la Secretaría de este Gobierno Superior en el término de un mes, á contar desde la fecha de la publicación de esta resolución, á fin de que, previas las formalidades establecidas, reciban personalmente las cartas de exención; en la inteligencia de que los patronos podrán, despues, si gustan, contratarlos como trabajadores libres.

Los Gobernadores y Tenientes Gobernadores publicarán esta resolución en los periódicos de sus respectivas jurisdicciones y dispondrán que los pedáneos la circulen por cedulaones, á fin de que los patronos de emancipados no puedan alegar ignorancia.

Puerto-Príncipe 1º de Junio de 1870.—Caballero de Rodas.

Nuestro sereno mundo asistía a los prolegómenos de un cambio que ya no tendría vuelta atrás. Era una aventura que muchos presagiaban dilatada y repleta de dificultades, pero arrolladora e imparable porque Cuba iniciaba, con pasos temerosos, el complicadísimo viaje que iba a poner en el ojo del huracán a los hacendados esclavistas.

En efecto, treinta y tres días después, el 4 de julio de 1870, estalló la bomba. En Madrid, con Serrano como Regente y Prim de Jefe de Gobierno, las Cortes españolas habían acordado los términos para la abolición del estado de esclavitud en nuestra isla. Se aprobaba la ley Moret⁴¹ que de

inmediato pasó a ser conocida como de «Libertad de vientres». Ulises estaba tan contento que se aprendió de memoria los primeros artículos y los recitaba, cual perico deslenguado, a quien quisiese escucharle:

Artículo 1. Todos los hijos de madres esclavas que nazcan después de la publicación de esta Ley, son declarados libres.

Artículo 2. Todos los esclavos nacidos desde el 17 de septiembre de 1868 hasta la publicación de esta Ley son adquiridos por el Estado mediante el pago a sus dueños de la cantidad de 125 pesetas.

Y aunque muchos se negaban a creerlo, esta vez sí que el baile no tenía retroceso: habían aprobado la «libertad de vientres» y a partir de ya en Cuba todos los niños, fuera cual fuese la condición de sus madres, nacerían libres. Nadie volvería a pasar el trance de tener que pagar la libertad de un feto, y dado que el Gobierno se comprometía a liberar a los esclavitos menores de dos años e indemnizaba a sus propietarios, los hijos de las esclavas dejarían de ser propiedad de los amos de sus madres. Eso sí, como novedad, la ley matizaba que los pequeños libertos debían permanecer bajo la tutela de los dueños de sus madres durante dieciocho años y estos, mediante una institución recién creada denominada Patronato, estaban obligados a mantenerlos y enseñarles un oficio con la intención de «preparar al patrocinado para su futura condición de trabajador libre». La letra de la ley no aclaraba el significado del tal Patronato y mi padre sospechó que semejante invento no era otra cosa que una artimaña para encubrir la persistencia del estado de servidumbre..., pero al menos la «libertad de vientres» garantizaba que en Cuba no nacerían más niños esclavos y nomás imaginar tal escenario ya suponía un gran logro del abolicionismo y una inmensa satisfacción para los que, como nosotros, defendían la igualdad de las personas.

Con el paso de los días el entusiasmo fue amainando y empezaron a surgir las primeras contradicciones. Poco a poco caímos en la cuenta de que no todo lo que relucía era oro puro, pues cuando uno reflexionaba y consideraba pausadamente los términos de la ley se topaba, por ejemplo, con lo que sigue:

Artículo 3. Todos los esclavos que hayan servido bajo la bandera española, o de cualquier manera hayan auxiliado a las tropas durante la actual insurrección de Cuba, son declarados libres. El Estado indemnizará de su valor a los dueños si han permanecido fieles a la causa española: si pertenecieren a los insurrectos no habrá lugar a indemnización.

Artículo 4. Los esclavos que a la publicación de esta Ley hubieren cumplido sesenta años son declarados libres sin indemnización a sus dueños. El mismo beneficio gozarán los que en adelante llegaren a esa edad.

En realidad, lo que estaban garantizando no era la abolición de la esclavitud, sino la liberación de los menores de dos años, de los soldados fieles a la causa española, que eran los menos, y de los viejos, o sea los brazos inservibles para el duro trabajo en los ingenios... Sin mencionar que en otro de los artículos, la ley pretendía zanjar de un plumazo la escabrosa cuestión de los emancipados:

Artículo 5. Todos los esclavos que, por cualquier causa, pertenezcan al Estado son declarados libres. Asimismo, aquellos que a título de emancipados estuvieren bajo la protección del Estado entrarán, desde luego, en el pleno ejercicio de los derechos de los libres.

Ahí comprendí yo que en esta vida cada moneda trae puesta su cara y su cruz. Porque si bien la noticia parecía excelente para el bien general, era más que injusta para Misterio y para todos los que, como ella, siendo personas jurídicamente libres, habían sido asimilados a esclavos y obligados a cumplir, sin miramientos ni reducciones, el total de su tiempo de servidumbre. El mismo Estado que a ella la había sometido hasta el último minuto con todo tipo de tretas, ahora pretendía pasar página y declaraba libres al resto de los emancipados. Misterio había sufrido dieciocho años de dependencia y a ella nadie la iba a indemnizar por semejante injusticia. ¿Acaso pretendían borrar de un plumazo las peregrinaciones de amo en amo, las humillaciones, los abusos y castigos, los cambios de nombre, la vergüenza de mendigar dinero para comprar la libertad de su hija y las tantas y tantas noches deslomada

sobre la mesa de la plancha aceptando más faena de la que humanamente se puede abarcar? La más absurda de las incongruencias había querido que la promulgación de esta ley tuviese lugar solo cinco semanas después de que Misterio hubiese recibido su exención de gobierno. Estaba más que claro que para ella la libertad llegaba con todo el retraso del mundo.

A lo largo de aquel verano vivimos no pocos temores de involución; la ley Moret, aprobada el 4 de julio de 1870 y publicada en *La Gaceta de Madrid* dos días después, no tendría efecto ni sería de obligado cumplimiento en la Isla hasta que su texto apareciese publicado en *La Gaceta de La Habana*, pero pasaban las semanas y era como si la «libertad de vientres» no acabara de implantarse en Cuba. Los esclavistas, con el gobernador de su parte, intentaban dilatar lo más posible la publicación y entretanto acudían en masa a los síndicos para fijar altos precios de coartación a sus esclavos niños y viejos, intentando impedir in extremis su liberación. Lo hacían amparándose en la falsa creencia de que, si los esclavos figuraban coartados con anterioridad a la publicación de la ley en La Habana, lo que contaría sería el precio de su coartación y no las 125 pesetas que el Gobierno de Madrid establecía como única indemnización para los propietarios. Así las cosas, habíamos rebasado la primera quincena del mes de septiembre y la «libertad de vientres» seguía sin efecto. Los abolicionistas tuvieron que emplearse a fondo, acudieron a Moret en persona y no cesaron en el empeño hasta que sus protestas fueron escuchadas y atendidas. El ministro de Ultramar apremió de tal manera al gobernador de Cuba que Caballero de Rodas tuvo que dimitir y finalmente, en la mañana del gozoso día 28 de septiembre, todos los habaneros de bien tuvimos la dicha de ver publicado el texto completo de la ley en *La Gaceta de La Habana*.

Hay que ver qué veloz ha pasado el tiempo. Y lo peor es que cuando uno se pone a recordar se ve en el compromiso de tener que mencionar que en esta vida no todo fue regocijo. Normal, cada estación de bochorno trae consigo su tormenta y a nosotros de aquella nos tocó lidiar, como dicen los españoles, muy malas reses. Qué razón tenía Misterio cuando sentenciaba

que «todas las leguas esconden un tramo de mal camino», porque exactamente entonces fue cuando la salud de Pánfilo empezó a deteriorarse; al principio decía que sentía el cuerpo de plomo, alfileres en los ojos y andaba desorientado, pero ya luego perdió la cabeza.

Daba pena verle, no nos reconocía y amenazaba de muerte indigna a quien se le acercase. Unas veces se mostraba fiero cual capitán de tropa y gritaba: «¡Carga al machete! ¡Al degüello, Mambises!», imitando los gritos de Máximo Gómez en el combate contra la columna de Quirós; otras se nos inflamaba en puro delirio revolucionario y no paraba de hablar de cuando un amigo le había relatado que una mañana, tras sonar la campana del ingenio, el capataz en vez de: «¡A trabajar!», proclamó: «¡Independencia o muerte!» y la negrada entera marchó a la manigua para luchar por la libertad de Cuba. Pero la mayor parte de los días Pánfilo vivía amedrentado, quejoso como niño chico y suplicando a un amo imaginario: «Café, mi su amo, que hoy el negrito *entoavía* no tomó café.» Según Misterio, a su esposo le habían hecho tanto daño que no quedaba otra, el mal que llevaba dentro tenía que salirle por algún sitio.

Como acá decimos que las desgracias vienen siempre de tres en tres, todavía faltaban por llegarnos dos buenos zarpazos. El primero fue de tal magnitud que nos sacudió los cimientos y tambaleó la casa toda, de la cochera al tejado. Mi señor padre falleció de manera repentina. Su muerte, por inesperada, nos sumió en el desamparo: a mí me hundió en la más absoluta consternación y a los sirvientes los dejó completamente anonadados, perplejos.

Sucedió en Cienfuegos cuando recién llegaba a la casa de uno de mis hermanastros para asistir a su enlace matrimonial. Parece que nada más bajar del coche que había alquilado, pues insistió en no llevarse a Ulises y viajar en el quitrín de un amigo, se llevó la mano al pecho y cayó fulminado. Allá mismo dispusieron su funeral y entierro y, como yo nunca llegué a conocer personalmente a la familia de la primera esposa de mi papá, ni ellos a mí, no me notificaron la desventura. No me quiero ni acordar de nuestra angustia; mi padre había salido de viaje tan tranquilo, pero pasaban las semanas y ni regresaba a La Habana ni recibíamos aviso alguno...

Habían pasado veintitrés días cuando me llegó la noticia. Enloquecí de dolor. No podía dejar de repetirme que el día de su partida lo había despedido con naturalidad, ignorando que aquel beso y el abrazo que le daba serían los postreros.

Me había quedado sola, huérfana por completo con menos de quince años. El luto clausuró nuestra casa y la más severa de las reclusiones paralizó cualquier actividad. No exagero si les digo que, todavía quince meses después, cuando el desconsuelo logró ceder paso a la languidez, una tristeza infinita y profunda continuaba presidiendo nuestra vida.

Con el silencio del duelo y en rigurosa clausura puse punto final a *El legado de mi abuela*, obra de juventud que pretendía ser novela en la que narré los recuerdos de mis antepasados y la historia de la familia Prieto hasta la muerte de mi mamá. Meses más tarde, tras las incontables jornadas que Ulises y yo dedicamos a ordenar el despacho de mi difunto padre, surgió la idea de mi segundo libro, *Esclavos en el estudio*, un homenaje al oficio que con tanta humanidad y paciencia había desempeñado en aquel cuarto el caballero Síndico; para escribirlo me documenté en los cientos de litigios entre siervos y amos custodiados en sus archivos, auténticos relatos de vida, «historias de gente sin historia» que me interpelaban silenciosamente desde los anaqueles, e inflamaban mi filantrópico anhelo de escritora comprometida. Puse tanta pasión en dar visibilidad a la ignorada existencia de aquella gente, que mi pluma se embolsó por derroteros tempestuosos y, conforme avanzaban las páginas, la novela fue derivando en soflama infumable a favor del abolicionismo y de la igualdad de las razas del mundo. No había por dónde cogerla, pero yo estaba resuelta a convertirme en escritora.

Supe luego que había tomado la decisión en el peor momento. Entre la guerra, el lío del abolicionismo y todas las contravenciones de los españoles, en La Habana reinaba un ambiente cultural simple y pacato. Se decía que «las latinidades y la elocuencia en las damas» solo llevaban consigo, al entender de la gente y en particular de los individuos pertenecientes al género masculino, la promiscuidad de la lengua. Huelga decir que, para los que así pensaban, de la promiscuidad de la lengua se infería inmediatamente la promiscuidad de la persona en general y del cuerpo en particular... Las mujeres letradas, ya de por sí escasas, no eran bienvenidas en la sociedad. Cierto que teníamos a Ramona Pizarro pero ahora residía en Oriente, y estaba

la muy excelsa Gertrudis Gómez de Avellaneda, aunque a raíz del fallecimiento de su segundo esposo se había mudado a Sevilla y llevaba vida de retiro, sumida en la devoción religiosa... A decir verdad, la única mujer de letras que aún estaba en la ciudad era Luisa Pérez de Zambrana, sobresaliente poeta a la que yo misma había visto coronando a la gran Gertrudis Gómez de Avellaneda en el teatro Tacón, pero también Luisa acababa de enviudar, las obligaciones del luto le impedían acudir a reuniones literarias y por otra parte era notorio que, desde que había faltado su esposo, vivía en situación más que precaria con sus muchos hijos. Así de paralizada estaba en La Habana la cosa de la literatura femenil.

Pero servidora erre que erre. A sabiendas de que tal vez me estuviese convirtiendo en una rareza de damita, si sola estaba, en soledad continué. En mi casona de Amargura, rodeada de vidas de esclavos y documentos de Síndico tenía el privilegio de ponerme el mundo por montera, como los toreros. Sin ataduras ni ancestros que me controlasen y con la necesaria autonomía para manejarme a mi modo, yo era libre, dueña y señora de mis ideas, de mis lecturas y, sobre todo, de mi pasión por la escritura.

Por entonces nos sacudió el tercer disgusto. Fue a finales de septiembre. Yo estaba reposando en mi alcoba con intención de apaciguar el sempiterno dolor de pecho que me acosa cada vez que anuncian tormenta, cuando escuché voces alteradas y pasos apresurados. Me asomé a la baranda y desde abajo me informaron que Pánfilo había sufrido un ataque, que no hablaba ni atendía y por supuesto no podía moverse; cuatro sirvientes lo habían acarreado al cuarto y yacía en su camastro con la mirada hueca. Bajé corriendo y en las dependencias de los domésticos encontré a Misterio al borde de la locura, gritando desesperada que no sabía qué hacer y suplicando ayuda. Mandé aviso a dos doctores que acudieron en un vuelo. Ambos mostraron rotundo acuerdo respecto al diagnóstico: la alta tensión sanguínea había afectado su cerebro, ya demente, y era la causa de que más de la mitad del cuerpo del paciente mostrase parálisis, en opinión de los galenos irreversible, pero atenuable con tratamientos y cuidados. El doctor Valecillos prescribió baños de inmersión en agua muy caliente y salada, además de enérgicos masajes para intentar reactivarle los músculos dos veces al día. Me

recomendó paciencia y tranquilidad pues la situación iba a requerir su buena dedicación, amén de que podría alargarse en el tiempo.

El segundo médico pasó conmigo a la saleta para explicarme con detalle el sistema que usan en los hospitales con estos enfermos. Tomé nota de cuanto dijo y mandé a Ulises a la central de almacenes con encargo de procurar la tina más grande que hubiese; entretanto los criados clavaron y amarraron en el techo del cuarto un mecanismo de poleas con un juego de cinchas que sujetaban algo parecido a un enorme canasto, un artefacto impresionante, de acuerdo con las dimensiones de Pánfilo que, solo en lo alto, le sacaba dos buenas cuartas a Ulises. Con él podrían alzar al enfermo y, cargando su cuerpo en el cestón, transportarlo de la cama a la tina para sumergirlo en el agua.

Nos centramos en los baños y el masaje sin resultados apreciables. Tampoco sirvieron de mucho las friegas con orujo de hierbasanta bendita que aconsejaron los del cabildo mina popó, ni «la limpia, el despojo general» que le hizo una santera, ni las dos astillas de Santísima Ceiba que vinieron a clavar en cruz sobre el dintel de la puerta de su cuarto los mayomberos. Pero aunque no se apreciaba mejoría, insistimos en la terapia hasta bien entrado noviembre.

Un día jueves, Misterio vino a prevenirme de que iba a salir. Advertí lo desmejorada que estaba, había perdido peso y la profundidad de sus ojeras testimoniaba sus muchas noches de lágrimas y poco descanso. Al cabo de un par de horas regresó toda aplanada. Venía del cementerio.

—Ya yo dejé concretada una tierra —anunció—. *Pa* cuando haya *nesesidá*. —Y añadió, con un desaliento que se me antojó infinito—: *Taría* bueno que pasases por allá, Niña. Cosa de *mirá* si los papeles *tán* bien hechos y *pa* que sepan que una *tié* quien responde por una.

[39](#). Lit.: «La culebra se murió / calabazón, son, son / yo mismito la maté. / Mírale los ojos / parecen de fuego. / Mírale los dientes / parecen alfiler...» El día de Reyes la comparsa de negros del Cabildo desfilaba por La Habana con una enorme culebra hecha con trapos que colaban en todas partes, llegando a introducirla en el palacio de los Capitanes Generales. Al desfile le llamaban «Matar la culebra».

[40](#). Bienvenido Cano y Frederico de Zalba, *El libro de los síndicos de ayuntamiento y de las juntas protectoras de libertos. Recopilación cronológica de las disposiciones legales a que deben sujetarse los actos de unos y otras*, La Habana, 1875. Impr. del Gobierno y Capitanía general por SM. (Reproducción de la página 322 y parcial de la 323.)

[41](#). Ley preparatoria para la abolición de la esclavitud, conocida como Ley Moret o de «Libertad de vientres» fue presentada por el ministro de Ultramar, Segismundo Moret y Prendergast, y aprobada por las Cortes el día 4 de julio de 1870. Sin embargo, la esclavitud en Cuba no sería definitivamente abolida hasta dieciséis años después.

Linda Habana acogedora

Gracias al aviso que yo dibujé y ella pagó por exponer en la bodega de al doblar, Misterio recibía en el ventanuco de nuestra casa mucha más ropa de la que podía sacar adelante, por lo que tuvo que llamar de vuelta a las hijas de Casilda para que le echasen una mano. Su fama de buena planchadora era tanta que le llegaba faena de casas de extramuros. Y hasta del campo.

Un buen día tuvimos noticia de que en el tren de lavado Sol Naciente ofrecían ocupación a quien supiese de coladas y blanqueados. El negocio era propiedad de un tal Venancio *Chin* o algo parecido, pues el galleguito que trajo el recado no sabía si el nombre se decía así o de otra manera.

—Él mismo, en persona, vino a poner el anuncio —comentó el mandadero—. Es un oriental acaudalado que *tié urgensia* de encontrar mano de obra.

—Capaz que vale la pena indagar —opinó Misterio—, aunque es raro que alguien con un nombre que nadie sabe pronunciar proponga faena.

¿Que de dónde ha salido este chino y a santo de qué lo de un tren de lavado? Todo esto lo voy a contar yo *despasiosamente* y con detalle, visto que lo que ahora mismo me sobra es tiempo, pues acá que sigo eternizada, en espera de un barco que parece no ir a llegar nunca. Y en cuanto acabe de relatar la historia, el que esto lea va a comprender el modo en que la pura casualidad puede ir enredándole a una las vainas en esta vida.

Al señor Xing Chiu, que estos eran en realidad su nombre propio y su apellido, cosa que aprendí gracias a las tantas veces que admiré su caligrafía

adornando mil lugares pues así, a bote pronto, la recuerdo en los carteles de la fachada del tren de lavado, sobre la puerta interior indicando que allí se encontraba su escritorio, decorando el papel de envolver las prendas planchadas y, cómo no, en el artístico carimbo que los trabajadores impregnaban en tinta china para sellar los recibos. Decía yo que al señor Xing le gustaba dejar bien clarito que él no era ni chino esclavo, ni tampoco de los que desembarcaron en la Isla con contrata de culíes para trabajar en ingenios, vegas o cacaotales.

Tal como él mismo me hizo el favor de referir en las muchas tardes que pasamos degustando interminables tazas de té, el señor Xing era oriundo de un pueblito a las afueras de Cantón, donde vivía pobremente con su familia hasta que, a finales de 1848, él y su señor padre resolvieron emigrar en busca de mejor vida. Pero no para venir a instalarse de primeras en Cuba, ni hablar, ellos se encaminaron directamente a América del Norte.

Su primer destino a este lado del océano había sido California. En China se decía por entonces que en California había *Gun Sam*, una montaña de oro, y no pocos decidían atravesar el océano para dar con semejante riqueza; eso hicieron ellos. Padre e hijo llegaron como emigrantes, reclamados por unos conocidos también orientales que atendían negocio en el ramo de la construcción.

En la hermosa California crearon una empresa de reventa de productos para el hogar, y la pequeña trastienda que al principio les servía de casa y lugar de trabajo, con el tiempo, se convirtió en almacén de artículos de todo tipo y más tarde en un establecimiento de productos ultramarinos. Trabajaron con tanto celo y perseverancia que llegaron a reunir una fortuna nada desdeñable. En California falleció el padre y también allá, en la cálida California, Xing Chiu conoció y contrajo nupcias con la hermosa y delicada Liu Tung, su amada esposa.

Este era el motivo por el que insistía tanto en aclarar que ellos no eran chinos del montón sino empresarios pudientes, de los muchos que habían llegado a La Habana entre 1869 y 1875 obligados por el rechazo a la población china en los estados del Sur de América del Norte.

No se me olvida su gesto de suspicacia cuando explicaba que él había tenido la gran suerte de ver venir la desgracia y que, antes de que la cosa empezase a ponerse fea, es decir a pocos meses de que los proteccionistas diesen la orden tajante de expulsar del territorio americano a todo chino

viviente, había alcanzado a vender la mayoría de sus posesiones. Él y su señora fueron de los pocos que consiguieron vender sus propiedades por lo que, cuando tuvieron que abandonar los Estados Unidos, ya el matrimonio tenía un plan para desandar la existencia. Y como chapurreaban el idioma, resolvieron que acá sería el lugar ideal para reiniciar su vida.

Los Xing desembarcaron, pues, en la Isla como «orientales californianos», formando parte de la segunda migración de asiáticos que recibió Cuba y echaron pie a tierra en la Real Villa de San Cristóbal de La Habana una nublada mañana de diciembre del año 1871, con un capital en oro equivalente a ciento treinta y seis mil quinientos pesos y un hijo de menos de trece años. Traían papeles mostrando que venían invitados por el señor Ambrosio Cuang Ken Fu, un completo desconocido que atendía una bodega de las de cantina barata en Salud, entre Manrique y Campanario. El tal Ambrosio llevaba tanto tiempo viviendo en Cuba que se había cortado la coleta, usaba sombrero de paja, vestía calzón de lienzo y hasta tenía perdida la ele de los orientales, pues era capaz de pronunciar perfectamente «cariño, mi amor», en vez de trabarse y decir «*caliño*, mi *amol*» como casi todos los de su nación. Los Xing habían pactado con él, previo pago, que se personaría en el punto de desembarco de inmigrantes dando grandes muestras de alegría y haciendo creer que quienes llegaban eran familiares muy cercanos para, a continuación, responder por ellos ante las autoridades presentando su propia cédula y sus documentos de residente. En los bajos de la Real Aduana declararían juntos que nada tenían que declarar, identificarían equipajes y pagarían aranceles. Ambrosio acompañaría a la familia por las dependencias del puerto hasta llegar al muelle de San Francisco donde, cumplidos los requisitos de entrada en el país, podrían por fin hacerse cargo de sus pertenencias: doce baúles, cinco valijas, tres grandes cajones de madera repletos de porcelana, otros dos con enseres domésticos y cerca de docena y media de bultos y paquetes.

Reunido el equipaje, los hombres amarrarían los bultos en una carreta previamente arrendada por el recién conocido bodeguero y esperarían tranquilamente la llegada de un quitrín de alquiler económico, apalabrado la víspera.

Aguardaron por espacio de dos horas sin alejarse de la carreta, la señora y el niño sentados sobre fardos y protegidos del sol con una sombrilla y los

hombres apoyados en un noray. Mientras hacían tiempo tuvieron oportunidad de deleitarse ante el espectáculo sin igual del más grande de los puertos del Caribe. Pareciese que todos los mástiles de todas las naves de los mares todos se hubiesen dado cita allí mismo, en la propia bahía de La Habana, formando ordenada empalizada de proa a la calle, enarbolando banderas de tres continentes, con tripulantes de cinco razas e interpretando una suave danza de navíos que zarpaban, fondeaban o echaban ancla. Mezclados entre majestuosos bergantines, bricbarcas y goletas, había docenas de embarcaciones de bajel, cargueros de mercancías, paquebotes, vapores de pasaje, buques de línea y fragatas del Reino de España. La parsimonia de los grandes veleros contrastaba con la frenética actividad de una multitud de balandros, canoas, cayucos y barcazas de poca categoría que iban y venían apoyando maniobras, cargas y descargas. Por no hablar de las decenas de *guadaños*, botecillos de transporte económico gobernados por particulares, la mayoría pardos descalzos con el torso desnudo, calzón de lienzo y pañuelo de color amarrado a la cintura, que cruzaban el canal por su parte más estrecha transportando pasajeros y bagajes de orilla a orilla.

El señor Xing admiró el extraordinario volumen de productos dispuestos para ser exportados, cuidadosamente apilados, protegidos del calor y de la dureza del sol en cobertizos contruidos a lo largo del muelle de carga. Se asombró ante la variedad que presentaban los envíos pues, tal como enumeraba Ambrosio y asentía él repitiendo sus palabras con movimientos de la cabeza, la Isla era un verdadero paraíso, un vergel que facilitaba mercancías por vía marítima a medio mundo. De acá se expedía todo lo que se puede enviar por partidas, remesas o en simples fardos. No había más que echar un vistazo para apreciar, a pie de muelle, la naturaleza de las cargas: aquí azúcar, tabaco, vainilla, café, cacao, mandioca, maíz...; allá aceites, aloe, coco, ron, banana...; un poco más lejos añil, alcanfor, hojas de palma y yarey...; y al fondo, hacia la izquierda, el dificultoso embarque de palos de moruro, caoba, cedro, o de maderas durísimas como el *quebracho*, llamado así porque «quiebra el hacha», o el *patabán*, un mangle de color oscuro que se usa para hacer postes. Sí señor. Uno se quedaba sin palabras.

Por fin llegó el esperado transporte, sin prisa y sin disculpas. Conducía

el quitrín un negrazo tranquilo y sonriente, tan raramente acicalado que a la señora Xing le llamó la atención, pues llevaba ropa mitad de militar, mitad de aristócrata venido a menos. Vestía el cochero gastado pantalón de hilo, levita escasa con galones como de comandante de la marina inglesa, camisa blanca de volantes en los puños, amarrada al cuello con un lazo encarnado que medio le estrangulaba a modo de corbatín y chaleco oscuro con leontina de baratillo cruzada de bolsillo a ojal. Un deslustrado sombrero bomba coronaba al personaje, altísimo y escuálido, que complementaba su atuendo con argolla plateada en la oreja izquierda y botas de dos piezas, ya sin hebillas, heredadas de Dios sabe quién.

Igualmente sorprendido se mostró el calesero ante el exotismo de su pasajera, era la primera mujer oriental que había visto de cerca en su vida, y fue tal la impresión que, en vez de ayudarla, dio en deshacerse en reverencias y cortesías, gesticulando a diestro y siniestro y pegando sombrerazos al aire como si fuese a tener el honor de trasladar en su carruaje a la mismísima emperatriz de Manchuria.

Cuando por fin aquel ser logró tranquilizarse y dejó de hacer aspavientos, consiguieron entre todos encajar a madre e hijo en el pesebrón del coche que, por deslustrado, parecía haber vivido tiempos mejores, y completaron los huecos con media docena de bultos poco aparatosos. Dispuestos para la marcha, el cochero se caló el sombrero y montó una mula de cola trenzada más vieja que hablar castellano mientras los hombres tomaban posición para caminar al paso y controlar la carga en la carretonada, que circularía enganchada a la parte posterior del quitrín.

La singular comitiva se dirigió, renqueando y a golpe de látigo, hacia la salida del puerto. Borearon paulatinamente lo que antaño había sido el convento de San Francisco, justo al ladito del muelle, lugar que en opinión de Ambrosio daba lástima por tres razones, primero porque «la iglesia ya no es iglesia, que la han violado los ingleses»;⁴² segundo porque «desde que se fueron los frailes la capilla se utiliza de almacén y el convento para residencia de los funcionarios de la Real Aduana» y tercero porque, para colmo de males, frente al pórtico del templo que, como podían ver, tenía una torre preciosa, «la más alta de la ciudad, supera las cuarenta y cinco varas de alto», se había venido a instalar el peor de los peores cafés de La Habana, «un local plagado de contrabandistas donde nomás hay marinos sin barco, grumetes y

truhanes de mal vivir», hombres que, a decir de Ambrosio, «sonrojan a las damas y pagan el agua de Loja, y otras cosas que no son para nombrar en presencia de la señora, a la primera mulata que se les acerca mostrando lo que conviene bajo la manta de burato».

Tras bordear la plaza de San Francisco, atestada de coches y gente por ser lugar de cita para alquiler de transporte y estacionamiento de calesas y volantas, doblaron por Carpinetti, un callejón que, aunque se denominaba travesía, no era sino pasaje de menos de una cuadra. Casi llegando a Baratillo torcieron a mano izquierda y ahí que los Xing tuvieron la impresión de que habían cambiado de país, pues se toparon con tremenda algarabía; el bullicio de los vendedores callejeros animaba el ambiente con gritos y pregones, las tiendas rebosaban mercadería... y ni siquiera se podía ver el cielo, repleta como estaba la parte alta de los edificios de banderolas, pancartas y enseñas que los establecimientos colocaban de casa a casa, para atraer a la clientela. Circular por allí con un quitrín tirando de una carreta tan cargada se volvió más que dificultoso, no solo por la estrechez de la calzada y a causa de los enormes baches, sino porque el gentío les obligaba a avanzar a empujones.

En estas al quitrinero le dio por amenizarles el camino y pudieron oír la voz del moreno saludando a gritos a cuanto calesero se cruzaba, lisonjeando con entusiasmo a la negra que freía chicharrón, «¡Divina preeeta! ¡*Mulatica* saaanta! ¡Qué linda que te ves!», declarando su amor sincero a una vendedora de mamoncillos, alabando la sabrosura de los dulces de boniato de la otra, «¡Turrón de *asúuucar*! ¡Caneela pura!», y lanzando imprecaciones de tono más que subido a cuanto individuo se le cruzaba por delante.

Los orientales no daban crédito: ¡transitaban entre una enojosa muchedumbre, animados por un concierto de chasquidos de látigo y golpes de espuela, acompasados por letanías de requiebros y ternezas mezcladas con los más sonoros exabruptos de la jerga calesera!

Con tanto coche entrechocándose y obstruyendo el paso, a la señora Xing le dio por acongojarse. Era mucho el zarandeo y demasiadas las miradas fisgonas, motivadas por la curiosidad que despertaba en los habaneros la exótica apariencia de la señora. Su peinado y el porte oriental que lucía llamaban la atención de los peatones, que, sorprendidos e indiscretos, se le

plantaban justo en el borde del coche y la contemplaban de cerca, haciendo comentarios de lo más impertinentes y caminando al paso del quitrín, prácticamente pegados a la portezuela. No les faltaba más que tocarle la cara para comprobar si de verdad aquella china era persona viva o estaba hecha de cerámica como las figuras que vendían en la quincalla. Sintiéndose acosada, empezó a sentir ahogo; le aterraba la idea de que a alguna de aquellas personas tan indagadoras se le fuese a ocurrir subirse al coche y traerle una desgracia. Muerta de angustia y sin poder respirar más que a golpe de abanico, se refugió en una esquina del asiento amarrando con fuerza el brazo de su hijo.

De semejante guisa desfilaron ante la puerta de un ferretero tres cambistas de moneda, una peluquería, varios corredores de azúcar, dos expendedorías de ron, otra de aguardiente, tres bodegas y una fonda. Cruzaron Oficios y Mercaderes en medio de un colosal lío de gentes y carruajes y, antes de enfilarse por Lamparilla, tuvieron tiempo de vislumbrar, a lo lejos, varias calles totalmente cubiertas de lienzos que, según Ambrosio, «se ven lindas así, entoldadas, dan sombra y frescura». Como el traqueteo de la marcha demandaba lentitud, el señor Xing fue haciéndose una composición de lo que se podía ventar en tan boyante ciudad. Ahora la calle era más ancha, como de siete varas, pero estaba plagada de bancas, tiendas y compañías que daban cuenta de la riqueza que se movía en la ciudad; tras observar de pasada el universo de talabarteros, sastres, dulcerías, fotógrafos, zapateros, comercios de telas, mercerías, distribuidores de aceite, almacenes de hielo, bazares y tantas otras industrias que convivían a pie de calle, concluyó que haber venido a Cuba era lo más acertado que se les hubiera podido ocurrir nunca. Sí señor, viajar a este opulento país había sido una gran idea, la mejor de todas.

Iban a dejar San Ignacio para cruzar la esquina de Aguiar cuando repararon que, en dirección contraria, se acercaba un alboroto de música y personas que clamaban y se desgañitaban. El calesero, siempre en su papel, frenó en seco y se descubrió la cabeza con gesto aparatosamente cariacontecido. Era un cortejo de dolientes que acompañaba un difunto.

Ante Ambrosio, el quitrín, la familia de orientales, el carretón, la mula y el inmóvil calesero desfilaron un puñado de *muleques* vestidos de blanco que portaban cirios, dos curas y varias niñas con ramos de flores. Precedían a un cajón de muerto que semejava haber sido confeccionado con simples tablas

de caja, sin más aditamento ni adorno. Lo portaban seis negros descalzos en solemne procesión. A pie de féretro caminaba una morena muy abatida, totalmente vestida de blanco y con el cabello regado de ceniza; junto a ella, de riguroso luto, una damita llorosa la tomaba por la cintura. Tras los deudos, tres hileras de próximos bastante compungidos y una buena docena de negras que clamaban las alabanzas del muerto. Lo hacían con tal dramatismo de aspavientos que no se sabía bien si era que gemían desgarradas de dolor o si estaban siguiendo el ritmo, a ratos alegre y por momentos fúnebre, de la curiosa orquestina de africanos ataviados con ropajes de colores que cerraba el cortejo.

El calesero mantuvo respetuosamente su sombrero a la altura del corazón el tiempo que se demoró en pasar el séquito.

—Ahí cargan a Pánfilo popó —informó—. Lo cogieron esclavo en África *pa* venderlo al ingenio. Negro cimarrón, se apalencó y lo nombraron incorregible. La mujer suya y sus amigos lo acompañan *pa* que se recoja y descanse en paz. Que el buen Dios, y los Orishas todos lo tengan a su vera.

En estas estaban, detenidos, en silencio, esperando que la comitiva acabase de desfilar, cuando de repente el cielo pareció querer unirse al funeral y se puso bravo. Rompió a llover. Pero a llover como llueve en La Habana, con un aguacero torrencial que revienta de golpe y encharca las plazas enfangando veredas, travesías y paseos. Lluvia que trae frescura, limpia el aire y logra que las calles se despejen durante un tiempo corto. Diluvio de primera.

La calle se vació en un tris y el grupo continuó la marcha, entre chapoteos, salpicaduras y charcos. Afortunadamente el quitrín todavía conservaba su capacete, que aprovecharon para cubrir piernas y cuerpo, al tiempo que la vieja cubierta de fuelle les protegía la cabeza. De hecho, salvo por tres goteras que dejaban colar el agua a chorro limpio, el andamiaje soportó con honor la zarracina. Transitaron varias cuadras sobrellevando el aguacero, sin desviarse ni mediar palabra: circularon por Habana, Compostela, Aguacate y, como toda aventura tiene su final, llegando al cruce de Bernaza con Lamparilla la lluvia cesó, clareó el cielo y de nuevo lució un sol deslumbrante.

En un lugar al que decían La Perinola, el calesero detuvo el quitrín ante una hermosa casa de azotea. En la planta alta se abrían tres ventanas pintadas de azul, con balconadas y vitrales de colores; a la derecha del portón dos más,

pero con rejas a ras de calle, y un amplio zaguán daba paso a un patio de los de aljibe, jardín y palmera. Habían llegado, por fin, a la fonda Chon Long, donde la familia tenía reservados dos cuartos frente por frente al corredor del principal.

Ayudada por su hijo, la señora descendió del quitrín solemne y circunspecta.

—¡Y qué cómpita se ve, la chinita beeella! —exclamó el calesero, pasmado de admiración.

Ambrosio, con la ropa empapada por la lluvia, desenganchó la carreta del quitrín y estornudó varias veces. El señor Xing, también calado de arriba abajo, pagó el servicio al cochero quien, en vano intento de despedirse como los caballeros, es decir, sin dar la espalda a los clientes, se deshizo de nuevo en estrafalarias reverencias, galantería que propició un curioso repertorio de posturas raras y algún que otro traspie.

Tras la rápida descarga del equipaje los recién llegados se despidieron de Ambrosio con un simple adiós. Sabían que posiblemente no volverían a verse. El bodeguero se alejó empujando su carreta y los Xing aguardaron ante la puerta de la fonda hasta que lo perdieron de vista.

Las primeras semanas volaron como vuela el tiempo bien empleado. Xing se dedicó básicamente a callejear y, por los retazos de conversaciones que escuchaba acá y allá, llegó a la conclusión de que la situación en la Isla era más que complicada.

Las opiniones que las personas vertían libremente en cafés y plazas, le ayudaron a comprender que los cubanos estaban empeñados en ser independientes, algo que a los españoles no les hacía la menor gracia y de ahí que el ejército se encontrase en estado de alarma. Por las buenas o por las malas, parecía que la Isla tenía que seguir como estaba, es decir, formando parte del reino de Su Majestad el rey Amadeo I.

Supo Xing que la Universidad de La Habana estaba clausurada. Parecía que los estudiantes apoyaban enérgicamente la causa independentista y que la situación había llegado al extremo de que a las autoridades académicas les resultaba imposible nombrar un celador español puesto que los alumnos exigían que fuese cubano. Además le dijeron que, cerrada la universidad, no

pocos estudiantes habían intentado organizar expediciones armadas con intención de incorporarse a las filas del Ejército Libertador, pero habían sido capturados con extrema violencia, juzgados sin contemplación alguna y condenados a muerte por insurrección.

Tampoco tuvo que preguntar demasiado para enterarse de que la opinión pública estaba enfurecida contra los españoles porque acababan de ejecutar a ocho estudiantes de medicina, algunos pertenecientes a conocidas familias criollas de La Habana. No se hablaba de otra cosa; acusados de conspiración por unos delatores, los habían juzgado al *corre-corre* y condenado a muerte. Pero en la calle afirmaban que eran inocentes y que el juicio no había sido más cosa que un paripé de los militares en connivencia con el Gobierno colonial. A los jóvenes, que tenían entre dieciséis y veintiún años de edad, los habían ajusticiado frente al Castillo de los Tres Reyes del Morro con las manos atadas, los ojos vendados y de rodillas, como a puros malhechores. Ante tan vil desenlace los asistentes, frenéticos, habían increpado a los soldados del pelotón. Se armó tanto jaleo que hasta un español, el mismo capitán que había actuado de oficio como defensor de los muchachos y se había negado a firmar la sentencia, desenvainó su espada en señal de protesta, la quebró ante los presentes y presentó su dimisión como oficial del Ejército Colonial. Eso era lo que opinaba la gente y lo que el oriental escuchó con toda su atención.

Día tras día, Xing fue haciéndose cargo de que, aunque la guerra se batallaba en Oriente, el corazón de los habaneros latía por los cubanos patriotas, y lo corroboró en la bodega de Bernaza cuando un soldado del batallón de pardos y morenos anunció en voz alta que no lejos de Guantánamo habían herido de gravedad a Maceo, pero que dicha herida, al tal Maceo, le había valido el ascenso a capitán. Nada más conocer la noticia, la totalidad de los parroquianos brindó a la salud del herido. Cuando Xing preguntó quién era el personaje en cuyo honor se alzaban tantos vasos, le explicaron que se trataba de uno de los dirigentes más populares del Ejército Libertador de la República en Armas, todo un héroe que luchaba a las órdenes de Máximo Gómez para liberar la Isla del yugo español. Y en verdad que debía de serlo, porque no paraban de convidarse unos a otros, haciéndose lenguas de las hazañas del ahora capitán; valeroso como nadie, de coraje inigualable e impresionante presencia, Antonio de la Caridad Maceo, a decir de los que habían luchado a sus órdenes, medía más de seis pies de altura,

peleaba como perro rabioso en la manigua y arriesgaba su vida por la libertad de los cubanos en cada carga de machete. Pero también decían que de esta, en medio de la tremenda balacera ordenada por Martínez Campos, se había librado de milagro, y los que brindaban daban por seguro que Maceo tenía que estar protegido por algún Orisha benefactor porque ya era la séptima vez que lo herían en combate y siempre se salvaba.

—Maceo es un titán, caballeros. Y los titanes no mueren —sentenció el bodeguero—. ¡Verán cómo, pese a ser prieto, llega a Mayor General!

Dejando a un lado el interés por familiarizarse con la realidad del país y la necesidad de encontrar una casa adecuada para su familia, el señor Xing no tenía más urgencia que dar con algún compatriota que pudiera informarle sobre el mejor camino para obtener documentos, pues en situaciones como la presente, era de vital importancia disponer de cédulas de vecindad y permisos de residencia. La cosa política estaba fea y no eran tiempos para andar un chino sin papeles, no fuesen a detenerlo para luego obligarle a integrar en un ejército... o en el otro.

Consiguió recabar algo de información de un asiático que llevaba años instalado en La Habana y era dueño de un puesto de frutas y chicharrones. El hombre, de pocas palabras y escasa solidaridad, se hacía llamar Abraham pero su nombre chino era Lan Si Ye, por él se enteró de que en la ciudad existían sociedades chinas a las que podía dirigirse para que le ayudasen a agilizar los requisitos y formalidades del papeleo y que sin duda le echarían también una mano con la instalación de la familia y la creación de un negocio.

Pero el que de verdad le aconsejó bien fue otro chino que regentaba una bodeguilla en la Calzada del Monte, se llamaba Chi Pan y se había bautizado católico con el nombre de Pedro Plá. Le recomendó dirigirse, de su parte, a Estrella, entre Campanario y Manrique, donde desde hacía tres años estaba la sede de Hen Yi Tong, una hermandad fundada por cuatro chinos que habían adoptado nombres españoles y cuya finalidad era la unión de todos los hijos de China, esclavos o libres, que vivían en La Habana. Viendo que esta hermandad funcionaba a pleno rendimiento, Xing se dio de alta de inmediato y, acompañado de dos compatriotas que se manejaban en las complicaciones

legales, se presentó en el Orden Público y preguntó dónde tenía que acudir para solicitar papeles.

Lo primero que le indicaron fue la conveniencia de disponer de nombre español, preferiblemente católico, y él, consciente de las dificultades de los isleños con la lengua china, cuando llegó el momento de declararse residente habanero e inscribir sus datos en la cédula de cabeza de familia, se puso Venancio. Sí señor, Venancio Xing. Y a su hijo lo anotó como Ventura. No quiso, en cambio, cambiar el nombre a su esposa; ella, una de las poquísimas mujeres chinas que vivían en la ciudad, pues no llegaban ni a cuarenta las asiáticas residentes, siguió llamándose Liu, aunque el simple hecho de articular juntas las palabras «Liu» y «Xing», que la gente pronunciaba «*Liuchín*», hacía morir de risa a los cubanos. Afirmaban que les sonaba a gorgorito loco de ave del Camagüey y nunca nadie llegó a repetir su nombre sin explotar en carcajadas.

Gracias a su propia diligencia y al asesoramiento de la hermandad, ocho semanas después de llegar a Cuba ya los Xing tenían papeles, habían comprado a buen precio una casona en Rayo esquina Cuchillo y se disponían a instalarse extramuros. Faltaba decidir en qué tipo de industria centraría el oriental su iniciativa, o lo que era lo mismo, a qué asunto pensaba dedicar sus energías de emprendedor, pero Xing decidió que no tenía prisa.

Deseaba estudiar todas las posibilidades con detenimiento y a fin de detectar posibles carencias que pudiesen sugerirle ideas de negocio, recorrió calles, prestó atención a hábitos cotidianos y analizó las costumbres de la sociedad habanera. Uno de los primeros detalles en los que se fijó fue que en la ciudad vivían muchos chinos y que casi todos se ocupaban en fondas, bodegas o puestos de frituras, por lo que, al principio, valoró la idea de crear una red de empresas de servicio que distribuyesen almuerzos a domicilio.

En La Habana solo las familias muy acomodadas disponían de cocineras, generalmente negras ladinas que habían aprendido el oficio de sus propios amos a fuerza de paciencia; había pocas domésticas que destacasen como buenas en el oficio de cocinar y a las señoras les disgustaba tener que enseñar a las africanas, «que no atienden a lo que se les dice, olvidan todo y son duras de mollera», por ello las cocineras eran un bien escaso, muy

preciado, que pasaba de padres a hijos.

Esto sucedía en las casas de los ricos, pero para el resto de las familias las cosas funcionaban de otro modo. El calor, lo complicado de disponer de los ingredientes necesarios y los rudimentarios anafes de barro hacían muy ingrata la tarea de freír, guisar o sancochar cada día. Para resolver, las señoras enviaban los siervos al mercado para abastecer la casa de fruta fresca; mandaban asar, en los hornos de los panaderos, grandes piezas de carne que luego se consumía fría; encargaban pasteles y bollos en las dulcerías, refrescos, hielo y bebidas en los almacenes y el resto de las comidas se adquirían preparadas. Al final, en la mayor parte de las casas solo se prendía candela para hacer café, recalentar algún plato o preparar el chocolate de la merienda.

El caso era que, en cuanto daban las diez de la mañana, a la gente se le abría el apetito y para los habaneros solo existían dos posibilidades, o encargaban servicio de víspera a los muchachos carterneros que desfilaban por las calles desde primera hora dejando ante las puertas sus *cantinas*, de cuatro pisos con sencillos almuerzos de pollo, ensalada, frijoles, plátano maduro, arroz y frituras calientes, o había que enviar a los siervos a hacer cola en la bodega, eso sí, con escasa posibilidad de elección porque las bodegas no proponían más cosa que raciones de chicharrón, ajiaco, tostones, picadillo, congrí, aporreado, ropa vieja o pescado frito, platillos de gran demanda que unas cuantas negras preparaban en las trastiendas para surtir las mesas criollas. Por supuesto también cabía la posibilidad de comer en restaurantes, en las fondas y en los hoteles, pero salir de casa resultaba incómodo y a la larga caro, así que sota, caballo y rey: carternero, bodega o comer fuera.

Cosa distinta sucedía con la comida de los domésticos, esa sí se preparaba en las dependencias pero era rancho de recetas simples como el funche, el casabe, algún plato de viandas con tasajo de tercera, guisos de restos de pescado seco o el consabido fufú.

Analizando lo que proponían los establecimientos de La Habana y estudiando el funcionamiento del sector, al señor Xing se le ocurrió la idea de mezclar dos servicios: ¡carterneros orientales! Sí señor. Un negocio de comida a domicilio, abierto las veinticuatro horas, con platos variados, calientes, de calidad y a buen precio. ¡La gente apreciaría que le llevaran a casa menús recién preparados, generosos y bien surtidos! Era una idea

excelente y casi estaba decidido a ponerse manos a la obra.

Hasta una tarde que le apeteció subir a contemplar el paisaje desde la terraza de su casona. Descubrió que la ciudad entera ofrecía un horizonte de azoteas abarrotadas de tendederas, todo un paisaje de balcones, ventanas y tejados cruzados de lado a lado por cuerdas repletas de prendas guindando en la brisa. Y Xing cayó en la cuenta de que la mayor necesidad de los hogares habaneros no se centraba en intendencias de comidas. No señor. Lo más urgente era otra cosa y tenía que ver con la higiene y las coladas.

En La Habana había un serio problema con el lavado de la ropa. Las familias de alcurnia llenaban carretas con prendas sucias y las enviaban al campo, para lavarlas y secarlas al sol, pero entre la ida y la vuelta la operación se eternizaba. Las mujeres no lavaban sus delicadas medias, se limitaban a usarlas una vez, dos como mucho, para luego deshacerse de ellas a sabiendas de que, tras pasar por una o dos coladas, quedarían descoloridas e inservibles. Las señoras regalaban a sus domésticas magníficos vestidos prácticamente nuevos que, tras el segundo o el tercer lavado, se veían deslucidos y otro tanto pasaba con la lencería fina, los vestidos infantiles, las sábanas, manteles, toallas... por mucho que las lavanderas se deslomasen en aljibes y pilones, inventando jabón, quemándose las manos con barrilla o hirviendo las coladas, conservar el buen aspecto de las prendas era del todo imposible.

Xing lo tuvo más que claro: el beneficio se encontraba en el sector de lavados y blanqueamientos. La pésima calidad del agua, la escasez de lavanderas expertas y el problema de las prendas destrozadas en las coladas suponía una seria preocupación en todos los hogares.

Y la vieja casona de españoles que acababa de comprar no solo se adaptaba perfectamente al proyecto, sino que le brindaba un mundo de posibilidades: en la planta baja el portal, las cocheras, el patio, los almacenes, las leñeras serían perfectos para instalar las zonas de lavado; la azotea resultaba ideal para las tendederas y el piso principal, de cuya decoración se había encargado personalmente la señora Xing, prestaría un sereno espacio para la vida familiar. Incluso las dependencias de esclavos podrían servir para la pernocta de trabajadores venidos del campo o como viviendas alquilables

para empleados con pocos recursos. Aquel lugar reunía absolutamente todas las condiciones para el propósito del propietario: poner en funcionamiento, cuanto antes, un negocio de limpieza de prendas de casa y ropa de vestir, rápido, económico, de sobresaliente calidad y con servicio de recogida y devolución a domicilio.

El tren de lavado del señor Xing sería el más moderno y el mejor equipado de La Habana.

[42](#). Los ingleses tomaron Cuba en 1762 y la Isla estuvo bajo dominio británico once meses; por su proximidad con el puerto instalaron en la iglesia de San Francisco su cuartel general y una logia masónica. Cuando España recuperó la Isla, el obispo de La Habana, aduciendo que el templo había sido profanado, prohibió el culto y clausuró la iglesia.

Sol Naciente, en Rayo esquina Cuchillo

Había dado con la idea pero, hasta conseguir abrir las puertas de su industria, tuvieron que pasar unos cuantos meses. Fue preciso adaptar espacios, instalar líneas de agua, encargar material, acordar suministros, contratar personal, solventar tres mil minucias y no pocos papeleos.

Entretanto, los Xing se fueron haciendo visibles en La Habana. Solían dejarse ver en las retretas vespertinas del Paseo de la Reina, en las fiestas organizadas por las sociedades chinas y en la Alameda de Paula. La pareja, por exótica y bien avenida, no tardó en hacerse popular y cada una de sus apariciones con gesto sereno, parsimoniosos movimientos y originales atuendos, hacía girar la cabeza a cuantos se cruzaban en su camino. Eran elegantes y se comportaban de modo ejemplar, pero el exquisito porte de la señora Xing llamaba especialmente la atención. Y como a los dos les encantaba el teatro, la pareja se hizo habitual no solo de los espectáculos del Tacón, donde disponían de reservas nominales para toda la temporada, sino de las funciones del recién inaugurado Teatro Chino, entre Zanja y San Nicolás, con cuyos empresarios les unía gran amistad.

Y a pesar de que ambos teatros quedaban a pocas cuadras de su domicilio, los Xing acudían a ellos en un espectacular quitrín tapizado en seda, decorado con la caligrafía china de su apellido y conducido por orientales con coleta. La ceremoniosa estampa de los chinos llegando al estreno con sus magníficas galas levantaba murmullos y propiciaba que docenas de curiosos y mirones se agolpasen en los aledaños para prorrumpir en salvas de aplausos, como si quienes descendiesen del carruaje fuesen artistas o personalidades. A sabiendas de la expectación que despertaban y por aquello de añadir más azúcar al postre, Xing solía dispensar a su señora todo un repertorio de cortesías orientales que dejaba con la boca abierta a los presentes. Y qué decir de las galanterías que les regalaban las negras que

vendían frituras en la acera: «¡Ahí llegan los mandarines de Asia! ¡Paso libre a los emperadores de Macao!» Nadie, en toda La Habana, escuchaba más divertido aluvión de lisonjas que los Xing.

Cuando se corrió la voz de que el chino Xing había registrado un tren de lavado con el celestial nombre de Sol Naciente y que en breve iba a inaugurar su empresa, las críticas de la gente se dispararon como balas de cañón. ¡Un tren de lavado, qué atrevimiento! Y es que, de un tiempo a esta parte, los habaneros tenían la sensación de que las tintorerías y los centros de planchado florecían por sí solos de la noche a la mañana. Era una proliferación pasmosa. Bastaba un simple vistazo para reparar que tras la puerta del local de al doblar, donde toda la vida se había afanado el barbero charlatán, la costurera meticulosa o el vendedor de espejuelos, sin aviso previo y como por arte de magia surgía un lavatín de chinos en pleno funcionamiento. Incluso los registros de admisión de la Wah Tin Yi Kuan Con Hui, la Asociación de Lavanderías Chinas, certificaban tan preocupante expansión: en 1872 figuraban dados de alta en La Habana ciento sesenta y ocho trenes de lavado de chinos y la cifra seguía aumentando a pesar de que la asociación limitaba el derecho de afiliación a «los naturales de China y a sus hijos legítimos», es decir, los que hablaban chino y pertenecían a la primera generación de nacidos en la Isla.

Pero se inauguró Sol Naciente y todos estuvieron de acuerdo: el tren de lavado «del chino Chin» era de lo mejorcito. Se notaba desde lejos que no era un establecimiento cualquiera. Y de verdad que los que así opinaban no iban faltos de buen juicio. Uno ya percibía la diferencia con solo detenerse ante la puerta y observar el *entraysale* de carretones cargados de troncos para las leñeras. Se sabía, porque era de dominio público, que aquel negocio mantenía sobre brasas más calderos de agua hirviente que ninguno y el fuego vigilado en continuidad. Los pilones, tanques, pilas y lavaderos se veían más amplios y profundos de lo normal y, como la finca disponía de dos aljibes, siempre rebosantes de agua clara. Había, cómo no, jabón en abundancia, del amarillo y del blanco, buen acopio de almidón y añil y sosa y ceniza de barrilla para las coladas difíciles. Fuera quien fuese el propietario de las prendas, podía tener la seguridad de que en este tren, antes de pasar al lavadero, no

escatimarían a su ropa el necesario tiempo de remojo y que ni un paño, ni un triste paño, llegaría jamás a la retorcedera sin sufrir sus cuatro enjuagues y dos o tres aclarados.

Tan excelente industria trajo consigo un aumento de las averiguaciones respecto a sus propietarios. ¿Cómo habrán reunido la fortuna que disfrutan? ¿Quién les protege? ¿De dónde ha venido este chino con sus espejuelos, su coleta y sus túnicas de seda? ¿Y esa esposa que le acompaña con tanto jade y tanto Carey en el cabello? Las señoras enviaban a las domésticas con orden de hacer acera ante la puerta del tren de lavado y *bembear* de lo lindo antes de regresar con los chismes del día. La gente quería saber.

Perdían el tiempo los que buscaban comadreo, porque en realidad la cosa era mucho más sencilla. Para obtener un informe completo sobre la vida y milagros de los Xing uno no tenía más que afinar la oreja y escuchar a doña Candidita Silvarrey, su más «discreta» vecina, casada con Zoilo Fouciños, un gallego, que prosperaba a la sombra del puerto y al que apodaban el Marqués, por lo mucho que le gustaba esforzarse. Según ella, Venancio Xing era tal que así:

«Para ser chino, el señor Chin, que así y no de otro modo pronuncia todo el mundo su apellido, se ve bastante alto, pero lo que más me gusta de él es su carácter callado y cumplidor. No es persona de crear problemas, poco sociable sí, más bien reservado pero amigable, pues saluda, aunque no mantiene una conversación. Muy trabajador y limpio, no le pide nada a nadie. Siempre serio y muy pendiente de su señora, una china de carita de porcelana y manos de marfil que se arregla cada mañana con alfileres de perlas como si fuese a ir a la ópera. Cuando compraron la casa traían con ellos un niño que por ahí debía de andar rondando los catorce y desde entonces, como decimos acá, “son como pimienta en el puchero: igual te los encuentras en un danzón que en un entierro”.

»Mi esposo siempre lo dice: “Este hombre tenaz e inteligente vio el filón en el lavado de ropa *pafuera* y por ahí que encontró su fortuna.” Y qué razón lleva mi Zoilo. Supongo que sabrán que mi esposo es respetado porque tiene mano en la Real Aduana, no en balde ocupa el escritorio de servicios al puerto más importante de la ciudad, el de Cuba esquina Desamparados, no lejos de la fábrica de cigarros La Honradez. Allí mismo, en la parte de la cuadra que forman el hospital y la iglesia de San Francisco de Paula, se la pasa mi Zoilo enrolando marineros. Y es que en cuanto un armador se

compra un buque y lo manda preparar en los muelles de Casablanca, una vez ajustadas las barricas de la aguada en la bodega, echado un buen sollado de tablas sobre ellas y cosido un juego de velas nuevas, manda traer la nave al Muelle de Caballería y tiene mucha prisa en cerrar listas para zarpar cuanto antes, por eso guinda en el palo del trinquete una bandera roja cuadrada, que significa que el barco busca gente. Como les resulta problemático encontrar buenos pilotos, o guardianes, o condestables de confianza y sobre todo factores que conozcan bien las costas de África y sepan dónde hay almacenes de negros, los capitanes prefieren evitarse los despachos de aduanas, sobre todo si el buque tiene que regresar cargadito de piezas de India, por eso todos acuden donde mi Zoilo.

»Fíjese si ayudará mi esposo a la gente, nada más que por hacerles el favor de completar tripulaciones, que cuantos buscan barco dieron en llamarle “*Mister, crewing! Mister, crewing!*”, y de tanto decirle así le quedó el nombre. La cosa es que de un tiempo a esta parte no hay en el puerto capitán de bandera, piloto, marinero, ni grumete tarambana que no sepa que por quien tiene que preguntar para enrolarse es por el *crewinero*. Es que mi Zoilo, si la solución está en su mano, no soporta que nadie ande con problemas.

»Pero, volviendo a los orientales, yo los conocí aquí mismo, en el patio de mi casa, cuando llegaron a la calle. Al principio eran solo Xing y cinco chinos repobres y poco cubanizados, tanto que ni se habían cortado la coleta. Una tarde de tertulia los chinos compartieron un traguito con mi esposo, por aquello de la buena vecindad, y ahí que la lengua se les desató. Contaron que ya ellos llevaban más de diez años en Cuba, pero que recién habían llegado a La Habana, que cuando estaban en su tierra habían tenido la mala hora de dejarse convencer para firmar una contrata,⁴³ pero que después se habían arrepentido y cuando intentaban dar marcha atrás, de la noche a la mañana, los fueron a buscar hombres armados a sus casas y los metieron a la fuerza en una nave. Parece que los trajeron hasta acá amontonados en un clíper inglés con bandera española, un viaje más que funesto, pues venían demasiados hombres en el navío, en desastrosas condiciones y con comida escasa y mala. “Qué penuria”, pensé yo cuando dijeron que casi todos los que enfermaron habían fallecido, mira que venir a morir al medio del océano...

»Contaron que su barco se detuvo fuera del Morro y, sin saber dónde

estaban ni comprender cosa alguna de cuanto les decían, en plena noche, los desembarcaron vigilados por hombres armados, los metieron en vagones de transporte de azúcar y los fueron repartiendo de ingenio en ingenio.

»Nuestros cinco amigos estaban totalmente desorientados cuando los obligaron a bajar del tren y presentarse ante el mayoral del Guáimaro, en el valle de San Luis, no lejos de Sancti Spiritus, un ingenio de ochenta caballerías propiedad de don José Mariano Borrell y Lemus, un conocido y riquísimo hacendado que vivía en Trinidad. Explicaron que el ingenio era azucarero y grande, grande, con trapiche de máxima importancia y apeadero propio en el camino de hierro para transportar directamente al puerto de La Habana la tremenda cantidad de azúcar que producía. Tenía habitación de más de quinientos esclavos, entre hombres y mujeres, la mayoría congos, que ocupaban un poblado de chozas de barro y guano al pie de una loma. Y que en dicho lugar vivieron martirio de cautivos, trabajando a toque de campana igual que negros y soportando un trato tan cruel que, en ocasiones, pensaron en el suicidio como único modo de liberarse de tan inhumana existencia. Narraron que les obligaban a los trabajos más duros: tumbaban montes, rellenaban terraplenes a pleno sol, amontonaban bagazo, cargaban carretones de caña, abrían zanjas, aguaderas y cortafuegos a pie de sierra, siempre con la sombra del capataz chiscando látigo y castigando por nada. Purita vida de esclavo por años, amigo. Qué tristeza.

»Hasta un glorioso domingo en el que la jornada había amanecido de lo más normal y ni se imaginaban que aquella fecha iba a quedar marcada como día memorable. Se habían asustado de mañana, al oír que el administrador del ingenio en persona llegaba a caballo y chillaba sus nombres. Ante el escándalo, la negrada toda asomó a las puertas y ellos, presurosos y atemorizados, se personaron ante su choza con la mirada baja y haciendo reverencias sin parar, dispuestos a recibir castigo por cualquier cosa. Pero escucharon, atónitos, cómo el español, sin apearse del caballo, les venía a decir a voz en grito que una de dos: o se marchaban del ingenio para siempre o continuaban cuatro años más trabajando en iguales condiciones. Caso de aceptar lo segundo, tenían que confirmarlo ahora mismo, pues ya su póliza⁴⁴ estaba vencida y si se quedaban, había que renovarla.

»Por la cara de los chinos, el administrador comprendió que no se habían enterado de nada y añadió, desgañitándose:

»—¡La con-tra-ta que fir-ma-ron! ¡Ya ven-ció!

»Sabían poco español pero comprendieron que lo que el gallego vociferaba era lo que habían anhelado desde el día que los trajeran de China. El soñado final de su contrata.

»El hombre, fastidiado por la espera, espoleó el caballo y se dio una vuelta por la calle, cosa de imponer respeto; cuando volvió junto a los chinos chascó el látigo en el aire e hizo como que se quería marchar. Ante semejante amenaza, la respuesta de los cinco, aunque plagadita de reverencias, fue de lo más expeditiva.

»—Chinos *malchal*. *Quedal* ingenio, no. Chinos *il*.

»Ahí fue cuando el tipo se llevó la mano al saco de la camisa, cogió un lío de papeles, lo lanzó hacia ellos, pegó vuelta y desapareció al galope.

»Durante un rato no se escuchó más cosa que las pezuñas del caballo que se alejaba. Cuando lo perdieron de vista se miraron los unos a los otros y fue como si de repente cayeran en la cuenta de lo que acababa de suceder. El mayor de los cinco recogió el rollo del suelo y explicó muy agitado que él pensaba que aquello eran sus contratas ya vencidas, o sea cartas de libertad. Podían abandonar el ingenio. Incrédulos aún, todos empezaron a ponerse renerviosos, preguntándose si lo que en realidad sucedía era o no era lo que ellos habían entendido. Las lágrimas les asomaban sin control, de puro nervio. Como no sabían si los lloros eran de inquietud o de júbilo, dieron en abrazarse emocionados, besando y venerando los documentos. Y los negros del ingenio se acercaron y los miraban con ojos como platos sin comprender nada.

»De ahí en adelante parece que todo transcurrió en sigilosa actividad. En menos de lo que dura un “el Verbo del Señor anunció a María” ya tenían preparados los hatillos, se habían despedido de la gente y empezaban a enfilar, todavía recelosos, la calzada de salida. Cuando se vieron flanqueando la verja sin que nadie les diese el alto, la emoción fue tal que las piernas empezaron a movérseles solas y el paso se les aceleró más y más y no fueron capaces de detenerse para nada, ni en todo ese día ni en la noche que siguió.

»Caminaban descalzos, nerviosos, parlotando en desordenada charla sin escucharse los unos a los otros, prometiéndose amistad eterna, jurando no separarse, llorando, repitiendo diez veces por minuto que eran libres, que se habían terminado sus desdichas, razonando cómo harían para instalarse en la ciudad, haciendo cábalas sobre lo fácil que les iba a resultar la existencia, sin

mayorales, ni látigo, ni negros que los pateasen por un bocado de fufú, imaginando la buena vida que disfrutarían hasta reunir suficiente dinero y regresar a su país. Una perfecta algarabía de chinos que se desplazaba sobre la vía del tren cual ráfaga de viento a pasos menudos pero agilísimos. Y el ritmo no disminuyó hasta que divisaron los restos de una de las puertas de la muralla. “Lo que hace la ilusión”, opinaba mi Zoilo... “¡Y qué valor, llegar a pie desde el Valle de los Ingenios, sin comer más cosa que lo que encontraban en el camino!”

»Ya en la villa, la suerte no les abandonó, pero tampoco se les mostró a la primera. Tras días de deambular por calles y plazas, lavándose en las fuentes, huyendo de los guardias, durmiendo en escondrijos y alimentándose con desperdicios del mercado, dos de ellos ya andaban barruntando en alquilarse para mandaderos de bodega y otro en ofrecerse a una negra para freírle dulces, cuando Venancio Xing, que bajaba de mirar la cartelera del Tacón, los encontró apoyados en los cañones de una esquina. “Cinco chinos descansando a media mañana —pensó—, eso es que no tienen faena.” Y se dirigió a ellos con toda cortesía.

»En medio de un despliegue de saludos, inclinaciones y reverencias, los seis iniciaron una conversación. Hablaron y se entendieron, sobre todo cuando Xing les rogó que le hiciesen el honor de acompañarle a su humilde casa para compartir una taza de té, ofrecimiento que al quinteto debió de sonarle a gloria china. El caso fue que al final de la mañana todos salían ganando: ellos encontraban acomodo, cama y comida en el todavía no inaugurado tren de lavado, y Venancio Xing captaba cinco empleados fieles, muertos de ganas de trabajar y entregados a la causa.

»Desde la apertura de Sol Naciente se dedicaron a la faena en cuerpo y alma. La popularidad del negocio caminó de boca en boca, y tres semanas después de la inauguración la recepción de coladas había aumentado tanto que el personal se volvió escaso para atender la descomunal demanda que entraba por la puerta del tren cada mañana. Viendo que el negocio prosperaba y precisando con apremio mano de obra, Xing decidió personarse en casa de Antonio Gavilán, antiguo escribiente español, hoy copista de legajos, para encargarle tres avisos de los de pegar en los muros. Nada más recibirlos pagó por dejar el primero en la bodega de Dragones, el segundo en la mejor sastrería de Muralla y el tercero en la quincalla de Porvenir. Los carteles decían:

Se ofrece trabajo y salario razonable. No importa color.
Tren de lavado Sol Naciente, en Rayo esquina Cuchillo.

»No les quiero ni contar. Nadie esperaba tan gran multitud como la que se presentó respondiendo al aviso. La calle semejaba enjambre de gente buscando ocupación. Mi Zoilo, al ver que la fila de pretendientes daba dos vueltas a la cuadra, sacó un taburete de rejilla a la puerta y se sentó a contemplar el jolgorio. Allí que se entretuvo varias tardes; abanicaba el sudor con el sombrero, tomaba refresco de mantecado, meneaba la cabeza de arriba abajo y sorbía sus traguitos de guarapo mientras comentaba a quien quisiera escuchar que era incapaz de dar crédito a lo que veían sus ojos.

»Uno de aquellos días, en la noche, cuando estábamos a punto de dormir y ya se habían retirado los siervos, Zoilo me resumió sus cavilaciones: “Candidita, mi amor, hay que ver cómo avanzan las cosas. Nuestro vecino, ese chino sencillo, es el primer oriental que da trabajo por horas, a negros, pardas y libres de color. Nunca se había dado el caso de que un oriental hiciese cosa semejante. Y es un ejemplo a seguir.”

»Yo no quise añadir nada por no contrariarle, que mi Zoilo es muy sentido con mis dictámenes, pero opino distinto. Y sí, le doy la razón en que la cosa es un ejemplo, pero no porque sea el primer chino de la ciudad que ofrece faena a gentes que no son amarillas, sino por ser el único que tomó la decisión de hacerlo y lo hizo con todas las consecuencias. Que no hubo más ninguno.

»La verdad fue que, aunque al inicio precisó mucha paciencia, supo aguantar el tirón y a la vuelta de dos años Venancio Xing se había convertido en un hombre muy, muy, pero que muy rico.»

La documentada opinión de la vecina no iba despereja a la de tantos otros. Cuantos tuvieron el privilegio de compartir su tiempo con los Xing o de conocer, siquiera fuese de visita, las instalaciones de Sol Naciente salieron del lugar relatando maravillas. No era para menos. Treinta y nueve empleados de toda condición se aplicaban día y noche para que todo funcionase como era debido: sin sobresaltos y con regularidad oriental. Cada

quien desempeñaba su trabajo en tiempo y forma, sin quebrar para nada el orden de la cadena que, por poner un ejemplo, en lo referente a coladas domiciliarias, se iniciaba de víspera con la recogida de fardos casa por casa; proseguía durante la noche, en el portal del tren de lavado, con la cuidadosa identificación de las prendas —no fuese alguien a confundirse y regresar los manteles de damasco de doña Teófila, la señora del asesor de la Real Factoría, a la mulata del viejito de la Plaza Vieja— y su agrupadera en montones, atendiendo al grado de suciedad, el tipo de mancha, o las características del paño para a continuación, ya en el patio, repartirlas por cubetas, pilones o tanques y dar comienzo a un vía crucis de remojo, enjabonado, ablandado, restregado, lavado en frío o en colada de agua hirviente, templado, enjuague, aclarado, escurrido, retorcido...

Cosa aparte tenía lugar cuando el tren recibía un encargo especial como coladas de navíos, preparación de uniformes para desfiles, desinfección de material del hospital, eliminación de manchas con recuelos en prendas delicadas, blanqueamiento de amarilleos en trajes de novia o de cristianar... o si hacía falta tintura de urgencia por un luto inesperado, en cuyo caso, por exigir tratamiento urgente, las faenas respondían a diferente ritmo y a un precio convenido de antemano.

Pero, volviendo a las coladas normales, ahí sin más, justo después del retorcido, era cuando entraban en acción los trabajadores «alquilados», pues los líos del tendido, clareo y secado se hacían al aire libre, en el terrado del edificio. Para cubrir el trayecto desde el patio a la terraza, se organizaba un escandaloso *sube-sube* de negros guineos y mulatos fuertísimos que cargaban pesados baldes de ropa escurrida y tinas rebosantes de prendas mojadas. Y de verdad que hacía falta músculo para tan duro transporte hasta aquella azotea matemáticamente aprovechada por un laberinto de sogas y postes, en la que cada pieza ondeaba ligera al viento, prendida de su cuerda con palitos de tendedería en forma de alicate. La blancura de tanta colada guindando en la brisa y clareando al sol propiciaba el más sincero «alabado sea Dios».

Limpia y seca, a la ropa solo le restaba dejarse recoger y que de nuevo la bajasen, esta vez posada en bandejas de mimbre, para afrontar la fase última del proceso: el planchado.

Los cuartos de la plancha estaban anejos a las dependencias de la entrada y eran habitáculos irrespirables, poco ventilados, con atmósfera rehúmeda y entradas de corrientes de aire tan súbitas que propiciaban la tisis

en los que allí trabajaban. Hornos asfixiantes adonde llegaban las bandejas de ropa seca y en los cuales media docena de libertas de color, reclutadas por su sobresaliente experiencia de domésticas en casas de familias importantes, se afanaban sobre grandes mesas para alisar, almidonar, doblar, encañonar o plisar cada pieza de ropa, que al cabo saldría del cuarto impecablemente presentada, perfumada y envuelta en un suave papel con el carimbo del tren de lavado.

Empapadas en sudor, las planchadoras recibían el alivio de un discreto *abaneo* proveniente de unos jirones de sábanas viejas cosidas en torno a un palo que, a modo de banderola, ondeaba sobre sus cabezas. Los lienzos se mecían, a ratos, gracias al despistado interés de «las ventiladoras», unas *mulequitas* sentadas a pie de piso que, cuando se acordaban, tiraban cansinamente de la cuerda y meneaban las telas proporcionando la única pizca de aire que se respiraba en la estancia. El planchado discurría amenizado por un guirigay de órdenes, súplicas, amenazas y chillidos:

—¡*Sierren* esa puerta, que *vamo a morí dun* aire y sanseacabó!

—¡*Muchaaacha, traino* agua, *questamo ajogás!*

—¡*Termina* ya ese almidón, que hoy estoy *comprometía* y no *rispondo!*

—¡*Ay, Siñó*, este *caló* nos va *matá!*

Porque, entre vapores y gritos, las mujeres se preocupaban también de vigilar los correteos de sus retoños —una algarabía de chiquillos entretenidos en ayudar a sus *mamitas*— y de controlar a distancia la cadena de diligencias que los pequeños ejecutaban, las más de las veces sin gana y a fuerza de coscorrones. Era digno de ver, mientras los de más edad se la pasaban avivando el fuego, vigilando la brasa o recargando leña en los fogones, las niñas chicas perfumaban la ropa planchada o traían *agüita* para rellenar los frascos de humedecer y las mayores preparaban almidón de yuca, apresto de azúcar o se turnaban con la abanicadera. Pero todos, absolutamente todos, acumulaban con esmero las raspas de jabón que quedaban entre las tablas de los cajones para, ya en sus casas, hervirlas y fabricar «taquitos de reventa», cuyo comercio, en cualquier puestecillo del mercado, completaría la economía familiar.

De tal modo funcionaba el tren de lavado del señor Xing, con un

engranaje de puntualidad, eficiencia y cortesía desconocido hasta entonces en la Real Villa.

[43](#). Contrata: documento redactado en español y chino que, a partir de 1844, permitía trasladar a Cuba, en barcos negreros, a ciudadanos chinos (que por lo general no sabían leer ni escribir) como mano de obra muy barata. Los empresarios les adelantaban una pequeña cantidad de dinero que los trabajadores entregaban a sus familias antes de embarcar, por lo que ya llegaban endeudados a la Isla, donde eran tratados como esclavos y obligados a cumplir un mínimo de ocho años de trabajo antes de poder liberarse de la contrata.

[44](#). Los propietarios de ingenios solían tener asegurada la vida de sus esclavos. Una de las aseguradoras era La Positiva, que operaba con el Banco General de Fomento, contratando a los colonos de Cuba y Puerto Rico pólizas a prima fija sobre las vidas de esclavos.

Faena en un tren de lavado

La propia Misterio nos dejó narrado su primer encuentro con Xing:

Un mandadero de bodega trajo recado de que un chino andaba poniendo avisos y ofrecía ocupación. «Orientales contratando morenas —pensé—, el mundo está al revés.» Pero luego recapacité, no iba a ser peor que trabajar para gallegos y, aunque el aviso nada decía de plancha, allá me fui yo con idea de enterarme del son que tocaban, pues es bien cierto el dicho de mi difunta doña Petronila: «Si casa de amo blanco requiere esclavos, el que se mezcle en coladas va a precisar de planchados.»

Me personé discretamente en la reja del negocio y pregunté desde fuera por el dueño, pero cuando fui a pronunciar su raro nombre la lengua se me trabó y tuve que remediar la cosa diciendo que quería hablar con «la persona que dejó aviso en la bodega de Dragones», no fueran a pensar que me burlaba del nombre del chino o que servidora es una de esas domésticas deslenguadas que andan faltando al respeto a las personas. Dos chinitos salieron corriendo y vinieron a mi encuentro; me hicieron ceremonias y me tomaron de una mano para conducirme hasta un despacho. Me encontré ante un escritorio tras el que reinaba un hombre de edad imposible de definir.

Qué impresión. Nunca había estado tan cerca de un oriental, y aquel chino sobrecogía con la coleta, los espejuelos, la túnica de seda... y sus pequeñísimos ojos rasgados que daban sensación de escudriñar mi persona, como si rebuscasen algún defecto en mi cara.

Hablaba un español raro, aunque yo no tuve problema para comprender lo que decía, y acompañaba su voz calmada con respetuosas inclinaciones de la cabeza. Me invitó a tomar asiento, cosa que hice. Le

escuché con disimulo y mucha curiosidad, preguntándome por qué razón dirán los blancos que los chinos son amarillos, pues a mí no me parecía para nada que la piel de aquel hombre fuese de tal color. Me hizo dos preguntas que respondí indecisa, porque no sabía yo si a un jefe chino una prieta puede decirle señor como si fuera blanco.

—¿*Nombre* tuyo?

—Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy, *pa* servir a *usté*.

—¿*Mistelio del Coble* tiene papeles?

—Tengo, sí —contesté. Y también afirmé tres veces con la cabeza, para no tener que añadir «señor»—. Que una llegó a Cuba por buena entrada, como emancipada. Ahora soy libreta, pero estuve mis buenos años sometida a gobierno hasta que en España dijeron que ya los emancipados no teníamos que seguir siendo siervos.

Intentó decirme que se alegraba mucho de conocerme, pero lo dijo raro. También que ya sabía quién yo era pues, paseando por Amargura, se había fijado en la industria que atiende en el ventanuco de la casa del caballero Síndico. Y que había oído hablar de mi notable manera de trabajar, cosa que me alegró saber pero me dio vergüenza escuchar en boca de un patrón de industria. Con frases sencillas me habló de su empresa y dijo estar muy interesado en «*colaboración* suya». Como no entendí qué era eso, dejé correr la cosa y que siguiese hablando ya yo luego descubriría qué me quería proponer.

Explicó que su tren de lavado era grande, cosa con la que estuve de acuerdo, que le entraba diariamente mucha más ropa de la que esperaba recibir, cosa que se veía más que a las claras, y que aunque ya había contratado personal, seguía escaso en la zona de planchado. Siguió hablando, pero al meterse en vereda empezó a tener dificultades. El pobre no era capaz de pronunciar las palabras en su sitio. A decir verdad, yo entendía lo que él decía porque ponía mi buena voluntad, no porque fuese fácil de comprender. De cuanto habló concluí que en el tren de lavado había quehacer de sobra y que me ofrecía ocuparme por cinco horas todos los días «pero en fin de tarde», tenía que ser a partir de las seis que era cuando ya las prendas estaban lavadas, secas y listas para planchar. Yo escuché su oferta sin decir nada y miré con mucho interés la punta de mis zapatos. Entonces él mencionó que me pagaría diez pesos y medio por semana.

La cantidad me dejó pasmada. Con los ojos clavados en el piso, intenté calibrar con los dedos lo que había oído. Impresionada, comprendí que el chino hablaba de un salario mensual que cubría cuatro veces todos los dedos de mis dos manos.

Él debió interpretar mi silencio como que el sueldo me parecía insuficiente, porque meneó varias veces la cabeza, tosió y añadió: «Si tú buena, año nuevo once. Once pesos semana, año nuevo.» Qué barbaridad. Era lo más parecido a una fortuna. ¿Qué digo una fortuna? ¡Una bendición del Señor! Aunque tuviese que trabajar todos los días hasta medianoche la oferta era rebuena. Sin pronunciar palabra y cada vez más nerviosa, empecé a discurrir de qué modo iba yo a tener que organizarme si aceptaba. Mis horas en casa del Síndico, donde vivía, eran inamovibles, pero podía dejar de ayudar a las costureras de baratillo y reducir la recepción de sacas en la ventana de la calleja... o dejar de planchar *pafuera*.

Como yo seguía sin decir ni arre ni so, empezó a impacientarse. Temiendo que mi respuesta fuese a ser negativa suspiró fuerte y se paró. Hice lo mismo, pensando que nuestra conversación había finalizado y, a causa de mi silencio, él se había echado atrás, pero estaba equivocada. Desde la puerta, hizo gesto de cederme el paso. «Este chino no sabe lo que hace —pensé—, trata a las prietas como si fuesen señoras.» Extrañada de tanta cortesía, decidí seguirle la rumba, como decía doña Petronila, «para juzgar y comer *pescao* debemos tener *cuidao*». Y qué bien hice en no desconfiar, porque a los pocos pasos comprendí que lo que el hombre pretendía era mostrarme una a una las dependencias del tren de lavado. Cuando entramos en el patio me quedé con la boca abierta. Había tantos ocupados con tanto empeño y trabajando con tanta diligencia que no pude menos que maravillarme. Decenas de personas, orientales, morenos y criollos, se esforzaban en cada faena como si en ello les fuese la vida.

Ante tamaña actividad pensé para mis adentros que si la gente no supiese que aquellas personas eran trabajadores contratados o si el propietario, en vez de ser chino se apellidase Fernandina, Zulueta, o mismo Borrell, pensarían sin duda que la industria era una especie de ingenio, no de azúcar o de miel, sino de prendas de vestir, con esclavos que trabajaban a destajo para un patrón más que exigente. Nada más

lejos de la realidad; allí no había gritos, ni látigo, ni lágrimas de negro ni de chino; la gente faenaba ligera y tranquila, a sabiendas de que sus horas de esfuerzo serían pagadas. «Sí señor —cavilé yo—, brindar ocupación segura a libres de color, chinos y esclavos coartados es la mejor idea que se le hubiera podido ocurrir a un oriental.» Él notó mi admiración y sonrió complacido.

Seguí los pasos del señor Chin, que de tanto escuchar a los que le saludaban ahora ya yo sabía cómo se decía su nombre y el modo en que uno tenía que dirigirse a él. Pasamos entre operarios que transportaban fardos y sacas, dejamos atrás montañas de palo para hacer leña, bordeamos pilones de blanqueado, aljibes, calderos hirvientes y tinajones rebosantes. Ya en el traspatio me cedió el paso de vuelta con toda educación; torcimos a la derecha y nos dirigimos a una parte del edificio en la que había una hilera de cuartos conectados entre sí con ventanas a la calle.

Era la zona de planchado y de ella emanaba un vaho sofocante. Entramos y varias mujeres muy atentas nos saludaron jaraneando con complacencia «que anhelaban de todo *corasón*» la llegada de más brazos para aligerar tarea. Parecían contentas, aunque se las veía atosigadas por el calor de la candela. Todas trabajaban en torno a una gran mesa que ocupaba el centro del cuarto. A diestro y siniestro, montones de ropa desbordaban cestas, capachos y cestones aguardando plancha. Dos fuegos mantenían brasa al rojo vivo calentando hierros de diferentes tamaños.

El perfumado y empaquetado lo realizaban parditas de menos de doce años que entraban y salían llevándose las piezas que se acababan de planchar. Tanto entre las piernas de las planchadoras como por debajo de la mesa enredaban media docena de *muleques* juguetones, sus propios hijos, supuse, que deambulaban trajinando objetos y haciendo que colaboraban. A poca distancia del techo, en lo alto y a modo de abanico, una barra de la que pendían trapos húmedos, en su día lienzos de cama, se movía de lado a lado. Dos muchachas en cuclillas meneaban aquel guindaste tirando de unas sogas enganchadas en roldanas. El lento balanceo de la tela desplazándose sobre las cabezas de los que allí trabajaban, proporcionaba la sola pizca de aire que se percibía en el lugar.

«Esto es una industria de verdad —pensé—, nada parecido a lo que yo saco *palante* con mis manos desde un cuartito de la casa.» Miré detenidamente el modo en que las mujeres adelantaban faena y comprendí que, si aceptaba trabajar con el señor Chin, mis futuros atardeceres iban a discurrir acá, rigurosos y sin contemplaciones, entre humos, brasa, vapores y calentura. Pero también que, felizmente y de una vez por todas, mi vida podía girar de abajo arriba. Y de esta vuelta para bien.

Así que me encaré al oriental y le miré a los ojos. Con una gran sonrisa y repetidos movimientos de mi cabeza le hice comprender que aceptaba su ofrecimiento. Él correspondió con inclinaciones, dando a entender que le complacía mi decisión. Sin venir muy a cuento, tomó mi mano derecha y le dio tres suaves palmaditas: «Xing contento. Xing *contlata* ti», susurró.

Regresamos al escritorio sorteando montañas de prendas. Ahora el jefe parloteaba sin parar, según pude comprender relataba, a su manera, que aunque el tren de lavado se había inaugurado pocos meses antes y funcionaba a pleno rendimiento, la zona de planchado no acababa de marchar como era debido. Añadió que confiaba en mí «para resolver asunto», cosa que me hizo gracia porque parecía que me había leído el pensamiento. Se veía a las claras que una zona de planchado tan grande, con varios cuartos, numerosos brazos y tantísima ropa entrando sin cesar precisaba mejor distribución. El lugar pedía reorganización, había que repartir el espacio de modo que cada cual ocupase un lugar fijo. Y lo primero que había que solucionar, pensaba yo, era que la gente no se viese obligada a transitar de acá *pallá* perdiendo el tiempo. Hacía falta más orden y mucho menos revoltijo. Por lo que pude comprender, ese y no otro iba a ser mi cometido.

Cerca de la puerta se nos acercó un joven al que Xing dijo algo en chino. El muchacho asintió, preguntó mi nombre, mi domicilio y solicitó mi cédula. Se la entregué. De nuevo en el despacho, el chino se me puso a platicar que él y su familia estaban muy contentos en La Habana, y eso que llevaban poco tiempo acá pues, aunque pareciese mentira, ni un año había pasado desde el día que pisaron por primera vez esta hermosa tierra. Habían llegado a Cuba en diciembre del setenta y uno, nunca se le iba a olvidar. Repitió el día y yo caí en la cuenta de que la fecha que

estaba citando era la del día que llevamos el cuerpo de Pánfilo al cementerio. La coincidencia me entristeció. Xing se dio cuenta y preguntó muy serio si había dicho algo que me molestase. Respondí que no, solo que la fecha que él recordaba tan venturosa, para mí había sido de enorme desconsuelo, por ser la de un entierro.

Hizo gesto de comprender y levantó mucho las cejas. Explicó que el día de su llegada a La Habana, cuando atravesaban el centro, habían tenido que detenerse porque cruzaba un entierro. Y añadió que, contemplando el cortejo, había pensado que el difunto tenía que haber sido una persona muy querida.

—Ese entierro no era otro que el de mi esposo —le interrumpí—, y servidora, con una blanquita que cuido, las que caminábamos tras el cajón.

Me miró con gravedad y dijo:

—Xing lamenta mucho tú *pieldes* esposo tuyo.

Acepté su condolencia medio avergonzada. No es de uso que un chino compadezca a una morena.

—Casualidad junta gente. Chinos piensan que casualidad es buena cosa.

No dije nada, pero le di la razón. El ayudante regresó con dos papeles e indicó un espacio en cada uno de ellos para que yo pusiese mi nombre. Tomé un crayón y dibujé MCB y una estrella, que de tantas veces como lo había hecho últimamente ya me salía *pelfesto*. El joven me devolvió mi cédula, recogió uno de los papeles y se marchó dejando el otro sobre la mesa. Xing lo deslizó hacia mí:

—Tú llevas —indicó.

Era mi contrato de trabajo. Primera vez en mi vida que un patrón no me ponía problemas de papel. Ni el mismísimo caballero Síndico había sido tan resolvedor. Lo agarré y lo guardé con cuidado bajo el delantal, en el saco de la saya.

—Mañana tú aquí. *Mistelio tlabaja* mañana.

Muy contenta, le miré de reojo y dije que sí con la cabeza. Salimos del despacho y me acompañó hasta la calle. Antes de despedirnos añadió:

—Si *Mistelio tlabaja* bien, tú capitana de plancha.

Carteos de toma y daca

Se habían caído de maravilla. Simpatizaron desde el primer día y Misterio se quedó por años en el tren de lavado como responsable de la zona de plancha. Su relación se basó desde el inicio en el respeto y una confianza ciega, tanta que compartían un billete semanal de lotería y antes del sorteo ninguno de los dos se preocupaba de anotar el número que jugaban.

Con el tiempo, entre ambos surgió una divertida complicidad que derivó en amistad verdadera. Cuando los Xing sufrieron la pérdida de su hijo, Misterio permaneció con ellos día y noche. Y cuando Liu Xing cayó enferma, como no quería a su lado a nadie más que a su marido, Misterio se responsabilizó, ella sola y por entero, de todo el tren de lavado. Lo sacó adelante tranquilamente, sin molestar para nada al patrón y sin la menor incidencia.

Y el cariño fue tal que, como apuntó Ulises, «de aquellos fangueros vienen estos pantanales» porque ese fue el motivo de que ahora nosotros tres andemos comprometidos en el empeño de encontrar a las hijas de Misterio, cosa que, si a mí me impacientó desatándome los nervios y a Ulises Horacio le llevó a deambular como un trastornado indagando acá y allá, al preocupadísimo señor Xing logró hacerle perder el sueño.

Hoy, con la perspectiva del tiempo transcurrido, debo revelar que si bien para localizar a la hija pequeña tuvimos que superar no pocas dificultades, dar con la mayor fue, como diría Misterio, cosa de «humedecer y alisar», porque la indagación resultó agradable y bastante llevadera. Ciertamente, las memorias aportaban pistas fiables que Ulises Horacio se molestó en copiar con bellas letras sobre un lienzo, enumerándolas cual si fueran verdades inamovibles:

La hija mayó

1. La niña responde al nombre de *Félicité*.
2. La niña *é* hija del patrón *fransés* de la *Plantation Payet*, en isla Bourbon.
3. A isla Bourbon ahora le *disen* isla de la Reunión.
4. La niña vive con su padre. Lleva el apellido *Payet*.
5. La niña *é parda blanconasa*⁴⁵ y tiene ojos *asules*.
6. La niña *luse* una marca en un hombro. Se la *hiso* su mamá.
7. El registro de la niña *tié* que *está* en el libro de *nasidos* pardos de la iglesia de L'Étang Salé en isla Bourbon. *Presisamos pedí* copia al *saserdote*.
8. La niña tuvo que *naser* después de 1847, que fue cuando expulsaron al amo *Monnet* de Bourbon, pero antes de 1852, que *é* la fecha de la llegada de Misterio a La Habana.
9. *Félicité Payet* *tié* que *andá* por los 30-34 años de *edá*.

Y con semejantes mimbres había que tejer un cesto.

Para comenzar, estábamos seguros de que un intercambio de cartas sagazmente redactadas bastaría para conseguir que, sin prisa pero sin pausa, Félicité Payet apareciese en La Habana. Y así fue, aunque la cosa se tomó su buen tiempito porque, entre carta que viene y carta que va, el asunto se demoró más de año y medio.

La primera nuestra, enviada a nombre de los propietarios de la Plantation Payet en la isla de la Reunión, informaba sobre la búsqueda de «un miembro de la familia Payet cuyo nombre figura en La Habana citado en un legado testamentario» y recibió respuesta prácticamente a vuelta de correo, es decir, al cabo de tres meses. El sobre traía marchamo de un paquebote procedente de ultramar y marcas de haber sido inspeccionado y debidamente desinfectado en un lazareto francés. El que escribía era el capellán de la plantación y explicaba que los patrones Payet no vivían ya en la isla puesto que, tras la abolición de la esclavitud, habían arrendado las propiedades para mudarse a la metrópoli. Informaba también que la familia ahora residía en Francia, ciudad de Besançon, región del Franco Condado. Y con la misma nos comunicaba el reciente fallecimiento del patrón Payet, por lo que adjuntaba las señas de su viuda.

—¡Ulises, no te olvides de añadir dos puntos más a tu lista! —bromeé, imitando su forma de hablar—. ¡Diez: ya el papá de la niña *fallesió*; y once: la niña y su madrastra viven en Besançon!

—*Duuulse...* ¡ya tú no te burles *má*!

La noticia era excelente. ¡Madame Payet, supuestamente, podría darnos noticia de Félicité! Muy ilusionados, acometimos la redacción de otra carta, esta vez de presentación y sucinta exposición del asunto, que remitimos a la dirección que nos había facilitado el capellán.

El tiempo pasaba pero no había respuesta, tanto que ya Ulises andaba rezongando que con esta niña, la mayor, iba a pasar parejo que con la pequeña, mucha carta y mucha espera pero silencio absoluto, pues eso y no otra cosa sucediera con Bonifacio Somoza, el padre de Maricuela.

Pero yo dije que ni hablar:

—Nunca dos cuentos tienen final parejo, Ulises. Parece mentira que tú no lo sepas.

Al igual que con las cartas al gallego, tuvimos que expedir la misiva dos veces más, una dirigida al prefecto de policía y otra a nombre del alcalde de la ciudad, con ruego de entrega a la destinataria. Y si en el caso del gallego Somoza, a pesar de nuestra insistencia, nunca llegamos a obtener respuesta, en lo referente a los Payet, cuando ya casi habíamos perdido la esperanza, llegó una contestación. Un galleguito se personó en el tren de lavado con aviso de que en la lista de correos de la Unión Postal había correspondencia procedente de Francia dirigida al señor Xing. El destinatario fue corriendo a la oficina y, tras identificarse, le entregaron un sobre que aceptó con el recogimiento de quien recibe la comunión de manos de un sacerdote y, acto seguido, se personó en Amargura.

Presentes los tres, despegamos el sobre, extrajimos las dos cuartillas que habían viajado en su interior, las desplegamos como quien estira un encaje delicado y fuimos directos a buscar la firma. Xing se quedó de piedra, Ulises exclamó «¡*Jesú* bendito!» y a mí casi me da un soponcio: ¡estaba escrita por Félicité Payet, en persona!

Huelga decir que escrutamos cada renglón con fervor de oratorio en cuaresma. La escrupulosa y perfecta caligrafía inglesa de la remitente daba cuenta, en un francés distante y sin defectos, de su sorpresa al haber recibido, por triplicado, nuestra misiva. A continuación exponía sus actuales circunstancias: huérfana de padre, a su anciana madre, gravemente enferma según los doctores, le quedaba poco tiempo de vida, por lo que ella, hija única y soltera, bajo ningún concepto podía pensar en separarse de su lecho y menos aún en emprender una travesía como la que se sugería en nuestra carta. Antes de despedirse, solicitaba más información sobre el legado en el que figuraba su nombre, de quién provenía y por qué motivo afirmábamos nosotros que su presencia era ineludible.

El oriental suspiró emocionado pero Ulises no se pudo contener y lloró a moco tendido, tan sensible como él era:

—Ay, Niña *Duuulse*. ¡Qué pena *pensá* en la *felisidá* que Misterio no llegó a *tené* de *escuchá* lo que *dise* esta cartita...!

—Falta que quiera venir... —apunté—. Vamos a tener que hilar fino para convencerla... Pero lo bueno es que, poco a poco, vamos descubriendo más detalles: que está soltera, que no ha tenido hermanos, que cuida afectuosamente de la mujer a la que cree su madre y que posee una hermosa y cuidada caligrafía, la cual, según mis conocimientos de grafología, revela educación, cultura, orden y una fuerte personalidad. ¿No le parece, señor Xing? Anda, Ulises, deja de lloriquear y dinos: si tuvieses que pintarla basándote en su letra, ¿cómo te la imaginas?

—É *un queré desí*, que yo me la ando ideando *paresida* a su mamá, pero más adelantadita, casi blanca. Amorosísima y sonriente, eso sí, pero ¡qué va a *sabé* uno!

La habíamos localizado. Pero ahora teníamos que convencerla para que viniese. En su respuesta a nuestra siguiente carta, en la cual le comunicábamos que la persona que testaba respondía al nombre de Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy, que había fallecido el 27 de febrero de 1879 y que desde dicha fecha intentábamos localizarla, Félicité nos participó la noticia del reciente fallecimiento de su mamá. Había heredado, amén de una casa y su contenido en muebles y enseres, no pocos graves compromisos

en ultramar, «donde el asunto de la caña de azúcar ya no funciona como antaño», por lo que temía verse obligada a «tener que entregar las posesiones familiares de la isla de la Reunión a cambio de las cargas que arrastran, pues han acumulado tantos intereses que resultan insostenibles».

Continuaba explicando que puesto que, tal como nosotros mencionábamos, la persona que testaba había previsto fondos a efectos de cubrir gastos y no tendría que preocuparse por los costes del viaje ni de su estancia en La Habana, había ido a interesarse por las condiciones de la travesía, aunque, francamente, todavía no estaba convencida de poder emprender viaje ya que acababa de aceptar un trabajo en una *maison d'édition* de libros religiosos.

Concluía su misiva preguntándose a sí misma, en puro ejercicio de retórica, si acaso merecería la pena afrontar tan largo desplazamiento disponiendo de tan poca información, pues no solo nuestros nombres sino el de la persona que la nombraba en el testamento le resultaban totalmente desconocidos.

Cómo no, pensamos. ¡Solo faltaría que le sonasen nuestros nombres!

No cabía duda, el señor Xing, que no lograba pegar ojo ni de día ni de noche de pura preocupación, había realizado un magnífico trabajo. Así que acometimos la tarea de redactar una carta más. Y como era primordial que con cada uno de nuestros envíos aumentase su interés, en medio de cada párrafo deslizábamos lindezas del tipo de «a priori sería imposible cuantificar el monto del legado», insistiendo en que si ella no estaba presente «nunca podremos llegar a conocer la importancia de la herencia, ni su valor económico, caso de que lo tenga, pues la apertura del testamento no tendrá lugar». Todo ello sin dejar de insistir en que si ella no se personaba, «otras personas resultarán inevitablemente perjudicadas».

Poco a poco se evidenció que la dosificación de información iba inflamando más y más el interés de Félicité y que nuestras cartas, solo revelando lo estrictamente necesario, despertaban suficiente curiosidad como para entusiasmarla.

Una de aquellas tardes, Xing mandó recado para que Ulises y yo nos reuniésemos con él en el tren de lavado. Tenía noticias:

—Xing indagó. Amigos escribieron a Xing.

Sonriente y enigmático, enarbolaba unas páginas que él mismo describió como «investigación en torno a la persona de Félicité», había recabado ayuda a su red de amigos chinos y desde Europa acababa de recibir cumplida respuesta. Este hombre nunca dejaría de sorprenderme, pensé para mis adentros.

A grandes rasgos nos enteramos de que, tras la abolición de la esclavitud en los territorios del ultramar francés, en La Reunión la plantación de los Payet había ido de mal en peor. Ante la imposibilidad de pagar los jornales de su numerosa *habitation* de esclavos, ahora ciudadanos libres con derecho a salario, Monsieur Payet se había visto obligado, primero a reducir la producción y luego a parar las máquinas de destilado de ron. Amenazados de quiebra y desanimados por las deudas que aumentaban día a día, los Payet decidieron regresar a Francia dejando las posesiones en arriendo a sus propios capataces.

Era notorio en Besançon que, tras la muerte del cabeza de familia, Madame Payet, desbordada ante la caótica situación económica e incapaz de tomar decisiones, se había ido endeudando más y más. También que cuando la viuda Payet pasó a mejor vida, los hombres de leyes tuvieron que poner a Félicité al tanto de su triste situación financiera: había heredado un patrimonio arruinado del que tan solo se salvaba la casa familiar, felizmente registrada a nombre de una anciana tía, y el Gobierno amenazaba con sacar a pública subasta las posesiones de los Payet en ultramar con la esperanza de que la venta alcanzase para pagar al fisco, los salarios adeudados y satisfacer a los acreedores.

Parece ser que Félicité, educada en un ambiente calvinista, estricto y religioso, había estudiado algo. La describían como una joven discreta pero resuelta, apasionada por los libros y las lenguas, alta, de desconcertante belleza, cabello oscuro y ojos azules. Soltera y sin más recursos que su casa de Besançon, barajaba la posibilidad de tomar los hábitos cuando un amigo de la familia, editor de libros religiosos, llamado Jean-Jacques Virot, le propuso comenzar a trabajar en su negocio.

La calidad de la indagación me dejó totalmente impresionada.

—¡Señor Xing, qué cantidad de datos! ¿Cómo lo ha hecho? ¡Lograr todo esto ha tenido que ser peor que «meter La Habana en Guanabacoa»!

—Puentes no se construyen sin brazos —respondió él—. Chinos ayudan

chinos en mundo entero.

Disponíamos de excelente información, pero estábamos en calleja sin salida.

No veíamos el modo de lograr que Félicité tomase la decisión de subir a un barco y venirse a La Habana para aceptar o rechazar lo mucho o lo poco que la voluntad de Misterio había resuelto legarle. Y al no poder revelar que la que testaba era su madre uterina, carecíamos de elementos para convencerla.

Decidí que había llegado el momento de tomar la iniciativa y propiciar el empujoncito que, definitivamente, la animase a embarcar. Valoré que era el momento oportuno de hacerle llegar, a modo de *espantamiedos*, una misiva personal mía, de mujer a mujer; algo tranquilizador que le aportase la necesaria seguridad para enfrentarse al viaje. Y redacté de mi propia mano unas cuantas líneas amables, cariñosas, que junté a nuestra respuesta oficial. En ellas mencionaba que servidora, Dulce Elena Prieto, otra de las cinco personas que figuraban citadas en el testamento, se sentía muy feliz de recibir sus noticias y ansiosa por llegar a conocerla personalmente. Y que cuando viniese a La Habana tendría muchísimo gusto en ofrecerle mi casa, donde podría alojarse con comodidad durante su estancia, asegurándole que el día de su llegada yo misma, en persona, acudiría al puerto para recibirla como se merecía.

El mensaje surtió efecto. En una nueva carta, esta vez con tono bastante más cercano y agradable, Félicité explicaba que, dado que no deseaba perjudicar a terceros, había decidido aceptar mi invitación y dispuesto lo necesario para poder ausentarse de Francia, dejando sus intereses en manos de Monsieur Virot, persona de su total confianza, al cual podríamos dirigirnos en caso de necesidad. Anhelando que con su presencia, tantas veces requerida, pudiésemos llegar a concluir satisfactoriamente tan «sorprendente cuestión», anunciaba que, dentro de diez días, saldría de Besançon con dirección a Burdeos, donde tenía reservado pasaje a bordo de un barco francés que cubría la línea a La Habana, cuyo nombre y fecha de

arribo nos llegaría por cable.

Al cabo de un par de semanas recibimos aviso de embarque remitido por la Sociedad de Paquebotes Bordeleses anunciando la llegada de la pasajera Félicité Payet al puerto de San Cristóbal. Estaba previsto que desembarcase en La Habana tras una travesía de cuarenta días.

—¡Pero *Duuulse!* —Ulises se llevaba las manos a la cabeza—. ¿Qué va a *pasá* cuando ella llegue y descubra que aún *tié* que *apareser* la otra niña?

—¡Calla por Dios, no dramatices! Ya veremos. Lo que cuenta es que ya está de camino.

Misión cumplida. La hija mayor de Misterio viajaba rumbo a Cuba.

[45](#). Parda blanconaza: mulata de piel muy clara, que podría pasar por blanca.

Mademoiselle Félicité Payet

Y aquí sigo yo, desde hace más de cuatro horas. Que de puro aburrimiento terminé por entornar del todo el fuelle y estirarme al bies ocupando por entero el pesebrón. Protegida bajo la capota del quitrín me entretengo escribiendo, observando sin ser vista y apurando a buchitos un vaso de limonada.

A decir verdad, si una desconecta la mente y se deja llevar por la contemplación, el panorama resulta de lo más entretenido. En medio de tanto lío de carga y descarga, de llegadas y despedidas, de envíos y recepciones, el espectador puede deleitarse contemplando el más variado repertorio de tipos y razas de los continentes todos, eso por no mencionar que, pasado el mediodía, tuvimos la oportunidad de presenciar el arribo de tres navíos militares rebosantes de jovencísimos soldados españoles. La visión de sus uniformes se me antojó un oasis de rayadillo en medio de este desmedido ir y venir de gentes y mercancías; los muchachos echaron pie a tierra cantando tan alegremente que, de no saber que vienen a luchar y muchos de ellos a morir en una guerra infame, podría pensarse que han llegado a la Isla para asistir a alguna celebración.

En cuanto a nosotros, ¡menuda estampa debemos de estar ofreciendo, con el coche plantado en un recodo del muelle sin más cosa que hacer que perder la paciencia y esperar el atraque de un bendito buque que se empeña en retrasarse! Pero para cuadro de hastío el que brindan mis domésticos: un calesero adormilado que no cesa de *abanearse* con el sombrero, una sirvienta enfurruñada y Ulises Horacio, con todos sus bártulos apoyados en la rueda del quitrín, dibujando el edificio de la Real Aduana.

El calor y la fatiga de la espera han ido socavando nuestras energías y nos han desmoronado a todos, servidora incluida, pues no miento si digo que ya empiezo a notarme medio alterada y de bastante mal humor. Eso por no

mencionar el ataque de tos que me sobrevino hace un rato, repetitivo, ahogador y tan imparable que todavía tengo el pecho dolorido, ¡si sería fuerte la tosedera que unos bozales que cargaban palo giraron la cabeza hacia el coche pensando que dentro había alguien que se estaba desgañitando para marcharse al otro barrio! Menos mal que Ulises, siempre previsor, tenía a buen recaudo mi sirope de opio; gracias a él y a unas gotitas de aceite de alcanfor se me apaciguó el anhelo y pude recobrar el aire que me faltaba.

El *muleque*, que me conoce bien, percibe desde lejos mi desasosiego y acaba de señalar con voz resignada:

—*Naide* sabe las ganas que *tié* este *muleque* de *anunsiar* a Niña *Duuulse* que ya el buque *fransé* viene entrando por la bocana.

Ese y no otro ha sido siempre su particular modo de tranquilizarme, con pura mansedumbre.

—Ve hasta la plaza y confirma la carreta que encargamos —ordené, por sacármelo de encima.

—Cómo no. Ya yo voy y me estoy regresando en un vuelo.

Al poco volvió, sudoroso y medio extenuado. Mientras intentaba recobrar el aliento explicó que, como el barco se demoraba tanto, al tipo se le había ido el santo al cielo y, no diviso otra carreta disponible en todo el muelle, había resuelto pegarse un *idayvuelta* hasta el fondo de la Alameda de Paula y apalabrar allí, en el Muelle de Luz, un servicio de volanta con carretillo que, en cuanto atraque el barco vendrá donde nosotros digamos. Y añadió que había oído a unos caleseros que ya por la bahía entraban dos grandes buques de pasaje.

—Con tu permiso voy a *indagá* si uno de los dos *é* el nuestro o no *é*.

Solo de pensar que finalmente el barco estaba a punto de llegar, ya yo me puse renerviosa. Qué bobería, opinará el que esto lea, pero que se ponga en mi lugar. En toda la mañana no he podido cesar de darle vueltas a la cabeza maquinando qué aspecto tendrá la hija de Misterio, cómo será su carácter, si se parecerá a su madre... y, sobre todo, qué va a pensar ella de nosotros cuando nos vea, qué impresión le daremos. Sé que suena raro sentir tanta ansia ante la llegada de una persona a la que no conozco de nada pero, conforme se acerca el momento, me siento más que agitada.

En esto barruntaba, cuando regresó Ulises informando de que el buque «ya menos mal que recién pasó entre el Morro y la Punta, que viene *despasiosamente*», y que gracias a Dios «va a echar ancla pronto, posiblemente en un hueco que hay ahí mismo entre aquel navío grande de Portugal y el otro más menudo de Brasil», y que «menos mal que al final entró por la bocana antes del *cañonaso* que por poquito tiempo libró y de lo contrario sería grandísima lástima llegar y encontrarse el puerto *serrado* con cadena, pues hubiera tenido que pegar vuelta y aguardar la noche entera en la bahía hasta el *cañonaso* de la mañana desde el Morro, que es el que abre el paso a los buques, y menos mal...».

—¡Déjate de *menosmales* que me vas a marear! Pienso yo que lo mejor es movernos, ir lo más cerca posible de la zona de atraque, para estar visibles y que ella nos vea al llegar.

Así lo hicimos. Ni hora y media habría pasado cuando comenzó el desembarco de pasajeros. Desde el buque, fondeado en la dársena, los traían en barcas hasta las rampas del muelle. Para divisar las llegadas Ulises se subió al asiento del quitrín y yo me paré sobre el pesebrón, de modo que los dos alcanzábamos a ver bien. En las tres primeras barcas casi todos eran caballeros, religiosas o militares. Nada. La cuarta se veía a la legua que transportaba familias de españoles con niños acompañados de mucamas y nodrizas. Tampoco. Pero al divisar la quinta el *muleque* tuvo una corazonada:

—Niña, pienso que en ese bote viene una *mujel*. *Parese* que sola.

Busca que busca, mis ojos se centraron en una silueta, un estricto personaje de perfil sentado entre dos caballeros, y ahí sí que el pecho se me descontroló en puro latido emocionado.

Carecíamos de información sobre su aspecto físico pero, conforme se acercaba la barca, unos pocos gestos nos bastaron para tener la certeza de haberla identificado. No cabía la menor duda: aquella viajera que, peligrosamente sentada y haciendo bambolear la embarcación, se sujetaba el sombrero con una mano y gesticulaba nerviosa con la otra como si pretendiese dirigir la maniobra de la nave, la misma que poco después se apresuró a jugarse la vida alzándose de golpe en el bote, bastante antes de que llegase siquiera a arrimar la rampa del dique, no podía ser otra que nuestra Félicité.

Nuestras sospechas se confirmaron al verla desembarcar. La que avanzaba, toda dispuesta, hacia el puesto de policía era una mujer alta, flaca

como cuello de gallina vieja, que caminaba erguida, estiradísima, y se desplazaba sobre la caoba del muelle con la decisión de un capitán de Dragones. Sí señor. La Félicité que tanto tiempo habíamos esperado, la hija del patrón Payet, acababa de poner el pie en La Habana.

El espectáculo nos había dejado sin habla. Difícil haber supuesto algo así. Aquello distaba muchísimo de lo que habíamos imaginado. Por romper el silencio mencioné que, de acuerdo con mis cálculos y pese a la apariencia de mujer mayor que presentaba, Félicité no debía de andar muy por encima de los treinta.

—Treinta y *dó*, Niña. Ella tiene treinta y *dó* años y un apellido *namás*. Que eso lo acaban de *vé* los ojos de este *muleque* en la lista de pasajeros — señaló Ulises.

—Siete más que yo... —calculé—. Y lo del apellido es de uso entre los franceses, Ulises, solo llevan el del padre —puntalicé.

A pesar de que, a estas alturas, ya yo sentía el estómago como queriendo salirse por la boca, seguí observándola desde la distancia. Tenía piel clara y no parecía parda. Vestía un traje color carmelita de falda recta y poco vuelo, sin polisón, bullarengues, ni volantes, marcado rigurosamente de hombros, con mangas tan largas que le cubrían buena parte de los dedos; el escote, de cajón y como pegado con cola a la parte alta de una garganta de la que asomaba un cuello de terciopelo negro. Un pequeño bolso de mano era cuanto acarreaba, no lucía joyas ni abanico, solamente, amarrado en torno a la barbilla, un incongruente sombrerillo de fieltro, más bien cofia tipo visera que diría mi modista, similar a los que llevan las damas de París en los figurines de moda cuando en Europa es invierno. Un atavío sin sentido, imposible para el trópico, que la brisa había volteado y en vez de sombrero semejava una rara caperuza adosada a la espalda del vestido.

—¡Virgen del Cobre! ¡Esa *mujel* trae *oscuridá* hasta en las enaguas!

Fue el veredicto de mi cejijunta sirvienta cuando la contemplamos saliendo de la oficina de desembarque para, en tres zancadas, plantarse ante las dependencias policiales. Y tenía toda la razón.

En fin, que solo verla de lejos se nos había caído el alma al piso. Pero había que sacar pecho y echar *palante*, así que tragué saliva y envié al

muleque con orden de salirle al paso, presentarse educadamente dándose a conocer como sirviente de mi casa y dirigir, con toda cortesía, los pasos de la viajera hacia donde la estábamos esperando. Allá marchó, recomponiéndose la levita y el lazo de la corbata con cara de circunstancias. A partir de ahí presenciamos, ya completamente desanimados, cómo el pobre Ulises Horacio se deshacía en amabilidades con un despliegue de gestos, reverencias y sombrerozcos de bienvenida que ni surtían efecto alguno ni arrancaban el menor atisbo de sonrisa en aquel rostro avinagrado. Ante tan inesperada reacción, el *muleque* nos lanzó una mirada cariacontecida y mi sirvienta conjeturó:

—Verás tú como *ensima* le va a *desagradá* la comida nuestra...

Me sentía chafada. Cómo no. Mil veces había soñado este encuentro, imaginando con ilusión el momento en que ambas nos fundiríamos en un dulcísimo abrazo pero, ante la aparición de tan inopinado personaje, tenía la desoladora sensación de que todas mis expectativas habían dado al traste. «Mi gozo en un pozo —pensé—, pero hay que aceptar las cosas como vienen: Esa mujer tan estirada que acude a mi encuentro con paso militar es la hija mayor de Misterio.»

Esa fue, en resumen, nuestra primera impresión. La cual no mejoró mucho cuando la tuvimos a menor distancia.

—*Bonjour!* ¿La señorita Dulce Elena *Pgiétó*, supongo? Yo soy Félicité Payet —exclamó desde bastante lejos.

Cuando oímos su voz el corazón nos dio un vuelco. Resultaba asombroso el tremendo parecido con el modo de hablar de Misterio. Tenía un castellano aceptable, pero con marcadísimo acento francés, y el resultado era tan parejo a la forma de hablar de su madre que emocionaba escucharla.

Yo, que me había bajado del quitrín para recibirla como es de usanza y la esperaba toda sonriente, ya casi me estaba abalanzando hacia su persona para enlazarnos en un largo y sentido abrazo, cuando ella, en un ceremonioso ademán de salutación francesa, alargó el brazo y me ofreció la mano derecha. Felizmente reaccioné a tiempo y las dos nos estrechamos la mano, como las desconocidas que éramos. El frío gesto de aquella mujer, tiesa como un escobón, había logrado frenar en seco todos mis ímpetus.

Tras tan diplomático encuentro quise darle la bienvenida al estilo de mi país:

—¡Qué gusto conocerla, Félicité! ¡Sea usted muy bienvenida a La Habana! ¡Qué alegría tenerla acá, con nosotros! ¿Ha disfrutado de la travesía? ¡Tras tan largo viaje estará usted muertecita de fatiga! Espero que le agrade nuestra ciudad y que este calor no vaya a resultarle ingrato...

—*Merci beaucoup*. Un *petit peu* de fatiga sí tengo. Con tantas gestiones en sanidad, aduana, policía... Pensé no salir jamás de esas oficinas. ¡Un *hoggog!*

Sonreí, al notar que le costaba trabajo pronunciar las erres.

—Disculpe mi *malo* español. Yo he estudiado, pero nunca he usado la lengua.

—Por Dios... ¡Si habla usted perfectamente! No se vaya a preocupar que yo creo que nos vamos a entender rebién. Pierda cuidado, que ya nosotros le hablaremos suave y pronunciando clarito. ¡Lo que cuenta es la voluntad, lo demás es cuestión de acento!

Mis excelentes deseos de comprensión mutua se vieron interrumpidos, de golpe y sin miramientos, cuando la francesa advirtió la actividad de mis domésticos en torno a sus pertenencias, cosa de todo punto normal, pues deseaban ser útiles y habían empezado a formar la lógica corredera entre los bultos para cargar cuanto antes el equipaje de la *señá* Félicité.

Pero a ella el rostro se le transfiguró.

—¡¡Su gente!! —masculló, mirándome como enajenada.

Por mi cara de extrañeza dedujo que yo no había comprendido.

—¡Esos esclavos! ¡Mi equipaje! —pretendió explicar con gesto de desasosiego.

Me quedé de piedra. ¿Esclavos? ¡Aquella mujer no solo pensaba que yo era esclavista, sino que mostraba odiosa desconfianza ante el impecable modo en que mi gente cargaba sus cosas!

A modo de respuesta sonreí con todo mi cinismo y contemplé largamente la belleza de nuestro horizonte portuario, repleto de barcos balanceando sobre el mar.

—¿Y qué le parece el paisaje de acá? —pregunté.

Percatándose de que esquivaba su requerimiento, se llevó la mano a la frente y dijo:

—Oh, sí. Muy bello. Hermoso. Pero es *un four*...

¡Cómo no iba a estar acalorada con la ropa que traía! Pura lana de oveja y fieltro francés de los de buen abrigo.

—¡Y mi quitasol en el baúl! —se quejó, colocando el bolso a modo de visera sobre la cabeza.

—Por Dios, tome mi sombrilla —me apresuré a ofrecérsela—. Nosotros estamos acostumbrados al fuerte sol y no nos molesta tanto vivir en un horno, como usted dice —aclaré, haciéndole ver que comprendía su lengua. Por supuesto evité mencionar las horas que nosotros llevábamos aguardando, a pleno sol y en el mismo *four*, para recibirla a ella.

Sin hacer ascos a la oferta, agarró mi sombrilla y se pertrechó bajo su sombra.

—*C'est gentil. Merci.* Yo no sabía que usted hablase mi lengua...

Estuve a punto de espetarle que cómo no iba yo a hablar francés, si me lo había enseñado su propia madre, pero me contuve y me limité a puntualizar:

—Por suerte la comprendo y la hablo, sí. Tuve la suerte de disponer, en mi propia casa, de una excelente maestra y la aprendí muy chica. Al igual que el joven que ha ido a recogerla, Ulises Horacio Prieto, mi persona de confianza, él también habla francés.

—*Ah, bon?*

Viendo la reverencia que le dedicaba Ulises, esbozó un amago de sonrisa, pero poco. A partir de ahí se limitó a escuchar mis comentarios con cara de circunstancias.

Su displicencia me pareció tan insufrible que, llegados a este punto, ya yo estaba dispuesta a declarar unilateralmente la guerra a Francia y a todo lo francés. Pero de nuevo me contuve y me acordé de Misterio. Temí estar siendo injusta con su hija por el simple hecho de que mi primera impresión no coincidiese con la idea que de su persona había construido mi fantasía. Recapacité y comprendí que existe una gran diferencia entre amar la idea que nos hacemos de una persona y aceptar su verdadera condición; el auténtico cariño, tal como me enseñó mi cuidandera, reside en lo segundo, que no es otra cosa que amar a cada cual tal como es.

Por eso decidí ser generosa. Cavilé que tal vez me había dejado influir

por mi propio desencanto y la había juzgado con demasiada severidad. A lo mejor me estaba precipitando, quizá su raro comportamiento respondía al cansancio del viaje, a los nervios de verse ante desconocidos o sencillamente al cambio de clima; tal vez aquella su extraña forma de mirar, como parapetada en una atalaya de circunspección inspeccionando el mundo desde muy arriba con gesto de desprecio, no fuese más que la huella de una estricta educación calvinista; y seguramente la rigidez empalada de sus movimientos solo revelaba la contención de quien no ha conocido más cosa que una vida aburridísima, encorsetada, con perdón de la palabra, entre el hogar y la iglesia... Con toda mi buena voluntad resolví que, si ponía suficiente empeño, a lo mejor acabábamos por entendernos.

En esto pensaba cuando, de súbito, Félicité puso cara de lechuza vieja y, cual gallina que picotea sobre el grano, se encaró con el *muleque*.

—*Jeune homme!* ¡*Muchó cuidadó con esa cajá!*

Su propio grito propició que el bulto rodase por tierra y que al infeliz de Ulises se le secase la garganta de tanto pedir disculpas.

Amarrado el equipaje a la carreta, di permiso a los domésticos para que tomasen la delantera y su volanta partió. Importaba que llegasen antes que nosotras para ir adelantando: subir los bultos de Félicité a la alcoba, prepararle un baño, disponer algún refrigerio y organizar lo necesario para acoger lo mejor posible a nuestra invitada.

Con mil sonrisas y un gesto de la mano indiqué que todo estaba dispuesto y que podíamos subir al quitrín. Aceptó, aunque puesto que se había negado a separarse de tres bolsones y un par de sombrereras, emprendimos el camino hacia Amargura comprimidas como tres en un zapato.

Incrustada a mi lado, Félicité observaba con curiosidad el interior del carruaje: las borlas de los tiradores, las iniciales y el escudo bordado en los cojines, las agarraderas de plata y marfil, los faroles de cristal, cada detalle, incluida la alfombra que cubría el piso, fue objeto de sus detenidas miradas.

—Yo jamás había visto este tipo de *landeau* —dijo—. Es refinado.

—Me agrada que le guste —respondí—. Aquí a estos coches les decimos «quitrín». En Cuba todas las familias pudientes disponen de uno o de dos en propiedad. Este lo compró el papá de mi mamá. A los extranjeros les llaman la atención nuestros quitrines por su aspecto elegante, pero sobre todo por la majestuosidad de sus enormes ruedas, que en realidad no tienen

otro objeto que impedir que vuelque el coche, pero, eso sí, le proporcionan un aspecto muy señorial. Esta mañana Ulises amarró un solo caballo, pero cuando salimos al campo suele atar dos, uno de monta, en el que va el calesero, y otro de pluma, para ayudar al tiro. Cada familia adiestra a sus caleseros particulares para que guíen suave y sin accidentes.

—...

—Ni se imagina usted lo difícil que es circular acá. Los habaneros tenemos la costumbre de acudir a los lugares a la misma hora, y no son pocas las ocasiones en que coinciden docenas de coches en idéntico pasaje... ¡El que una dama llegue o no con puntualidad a destino muchas veces depende tan solo de la pericia del calesero! Además, las señoras, cuando vamos de compras, no nos bajamos del quitrín para nada. Ya veo que le extraña, pero es así, mire por ejemplo el coche que está detenido allí, frente a la puerta de aquella mercería, los comerciantes salen a la calle para mostrar el género y las compradoras escogen lo que es de su agrado sin echar pie a tierra. Sucede parejo ante cada tienda, el quitrín se detiene, salen los vendedores, las damas aprecian la mercancía, regatean, compran... ¡pero ni hablar de mancillar el escajón con el polvo de la acera! Por eso no es raro que coincidan varios quitrines en un recodo y, entre lo angosto de las calles y lo mal pavimentadas que están, transitar se vuelve complicado. Los otros coches, como el que se acaba de llevar a mis domésticos o ese que viene por ahí, son públicos, ya ve que la diferencia se nota a simple vista... A esos les decimos «volanta», la gente alquila volantas para ir de un lugar a otro o para transportar pertrechos. Aparte, en La Habana existe desde hace años, veinte para ser exactos, una red de tranvías de motor de sangre, tirados por mulas, que da servicio a los barrios cumpliendo horario. Y también hay líneas de coches de caballos comunitarios, unen el centro con los alrededores. Pero, si hablamos de transportes, la maravilla de Cuba es nuestro camino de hierro, una joya que traslada pasajeros y mercancías, sobre todo azúcar, desde las centrales de los ingenios hasta el puerto de La Habana.

Sin venir a cuento, la francesa interrumpió mi largo y fundamentado discurso sobre medios de locomoción habaneros, públicos y privados.

—*Mademoiselle Prietó*, en el puerto he visto que el barco en el que yo he venido retorna a Europa en dos semanas. Me pregunto si es un tiempo bastante para resolver nuestro asunto. ¿Qué opina usted?

Prisa. Traía prisa. Toda la prisa del mundo. Hay que ver. Yo no sé qué

les pasa a los extranjeros que, desde que ponen pie en La Habana, ya están pensando en retornar.

Tragué saliva, me armé de paciencia y respondí como hacemos acá cuando deseamos pasar de puntillas por algo: con pura verborrea e impidiendo que el interlocutor tome parte en la conversación, es decir, «a la cubana»:

—¡Cómo nooo! Descuide, verá que pronto va a darse cuenta de si el tiempo que ha dispuesto es escaso o es holgado... Y tranquila, que desde mañana vamos a andar las dos bien ligeritas para apresurarlo todo. Pero ahora disfrute del paseo. Mire qué belleza de edificio, es el teatro Tacón, una hermosura, ¿no le parece? Tenemos varios teatros pero este es el más elegante.

—...

—Si le parece bien, lo que resta del día de hoy nos lo vamos a tomar con caaalma. En cuanto lleguemos le presentaré a los domésticos, he dispuesto dos mucamas diligentes para su servicio personal. Y le mostraré la casona toda, así podrá moverse con libertad. Verá qué grande es. Y antigua. Mucho.

—...

—Espero que se encuentre cómoda; si echa en falta cualquier cosa no tiene más que decirlo, que intentaremos resolver. Y seguro que va a dormir bien, el cuarto que le hemos preparado es fresco y, como da al corredor, silencioso.

—...

—¡Seguro que tiene sed! Ya yo avisé que preparen refrescos para cuando lleguemos. Y un menú especial que disfrutaremos esta noche. Tras la cena, si le apetece, haremos sobremesa de palique o, si prefiere, podrá ponerse cómoda y retirarse a descansar. Para la mañana, ¿prefiere café, té o chocolate? Lo mismo da, mandaré que preparen las tres cosas. Yo suelo despertarme a las seis y me tomo un cazuelillo de café. Acá el café de la mañana no es comida, lo tomamos como tentempié con un bizcocho y punto, cosa de despabilar. El desayuno se sirve a las nueve. Ese sí es de tenedor, con platillos dulces y salados. Pero usted no se vaya a apresurar en levantarse, faltaría más... demórese en la alcoba el tiempo que desee.

—...

—La calle donde vivo, y donde usted va a residir, se llama Amargura, raro nombre, ¿verdad?, es muy recta y va de iglesia a iglesia; empieza en la

de San Francisco y termina en el Cristo del Buen Viaje. Le pusieron Amargura porque por ella desfila el vía crucis. Mi casa está muy cerca de otra calle a la que le dicen Aguacate, en francés *avocat*, como la fruta.

—...

—¡Ya casi hemos llegado, esos de ahí son los portones del zaguán!

Casa grande y casa chica

Con toda educación y cortesía pero «a la cubana», conseguí llevar la voz cantante casi todo el recorrido. Un tajante monólogo plagadito de explicaciones, aclaraciones y preguntas que yo misma planteaba y acto seguido respondía, impidió que Félicité pudiese meter baza en la conversación, por lo que no le quedó otra que limitarse a escuchar y, de vez en cuando, ratificar mi discurso con gestos o exclamaciones.

Ya en casa me aseguré de seguir manteniendo la iniciativa: le ofrecí alguna ropa mía, más fresca y apropiada que la que ella traía, tomamos un refresco en la saleta y Ulises la acompañó a su cuarto dejándola en compañía de doncellas que la ayudarían a tomar un baño.

En cuanto a mí, estaba muy decepcionada pero... En fin, las circunstancias eran las que eran y no había vuelta atrás. Iba a tener que resignarme. No me quedaba otra que cargar la cruz que me había caído encima, y aunque el *muleque* me observase desde la escalera con ademán quejumbroso, los inconvenientes, por desagradables que fuesen, no nos harían perder de vista el objetivo.

Buscando el frescor del patio mandé acercar asientos y una mesa al aljibe y me acomodé rumiando mi desdicha. Allí estaba yo, balanceándome en la *comadrita* de mi madre, cavilando el mejor modo de bregar con tan particular invitada durante los próximos días, cuando, de golpe y porrazo, la situación vino a dar un vuelco inesperado, extraordinario, y en el patio de Amargura tuvo lugar una escena que Ulises calificó como lo más «parejo a un milagro».

Félicité asomó en lo alto de la escalera y su aparición nos dejó boquiabiertos. La mujer que teníamos ante nuestros ojos no se parecía en nada a la que habíamos recibido en el Muelle de Caballería; se había soltado el cabello, lucía una preciosa melena adornada con mariposas blancas y el azul, casi gris, de su mirada lanzaba destellos arrebatadores.

Ya no semejaba huraña ni quisquillosa, al contrario, sonreía con placidez y derramaba amabilidad por los cuatro costados. Viéndola bajar los escalones con un envoltorio en las manos, yo estaba admirada y Ulises embobado. No acertábamos a comprender qué cosa podía haber sucedido en tan poco tiempo para que aquella mujer tan desagradable hubiese mudado de semejante modo.

—¡Caramba, Félicité, parece que el baño le ha sentado de perlas! ¡Y ese vestido le queda como un guante! —La piropeé, mientras pensaba: vivir para ver, la francesa se nos transfiguró sin más.

—*Merci beaucoup* —agradeció, toda sonrisas, desde el rellano—. ¿Sabe usted? El ambiente de esta casa me recuerda el de mi infancia en Bourbon. Es tan similar...

Faltó poco para que, desde mi inconsciencia, se me escapase algo parecido a «claro, cómo no, ya nosotros sabemos que usted ha nacido en Bourbon», pero una mirada de Ulises me reconvino y derivé la charla hacia otro derrotero.

—¿Sí? ¡No pensaba yo que dos lugares tan lejanos pudiesen tener algo en común!

—Es para usted. —Me entregó un paquete anudado con una preciosa cinta—. Un *souvenir* de mi país. Espero que le guste, son especialidades de Besançon.

—¡Por Dios, qué detalle! ¡Muchísimas gracias por la molestia! ¿Puedo abrirlo?

Asintió muy sonriente. Cuando empecé a desenvolverlo, mencionó que las flores que lucía en el cabello las había tomado de un maravilloso búcaro dispuesto en su alcoba y que me agradecía tan delicado detalle, pues adoraba las flores.

—No, por nada. Es solo un presente de bienvenida. Me agrada ataviar las alcobas de mis invitados con flores de nuestra Isla —correspondí, mientras terminaba de desenredar la cinta—, por eso puse lirios, jacintos de agua y mariposas blancas, las más cubanas de todas. Y las más bellas.

El regalo consistía en una cestilla bellamente dispuesta y repleta de obsequios: una cajita de higos secos, un paquete de *marrons glacés* y tres tarros de cristal, uno con mirabeles confitados, otro con pedazos de pera en almíbar y el tercero con cerezas. Los miré y me quedé maravillada, pues era la primera vez que veía tan raros productos.

—¡Qué curiosos frutos!

Ante mi total desconocimiento, Félicité explicó que en Europa eran bastante comunes, que se tomaban como postre o en la merienda, y que en particular el *marron* era un tipo de castaña particularmente apreciada en Francia. El lugar más importante, en el centro de la cesta, lo ocupaba un original recipiente de cerámica con forma de patito. Leí su etiqueta: *foie gras d'oie*; si mis conocimientos de francés no fallaban, allí ponía «hígado graso de oca». Menuda cosa, pensé. Por si acaso, decidí no indagar más al respecto.

—¡Ulises, mira! —El *muleque* se aproximó con gesto de admiración—. ¡Son higos, peras, castañas y también cerezas!

—Permiso. —Tomó los tarros y los observó a contraluz—. *É* bello el *colorsito* que presentan. Acá no hay estos frutos pero nosotros los *conosemos* por sus dibujos. Aunque en los libros siempre los muestran enteros, con todo y su piel.

Juro por lo más sagrado que aquella mujer no era la misma: la alcoba le pareció preciosa, su baño una delicia, mis domésticos admirables... y si el vestido de algodón claro que le había prestado, poco escotado y con manga a la altura del codo, lo definió como impecable, la casa... bueno, la casa la encontró *carrément superbe!*

Mientras disponían la cena empezamos a mostrarle la casona. Hay que decir que justo al comienzo del itinerario ya dejamos a un lado los ustedes y decidimos tutearnos, cosa que a mí me dio mucha alegría. En animada charla Ulises y yo íbamos explicando las partes del edificio: «Recuerda: cocheras, cuadras, patio y traspatio por acá: sala, saleta, comedor de aparato, salón de música, biblioteca y escritorios en el frontal; dependencias, caballerizas, almacenes, cocinas, letrinas y lavandería al fondo; la zona de domésticos por allá; arriba nuestros cuartos, tocadores, alcobas, el comedor de diario, los corredores y la veranda.» Precedidas por el *muleque*, que oficiaba de

mayordomo abriendo y cerrando puertas, recorrimos la casa *despaciosamente*, como diría Misterio.

Ulises comentaba los detalles generales y yo completaba apuntando pormenores. Félicité manifestaba sorpresa ante las cosas más menudas y quería conocer hasta el más nimio de los detalles. Su curiosidad era enorme, preguntaba el nombre de cada objeto y lo repetía en francés, deseaba aprender la palabra que usábamos acá para los balances de caña, los veladores, los guardabrisas, las jofainas..., hasta se interesó por las maderas con las que se habían fabricado los muebles. Le fascinaba absolutamente todo y cuantas más cosas veía, más le llamaban la atención; preguntó cómo filtrábamos el agua en las tinajeras, qué tipo de hogar usábamos para prender candela, si las coladas las hacíamos en casa o las enviábamos fuera, donde dormían los *guardieros*... quiso que le explicásemos el modo de preparar café, cómo lo tostábamos, si lo colábamos enseguida o lo dejábamos reposar; si al chocolate le añadíamos pimienta o vainilla... y todo parecía traerle a la memoria los recuerdos de su tierra.

Cuando entramos en el salón exclamó:

—¡Tienes un piano...!

—Pues sí. Era de mi mamá. Es un Boisselot que vino de Francia hace tiempo, me contaron que cuando llegó a La Habana mi abuelo envió diez esclavos al Muelle de Caballería y, como si fuese de cáscara de huevo, lo transportaron a hombros desde el puerto hasta acá. Imagina el desfile... ¿Tú sabes tocar?

—Sí. Y me encanta. —Acariciaba el marfil de las teclas.

—¡Qué rebueno! Pues está a tu disposición. ¿Tal vez alguna noche querrás regalarnos con una interpretación?

—*Avec plaisir*. Seguro.

—Yo aprecio mucho la música, pero en casa la escuchamos raramente porque estuvimos de luto. De niña asistí a clases pero abandoné. Y no me pesa, soy más de libros.

Llegados a la saleta, se sorprendió ante los cuadros. Aproveché para mencionar que la mayor parte habían sido realizados por nuestro Ulises Horacio, el cual, en mi opinión, era excelente pintor y magnífico dibujante,

cosa que a él le intimidó hasta el sonrojo.

También le llamaron la atención las pilas de revistas francesas y diarios españoles que campaban sobre muebles y aparadores; preguntó cómo era que yo recibía en Cuba tantas publicaciones, y le comenté que, como me gustaba leer un poco de todo, estaba abonada a diferentes revistas, algunas de moda y actualidad general, como el *Magasin des Demoiselles* o el *Correo de Ultramar*, y otras de información política y pensamiento filosófico — enarbolé un número de *El Abolicionista*—, pero que también recibía prensa periódica de Madrid —señalé *El Liberal*—, a pesar de que llegaba con retraso. En lo referente a las noticias locales, añadí que me tenía que conformar con *La Gaceta de La Habana* y el *Diario de la Marina*.

Siguió indagando. Quería saber con qué retraso llegaban las revistas y si resultaban caras. A modo de respuesta, tomé al azar una de ellas y se la ofrecí, abierta por la página que informaba de la suscripción. Ella la tomó y leyó muy concentrada:

El Correo de la Moda ***Periódico ilustrado para señoras***

El más variado, el más útil y el más barato de todos los periódicos de modas.

Administración: Plaza de Prim (antes Plaza de Isabel II) número 2. Madrid.

Publica 4 números al mes que forman al año un volumen gran folio con 384 páginas de tres columnas cada una ilustradas con más de 2.500 grabados de modas, labores y adornos de gran gusto, más de 100 figurines en negro, grabados en el texto, 24 pliegos que contienen más de 400 patrones de tamaño natural de los cuales dos están de un tamaño extraordinario en cada cambio de estación, esto es, uno en la primavera y otro en el otoño, 1.200 dibujos para bordados, 36 magníficos figurines iluminados y algunas piezas de música.

Contiene además biografías de mujeres célebres, artículos de viajes, de historia, de costumbres, de ciencias y artes, de economía doméstica, provechosos consejos para madres de familia y ejercicios de entretenimiento tales como problemas de ajedrez, jeroglíficos, etc.

Siendo la moralidad y la utilidad su exclusivo lema.

Precio de la suscripción:

Edición de lujo:

Madrid, un año, 120 reales de vellón / 6 meses, 63 reales / 3 meses, 33 reales / un mes, 13 reales.

Provincias, un año, 144 reales de vellón / 6 meses, 74 reales / 3 meses, 38 reales.

Cuba y Puerto Rico, 1 año, 10 pesos / 6 meses, 6 pesos.

Edición económica:

Madrid, un año, 73 reales de vellón (en provincias 84) / 6 meses, 38 reales (en provincias 46 reales) / 3 meses, 20 reales (en provincias 25 reales). **La edición económica no se envía a Cuba.**

Los pedidos de suscripción pueden hacerse a la administración, en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro o sellos de correos, en este último caso en carta certificada para evitar extravío.

Las señoras que suscriban *El Correo de la Moda* por un año recibirán dos hermosos figurines dobles de

abrigos y manteletas; las que lo sean por seis meses; uno, el que corresponde al semestre.

Se envía, gratis y franco de porte, un número de muestra a cuantas personas lo deseen.⁴⁶

Cuando le quedó claro el asunto de los costes y los plazos, comentó:

—Curioso... Me atrae el mundo de la edición. Desde que era niña. ¡Me interesa!

Proseguimos nuestro recorrido y llegamos al estudio de mi padre, atiborrado de libros, carpetas, legajos e informes. Ya desde el umbral, la fascinación de nuestra invitada fue indescriptible. Con su tono afrancesado, que por otra parte ya no me parecía tan chocante y casi empezaba a hacerme gracia, expresó su curiosidad hacia el trabajo que se había desarrollado en aquel lugar. Y cuando expliqué que lo que allí había hecho el caballero Síndico Procurador General, mi señor padre, no era otra cosa que atender quejas y reclamaciones de esclavos, los ojos de Félicité se agrandaron como platos de servir, tanto que, a instancias del *muleque*, decidimos tomar asiento.

—Va a *sé mejó* que las damas se acomoden —propuso, arrimando un par de asientos—. No se vayan a *fatigá*.

La situación lo requería. Félicité quería saber y yo intentaba darle respuestas. Empezó por plantear algunas preguntas bastante acertadas sobre las reclamaciones de los esclavos a sus amos, para luego, estableciendo un paralelismo que me pareció interesante, poner en tela de juicio el papel real que habían ejercido los Síndicos Procuradores Generales en los territorios franceses de ultramar antes de la abolición. De su exposición deduje que albergaba dudas sobre la imparcialidad de su función como intermediarios entre unos siervos a los que estaban obligados a defender por ley y unos amos con los que les unía amistad personal y a quienes, en muchos casos, conocían de viejo. Mi interlocutora parecía muy bien informada y entendí que sus vivencias en el Bourbon esclavista le facilitaban la comprensión de nuestra realidad colonial.

Tan inteligente y fundamentado razonamiento me encandiló. Sin buscarlo, Félicité había dado con mi aguja de marear, lo que propició que yo comenzase a explayarme sin recato. Por supuesto, terminé revelando que me apasionaba escribir y que, en realidad, tenía el propósito de utilizar la importantísima documentación que conservaba el despacho de mi padre como fuente de inspiración para lo que yo denominaba «mis novelas

cubanas», desde luego, para denunciar la injusticia que testimoniaban muchos de los asuntos allí archivados y dar visibilidad a sus protagonistas.

—Ya he escrito varios libros. Verás, citaré los títulos de los más recientes, para que te hagas una idea: Uno que se titula *La negrada de Amargura* narra la vida de los siervos en las grandes mansiones habaneras; otro que llamé *Libertad de vientres* explica lo que supuso la ley Moret para el inicio de la abolición de la esclavitud; en otro más que titulé *Bozales en el ingenio* quise abordar la tragedia de los africanos esclavos en nuestros ingenios de azúcar, y *Tengo un muleque* trata el feo asunto de los niños y niñas negros regalados a los hijos de los blancos como si fuesen juguetes. Para él me inspiré en Ulises Horacio y sus amigos.

Félicité escuchaba con interés mi apasionada perorata.

—¿Sabes? —apuntó—. Pienso que tú y yo... tal vez podemos compartir proyectos. Tenemos mucho en común.

Entonces explicó que acababa de empezar a trabajar en una pequeña *maison d'édition*, de momento dedicada a libritos religiosos pero que, si la fortuna le sonreía, pretendía asociarse con el editor y dar un giro al negocio. Su sueño era emprender una línea editorial puramente literaria y publicar obras de autores criollos desconocidos en Francia. Su colección, en principio, iba a estar compuesta por relatos de viajes, memorias, biografías, ediciones facsímiles de diarios antiguos, obras costumbristas y novelas ambientadas en el ultramar francés, pero ahora empezaba a pensar que no sería mala idea ampliarla también a Cuba y al resto de las Antillas.

—Les Livres des Îles es el nombre que he pensado para la colección.

—¡Los libros de las islas! Suena bello. Ya me lo estoy imaginando, un compendio de obras singulares, de autores excelentes pero difíciles de localizar... ¡Gran idea! Estoy segura de que tendrá excelente acogida —apunté toda embalada.

Y es que ya me veía involucrada en cuerpo y alma con su proyecto.

—Cuando gusten las señoras, la mesa está dispuesta —vino a anunciar un sirviente.

Cenamos. Y el menú que con tanta preocupación habíamos elegido resultó de premio. Sirvieron de primero camarones empanizados y pescado

frito en aceite español con ensalada fresca. A continuación picadillo de res con una guarnición criolla de plátanos asados, yuca, arroz blanco y frijolitos que a nuestra cocinera le salía de alabar a Dios.

Yo estaba muy animada y quería que Félicité probase todos los sabores tal como nosotros mezclamos los ingredientes acá, de modo que, por varias veces, le ofrecí bocaditos escogidos en mi propio tenedor. A ella le extrañó que yo insistiera tanto en que comiese de mi cubierto y tuve que explicarle que en las mesas habaneras es habitual dar a probar cualquier platillo, guarnición o postre pasándose los tenedores de unos a otros, y que este modo de ofrecernos la degustación de los mejores bocados es señal de que acogemos al invitado con la hospitalidad que se merece. Mi explicación la divirtió tanto que el resto de la cena transcurrió en alegre intercambio de tenedores.

De postre sirvieron dulce de coco, pastelillos de caramelo vienés y variación de fruta fresca. Medio transfigurada, Félicité contempló el carmesí de los mameyes, los anones aromáticos, los caimitos violados y, con la emoción desbordándole en los ojos, confesó que se sentía feliz, pues los sabores de la cena le habían traído a la memoria el añorado recuerdo de las mesas de su infancia.

Triunfo rotundo. ¡Le había gustado la comida! Busqué la mirada de Ulises y le sonreí de reojo. ¡Quién nos lo hubiera dicho en el puerto!

Tras la sobremesa, subimos a la azotea y contemplamos la ciudad bajo las estrellas.

—Me encuentro muy a gusto en tu casa, Dulce... Te digo *merci* —dijo.

—De nada, por Dios. Tú ahora descansa, que mañana tendremos un día ocupado —indiqué, casi ante la puerta de su alcoba—. Acá solemos besarnos cuando nos deseamos las buenas noches... —propuse.

Aceptó con un tímido acercamiento de mejilla, pero ahí que nos hicimos tremendo lío, pues ella intentaba darme cuatro besos y yo aparté la cara tras el segundo.

—Felices sueños —me despedí—. ¡Qué contenta estoy de que hayas venido!

Y era la pura verdad.

Por la mañana, mientras tomaba el café, medité sobre lo injustas que pueden ser las primeras impresiones pues realmente ahora tenía la sensación de que, pese a todo, Félicité y yo habíamos conectado. También caí en la cuenta de que el día anterior, como la charla derivó hacia la literatura, habíamos conversado de mil cosas excepto de lo que en realidad nos traíamos entre manos. Estupendo, pensé, pues no era yo partidaria de entrar en materia sin que Xing estuviese presente.

Ella también bajó temprano. Mencionó que, a pesar de lo cansada que estaba anoche, le había costado lo suyo conciliar el sueño, pero parecía contenta y con mucha curiosidad por descubrir la ciudad. Me pareció buena idea, avisé a Ulises de que saldríamos y aprovecharíamos para acercarnos a una casa de modas donde le tomarían medidas para blusas, faldas y un par de vestidos. Además, encargáramos calzado fresco.

Félicité se sirvió café y a continuación preguntó si acá era habitual que una mujer pasease sola. Ante semejante disparate respondí que no tenía que preocuparse por eso, pues no habría ninguna necesidad de que tuviese que acudir sin compañía a parte alguna:

—Yo nunca, en toda mi vida, me he presentado sola en ningún sitio. Ni siquiera en la esquina de al doblar. Ya te dije ayer lo mucho que a las habaneras nos disgusta mancharnos de polvo la suela del escarpín. ¿Cómo íbamos a andar solas por las calles, si no nos bajamos del coche ni en las retretas del paseo? Además, se me ocurre que, si por ejemplo, tú fueses a salir sola, cosa que no pasará pues para eso me tienes a mí, a Ulises y a todos los sirvientes de la casa, pero vamos a suponer que sucediese y que precisases tomar una volanta, pues ahí mismo ya te toparías con la primera complicación.

—¿...?

—Sí mi amor. Parece raro pero es que acá resulta más que embarazoso explicar las direcciones. La Habana tiene seis distritos, treinta y siete barrios y sigue creciendo. Los caleseros no comprenden y se confunden. Tengo un amigo arquitecto, bastante redicho, que opina que el lío de las calles habaneras tiene que ver con lo que él llama «la fisonomía urbana colonial». A ver si me explico: para que te hagas idea, hasta hace poco la ciudad estuvo dividida en dos por una muralla que los españoles construyeron siglos atrás y, aunque la tal muralla empezó a ser demolida cuando yo era niña, en el imaginario de la gente es como si todavía existiese, lo cual quiere decir que,

al indicar una dirección, uno debe primero aclarar si el destino es intramuros o extramuros. Intramuros, que es donde nosotras estamos, abarca desde los restos de la muralla hasta el mar de la bahía y tiene dos distritos, el primero con seis barrios y el segundo con cinco. Por ello, tras indicar si uno va intramuros o extramuros hay que citar el barrio y a continuación el nombre de la calle, especificando en qué cuadra queda el lugar al que te diriges, por ejemplo cerca de cuál esquina o entre tal y tal travesía. Y, finalmente, mencionar a quién pertenece la finca a la que vas o quién vive en la casa.

—Complicado...

—Exacto. Por eso conviene hacerse acompañar por alguien de confianza que conozca la ciudad. Bueno, a decir verdad, aunque suena complejo, si uno se maneja no lo es tanto. Verás, si tú por un azar de la vida te encontrases sola en el puerto y quisieras venir a mi casa, tendrías que decirle al calesero: «Lléveme, por favor, intramuros, al distrito primero, barrio del Santo Cristo, calle Amargura, entre Aguacate y Compostela.» Y luego, ya cuando faltase poco para llegar, añadirías: «Deténgase ante la puerta de la casa chica del caballero Síndico, donde reside la señorita Dulce Elena Prieto.» Si lo dices así, te traen sin el menor desvío.

—¿«Casa chica», Dulce? ¡Pero esta casa es enorme! ¿Por qué casa chica?

Sonreí enigmática y deduje que el *cafesito* mañanero se nos iba a prolongar más de la cuenta. Igual daba. No había ninguna prisa. Tomaríamos otras tazas.

—Acomódate bien que ahora yo te voy a explicar por qué a esta casa se la conoce en toda La Habana como «la casa chica del caballero Síndico». Es algo que tiene que ver con nuestras costumbres y, sobre todo, con la manera en que nos manejamos acá.

»Desde los tiempos de mis bisabuelos y aun antes, sucedía que no pocos caballeros de buena posición disfrutaban de familia principal y familia sentimental. Es decir, tenían dos mujeres a las que en un momento dado amaban, o a las que amaban para siempre, las cuales generalmente les daban hijos y con las que, al final, constituían dos familias paralelas. No me mires así, que todavía es de uso. Con una de ellas suelen estar casados en matrimonio religioso y civil, y con la otra mantienen una unión amorosa, amarrada por la tranquilidad de contratos privados firmados ante notario, que avalan la legitimidad de una relación consentida por las dos partes. Los hijos

de ambas uniones son considerados todos herederos del padre; los de la casa grande llevan su apellido y los de la casa chica pueden llevarlo o no. El patrimonio privativo de cada esposa pasa directamente en herencia a sus hijos uterinos.

»Al principio, los casos de casas grandes y casas chicas se daban sobre todo entre españoles, los que más gallegos ricos, vizcaínos, asturianos y catalanes acaudalados que mantenían su casa grande en la Península y la casa chica en Cuba, generalmente secreta a ojos de la familia española. Pero ya tú sabes, las cosas buenas se imitan y no desagradan. Con el tiempo la costumbre fue arraigando y lo de tener casa grande y casa chica se volvió de lo más corriente. El caballero Síndico, mi señor padre, fue uno de esos casos. Castellano viejo, de incierta nobleza y chico caudal, vino a Cuba para medrar y hacer fortuna. Casado por algo de amor y mucho de interés, con una linda criolla de familia renombrada, fijó su casa grande en Santa Clara. Cuando el amor se enfrió, como ambos tenían intereses que proteger y una prole a la que había que sacar adelante, llegaron a un acuerdo. Con la disculpa de que, por trabajo, el caballero estaba obligado a trasladarse a La Habana, mi padre compró casa en la villa y se instaló solo. Al principio viajaba a Santa Clara de Pascuas en Ramos, donde era bien recibido pues cumplía religiosamente con sus obligaciones económicas, pero las visitas a la casa grande se fueron espaciando y llegó un día en que ya la presencia de mi padre solo era reclamada para figurar en ocasiones muy puntuales.

»Entretanto, acá, se hizo asiduo de los Prieto y Lamas, un matrimonio de españoles con una hija adolescente. A fuerza de tardes de tertulia, tazones de cacao, tabaco y juegos de naipes, el caballero se encariñó con la niña de los Prieto, mi mamá, que por entonces tenía doce años. Una cosa llevó a la otra, del cariño nació la pasión y de la pasión la imperiosa necesidad de estar juntos, por lo que empezaron a barajar la posibilidad de instalarse en casa chica.

»Pero no todo fueron rosas en esta historia; los enamorados sufrían la vigilancia y la férrea oposición de mis abuelos, que rechazaban la idea de ver a su única hija haciendo zafra en semejante cañaveral, pues para ella anhelaban un perfecto matrimonio religioso en la catedral, a ser posible con un español noble o un militar de buena cuna.

»Así estaban las cosas cuando nos atacó la peor de las calamidades. Fue en el año 1850, el cólera morbo entró en La Habana, se propagó como la

pólvora y se mantuvo en la ciudad por seis meses. En nuestra casa entró con un esclavo que enfermó y contagió a mis abuelos. Los dos fallecieron con solo doce días de diferencia.

»La niña de los Prieto, mi mamá, con apenas catorce años de edad, se encontró huérfana y única dueña de este caserón, la negrada toda y el patrimonio completo de los Prieto y Lamas. Pero también era deudora de cinco años de luto forzoso a cada progenitor fallecido más otros tres de alivio para cada uno, en total dieciséis años de recogimiento, y eso acá lo llevamos a rajatabla: contraventanas entornadas, ropaje negro, ausencia de salidas excepto a la iglesia, nada de reuniones, banquetes o música.

»Ante semejante panorama mi padre decidió atajar por la vereda recta y salvar su amor durante los años que durase el luto. Firmaron papeles y constituyeron una unión garantizada, totalmente segura para mi mamá. Con absoluta discreción, el caballero vendió su casa y se vino a establecer en casa chica. Simulando el más perfecto luto, vivieron el uno para el otro en perfecta armonía y felicidad, arreglaron la casona, instalaron el estudio de mi padre en la planta baja y, pasado un tiempo, tuvieron una hijita, que soy yo misma.

»Todo les iba de maravilla hasta que mi madre enfermó; la pobre ni llegó a aliviar el duelo por sus padres. Murió poco después de cumplir los veinte años y a mí me dejó huérfana con menos de dos. En honor a ella mis apellidos, el primero y el segundo, que acá tenemos dos, son los suyos. Yo me llamo Dulce Elena Prieto y Lamas y soy la Niña de la casa chica del caballero Síndico. Honor que le hago a mi mamá. Ese y no otro es el motivo de que a esta casona la sigan llamando así.

—Qué curioso —apostilló Félicité—. En mi país algo así sería bigamia...

—¿Bigamia, dices? ¡Acá le llamamos amor verdadero! Y basta ya de palique, ¡con tanto cuento vamos a perder la mañana!

[46](#). Anuncio publicado en el diario *Abc*. Madrid, 1872.

Chino solo bien se arregla

La jornada se escapó en lo que dura un avemaría. Ulises nos paseó como el sobresaliente calesero que es, cuidando que los baches no nos incomodasen demasiado, atento a nuestra sed y nuestro apetito, regalándonos ramilletes de menta para soportar los fétidos olores del mercado, arrimando lo más posible el quitrín a la bahía a fin de que sintiésemos la brisa del mar, pero vigilando que el sol no fuese a broncearnos la cara.

Recorrimos las cuarenta y cinco calles de intramuros contemplando sus edificios y monumentos; entramos a una casa de modas en Obispo, tomaron las medidas de Félicité y marcamos sobre un figurín los modelos de sus «nuevos vestidos tropicales», que en un par de días estarían para probar y al siguiente *prêts à porter* como dicen los franceses. Nos detuvimos en Las Delicias de las Damas y los vendedores sacaron a la calle las piezas de paño para que, desde el quitrín, apreciásemos texturas y colores a la luz del día. Dejamos separado un olán de hilo rosa claro y otro en tono heliotropo, ideales para blusas, un algodón gris, fresco y adecuado para vestidos de diario, y otro crudo más sufrido, combinado en rayadillo, para una falda.

Anduvimos paseos y plazas, admiramos casonas, fachadas y palacios, visitamos la catedral, la iglesia del Cristo del Buen Viaje, la del Espíritu Santo y en el distrito quinto, de extramuros, nos detuvimos en el Buen Pastor de Jesús del Monte, porque está situado en un alto tan despejado que es un deleite contemplar el Canal Viejo, el Morro, la Cabaña y La Habana entera a los pies del visitante.

De vuelta en el centro, Ulises nos trajo helados de chirimoya que degustamos en la plaza del Gobierno a la sombra de la arboleda. Desde el quitrín, Félicité observaba maravillada el zarandeo de las negras curras que matan las horas luciendo abalorios, fumando cigarros y paseando los flecos de sus mantas de burato por los soportales. También dimos buena cuenta de

un cartucho de buñuelos de carita de los que fríe la Jacinta, una lucumi dicharachera que trató a Ulises de «prietonazo palangana»⁴⁷ y, entre risas y bromas, se le acercó más de la cuenta.

A Félicité le sorprendía la alegría que domina acá en el trato callejero. Confesó que ni por asomo esperaba una ciudad tan cosmopolita con tantos cafés, hoteles, tabernas y heladerías rebosantes de clientela, y mucho menos que La Habana fuese a tener un ambiente tan señorial, «más que París», mencionando que le llamaba la atención el gran número de instituciones militares y las infinitas agencias de navegación, empresas de exportación, bancas, prestamistas y establecimientos relacionados con actividades portuarias y coloniales.

—¡Qué tú quieres! Como decimos acá, ¡el amor y el dinero no se pueden ocultar! —espeté. Y añadí—: Fíjate que en la Isla ahora mismo hay más de dos mil ingenios, la mayoría azucareros, trabajando día y noche para la exportación y como todos están ya mecanizados, producen el doble que antaño. Gracias al camino de hierro la producción llega directamente desde las centrales al puerto y de ahí se reparte por el mundo entero. Semejante opulencia, mal que bien, tiene que reflejarse en la vida cotidiana. ¡Por algo le dicen a Cuba «la Perla de las Antillas»!

En Teniente Rey esquina Compostela, recordé que necesitaba una pomada calmante de calenturas a base de sándalo y, como también me tocaba reponer el sirope de opio y alcanfor que me prescribió el doctor Valecillos para esta tos de pecho que no acaba de curar, entramos en La Reunión haciendo bromas con el nombre de la farmacia: «Esta botica se llama como la isla donde tú naciste.» Pese a que la clientela era numerosa, aceptaron mi comanda y, mientras disponían el pedido, tuvimos tiempo de sentarnos y admirar la belleza de los techos, las lámparas y el mobiliario.

—¡Pero este lugar es una joya! —exclamó Félicité, sobrecogida ante la preciosura del interior.

La cosa no era para menos, así que la puse en antecedentes:

—Estás en la farmacia más lujosa y exquisita de Cuba —expliqué—. La mejor de América, según dicen. Se llama La Reunión, pero nosotros le decimos Botica Sarrá, porque Sarrá es el apellido de sus dueños. Todos esos frascos de cristal que espejean en los anaqueles fueron fabricados especialmente para esta casa en Francia. El mostrador y los muebles están

hechos a mano con pura caoba, los tarros de botica, esos tan bellos, son más que antiguos, vinieron de España. Qué menos, todo a la altura de la reputación de la empresa y de sus propietarios. Ya ves cómo es de elegante la sala de espera, imagínate el resto... si te apetece, un día que haya menos clientes vendremos y nos mostrarán la rebotica. Es digna de ver.

Con tanto trajín, regresamos a la casa medio muertas. Nos acomodamos en el patio y nos refrescamos con unos mantecados. Felicité se abanicaba observando a Ulises, que había colocado el caballete y se disponía a dibujar. Viéndola tan relajada, pensé que tal vez fuese el momento de empezar a meternos en profundidades y, puesto que Xing iba ser nuestro anfitrión esa misma noche, pues estábamos invitadas a cenar en su casa, resolví comenzar por él.

Le hablé del oriental, de la entrañable amistad que nos une y, por supuesto, de Sol Naciente su tren de lavado.

—¡Ni de lejos te imaginas la ilusión que tiene por conocerte! Te aseguro que no ha pegado ojo desde que supo que ibas a subir al barco. ¡Y aun antes!

»En realidad, todos, conocidos, vecinos y clientes, conocemos y apreciamos a Venancio Xing, hombre sereno y de apariencia sosegada que propicia las confidencias. Y nos consta que, desde que llegó acá, sus dos únicas pasiones fueron la familia y el trabajo, digo fueron porque ni su esposa, la señora Xing, una chinita elegante, con sus túnicas de seda, sus collares de jade y el cabello reluciente, muy delicada en las formas y en los gestos, ni Ventura el único hijo que les nació y que se trajeron a Cuba con doce años, están ya entre nosotros. Menciono esto porque, siendo el negocio de los Xing tan popular y la pareja tan respetada en las sociedades chinas de La Habana, cuando la mala fortuna les pegó el zarpazo la gente se volcó con ellos.

»El hijo, un adolescente inquieto y vivaracho, fue el primer oriental que cursó estudios en el colegio San Melitón y a simple vista parecía muy respetuoso, pero la enorme fortuna de sus padres le puso las cosas demasiado fáciles; enseguida percibimos que mostraba pretensiones de comerse el mundo y una rara luz en su mirar oriental. Nada más cumplir los dieciocho se acomodó en la indolencia de la vida nocturna y las malas lenguas

murmuraban que al chico de los Xing se le veía demasiado en el barrio de San Isidro: alternaba con proxenetas y truhanes, visitaba fumaderos y se dejaba ver en compañía de chinos violentos. Las contundentes amonestaciones del señor Xing no lograron más que encandilar su soberbia. Ventura abandonó la casa de sus padres y, sin ocupación ni trabajo, se fue a vivir con dos prietas curras por la parte del cementerio.

»En el barrio chino comentaban que se la pasaba entre bellacos, jugaba naipes, portaba puñal y demasiados pesos en el saco del calzón. Tanta ansia de libertad y tan poca experiencia verdadera iban a causar el primer gran disgusto a la familia.

»Una madrugada, Ventura tuvo el mal poner de pelearse con otro chino, parece que un delincuente alborotador y perdonavidas. El tipo presumía de sanguinario y se jactaba de haber estado en prisión por turbulento. El muy lenguaraz desafió a Ventura en público, “siervo de blancos” dicen que le dijo, “hijo de *lavaprendas*”... Y ya uno sabe cómo acaban las reyertas entre chinos: miradas torvas, movimientos bruscos, puñales que asoman sin motivo, un mal golpe y sanseacabó.

»Total, que el cuerpo de Ventura se lo entregaron a su señor padre de mañanita, chorreando sangre y con las tripas fuera. Lo acarreaban cuatro chinos en el carretón del lavadero. Un horror.

»Ante tan trágico desenlace, a la señora Xing le cambió el color. Pese a todo, hizo acopio de fuerzas y se mantuvo erguida durante las exequias; funerales de honra en los que lavaron y prepararon el desvencijado cuerpo, lo vistieron, lo velaron, quemaron incienso, entonaron plegarias... La desconsolada madre soportó las ceremonias todas, cuatro días en silencio, vestida de blanco y sin tomar alimento, sufriendo en el alma la incompreensión de la dolorosa pérdida y en las entrañas la ausencia definitiva del hijo tan amado. Presenció la terrible escena de ver cómo su esposo depositaba unas monedas en la boca del cadáver. Cuando Ventura salió por última vez de su hogar, ella fue tras él. Acompañó a su hijo hasta el lugar que los habaneros llamamos “cementerio chino” y vigiló que enterrasen su cuerpo con la cabeza hacia el naciente.

»De vuelta en casa, la señora Xing abrazó a su esposo y lloró ante el infinito abatimiento de un hombre que había sido ejemplo de serenidad. No existía consuelo que pudiese amainar el sufrimiento de aquellas personas.

»Esa misma noche Liu Xing decidió que la vida no tenía sentido y se

encamó. Su alcoba se volvió un *entraysale* de doctores. Primero llamaron a Kan Shi Kom, el más reputado de los médicos chinos, que vivía en la misma calle del tren de lavado, o sea en Rayo pero esquina San José. Vino y observó con gravedad a la paciente; diagnosticó “melancolía profunda por pérdida desgarradora, con amago de desapego a la vida” y recomendó una ingesta de energizantes disueltos en jugo de frutas dulces que la enferma vomitó voluntariamente.

»Viendo que su esposa empeoraba, el señor Xing hizo llamar a cuantos doctores pudiesen resolver. Y qué sabios que eran todos; usaban espejuelos, entraban en la casa como con prisa, subían las escaleras maletín en mano y examinaban a la señora: le auscultaban el pecho, le medían el pulso, le miraban la lengua y la pupila del ojo, le olían el aliento, la escuchaban toser, inspirar, expirar... para luego retirarse y enunciar con absoluta seriedad los más erráticos diagnósticos: uno afirmó que sufría “descomposición en el hígado”, otro que el mal radicaba en el pecho, “principio de tisis por impotencia respiratoria”, y que era urgente alejarla del mar para llevarla a un lugar seco donde respirase mejor. Otros dos salieron cada cual con su zumba: el primero afirmó que la esposa de Xing tenía “porfiria”, y el segundo “pobreza en las arterias por depresión cerebral”.

»Por aquel cuarto desfiló lo mejorcito de la medicina, pero la señora languidecía sin remedio. Viendo que la cosa no avanzaba, propuse a Xing que lo intentase con Baudilio José Valecillos, mi médico. Le mandaron aviso y acudió de inmediato; tras estudiar a la enferma concluyó que se trataba de un mal claramente identificable: La paciente sufría una zozobra extrema que le provocaba “vahídos de angustia que afectan al corazón ralentizándole la sístole”, un cuadro que, de no superarse en setenta y dos horas, amenazaba con llevársela, pues ya la estaba sumiendo en la dejadez de sus funciones vitales. Sorpresivamente el primero y el último de los diagnósticos coincidían. El doctor Valecillos prescribió pequeñísimas dosis de cocaína, ingeridas varias veces al día disueltas en bebidas o alimentos azucarados, pero una vez más la enferma se negó a tragar nada. Deseaba morir y desdeñaba los amorosos cuidados que intentaban prodigarle. Tal como pronosticó Valecillos, tres días después Liu Xing abandonó este mundo.

—¡Triste historia! —lamentó Félicité.

—Un verdadero drama. En menos de siete días su esposo se encontró con dos sepelios en su haber y sin más compañía que una amargura infinita.

Aquí, en esta casa, lo vivimos como si la desgracia hubiese ocurrido en nuestra familia, fíjate que, en ausencia de Xing y durante el tiempo que fue preciso, Misterio se hizo cargo, ella sola, del tren de lavado, favor que ratificó la sincera amistad que se profesaban. ¡Si estarían unidos que cuando ya ella no trabajaba con él, seguía dejándose caer cada tarde por su despacho para hacerle compañía! No pasaba un solo día, ni domingo ni en semana, sin que Misterio se acercase al tren de lavado para compartir con él una taza de té.

»Los vecinos presentían que Venancio Xing estaba herido de muerte. Aunque disponía de docenas de domésticos, se negó a hacerse servir y no permitió que nadie pusiese de nuevo los pies en los cuartos de su hijo y de su esposa. Las mujeres de Rayo, que lo apreciaban de veras y les daba pena verlo apañándose solo, o comiendo en la ventana del tren el mismo rancho que sus empleados, cuando juzgaron que había transcurrido un tiempo prudencial enviaron una embajadora que le ofreció ayuda para las faenas de casa, “Chino solo bien se arregla”, respondió. Hubo quien se le vino a proponer para hacerle la comida a cambio de un pequeño jornal, “Chino solo bien se arregla”, manifestó de vuelta. Incluso alguna comadre, con segunda intención, se atrevió a insinuarle que un caballero tan formal y con tantos posibles no tendría problema para encontrar una mujer dispuesta a compartir su vida... “Chino solo bien se arregla”, fue la contundente y lapidaria respuesta del oriental a cada una de las proposiciones. Solo se quedó y en soledad fueron sus idas y venidas.

»Hasta el invierno del setenta y nueve, fecha de la muerte de Misterio. La encomienda que ella nos dejó hizo que Xing, que siempre había sido de dormir tranquilo y reposado, se volviese incapaz de pegar ojo. Le sobrevino un insomnio tan pertinaz que empezó a ser habitual verlo aparecer a horas intempestivas en las dependencias del tren de lavado. Se parapetaba en su escritorio y parecía querer acelerar el paso del tiempo organizando escritos, leyendo papeles, mirando mapas o cambiando legajos de sitio; unas veces recibía emisarios que desaparecían sin más, otras redactaba cartas o cursaba peticiones en paquetes sellados con destino a Dios sabe dónde. Trabajaba tanto que a los negros que velaban la candela de los tanques de sosa empezó a parecerles disparatada la actividad nocturna del patrón y corrieron la voz: “El chino anda indagando por encargo de una amiga muerta. Busca personas y no descansa ni se permite dormir.”

»Y así lleva dos años, sin pegar ojo, insomne, atareado y sin cesar en su

empeño. Yo pienso que lo que le sucede es que se siente en deuda con Misterio y teme ir a morir sin cumplir la voluntad de su amiga. Pero ya tú ves. ¡Conseguimos dar contigo! ¡Así que figúrate si estará impaciente por conocerte!

Como si de repente acabase de caer de un mango, Félicité intervino:

—Dulce, pero esa Misterio de la que hablas...

—Es la misma que dictó el testamento —aclaré—. Ya te dije que mi mamá murió joven y mi padre tuvo que buscar ayuda de mano. Misterio se ocupó de cuidarme a mí desde bien chica, de sacar adelante esta casa. Vivía con nosotros, acá mismo —señalé hacia una puerta con el abanico cerrado—, en ese cuarto.

Ya estaba. Había soltado una de las bombas. Ulises, pendiente a distancia de nuestra conversación, dejó de pintar.

—Perdona, Dulce. Yo creo que no estoy comprendiendo bien —insistió bastante desconcertada—. ¿Acabas de decir que el testamento por el que yo he viajado desde Francia es el de tu niñera?

—Verás... sí. Así es, pero...

—¿De una doméstica? ¿Tu cuidandera? ¡Una criada! —remachó—. ¿Yo he atravesado medio mundo por voluntad de..., ¡una sirvienta!?

La Félicité del puerto había vuelto a aflorar y se manifestaba en toda su dureza. «Hay que ver lo fea que se pone cuando se le agría el carácter», pensé, y quise puntualizar:

—No te confundas. Misterio me ha criado y me ha servido, pero nunca ha sido mi sirvienta. La cosa es complicada, Félicité, mucho más de lo que parece. Te aseguro que es más difícil de explicar que de comprender.

—¡Es que no veo qué relación tiene todo esto conmigo! —renegó.

Estaba nerviosa, con la mirada extraviada, y se abanicaba compulsivamente. Aprovechando su confusión, proseguí:

—Tranquila, que esta noche, en casa de Xing, vamos a desenredar la telaraña. Pero, para que dispongas de información, te avanzaré que Misterio, además de excelente cuidandera y ama de llaves, era experta planchadora, de las mejores de La Habana, tanto que su fama llegó a oídos de Xing y él la contrató para su tren de lavado, que era industria floreciente. Por ahí que les vino la amistad.

Hizo ademán de tomar la palabra pero no lo permití. Su irritación y su recelo eran tan evidentes que, cuando fue a abrir la boca, enarbolé tajante una

mano como queriendo decir «aguarda muchaaacha, que la que ahora habla soy yo», y tomé la delantera:

—Disculpa... ¿Qué yo estaba relatando? Ah, sí, explicaba que Misterio era africana, la esclavizaron de niña chica y anduvo dando tumbos por el mundo, por eso hablaba francés y ese es el motivo de que Ulises y yo nos manejemos en tu lengua. Ella llegó a Cuba como emancipada. Acá los africanos emancipados están sometidos a gobierno en tanto que no aprenden a hablar, la religión y un oficio, por eso ella tuvo que pasarse un tiempo trabajando «de aprendiz», alquilada por la Administración colonial a diferentes amos. Ya cuando demostró que sabía hablar español, que era buena planchadora y que conocía al Dios verdadero pudo faenar «de colona» varios años más, ahora mismo no recuerdo cuántos.

»En una ocasión tuvo problemas con sus documentos y acudió a la sindicatura de mi señor padre. Él la vio y le gustó, tanto que quiso que se quedase con nosotros para ocuparse de mí y de esta casa. Y así fue. Poco después se casó; al principio ella y su esposo vivían en cuartos alquilados, pero ya luego se instalaron con nosotros. Los dos fallecieron en esta casa. Bueno, esto que te estoy contando son solo minucias, unas pocas pinceladas que te ayudarán a entender por qué Misterio es importante para nosotros.

Como reparé que ella todavía me escuchaba con desconfianza, decidí cortar por lo sano:

—¡Huyyy...! ¡Con tanto parloteo se nos ha hecho retarde! ¡Va a ser mejor que empecemos a prepararnos, no vayamos a llegar con retraso!

Eso hicimos, aunque ella con cara de muy pocos amigos. Y cuando llegamos al tren de lavado mi sorpresa fue mayúscula. Cuatro chinos con coleta impecablemente vestidos nos esperaban en la calle para conducirnos a la planta alta. Xing había ordenado perfumar el ambiente, colocar flores y encender docenas de antorchas que señalaban el camino a la terraza. La imagen vespertina del patio totalmente iluminado era grandiosa, yo nunca lo había contemplado así y ni siquiera sospechaba que, visto desde lo alto, aquel lugar, con todos sus trabajadores silenciosos y expectantes ante nuestra llegada, pudiera resultar tan bello.

Nuestro anfitrión nos recibió en el corredor vistiendo una magnífica

túnica color tabaco. Sonriente, me saludó con una de sus reverencias y a continuación se dirigió a Félicité. Entre cortesías de bienvenida y gozosas inclinaciones de cabeza le entregó un bello ramillete de mariposas blancas —«Es la flor de Cuba», aclaró—, y la abrazó repetidas veces estrechándole ambas manos. Se le veía feliz y muy locuaz, le preguntó por el viaje, por el calor, por su opinión sobre «esta caótica ciudad de La Habana» y bromeó con ella mencionándole que si no era bien tratada en mi casa, en el tren de lavado siempre habría un tanque de enjuague dispuesto para acogerla. Simpatizaron de inmediato. «Lo que son las cosas —pensé para mis adentros—, al final Félicité y el señor Xing han congeniado a la primera.»

Tomamos el aperitivo en la azotea disfrutando la impresionante vista de la ciudad y a continuación pasamos al interior. El comedor de aparato había sido decorado con más de una docena de preciosas jaulas de bambú habitadas por parejas de tocomoros azules, y la mesa, dispuesta muy cerca del mirador, lucía especial para la ocasión. Desde que su hijo y su esposa faltaran era la primera vez que Xing abría la casa para ofrecer una cena y, reparando en los prodigios de manteles, la delicada porcelana y el finísimo cristal desplegado ante nosotros, recordé con tristeza a nuestra añorada Liu Xing.

Sin prisa, ocupamos tres puestos en torno a la mesa y asistimos a un desfile de platos exquisitos bellamente presentados e impecablemente servidos. Un menú chino de diez y ocho especialidades, según Xing «una por cada mes que tardamos en dar contigo y convencerte de que vinieses», que degustamos en animada charla.

Con los postres sirvieron champaña francés en honor de la recién llegada y nuestro anfitrión nos sorprendió con un brindis inesperado:

—¡A la salud de las madres valientes, de las hijas hermosas y de los amigos fieles!

Brindamos con alegría, por supuesto, pero yo casi me atraganto.

A partir de ahí presencié, cual testigo mudo, cómo el oriental, con absoluta naturalidad y sin paliativo alguno, entraba en materia: Xing habló primero de Misterio, de su relación con él y conmigo, de la encomienda que nos dejó, de sus memorias y de lo que en ellas habíamos descubierto. También de nuestras múltiples pesquisas y de la felicidad que sentimos cuando tuvimos la certeza de haber encontrado a Félicité. Ella, a pesar de que todavía ignoraba por dónde iban los tiros, seguía el relato del oriental sorbiendo cada frase como quien saborea un trago de licor, en espera de

descubrir una explicación plausible al hecho que su nombre se citase «en el misterioso testamento de mi doméstica», frase que Xing no paraba de repetir.

La luz del quinqué iluminaba suavemente el óvalo de su cara y desde mi puesto pude observar cómo, conforme Xing avanzaba en la historia, el asombro en el rostro de la francesa crecía más y más. Sus pupilas llegaron al máximo de su tamaño cuando él hizo referencia a que, de joven, Misterio había sido esclava en Bourbon y que de ahí les venía a ambas la relación.

—En Bourbon tenía otro nombre. Se llamaba Marie Neige y era propiedad de *l'abbé curé* Alexandre Hyppolite Monnet, el cual le dio su apellido.

—¡*Le père* Monnet! De él sí he oído hablar, claro. Mucho. Aunque no llegué a conocerle. Le decían «*le Père des Noirs*».

—En efecto. Y cuando a Monnet lo expulsan de Bourbon, por ser como tú dices «amigo de los negros», decide dejar en usufructo a su esclava Marie Neige en la Plantation Payet.

—¿Con los Payet? ¿Está usted seguro? Porque los patrones de la Plantation Payet eran mis padres...

—Estamos seguros, sí. Claro que estamos seguros —dijo, y añadió sonriendo—: En esas páginas se habla mucho de ti. —Señaló con el dedo la carpeta de las memorias, que descansaba sobre un mueble.

—*Ah, bon?* —se sorprendió ella.

Yo, que asistía a la escena con el alma en vilo, empecé a notar extrañas olas de calor que me subían y bajaban por todo el cuerpo, destemplanzas que se acrecentaban con solo imaginar la reacción de Félicité cuando supiese que la mujer que siempre había tenido por madre resultaba no serlo; que su madre verdadera era una africana esclava y que, en consecuencia... ¡ella no era blanca, sino parda blanconaza!

Ya estaba a punto de pedir permiso para salir a tomar el aire cuando Xing soltó:

—La esclava Marie Neige Monnet tuvo una hija con el amo de la Plantation, tu señor padre.

Me quedé en suspenso, sentí como si todos los músculos del cuerpo se me hubiesen anquilosado a la vez y contuve el aliento.

Boquiabierta ante lo que acababa de oír, se cubrió la boca con las manos.

—¡Ah, así que, finalmente, era eso! —dedujo, al tiempo que intentaba

reprimir unas risitas que, desde nuestro punto de vista, estaban fuera de lugar —. ¡Vaya, vaya, vaya...! ¡No me digan que tengo una hermana mayor! — exclamó divertida—. ¿Es ella que me busca, la del testamento?

Ahí fue cuando decidí colaborar activamente en la ofensiva. No sé de dónde me llegaron las fuerzas, pero tuve claro que debía comprometerme y afrontar una parte de toda aquella descarga de artillería. Se lo debía a Misterio. Miré a Xing y él supo que yo iba a ir a por todas:

—Pues sí. Es la persona del testamento. Pero no es tu hermana.

Nos escuchaba con el embeleso que muestran los niños cuando les están contando un cuento. Viéndola tan ilusionada, pensé que se parecía muchísimo a su madre. Proseguí:

—La esclava Marie Neige Monnet, a quien nosotros conocemos como Misterio del Cobre Barthélemy, era tu madre uterina. Tu verdadera mamá.

—*Quoi?*...

—Sí, Félicité —proseguí con la voz más suave que logré extraer de mi garganta—. Tú eres la hija que la esclava Marie Neige tuvo con el patrón de la Plantation Payet.

Ahora la paralizada era ella. Había palidecido y respiraba con dificultad. Se abanicó de malos modos.

—Os separaron a los pocos días de nacer tú. Te arrebataron de sus brazos por orden de tu papá. Pero ni un solo día de su vida dejó tu madre de tenerte en su pensamiento.

Le costó salir del pasmo y recobrar la compostura. Cuando finalmente lo hizo, ya el rostro se le había trastornado y de nuevo mostraba cara de vinagre. Entonces asistimos a una perfecta explosión de rayos y centellas.

—¡Cómo ustedes dos pueden afirmar eso! ¿Cómo se atreven...? ¡No puede ser!

Estaba tan furiosa que nos trataba de usted. Lanzaba miradas arrogantes, toqueteaba nerviosa los cubiertos, plegaba y desplegab su servilleta, tomaba sorbos de agua haciendo tintinear demasiado la copa y murmuraba irritadas expresiones en un francés que, a mi modesto entender, sonaba poco ortodoxo.

—*C'est scandaleux, dites donc!* ¿Acaso disponen ustedes de pruebas?

—¿Qué mejor prueba que su insistencia en dar contigo, mismo después de muerta? ¿Qué mejor argumento que tu propia presencia acá, por voluntad suya?

Me fulminó con la mirada. Temí que fuese a perder las formas y

arrojarme el frutero de los mangos. Mi insistencia estaba siendo cruel pero no era momento de aflojar, así que decidí ser contundente:

—¿Pruebas, pides, Félicité? Pues, si lo que deseas son pruebas, se me ocurre que mires en ti misma, pues tal vez conserves una. Algo que te ha acompañado tooda tu vida: tiene forma de cruz y la llevas en la parte alta del brazo derecho.

Parpadeó. Estaba perpleja.

—¿Cómo sabes? —titubeó.

—Misterio lo dejó dicho. —Señalé con mi dedo índice las memorias.

El enojo inicial cedió paso a una vacilación de profundo disgusto.

—Sí —balbuceó—, en efecto. Tengo una marca. Es de nacimiento. Un capricho de Dios Nuestro Señor, decía mi madre.

—Bueeeeno... En este caso, Dios tuvo bastante poco que ver. Esa marca fue un empeño de tu mamá, para reconocerte en caso de que os separasen. Tu piel era tan clara que temía que te fuesen a robar y te la hizo con la espina de un pescado.

Enmudeció. Le temblaba el labio inferior y estaba a punto de desmoronarse. Xing, que había presenciado la escena en silencio, intervino:

—Las memorias que ella misma dictó relatan que, tal como acaba de explicar Dulce, días después de tu nacimiento, tu padre ordenó que te separasen de tu madre y te entregasen a su esposa, que no tenía hijos.

Ahora parecía aturdida, confusa. Los ojos se le habían anegado en lágrimas. Xing fue hasta el mueble, tomó la carpeta y se la ofreció.

—Todo está aquí, Félicité. Nombres, lugares... todo.

Miró la carpeta medio ofuscada, como sin saber qué hacer. Dudó unos segundos pero la agarró.

Intenté tranquilizarla con el tono más conciliador de mi repertorio:

—Tranquila, que nosotros nos hacemos cargo. No tienes que preocuparte por nada. Estamos muy contentos de tenerte acá. Mucho. Y a tu disposición, para lo que necesites.

Antes de que los nervios la traicionasen, hizo un discreto aparte y me rogó:

—Dulce, *s'il te plaît*, ¿podemos irnos?

—Por supuesto —respondí. Y me dirigí a nuestro anfitrión—: Una velada excelente y qué delicia de cena. No sabe cómo hemos apreciado todos sus desvelos, señor Xing. Y este ambiente mágico, con los pájaros, las luces...

Es una pena pero vamos a tener que retirarnos...

Él comprendió y correspondió a mis palabras con profundas inclinaciones de la cabeza. Nos despidió, a mí con un beso y a ella con un largo y sentido abrazo. Un simple gesto suyo bastó para que los criados advirtiesen a nuestro calesero.

Atravesamos el patio en silencio. Ella circunspecta y ensimismada, yo con mucha preocupación. Ulises aguardaba a pie de quitrín.

—A casa —dije.

—Siempre a la orden —repuso.

Alguien estaba a punto de sumirse en una larga y emocionante noche de lectura.

[47](#). Prieto: persona negra. Prietonazo: aumentativo cariñoso con el significado de «guapo». Palangana: llamamiento vulgar, referido al negro elegante que domina el castellano y lo habla con elocuencia.

Blancos contra blancos

Tal como sospeché, aquella noche Félicité no pegó ojo. Y a decir verdad, yo tampoco. Los dos días que siguieron también se los pasó concentrada en la lectura. No se dejaba ver más que a ratos cortos y a la hora del almuerzo, según ella para hacerme compañía. Por supuesto también cenábamos juntas aunque en la primera noche, supongo que por el nerviosismo derivado de cuanto acababa de descubrir y de la realidad a la que intentaba enfrentarse, la conversación se limitó a urbanidades de mesa, ella distraída en sus preocupaciones y yo respetando su silencio.

Pero, como dice el proverbio, pasada la tormenta regresa la calma, y, tras un lapsus de profunda zozobra por su parte y fuertes dosis de paciencia por la mía, al tercer día la situación empezó a normalizarse.

Félicité avanzaba con lentitud en las memorias de Misterio, le costaba trabajo comprender la caligrafía española y para colmo, cada dos por tres se tropezaba con cubanismos que la confundían y la obligaban a detenerse. Adoptamos la costumbre de instalarnos cerca de modo que, sin perder el hilo de la historia, ella pudiese detener la lectura para pedir aclaraciones.

El primer malentendido que se topó fue justamente el significado de la palabra «emancipada», término que ella conocía bien pero que, tal como se entendía en el manuscrito, la estaba desconcertando.

—No me extraña que te llame la atención —manifesté acomodándome en mi balance—, ya yo sé que «emancipada» en francés se dice «*affranchie*», y en castellano «liberta», pero entre nosotros el término tiene un significado bien distinto.

Se sorprendió. ¿Qué otro sentido podría tener un vocablo tan universal y contundente? Emancipar significa exactamente lo mismo en todas partes: liberar a alguien del estado de esclavitud...

—¡En todas partes menos en Cuba, mi amor! ¡Cuida y que no te

confundan las palabras, porque acá cada palo tiene su son y ninguno se baila parejo!

»Verás, la cosa reside en que el término responde a un concepto directamente relacionado con una anomalía del sistema esclavista español que, por desgracia, aún perdura en las Antillas. Acá llamamos “emancipados” a los africanos que, destinados a ser esclavos, llegan a Cuba en barcos españoles capturados por los navíos de guerra que patrullan el océano para impedir la trata; suelen ser buques de reinos en los que ya la esclavitud está abolida y que tienen derecho de “visita” a cualquier barco sospechoso de comercio ilícito. Las ordenanzas indican que, si en dicha visita se comprueba que la nave transporta esclavos, el barco debe ser declarado “buena presa”, su tripulación arrestada y los africanos desembarcados en el primer puerto.

—¿Y qué sucede con ellos? ¿Los retornan a África?

—*Voilà...* ¡Ahí está la cosa! En realidad, la ley indica que el Estado ha de expedirles papeles de emancipados y que pasado cierto tiempo recibirán sus cartas de libertad, pero, como decimos acá, «del dicho al hecho siempre va un buen trecho».

Me abaniqué, serví unas copitas de licor de rosa y me dispuse a profundizar en el asunto:

—Esa gente, cuando llega a Cuba, ni es cristiana, ni habla español, ni entiende cómo se vive en una ciudad, ni tiene oficio alguno con el que ganarse la vida. Y la Administración colonial establece que, en tanto no se preparen para integrarse acá, los emancipados han de estar «sometidos a gobierno», es decir, depender del Estado. Ahí mismo surge la tremenda paradoja: el mismo Gobierno que, en teoría, debe liberarlos, los mantiene en un depósito, los alquila a particulares como si fuesen siervos, cobra sus alquileres e impide que lleguen a obtener su libertad con todo tipo de dilaciones. El asunto no es reciente y ha llegado a tener su trascendencia, fíjate que hasta un Capitán General llegó a afirmar que los emancipados en Cuba eran «una nueva clase de color que ni es sierva ni puede dejar de serlo». Una verdadera lástima.

—Desde luego —intervino Félicité—, porque si ya es espantoso ser esclavo de un amo, no quiero ni pensar lo que debe de ser verse esclavo del Gobierno.

—El caso de Misterio es perfecto para comprender las tribulaciones que sufrían los emancipados. Fíjate, si no recuerdo mal, ella llega a La Habana en

el cincuenta y dos, la declaran emancipada y primero trabaja como «aprendiza» alquilada por «tenedores de emancipados» que acuden al Depósito o al Hospital de Paula y contratan mano de obra económica para trabajos de una tarde, dos días o una semana. Entre amo y amo la devuelven al Depósito, y cada vez que esto sucede dejan de contabilizarle los servicios. Cuando por fin logra cumplir sus cinco años de aprendiz todavía tiene que seguir sometida a gobierno, pero ahora como «colona», arrendada a sucesivos amos, eso sí, con derecho a un pequeñísimo salario del cual ha de entregar una parte en el Depósito. La pobre pasa años y años faenando mucho y cobrando una miseria, hasta el verano del setenta que recibe su carta de exención de dependencia del Gobierno y, por tanto, accede a la condición de «libre de color». Si echas la cuenta, verás que al final Misterio vivió sometida a servidumbre más de dieciocho años.

—Pero ¿la ley no indicaba que iba a obtener carta de libertad en cuanto se hiciese cristiana, hablase español y tuviese un oficio?

Asentí meneando la cabeza y dije:

—«¡Derecho de siervo, provecho de amo!» Ahora ya tú comprendes lo que acá significa la palabra emancipado.

Me acerqué a la mesita y localicé entre las memorias el capítulo que narraba el apresamiento del barco que la transportaba y su llegada a Cuba. Se lo ofrecí. Félicité lo tomó y leyó:

Ningún viento es favorable para el que no sabe adónde va. Eso afirman los marinos y es gran verdad que tengo muy presente.

En el barco el tiempo transcurría lento. Como yo era joven, me responsabilizaron de los pequeños, ocho en total. Los niños se hicieron a estar conmigo y me seguían a todas partes. Nos permitían permanecer en cubierta a cambio de mantenernos siempre juntos.

Pasé hambre, pero no tanta como los que iban en la bodega, como era escurridiza, me deslizaba donde el cocinero y lograba rebañar para nosotros los restos de comida que quedaban en las paredes de los calderos.

Como el capitán no quería vernos entorpeciendo la faena de los marineros ordenó que subiesen de la bodega a otra mujer, una yoruba, para que nos mantuviese a raya. De todas las mujeres que iban en el barco era la de más edad y, por respeto, nos dirigíamos a ella diciendo

Iya.⁴⁸ El día que la subieron a cubierta dio gracias a Dios por ver de nuevo el sol y se acercó a nuestro grupo, nos abrazó uno a uno y nos regaló palabras amables, los niños la rodearon y a partir de ahí ya no nos alejamos de ella. Nos cuidó con cariño, era paciente y contaba hermosas historias que escuchábamos con embeleso. Un día nos cantó.

Iya tenía un cinturón con cauries y abalorios, señal de que había sido, o era aún, nunca lo supimos porque no hablaba de sí misma, esposa o hermana de rey. Cada vez que la luna asomaba en el cielo hacía una marca en su cinturón. Un día se puso mala, muy enferma, y poco después murió. Mandaron subir a otra mujer, una bambara. Ella envolvió el cuerpo de *Iya* en una tela y dos blancos lo lanzaron por la borda. Al caer sonó *chaff*, todos oímos el ruido. La bambara se ciñó el cinturón de *Iya* y siguió poniendo marcas en él, gracias a su afán supimos con certeza el tiempo que tardamos en atravesar el agua. Pero a ella no la llamábamos *Iya*.

Una mañana, los hombres que iban en las velas lanzaron voces. Una nave venía hacia nosotros y todos se pusieron alerta, estaban como locos, gritaban: «¡Inglés, inglés!» Un buque se acercaba al nuestro y el capitán intentó escapar virando de repente. Los que estábamos en cubierta pensamos que aquello iba a voltear porque casi nos vimos en el agua. Fue tal el bamboleo del bandazo que los pequeños se asustaron y empezaron a llorar; la bambara nos amarró con cuerdas unos a otros para que nadie fuese a salir despedido.

Los españoles no parecían contentos con la presencia del inglés, el que menos el capitán que corría, se desgañitaba, apretaba mucho el arma contra el cuerpo y observaba furioso lo que sucedía. Los del otro barco insistían: preguntaban por nuestra bandera y reclamaban «visita» para comprobar la carga. La carga éramos nosotros.

Hubo confusión; los pequeños, la mujer y yo nos ocultamos entre unos pertrechos, pero alguien jaló nuestra cuerda y nos arrastró a la barriga del barco. Nos encerraron en la bodega y taponaron la entrada, amenazando con palabras nerviosas: no había que hablar ni hacer ruido.

Nos quedamos juntos, apretujados, en completa oscuridad. Arriba seguían los traspies con ruido de lucha, disparos y gritos. Abajo nos reencontramos con decenas de hombres amontonados, anillados por el

cuello, encadenados de manos y pies, rodeados de su propia basura. Hacía calor. Mucho. Y olía muy mal.

Como si el cielo se hubiese derrumbado de golpe sobre mi cabeza, pensé: «Qué tristeza tan bravos guerreros en semejante estado.» Desde el fondo de la bodega un diola rompió el silencio para preguntar qué pasaba. La sarakolé que repartía agua a la tripulación respondió en voz baja: «Blancos contra blancos. Guerra de blancos.» Uno de los mandingas sentenció: «Cuando los elefantes luchan la que sufre es la hierba.»

Y los otros repitieron: «Sí. La que sufre es la hierba.»

Presentí el peligro. Los pasos y el griterío ya sonaban cerca; abrían puertas, zarandeaban objetos y muebles, arrastraban bultos. Cavilé: «Si a causa de su lucha el barco se rompe y se va al fondo del agua, ¿cómo van a salvarse los guerreros, atados como están a esas argollas y con los tobillos amarrados a grilletes?»

No tardaron en dar con nosotros, retiraron la reja y ahí sí que se armó el tumulto: nos miraban horrorizados, se tapaban la nariz, exclamaban que éramos trata, tráfico, que ya no estaba permitido llevar esclavos. Que no se podía, no señor, que lo prohibía el rey.

Ordenaron que saliésemos a cubierta y yo encaminé el grupo de los niños. Estos blancos no eran como los otros, las órdenes de su jefe semejaban aullidos, vestían de colorado, su piel era muy rosa, tenían cabello amarillo y ojos pequeños, pero también iban armados y parecían violentos.

Soltaron los grillos de los hombres para que pudiesen salir de la bodega, cosa que hicieron con dificultad porque estaban muy débiles. Era la primera vez que caminaban en semanas, les fallaban las piernas y con las pesadas cadenas, se movían despacio. El sol les cegó y no pocos se espantaron cuando vieron que el barco estaba rodeado de agua.

Cuando todos estuvimos en cubierta la mujer bambara, que era devota, quiso dar gracias a Dios y empezó a recitar las letras que forman el sagrado nombre de Alá: «*alif, lam, lam, ha... alif, lam, lam, ha... alif, lam, lam, ha... alif, lam, lam, ha...*»; los pequeños la imitamos enseguida. Una y otra vez repetimos las cuatro letras «*alif, lam, lam, ha*», el rezo contagió a los hombres, que hicieron sonar sus cadenas acompañando nuestras palabras a un son y era bonito, como una oración.

Como no comprendían lo que decíamos, los ingleses debieron de pensar que les agradecíamos haber apresado la nave, porque se miraron unos a otros y parecieron ponerse contentos. Yo me figuré que por fin había sucedido algo bueno y que nuestra calamidad estaba a punto de finalizar, así que me adelanté e imploré:

—*Messieurs, nous avons soif. Les enfants ont très soif. Donnez-nous de l'eau, pour l'amour de Dieu!*⁴⁹

Y uno de ellos exclamó: «¡Esa habla francés!», y vino junto a mí queriendo hacer preguntas, pero cuando intentó conversar comprendí que hablaba raro, lo que decía semejaba francés pero no era, solo se parecía. Preguntaba: «*Afrika?*, *Nation?*, *Gold Coast?*, *Tribe?*», y hacía gestos de querer indagar el nombre de nuestras tribus, el lugar donde nos obligaron a subir al barco y el número de cuerpos que los españoles habían arrojado al agua. Yo hubiera querido dar respuestas, pero era difícil porque el hombre que parecía que hablaba francés, cuando yo hablaba no me comprendía.

De poco sirvió que el guerrero *malinké* tomase la palabra con dignidad para decir lo mucho que agradecíamos a estos blancos habernos liberado de los españoles y explicar que nuestro único deseo era regresar al otro lado del agua, a nuestros poblados y con nuestra gente, porque no éramos ladrones ni asesinos, sino personas capturadas contra nuestra voluntad. De nada sirvió que contase que, durante la travesía, los hombres menos fuertes y algunas mujeres se habían contagiado de fiebres y que todos los enfermos, incluido un recién nacido, fueron lanzados vivos al agua salada. Ni que hablase de los castigos, las palizas, de las mujeres y niñas tomadas por los blancos hasta romperlas o volverlas locas, de las ratas muertas entre la harina de mijo o de los gusanos que nadaban sobre el agua de beber. Aquellos blancos no comprendían ni una sola de sus palabras.

No sabíamos lo que iba a suceder, pero el resto de la travesía fue sosegada. Los ingleses comandaron la nave y organizaron nuestra vida sin castigos. Una mañana escuché que los marineros se movían con pasos apurados y comprendí que había novedad. Me asomé y vi que estábamos cerca de la costa. En tierra había gente trajinando, negros y pardos vestidos como blancos que parecían gozar de buena vida y no

tenían aspecto de estar hambrientos. A medida que nuestro barco se aproximaba detenían la faena y se llevaban las manos a la cabeza o se hacían cruces. No era para menos: sucios, medio desnudos y enfermos, no despertábamos otra cosa que piedad.

La ciudad se llamaba La Habana, y cuando llegamos ya los blancos no tenían derecho a llevar más esclavos a la Isla, no señor. Así que nos bajaron a tierra para meternos en un lugar al que le decían «el Barracón». Nuestra presencia era un problema y, como había que resolver, iban a darnos un «certificado de emancipación».

En el Barracón conocí a Aminata, era peul, como yo; la habían comprado al llegar, pero aguardaba allí hasta curar un feo tajo en una pierna que se le había infectado, ya luego vendrían a recogerla y la llevarían a una vega. En los días que estuvimos juntas se hizo cargo de mí y no paraba de decirme que yo tenía que dar muchas gracias a Dios por la fortuna de ser emancipada.

Para que yo no temiese nada, Aminata me contó lo que iba a suceder; dijo que nos mandarían llamar de tres en tres para anotarnos. Pondrían mi nombre y mi edad en un pedazo de papel que se llama documento, me explicó que acá los papeles son importantes y una negra no puede hacer nada, ni trabajar, ni andar por la calle, ni estar *pará* contra un muro, sin llevar encima el documento que le dan al llegar, porque indica quién una es, a quién pertenece y dónde está ese lugar. Yo deseaba con gran ansiedad poseer el mío.

Pero antes tenían que pasarme revista. Y cuando llegó mi turno sucedió tal como Aminata había relatado: «Uno que apunta nombres mandó entrar, era un blanco *tóo* flaco que *parese* enfermo de mosquito. Fui junto a él, se paró, tosió y escupió en el piso. Me miró de lejos. Vino. Se *asercó* y aspiró el olor mío. Mandó *paseá palante* y *patrás*. Palmeó el cuerpo con la mano suya y dijo “esta mide nueve palmos”. Mandó *abrí* boca y *enseñá* dientes. Mandó *quitá* ropa, tocó pecho y levantó brazos *pa mirá* si hay pelo abajo. Mandó *enseñá tóo pa vé* si estoy mala. Pero Aminata *tá* bien. Y como *tóo* era bueno y limpio, el blanco puso un nombre y dio papel.»

Igual pasó conmigo. Mismo blanco sudoroso, parejo baile, igual *palmeo*, exacta revisión. Y como ya yo estaba bautizada ni siquiera tuvieron que devanarse los sesos para ponerme nombre. Apuntaron el

que tenía, pero mal escrito; en vez de Marie Neige Monnet pusieron «Marinés Monés».

Dieciséis. Fue el tiempo que me anotaron; un hombre dijo: «Dieciséis. A esta apúntele dieciséis añitos. Puro cacao va a saborear el que se la lleve.» Y el otro puso lo que le mandaron. Como acá no hay ancianos que conozcan al padre y a la madre de una, nadie indaga. No, señor. Sin ancianos no hay quien sepa la edad de la gente. Ya cuando yo supe hablar español expliqué al ama que en África había visto pasar quince estaciones; y antes de llegar a Cuba, en la isla Bourbon, diez más; y que hacía casi dos años que estaba en La Habana. Ella hizo la cuenta y mandó cambiar la edad en mi papel. Puso veinte. Y a partir de entonces esa fue la edad que me fueron contando.

Aminata dijo que, como ya yo sabía del manejo de casas de blancos, si tenía la fortuna de dar con un ama que me aprendiese español y a trabajar al estilo de acá, todo iría bien. Me recomendó no salir de La Habana porque en el campo escaseaban las hembras y podía tener un mal encuentro. Me contó también que los blancos *namás* compraban negros machos y, sin mujeres, los esclavos caían enfermos, o cimarroneaban, o se dejaban morir de pura tristeza. Y que como perder esclavos es grave asunto, los amos se reunieron para buscar solución. Tras mucho juntarse, beber ron y pensar a gritos, cavilaron que quizá los negros estarían más mansos si tuviesen hembras y que durarían más tiempo si permitían que, los más sumisos, saliesen de los barracones para encontrarse con ellas. Pensaron también que no estaría de más consentir que los de mejor comportamiento construyesen chozas propias donde vivir en familia y hasta concederles pequeños conucos cercanos al ingenio para trabajar el día domingo, serían terrenos diminutos que los esclavos podrían cultivar en provecho propio, de tal modo quedarían los negros agradecidos y bien fijados a la tierra. Pero convinieron que esto había que hacerlo con tiento, y solo a modo de estímulo, no fuese a creer todo esclavo que tener mujer y tierra sea un derecho y el premio de unos pocos mudase en exigencia de los otros.

Devanándose los sesos, los hacendados llegaron a la conclusión de que resultaba menos caro hacer camada de esclavos en la propia finca en vez de seguir encargando machos a África y decidieron que ya *namás* que comprarían hembras a los negreros.

Cuando yo llegué hacía ya tiempo que los amos andaban en lo de traer hembras. Sí señor, querían llenar de criollos las haciendas y preferían comprar niñas o esclavas jovencitas. Por eso Aminata decía que yo tenía suerte de ser emancipada y quedarme en la ciudad sin que me llevaran a las haciendas, porque allá buscaban muchachas de mi tiempo para aumentar las negradas. Me explicó que a las parejas las juntaba el amo; cuando quería cruzar un esclavo le ordenaba construir una choza y lo metía con una hembra hasta que la mujer mostraba barriga. Luego, si convenía, los dejaba juntos, y si no los separaba. Cuando nacía el criollo era propiedad del amo. Un *muleque* más. Y si la madre estaba sana el amo la alquilaba «con cría o sin cría», para amamantar hijos de blancos. A eso le llamaban *nodrescer*, dar la leche de una a hijos de mujeres que no pueden criar, porque las blancas acá se debilitan con las fiebres. Sí señor, los hijos de madres que no producen alimento tienen que mamar leche de esclava.

Pero algunas veces las cosas se torcían y sucedían contra el gusto del patrón. En las plantaciones las mujeres morían de parto y a no pocas de las que alumbraban criaturas sanas se les morían antes de cumplir el año. Morían ocho niños de cada diez, sobre todo en julio y agosto. Este último mes era malo en todas partes, en el campo por el mosquito, las malas aguas y el calor que pudre la comida; en la costa por la fiebre y las viruelas.

También había mujeres que, por tristeza, no empreñaban, Mariana fulbé Acosta fue una de ellas. Era una negra muy linda pero melancólica, que lucía larga melena peinada en caminitos recogidos en lo alto. Mariana estaba entera y con excelente salud, cuando el patrón Acosta la compró, le regaló su apellido y se la quiso disfrutar; como era hembra hermosa la tuvo con él un tiempito, pero no empreñó. Cuando se aburrió, el amo la regaló a un capataz que se la cedió a sus tres hijos pero tampoco. La fulbé no encintaba. La cruzaron con ararás, lucumis, mandingas... Nada. Con ninguno.

Alcanzó a ser la primera doméstica de la casa grande, y a eso no llega cualquiera. La esposa del amo la tenía en tanto aprecio que le

confiaba las cerraduras de puertas y escaparates. Mariana supervisaba la casa de arriba abajo con el mazo de llaves guindando en la cintura y todos la respetaban por limpia, diligente y organizada. Ella sola cuidaba de la anciana madre del patrón, del ama misma, que era de salud delicada, y de sus cuatro hijas, las niñas de la plantación. Esclavas como ella había pocas y era pura confianza la que disfrutaba.

Cuando nos conocimos, yo andaba con la preocupación de deshacerme un vientre que me había hecho a la fuerza un negro viejo, borracho y desdentado. El muy asqueroso me arrinconó a traición en una calleja y me amenazó de muerte si no consentía en darle gusto. Se lo di, *pa* mi desgracia, y tuve que manejarme para poner remiendo al descosido. Me aconsejaron preguntar por Mariana, en la hacienda Acosta, porque sabía de bebedizos y podría darme remedio.

Cuando cumplí el final de la tercera semana de la segunda falta de sangre me eché al camino y acudí donde ella. Preparó un cocimiento de mixtura de raíces y hoja de papaya que yo bebí muy agradecida por ocho vueltas en cuatro horas. Luego había que esperar media noche. Entretuvimos el tiempo *bembeando*, con peroratas de santera y parloteos de bohío. Entre toma y toma me atreví a preguntarle cómo era que ella no había tenido hijos. «Los blancos no dibujan tu nombre en el papel que te dan —dijo, como quien revela un secreto—; anotan lo que se les antoja y en adelante ya una solo responde al nombre que le pusieron. Mariana olvidó su nombre fulbé y el vientre se le clausuró por una *tristes*a profuuunda. Sus entrañas están *serraditas* de cuajo. Y no empreña —sentenció—. No *señó*. ¡Cómo *vá a empreñá* si acarrea el olvido del nombre que le dieron!»

Me hice cargo de su disgusto. Quién lo iba a pensar, todos la envidiaban porque las llaves de la casa grande tintineaban en su cintura, pero ella se sentía desdichada. Guardamos silencio y nos adormilamos. Fue una noche rara.

Aún no había amanecido cuando emprendí el camino de regreso, con el vientre en llamas, el corazón desbocado y la cabeza loca. Caminé esquivando al Orden Público, para estar de vuelta temprano y que nadie notase mi ausencia.

Mientras apuraba camino me dio por pensar cuál habría sido el nombre africano de Mariana y las cosas que le habrían tenido que pasar

para llegar a olvidarlo. Entonces me acordé de mi madre, de la hermana de mi madre y de las mujeres del poblado. Lloré.

Cerca de la villa empecé a sentirme muy mal, pero no me detuve. Mareada, gemí de dolor y maldije al viejo asqueroso que me había desgraciado perjudicándome de aquel modo. A la altura del Hospital de Paula me apoyé en un muro para tomar aliento; tenía palpitaciones, la boca seca y calores de sofoco, pero tiritaba de frío. Las piernas casi no me sostenían. Antes de perder el conocimiento quise gritar:

—Fatou... Fatoumata.

No recuerdo si llegué a decirlo, pero quise. Quise decir: «Fatoumata Bâ. Así me llamo. Ese y no otro es mi nombre. No se me vaya a olvidar.»

Cuando volví en mí, una esclava vieja me sostenía la cabeza. Intentaba espabíllarme dándome aire con el vuelo del delantal:

—¡Respira profundo, *mijita!* ¡Que ya tú te vá a *poné* bueeena!

Félicité alzó la vista del manuscrito, lo dejó a un lado y suspiró.

—Así que ni Marie Neige, ni Marinés, ni Clara, ni Coleta, ni Misterio del Cobre. Su verdadero nombre era Fatoumata y su apellido Bâ —dijo. Y repitió, como quien piensa en voz alta—: Fatoumata Bâ.

—¡Y la de vueltas que tuvo que dar por tal asunto! —puntualicé—. Porque otra cosa no, pero nombres, lo que se dice nombres, ¡tuvo más que toda mi familia!

Me lanzó una mirada, mezcla de timidez y desazón.

—¿Sabes, Dulce? Quisiera hacerte una confidencia.

Muerta de curiosidad, la miré, cerré el abanico y concentré toda mi atención en sus palabras. Tras varios desvíos, unos cuantos titubeos y alguna que otra dilación que no venía muy a cuento, se centró en el asunto. Y vino a relatar que, en el fondo, el hecho de haber localizado a su verdadera madre en La Habana, aunque había supuesto un episodio impactante y sorprendente, al final no le resultaba del todo inesperado, ni enojoso, ni mucho menos incómodo, puesto que, de un tiempo a esta parte, ya ella venía albergando temores de que en cualquier momento pudiese surgir algo parecido.

Ante mi extrañeza y no sin cierta indecisión, reveló el motivo de sus sospechas: ordenando papeles a raíz de la muerte de su madre, había encontrado docenas de informes médicos de los cuales se deducía que

Madame Payet, pretendiendo tener hijos, se había sometido en repetidas ocasiones a infructuosos tratamientos. Los doctores que los firmaban ya habían muerto y la familia ignoraba tan privada cuestión, por lo que, a pesar de sus muchas indagaciones, no había conseguido más información.

—Era un enigma que no se me iba de la cabeza. Si, tal como demostraban aquellos documentos, la mujer que yo consideraba mi madre no había podido tener descendencia, ¿de quién era hija yo?

[48](#). Iya: madre. Término en lengua yoruba que los africanos usan para denominar a las mujeres mayores en consideración a su edad, aunque no existan lazos de parentesco entre ellos.

[49](#). Lit.: «Señores, tenemos sed. Los niños tienen mucha sed. ¡Por amor de Dios, dennos agua!»

Hotel Telégrafo

Mientras avanzaba en la lectura, Félicité tuvo ocasión de presenciar lo que para ella supuso «la llegada de un emocionante ciclón caribeño» y yo de sufrirla. Gruesos nubarrones tiñeron el cielo y un viento huracanado, que amenazaba volar techumbres y campanarios, pegó tal remeneo a la ciudad que la dejó patas arriba. Por descontado, al mar también se le antojó sumarse al espectáculo y se puso más que bravo: olas descomunales cabalgaron playa adentro, inundando los barrios de orillamar, anegando almacenes y cobertizos, sembrando el desamparo entre las gentes que no encontraban manera de protegerse ante tan implacable temporal.

La prensa local, siempre tranquilizadora, recordaba el destrozador huracán de 1846 cuando, en la plaza de San Francisco y en pleno mes de octubre, un viento furibundo se abalanzó sobre los navíos anclados en el puerto y los estrelló contra las fachadas de los edificios.

Los habaneros vivíamos sobrecogidos y como acá los males nunca vienen solos, ante la inminente llegada de dos nuevas borrascas a las que los isleños, por desgracia, estábamos más que habituados, las autoridades demandaron tranquilidad insistiendo en que era preciso que la población se mantuviese serena y a buen cobijo. ¿Serenos y a buen cobijo? ¡Qué si no, con la ciudad paralizada, los mercados desiertos y todos los establecimientos cerrados a cal y canto! Fueron tres semanas interminables en las que el cielo tenía color de plomo, la lluvia no cesaba en todo el día y por la noche arreciaba tan fuerte que las calles amanecían encharcadas. Solo los siervos transitaban cautelosos, arimados a los edificios, en vano intento de esquivar las trombas de agua. No se podía hacer otra cosa que implorar el auxilio de la Virgen, permanecer en las casas y confiar en que semejante adversidad concluyese cuanto antes.

Para colmo enfermé. Siempre me afectaron los cambios de clima y esta vez sufrí interminables ahogos con severos ataques de tos que me exigieron guardar cama. Según el doctor Valecillos, mi fiebre procedía de una peligrosa inflamación de pulmones que me impedía respirar con normalidad, por lo que decidió aplacarla con jarabe de cocaína, reposo absoluto y específicos cada seis horas. Lo peor era tener que soportar un punzante dolor en el pecho, tan obstinado que minaba día a día las escasas fuerzas de las que disponía para inspirar o exhalar. El agotamiento fue tal que perdí el apetito.

Ulises y Félicité me acompañaban, él preocupado de que me alimentase convenientemente, ella haciéndome compañía e intentando alejar el decaimiento. Ya desde temprano se instalaba junto a la ventana y velaba mi estado de agitada somnolencia; cuando yo estaba despierta charlábamos y nuestra relajada conversación, con su siempre inteligente punto de vista, convertía en más que llevaderas las aburridas tardes de reposo y lluvia. Al atardecer solía bajar al salón para tocar el piano y la placidez de sus melodías se colaba por cada rincón de la casona. El sonido que Félicité arrancaba a aquellas teclas tantos años silenciadas colmaba mi espíritu de dulce serenidad.

—Es un privilegio. Tú interpretas y yo gozo con la magia de tu música. Escucharte es un deleite —quise agradecerle una noche.

—El mismo que yo recibo de ti, Dulce. Tú escribes y yo disfruto con la lectura de tus páginas —correspondió amable.

Poco a poco nos íbamos conociendo y resultaba incuestionable que nos gustábamos. A menudo, para entretenerme, me hablaba de su niñez en el ultramar francés y también de su vida en Europa. Por ahí empezó a sonar de forma reiterada el nombre del tal Monsieur Virot, el editor de libros religiosos que la empleaba y con el cual proyectaba crear su colección de libros. Los ojos de Félicité brillaban de un modo especial cuando pronunciaba su nombre.

Otras veces se entretenía leyendo en voz alta fragmentos de las memorias de su madre. Escuchar la cadencia de su voz afrancesada contando la vida de Misterio no solo distraía mis horas de obligada inmovilidad, sino que aportaba matices nuevos a detalles pasados por alto en anteriores lecturas.

Un día, mientras yo ocupaba mis manos bordando un ramillete de flores en *petit point*, Félicité quiso meterse en profundidades. Haciendo que

comentaba las memorias, apuntó entre bromas y veras:

—Deduzco que, para abrir el testamento, la única que falta por aparecer es esta María del Consuelo Somoza, la cual, además, resulta ser mi hermana por parte de madre. Una madre, una *demie-soeur*... ¡Como la cosa siga así me veo regresando a Francia con familia numerosa! —bromeó.

Sonreí y puntualicé:

—Acá a las hermanas de madre, o solo de padre, les decimos hermanastras.

—¡Difícil palabra! Pero dime, ¿qué edad puede tener esa *heg-ma-nas-tga* mía? —silabeó exagerando.

Me hizo gracia la guasa de oírla remedar su propio acento y le seguí la broma:

—¡Ay mi amor, pero si ya casi hablas *pelfesto*! Nada que ver con cuando llegaste. Te aseguro que, en mil años que viva, no voy a olvidar la primera vez que te vi, cuando apareciste en medio del puerto exclamando con mirada extraviada: «¡Qué *hoggog*! ¡Esto es un *four*!»

La imitación nos hizo estallar en carcajadas y me pinché con la aguja. Con tanta juerga me atacó la tos. Cuando recuperé el sosiego retomamos el hilo.

—No te preocupes, que lo de hermanastra, en cuanto lo pronuncies dos o tres veces, te saldrá de maravilla. Pero respecto a tu pregunta, de ser correctas las cuentas que han hecho Xing y Ulises, tu hermana debe de andar por los veinticinco. Si no me falla la memoria, tengo entendido que vuestros dos nacimientos distan ocho o nueve años.

Viendo que la conversación le interesaba, dejé el bordado y me centré en el asunto. Comenté que, aunque me costase decirlo, la experiencia de buscar a la tal María del Consuelo había sido un fracaso absoluto y el mayor de nuestros dolores de cabeza.

—Es que si dar contigo resultó factible y, como tú misma has podido comprobar, emocionante y exitoso, en el caso de ella ni te puedes imaginar lo complicadas que fueron las pesquisas. Harina de otro costal, como dicen los del campo. El solo detalle de encontrar su dirección para poder escribirle ya supuso toda una complicación.

—¿Por qué fue tan difícil?

—Qué sé yo... por mil detalles. Nunca pensé que para localizar a alguien tuviésemos que enredarnos en semejante maraña de *averiguadera*. ¡Y no te

miento si digo que la cosa nos hizo perder, a mí los nervios, a Ulises la paciencia y al pobre de Xing el sueño! Fíjate que si la primera batalla se centró en mil indagaciones indirectas hasta localizar el nombre del padre que, como sabes, se llama Bonifacio y su verdadero apellido es Somoza. La segunda batalla consistió en poner patas arriba los archivos y desempolvar documentos olvidados para dar con su ocupación en la Isla. A partir de ahí hubo que unir cabos hasta descubrir qué sucedió con la hija que Misterio había dado a luz, para acabar deduciendo que seguramente el padre se la llevó de Cuba a traición, sin consentimiento de su madre. Finalmente, gracias a la tenacidad infinita de Ulises y a mi propio aguante para soportar cháchara de bodega, conseguimos las señas de Bonifacio y le escribimos. ¡Caramba si le escribimos! ¡Tres veces! Pero ya tú ves. Ni la menor noticia.

—¿Por qué no habrá dado señales de vida?

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea. Que conste que no fue por falta de insistencia, porque bien sabe Dios que llegamos a ponernos de lo más pesados. Y, sinceramente, la ausencia de respuesta es sospechosa... ¡Fíjate que Ulises llegó a temer que tal vez la niña hubiese muerto y no nos lo querían comunicar!

Sin perder ripio, Félicité me ofreció un jugo de maracuyá y posó sobre el cubrecama, al alcance de mi mano, un platillo de *caprichitos* de coco y cacao. Era obvio que intentaba colaborar en la recuperación de mi perdido apetito.

—Qué raro —apuntó—. A ver si va a tener razón Ulises...

—De eso nada. Gracias a Xing, que tiene amigos en todas partes, indagamos en la parroquia a la que pertenecen los Somoza, por eso sabemos que vive, y que vive en Galicia.

—¿Y estáis seguros de que ha recibido vuestras cartas?

—Bueno, tenemos constancia de que las recibió su padre. Y te explico el porqué: al no obtener respuesta a nuestras primeras dos cartas, decidimos acudir a las autoridades del lugar, como en tu caso, y enviamos copia de la carta a la policía solicitando intermediación. De allá nos respondieron dando fe de entrega al destinatario, incluso adjuntaban un recibí firmado por el propio Bonifacio. Pero eso fue todo. A partir de ahí, silencio total.

En los días que siguieron la tormenta amainó y un precioso cielo azul iluminó de nuevo la ciudad. Los fármacos habían apaciguado el dolor y, en cuanto remitió la fiebre, empecé a recobrar fuerzas. Aunque todavía necesité guardar reposo, por lo menos ya pude abandonar la cama, dar cortos paseos, bajar al salón y sentarme en el patio. Aprovechando la mejoría y con intención de retomar mi actividad, pedí a Ulises que acudiese al estudio de mi padre para recoger mis bártulos de escritura.

El *muleque* irrumpió en la saleta acarreando plumas, tinta, papel y un carpetón rebosante de cuartillas. Depositó su carga sobre la mesa y avisó que, caso de precisar cualquier cosa, diésemos una voz, pues él estaría preparando colores justo al lado.

Me dispuse a retomar aquella montaña de páginas manuscritas.

—¿Trabajas en un libro? —preguntó Félicité, que desde su sillón curioseaba interesada.

—Hummm, de momento tomo notas. Pero estoy pensando en escribir un relato de vida: ¡«La verdadera historia de la hija del Síndico»! —payaseé con voz de pregonero.

—¿Tu vida, Dulce? ¡Qué interesante! ¿La tienes muy avanzada?

—Verás, lo mejor de las biografías es que empiezan cuando nace el protagonista y no terminan hasta que se muere el personaje principal. Así que ya tú sabes —bromeé con un guiño de complicidad—. ¡No seré yo quien vaya a darse prisa para terminar esta obrita!

La guasa derivó, por mi parte, en tremenda tosedera. Y de nuevo Félicité intentó calmarme, primero con buchitos de agua y luego con una cucharada de sirope. Pasado el apuro y olvidada la risa me concentré en ordenar unas cuartillas.

Ella, que me contemplaba pensativa, intervino:

—¿Sabes?, me habría encantado conocer a este escribiente... —Golpeteó con su índice sobre el nombre que figuraba en la carpeta de las memorias de su madre—. El señor Gavilán.

—Don Antonio Gavilán. Todo un personaje. ¡Y gran bebedor de ron! Tanto Ulises como yo llegamos a apreciarlo. El pobre se murió de la noche a la mañana, sin aviso ni advertencia, plaf, ahora estaba y luego no. Una pena.

Me miró vacilante y tanteó:

—Dirás que es una locura, pero me ronda por la cabeza que estas páginas podrían publicarse en forma de libro. Pienso que tienen su interés y

un valor testimonial.

—¿Locura? —protesté—. ¡Qué va a ser locura! ¡Al contrario! Existen poquísimos relatos de esclavos y todavía menos narrados por mujeres. Además, este tiene el añadido de la frescura, la campechanía de la narración oral anotada directamente de boca de su protagonista. Yo creo que ponerlo a disposición del público es cuestión de justicia. —La verborrea me embalaba cuesta abajo y sin tiro de freno—. Y, ya que citas a Gavilán, te diré que él opinaba parejo. Estas páginas son únicas y estoy convencida de que en breve será el momento oportuno para publicarlas; no sé si estás al corriente, pero se dice que la Reina Regente está a punto de firmar un decreto para abolir definitivamente la esclavitud en el reino de España. El rumor ya corre por Madrid de boca en boca.

Félicité seguía mi apasionado discurso, acordándome la razón con pequeños movimientos de su cabeza. Mi exaltada filantropía la subyugaba. Aguardó el momento propicio y metió baza:

—Estoy de acuerdo en casi todo. Sin embargo, opino que a este manuscrito, tal como está, le falta algo —acariciaba con suavidad el exterior del cartapacio—, un detalle que personalmente echo de menos.

La miré con curiosidad.

—Desde mi punto de vista este documento, tal vez debido a que está dictado en primera persona, adolece de una descripción física de la protagonista. No es grave, a nivel editorial podría solucionarse con algo tan simple como un retrato. —Y añadió—: Seguramente tú, Ulises o Xing no advertís el defecto porque habéis conocido al personaje real, pero cuando el manuscrito lo lee alguien externo, como en este caso yo, salta a la vista. Cuanto más se avanza en la lectura más aumenta la incertidumbre. El lector no para de elucubrar sobre cómo era en realidad Misterio, cuál sería su aspecto, su rostro, cómo vestía o se comportaba...

¿Que cómo era Misterio? ¡Menuda cosa...! ¡Y me lo preguntaba su propia hija, la cual hasta hace nada ignoraba que su madre fuese prieta! Una hija que, por cierto, aguardaba mi respuesta bastante intimidada. Ya me parecía a mí que el asunto de la raza y de la herencia estaba tomándose su tiempo antes de aflorar. Tragué saliva. ¿Esperaría Félicité una emotiva disertación sobre la personalidad de Misterio, o lo que en realidad estaba reclamando, de manera solapada y sin decirlo con claridad, era una detallada descripción física de la protagonista, incluyendo el grado de oscuridad de su

piel y otros pormenores raciales?

¡Lo que yo habría dado en ese momento por disponer de algún daguerrotipo o de una simple albúmina con el rostro de Misterio! Bien poco nos hubiera costado ir hasta O'Reilly esquina Compostela, para encargarnos un retrato en formato *cabinet* al señor Serrano, el de la galería de J. A. Suárez y Cía., que se anunciaba en todas partes como «fotógrafo de cámara de Su Majestad, con el uso de sus Reales Armas». Podríamos haber posado juntas, seguramente yo sentada y ella parada a mi lado, mirando recto a la cámara, ante un falso fondo palaciego o un paisaje de jardines. Y es que desde que Misterio se fue, cada vez que contemplo los prodigios de retratos en porcelana y cristal del estudio de Néstor Maceo, el sacerdote, o del de los Mestre, esos catalanes que también tienen gabinete en O'Reilly, lamento en el fondo del alma no haber tomado la decisión de llevármela hasta allí y que nos retratasen.

¿Cómo iba a imaginar que me vería en el brete de tener que rebuscar en mis recuerdos para contarle a una hija cómo era la madre que no llegó a conocer? Pero ahí estaba yo, escritora creativa, conversadora pertinaz y dicharachera, amiga y compañera de la protagonista, sin saber qué decir ni por dónde empezar. Así que, como siempre, decidí lanzarme de cabeza al aljibe.

—¿Quieres saber cómo ella era? Pues no te lo vas a creer, pero era idéntica a ti cuando sonríes. Y hablaba en español con suave acento francés, igualitico que tú. —Noté que mis palabras le apaciguaban el ansia—. Y aunque tu cuerpo es flaco y huesudo, al contrario que el suyo, que era un esplendor de curvas y redondeces, y a pesar de que tú tienes ojos azules y los suyos eran oscuros como café recién colado, no puedes hacerte idea de lo mucho que llegáis a pareceros.

Proseguí. Y referí que Misterio era hermosa, prieta clara, bastante alta, de aspecto orgulloso como las de su raza. Que tenía un rostro altivo y bello, enormes ojos de mirada amable, nariz recta y labios de sonrisa pronta. Puro cariño en los gestos y rectitud de comportamiento.

Detallé que vestía de cuidandera: blusa cerrada al cuello, con mangas y, en verano, algo de escote, zapatos de cañamazo, enagua discreta, saya de faldón sencillo, impecable delantal con lazo y un bonito chal de flores con fleco al borde, de los que acá llamamos manta de burato. A menudo usaba pañuelo de cabeza, pero también se presentaba con el cabello al aire, peinado

en caminitos... La perfilé melancólica en los atardeceres, nostálgica cuando miraba el mar, directa, comprensiva, dulce, siempre sentenciadora, divertida y cariñosa.

A esas alturas ya a las dos nos había embargado una emoción muy sincera. Inmersa como estaba en el fragor de la descripción, vislumbré a Ulises en el patio y una ráfaga del pasado acudió cual fogonazo a mi memoria:

—¡Ulises! —chillé como una posesa—. ¡Ven! ¡Rápido!

Sorprendido por la urgencia, se personó con cara de pánico.

—¿Tú no habías pintado una vez a Misterio?

Refunfuñó y resopló disgustado:

—¡Niña! ¡Gran sobresalto me he *llevao* con esas voses!

—Ya, pero di, ¿lo conservas? ¿Conservas el dibujo?

Volvió a resoplar. Nosotras le mirábamos expectantes.

—Algo tengo, sí. Que yo tres veces la pinté.

—¡Tres! ¡Tiene tres dibujos! —exclamé, mirando a Félicité—. ¡Hay retratos de Misterio!

—Uno no más, Niña. Que uno se emborronó y otro lo regalé al Cabildo cuando ella *fallesió*. Pero descuiden las damas. Ahora mismo me ausento y en un *idayvuelta* regreso con él. Permiiso.

Volvió con una cartulina mediana cubierta de papel cartucho. Retiró los adornos de una mesita, la posó sobre ella y descubrió *despaciosamente* el dibujo. Nos abalanzamos sobre el mueble y contemplamos extasiadas el boceto: desde una escena de interior, rodeada de mujeres que se afanaban en torno a una gran mesa de planchado, Misterio nos miraba sosteniendo en sus manos una pila de ropa recién doblada.

En la parte inferior del dibujo se leía: «Tren de lavado Sol Naciente. Cuarto de la plancha. Por Ulises Horacio, pintor. La Habana, 1874.»

Me puse en el lugar de Félicité y comprendí que lo que estaba contemplando, para un corazón tan dolorido como el suyo, tenía que estar surtiendo el efecto de un bálsamo apaciguador.

—Me la ideaba de piel más oscura, como las africanas de isla Bourbon —dijo.

—No. Ella era peul. Los peul son de piel clara —afirmé.

Ulises intervino:

—No le *hase* gran *justisia* este retrato.

Le miramos esperando una aclaración.

—É por las sombras de los crayones; falla la *coloración*, la piel suya tenía un tono caramelo que no supe conseguir. No digo que el dibujo no se le asemeje... contenida sí era. Pura *presiosura*. Aunque yo me la recuerdo más radiante.

Oyéndole hablar pensé que sus palabras eran el perfecto homenaje a la memoria de nuestra amiga. Donde fuera que estuviese, Misterio podía sentirse orgullosa de su Ulises.

Con la proximidad de la primavera Félicité terminó de leer, por segunda vez, las memorias de su madre y yo me recuperé del todo. Xing pasaba a visitarnos cada día y nuestras tardes discurrían, entre refrescos, helados, tazas de té y confidencias. Casi todas las veladas finalizaban en torno a la mesa del comedor, saboreando una rica cena, discutiendo de política liberal, comentando lecturas o, en palabras de Ulises Horacio, brindando «por los cinco nombres de la bendita encomienda».

Instalados en el sosiego de nuestro apacible mundo, no podíamos ni sospechar que los extraños tentáculos de la fortuna se divertían tejiendo en torno a nuestras vidas un bordado de acontecimientos sorprendentes. Y mucho menos los sucesos que iban a tener lugar en las jornadas que siguieron.

Precisamente en una de las cenas Xing mencionó que había recibido, por telégrafo, una curiosa solicitud de *randevú*. La enviaban desde un barco que navegaba rumbo a La Habana. El cable anunciaba que unos viajeros llegarían en breve a la ciudad y solicitaban entrevistarse con él. Ni especificaba nombres, ni aclaraba el motivo del viaje, solo que una vez en la villa comunicarían el hotel donde pensaban hospedarse. No decía más. Interpretamos que serían orientales que visitaban la Isla y no le dimos otra importancia.

Hasta que cuatro días después, yo misma recibí idéntica petición, a mi nombre y en mi casa. Llegó entregada en mano por el recadero de un hotel: «Tres viajeros de paso en la ciudad que gentilmente se hospedan en nuestro Establecimiento, desearían tener la ocasión de saludar a usted y el placer de recibirla en esta. Considérese cordialmente invitada y sírvase confirmar fecha

y hora para la visita», indicaba una tarjeta sin firma en cuyo reverso figuraban exclusivamente las señas del muy selecto hotel Telégrafo.

La sorpresa fue mayúscula. Intentamos averiguar sonsacando con unas monedas al muchacho que traía el aviso, pero estaba bien aleccionado y no quiso dar información, solo mencionó, tras guardarse la propina, que quienes mandaban recado eran españoles que viajaban «con un niño prieto-prieto de tres o cuatro años de edad». Y añadió que el muchachito «va siempre vestido de marinero».

Dado que esperaban respuesta a vuelta de recadero entretuvimos al muchacho y decidí que lo mejor sería preguntar a Xing. Envié a Ulises al tren de lavado pero ya el chino estaba al cabo de la calle, pues había recibido idéntico requerimiento. Indicó que lo mejor sería aceptar la invitación y acudir juntos al hotel para aclarar de qué iba semejante vaina. Por tanto, redacté una tarjeta fijando visita para el día siguiente a las tres de la tarde y esa noche nos pasamos la cena haciendo cábalas sobre tan misteriosa invitación. Ulises daba por seguro que se trataba de cubanos expatriados, tal vez amigos de mi señor padre, alguien que habría marchado cuando la guerra y que ahora regresaba de visita. Félicité opinaba que, puesto que se dirigían por una parte a Xing y por la otra a mí, tenía que ser alguien que estuviese relacionado con ambos. Fuera quien fuese, si nos conocía a los dos, tendría que haber estado en contacto con nosotros a partir de la llegada de los Xing a La Habana. Pero lo que más nos sorprendía era el detalle que le habíamos sonsacado al mensajero: eran españoles con un niño «prieto-prieto» vestido de marinero...

Por mi parte, deduje que si los viajeros traían un niño debía de tratarse de un matrimonio con un chiquillo, seguramente conocidos de mi padre a los que alguien había facilitado mis referencias olvidando luego prevenirme.

A la hora señalada Xing pasó a recogerme; acordamos que Ulises y Félicité vendrían con nosotros y nos esperarían por la Alameda de extramuros o en el Campo de Marte o, en caso de que la cosa se alargase, en algún café cercano. Para sorpresa nuestra, cuando estábamos a punto de entrar en el hotel Telégrafo, en plena calle Amistad, nos cruzamos con el niño vestido de marinero al que, lógicamente, reconocimos por el atuendo. Ulises, pasmado

ante la coincidencia, se quedó mirando al chico y el pequeño le dedicó tan graciosa carantoña que hizo explotar de risa al *muleque*. Me fijé que el muchachito, custodiado de cerca por una mujer de edad vestida de negro con aspecto de institutriz, correteaba montando alegre bulla cerca de la puerta del hotel. ¿Un chiquillo negro acompañado por una cuidandera blanca y ambos hospedados en el Telégrafo? La cosa era de lo más llamativa.

Ya en el vestíbulo, nos dirigimos a la recepción.

—Somos la señorita Prieto y el señor Xing. Venimos a...

Un conserje obsequioso nos cortó la palabra y se deshizo en reverencias.

—¡Cómo no! ¡Sean sinceramente bienvenidos al hotel Telégrafo! Ya les están aguardando a ustedes en el salón principal. Deseamos que disfruten de una excelente velada. Un empleado les acompañará.

El tipo había conseguido ponerme tan nerviosa con su palabreo que, mientras atravesábamos el recibidor siguiendo al ordenanza, me sobrevino un brote de furia. Contrariada, exclamé por lo bajines, calcando al recepcionista:

—Ya les están aguardando, ya les están aguardando... Pero ¿quién demonios nos aguarda?

Xing me dirigió una mirada reprobatoria.

—La paciencia acompaña al talento —sentenció. Y añadió, a modo de amonestación—: Controla tu inquietud, Dulce. Y tu lengua.

Me avergoncé del acaloramiento y prometí que, pasara lo que pasase, durante el resto de la tarde me comportaría con mesura.

Durante el tiempo que tardamos en llegar guardé silencio. Me fijé que la escalinata del hotel era preciosa y el edificio, aunque ya tenía sus veinte años, muy refinado. Cuando llegamos a la planta principal atravesamos un amplio corredor bellamente decorado y nos detuvimos ante la puerta vidriera que daba acceso a los salones privados. El empleado deslizó cuidadosamente sus paños y anunció:

—Permiiso. La señorita Prieto y el señó Xing acaban de *llegá*.

Una voz cantarina respondió desde el interior:

—¡Hágalos pasar!

Entramos, medio intimidados.

Una mujer joven nos recibió jubilosa.

—¡Qué gusto! ¡Han aceptado venir! ¡Adelante, por favor! ¡Un placer conocerles!

Se dirigía a nosotros con tal familiaridad que quien la oyese podría

pensar que nos conocía de toda la vida. Nada más lejos de la realidad. Por más que nos esforzábamos, ni Xing ni yo teníamos la menor idea de quién podría ser la dama que nos acogía con tanta alegría.

—¡Pero pasen, por Dios! Adelante. Permítame su sombrilla, muchas gracias. ¿Les parece si nos acomodamos?

Indecisos y sin saber bien lo que estábamos haciendo, asentimos con la cabeza. Empezamos a caminar hacia unos sillones próximos al balcón, pero nos detuvimos. Xing se mostraba distante, más bien hierático; parecía petrificado y supuse que estaba mucho más expectante e intrigado que yo. Por mi parte, yo me sentía perpleja y al tiempo deslumbrada por el encanto que desplegaba nuestra desconocida anfitriona; la situación, por extraña, empezó a resultarme divertida y todo mi mal humor se esfumó ante la tremenda curiosidad que me despertaba aquella mujer, por eso decidí concentrarme en el más directo fisgoneo y aproveché para observarla con la meticulosidad de una buena cotilla, es decir, de arriba abajo.

La que nos recibía era una joven hermosa, de exuberante cuerpo de guitarra, algo más joven que yo. Mostraba maneras delicadas y, aunque se la percibía nerviosa y hablaba rápido, su conducta revelaba una excelente educación. Las joyas y el tamaño de los brillantes, que lucía en dedos y orejas con naturalidad, indicaban de lejos que disfrutaba circunstancias más que holgadas y de confirmada solvencia. Tenía rasgos suaves, la piel clara, extraordinarios ojos verdes y un cabello crespo y negro, perfectamente recogido en un moño flojo, adornado con peines de carey y alfileres de plata. Vestía un elegante conjunto en tonos granate, de los de blusa y falda con gran vuelo que se identificaba de importante modista. A modo de ornamento en la pechera pequeños ramilletes de lilas, armonizaban con los colores de un impresionante chal rematado en pasamanería y largo fleco. Tan espectacular atuendo, bajo el cual se sugerían susurradoras enaguas de fino encaje, se completaba con impecables botines de charol francés.

De primera impresión me pareció atractiva y agradable, pero sobre todo interesante. Una dama de los pies a la cabeza.

Los tres seguíamos parados en el medio del salón.

—He ordenado té y chocolate, pero si les apatece cualquier otra cosa... También he pedido refrescos.

Viendo que Xing, pertrechado en la más absoluta circunspección, parecía haberse tragado una escoba, me dispuse a mezclarme de lleno en el

baile. No quedaba otra.

—Qué amable. Una taza de té bastará. Muchas gracias. ¿No le parece, señor Xing?

El oriental asintió con una rigurosa caída de párpados. Como quien no quiere la cosa, alargué hacia la dama mi mano derecha con el objetivo de forzar la presentación.

—Va a tener que disculparnos —dije—, pero la tarjeta que recibimos carecía de firma...

—Lo sé. Y me avergüenzo —alegó con gesto de circunstancias—. Aunque confieso que lo hice a propósito. —Esbozó una apocada sonrisa, como de niña a la que acaban de pillar en travesura—. Es que temía que si me anunciaba como es de uso, se negasen a recibirme.

No entendimos nada. Y supongo que nuestras caras debieron de parecerle un poema, porque se volteó, atravesó la sala con su maravilloso traje hasta llegar a un mueble, tomó algo de uno de sus estantes y regresó donde nosotros.

—Verán. Mi presencia acá está relacionada con esto.

Con todo dramatismo enarboló ante nuestros ojos una caja de cartón de lo más corriente. La sostenía a la altura del pecho, con el mismo recogimiento que el sacerdote sostiene la sagrada forma segundos antes de consagrar en la misa del domingo.

Ahí fue cuando cayó en la cuenta de que todos seguíamos de pie.

—Pero, por Dios, ¡háganme el favor de acomodarse! Les ruego que tomen asiento.

Accedimos a sentarnos en unas butacas, pero poco, justo en el borde del asiento, no fuera a ser que hubiese que salir pitando.

Instalada frente a nosotros, depositó la caja sobre la mesa con silencioso ceremonial. «Toda una dama», pensé, cuando reposó ambas manos sobre su regazo, adoptando una postura que me resultó vagamente familiar.

Sin articular palabra se inclinó, retiró suavemente la tapa de la caja y extendió cuidadosamente el contenido de la misma sobre la superficie de la mesa.

Xing pegó un respingo.

Yo abrí mucho los ojos y me llevé las manos a la cabeza.

Íbamos a reaccionar al unísono, pero ella paralizó nuestra respuesta con gesto de súplica.

—Déjenme hablar, se lo ruego. Permitan que me explique.

Ahí que los nervios comenzaron a traicionarla. Se expresaba a tropezones y su voz sonaba entrecortada, pero en ningún momento perdió la compostura.

—Hace siete meses me topé casualmente con esto que les estoy mostrando. —Suspiró hondo y prosiguió—: Aunque al principio no comprendí la importancia de su contenido, con el paso del tiempo, atando cabos sueltos, extraje mis conclusiones. —Los ojos se le anegaron en lágrimas. Emocionada, tragó saliva y guardó silencio unos segundos. Al poco, cual flor que resurge con el rocío del amanecer, se creció de nuevo—. Sé que lo que voy a afirmar puede parecer extraño. Raro. Mismo increíble. Pero yo sospecho. No, qué va a ser una sospecha, de eso nada. Estoy convencida, totalmente segura, de que la persona a la que estas cartas hacen referencia era mi madre.

Lo había soltado así, sin miramientos ni contemplaciones. Y su contundencia nos dejó atónitos. Me volteé hacia Xing, pero semejaba petrificado. Advertí que respiraba sonoramente, como jadeando y que no se le movía ni un músculo de la cara. «Menos mal que no sufre del corazón», cavilé para mis adentros. Como la sorpresa me impedía articular palabra, me giré hacia la dama con todo mi estupor y la observé: recogía uno a uno, con escrupuloso esmero, cada papel que momentos antes había esparcido sobre la mesa. Contemplé sus manejos con cara de boba, vi cómo acariciaba cada página con amoroso cuidado y la guardaba con mimo en el interior del cartón. Finalizada la tarea, recolocó la tapa y posó la caja en su regazo, sobre la falda. A continuación, me sostuvo la mirada y sonrió. Su placidez contrastaba con mi pasmo.

—Pero ¿entonces usted...? —atiné a preguntar. Sentía la garganta tan reseca que mi voz me sonó a gorgorito de colibrí.

—¡Ah, claro! ¡Cómo no! Disculpen que todavía no me haya presentado. Yo me llamo María del Consuelo Somoza. Y estoy a la orden para lo que gusten preguntar.

Eso fue todo. Punto final. Y si la cosa no fue de novela que venga Dios y lo diga.

Maricuela y compañía

Verlo para creerlo. La mismísima María del Consuelo, en persona y a iniciativa propia, se había presentado en La Habana y estaba sentada en la butaca de enfrente con nuestras cartas en una caja.

Ella, que hasta el momento no se había molestado en dar la menor señal de vida, ahora parecía al corriente de las circunstancias y aseveraba que la mujer del testamento no podía ser otra que su madre. «¿Cómo puede estar tan convencida? —especulé desconfiada—, ¿acaso dispone de datos que nosotros desconocemos?»

En estas Xing reaccionó. El hombre había necesitado su tiempo para superar aquella especie de silenciosa paralización muscular en la que se había instalado voluntariamente, pero de sopetón se giró hacia mí y, como solía hacer cuando tenía algo importante que participarme, tomó mis manos entre las suyas, me miró a los ojos y exclamó gozoso:

—¡Dulce, es ella! ¡Es María del Consuelo! ¡La hija chica de Misterio!

Su anterior contención había dado al traste. Tal que si acabase de descubrir la fórmula del agua de manantial, el chino se paró, bordeó la mesita, se dirigió con los brazos abiertos hacia nuestra anfitriona y ambos se fundieron en un solemne y emocionado abrazo.

—¡Hoy es un día feliz! —proclamó con todo sentimiento—. La hemos buscado, hemos enviado todas estas cartas, nos torturó su silencio... ¡Pero la fortuna ha querido que nuestro esfuerzo obtenga recompensa! ¡Qué alegría! ¡Sea usted muy bienvenida a La Habana!

Y a partir de ahí ya no paró de repetir en voz alta: «¡Es María del Consuelo! ¡María del Consuelo está aquí! ¡Es María del Consuelo!», como si se congratulase de comunicarse a sí mismo la buena nueva.

Por supuesto, ante tan conmovedora escena, la que rompió a llorar fui yo. A mares. «Este Xing siempre en su papel —pensé mientras me enjugaba

un chorretón de lágrimas que circulaba mejilla abajo—. Y con las palabras adecuadas para cada ocasión. Sí señor, un caballero de verdad.»

Aunque a continuación deduje que tal vez su anterior inactividad y el hecho de haberse mantenido tanto tiempo tieso y expectante ahora le estaba pasando factura, porque de repente empezó a deambular sin ton ni son de las butacas a la ventana; rondaba inquieto, cavilaba en alto, se congratulaba, daba vueltas entre los muebles, se frotaba las manos, conversaba consigo mismo, nos miraba con cara de satisfacción y sonreía de oreja a oreja. Era la viva estampa de la felicidad oriental.

Entretanto, María del Consuelo se había quedado medio desmadejada. Como si tuviese una bajada de tensión, parecía que le hubieran cortado la respiradera o que se le hubiese ralentizado el fuelle. La asistí con mi abanico y, tras pasarle varias veces el frasquito de sales ante la nariz, empezó a recuperarse. Pero cuando lo hizo solo acertaba a invocar a Dios, hacerse cruces y susurrar repetidos: «Gracias, Dios, gracias. Gracias, Señor de los Cielos.»

—¡No saben las veces que he soñado con este abrazo! —dijo cuando se hubo recuperado—. Ni se imaginan lo agradecida que les estoy.

—¡Agradecidos nosotros, por habernos buscado! —intervine—. Acá también hemos imaginado mil veces este encuentro... —Y añadí, tomando carrerilla—: Por cierto, yo tampoco me he presentado, me llamo Dulce Elena Prieto y, aunque mi nombre figura en esas cartas junto al del señor Xing, seguramente usted ignore quién yo soy. De momento baste con que le diga que la fallecida, Misterio del Cobre, fue para mí la madre que no tuve, la persona que me cuidó y mi amiga del alma. Por eso me da tanto gozo conocerla a usted y saber que le ha ido bien.

A estas alturas ya la agitación nos embargaba a las dos y rompimos a llorar como dos perfectas Magdalenas. Estábamos tan contentas... Algo de milagroso tienen que tener las lágrimas para unir tanto a quienes sollozan juntos. ¡Y qué bien sienta llorar por estas cosas!

En medio de la llantina llamaron a la puerta. Y el sirviente que traía el servicio de té se encontró con el espectáculo de un chino dando vueltas y dos señoras gimoteando a moco tendido. El hombre indicó, con cara de

circunstancias:

—Si prefieren las señoras, yo me puedo regresar pasado un rato...

—Nooo, qué va. ¡De eso nada! Pase —ordenó nuestra anfitriona—. ¡Solamente estamos lamentando la enorme alegría que tenemos por habernos conocido! —Los tres estallamos en carcajadas—. Y una tacita de té nos va a sentar de maravilla. ¿No opinan lo mismo?

—Claro que sí, María del...

—Pueden llamarme Maricuela, es más corto. Todos me dicen así. Y, además, si no les pareciese mal —nos hizo un guiño de complicidad—, ¿podríamos dejar a un lado los «ustedes»?

—¡Cómo no, con mucho gusto! —solté toda contenta.

Xing, que seguía a lo suyo, asintió con una sonrisa beatífica desde el otro extremo de la sala.

El diminutivo me había traído algo a la memoria:

—Maricuela, en efecto. Para chiquear María del Consuelo te dicen Maricuela... ¡Y ha pasado, por generaciones, con las hijas primeras en la familia Somoza!

Ahora la asombrada era ella:

—¿Cómo sabes...?

—Misterio lo dejó dicho. —Sonreí enigmática—. Eso y muchas más cosas que te encantará saber. ¡Tenemos tanto que contarnos!

Nos pidió permiso y se ausentó. Dijo que iba a la sala contigua en busca de algo que quería mostrarnos. Entretanto, Xing, que finalmente había vuelto a sentarse junto a mí, aceptó una taza de té. Volvía a ser el de siempre, sereno y pausado, con su túnica, sus espejuelos, su coleta y su impecable cortesía. Aproveché la ausencia de Maricuela para comentarme lo que le rondaba por la cabeza: tenía mil preguntas que precisaban respuesta, necesitaba saber qué había pasado, quién la había cuidado, cómo había sido su vida, por qué no había respondido a nuestras cartas y, sobre todo, de qué modo había llegado a la conclusión de que Misterio era su madre.

Pero yo estaba segura de que, al igual que había sucedido con Félicité, esas preguntas y muchas otras obtendrían respuesta por sí mismas en las próximas horas. Así que decidí no echar mucha cuenta a la inquietud del

chino y me concentré en nuestra anfitriona, que regresaba con un sobre en la mano y de vuelta se instalaba frente a nosotros.

Aquella mujer, en cuanto se nos relajó, se volvió pura locuacidad. Hablaba, bromeaba, sonreía y no paraba de decir lo encantada que se sentía de estar con nosotros. Gesticulaba apasionada, se mostraba decidida, divertida, arrolladora. Y su simpatía resultaba de lo más contagiosa. Afirmó que adoraba La Habana y que, sin saber por qué, desde el mismo momento en que había puesto el pie en esta bendita tierra tenía la impresión de estar en su propia casa. Acá todo era de su agrado, las personas, el paisaje, el hotel, la comida, el ambiente, la música...

—¡Y este bendito calor! ¿Existe en el mundo entero algo más divino que sentir este *calorciño* en la cara? —Ahora sí se le notaba el acento de Galicia —. ¡Una delicia, un regalo de Dios!

Lo afirmaba pletórica, mientras yo, discretamente pero a fondo, empleaba todas mis fuerzas en aliviar aquel calor «tan divino» a golpe de abanico y de pañuelos empapados en agua de colonia. Paradojas de la vida, cavilé, a mí que soy de acá me falta el aire y ella, que viene de lejos, muestra la más pimpante vitalidad. Es bien raro que aprecie tanto el sol, con lo que suelen tardar en aclimatarse los viajeros.

Confieso que Maricuela me tenía embelesada. Resultaba imposible dejar de mirarla, tan joven, tan atractiva y rebosando tantísima energía. Ahora que se expresaba con libertad y sin los nervios de los primeros momentos, advertí lo mucho que se parecía a Misterio. La misma risa, los mismos gestos, idénticos movimientos de manos, los andares y aquella su manera de sonreír guiñando un ojo con picardía...

—Te escuchamos. Dinos, háganos de ti —propuso Xing.

Aceptó el envite.

—Según los documentos que poseo y el testimonio de mis familiares, yo nací en La Habana. Aunque de bebida muy chica me llevaron a España y no volví a tener relación alguna con Cuba.

»Veréis, lo que a mí me dijeron fue que Bonifacio Somoza, mi padre, tiempo antes de mi nacimiento se vio obligado a emigrar dejando solas en su casa de Galicia a Otilia, su esposa, y a Consuelo, su madre. Corrían muy

malos tiempos en el norte de España, la lluvia llevaba varios años inundando los campos y echando a perder las cosechas, las plagas habían matado el ganado y no había trabajo ni comida. Hambre de la buena era lo que había, pobreza y miseria por todas partes. Por eso él y muchos otros firmaron un contrato que ofrecía un empresario, gallego también. El hombre buscaba campesinos dispuestos a trabajar en Cuba, pero, según tengo entendido, cuando llegaron acá las cosas viraron mal. No sé mucho de esto, pero según parece el empresario vendió sus contratos a unos hacendados que abusaron de ellos y los tiranizaron en ingenios. A mi padre lo obligaron a trabajar como esclavo, cosa inadmisibles en un súbdito español, blanco y cristiano, por lo que viéndose preso, hambriento y castigado como negro cautivo, se rebeló, huyó y las autoridades lo detuvieron. Ignoro cómo llegó a resolver el asunto, pero lo que sí sé y me consta es que acabó trabajando para el Gobierno colonial.

—Sí, en la Compañía de Gas de La Habana —apuntó Xing—. Trabajaba en las cuadrillas de alumbradores. Hemos seguido su pista y tenemos información sobre esa etapa de su vida.

—¡Qué bueno...! ¡Me encantará escuchar eso! Otra cosa que me contaron, pero esto con la boca pequeña, fue que Bonifacio era jugador. Pero jugador de los que apuestan fuerte. Y que por ahí le vino la verdadera fortuna; tenía la suerte de cara y, como las cartas le salían a derechas, se acostumbró a acudir a una trastienda donde organizaban timbas. Apostaba dinero contra bonos, acciones, recibos, pagarés de ingenios, cheques, fichas, vales de vegas de tabacos, billetes de lotería, en fin, contra todo. Y como casi siempre ganaba, luego canjeaba las ganancias en la «cristalería»⁵⁰ de un café a un tipo que, sin preguntar la procedencia del valor, aceptaba el papel y se lo cambiaba por dinero contante y sonante. En unos años, entre lo que ganó en el juego y lo que cobraba por su trabajo, reunió suficiente para echar a andar las cosas en Incio, que así se llama nuestra aldea. Y cuando estuvo seguro de poseer un buen caudal en oro y papel moneda, decidió volver a Galicia.

»Poco antes de tomar el barco, una conocida suya que vivía sola, sin familia ni posesiones, falleció de sobrepeso a poco de alumbrar a una niña. Supongo que, tal como lo estoy contando, ya se imaginan que ese bebé era yo. Los amigos de la difunta pensaban entregarme al hospicio, pero se apiadaron de mí y Bonifacio en particular me tomó cariño, decía que por

verme tan pequeña y desprotegida. Así que, como él no tenía hijos, decidió quedarse conmigo.

»Con idea de sacarme de Cuba para llevarme con él a Galicia pagó papeles falsos en los que se anotó a sí mismo como mi padre legítimo. Un amigo le ayudó, reservaron pasajes y, para asegurarme alimento durante el viaje, compraron una esclava conga. Era un ama de cría grande y gruesa a la que se le acababa de morir un bebé y que tenía mucha leche. Yo casi no la recuerdo, pero sé que se llamaba Patria. Me dijeron que ella estaba feliz de acompañarnos porque, según la ley de Cuba, si un amo viaja a España con un esclavo, como allá no hay esclavitud, nada más tocar puerto en la Península la autoridad expide papeles que demuestran la entrada del siervo en territorio español en calidad de criado y solamente con dichos papeles, cuando Patria conga regresase a Cuba, podría solicitar la libertad alegando tener derecho a ella por haber estado en España con su amo.

»Por lo tanto, cuando llegó el momento, tres fuimos los que embarcamos, servidora con pocos días de vida, mi nodriza que meses después viajaría de vuelta a la Isla, y mi recién anotado padre.

»Desembarcamos en Gijón, un puerto que está en Asturias. Pero cuando Bonifacio fue a comprar los billetes de tren para viajar desde allí a Monforte, que es la parada del ferrocarril más cercana a Incio, le informaron que el próximo convoy no pasaría hasta la semana siguiente aunque, si quería aguardar, en cinco días llegaría una tartana que cubría la misma ruta. Él, con el mal talante que tenía cuando se sentía contrariado, se enfureció y dijo que de esperar nada. Con la misma compró una carretilla para el equipaje y dos pares de almadreñas, uno para él y otro para Patria. No sé si sabéis lo que son las almadreñas...

—Ni idea. Primera vez en mi vida que oigo tal palabra —reconocí, buscando la anuencia de Xing, que escuchaba encantado—. ¿Es algo de comer?

Maricuela tomó un sorbito de té y soltó una carcajada.

—No, qué va. Nada de comer. Son zapatos de madera, parecidos a zuecos.

—¡Zapatos de madera! ¡No tenía ni idea...! —exclamé.

—Pues sí. Se los calzaron y con ellos se echaron al camino. Así sin más, a pie. Tengo que decir que desde Gijón hasta Incio, en Galicia, hay setenta y seis leguas de posta, ni una más ni una menos, ¡setenta y seis!, algo más que

de La Habana a Trinidad, pero ellos no miraron la distancia, se pusieron a ello y gastaron por completo el fondo de aquel calzado, pero llegaron.

»Mi abuela Consuelo relataba que una tarde, cuando fregaba unas cazuelas en el lavadero, a pie de la ventana de la cocina, divisó raras siluetas que caminaban en dirección a la casa. Desde lejos semejaban dos personas: una de ellas arrastraba algo pesado y caminaba pareja a otra, enorme, que cargaba varios fardos en la cabeza, un hatillo enganchado a cada hombro y un bulto atado al pecho. A medida que se acercaban intuyó que aquella mole no era otra cosa que una negra grandísima y caviló si serían feriantes o traperos, pero luego se fijó mejor y la silueta más pequeña empezó a resultarle familiar.

»Cuando comprendió que uno de los que venía hacia la casa era su hijo chilló: “*Otilia, prepara unha empanada, que voltou Bonifacio!*”, lo que en la lengua nuestra viene a significar que mi abuela indicaba a su nuera que dispusiese algo de comida pues había regresado su esposo. Pero la empanada tuvo que esperar, porque la pobre Otilia se descompuso al comprender que el que estaba llegando era ni más ni menos que su marido. Mi padre regresaba de Cuba, tras varios años de emigración durante los cuales no se había dignado enviar ni una sola carta, con un bebé y una negra. Imaginen la calidez del recibimiento.

»Pero, lo que son las cosas, bastaron pocas palabras bien dichas para que Bonifacio expusiese unas circunstancias que convencieron por completo al auditorio. Así suceden las cosas en Galicia. En lo que tardaron en dar cuenta de la empanada ya la vida se había aceptado tal cual venía y “adelante con los faroles”, que era la frase favorita de mi padre. Al poco me bautizaron, Otilia me prohijó y aquí paz y luego gloria.

»Lo más gracioso fue que por la zona se corrió la voz de que Somoza se había traído de Cuba una negra grandísima y, por mucho que él explicase que lo había hecho por pura necesidad para que me amamantase durante la travesía, la gente se hizo lenguas y cada día llegaban personas a la casa con intención de ver de cerca a la buena de Patria. Tengo que decir que en Galicia solo hay blancos, y aquella mujer era todo un espectáculo para los parroquianos. Tanto que, un año después, cuando mis padres la acompañaron hasta el barco que la trajo de vuelta a Cuba, todavía la gente de las aldeas salía a los caminos para verla pasar.

»Ahora que lo estoy contando pienso que, si aún viviese Patria conga,

me encantaría dar con ella, cosa de saber cómo le fueron las cosas a mi nodriza y si al final consiguió la libertad...

Yo la escuchaba extasiada y Xing más que contenido. Resultaba evidente que el tal Bonifacio había ocultado la verdad para cubrirse las espaldas y que Maricuela conocía una versión abreviada, por no decir engañosa, de su verdadero origen. Pero lo bueno era que, poquito a poco, se nos iba recomponiendo el rompecabezas, ¡y las piezas que faltaban afloraban libremente en boca de Maricuela!

—¿Qué más puedo deciros? —continuó—. Mi niñez transcurrió en el campo, libre y feliz. Primero estudié en casa, con un tutor, y cuando tuve más edad me enviaron a un colegio de señoritas en Santiago de Compostela. Allí aprendí maneras, francés, piano, religión, qué sé yo... declamación, repostería, bordado... un sinfín de cosas. Por esa época mi padre, en compañía de tres socios, invirtió en una empresa de alumbrado de gas para iluminación de las vías públicas. Les fue de maravilla y en poco tiempo se convirtió en un hombre muy rico. Construyó para su familia una espléndida residencia, en Galicia les llamamos *pazos*, con jardines, paseos y capilla. Contrató personal, compró coches de caballos y a mí me envió a París para proseguir con mi educación. Así las cosas, cumplí los dieciséis y, cómo no, me enamoré.

»El muchacho era muy del gusto de mis padres, señorito universitario de cuna casi noble que vivía de rentas heredadas, con casa en Madrid. Yo recibí una generosa dote y, para satisfacción de los Somoza, antaño simples campesinos pero en aquel momento poseedores de una fortuna enorme, nos casamos en la capilla de casa y disfrutamos una luna de miel de seis meses, viajando por Europa. ¡No les quiero ni contar lo orgullosos que estaban mis padres viendo a su única hija instalada con todas las comodidades entre lo mejorcito de la capital de España! Por aquel entonces murió la abuela Consuelo y poco después Otilia, mi mamá. Mi padre, ya mayor y de salud delicada, se empeñó en seguir en el *pazo* sin más compañía que los criados. Pese a mi insistencia se negó a salir de Incio, no quiso ni hablar de venirse a vivir con nosotros a Madrid. Y gracias a Dios que no lo hizo, por lo que a continuación voy a explicar.

»Año y medio después de la boda, mi esposo y yo, que estábamos profundamente enamorados, supimos que íbamos a ser padres. Nuestra felicidad era absoluta, vivíamos en una nube de ilusión imaginando la carita de nuestro bebé y barajando posibles nombres. Si era niño, él deseaba llamarle Ulpiano de la Santísima Trinidad y anotarle los apellidos Balmaseda de las Heras y Urquijo, más el Somoza por mi parte; si era niña, yo apostaba por Otilia y él por Isabel, como la reina de España. Cuando noté que se acercaba el momento llamaron a los doctores y allí mismo, en mi cama de casada, tras un parto de siete horas, me llevé la gran sorpresa: había alumbrado un varón que pesaba casi tres kilos, estaba completamente sano y era negro. Prieto como betún de Judea.

Lancé una exclamación y me llevé ambas manos a la boca. Xing movía repetidamente la cabeza de arriba abajo con los ojos clavados en el piso. Estábamos tan impresionados que no sabíamos qué hacer ni qué decir.

Maricuela suspiró, tomó un sorbito de agua y continuó:

—Al principio me cerré en banda. Incapaz de asimilar lo que había sucedido lloraba sin cesar, me sentía extraviada y rechazaba que aquel niño fuese mi hijo. No quería ni verlo. Los doctores señalaron, ante mi total incredulidad, que el motivo era genético, motivado por herencia, y que podía proceder de un cruce que hubiese tenido lugar en generaciones anteriores de cualquiera de las dos familias. No me quiero ni acordar.

»Mi esposo, en un estado que rayaba la enajenación, exigía explicaciones que yo, por ignorancia, no podía proporcionarle. Él clamaba a los cuatro vientos que todos sus antepasados estaban libres de sospecha y la pureza de su linaje de ninguna manera podía quedar en entredicho. Muy soliviantado chilló, pateó muebles y destrozó objetos. Al final declaró que bajo ningún concepto aceptaría aquella paternidad y se fue de la casa. Pero días después regresó hecho un basilisco; se negaba a creer que yo no estuviese al cabo de la calle y estaba persuadido de haber sido víctima de mi mala fe pues, según él, mi familia habría ocultado la verdad con aviesas intenciones. Vociferó que, por supuesto, ni iba a registrar al niño ni a darle sus apellidos y proclamó, con muy malos modos, que “aquel bastardo y su madre” por fuerza tendrían que desaparecer.

»Nos fijó un plazo para que abandonásemos la casa y la ciudad, especificando que, si pasada la fecha seguíamos en Madrid, él mismo daría orden a los criados de que nos pusiesen en la calle. No quería vernos más y no atendía a súplicas ni a razones.

»Mi tía Admirable vino a ayudarme y nos marchamos. Regresé a la casa de mi padre muerta de tristeza, hecha un guiñapo, totalmente abatida por una culpabilidad que no era mía, y nada más llegar me encamé. Estuve a punto de perder el juicio. No recuerdo casi nada de los meses que siguieron, solo que abandoné por primera vez mi cuarto días antes del bautizo de mi niño. Me levanté de la cama para probarme este vestido negro.

Abrió el sobre que había ido a buscar y extrajo una fotografía.

—Aquí estamos los dos el día que lo cristianamos. Mi niño tenía cuatro meses.

Nos alargó un *cartoné*: era un retrato de cuerpo entero en el que una jovencísima Maricuela vestida de negro, muy delgada, ojerosa y con expresión abatida, sostenía en brazos a su bebé. Del crío, que lucía un impresionante traje de bautismo plagado de encajes, lazos y puntillas, solo se adivinaba el óvalo de la cara, pero se veía a una legua que era moreno, ¡caramba que lo era!

—Le pusimos Bonifacio, como su abuelo, pero le decimos Bony — indicó con una sonrisa de nostalgia—. Y esta es del día que cumplió su primer añito.

Tomé la fotografía. Un bello posado de medio cuerpo mostraba a Maricuela, sonriente y reposada, con el niño en brazos.

—Me llevó mi tiempo salir de aquel pozo de angustia. El doctor me había recetado energizantes, muchos mimos, buena comida y largos paseos, pero sobre todo que durante un mes y medio, tres veces al día, bebiese el agua de una fuente romana que existe no lejos de nuestra casa. Sus aguas alejan la melancolía y desde tiempos inmemoriales, gozan fama de milagrosas porque contienen hierro, arsénico y sulfuro, por ello los doctores las ordenan para el mal de pecho y el abatimiento. La fuente está en un lugar llamado Herrería de Incio y a ella acuden bastantes *agüistas*, que así decimos allá a los que toman aguas medicinales.

»Obedecí. Tres veces cada día fui de mi casa a la fuente, distante algo más de un par de leguas. Subía la frondosa cuesta bordeada de viejos árboles hasta llegar al manantial, me tomaba religiosamente un vaso de aquellas

aguas ferruginosas que olían a huevo podrido, descansaba unos minutos y emprendía el camino de vuelta. En ayunas, por la mañana dos leguas *parriba*, beber, dos leguas *pabajo*, desayuno y reposo. Antes de las doce, dos leguas *parriba*, beber, dos leguas *pabajo*, almuerzo y siesta, Y a media media tarde otro tanto de lo mismo para luego cenar y a dormir. En eso se resumió mi vida durante cuarenta y cinco días. Supongo que mis disciplinadas doce leguas de caminata diaria unidas al aire puro de la montaña consiguieron que mis pobres pulmones, estrangulados por el abatimiento, ventilasen de nuevo. Y lo cierto fue que, poco a poco se me desató el apetito y recuperé el ansia de vivir. Cuando noté que me encontraba mejor quise pedir explicaciones a mi padre, pero a él ya la cabeza no le regía. Se había puesto senil. Pese a ello, un día que estábamos en el cobertizo de los aperos y parecía lúcido le pregunté: él me miró desde su demencia y, completamente perturbado, empezó a rebuscar en unos muebles viejos. Fue una reacción violenta y no había modo de tranquilizarle, solo daba puñetazos y exclamaba furioso: “¡Adelante con los faroles!” Interpreté sus palabras como fruto del desvarío y no les di importancia. Tengo que decir que mi padre adoraba a Bony, jugaba con él, lo mecía hasta dormirlo, se complacía cantándole habaneras. A los pocos meses de esto que les estoy contando Bonifacio Somoza se nos murió.

»Tras darle vueltas y más vueltas al asunto, me quedé con la idea de que tal vez aquella mujer de la que me habían hablado, la que decían que había muerto tras haberme dado a luz, fuese negra o descendiente de negros... que de por ahí podía venirle la herencia a mi niño. Y a mí misma, porque aunque a simple vista no se aprecie, según me han explicado, yo también soy prieta.

»Una noche, recordando aquel desatinado intento de conversación con mi padre, decidí revisar a fondo los muebles que él había empujado con tanta irritación. ¡Menuda sorpresa me llevé! Disimuladas en el fondo de un estante, había un puñado de cartas sin abrir. Alguien se había empeñado en ocultarlas bien. Cuando las leí no era capaz de dar crédito: me buscaban en La Habana por un asunto de testamento, ¡a mí, que no conozco absolutamente a nadie en este país!

»Por aquellas fechas supe que mi esposo pretendía invalidar nuestro matrimonio para casarse de nuevo y que, en público, me tachaba de mentirosa y promiscua. Aunque yo ya no le amaba, al contrario, le despreciaba profundamente, sus comentarios me humillaron y me sentí vejada. Entonces comprendí que ni mi hijo ni yo misma podíamos vivir en el

disparadero de las malas lenguas. Había que pasar página y lo mejor era poner tierra por medio.

»Arreglé las cosas con toda la calma del mundo: vendí posesiones, firmé poderes, nombré administradores, organicé mis cuentas, cerré la casa de mis padres y compré pasajes. Desde el puerto de Vigo, a sabiendas de que en La Habana muchos establecimientos no aceptan hospedar morenos, contacté con el Telégrafo para preguntar si reservaban cuartos. Me preocupaba el alojamiento porque, aunque en mi caso el color no se percibe a simple vista, en cuanto que vean a mi hijo comprenderán lo difícil que sería hacerle pasar desapercibido. Uno de los propietarios del hotel, el señor González, que es natural de Galicia, me tranquilizó al respecto y confirmó mis reservas. Yo me alegré, porque tenía noticia de que acá los empleados son amables, la comida es buena y algunas habitaciones disponen de baño.

»El viaje nos sentó de maravilla, la tranquilidad del barco me ayudó a reflexionar y los problemas que en Galicia me parecían irresolubles, a medida que nos distanciábamos de la Península, se fueron convirtiendo en inconvenientes superables. Con el sosiego del barco tuve tiempo para dar vueltas al asunto del testamento y llegué a la conclusión de que mi padre nos había mentado a todos y en particular a su esposa. Me explico: estoy convencida de que, en realidad, yo soy hija verdadera de Bonifacio Somoza y que nuestro parentesco no se limita, como él afirmó, a un simple nombre anotado en falsos papeles para sacarme de Cuba. Sospecho, además, que mi madre uterina no murió de sobrepeso y que, por supuesto, no se trataba de una “conocida, sin familia ni posesiones”, sino de su amante. Ignoro por qué mi padre tomó la decisión de llevarme con él a Galicia, pero me da la sensación de que cuando yo me fui de acá, mi verdadera madre estaba viva. Yo tengo que ser hija de esa Misterio del Cobre que otorga testamento, a quien no conocí. Es la única explicación de que mi nombre figure en sus últimas voluntades.

En esas estábamos cuando escuchamos ruido de pasitos apurados y una especie de torbellino irrumpió en el salón. Era «el niño prieto-prieto vestido de marinero», que reclamaba a su mamá. Maricuela extendió los brazos y el crío se abalanzó hacia ella.

—*O meu amorciño!*

Alzó a su hijo y, con el mismo movimiento, se lo entregó a Xing que, en un acto reflejo, lo atrapó sorprendido. El pequeño enlazó con sus bracitos el cuello del oriental y le espetó un sonoro par de besos en las mejillas.

—¿Tú eres el nieto de Misterio? —balbuceó como un abuelo embobado—. ¡Dulce, es el nieto de Misterio! ¡El nieto de Misterio!

Y a mí me dio por santiguarme sin parar.

[50](#). En los cafés de La Habana había cambistas. La escasez de moneda circulante obligaba a que ingenios, tiendas y empresas emitieran cheques, pagarés, vales o incluso fichas para los pagos diarios. Los cambistas, que exhibían billetes y monedas en estantes de cristal (de ahí que a su puesto le llamasen «cristalería»), aceptaban el papel y lo canjeaban por dinero, cobrando una comisión.

Misterio dejó dicho

A esas alturas yo ya solamente podía pensar en la cara que pondrían Félicité y el *muleque* cuando supiesen que María del Consuelo Somoza estaba alojada en un hotel y ni más ni menos que acompañada del nieto de Misterio.

La presencia de Maricuela en La Habana no supuso una simple aparición. ¡Aquello fue lo más parecido al Santo Advenimiento!

Baste mencionar que si esa misma tarde, poco antes de las tres, cuatro personas habíamos salido de nuestra casa en dirección al Telégrafo y en el establecimiento entramos solamente dos, por la noche los que regresamos a Amargura fuimos siete. ¡Cómo iba a permitir Dulce Elena Prieto que la gente de Misterio se hospedase en un hotel estando su casa a pocas cuadras de distancia! Cierto que para que aceptasen mi ofrecimiento hube de insistir con vehemencia, pero al final me salí con la mía. ¡Maricuela y compañía desembarcaron esa misma tarde en Amargura en medio de un feliz alboroto de coches, porteadores y baúles!

El traslado estuvo dispuesto en menos de lo que duran un par de rosarios, por supuesto gracias a la colaboración de los propietarios del hotel. Los señores González y Fernández, a los que media Habana y yo misma llamábamos «los negritos», aunque nunca nadie me supo explicar el porqué de semejante apelativo, no solo facilitaron el desplazamiento de bultos y equipajes con eficiencia y celeridad, sino que tuvieron la cortesía de obsequiarnos el postre de la cena: no en vano «los negritos» eran también los orgullosos propietarios de Helados de París.

El caso fue que, entre unos y otros, solucionamos sin incidencias la instalación de mis invitados en los cuartos vecinos al que ya ocupaba Félicité.

Y ahora que cito a Félicité, no me quiero olvidar de relatar cómo reaccionó la francesa cuando la mandamos llamar, acudió al salón y de modo totalmente inesperado se encontró, cara a cara, con su desconocida hermana.

La cosa tuvo su aquel, porque, a pesar de que ya ella estaba al corriente de la existencia de Maricuela y por personalidad y carácter parecía muy capaz de afrontar con entereza cualquier imprevisto, en el momento de la verdad se nos puso rígida, completamente traspuesta. Nada más conocer la noticia abrió mucho los ojos, palideció y se le contuvo la respiración de semejante modo que ni sales ni abanico: cayó redonda. Y si no es por Xing que, en un arranque de agilidad impropio de alguien tan contenido como él, me entregó al niño y se hizo con ella antes de que tocara el piso, se nos desnuca contra una esquina del aparador.

Maricuela, que ignoraba quién era la desmayada, no acababa de comprender el impacto de su presencia en aquella mujer, por lo que no me quedó otra que ponerla en antecedentes de sopetón, sin paños calientes y con estilo telegráfico: «Es tu hermana mayor. La localizamos hace poco. Vive en Francia», informé, pensando que tan sucinto resumen sería más que suficiente, pues al buen entendedor le bastan pocas palabras.

Ella, que observaba preocupada cómo yo, a fuerza de cachetes, intentaba reanimar a Félicité, escuchó mi explicación aparentemente serena pero en cuanto su cerebro procesó el significado de lo que acababa de oír, se quedó en vilo unos segundos y se nos desparramó, vahído va y vahído viene, sobre el otro diván. Normal. Imagino que enterarte de que la mujer que está desmayada en la butaca contigua es tu hermana tiene que ser de lo más contagioso.

Cuando la gallega logró superar el primer impacto y empezó a respirar con normalidad, la cantinela que nos brindó se volvió de lo más repetitiva:

—¿Que ella es mi hermana? ¿Una hermana? ¡Mi hermana! ¡Yo tengo una hermana! —porfiaba una y otra vez, en vano intento de convencerse a sí misma.

El descubrimiento la había ofuscado por completo. Y es que la única cosa que ni se le había pasado por la cabeza era la posibilidad de tener familiares directos acá. Aunque hay que señalar que su comprensible desconcierto, acompañado de una profunda estupefacción, en comparación con la impactante escena de desfallecimiento que acababa de regalarnos Félicité, resultó una perfecta muestra de autocontrol. Nada que ver con el

derrumbe sin paliativos de la francesa.

En cuanto la hermana pequeña se recompuso y a Félicité se le pasó el patatús, Xing y yo suspiramos aliviados. Estábamos convencidos de que las cosas no pasarían a mayores y en efecto, la situación se había saldado con unos cuantos mareos y media docena de exclamaciones de incredulidad.

—Pero ¿somos hermanas de madre o de padre? —preguntó la muy desinformada de Maricuela.

A lo que yo respondí de nuevo a modo telegráfico:

—De madre. Ella nació en la Francia ultramarina. Tú acá, en la Real Casa de Beneficencia.

A partir de ahí asistimos a una escena de lo más sorprendente: las hermanas se devoraban con los ojos, indagaban la una en la otra inquisitivas, atrevidas, curiosas, cara a cara y sin el menor disimulo. Era obvio que intentaban escrutar la huella de algún parecido, o una pista identitaria que pudiese confirmar su mismo origen. La inicial observación, al principio imprudente y descarada, dio paso a una emoción desbordada, plagada de sobresaltos. Entre atropelladas manifestaciones de curiosidad, regadas de lágrimas y sonrisas nerviosas, comenzaban a aflorar los sentimientos verdaderos.

No nos cansábamos de mirarlas. Eran totalmente distintas: la mayor, alta y flaca, de complexión asténica, cabello liso, gesto ponderado, amable y sentimental pero distante; la menor, exuberante, sensual, desbordando redondeces, con ensortijada melena, ocurrente, impetuosa, directa y de inquebrantable sonrisa. Aunque ambas tenían ojos claros y una piel tan pálida que no parecían pardas, semejaban la cara y la cruz de la misma moneda.

Viéndolas finalmente juntas y tan concentradas la una en la otra, me invadió un sentimiento de vacío bastante contradictorio: por un lado experimenté la gran satisfacción de haber cumplido el postrer encargo de nuestra amiga, pero por el otro el profundo dolor de su ausencia. Xing tenía que estar sintiendo algo muy parecido, porque se me acercó y posó un brazo sobre mi hombro.

—¡Dígame si no es injusticia del cielo que una madre no pueda presenciar el reencuentro de sus hijas! —clamé—. ¡Ay, señor Xing, de

verdad que yo daría cuanto poseo para que Misterio pudiese estar acá, con nosotros!

Me apaciguó con palmaditas y pequeñas reverencias. No decía nada, pero su silencio me daba la razón.

A partir de ahí las jornadas nos volaron en confidencias y chachareo. Las hermanas no tardaron en intimar. Entre recuerdos y anécdotas, tres mujeres desconocidas hasta hace nada, desgranábamos nuestra historia vivencia a vivencia, para terminar riendo a carcajadas o llorando a moco tendido. Que nadie me discuta el poder curativo de la risa y de las lágrimas.

—Ahí las *tié usté, muertesitas* de desconsuelo —prevenía Ulises a Xing al ir a abrirle la puerta.

Porque, indefectiblemente, cuando el oriental llegaba a casa poco antes de la cena nos encontraba templándonos la bobería o intercambiando pañuelos para enjugar la llantina.

Maricuela, Bony y Admirable, que así se llamaba la mujer que habíamos confundido en el hotel con una niñera y a la cual ellos le decían tía, no tardaron en acostumbrarse a la vida en Amargura, especialmente Bony, que desde el primer momento campó a sus anchas como si nunca hubiese vivido en otra parte. Nuestro patio, habitualmente un espacio tranquilo y recoleto, se transformó en su particular campo de juegos, y él, con sus insaciables ansias de enredar, en el Capitán General de la casa. El nieto de Misterio engatusaba con sus cucamonas y nos tenía a todos, día y noche, a su completa disposición. Una delicia de muchacho.

Lo de Ulises, en cambio, sí que fue para contar. Tengo el honor de ser testigo.

Nadie hubiera imaginado una reacción como la suya cuando le mandamos aviso de que «el quinto nombre» había aparecido y estaba con nosotros en el hotel.

Sucedió que se personó a toda prisa y nada más llegar a la puerta de la sala y distinguir la silueta de Maricuela con su hijo en brazos junto a la ventana, el *muleque* se nos quedó petrificado.

La irresistible descarga de fuegos artificiales que invadió la estancia cuando Maricuela y Ulises cruzaron por primera vez sus miradas no pasó inadvertida para nadie. Impacto de los buenos, sí señor. Choque de locomotoras. Química pura.

Yo afirmo que fue amor a primera vista y que en aquel preciso instante brotó entre ambos la más bella pasión amorosa, pero al *muleque* el flechazo lo pilló desprevenido. Era la primera vez que sentía el colapso de un enamoramiento rotundo y puedo certificar que de bien poco le valió el atractivo de artista, la arrogancia de *negrazo palangana* y toda su experiencia de prieto castigador: una única mirada y dos caídas de pestañas al contraluz habían bastado para dejarlo fuera de combate.

Ulises, ya de por sí romántico y soñador, se nos volvió taciturno, olvidadizo, y andaba medio alelado; era tal su mansedumbre y tan intenso el deseo de agrandar que se pasaba el día en pura ensoñación con la mente divagando más allá de la bahía de Guantánamo. Unas veces erraba como alma en pena, languideciendo por los corredores, y otras se comportaba de forma más que llamativa: corría de acá *pallá* como pollo sin cabeza, canturreaba a solas en el recodo de la escalera, dibujaba corazones o estrellitas... Se emocionaba tanto y a la vez se ponía tan nervioso en presencia de Maricuela que no daba pie con bola en sus responsabilidades. «Pajarillos de primavera habitan la cabeza del *muleque*», sentenció la cocinera cuando vio que Ulises guardaba las fuentes de fruta recién lavada en el armario de las herramientas. Y era verdad.

La mañana que se presentó, perfumado y envaselinado, las uñas cepilladas y sin restos de pintura, acarreando brazadas de flores para tapizar, desde la alcoba al comedor, el piso por donde iba a caminar la gallega yo di la cosa por irreversible. No hubo más que hablar, estaba rendido. Lo que es la vida, uno nunca sabe lo que le puede estar aguardando.

Algo muy parecido le sucedió con Bony. Una especie de atracción mutua los unió desde el primer guiño y el pequeño se acostumbró a reclamar a Ulises en la mañana nada más abrir los ojos. Devoción de la buena la que sentían el uno por el otro. Como si lo conociese de toda la vida, Bony se negaba a alejarse del *muleque* y Ulises, todo ufano, se lo llevaba con

cualquier excusa: regalarle un cartucho de maní, mostrarle el machete de Napoleón, comprar frituras calientes, cepillar juntos el caballo o hacerle creer que podía llevar solito el tiro del quitrín.

Como antaño sucediera conmigo, llegada la hora de la siesta solo mi *muleque* lograba mantener tranquilo a semejante terremoto, y lo entretenía canturreándole pregones de vendedores. A Bony le encantaban y se los sabía de pe a pa. Unas tardes le cantaba *El tamalero*: «No te escondas que te vi, cómo no, / María Luisa en la ventana, sí señor. / Con picante o sin picante, sí señor, / traigo frescos los tamales, cómo no...» Otras, *El pescadero*: «Ya llegó, ya llegó, ya llegó / el rico pescador / que traigo pescado fresco, casera. / ¿Quién quiere comprar? / Ya me voy a retirar...» Pero al niño el que más le gustaba era *El yerbero*:

*Traigo yerba santa pá la garganta,
traigo el caisimón pá la hinchasón,
traigo el abrecamino pá tu destino,
y traigo la ruda pál que estornuda.*

*Tambié traigo albahaca pá la gente flaca,
traigo el apasote, pá los brotes,
traigo el vetivé, pál que no vé,
¡Y con esa yerba se casa usté!*

Creo haber mencionado anteriormente que como a Maricuela desde el primer momento le entusiasmó La Habana, le encantaba salir a callejear con cualquier disculpa, ya fuese respirar el aire de los jardines o dar paseos a pie por el puerto. Unas veces afirmaba que «tenía que ir» hasta el Bazar Parisián, en San Rafael, para ver de comprar un frasco de aroma de violeta o unas cintas de raso para adornar el cabello; otras, «que necesitaba» demorarse en cualquier placita para que el niño corretease a sus anchas con otros chiquillos. Pero lo más habitual era «que precisara» llegarse hasta El Recreo del Foro, un café que estaba frente al Monte de Piedad en la calle de San Ignacio y que también daba a O'Reilly. El Recreo era su local preferido porque recibía a diario leche de vaca y cada tres días prensa extranjera. Ella y Admirable se

acomodaban en una de las mesas junto a la vidriera y entretenían las horas contemplando el ir y venir de paseantes y vendedores.

El caso era que, como el niño y el *muleque* se habían vuelto inseparables, solo que Maricuela hiciese amago de agarrar la sombrilla o ponerse los guantes, ya yo tenía en la puerta a Ulises pidiendo permiso para sacar el quitrín. Y no pocas veces se alejaron los cuatro algo de más, que una tarde llegaron a coger en el Muelle de Luz una lancha para cruzar la bahía y se fueron hasta Regla, y otro día me contaron que los vieron subidos en el pontón atravesando el Almendrares por el paso de la Madama. El caso era que, con la menor disculpa se ausentaban para callejear por el Vedado, o cogían camino de Cojímar a fin de conocer pueblitos de pescadores y merendar en la orilla del mar.

Tarde tras tarde se hizo más que evidente que si bien Ulises, que bebía los vientos por la damita, no cesaba de lanzarle piropos y tímidos requiebros, lo que era a ella para nada le desagradaba la finura ni el halo de artista que desprendía el *muleque*. Con tanto paseo y tanta charla entre ambos empezó a surgir el apego de las confidencias sinceras y poco a poco unas cosas llevaron a otras. Cómo no... con el quitrín a su disposición y el más solícito cochero de La Habana a sus pies, a Maricuela los días le volaron en puro enamoramiento.

Y aunque yo no echaba mucha cuenta de amoríos y devaneos, tuve que escuchar opiniones para todos los gustos, pues no pocos pensaban que permitir que un calesero pretendiese a dama tan refinada era un desatino por mi parte. Para hacer callar las bocas eché mano de una sentencia de Misterio: «A paño desconocido nunca le arrimes el hierro», y cuando alguien me venía con críticas se la soltaba queriendo decir que antes de opinar sobre alguien uno tiene que saber de qué habla. No conviene juzgar desde fuera lo que se desconoce, porque en realidad ni Ulises era un doméstico cualquiera ni Maricuela procedía de donde la gente imaginaba.

Otro de los recuerdos que conservo de la misma época tiene relación con el correo que recibía Félicité, siempre remitido por la misma persona, Monsieur Virot, el editor de libros religiosos. Ni muerta me perdía el instante en que mi sirviente entraba bandeja en mano y pronunciaba

«*correspondencia* para la *señá Félicité*», porque solo escuchar que había correo el rostro se le arbolaba tal que el de una adolescente pillada en renuncio. La recepción de cada carta y la simple contemplación de la caligrafía del sobre la hacían sonrojarse de tal modo que, vergonzosa y encandilada, se disculpaba y corría a refugiarse en su alcoba. Qué quieren que les diga, a mí me divertían esas actitudes suyas y sobre todo el lío de explicaciones que, sin haberle pedido, se sentía obligada a dar cuando regresaba:

—Monsieur Virot se está ocupando de tantas cosas en mi ausencia... Definitivamente estoy en deuda con él —disimulaba con mirada soñadora—. No sé cómo podré corresponder para agradecerle sus desvelos...

No cabía la menor duda, el momento de regresar a Besançon para reencontrarse con su editor empezaba a tardarle. Como si una epidemia de romance rondase la casa, el amor campaba a sus anchas por los cuartos de Amargura porque también a nuestra Félicité se la veía muy, pero que muy enamorada.

A mí no me preocupaba ni la pasión que se colaba por los corredores ni los platónicos amores de la francesa. Lo único que de veras me tenía inquieta era pensar que la partida de Félicité fuese a debilitar nuestro apego y la distancia diese al traste con los bellos proyectos que juntas habíamos pergeñado, iniciativas con las que yo estaba decidida a comprometerme no solo desde el punto de vista intelectual sino también financiero. Me preocupaba que la separación geográfica pudiese hacer temblar un plan tan minuciosamente estudiado: novelas de temática colonial, colección de libros de viajes, divulgación de autores poco conocidos y, por descontado, la publicación de las memorias de Misterio. ¿Sería posible sacar todo esto adelante viviendo en distintos continentes?

Paradójicamente, lo que a mí tanto me angustiaba a ella ni se le pasaba por la cabeza, es más, negaba tajantemente que algo parecido fuese a ocurrir. Félicité ni siquiera dudaba, pero yo, la intrépida, la creativa, albergaba mis reservas. Y no era que pretendiese ponerme pesimista, pero a la hora de trabajar en colaboración, el simple detalle de que cada una de nosotras residiese en una orilla de la mar oceánica se me antojaba más un obstáculo que una facilidad.

Mientras los tortolitos seguían intimando, Félicité y yo nos concentramos en lo nuestro. Y uno de los escollos que más ralentizaba el proyecto era la terrible demora del correo. Según ella, era preciso idear un sistema de comunicación *aller-retour*, para que tanto la recepción como el envío de manuscritos discurriese en el mínimo plazo de tiempo.

La solución nos llegó, como casi todo, gracias a Xing. Platicando una noche sobre el modo en que los orientales logran mantenerse en contacto pese a vivir desperdigados por las cuatro esquinas del mundo, él mencionó que, en la mayoría de las ocasiones, lo consiguen sirviéndose de enormes cajones de madera que transitan constantemente.

—¡Cajones que viajan sin cesar! —exclamamos a coro—. ¡Es magnífico!

Ya nos lo estábamos imaginando para nuestros libros. La idea de un recipiente en continuo ir y venir desde Francia a Cuba nos pareció excelente y consideramos que no resultaría muy difícil imitarla e incluso mejorarla. Solo había que buscar un buen carpintero y encargarle una caja de madera con las dimensiones precisas, recia pero no pesada, en la cual integraríamos una cerradura que dispondría de dos únicas llaves, una de ellas la tendría Félicité en Besançon, y la otra estaría acá, en mi poder. La caja, bien protegida y cerrada, viajaría al igual que las de los orientales: desde que yo tuviese preparado un envío, lo facturaría por vía marítima con destino a Francia, y en cuanto el paquete llegase a manos de Félicité, tras vaciar su contenido, rellenaría la caja sin dilación, cerrándola y remitiéndola de vuelta a La Habana. De este modo, el tiempo de espera disminuiría drásticamente.

Dicho y hecho. Xing se ocupó de encomendar la realización del cajón a unos amigos y encargó una cerradura y dos llaves de plata a un artesano cerrajero. Nosotras compramos cadenas en un orfebre y en cuanto nos entregaron las llaves cada cual se colocó la suya en torno al cuello.

Por supuesto, con el objetivo de controlar los tiempos fue preciso organizar un viaje inaugural. Embarcamos la caja en el puerto de La Habana y contabilizamos los días transcurridos hasta su entrega en Burdeos, más la demora del transporte terrestre de Burdeos a Besançon. ¡Nuestro envío tardó en llegar a manos de Monsieur Virot, que nos remitió un cable urgente con la noticia, solamente treinta y cuatro días! Hicimos nuestras cábalas: el trayecto en ambos sentidos, incluyendo una prudencial demora entre la recepción y la reexpedición de la caja, oscilaba en torno a setenta y cinco días. ¡Habíamos

encontrado la fórmula de lograr un *idayvuelta* en el mínimo plazo de tiempo!

Pero he de confesar que la anécdota que recuerdo con más íntimo y personal regocijo, de todas las que sucedieron en los felices días previos a la lectura del testamento de Misterio, no fue otra que el hecho de presentarme sin cita en la notaría para tener el gusto de ver en directo la cara de idiota que se le puso al licenciado Pedro Verdura, el impertinente socio de don Manuel de la Torre, cuando recibió la noticia de que ya estaba cumplida la encomienda y las cinco personas requeridas por la finada en sus últimas voluntades se encontraban en La Habana.

Me negué a enviar un doméstico con el aviso y quise ser yo misma, en persona, quien anunciase la novedad. En realidad aún no se me había desvanecido de todo el enfado de tener que soportar, a pocos días de la muerte de Misterio, la pedantería de Verdura en mi propia casa, ni se me olvidaba la prepotencia con que se condujo cuando vino a informarnos sobre los términos de la encomienda. Recordando su comportamiento de aquella tarde, no me cabía duda de que Pedro Verdura albergaba la convicción de que seríamos incapaces de cumplir con la voluntad de nuestra amiga. Y confieso que para mí, el hecho de plantarme con tan victoriosa nueva en el lugar donde tanto habían mareado a Misterio, afirmando una y mil veces «que no tenía derecho a testar, por problemas de papel», tenía el dulce regusto de una venganza largamente esperada.

El muy fante no acababa de dar crédito a lo que estaba oyendo y encima era incapaz de salir del estado de pasmo en que lo había sumido la noticia.

—Puesto que los cinco estamos en La Habana, resta solamente que en esta notaría se disponga lo necesario y tengan a bien fijar día y hora para la lectura del testamento. Así que háganlo. Y lo antes posible —ordené.

—Peero... —repuso con cara de jutía conga, mientras se amarraba las patas de los espejuelos en torno a las orejas.

Presintiendo que intentaría una de sus consabidas maniobras de dilación, le espeté:

—Sin peros, señor Verdura. ¡No arrugue, que no hay quien planche!

Lo cual, en palabras de Misterio, venía a significar: «No busque

problemas, que esta vez las cosas no van a ser como usted quiere.» Y me largué del despacho toda llena de razón.

Total, para regresar tres días después, que fue la fecha señalada para resolver. La cita era a las once de la mañana, pero ya desde las diez y cuarto estábamos todos más que ansiosos gastando la acera ante la puerta de la notaría.

Nos recibieron a la hora convenida y varios escribanos verificaron la identidad de cada cual. A continuación nos condujeron al impresionante salón de aparato, un escenario tan solemne que nos hizo sentir inusualmente tensos. Nos acomodamos: Xing y yo ocupamos dos asientos en el flanco derecho de la enorme mesa de caoba, frente a nosotros las hermanas, anhelantes pero tranquilas, y al extremo Ulises Horacio, con gesto de desasosiego. Oficiaba el propietario de la notaría, que, como manda la ley, ha de ser español, seglar, mayor de veinticinco años, de buenas costumbres y con los preceptivos estudios; o sea, don Manuel de la Torre en persona, la cosa no era para menos.

El caballero notario entró, saludó al *muleque* con una simple inclinación de la cabeza, estrechó la mano a Xing, besó las de todas las damas, tomó asiento en la cabecera y nos miró uno a uno con interminable detenimiento. Se caló los lentes y sonrió afirmando que «situaciones tan curiosas y felices como la presente raramente le tocan vivir a uno», exhibió ante nuestros ojos un envoltorio atado con bramante y sellado a lacre, carraspeó y leyó en voz alta lo que figuraba en su exterior:

—«Testamento de la morena Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy, emancipada que fue, libre por beneficio del decreto del Gobierno Superior Político del primero de junio de mil ochocientos setenta, natural de África, nación pepel, viuda del de su clase Pánfilo popó, de cuyo matrimonio no deja hijos legítimos. Fallecida el día veintisiete de febrero del año de mil ochocientos setenta y nueve en La Habana.» El lacre va sobre mi firma y con la fecha del día en que estos documentos fueron depositados acá, en esta notaría, cinco de mayo de mil ochocientos setenta y siete. Si no hay inconveniente, procedo.

Los cinco asentimos.

Me extrañó la fecha, mayo de 1877, y mientras el notario rasgaba el borde del paquete con una miniatura de espaduela española, calculé que Misterio había dispuesto sus voluntades casi dos años antes de morir. Y que desde su muerte hasta hoy, puesto que estábamos en 1882, habían pasado cuarenta meses. Cuarenta meses de búsquedas y complicadas averiguaciones.

En aquella sala no se oía ni el vuelo de un zancudo. Don Manuel de la Torre extrajo el contenido del sobre. Nos lo mostró como quien presenta una ofrenda ante un Cristo:

—Pueden ver que dentro hay una carta y un testamento. Si les parece, comienzo por la primera.

Como si nos fuese la vida en ello contemplamos sin pestañear el modo en que sus dedos extraían el contenido del sobre y despleaban el papel.

—Leo: «En La Habana, a día cinco del mes de mayo del año de mil ochocientos setenta y siete. Yo, Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy, declaro que en el día de la fecha he dictado indicaciones de encomienda a quien bien me quiere, a saber: la señorita Dulce Elena Prieto y Lamas, el señor Venancio Xing, empresario oriental, y el libre de color Ulises Horacio Prieto, doméstico de la familia Prieto, los tres vecinos de La Habana y de cuyas señas he informado al señor notario.

»"Del cumplimiento de dicha encomienda, que consiste en localizar y hacer venir a esta notaría a mis dos hijas, llamadas Félicité Payet y María del Consuelo Somoza, dependerá la apertura del testamento que hoy otorgo y deposito.

»"Es mi voluntad que, si pasados veinte años de la fecha de mi muerte, los antes dichos no lograsen encontrar a mis dos hijas, todos mis bienes sean entregados, por partes iguales, al cabildo lucumi de San José, sección de Jesús María, en intramuros, y al cabildo mina popó-Costa de Oro, de Esperanza, extramuros. Dispongo esto en agradecimiento a la ayuda que ambos cabildos me proporcionaron cuando a ellos acudí."

El notario hizo una pausa y tanteó, como si estuviese pensando en voz alta:

—Estos eran cabildos de nación... Habría que saber a qué denominación católica pertenecen en la actualidad.

Ulises Horacio pidió permiso para hablar.

—É un *queré desí* que yo eso sí lo sé, señor notario. Que el cabildo lucumi está avocado a la parroquia de Santa Bárbara y el mina popó a la de

San Cayetano.

—Se agradece la información —respondió conciliador—. Pero afortunadamente todavía no han transcurrido los veinte años que se indican, así que no será preciso acudir a cabildo alguno. ¡Para algo están ustedes hoy acá!

Nos miramos unos a otros y sonreímos.

—Prosigo —dijo el notario—. A continuación de lo que he leído hay una firma manuscrita de tres iniciales, MCB, que corresponden a las del nombre de la otorgante, seguidas de un garabato pequeño.

—Esa y no otra era la firma de Misterio. Tres letras y una estrella —corroboró Xing con toda gravedad.

El notario asintió, carraspeó y anunció que, acto seguido, procedería a la lectura del testamento:

En la ciudad de La Habana a día cinco de mayo de mil ochocientos setenta y siete. Ante mí, Notario, vecino de la misma, y de los testigos que al final se expresan, a quienes doy fe conozco y manifiestan conocer a la otorgante, comparece la libre de color, Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy sin otro apellido, natural de África, nación pepel, de cuarenta y tres años de edad, viuda, y que por oficio tiene el de planchadora, quien me exhibe su cédula personal, que le devuelvo. Estando, por ser libre, en goce de sus derechos civiles y con la capacidad legal necesaria para testar, por hallarse en edad competente, sana, en pie y con pleno uso de su razón, lo cual observo Yo, el Notario, y observan también los testigos, desea desde hoy tener consignadas en testamento las manifestaciones de su última voluntad.

Declara la otorgante:

Ser cristiana, creyente en un solo Dios verdadero, en la Santísima Trinidad, en los demás misterios de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana y fiel devota de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre.

Ignorar si viven sus padres por haber sido esclavizada de niña y separada de ellos a la fuerza.

Tener por nombre africano el de Fatoumata Bâ.

Haber sido propiedad de un abate en isla Bourbon (Francia) que la bautizó en la fe de la Santa Madre Iglesia, dándole por nombre el de

Marie Neige y como apellido Monnet.

Haber sido dejada en usufructo por su amo en la Plantation Payet, donde alumbró una hembra en el año mil ochocientos cincuenta, a la que bautizaron con el nombre de Félicité y el apellido Payet, que era el de su padre. Hija esta que le fue arrebatada, no teniendo la otorgante más noticia de ella.

Haber llegado a Cuba en nave buena presa el año mil ochocientos cincuenta y dos, siendo declarada emancipada, condición en la que se mantuvo hasta el primero de junio de mil ochocientos setenta, fecha en la que recibió carta de exención de dependencia del Gobierno. Que durante dicho tiempo atendió por los nombres y apellidos que le dieron sus amos, los cuales hace constar por si fuesen de interés: Marinés Monés, Clara Columba Castro, Coleta pepel, María Inés Monés y Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy, por el que hoy responde.

Que en el año mil ochocientos cincuenta y siete, con voluntad de eximir a un hijo nonato del estado de servidumbre, la otorgante depositó ante el Síndico Procurador General don Antonio Bachiller y Morales la mitad del precio de la libertad de un feto, haciendo el padre de la criatura otro tanto. Y que en el mes de enero del año mil ochocientos cincuenta y ocho alumbró una hembra, en la Real Casa de Beneficencia de La Habana, segunda hija de las dos únicas que tuvo, a la que anotaron como María del Consuelo Somoza, nacida libre de color por compra de carta de libertad. Dicha hija le fue robada, no habiendo vuelto a tener noticia de ella.

Ser viuda del de su clase, Pánfilo popó, de campo, sin instrucción, con tachas de cojera, ceguedad y antecedentes de incorregible, del que no ha tenido sucesión, el cual no aportó bien de ninguna clase al matrimonio por tener condición de esclavo y ser propiedad de la otorgante, la cual con posterioridad le ahorró y libertó graciosamente y sin estipendio alguno de todo cautiverio, sumisión y servidumbre.

No tener deudas, que nadie le adeuda y por bienes sus útiles de planchadora, un manuscrito dictado por ella y copiado por don Antonio Gavilán, escribiente de esta villa, y un capital resultante de sus economías, una herencia y un premio de lotería cuyo alcance no refiere por no juzgarlo necesario pero que es conocido por el señor Venancio Xing, depositario del mismo.

Dispone:

Encomendar la búsqueda de sus antes dichas dos hijas a Dulce Elena Prieto y Lamas, Ulises Horacio Prieto y Venancio Xing. Poniendo desde luego como condición para la lectura del presente testamento la presencia de ellos tres citados más ellas dos: cinco personas.

Nombrar albacea para la ejecución de este testamento a Venancio Xing.

Que se digan tres misas por el bien de su alma en la iglesia del Santo Cristo del Buen Viaje y se paguen los montos establecidos.

Que sus muebles y sus útiles de planchado se entreguen a las libres de color Prudensia Valdés y Justisia Valdés, hijas de Casilda carabalí Fenoll, y a esta última la cantidad de ciento cincuenta pesos en oro por la buena amistad que mantuvo con la otorgante.

Que se entregue la cantidad de quinientos pesos en oro a Ulises Horacio Prieto, libre de color y doméstico de la casa Prieto, en correspondencia a los sobresalientes cuidados que prodigó al esposo de la otorgante.

Que se entregue el manuscrito dictado por ella y copiado por don Antonio Gavilán a la señorita Dulce Elena Prieto y Lamas, por ser persona de librería que sabrá darle destino.

Que el resto de sus bienes se reparta por igual entre Félicité Payet y María del Consuelo Somoza, hijas suyas muy amadas a las que siempre tuvo presentes.

Así lo otorga y lo firma la referida Misterio del Cobre Montserrat Barthélemy ante los testigos Bernardo Aceituna, Rodrigo Fariñas y Salvador Fernández, de este vecindario, que manifiestan conocerla y ser la misma que se expresa y que otorga el presente testamento de su libre y espontánea voluntad ante Mí que doy fe.

—Siguen las firmas de la otorgante, las de los testigos y la mía propia. Es todo. Ahora, si a ustedes les parece bien, yo me voy a retirar para que puedan conversar libremente y, de ser el caso, volveré con los documentos necesarios para la aceptación de la herencia.

Cuando el notario se ausentó, los cuatro clavamos los ojos en Xing, que sonreía plácidamente cual si le acabasen de entregar el mejor de los regalos.

Me encaré con él.

—Pero... ¿usted estaba al tanto de esto?

Risueño, asintió repetidas veces con la cabeza.

—Estaba, sí. Pero Xing juró. Era secreto —se disculpó, encogiéndose de hombros.

Nos miramos unos a otros sin saber qué decir ni qué opinar. Ulises suspiraba y se sorbía los lagrimones. Félicité le ofreció un pañuelo. Ella fue la primera en romper el silencio:

—Señor Xing, usted es el único que está al corriente del verdadero alcance del legado. ¿Cree que bastará para afrontar el pago de todas las disposiciones?

—¡Sin problema! —respondió, enarcando las cejas. Y, bajando la voz, añadió en un susurro—: En el banco hay oro. Muuucho.

—Si es así, no se hable más —decreté—. ¡Se acabó la plancha!

Ahí Maricuela estalló en carcajadas y apuntilló divertida:

—Pues ¡adelante con los faroles!

Los cinco estábamos de acuerdo.

Ante el tremendo regocijo de Xing comprendí el motivo de sus tantas noches de insomnio. Había sido el depositario de un secreto que no podía revelar y sufría por ello.

También entendí a Misterio. Se había vuelto asidua de síndicos, notarios y escribientes porque estaba obsesionada. Pensaba que si algún día sus hijas la buscaban, no podrían dar con ella por no constar sus nombres en lugar alguno, y por ello se esforzó tanto en dejarlo todo tan bien anotado. Su mayor inquietud, como antigua esclava, era tener «los papeles» en orden, pero como madre, su única preocupación consistió en transmitir el gran amor que profesaba a sus hijas ausentes... y arroparlas: ambas habían nacido antes de la libertad de vientres y le atormentaba que pudiesen precisar dinero para comprar su libertad, la de su esposo o la de un hijo.

A partir de ahí los acontecimientos se desarrollaron a velocidad de vértigo. En cuanto se arregló la herencia, Félicité compró pasaje y zarpó rumbo a Francia. La despedimos con gran pena, pero con la alegría de haberla conocido y la certeza de que no nos olvidaría. Guardo el recuerdo de su imagen en la cubierta del buque, agitando el pañuelo con insistencia, abrazada a las memorias de su madre y a una carpeta plagadita de excelentes dibujos regalo de un tal Ulises Horacio, famoso pintor criollo.

Admirable, viendo que Maricuela y el niño estaban en buenas manos, anunció que deseaba regresar a Francia, cosa que hizo. El idilio de Maricuela y Ulises continuó y cuajó como cuaja la manteca. Ella había decidido afincarse en La Habana y yo, viendo que Bony se adaptaba de maravilla, les ofrecí mi casa. Aceptó y, poco a poco, la vida en Amargura retomó el ritmo de antaño.

La línea marítima La Habana-Burdeos-Besançon-Burdeos-La Habana comenzó a funcionar. La caja iba y venía sin descanso, llegaba a mis manos repleta de papeles, libros, pequeños regalos y, lo más importante, noticias. Y si en mi primer envío yo expresaba la profunda melancolía que nos había dejado su marcha, en el suyo Félicité nos relataba el gozo del reencuentro con su ciudad y con las personas que tanto había echado de menos. Las cartas me transmitían la idea de una mujer muy ocupada y dichosa, aunque sus innumerables preguntas dejaban vislumbrar una profunda añoranza.

Me explicó con detalle el modo en que había decidido utilizar la importante herencia recibida de su madre: por una parte acababa de asociarse en el negocio de su amigo, el tan mentado editor de Besançon, y estaba a punto de crear el sello editorial Les Livres des Îles, con el que pretendía cumplir nuestro sueño; por la otra estaba gestionando la solución a dos problemas: afrontar las deudas que su familia tenía en Francia y rescatar las propiedades de su padre en ultramar, gravadas por hipotecas y préstamos de usura a causa de la mala gestión.

Cuando leí esto último me hice mil cruces. ¡Quién iba a imaginar que el dinero que la esclava Marie Neige había dejado en herencia a su hija robada se utilizaría finalmente para liberar de cargas las tierras del patrón Payet y sufragar las dispendiosas frivolidades de Madame, su esposa!

Paradojas de la vida. Misterio, allá donde estuviese, tenía que estar regodeándose.

Nuestro día a día en Amargura discurría sereno y apacible. Pero fatalmente todo se truncó de nuevo la mañana de un miércoles.

Era la víspera del Corpus y la Zanja entera se despertó con la noticia: el chino *Chin*, que, salvo en lo del trastorno del dormir, parecía gozar de inmejorable salud, había amanecido cadáver.

La puerta del tren de lavado se volvió un remolino de gente, no hubo parroquiano que no se aproximase al negocio intentando averiguar.

Los encargados de mantener los fuegos, únicos testigos de la desgracia, se entorpecían unos a otros, queriendo relatar el suceso:

—Así sin *má* —explicaba un mandinga de ojos desorbitados—, sin *susedé ná* malo, el patrón *aparesió* en la puerta, nos miró a nosotros con un aquel como desorientado y ahí que le dio el *tantarantán*. *Muertesito* y se acabó. Qué cosa, amigo. No somos *ná*.

—¡Qué impresión, amigo! —lamentaba otro—. Nomás que fue un instante, caballero. Y acá mismo, donde los calderos de agua hirviente, se nos vino a *derrumbá*. ¡Y suerte que no cogió candela en la camisa!

—¿Tú lo vé, muchacho, tú lo vé? *Tenelo* que *tené* acá, cadáver, la noche *toooa*. —Puntualizaba el que vigilaba el fuego—. ¡Desde las cuatro de la mañana esperando que venga el señor *jué*!

El entierro de Venancio Xing fue la manifestación de dolor más impresionante que recuerdo, hasta enviaron a la banda de música de la Real Casa de Beneficencia para que acompañase el cortejo. En la intimidad del tren de lavado sus fieles orientales se encargaron, con todo respeto, de prepararle y el más anciano de todos colocó una moneda en la boca del patrón. Como Venancio Xing no tenía más familia que su gente, una amalgama de personas de toda clase y condición acudió a dar las condolencias a los trabajadores del tren. Pardos, criollos, blancos, árabes, chinos, taínos, gallegos, libertos y esclavos presentaban sus respetos a la memoria de un hombre tan querido.

También nosotros, Maricuela, Ulises Horacio, los domésticos de casa, Casilda, las cuatro niñas Valdés y yo misma, atravesamos la ciudad a pie, escoltando hasta el cementerio chino con absoluta impotencia el féretro de nuestro amigo. Formábamos un séquito desconsolado que no lograba asumir

el mazazo de aquella muerte repentina. Xing dio su último paseo sobre un coche tirado por caballos blancos, con cuatro palafreneros chinos, cochero oriental de gran gala y seis chinos libertos que caminaban descalzos, en señal de respeto, sosteniendo seis cintas de colores. Llovía mucho, el cielo semejaba querer acompañarnos y llorar con nosotros nuestra pérdida.

Y allá que lo dejamos, con la cabeza hacia el naciente, en el mismo mausoleo que ocupaba Ventura, el hijo asesinado, y Liu Xing, la esposa muerta de tristeza. Habíamos permanecido largo rato bajo la lluvia, a pie de tumba, sumidos en el abatimiento, hasta que se despidió el último doliente.

Regresamos a Amargura en una volanta de alquiler porque seguía diluviando. Durante el camino Ulises recordó cuando Xing le había enseñado a dibujar, con pincel y tinta, sus iniciales en letras chinas. Contó que aquel día el oriental estaba especialmente alegre y le había explicado que, en mandarín, su nombre, Xing, era el resultado de la combinación de «nacer» y «mujer», por lo que venía a significar «nacido de mujer», y que a continuación había bromeado con él entre guiños de complicidad: «Nombre mío dice que Xing viene de mujer. ¡Por eso las mujeres aman a Xing!»

Y a pesar de que en ese momento la pena nos embargaba a todos, a mí me pareció que recordar tan simpática anécdota había sido, por parte del *muleque*, un hermoso homenaje a la memoria de nuestro amigo.

Aquella noche me encontré rara, como si todos los músculos del cuerpo se me hubiesen anquilosado. Le eché la culpa a la lluvia. No sabía si a causa de la pena, de la humedad o del frío del cementerio, el mal se me había colado en los huesos y me subió la fiebre.

No solo estaba enferma, me sentía muy sola y desolada por una angustia infinita. Lo que había sucedido era demasiado para un solo corazón...

Obligada a guardar cama, en los días que siguieron recibí las visitas del doctor Valecillos. Su diagnóstico fue rotundo: neumonía severa con fuerte infección bronquial. Me recetó un preparado que acababa de llegar de Europa, jarabe de savia de pino marítimo, formulado por el célebre doctor Lagasse y, observando que yo lloraba por la menor cosa, aumentó la dosis de cocaína para que mi angustia no fuese a impedir que el pulmón ventilase con la necesaria normalidad.

El duelo tiene extrañas maneras de hacerse notar, reflexioné días después, mientras me devanaba los sesos buscando el modo menos trágico de comunicar tan dolorosa noticia a nuestra Félicité porque, en el siguiente viaje de nuestra caja, tuve que darle cuenta de la muerte de Xing.

Desgarrada y sin dar crédito, pero muy consciente de mi enfermedad y mi congoja, me respondió con una entrañable carta que ahondaba en emotivos recuerdos del oriental: aquella primera cena de bienvenida en el tren de lavado, nuestras simpáticas tardes de tertulia, los abrazos calurosos, la bonhomía de su carácter y el tremendo dolor que ella sentía ahora pensando que no volvería a verle.

Con mi respuesta, por aquello de animar un poco el tono, le conté de Bony y de su mamá. El pequeño crecía semana a semana y se mostraba cada vez más inteligente. Ya tenía amigos, seguía lanzando pregones a diestro y siniestro «pirulí de La Habana que se toma sin gana: traigo pirulíiii», y por las tardes asistía a una escuelita de niños chicos dirigida por una libre de color de Louisiana que acababa de instalarse en La Habana. Nuestro pequeño hacía sus primeros palotes de escritura, cantaba canciones, jugaba, pintaba ¡y hasta parloteaba algo de inglés! Por su parte, Maricuela se había integrado tan rápido acá que parecía habanera de nacimiento, cosa que en realidad era, aunque a simple vista no se le notase.

Al margen de todas estas minucias, no quise dejar de comadrearle que, días antes, Ulises había acudido a mi alcoba en secreto. Quería pedir mi permiso para proponer matrimonio a Maricuela; a modo de confidencia expuso que, si ella aceptaba, tenía intención de prohijar legalmente a Bony y darle su apellido. Yo le di licencia y todas mis bendiciones, cómo no, pero a condición de que no se me fuesen a marchar de la casa. ¿Dónde iban a estar mejor que en Amargura? Y, en cuanto a mí, nada me hacía más feliz que compartir la casona con la familia de Misterio.

Las noticias llegaban y partían sin demora. En la siguiente suya Félicité nos hizo partícipes de sus planes de boda. ¡El tal Monsieur Virot, por fin, había osado entregarle un brazalete de compromiso y ya estaban decidiendo la fecha del enlace! Me alegré tanto por ella que prometí hacer lo posible por asistir a sus nupcias.

Maricuela con Ulises y Félicité con Monsieur Viro... «Un enlace llama a otro», pensé. Aunque todavía me encontraba medio sentimental y profundamente melancólica, me entretuve fabulando sobre los preparativos de tan dispares casamientos.

La Habana, 1.º de junio de 1883

Mi queridísima Félicité:

Deseo de corazón que al recibo de esta te encuentres bien y muy feliz, disfrutando tus primeros tiempos de esposa. Cuánto me hubiese gustado acompañarte en el día de tu casamiento y escuchar de tu voz aquello de «en lo próspero y en lo adverso, yo te acepto y prometo...». Y me muero por contemplar ese retrato que prometes enviarnos. Os deseo la mayor de las dichas, Félicité, que vuestro matrimonio discurra suave como brisa de orillamar. Amaos mucho, cada día, siempre.

Acá todos bien, gracias a Dios, excepto yo que, como sabes, sigo mala. La verdad, en lo que a salud toca, desde el fallecimiento de Xing estoy que no levanto cabeza; los remedios son ineficaces y el dolor no remite. Esta recaída está siendo la peor pues ya va para 28 días, casi un mes, que la fiebre me devora la voluntad, los nervios y el cerebro. No sabe una qué hacer ni qué tomar, ¡hasta se me ha ido el ansia de escribir...!

Afortunadamente el domingo remitió la calentura y aproveché. Le eché empeño y hoy mismo puse fin al manuscrito que te mando. No exagero si digo que me dejó extenuada. Al terminar entregué el montonazo de cuartillas a Maricuela. Las tomó, me miró toda compungida y se persignó tres veces. Viéndola tan alterada hice gesto a Ulises y expliqué: «Es para Francia. Apunta tú ahí mismo, en la primera, lo que voy a decir.» Observé cómo escribía a mi dictado, despacio, con su linda letra temblona. Quise saber si había anotado todo, él afirmó con la cabeza y posó el mazo de cuartillas en el borde de mi cama. No sé yo qué le pasa al *muleque*, pero desde ayer semeja medio abatido.

A causa del dolor de pecho me cuesta hablar, así que indiqué: «Igual que siempre, Ulises, bien cosido, papel de seda y algo de verbena, o de violeta.» Acató la orden sin un mohín, con toda su mansedumbre: «Como tú digas, Niña. Ahora mismo traigo todo y la

caja.» Insistí: «Ten, la llave. Dos vueltas de cerradura. Y en cuanto esté dispuesto al barco, ¡sin parsimonias!» Ya tú sabes cómo son estos dos, salen juntitos al corredor y entre beso y beso se les olvida el encargo.

Entretanto y no volvieron sobrellevé como pude un espasmo, tan profundo y cavernario que pensé me quebrantaba las costillas. No temo si digo que he tosido y tosido hasta el desmayo.

Como las cuartillas siguen sobre la cama, agrego esta al final del manuscrito.

Reza mucho por mí, amiga, que yo haré otro tanto.

En la emocionada espera de recibir tus noticias, Félicité querida, acá termino.

De La Habana ha llegado un barco

El empleado de la estafeta de correos torció el gesto ante las dimensiones del paquete que tenía ante sus ojos. Expedido en La Habana por vía marítima traía indicación de recepción proveniente de *Pays d’Outremer*, había sido *Purifié au Lazaret de Frempeloup* y desembarcado sin novedad en el puerto de Burdeos, desde donde los correos franceses le habían impuesto el fatigoso itinerario de atravesar el país de oeste a este para terminar su periplo sobre la mesa de reparto de la oficina postal del *Pont Battant*, en Besançon.

El joven miró y remiró el envío con cara de fastidio. Un bulto rectangular de unos tres por cinco palmos, envuelto en tela de saco y bastante pesado. Se acercó a la ventana de mala gana y lanzó un vistazo al exterior: la cosa se estaba poniendo fea; lluvia de aguanieve, nubarrones, un viento endemoniado... ¡Y ese paquete tenía que llegar justo ahora, un viernes a las dos y veinticinco de la tarde, solo a un par de horas del fin de semana más largo del trimestre, con lunes festivo!

Sopesó el bulto calibrando los pros y los contras. Es que no eran horas. No señor. A simple vista el embalaje amparaba algo parecido a un cajón de madera o un mueble pequeño. Iba dirigido a Madame Félicité Virot, nacida Payet, propietaria de la librería de la Rue du Chambrier, a pocos minutos a pie del final de la Grand-Rue. No era la primera vez que Madame Virot recibía paquetes de este tipo, él mismo recordaba haber realizado cuatro o cinco entregas similares a lo largo del último año, pero hoy la tarde estaba tan desapacible... Consultó el reloj y echó sus cuentas: entre salir, hacer la entrega y regresar tardaría más de una hora y, francamente, aquello no tenía aspecto de ser urgente. «Que se espere.»

No había pasado ni un instante cuando reaccionó. Pero ¿qué le estaba sucediendo? ¡De ninguna manera! ¿Cómo iba a permitir él que un envío postal permaneciese pendiente de entrega tantos días? ¿Qué iba a pensar el

destinatario ante semejante tardanza injustificada? ¿Y si se corría la voz por la ciudad? ¡La reputación de la estafeta por los suelos! Su sentido del deber le impedía la más simple especulación sobre el particular así que, sin darle más vueltas sacó pecho y decidió encarar el asunto. ¿Qué importaba una hora más o menos ante la tranquilidad de irse a casa dejando todo en orden y sin tareas pendientes? Había que hacer de tripas corazón y cumplir con diligencia. Pertrechado de botas, guantes, sombrero, bufanda y paletó de capelina, se dispuso a atravesar la ciudad cargando el fardo, primero sobre el hombro derecho y luego directamente sobre la cabeza.

Cruzó ante la iglesia de la Magdalena a grandes zancadas. El pavimento empezaba a ponerse deslizante y cerca del río el aire ya soplaba con tanta fuerza que al pasar por el puente temió que el viento le impediría seguir. Aunque no. En la otra orilla del Doubs el amparo de los edificios le facilitó el camino. Enfiló la Grand-Rue como una exhalación, pero llegando al Palacio Granvelle, ante un amago de resbalón, tuvo que disminuir la marcha: había empezado a nevar con toda la inclemencia del cielo y estaba anocheciendo. «Vaya, voy a tener que mirar más por dónde piso», caviló, advirtiendo que las botas le patinaban cada dos por tres.

La ciudad de Besançon se vanagloriaba tanto de su soberbia Citadelle como de la sobria arquitectura de sus antiguas vías jalonadas de edificios señoriales que contemplaban impasibles el devenir de sus habitantes. Pero no todo era magnificencia en la capital del Franco Condado porque, en cuanto que uno se alejaba del centro histórico el paisaje y las construcciones se tornaban básicamente populares y la iluminación nocturna escasa o inexistente. Viejas travesías derruidas y angostas, con huellas de mil carretas en sus empedrados, daban acceso a lúgubres callejas sin adoquines, bordeadas de humildes casitas, todas iguales, que se alineaban respetando un orden peregrino y cuyos tejados, plagados de hermosas chimeneas *en terre cuite*, a duras penas soportaban ya el peso de la nieve.

Cuando el empleado de correos alcanzó la empinadísima Rue du Chambrier ya el pavimento había desaparecido por completo bajo un manto blanco. Se detuvo al abrigo del *passage* para retomar fuerzas; casi no sentía las manos y tenía los brazos agarrotados de cargar con el paquete, pero se

alegró al comprobar que, en lo alto de la cuesta, brillaba como una estrella el diminuto escaparate de la librería. Era el único punto de luz que iluminaba la zona y mantenía entornada la cortinilla de la puerta, señal de que en el interior había actividad. Resopló aliviado y, con paso lento e inseguro, se dispuso a subir calle arriba.

Hizo sonar la campanilla y aguardó ante la fachada, temblando y dando saltitos para espantar el frío. El viento balanceaba ruidosamente el letrero que anunciaba el negocio, «Les Livres des Îles». A escasa distancia de la puerta, acristalada en su parte superior, un ventanuco discreto hacía las veces de expositor y alojaba unos cuantos libros; iluminadas por la luz temblona de un quinqué, pequeñas tarjetas con meticulosa caligrafía indicaban precios, sintetizaban el contenido de las obras y anunciaban acá y allá que la casa editaba y vendía literatura de temática colonial. A modo de reclamo, dos carteles clavados directamente en la madera de las contraventanas informaban sobre la naturaleza de la empresa: «Éditions d’auteur. Récits d’Outre-Mer», decía el que ocupaba la derecha; «Romans des Antilles et de l’île de Cuba», indicaba el otro. El fondo de tan exiguo escaparate estaba prácticamente ocupado por un cuadro. Mostraba una ciudad de regios edificios, con jardines, palmeras y un mar muy azul; por sus calles circulaban damas en coches de caballos de enormes ruedas guiados por negros con vistosos uniformes, había paseantes, niños jugando y mulatas con cestas de frutas. Leyó en la parte inferior: «Ulises Horacio P., La Habana, 1882.» «Gran idea colocar aquí un cuadro tan colorista —pensó—, es buen reclamo. Esta ventana, con ser tan pequeña, llama la atención.»

En esas divagaba cuando una silueta femenina asomó tras el visillo. «Buenas noches, Madame, entrega de correos.» La mujer abrió la puerta. «Disculpe la espera, estábamos arriba. ¡Qué alegría, adelante, póngelo ahí, sobre el mostrador!»

Entró con tiento y depositó la carga. En el interior reinaba un suave aroma a vainilla, tabaco y chocolate que le agradó. Al fondo del local, una vieja salamandra al rojo vivo calentaba el ambiente. «Qué calorcillo aquí, Madame, da gusto.» «Sí, este invierno está siendo crudo, demasiado —ratificó ella, mientras se echaba a los hombros un enorme chal de alegres colores—. Pero acérquese, por favor —ofreció con un movimiento de la mano—, aproveche la estufa.» «Gracias, Madame, qué bien, da ganas de quedarse aquí dentro y no volver a salir.» Bromeó alargando los brazos hacia

el fuego.

En tanto se le iban desentumeciendo los dedos tuvo tiempo de echar un vistazo a la tienda; montones de libros abarrotaban los estantes y se apilaban sobre el mostrador. Mesas, sillas y veladores se veían desbordadas por papeles manuscritos y, del poco espacio libre entre repisas y anaqueles, colgaban llamativos paisajes de ultramar. Cerca del escaparate, donde se recibía la mejor luz exterior, dos butacas y una mesa rebosante de libros indicaban que alguien prefería aquel lugar mejor que ningún otro a la hora de leer.

Rebuscó en los bolsillos y masculló que necesitaría una firma. Ella se la facilitó. «No se apure, permanezca junto al fuego el tiempo que desee», añadió. «Oh, gracias, pero prefiero no entretenerme demasiado; entre la noche y la nieve la calle se vuelve resbaladiza...»

La mujer abrió un cajón y tomó varias monedas. «Tenga, para un vino caliente, por si el frío le paraliza los pies», bromeó con un guiño. «Qué amable, gracias, Madame —correspondió—. ¡Un traguillo no viene mal, siquiera para calentar el gaznate!»

Se despidieron. Fuera seguía nevando.

Félicité Virot, nacida Payet, verificó que la puerta estaba bien cerrada y el trinquete echado antes de acercarse al paquete. Pasó la mano sobre la gruesa tela de saco que protegía el envío, tomó unas tijeras y rasgó cuidadosamente el envoltorio; cortados los laterales, accedió al interior para extraer su contenido: una caja envuelta y asegurada con bramante. Desenredó el atado dejando a un lado cuerda y cartón y trasladó la caja a la mesa próxima a la ventana.

Antes de continuar encendió un cigarro. Mientras disfrutaba las primeras caladas acarició la caja; el contacto de sus dedos con la suavidad de la madera la hizo revivir luminosas sensaciones que llegaban de muy lejos. Ensimismada, se demoró fumando y contemplando distraída el humo. Pasados unos momentos regresó a la realidad: suspiró decidida, posó el cigarro y, como en una liturgia mil veces repetida, comenzó a desabrochar los botoncillos de su blusa. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis..., introdujo suavemente la mano derecha a través del escote y, con la punta de los dedos,

extrajo una llave que colgaba de una cadena. Se la acercó a los labios, la besó y la encajó en la cerradura. Dos giros a la izquierda y *clic*. Abierta. Levantó la tapa. En el interior descansaba un paquete primorosamente envuelto en papel de seda y anudado con cinta de raso. «Niña Dulce», murmuró, y lo estrechó contra el pecho.

Siguiendo un riguroso protocolo, deshizo la lazada, apartó el papel, retiró las flores secas y accedió al manuscrito. A ojo de buen cubero calculó que serían trescientas cuartillas enviadas como siempre, en resmas de a veinte, cosidas por el margen izquierdo con un hilo de empalomar que asomaba varios centímetros por el bajo. Sonrió al advertir en la costura la habilidosa mano de Ulises Horacio y recordó las palabras del *muleque*: «Conviene *dejá* que el cordel sobrepase sus cuatro deditos del papel, por un si acaso.»

La portada estaba en blanco. Extrañada ante la ausencia de título, rebuscó entre los envoltorios por si se le hubiese traspapelado alguna carta, un suelto, una tarjeta postal o una simple nota que acompañase el paquete. Nada. Segundo extrañamiento. No había título, ni explicación, ni dedicatoria. Qué raro. Aquello era un manuscrito sin más, mondo y lirondo. Lo abrió.

En la página de respeto, justo el único lugar donde nadie escribe nada, pues por algo la denominan así los editores, de respeto, una mano indecisa había anotado a vuelapluma:

Principiense este libro como a continuación se anota:

La hija del Síndico

Novela cubana

Escrita por la señorita Dulce Elena Prieto y Lamas

Ilustrada con ocho escenas habaneras

del afamado pintor criollo Ulises Horacio Prieto

La Habana, 1883

La estremeció un mal presagio. Desconcertada, pasó una página. Otra. Otra más. ¡Era la vida de Dulce Elena narrada en primera persona!

El corazón se le desbocó en palpitaciones. Notó que una angustia desmedida trepaba a borbotones desde el fondo de su estómago hasta atenazarle la garganta. Intentó tragar saliva pero no pudo.

Sus ojos se precipitaron al final del manuscrito. «Acá termino», leyó.
Ahogó un gemido.

Y a Félicité Virot, nacida Payet, no le cupo la menor duda. Algo muy malo tenía que haber sucedido en La Habana.

Lo que a aquello siguió

Dulce Elena Prieto falleció de tuberculosis en 1883. Tenía veintisiete años. Antes de morir hizo llegar sus manuscritos a Félicité Payet. Dispuso, además, que toda la documentación conservada en el estudio del caballero Síndico fuese entregada a don Antonio Bachiller y Morales para que él mismo la depositase en el Archivo de Escribanías de La Habana. Tuvo tiempo de otorgar testamento y nombró heredero universal a **Bonifacio Somoza**, el nieto de Misterio.

Maricuela Somoza aceptó la proposición de matrimonio de Ulises Horacio Prieto. Ni ella ni Bony regresaron a Galicia.

Venancio Xing había legado Sol Naciente a sus empleados chinos. El tren de lavado funcionó a pleno rendimiento por generaciones y no se desmanteló hasta poco después de enero de 1959, cuando el comandante Fidel Castro entró en La Habana.

Félicité Virot, nacida Payet, editó en Francia las memorias de Misterio y todas las novelas de Dulce Elena Prieto. Con el tiempo, sus esmeradas publicaciones se convirtieron en obras de culto sobre el abolicionismo y la esclavitud. Murió en Besançon, viuda, a la edad de setenta años. No tuvo hijos y nunca volvió a Cuba.

En **una casa de Amargura** nació, en 1885, la hija de Maricuela y Ulises Horacio. En el libro de nacidos pardos y morenos de la iglesia del Santo Cristo del Buen Viaje figura anotada con los nombres de **Dulce Misterio de la Felicidad del Consuelo del Cobre**, los apellidos **Prieto y Somoza** y el añadido «libre de color».

En el Madrid de 1886 la **regente María Cristina**, en nombre de su hijo

menor de edad **don Alfonso XIII**, firmó una Real Orden que puso fin al sistema de Patronato en las islas de Cuba y Puerto Rico. La esclavitud quedaba definitivamente abolida.

Epílogo

Cuando un escritor se enfrenta a la tarea de recrear ambientes de antaño a menudo se topa con hombres y mujeres reales, cuyas vidas transcurrieron en el lugar y momento histórico que describe la narración. ¿Cómo no sucumbir a la tentación de integrarlos en la trama?

Eso exactamente fue lo que me sucedió con tres personajes históricos que deambulan amablemente entre las páginas de *Una casa en Amargura*. Confieso haberlos tomado prestados a la Historia en beneficio de mi relato y pido por ello disculpas a los puristas.

El primero de ellos era un clérigo francés y se llamaba Alexandre Hyppolitte Xavier Monnet (1812-1849). Conocido como *l'abbé* Monnet, llega a Bourbon en 1840 con veintiocho años de edad y se significa desde el primer momento como ferviente abolicionista. Centra su apostolado en la instrucción religiosa de los esclavos, redacta un catecismo en lengua criolla, crea un fondo de ayuda mutua para siervos ancianos y enfermos, funda misiones de acogida, construye capillas y permite, por primera vez en la historia de Bourbon, que negros vestidos de blanco participen en las procesiones.

Su entrega a la causa desencadena la hostilidad de los colonos esclavistas: protestas, revueltas callejeras y manifestaciones violentas hacen que el gobernador tenga que tomar cartas en el asunto y ordene a Monnet abandonar la isla en plena noche.

Ya en Francia, Monnet publica un libro, *Relation des événements qui ont eu lieu a Bourbon en septembre de 1847* (Nantes, 1848), en el que deja malparado al Gobierno insular y defiende la definitiva emancipación de los esclavos.

Meses después, nombrado obispo de Madagascar, Monnet emprende travesía hacia ultramar pero en el viaje enferma de fiebres y fallece en Mayotte, a los treinta y siete años de edad.

A petición popular el cuerpo de *le Père des Noirs* fue trasladado por la marina francesa desde Mayotte a La Reunión y reposa en su misión de la Rivière-des-Pluies.

El segundo es un caballero muy respetado en Cuba: Antonio Bachiller y Morales (1812-1889). Intelectual, historiador y gran humanista, ocupó diferentes puestos administrativos, asumió la cátedra de Filosofía del Derecho y fue Síndico Procurador General Segundo de La Habana.

Bachiller centró su pasión bibliográfica en la conservación de los fondos custodiados en el Archivo Municipal y en especial las Actas Capitulares. Su obra *Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública en la Isla de Cuba*, incluye un *Catálogo de libros y folletos aparecidos en Cuba desde la introducción de la imprenta hasta 1840*, que compila más de mil títulos de su biblioteca personal, la de la Sociedad Económica de Amigos del País y la de la Universidad de La Habana. Gracias a su minucioso trabajo se han conservado gran parte de las referencias culturales cubanas de la primera mitad del siglo XIX.

En 1869 Bachiller, que lucía la corbata azul de los secesionistas, refrendó con su firma documentos que reclamaban la autonomía de Cuba; tildado de «antiespañol», el Cuerpo de Voluntarios le increpó en público, saqueó su casa y destruyó su espléndida biblioteca. Los Bachiller tuvieron que huir y exiliarse en Nueva York. No regresaron a La Habana hasta 1878, pero con pasaporte estadounidense.

Antonio Bachiller y Morales falleció en 1889. Hoy está considerado el padre de la bibliografía cubana y cada 7 de junio, fecha de su nacimiento, Cuba celebra el Día Nacional del Bibliotecario.

El tercero, y el más inquietante, era español, gallego de nación, militar y diputado a Cortes por la provincia de Orense: Urbano Feyjóo Sotomayor y Cejo (181?-1898).

Urbano Feyjóo llega a administrar en Cuba cinco ingenios, tres cafetales y varias haciendas gracias a los poderes que le confiere la familia de su cuñada, los Lapaza de Martiatu.

Advirtiendo que, con la prohibición de la trata, la entrada de brazos africanos comienza a escasear, consigue apoyos políticos y administrativos para fundar una Compañía Patriótico-Mercantil con privilegio real, cuya finalidad es contratar gallegos pobres y trasladarlos a Cuba para trabajar en los campos.

Entre marzo y agosto de 1854 concierta varios fletes completos de buques emigratorios con matrículas de A Coruña y Vigo y, en seis meses, transporta hasta La Habana ocho expediciones de «colonos gallegos», un total de 1.744 trabajadores. Los aloja en depósitos de cimarrones, que el promotor denomina «centros de aclimatación», y luego los vende, traspasando sus contratos, a hacendados esclavistas.

Aunque Feyjóo, al igual que el ilustre doctor Tomás Romay, defiende el principio de que «un gallego ha de hacer el mismo trabajo que dos negros y al precio que cuesta un esclavo», al cabo de cuatro meses habían enfermado y muerto más de cuatrocientos hombres.

Los gallegos, viéndose sometidos y esclavizados con las negradas de los ingenios, se rebelan y son duramente castigados. Algunos logran huir y se refugian en palenques de esclavos; otros, enfermos y maltrechos, vagan por los caminos mendigando comida. Los campesinos se asustan al verlos y el capitán general emite un bando en el que ordena al ejército que «capture a los cimarrones gallegos».

En poco tiempo la «Patriótica empresa de ayuda a Cuba y salvación de Galicia» se revela de esclavitud encubierta y, tanto en la Isla como en España, se alzan voces de indignación que llegan a las Cortes. Ante el escandaloso fracaso de su iniciativa, Feyjóo desaparece dejando la Compañía en manos de administradores. El promotor regresa a Madrid y, sorprendentemente, sigue ocupando su escaño de diputado.

Las Cortes solucionan el asunto dispensando a los inmigrantes de las obligaciones contratadas con la Empresa, dándoles libertad de regresar a Galicia o de permanecer en Cuba, pero sin derecho a reparación alguna.

Urbano Feyjóo prosiguió su carrera política y fue elegido diputado dos veces más, en 1872 por Verín (Ourense) y en 1881 por Matanzas (Cuba).

Agradecimientos

De isla en isla, confieso que este libro ha supuesto una larga travesía. Afortunadamente no fue una singladura solitaria, muy al contrario me acompañó un buen puñado de amigos y colaboradores con los que estoy afectuosamente en deuda.

En La Reunión, Nelly Barroso me albergó y me presentó a investigadores de la esclavitud reunionesa. Dominique Dambreville peregrinó conmigo por librerías, archivos y bibliotecas ayudándome a captar la cultura del antiguo Bourbon. El escritor Jean-François Sam-Long me «regaló» excelentes consejos. Y, gracias a la generosidad del sociólogo Raoul Lucas, mi biblioteca cuenta con una edición facsímil de *Les Marrons*, escrito en 1844 por Louis-Timagène Houat, antiguo esclavo.

En la isla de Gorée, mi recuerdo agradecido es para Boubacar Joseph Ndiaye, tenaz conservador de la Maison des Esclaves. Él nos dejó en 2009, pero su recuerdo y la evocación de nuestras conversaciones en la avenida de los baobabs han inspirado no pocas páginas de *Una casa en Amargura*.

En Cuba, toda mi gratitud, por su amabilidad y la puntual resolución de mis apresuradas dudas, para Eusebio Leal, historiador de la Ciudad y conductor de las obras de restauración del Casco Histórico de La Habana. Doy, asimismo, mil gracias a mi amiga Ana Margarita Oliva, técnico especialista en La Sala Cubana, siglo XIX, de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí. Y mi reconocimiento al personal del Instituto de Literatura y Lingüística José Antonio Portuondo Valdor, cuya biblioteca custodia el valioso fondo de La Sociedad Económica de Amigos del País.

Ya en España, agradezco al Museo Naval de Madrid, y en particular el capitán de navío Marcelino González, su colaboración. Sin ella mis pesquisas habrían sido más arduas y complicadas. En la misma institución agradezco la ayuda de Pilar del Campo, del servicio de archivo, y de José María Moreno, de cartografía.

En Alicante, estoy especialmente reconocida con la historiadora Claudia Varella; mientras ella finalizaba su tesis yo redactaba esta novela. Inolvidable, nuestro tiempo compartido entre documentos de esclavitud y recuerdos de La Habana.

En Barcelona, Anna Soler-Pont vivió el proyecto desde su inicio y confió en él. Sin sus desvelos y los del personal de Pontas, agencia literaria y cinematográfica, *Una casa en Amargura* seguramente estaría envejeciendo en algún cajón.

Y en Galicia, donde tantas familias atesoran memorias entrañables de la vieja Cuba:

M.^a José Castro me *prestó* la historia de su bisabuelo, don Ramón Castro, el gallego de Cordeiro que inspiró a uno de los amos de Misterio.

Familiares, conocidos y amigos, ¿quién no ha tenido un antepasado en La Habana?, me hicieron partícipe de las peripecias y desventuras de sus parientes indianos, algunas de las cuales podrán reconocer en los personajes de Bonifacio y Maricuela Somoza.

Los administradores de <http://www.xenealoxia.org/rexistros/galegos-a-cuba> pusieron ante mis maravillados ojos los documentos cubanos del archivo de Antonio Leira. Y pude contemplar la transcripción literal de las liquidaciones que la Empresa de Inmigración de La Habana efectuó a los 1.744 gallegos de las ocho expediciones organizadas por Urbano Feyjóo Sotomayor. En ella consta el nombre y apellido de cada trabajador, su destino en la Isla, su situación en el año 1856 (en activo, fugado, apresado, en el hospital, en el depósito de emancipados, desertor, abandonado, difunto...) y el salario que se le adeuda.

La memoria de la esclavitud está por escribir. Y debería explicar que, en un determinado período de nuestra historia, se perpetró el mayor de los genocidios: capturar a individuos libres, trasladarlos contra su voluntad a un continente muy lejano y esclavizarlos en provecho ajeno. Dicha insensatez respondió a un nombre: la trata.

En el silencio de los archivos dormitan las pruebas: certificados de nacimiento, de bautismo, de matrimonio, de defunción, contratos de venta y compra, cartas de libertad, testamentos..., legajos de notarios y escribanos que acreditan la existencia de «gente sin historia» atesorando la huella de cuantos fueron ignorados por tener condición de siervos.

Son fuentes primarias y están ahí. Testimonian sus vidas y su incansable

lucha por la libertad en una isla que, por aquel entonces, era provincia española.

Tal vez aún estemos a tiempo de hablar de ello.

<http://www.unacasaenamargura.com>

<http://www.unacasaenamargura.es>

Los nombres y apellidos de los personajes de *Una casa en Amargura* pertenecen al árbol genealógico de las familias González-Arias oriundas de Veiga y Ferreiros en Puebla de Brollón (Lugo) y Vázquez-Somoza de Arrabaldo-Quinte en O Corgo (Lugo).

A tal señor, tal honor.

A Coruña, 2015